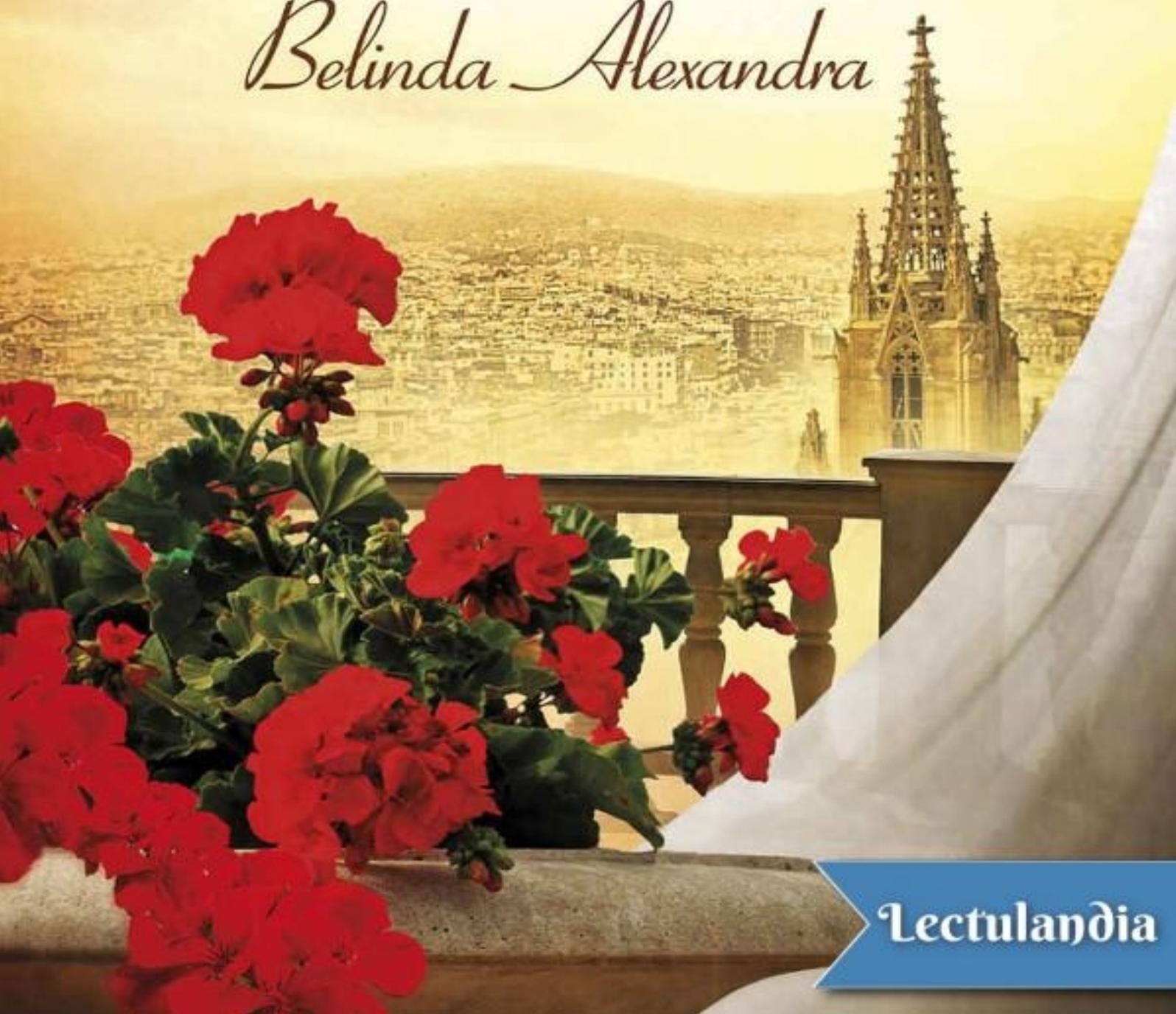


Una inolvidable saga familiar entre la Barcelona de la Guerra Civil
y el París de los años setenta.

EL PAISAJE DE LOS SUEÑOS DE ORO

Belinda Alexandra



Lectulandia

Una poderosa saga familiar entre dos grandes ciudades. La historia de dos mujeres que quisieron cumplir sus sueños.

Paloma Batton es nieta de refugiados españoles que huyeron de Barcelona después de la Guerra Civil. También es una estudiante que sueña con convertirse en la mejor bailarina del «Ballet» de la Ópera de París. Para ello, no dejará que nada se interponga en su camino, hasta que un día recibe la visita de un ser de otro mundo, de un fantasma que le resulta familiar y que le deja un par de aretes de oro. Ante un hecho de estas sobrenaturales características, Paloma siente que el gesto es una señal y que le han otorgado una misión. Así pues, Paloma comienza a explorar su propia herencia española, encontrando una conexión entre la visita fantasmagórica y una mujer llamada «La Rusa», que salió de la pobreza para convertirse en una de las grandes bailaoras de flamenco de todos los tiempos.

Lectulandia

Belinda Alexandra

El paisaje de los sueños de oro

ePub r1.0

Ablewhite 09.03.2018

Título original: *Golden earrings*
Belinda Alexandra, 2011
Traducción: Fabián Chueca

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

1

Paloma

París, 1975

El 24 de noviembre, un día después del funeral de Franco, vi a mi primer fantasma. La mañana había comenzado con total normalidad. Me desperté a las seis y estiré los brazos y las piernas antes de bajar de la cama. Estaba oscuro todavía y encendí la lámpara de la mesita de noche, con su pantalla floreada. A su luz moteada me puse la malla y los leotardos. Las horquillas y la cinta del pelo estaban en el cajón de la cómoda. Me sujeté el cabello, rápidamente y por costumbre, para que no me cayera sobre la cara, y me protegí del frío del final del otoño envolviéndome en la bata y poniéndome las zapatillas.

El pasillo estaba oscuro, pero no me hacía falta la luz para orientarme en mi camino hacia la cocina. Pasé sigilosamente por delante de la puerta del dormitorio de *mamie*. Mi abuela (a quien llamaba «*mamie*» cuando hablábamos en francés, «*iaia*» cuando hablábamos en catalán) tenía el sueño pesado y ni una manada de toros la habría molestado, pero era el sentimiento de culpa lo que me impulsaba a moverme sin hacer ruido. *Mamie* decía que a ninguna bailarina debía pasársele por la cabeza levantarse de la cama antes de las nueve de la mañana, y mucho menos practicar antes de esa hora. Pero había quedado con Gaby en el café durante un descanso entre sus clases. Además, por la tarde yo también tenía clases que dar. A pesar de lo que había pasado el verano anterior, no podía abandonar la práctica diaria de barra y en el centro, aunque para ello tuviera que levantarme temprano. Prefería privarme del sueño y de la comida antes que saltarme mi rutina de *pliés*, *tendus*, *ronds de jambe* y estiramientos. Para mí eran tan imprescindibles como respirar.

Encendí la luz de encima del fogón, con cuidado para no despertar al parlanchín *Diaghilev*, que estaba todavía en silencio en su jaula tapada. La cacatúa australiana con nombre ruso había sido un regalo de *mamie* por mi decimoctavo cumpleaños. En cuanto la luz de la mañana entraba en la cocina, se ponía a silbar compases de la sonata *Alla turca*, de Mozart. Abrí el grifo y llené un cazo con agua. En la encimera había un ejemplar de *El Diario*, el boletín informativo de los exiliados españoles. Estaba dirigido a los refugiados que habían huido de España a Francia en 1939, después de la Guerra Civil. En la portada había fotografías de Franco desde su juventud hasta su vejez. El artículo decía que el dictador, que había muerto dos semanas antes de cumplir ochenta y tres años, sería enterrado en un monumento erigido en memoria de los caídos en la guerra. El párrafo estaba tachado con tinta roja. Al lado, *mamie* había escrito: «¡Los fascistas caídos en la guerra!». Se notaba la

vehemencia de sus garabatos. No era su habitual caligrafía elegante. De no ser porque éramos las dos únicas personas que vivían en el apartamento, pensaría que eso lo había escrito otra persona.

Me quedé junto a la ventana mientras se hacía el café. El olor del pan recién hecho subía desde la panadería al otro lado de la calle. Levanté el visillo y vi una cola de amas de casa impacientes esperando en la acera, al lado de la puerta. Era la pasión lo que las hacía madrugar, igual que a mí. Su búsqueda del mejor *pain frais* para alimentar a sus familias las compensaba de privarse del sueño. Y algo parecido me pasaba a mí con el baile. Nada me daba más satisfacción que desplegarme en un hermoso *arabesque* o ejecutar un elegante *grand jeté*, aunque tuviera que practicar de la mañana a la noche siete días a la semana.

Un aroma agrídulce se extendió por la cocina: el café estaba listo. Dejé caer el visillo y entonces me di cuenta por primera vez de que el dobladillo estaba deshilachado. Alcancé una taza y un platillo del desaparejado surtido de diseños floreados y lisos del armario. Cuando me senté para tomar aquel brebaje espeso como la miel, mi labio tocó algo áspero en la porcelana y comprobé que la taza estaba desportillada. *Mamie* era pulcra hasta lo maniático, pero era mi madre quien nunca habría tolerado cosas como una taza desportillada o una cortina deshilachada. «La belleza está siempre en los detalles, Paloma», solía decir. Pero mamá ya no estaba aquí, y mi abuela y yo íbamos tirando sin ella en nuestra existencia desportillada y deshilachada.

El estudio de *ballet* de mi abuela tenía dos entradas: una directamente desde nuestra cocina; la segunda estaba junto al rellano, en el pasillo exterior. Cogí la llave del gancho de detrás de la puerta de la cocina y entré en el estudio. El amanecer comenzaba a filtrarse por las ventanas que daban al patio de nuestro edificio de apartamentos, así que no encendí las luces. Aunque el suelo se barría y se fregaba todos los días, el olor de polvo y moho invadía aquel aire cerrado. Era algo que tenían en común los edificios antiguos de París.

Saqué mis zapatillas de *ballet* del armario y me senté en el suelo para atar las cintas. Mientras pasaba las puntas por los ojales, pensé en los furiosos garabatos de *mamie* en el boletín. Cuando era niña, a menudo preguntaba a mi abuela por su pasado en España, pero ella fruncía la boca y la luz desaparecía de sus ojos. «Quizá cuando seas mayor», respondía. Yo podía ver que le causaba dolor y aprendí a no tocar el tema de su vida antes de que llegara a París.

Dejé la bata y las zapatillas en la banqueta del piano. Nuestra acompañante, *madame Carré*, llegaría más tarde para tocar música de Beethoven y de Schubert para nuestras alumnas. Pero a mí me gustaba practicar sola y en silencio, siguiendo mi cuerpo en vez del ritmo. De los *demi-pliés* pasé a los *grand-pliés*, saboreando la sensación de fuerza y flexibilidad en mis piernas. Me encogí cuando el recuerdo del desastre del mes de junio pasado en la escuela de *ballet* intentó abrirse paso en mis pensamientos. Cerré los ojos y expulsé de mi mente la imagen de mí de pie delante

del tablón de anuncios, bañada en sudor y con la náusea subiendo en mi estómago. Los años de ensayo me habían enseñado a centrarme en un solo objetivo hasta que lo lograba. No iba a dejar plantados mis sueños a aquellas alturas.

Después de una hora en la barra, estaba lista para practicar un poco en el centro. Me coloqué delante de la pared de espejos en la parte delantera del estudio. Me disponía a acometer una combinación de *tendus* cuando de pronto la luz de la calle osciló. Era un fenómeno tan extraño que perdí la concentración. ¿Una tormenta eléctrica a horas tan tempranas de la mañana? ¿En noviembre? Avancé hacia la ventana, perpleja. Fue entonces cuando la vi, de pie en el patio como si estuviera esperando a que llegara alguien. Al principio no me di cuenta de que era un fantasma, pero me pregunté —por su cabellera ondulada negra y la manera orgullosa en que mantenía alta la barbilla— si sería española. La mujer no era nadie a quien reconociera del grupo de antiguos refugiados de *mamie* que de vez en cuando se juntaban en nuestro apartamento. Mi primera impresión fue que era una madre que venía a informarse sobre las clases para su hija de camino al trabajo.

Abrí la ventana y la llamé.

—¡*Bonjour, madame! Un moment, s'il vous plaît.*

Agarré los calentadores y el abrigo del armario, y me puse unas botas sin atar encima de las zapatillas de *ballet*. Antes de salir al pasillo, cogí un folleto de nuestra escuela en el que se indicaban los horarios de las clases. Solo cuando había bajado la mitad de la escalera caí en la cuenta de que la puerta del patio debía de estar cerrada con llave. ¿Cómo había entrado aquella mujer? No teníamos conserje: mi abuelo nunca había creído en ellos. Pensaba que cualquier persona ajena a la familia podía ser un espía.

Llegué a la planta baja y abrí la puerta que daba al patio. El aire frío me mordió la cara y tirité. No pude ver a la mujer. ¿Dónde se había metido? Luego sentí que alguien me observaba. Me volví y la vi de pie al lado del pozo abandonado. Me quedé sin aliento. Emanaba algo en concreto que me recordó a las grandes *étoiles* del *Ballet* de París: majestuosidad. Su cara era un óvalo ligeramente ampliado en la parte inferior. Encima de una boca firme y roja, su nariz era ancha y achatada. Pero sus ojos... Nunca había visto unos ojos así. Eran como dos conchas negras brillando bajo el mar. Fue su profundidad lo que hizo que me diera cuenta de que aquella mujer no era de este mundo.

Avanzó despacio hacia mí, con el brazo extendido desde su capa y con la gracia de una bailarina. Acercó su mano a la mía como si quisiera darme algo. Sin pensar, abrí la mano. Dos objetos cayeron de su palma. Miré hacia abajo y vi un par de aretes de oro. Levanté la vista de la mano a la mujer, pero había desaparecido tan de repente como había llegado, dejando solo el eco de sus pasos desvaneciéndose y los aretes que yo tenía en la mano.

Evelina

Queridísima hermana:

¡Así que el monstruo ha muerto por fin! ¡Qué rindan al cuerpo de Franco todos los honores que les plazca, porque su alma se pudrirá en el infierno, junto con las de Hitler y Mussolini! Ya pueden los líderes de Europa y de América rendir homenaje al hombre que recibió su ayuda sin dar nada a cambio y que utilizó sus políticas de no intervención para acabar con el Gobierno legítimo de España y asesinar a miles de personas. ¿No se dan cuenta de lo odiado que fue Franco? ¿De que su régimen se basó en la represión? La muerte de Franco, aunque bienvenida, trae demasiada oscuridad para mí. Quizá con el tiempo se iluminará lo que, por el momento, no puedo soportar ver o recordar. Dicen que ahora que se ha ido surgirá una nueva España. Pero no es la primera vez que oímos esa promesa. Ni siquiera aquí, en mi refugio de Francia, he tenido nunca la sensación de estar del todo a salvo. Ni tú, allá en Australia.

Me preguntaste cómo le va a Paloma. Me temo que mi nieta ha recibido demasiados golpes en su joven vida: la muerte de mi querida Julieta, la decepción con su padre, el infortunio en lo referente a su graduación en la escuela de *ballet*. Hoy, cuando me he levantado, Paloma ya estaba vestida. Se movía por la cocina con una expresión de aturdimiento en la cara, se le caían al suelo las cosas, como si algo la hubiera puesto nerviosa. Aunque imita el peinado cardado de Catherine Deneuve y acentúa sus ojos de color castaño dorado con un delineador, parecía tan joven y vulnerable envuelta en su abrigo de terciopelo y su pañuelo que deseé sentarla sobre mi regazo y darle de comer pan con tomate, como hacía cuando era niña. Tenía prisa porque había quedado con esa amiga suya que estudia en la Sorbona. Cuando Paloma se volvió para decirme adiós, sentí la tentación de preguntarle qué le había pasado para que estuviera tan agitada, pero guardé silencio. No lo comparte todo conmigo en estos tiempos. Cuando sufre una decepción, se refugia en su mundo y evita el contacto con quienes puedan obligarla a hacer frente a la realidad. Sigue practicando seis o siete horas al día, y examina el correo cuando llega, como si todo lo que sucedió en junio pasado pudiera cambiarse y le fueran a ofrecer todavía un puesto en el *Ballet* de la Ópera de París. Esa condenada Arielle Marineau. Siempre odió a Julieta. Y ahora que su rival ya no está, dirige su venganza contra su inocente hija. «No podría soportar el peso de una bailarina profesional». ¿A quién se le ocurre semejante estupidez?

Paloma ha recibido la más vigorosa formación desde su niñez y está destinada a ser una *étoile*. Marineau ejerce demasiado poder. Aunque para los demás examinadores debió de ser obvio que Paloma es especial, les aterroriza demasiado disgustar a la directora de *ballet* de la Ópera. Así es el mundo de la danza: belleza y traición.

«Paloma, la vida es así. Haces un plan y alguien te detiene. No debes ceder ante la derrota. Encuentra otro camino hacia tu sueño», le digo. La Ópera de París no es la única compañía de *ballet*, y le han hecho ofertas los cazatalentos de Nueva York y Londres. Pero no estoy segura de que llegue a oír siquiera nada de lo que digo. Es como si pensara que la única manera de mantener vivo el recuerdo de su madre es seguir sus pasos: Julieta sobresalió en la Escuela de *Ballet* de la Ópera de París, así que ella también tiene que hacerlo; Julieta llegó a ser *première danseuse* a los diecinueve años y una *étoile* a los veinte, así que ella tiene que hacer lo mismo, aun cuando una progresión tan rápida sea rara. Así son las cosas. Paloma no entiende que ella es un tipo de bailarina diferente de su madre. Julieta tenía una fortaleza física sobrehumana, mi pobre niña incluso rechazó la morfina hasta el final mismo. Pero Paloma... Bueno, tú nunca has vivido la experiencia de verla actuar: esta chica esbelta y callada que cobra vida en el escenario, moviéndolo todo con la belleza y la delicadeza de su interpretación. Podría romper el corazón de cualquiera con ello. Pero ¿qué puedo hacer? Cuanto más hablo, más se repliega. Así que no digo nada. Me limito a protegerla de todo lo que pueda alterar su frágil equilibrio o agitar su ya ansiosa mente. Me aterra pensar que cualquier cosa que le cause demasiada excitación le haga saltar la línea. Lo único que puedo hacer es rezar y confiar en que el tiempo lo cure.

Se hace tarde y mis ojos son más débiles que antes. Lo dejaré aquí, pero te prometo volver a escribirte pronto.

Te besa y te quiere,
EVELINA

3

Paloma

—¡*Mon Dieu*, Paloma! —exclamó Gaby, mirándome fijamente con sus ojos azul eléctrico—. ¿Un fantasma?

Recorrí con la mirada la cafetería de la Rue Mouffetard donde estábamos sentadas esperando que llegase nuestro café. La súbita entrada de estudiantes de la Sorbona no había distraído al hombre de la mesa de al lado de la contemplación de su periódico. Me alegró comprobar que el arrebato de Gaby tampoco.

—¡Increíble! —continuó—. ¡Es fascinante! —La curiosidad le había iluminado la cara.

Me preocupaba que los estudios de Derecho y Ciencias Políticas que cursaba Gaby pudieran haber hecho de ella una cínica, y en cierto modo esperaba que pusiera en tela de juicio mi cordura cuando le relaté mi versión de la visita aquella mañana de alguien de otro mundo. En cuanto a mí, todavía me temblaban las manos y me había pasado de estación de metro porque iba reviviendo mentalmente cómo la aparición se había desvanecido tan de repente.

—¿Quién podría ser? —preguntó Gaby.

—No tengo ni idea —respondí.

—Pero ¿qué significa? —Gaby se pasó la mano por el pelo de color castaño chocolate—. Cuando un fantasma aparece, se supone que tiene algún asunto inacabado, algo que concluir... ¡o que ha venido a dar un aviso!

Toqueteé los aretes en el bolsillo de mi chaqueta. No me cabía ninguna duda de que el espíritu de la mujer había querido dárme los precisamente a mí. Pero ¿por qué? No le había contado todavía a Gaby lo de los aretes, cómo se habían alterado las leyes de la naturaleza. Había decidido que solo se los enseñaría si antes creía mi historia del fantasma.

Por el rabillo del ojo vi al joven y ágil camarero serpenteando entre las mesas con nuestros cafés. Hicimos una pausa en nuestra conversación mientras dejaba las tazas en la mesa. Después de poner una servilleta delante de cada una de nosotras, se dio la vuelta para irse, pero en ese momento Gaby levantó la vista. Siempre guapa, hoy estaba especialmente deslumbrante con su pantalón de raya diplomática y pata de elefante y el pequeño kimono floreado que llevaba debajo del abrigo abierto. También iba a la moda, sin sujetador: sus pechos pequeños pero bien torneados se movían al tiempo que sus pulseras cada vez que andaba. El camarero estaba hipnotizado.

—¿Les apetece algo más, *mesdemoiselles*? —preguntó—. ¿Puedo ofrecerles una *baguette* o una sopa? ¿Tal vez un *croquemonsieur*? —se dirigía a las dos, por cortesía, pero a mí ni siquiera me miraba.

—Oh, no, no —dijo Gaby, esbozando una radiante sonrisa—. Estoy cuidando la figura.

El camarero se quedó allí un momento, abriendo y cerrando la boca. Era evidente que la figura de Gaby también le fascinaba.

Me eché hacia atrás en la silla. Me moría de ganas de enseñar los aretes a Gaby, pero había aprendido a tener paciencia cada vez que un hombre interrumpía nuestra conversación. A menudo deseaba poder ser como ella, tan despreocupada, tan encantadora, tan coqueta. Pero no podía. Ella se mostraba como una absoluta extrovertida. Yo estaba completamente atrapada en mi concha.

El camarero hacía todo lo posible para convencer a Gaby de que quedara con él después del trabajo, pero yo sabía que no lo conseguiría. Era coqueta pero exigente. Aquel chico no era su tipo. Le gustaba que sus hombres fueran deportivos. Así que mientras Gaby, con el encanto que la caracterizaba, lisonjeaba al camarero y al mismo tiempo aplastaba cualquier esperanza que pudiera albergar de concertar una cita por la tarde, yo me miré las manos y pensé en por qué había decidido contarle a ella lo del fantasma, en vez de a *mamie*.

Hacer amigos no era algo que se me diera bien, pero a Gaby la conocía desde que coincidimos en la escuela de *ballet* de *mamie*, antes de que me admitieran en la Ópera de París. Gaby también había sido una prometedora estudiante de *ballet*, pero llegó a la pubertad y su amor por el baile dio paso a un vivo interés por los chicos. A veces creía que a Gaby le agradaba sinceramente mi compañía; era una persona que sabía escuchar muy bien, con ese talento para hacer que todo aquel con quien hablase se sintiera fascinado. En otras ocasiones me preguntaba si solo mantenía su relación conmigo para poder practicar su español, algo que necesitaba para hacer realidad su ambición de ingresar en el cuerpo diplomático de Francia. Desde luego no era mi confidente más cercana: esa era *mamie*. Pero sabía que si le contaba a mi abuela lo del fantasma pensaría que me había vuelto loca con toda aquella tensión del año pasado. Y tenía que confesárselo a alguien.

Aspiré el aire embriagador del café: café, vino, ajo, pan y penetrante humo de tabaco. Estos eran los olores que asociaba al Barrio Latino.

Me gustaba pasear por esta parte de la orilla izquierda, mirando los mercados y los puestos de libros y deteniéndome en las tiendas de discos para escuchar a los Rolling Stones y a Bryan Ferry. Aunque muchas calles habían sido asfaltadas después de los disturbios estudiantiles de 1968, los adoquines de la Rue Mouffetard seguían intactos. Por eso quedaba siempre con Gaby en el café de la esquina: era un lugar con historia.

Una vez despachado con ternura el camarero, que se fue a soñar con lo que podría haber sido, Gaby volvió a prestarme atención.

—Pues cuéntame más cosas del fantasma —dijo, tras tomar un sorbo de su *espresso*.

Sostuve su mirada un momento, con la mano cerca del bolsillo. Hasta ahora el

fantasma había sido un misterio interesante, como una premonición hecha realidad o una carta astrológica de una precisión extraña e inquietante. Cuando le enseñase los aretes, el asunto pasaría a un nivel diferente: las dos nos veríamos obligadas a aceptar la realidad de la aparición, o bien Gaby pensaría que me lo estaba inventando todo.

Tomé aire y deslicé los dedos en el bolsillo de mi chaqueta.

—Bueno —dije—, la historia no termina ahí...

—¡*Bonjour!*

Otra interrupción. Esta vez era Marcel, el último novio de Gaby. Dejé que los aretes cayeran de nuevo en el bolsillo.

—¡*Bonjour!* —respondió Gaby, que devolvió los besos de Marcel.

Yo también lo saludé, con la esperanza de que solo estuviera de paso. A pesar de la discordancia de sus aspectos (Gaby con sus ropas llamativas y Marcel con camisa Lacoste y chaqueta), daba la impresión de que, fuese donde fuese Gaby, Marcel también iba. Para mí había sido una agradable sorpresa encontrarla esperándome sola en el café.

—¿Qué pasa? —dijo Marcel, que encendió un cigarrillo e hizo una seña a una camarera para que le trajera un café.

Se recostó en la silla: mi esperanza de tener a Gaby para mí sola se esfumó.

—Paloma ha visto un fantasma —dijo Gaby—. En su patio.

Si Gaby hubiera agarrado el cuchillo de la mantequilla y me lo hubiera clavado en el estómago, no me habría causado más dolor. Era algo que tenía intención de confiar solo a ella. Era nuestro secreto.

—Ah —dijo Marcel, expulsando un penacho de humo y dirigiéndome una sonrisa condescendiente—. Eso es la sangre española de Paloma. Todos los españoles están convencidos de que les rondan fantasmas. Un español sin un fantasma es como París sin la torre Eiffel: uno no puede existir sin el otro.

Hice una mueca. Quise decirle que no sabía de lo que estaba hablando. Que yo solo era medio española, que mi padre era..., es... francés. Y que mi fantasma era real. No era un producto de mi imaginación. Además, la torre Eiffel había sido construida en 1889... Y París existía desde mucho antes. Pero no dije nada porque no quería incomodar a Gaby.

A pesar del arrobamiento con que miraba a Marcel, Gaby debió de darse cuenta de que él estaba comportándose de una manera ofensiva. Cambió de tema y se puso a hablar de lo que estaba pasando en España.

—Esta mañana en clase todo el mundo hablaba de las repercusiones de la muerte de Franco. Predicen que España declarará el estado de excepción y que los estudiantes y los obreros protestarán. El profesor Audret piensa que los partidarios de la República encarcelados podrían salir en libertad para calmar los ánimos del pueblo.

Marcel se alisó el pelo, de color rubio ceniza.

—Pero han designado rey a Juan Carlos. La monarquía vuelve y la dictadura termina, tal como Franco prometió. El pueblo español debería estar contento.

Gaby me miró.

—Tal vez no quieran una monarquía —replicó—. Tal vez quieran lo que tenían antes de la guerra: una democracia, como Francia.

—Pfff —dijo Marcel, dando otra calada a su cigarrillo—. Los españoles no pudieron manejar una democracia..., por eso hubo una guerra. No son como los franceses. Los republicanos perdieron la lucha porque estaban divididos.

Me contuve, pero en mi fuero interno estaba que echaba chispas. Me había acostumbrado ya a esa clase de condescendencia de los franceses. La familia de Marcel tenía un apartamento en la Costa Brava donde pasaba las vacaciones: lo único que él conocía de España era el sol y la comida, así como la mano de obra barata. Dudaba que se le hubieran pasado por la mente siquiera los interrogatorios policiales que muchos sufrían; los presos a los que colgaban cabeza abajo por los pies. El Gobierno español podía decir a la prensa extranjera que los «enemigos» políticos recibían un trato humano, pero a muchos de ellos los ejecutaban con garrote. Yo sabía que, si mamie hubiera estado allí, le habría dicho a Marcel: «Los republicanos perdieron la guerra porque los alemanes y los italianos ayudaron a Franco con aviones y tropas, mientras que los británicos y los franceses se mantuvieron al margen y no hicieron nada». Pero me parecía que era imposible que Marcel mantuviera una discusión. Cualquier comentario que yo hacía provocaba aquella sonrisa denigrante suya. Prefería guardar silencio antes que estar sometida a ella. Para ser alguien que seguía viviendo con sus padres, tenía la molesta costumbre de hablar como si fuera un experto en todo y un hombre con mucho mundo. Pero Gaby no lo veía. O si lo veía, lo ignoraba.

Después de pedir y comerse una ensalada niçoise con patatas fritas y de fumar otro cigarrillo, dijo que tenía una cita con el director de su tesis.

Gaby miró su reloj.

—No me había fijado en la hora que es —dijo mientras se ponía de pie—. Mi próxima clase comienza dentro de un cuarto de hora.

Marcel pagó la comida y los cafés.

—¡*Salut*, Paloma! —me dijo—. Ten cuidado, no sea que haya más fantasmas.

Aquel engreído sonrió de nuevo. Me dieron ganas de pegarle un puñetazo.

Gaby me besó en las dos mejillas.

—Nos vemos de nuevo la semana que viene, ¿oui?

El momento de enseñarle los aretes había pasado. Dudé de que me preguntara siquiera por el fantasma la próxima vez que nos viéramos.

Miré a Gaby y a Marcel alejarse por la calle cogidos del brazo. A diferencia de lo que le sucedía a mi amiga, mi experiencia con los chicos era cero. En contra de la creencia popular, no todos los alumnos varones de la Escuela de *Ballet* eran homosexuales, pero al estar todos exigidos hasta el límite por un número limitado de plazas, nadie pensaba en otra cosa que no fuera el baile. Cuanto te fijabas en un hombre en la escuela, la única pregunta que te hacías era si sería lo bastante fuerte

para levantarte con elegancia. Pensé en las clases particulares que había concertado con *mademoiselle* Louvet para prepararme para la próxima ronda de audiciones. Yo solo tenía que entrar en el *Ballet* de la Ópera. Era un desastre para cualquier otra cosa. Una vida normal no era una posibilidad: no me habían educado para ella.

—¿A qué viene esa cara tan larga?

Me volví y vi a una anciana que me estaba mirando. Tenía el pelo teñido de color rojo fuego y sus cejas perfiladas sobresalían en su cutis densamente empolvado. Había hablado con acento español, pero no la conocía.

La mujer puso una mano en mi brazo.

—¡Eres joven! ¡Eres guapa! Deberías hacer algo para hacerte feliz. ¿Has pensado alguna vez en clases de baile?

Me quedé demasiado desconcertada por la ironía para responder mientras la mujer me metía un folleto en la mano. Era un folleto de una escuela de baile española en Montparnasse: «Académie de Flamenco Carmen Rivas».

—¿Clases de flamenco? —dije.

—Sí —respondió la mujer en español y con una sonrisita—. Ven, te lo pasarás bien. Harás buenos amigos —se despidió con un pequeño gesto de la mano y luego echó a andar calle abajo.

Me encaminé hacia la estación de metro. El baile de carácter no había sido mi fuerte en la escuela de *ballet*, algo que había sorprendido a mis profesores porque era medio española. Quizá me había desanimado la actitud de *mamie* hacia el flamenco. Recordaba el gesto de desdén en su cara un día que nos encontramos con un grupo de artistas callejeros en la Rue de la Huchette.

—¡Pero si tú eres española! —le dije.

—¡Yo soy catalana! —me corrigió—. El flamenco es de Andalucía. Franco impuso la imagen de las corridas de toros y el baile flamenco al conjunto de España, pero no son tradiciones catalanas.

Me disponía a tirar el folleto en la papelera más cercana cuando sentí el cosquilleo de los aretes en el bolsillo, calentando mi piel a pesar de las dos capas de ropa que se interponían entre ellos y mi pierna. Me recordó a cuando me ponía a *Diaghilev*, mi cacatúa, en el dedo y le rascaba la cabeza. Sus deditos me calentaban agradablemente como dos hornillos. Volví a mirar el folleto. «Ven, te lo pasarás bien... Harás buenos amigos». La clase para principiantes se impartía una noche en la que yo no daba clase en la escuela de *mamie*. Me consideraba una adepta al *ballet* clásico, pero con la diversificación del *Ballet* de la Ópera en coreografías más modernas quizá el interés por formas diferentes de baile fuera un punto a favor en mi currículo. Me metí el folleto en el bolsillo. Si decidía ir, no podría decírselo a *mamie*.

En el trayecto desde la estación de metro hasta nuestro apartamento en la Rue Spontini, me detuve en el puesto de prensa para recoger los periódicos de *mamie*.

Micheline, la vendedora, estaba sentada dentro de su quiosco abovedado como un pájaro dentro del nido, absorta en un ejemplar de *L'Humanité* y rodeada de tarjetas postales, revistas y cajetillas de cigarrillos.

—*Bonjour!* —dije.

Micheline levantó la vista del periódico y se pasó sus rizos grises detrás de las orejas.

—Ah, *bonjour*, Paloma —contestó, poniéndose de pie y alisando su chaleco de ganchillo. Puso los ejemplares de *Le Monde* y *Libération* de *mamie* en el mostrador—. Hoy también tengo algo para ti —dijo, y tendió la mano hacia el estante que estaba detrás de ella. Me pasó un ejemplar de *Paris-Match* en el que Rudolf Nureyev aparecía en la portada—. ¿Cuándo empiezas con el *Ballet*? —preguntó en tono inocente—. Quiero ir a ver tu primera actuación. Se lo contaré a todo el mundo: «La conozco desde que era una mocosa que venía a recoger los periódicos para su abuela. ¡Y ahí la tienen ahora, una estrella!».

—Pronto —le dije—. Pero recuerda que solo empiezo con el *corps de ballet*. Habrá que trabajar mucho para llegar a *première danseuse*, y no digamos a *étoile*.

Olvidé mis escrúpulos sobre la mentira. No había hablado de mi fallida audición con nadie excepto con *mamie*. Después de mi historial en la Escuela de *Ballet*, todo el mundo esperaba que la graduación fuera un paseo. Mis profesores y mis compañeros daban por sentado que me admitirían como *quadrille*. A *mamie* todavía no le había hablado de mi intención de presentarme de nuevo a la prueba al año siguiente. Ella decía que mientras Arielle Marineau fuera la directora de *ballet* en la Ópera, no tendría ninguna posibilidad de que me admitieran. Había intentado convencerme de que aceptase los puestos que me habían ofrecido en compañías de Nueva York y Londres. Incluso me prometió ir conmigo si lo hacía, pero para mí solo había una compañía de *ballet*. Era el *Ballet* de la Ópera de París o nada.

—Hagas lo que hagas, será magnífico —dijo Micheline, con su ancha boca formando una sonrisita—. No dejes de decírmelo en cuanto recibas la buena nueva —continuó mientras ataba los periódicos con una cuerda para que pudiera llevarlos más cómodamente—. Abriré una botella de champán.

La sinceridad de sus buenos deseos me llegó al corazón.

Me entregó el paquete y entonces abrió la boca en gesto de alarma.

—¡Cuidado! ¡Es ella otra vez! —dijo señalando con la barbilla en dirección a la calle—. Tu madrastra.

Me volví y vi a Audrey —pañuelo de Hermès al cuello, el pelo impecablemente enroscado en un moño— deteniéndose junto al bordillo en su Citroën. No tenía ningún motivo para estar en esta zona que no fuera incordiarne. Por suerte no parecía que me hubiera visto.

—No es mi madrastra —corregí a Micheline—. Solo es alguien que se casó con papá. —Le di a Micheline dos rápidos besos—. Será mejor que me vaya. Hasta mañana.

Calculé que si caminaba con paso rápido pero constante podría evitar atraer la atención de Audrey y llegar al apartamento antes que ella. Una vez que estuviera a salvo dentro, *mamie* no iba a insistir mucho en que le abriera la puerta a «esa mujer». Antes era mi padre quien lanzaba aquellos ataques por sorpresa, pero hacía meses que no lo veía.

Casi había llegado a la entrada de nuestro edificio cuando oí los tacones de Audrey repiquetear detrás de mí.

—¡Paloma! —llamó.

Seguí caminando. ¿Cómo me había alcanzado? ¿Me había seguido corriendo?

—¡Paloma!

Había un grupo de niños de preescolar en la acera, esperando para cruzar la calle con sus maestros. Lo último que quería era montar una escena. Pero como ahora era imposible eludir a Audrey, decidí que mi mejor defensa era ser agresiva. Me di la vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. ¿Me estás siguiendo?

Los ojos de color verde bosque de Audrey no se inmutaron. Movié una mano y percibí la tenue vaharada de las notas amaderadas de su perfume Rive Gauche.

—*Bien sûr* —dijo—. Pues claro que te estoy siguiendo. —Me miró con el mismo aire de autoridad imperturbable que suponía que empleaba con el personal de su empresa de publicidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió. Exhibió una risa franca y se encogió de hombros—. Porque no devuelves las llamadas telefónicas de tu padre, porque no contestas a sus cartas, porque te niegas a verle. Por eso. Le estás rompiendo el corazón.

¿Que yo le estoy rompiendo el corazón a él? ¿Y qué hay de la manera en que él rompió el mío? Seis meses después de morir mi madre, ¡volvió a casarse! Una nueva esposa. Un nuevo hijastro. ¡Una nueva vida! El recuerdo de mi madre erradicado como si su matrimonio con él y su larga y dolorosa muerte nunca hubieran ocurrido.

—Mira —dijo Audrey, metiendo la mano en su bolso Louis Vuitton y sacando un casete—, quería que te diera esto.

Negué con la cabeza. Sentía una indignación cada vez mayor porque me involucrasen todavía en aquella farsa, pese a haber dicho a mi padre que no quería tener nada más que ver con él. Sentí el impulso de agarrar la cinta y tirarla por la alcantarilla. Audrey, tan orgullosa y segura de sí misma, con su traje de raso de color melocotón, debía de amar muchísimo a mi padre para humillarse acercándose a mí. Lo único que tenía para ella era desdén. ¡Seis meses! ¿Había andado detrás de mi padre mientras los cirujanos extirpaban las entrañas repletas de tumores de mi madre? Pero tan de repente como había estallado, mi ira se disipó. Me sentí exhausta. La aparición del fantasma me había distraído. No me quedaba energía para estar furiosa. Las lágrimas asomaron a mis ojos, pero enseguida parpadeé para contenerlas.

La expresión de Audrey seguía siendo dura, pero algo en su actitud cambió.

—Vamos, cógela —dijo.

Por un momento dio la impresión de que éramos dos actrices en plena representación teatral y que Audrey me susurraba el pie. Era típico de mi padre hacer una grabación cuando ya no podíamos compartir palabras. Siempre nos habíamos comunicado mejor a través de la música. Cogí la cinta que me ofrecía sin mirar lo que ponía. Cuando iba a guardarla en el bolsillo del abrigo, me acordé de los aretes. La metí en el bolso.

—Tu padre cumple cincuenta años en enero —dijo, confundiendo que aceptara la cinta con un relajamiento de mi postura—. Voy a organizarle una fiesta. Sabes que lo significaría todo para él que asistieras.

¡Qué cara más dura! ¿Organizar una fiesta? ¿Se creía que era mamá? Me aparté de Audrey y puse la mano en la puerta de entrada.

—Tiene amigos —dije por encima del hombro—. Te tiene «a ti». No me necesita. —Entré a zancadas en el vestíbulo y dejé que la pesada puerta se cerrara de golpe detrás de mí.

—Estás equivocada —gritó Audrey detrás de mí—. ¡Te necesita a ti más que a nadie!

Me quedé un momento en el vestíbulo, intentando recuperar el resuello. ¿Por qué no podían Audrey y mi padre dejarme en paz? ¡Que él me necesitaba! Siempre estaban primero las necesidades de mi padre. ¡Siempre! Mi mente voló hasta el dolor que me ahogaba en el funeral de mi madre, mientras mi padre estaba sentado a mi lado en el coche sin derramar una lágrima, hablando de su próximo concierto en Berlín y tarareando entre dientes el tema del *Concierto para piano en la menor* de Schumann. ¿Era por Audrey por lo que había estado tan sereno? ¿Porque sabía que no estaría solo? Me apoyé en la escalera, ahuyentando los recuerdos anteriores de la voz profunda y resonante de mi padre, sus promesas de proteger siempre a su «querida niña».

A nuestro apartamento se podía entrar desde el vestíbulo o desde un tramo de escalera en la parte trasera del patio. Decidí entrar por el patio, mitad con la esperanza y mitad con miedo de que el fantasma estuviera esperándome de nuevo. Pero allí no había nadie o nada.

Entre las macetas del herbario había una silla de hierro forjado. Estaba fría al tacto, pero aun así me senté en ella. El edificio de apartamentos, con sus balcones de hierro y sus tejados abuhardillados, había sido construido en el siglo XIX. Levanté la vista hacia los muros de piedra y las ventanas de las buhardillas, levantados por obreros mucho antes de que existieran sindicatos formales y de que fuera obligatorio el uso de equipos de seguridad. Una brisa me acarició la mejilla y sentí que me atravesaba el flujo de la historia. ¿Cuántas personas habían vivido en este edificio en el siglo que había transcurrido? Debían de ser centenares. Vi hombres inclinados hacia el fuego del hogar, mujeres charlando en los salones, sirvientas abriendo las ventanas para ventilar las habitaciones, niños y perros retozando por los pasillos

jugando al escondite. Sin embargo, con todo aquel registro de vida, no había visto allí ningún fantasma, excepto el de hoy: el de aquel espectro español. La presencia de todas las demás personas se había desvanecido. Se me ocurrió que dentro de cien años, si la raza humana no había perecido por culpa de una guerra atómica, otra mujer podría levantar la vista hacia las ventanas y no percibir ninguna huella de mí.

El sonido de algo raspando me sacó de mis pensamientos. Me volví, pero solo era Conchita, la amiga de *mamie*, que venía del vestíbulo con su correo.

—¡Ah, hola! —dijo al verme.

Como de costumbre, su aspecto era elegante, con un traje de chaqueta y zapatos a juego de color rosa asalmonado. Tenía casi setenta años y poseía el don de parecer que era rica, aunque no tuviera ni un céntimo a su nombre. Había sustituido los diamantes que faltaban en sus joyas de boda por estrás blanco, de modo que sus sortijas seguían centelleando con un efecto brillante. Y ella continuaba yendo impecablemente arreglada: les daba a las chicas del salón de belleza clases de comportamiento a cambio de sus citas semanales para la peluquería y la manicura.

«Conchita nunca ha aceptado el cambio —explicó mi madre en cierta ocasión—. Y *mamie* no ha tenido valor para romper su frágil relación con la realidad. A Conchita siempre ha habido que cuidarla; no tiene ni idea de cómo cuidarse a sí misma». Era *mamie* quien organizaba dos veces por semana los repartos de la tienda de comestibles y la panadería para que los llevaran al apartamento de Conchita. «De lo contrario, me temo que se gastarían los exiguos pagos del seguro de vida que le dejó su marido en comprar más sombreros y no en alimentarse», me había dicho mi madre.

Mamie era dueña de tres apartamentos en nuestro edificio. La posesión de inmuebles en el distrito 16 de París debería habernos hecho ricos, pero solo lo parecíamos sobre el papel. El apartamento que compartía con *mamie* estaba ocupado principalmente por el estudio de *ballet*, por lo que el espacio destinado a nuestra vivienda era de solo cuarenta metros cuadrados. El apartamento de la planta baja estaba ocupado, libre de alquiler, por Conchita. El otro apartamento, una vivienda de tres dormitorios donde había vivido con mi padre y mi madre, se lo habíamos alquilado a un empresario norteamericano y a su familia, pero la renta que se obtenía de él iba a parar al fondo de mi abuela para apoyar a los ancianos españoles que no habían podido rehacer sus vidas tras llegar a París al término de la Guerra Civil. En el edificio nunca hubo conserje. Al haber sido traicionados por ese icono parisino durante la Segunda Guerra Mundial, mi abuelo y los propietarios de los otros apartamentos, una familia judía, habían acordado que no lo hubiera. «Es mejor soportar las molestias o que te roben antes que ser traicionado», solía decir mi abuelo cuando las visitas se quejaban por tener que llamar desde una cabina telefónica si la puerta de la calle estaba cerrada con llave.

—¿Quieres entrar a tomar una taza de infusión de romero y limón? —me preguntó Conchita.

Tenía una hora antes de mi primera clase de la tarde. Mi intención era poner por

escrito los hechos de la mañana para que siguieran siendo reales para mí. Pero hacía algún tiempo que no visitaba a Conchita y sabía que estaba sola. Aunque no era tan cariñosa conmigo como lo era *mamie*, me había criado con ella. Había jugado a disfrazarse conmigo cuando mis padres estaban de gira y me había enseñado a aplicarme el maquillaje como es debido.

—Por supuesto —dije agarrando su brazo flacucho.

Al igual que quien vivía en ella, el pequeño piso de Conchita en la planta baja emanaba una especie de elegancia estirada con sus suelos de baldosas de encáustica, sus lámparas de araña y sus visillos. También era morbosos. Encima del mueble de la radio, conservaba dos cuadros enmarcados: el primero era una fotografía de su marido francés, Pierre, abrazando a los hijitos de mejillas sonrosadas de la pareja, y el segundo era un recorte de periódico que narraba con detalle un accidente mortal de coche. Con estos dos cuadros, Conchita contaba la historia de los hechos que habían jalonado su vida en Francia. Cuando las pocas personas que habían entrado alguna vez en el apartamento —el médico, algún que otro vendedor, un chico de reparto— veían los cuadros, sabían qué preguntas no había que hacer.

No había ninguna fotografía del hijo mayor de Conchita, Feliu, ni de su padre, que era español. Yo había visto a Feliu unas cuantas veces a lo largo de los años. Conducía camiones por Europa para una empresa de transportes francesa. Cuando estaba en París, a veces visitaba a *mamie*, pero nunca a su madre. Era de lo más simpático conmigo, pero siempre me daba la impresión de que se parecía un poco a un gorrión: contento de hacer una visita, pero deseoso de emprender el vuelo de nuevo.

—¿Por qué Feliu no va a ver a su madre cuando viene? —le pregunté a *mamie* después de una de aquellas visitas—. Tiene que hacerle daño.

—Es complicado —dijo *mamie*—. Se fue de casa cuando tenía catorce años, y él y Conchita nunca han estado cerca. Pero siempre me deja dinero para ayudar en los gastos, así que sigue teniendo sentido del deber hacia ella.

Yo suponía que la raíz del distanciamiento tenía algo que ver con la Guerra Civil. Probablemente nunca me diría toda la verdad.

Mientras el agua para la infusión hervía, Conchita encendió la radio. El locutor estaba traduciendo una declaración que Richard Nixon había hecho en honor de Franco. «Un amigo y aliado leal de los Estados Unidos. Un verdadero líder», había dicho el expresidente norteamericano.

Conchita escuchaba con lágrimas en los ojos.

—No era tan mal hombre como tu abuela piensa, Paloma —susurró—. Franco quería hacer grande a España.

Me arrellané en la silla tapizada y me pregunté cómo Conchita y mi abuela habían seguido siendo amigas cuando sus opiniones sobre Franco estaban tan polarizadas. Pero no parecía que hablaran nunca de política. Y Conchita no asistía a las reuniones de exiliados de *mamie*.

Nos tomamos la infusión y dedicamos nuestra conversación al tiempo y al nuevo *chocolatier* que iba a abrir cerca de la Place Victor Hugo. Le prometí que sería la primera de la fila delante de sus escaparates *art nouveau* para comprar sus almendras garrapiñadas preferidas.

—Ah —dijo Conchita, dando una palmada de alegría—. Qué buena eres siempre conmigo.

Cuando llegó el momento de marcharme, me acompañó a la puerta principal. Me agaché para besarla y el folleto de la escuela de baile español se cayó sobre las baldosas.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras lo recogía. Entrecerró los ojos—. ¿Clases de flamenco? —Me dirigió una mirada penetrante, algo que me cogió por sorpresa.

—Estoy pensando en tomar clases para mejorar mi baile de carácter —expliqué—. Además, podría ser divertido.

La espalda de Conchita se puso rígida. Me pregunté si pondría las mismas objeciones que *mamie* a un arte «popular» que había sido impuesto a los catalanes.

Me encogí de hombros con torpeza.

—Ya sé que no es catalán —dije—, pero podría ser bueno para mi repertorio. Es muy expresivo. Pero no se lo digas a *mamie*, por favor. A ella no parece gustarle. Supongo que porque no es de su parte de España.

Conchita se aclaró la voz.

—Sí, desde luego —dijo, frunciendo la boca como si intentara contener lo que de verdad quería decir—. Las bailarinas necesitan la inspiración de otras formas de baile. Lo entiendo. No es la cultura lo que buscas, sino el estilo.

Me abrió la puerta y salí al pasillo. Mientras giraba hacia la escalera, oí que decía en voz baja desde detrás de la puerta:

—Tu abuela no odia el flamenco porque sea catalana. Ese no es el motivo.

Celestina

Barcelona, 1909

Vosotros que me juzgáis: ¡venid! Dejad que os cuente una historia. Dejad que os lleve a una parte de Barcelona que los intelectuales no ensalzan por la arquitectura revolucionaria de Gaudí, por sus impresionantes pinturas y esculturas, por su elegante estilo modernista, la «Perla del Mediterráneo», el «París del Sur». No, este lugar está lejos del Passeig de Gràcia y de las tiendas en las que se venden tinteros grabados en oro y peines de nácar. Aquí no encontraréis paseos bordeados de árboles ni cafés en los que sirven barquillos de vainilla con su café bien filtrado. Seguidme a lo largo de las Ramblas, donde los vendedores callejeros venden de todo, desde periquitos hasta mazorcas de maíz, donde las prostitutas se apoyan en las farolas y miran con indolencia a los transeúntes, y en los *cabarets* se toca música durante toda la noche. Aquí, dejadme ahora que os lleve por estas calles que se van haciendo más estrechas y lúgubres. Tapaos la nariz con el pañuelo para que el hedor —de ajo rancio y orina atrapados en el aire caliente y húmedo— no ofenda vuestra nariz.

Una mujer abre una puerta y grita algo a otra con la entonación cantarina del catalán. Su amiga contesta con la expresividad ampulosa de un acento andaluz. Una tercera mujer, mientras recoge camisas raídas de una cuerda de tender, añade su tono nasal mallorquín a la conversación. Giramos en una esquina y vemos a un mendigo quejándose de sus llagas con un bastón y con la esperanza de sacar más dinero, y esquivamos a los perros que se alimentan de los desperdicios que se arrojan a la calle. Cruzad conmigo esta plaza que no es nada más que barro y no os detengáis a pensar en vuestros valiosos zapatos. Hagamos un alto ante una casa de vecindad que fue construida para albergar a veinte personas, pero cuyo casero ha subdividido los pisos en unidades cada vez más pequeñas al tiempo que los alquileres han aumentado notablemente en los últimos años. Este edificio alberga ahora a sesenta almas desdichadas, que comparten el único retrete que funciona. Las enfermedades han visitado este lugar muchas veces: el cólera, la tuberculosis, la meningitis. Un brote de fiebre tifoidea se cobró la vida de gente muy querida hace solo un año. Dirigid vuestra mirada hacia el solar vacío de al lado, lleno de escombros. En otros tiempos se alzaba aquí otra casa de vecindad, como la que estáis mirando ahora, con los muros llenos de grietas y las ventanas con vidrieras. Pero sus cimientos cedieron por las lluvias del invierno y cayó aplastando a todos los que estaban dentro.

Aquí, permitidme que os lleve por la escalera estrecha y deteriorada del edificio y os enseñe un piso en la última planta, donde una familia duerme. Son las cinco de la

mañana y la luz del verano comienza a penetrar entre las tablillas rotas de las contraventanas. El aire cargado de calor es acre por el olor a herrumbre y moho, pero los inquilinos del piso están tan acostumbrados a los olores que ya no los notan. La vivienda consta de una cocina empotrada y una habitación que hace las veces de dormitorio y de comedor. En esta habitación, en una estrecha cama de hierro, está acostado un hombre de cabello prematuramente gris. A su izquierda, dándole la espalda, está su hijo de dieciocho años. Metido bajo su brazo derecho, su hijo de diez. En un rincón de la habitación, donde la mayor parte de la pintura se ha despegado de las paredes y una mancha oscurece el techo, vemos una cuna con barandas en la que está acostada una niña. La cría tiene ocho años y es demasiado grande para la cuna; tiene que retorcerse como una soga para caber en ella, pero no tiene otro lugar para poder dormir: las ratas le impiden tumbarse en el suelo. Miradla, acurrucada con fuerza, no solo para caber en el minúsculo lecho, sino también para contener los retortijones de hambre que sufre cada noche cuando se acuesta. Tiene los brazos y las piernas en carne viva por las picaduras de las pulgas, que empeoran por el calor. Hace semanas que su cabello grasiento no ve el jabón y el agua. ¿No podéis encontrar un poco de lástima en vuestro corazón para esa niña? Miradla detenidamente antes de juzgar. Porque esa niña soy yo.

—¡Celestina!

Abrí los ojos al oír la llamada de mi padre, aunque llevaba ya una hora despierta. Los retortijones de hambre me roían como si fueran ratas. Pero bastaba una mirada al rostro demacrado de papá para que todo deseo de quejarme me abandonara. Me había cedido su ración de pan la noche anterior, y me dolía pensar que se iría a trabajar con dolores más fuertes que los que yo sufría.

Me puse de pie y papá me cogió en brazos y me sacó de la cuna. Mientras él se sentaba en la cama para ponerse las botas de trabajar, golpeé el suelo suavemente con las plantas de los pies, respondiendo a un ritmo que nadie más podía oír. Papá decía que bailaba desde antes de saber andar, que lo llevaba en la sangre. Mi madre también bailaba siempre.

Anastasio estaba ante el tocador, agachado para poder verse en el espejo moteado. Lo observé mientras contraía la cara para afeitarse. Aunque yo era joven, comprendía por la manera en que las mujeres se daban la vuelta cuando pasaba por la calle que mi hermano mayor era guapo. Mi padre decía que Anastasio había heredado la belleza de nuestra madre. Ella, en cambio, siempre insistía en que era el vivo retrato de papá cuando era joven. Miré a Anastasio y después a papá, y traté de distinguir en aquel amado rostro surcado de arrugas los rasgos cincelados y los ojos oscuros y taciturnos de Anastasio. Papá solo tenía cuarenta y dos años, pero los problemas que lo habían acosado desde que dejó su pueblo en Andalucía doce años antes lo habían avejentado. Había llegado a Barcelona con mi madre y Anastasio después de un levantamiento

campesino, pero lo único que encontró fue más de la misma pobreza y el mismo sufrimiento que había intentado dejar atrás.

—¡Bailando! ¡Bailando! ¡Siempre bailando, Celestina!

Mi hermano Ramón me inmovilizó con una llave de cabeza. Sus dedos se enredaron en la maraña de mi pelo y di un grito.

—¡Ten cuidado! —le ordenó Anastasio, volviéndose del espejo—. Es muy pequeña.

—Por supuesto —dijo Ramón, pellizcándome en las mejillas—. Es la única hermana que tengo.

Era verdad. Todas las que habían llegado al mundo en los años que iban desde el nacimiento de Anastasio hasta el suyo habían muerto en su primera infancia.

Ramón no era guapo, como Anastasio. Tenía una cabeza con forma de huevo y su cuerpo era redondo como una alcachofa rellena. Pero lo que le faltaba en belleza, lo compensaba con personalidad. Utilizaba su simpatía para que los vendedores callejeros nos regalaran las frutas y verduras no aptas para la venta. Hasta había conseguido convencer a nuestro avaro casero para que nos concediera una semana de gracia para pagar el alquiler durante la huelga en la fábrica. Cuando Ramón lograba un gran triunfo, como en aquella ocasión en que un tendero le regaló una caja entera de almendras, siempre era generoso a la hora de compartirlo, incluso con los niños enfermizos de la familia Fernández, que vivía en el piso contiguo.

—Vamos, o llegaremos tarde —dijo papá abriendo la puerta.

Salimos en fila por orden de edad y luego Ramón me cogió en brazos. Aunque podía caminar perfectamente y Ramón solo era unos centímetros más alto que yo, le gustaba llevarme así.

—Déjala en el suelo, Ramón —dijo Anastasio, que nos cogió a los dos de la mano—. No es una muñeca.

A unas calles de allí, de camino hacia los mercados de las Ramblas, nos encontramos con unos obreros que sacaban cristales rotos y metales retorcidos de una tienda de bicicletas. El aire apestaba con el hedor de la goma quemada. Había un agujero enorme en el muro ennegrecido del edificio y el interior de la tienda parecía haber quedado reducido a cenizas. Había policías montando guardia, buscando entre los escombros e interrogando a los testigos.

—Otra bomba —dijo entre dientes papá.

La explosión había sido tan cerca de nuestro edificio que debiéramos haberla oído, pero en los últimos tiempos nos habíamos acostumbrado de tal modo a las explosiones que ninguno de nosotros se había despertado. No nos sorprendía ya la visión de un bombín de bicicleta empotrado en la pared de la tienda de la acera de enfrente, ni del sillín que se había fundido con una farola y ahora se asemejaba a una flor mustia. Unos años antes, la ciudad había sufrido una serie de atentados mortales con bombas, como venganza por la ejecución de cuatro anarquistas. Pero aquellos ataques habían estado dirigidos contra los ricos y las autoridades. Los últimos

atentados con bombas no parecían tener fines políticos. Habían tenido lugar en las calles de las barriadas más pobres a primera hora de la mañana, como si los responsables trataran de que nadie resultase herido.

Me llamó la atención algo reluciente en la alcantarilla. Reconocí la bóveda de latón del timbre de una bicicleta, todavía intacto y sin apenas arañazos. Ramón también lo vio y se agachó para cogerlo por curiosidad. Un policía lo vio y le gritó:

—¡Largo de aquí, ladronzuelo!

Ramón se enderezó, rojo de vergüenza por la acusación. ¿Embaucador? Sí. ¿Vendedor? Sí. ¿Persuasor de gran talento? Sí. Pero ¿ladrón? ¡Nunca!

Anastasio cerró los labios hasta formar una línea delgada y apretó los puños, dispuesto a defender el honor de su hermano. Pero papá lo agarró de un hombro.

—Vamos, o llegaremos tarde —dijo. Habló con una calma mesurada, pero la mirada que dirigió al policía fue tan afilada como un cuchillo.

Los plátanos que flanqueaban las Ramblas estaban en su plena frondosidad. Amas de casa y criadas iban y venían alrededor del Mercat de la Boqueria. Aquel cuerno de la abundancia de frutas y verduras, carne, mariscos y dulces era el lugar del mundo preferido de Ramón. Muchos vendedores lo conocían por su nombre y les alegraba regalarle algo —unas pocas aceitunas en invierno, algunas frutas pasadas en verano — a cambio de las imaginativas historias que contaba con total aplomo. Nunca he podido olvidar el día en que volvió con un trozo de *tortell*: un pastelito redondo relleno de mazapán y coronado con fruta glaseada. Lo compartimos entre nosotros. La dulce sensación en mi lengua fue de tal felicidad que tuve la certeza de que había muerto y había ascendido al cielo. Inspirada por las adquisiciones de Ramón, al día siguiente lo seguí hasta el mercado. Pero la visión de las cabezas de cabra hervidas y colgadas de ganchos y los órganos de otros animales expuestos sobre hojas de col me horrorizó. Tenía la certeza de que podía ver los corazones de los cabritos latiendo todavía. Di un grito cuando uno de los carniceros me tocó con su dedo helado y hui hacia las Ramblas. El mercado me quedó asociado con el hedor de la muerte y nunca quise volver allí.

Mi idea del paraíso era el lugar hacia el que nos dirigíamos ahora: el mercado de flores, en medio de la calle, enfrente de la Boqueria. Me encantaba pasar el día allí entre el arcoíris de colores y los seductores aromas, las flores emergiendo de los cubos y cayendo en cascada de sus macetas: geranios colgantes, rosas fragantes, begonias cerosas, caléndulas de vivo colorido. Mis preferidos eran los ramilletes de claveles de color rojo sangre, como niñas que al bailar hicieran revolotear sus faldas. La belleza, el encanto y las exóticas fragancias del mercado de flores eran todo lo contrario del mundo en el que yo vivía normalmente.

—¡Buenos días! —saludó Teresa al vernos.

Levantó un cubo de gardenias hasta la mesa de su puesto y el aroma dulce y veraniego de las flores quedó flotando en el aire.

Teresa era una viuda corpulenta que nos cuidaba a Ramón y a mí cuando papá y

Anastasio estaban en la fábrica de tejidos, una responsabilidad por la que se negaba a aceptar ninguna remuneración. Había conocido a mi padre en una reunión del Partido Radical, donde ella era la jefa de uno de los grupos de mujeres: las Damas Rojas. El otro grupo era el de las Damas Radicales, que era más conservador en política. Teresa era dueña de su propio puesto en el mercado y llevaba unos pequeños pendientes de perlas, cosas ambas que la convertían en fabulosamente rica a mis ojos. En realidad, sin embargo, solo le iba un poco mejor que a nosotros. Era originaria de Madrid, y por eso nos hablaba en español y no en el catalán que empleaba con sus clientes. Había llegado a Barcelona con su marido, que pensaba cumplir su sueño de toda la vida de trabajar en un barco. Pero antes de que pudiera hacer realidad su ambición, se cortó un dedo con un cable y murió una semana después a causa de una infección.

Teresa se puso las manos masculinas en las caderas y expuso su teoría sobre el último atentado con bomba:

—Son los líderes del Partido Radical que estimulan a los obreros a la revolución. —Dirigió una mirada llena de reproche a mi padre—. Ya sabes que estas huelgas, negociaciones y leyes sociales hacedoras de buenas obras no nos llevan a ninguna parte. Los propietarios de las fábricas muestran cierta resistencia fingida y luego os mandan a todos a casa con unos cuantos céntimos más. El único camino para el cambio de verdad es crear un sistema totalmente nuevo.

—Puede que tengas razón —admitió papá cansinamente—. La economía se ha recuperado desde la pérdida de las colonias, pero nuestros salarios han seguido siendo los mismos. Y, sin embargo, los precios no dejan de subir y subir.

Delfina, la florista del puesto de al lado, miró por encima de sus jacintos silvestres y guiñó un ojo a Anastasio. Él asintió con cortesía en dirección a ella, pero su mente estaba en otras cosas.

—¿Sabes lo que pienso? —le dijo a Teresa—. Pienso que son los mismos propietarios de las fábricas los que ponen las bombas para desacreditar al movimiento obrero. Cada vez que una explota sirve de excusa para que la policía detenga y torture a los líderes sindicales y atemorice a los trabajadores.

El reloj del mercado dio las seis. A papá y a Anastasio les quedaba todavía un camino por recorrer hasta la fábrica, así que se despidieron apresuradamente de nosotros con un beso. Antes de que se fueran, Teresa metió la mano en un cesto y les dio a cada uno un largo bocadillo envuelto en papel de periódico. El olor salado de las anchoas me hizo cosquillas en la nariz.

—Teresa, no deberías... —comenzó a decir papá. Acababa de pagar el alquiler de nuestro piso y no había dinero para «extras».

Ella levantó una mano para detenerlo.

—Ayer se me dio muy bien el día, y estoy harta de veros a vosotros dos cada día más esmirriados —dijo.

Mi padre nos miró a Ramón y a mí. Nunca comería si nosotros nos quedábamos sin comer.

—No te preocupes —le dijo Teresa—. También tengo algo para ellos.

Cuando papá y Anastasio se marcharon, Ramón y yo nos comimos los bocadillos con aceite de oliva y ajo que Teresa había preparado para nosotros. Después la ayudamos a montar su puesto de flores. Cuando estábamos terminando, llegó Laieta de camino a su casa desde el trabajo. Era hija de una amiga de Teresa que había muerto tres años antes. Yo no entendía qué era lo que Laieta, que tenía veinte años, hacía para ganarse la vida, ni que se hubiera visto obligada a emprender su actual oficio cuando la despidieron de la fábrica en la que trabajaba. Yo solo pensaba en que estaba seductora con la falda estrecha hasta el tobillo, el cabello ondulado recogido en lo alto de la cabeza y un sombrero echado con garbo hacia un lado. Su perfume dulce y pulverulento era tan exótico para mí como los mercados árabes que había junto al puerto.

Laieta besó a Teresa y luego nos dijo:

—Tengo un regalo para vosotros, mis pequeños. —Buscó en su bolso y sacó una lata—. Un amigo mío me la regaló anoche.

Abrí el envase y un dulce aroma se extendió por el aire. Aunque había devorado mi bocadillo, seguía teniendo hambre y me sonaron las tripas ante la expectativa cuando vi en su interior las pequeñas galletitas de nueces. Ramón me quitó la lata de la mano y ofreció primero las galletitas a Teresa y Laieta, que las rechazaron, antes de devolvérmela.

—Mmm —dije después de morder una de las galletitas y saboreando la sensación de que se desmenuzaba en mi boca. Era casi tan maravillosa como lo había sido la del *tortell*—. ¿Cómo se llaman?

—*Pets de monja* —respondió Laieta, conteniendo la risa—. Pedos de monja.

—¿Por qué los llaman así? —preguntó Ramón, cogiendo una de las galletitas y oliéndola.

Laieta se encogió de hombros.

—Creo que por las detonaciones que se oyen cuando se están haciendo..., pero podría ser porque son pequeñas y discretas.

Teresa se rio tanto que sus pechos y sus caderas se bambolearon.

—¿Por qué das por sentado que los pedos de monja son pequeños y discretos? —dijo enjugándose las lágrimas de los ojos—. Esas perras religiosas están llenas de gases.

Odiaba la Iglesia, a la que consideraba un bastión corrupto de la represión de los pobres.

Laieta sonrió y se inclinó hacia Teresa.

—Hablando de explosiones... Esa tienda de bicicletas fue un objetivo inesperado para la bomba que explotó anoche. Personalmente, creo que el clero las está poniendo para que el Ayuntamiento cierre las escuelas racionalistas, que dicen que no enseñan a respetar la autoridad.

—Bueno, sea quien sea el que está poniendo las bombas y por la razón que sea,

está convirtiendo Barcelona en el Lejano Oeste —replicó Teresa.

Las pulseras de Laieta tintinearono cuando levantó la mano para ajustarse el sombrero.

—Han contratado a un pez gordo de Scotland Yard para encontrar a los autores, pero la única conclusión a la que ha podido llegar es que un turista sigue estando más seguro en Barcelona que en Londres o París.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó Teresa mientras arrancaba un pétalo marrón de una de sus rosas—. De lo del detective de Scotland Yard.

Laieta esbozó una sonrisa sardónica.

—Tengo mis contactos, ya sabes.

—Vosotros dos, andad a dar una vueltecita por ahí —nos dijo Teresa a Ramón y a mí—. Ahora mismo no os necesito.

Era evidente que quería hablar con Laieta de cosas que no quería que nosotros oyéramos, pero a Ramón y a mí no nos importaba. Nos daba la oportunidad de visitar nuestro lugar favorito en el mercado: la pared donde se pegaban los carteles que anunciaban los próximos espectáculos. Ramón siempre se acercaba a los que anunciaban corridas de toros.

—¡Olé! —exclamó, moviendo en el aire un imaginario capote. Hizo una buena demostración de la difícil postura de mariposa que casi siempre se representaba en los anuncios.

Le aplaudí y fingí lanzarle una rosa.

—Cuando sea mayor, seré un torero famoso —proclamó sacando pecho—. Luego compraré un gran palacete en el Passeig de Gràcia y papá y Anastasio no tendrán que volver a trabajar.

—Con doncellas, criados y sábanas blancas recién planchadas —grité al tiempo que daba una palmada—. Y azucenas en todas las habitaciones.

Ni Ramón ni yo habíamos asistido nunca a una corrida de toros y no podíamos imaginar la sangre de la plaza ni la manera cruel en que se daba muerte al noble animal. Tampoco sabíamos que a menudo los toreros y sus caballos morían destripados o arrollados. Éramos niños inocentes sin ningún sentido del ansia de sangre. Solo conocíamos a los apuestos matadores con sus «trajes de luces» por los carteles. Para nosotros eran como las estrellas de cine, gitanos pobres y chicos campesinos arrancados de la pobreza y lanzados a un mundo de imposibles riquezas: palacetes, coches de lujo y hermosas mujeres. Para nosotros, aquellas fantasías eran una evasión de la realidad. Una realidad que señalaba que Ramón no tardaría en acompañar a papá y a Anastasio en la fábrica. Que yo seguiría sus pasos un par de años después.

Mientras Ramón fantaseaba con ser matador de toros, fue otro cartel el que despertó mi interés. Me atrapó la imagen de una mujer seductora con los brazos suspendidos en el aire sobre la cabeza. Llevaba un vestido amarillo con la falda arrugada como pétalos. Su larga melena oscura le caía sobre los hombros y la

espalda, con un clavel encarnado prendido detrás de la oreja. Sus ojos miraban hacia sus pies descalzos. La fiereza de su mirada baja sugería una fuerza y un desafío que revolviéron algo dentro de mí. Pisé con fuerza el suelo con la parte anterior de las plantas de los pies y levanté las manos por encima de la cabeza.

—Y cuando yo sea mayor —le dije a Ramón—, bailaré flamenco y seré famosa.

Una sombra pasó por encima de mí, produciéndome un escalofrío que me subió por la espina dorsal. La cara de Ramón se quedó paralizada. Al darnos la vuelta, los dos vimos a una mujer que llevaba un pañuelo de color carmesí y nos miraba fijamente. Supe de inmediato por su piel morena y la cesta de hierbas que llevaba al costado que era una gitana.

—No debes formular nunca un deseo delante de un romaní —susurró Ramón con la cara más blanca que un cadáver—, por si acaso te lo concede de alguna manera retorcida.

Conocía esa superstición, pero no me daba miedo. Me intrigó el rostro de la mujer, sus cejas rizadas y el lunar en el pliegue de la nariz. Había gitanos por toda España, los de sangre pura y los que se habían casado con españoles. Hasta de mi madre se decía que descendía de un linaje de gitanos.

Sostuve la mirada de la gitana y formulé de nuevo mi deseo, esta vez en silencio, pero con toda mi alma.

Cuando Ramón y yo regresamos al puesto de Teresa, Laieta se había marchado. Quien estaba allí en ese momento era Amadeu, en la silla de ruedas que sus vecinos habían fabricado para él con dos ruedas de bicicleta y una silla de mimbre. Cuando era joven, a Amadeu lo habían enviado a «luchar por las colonias» en Cuba y había vuelto sin piernas. Por él nos enteramos del horror de la vida de los reclutas en el ejército español: raciones mínimas y ninguna soldada. «Los que no morían en combate o perecían a causa de la malaria, simplemente se morían de hambre», nos había dicho.

—Los oficiales trataban a los hombres pobres como Amadeu con el mismo desprecio en el combate con el que sus familias lo hacían en la vida civil —había explicado Teresa—. Les robaban y les insultaban dándoles «uniformes» que no eran nada más que sombreros de paja, alpargatas de esparto podridas y pijamas. ¡El gran Ejército español, ya lo creo!

—Sacrifiqué mis piernas por su azúcar, y ni siquiera pueden darme una pensión —oí que Amadeu le decía a Teresa—. El orgullo que me quedaba después de perder mi hombría desapareció al verme obligado a mendigar. Cuando nuestras pobres familias nos despidieron en el muelle, nos decían adiós para siempre a la mayoría de nosotros.

Amadeu me caía bien —siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para nosotros, a pesar de sus problemas—, pero sus historias también producían en mí una

especie de morbosidad. Anastasio tenía ya dieciocho años, no tardarían en llamarlo para cumplir el servicio militar obligatorio. Lo más probable era que eso no supusiera nada más que estar emplazado con una guarnición durante un par de años de instrucción. Pero no quería ni pensar que a él también pudieran enviarlo lejos.

Ramón y yo nos sentamos debajo de la mesa de las flores y escuchamos a Amadeu y a Teresa hablar sobre el último atentado con bomba. Por las migas que Amadeu tenía en el regazo me di cuenta de que Teresa también había preparado un bocadillo para él. Nos había adoptado a todos: a Ramón y a mí, a Laieta y Amadeu. Era como una vagabunda dando de comer a las palomas en la plaza del pueblo.

Para mostrar su gratitud por la comida y por la ropa que Teresa lograba encontrar para él, Amadeu venía todos los días para leerle el periódico radical *El Progreso*. Porque aunque Teresa era de natural inteligente, apenas había recibido educación. Leer un periódico estaba más allá de su alcance. Amadeu no había tenido tiempo de leer muchas noticias cuando comenzó el ajetreo de la mañana. Las criadas se codeaban con los propietarios de restaurantes, las esposas de médicos y los abogados. Llegaban en tropel, decididas a que sus nuevos hogares en l'Eixample fueran tan elegantes como los de la vieja élite dominante.

Entre las personas que llegaban había dos figuras a las que todas las vendedoras de flores miraban con el mismo interés que un gato observa a los ratones: el ama de llaves y la primera doncella de la familia Montella. El ama de llaves llevaba un vestido marrón con el cuello y los puños blancos. Su pelo gris iba recogido bajo una cofia y su expresión era adusta. La primera doncella era más joven y vestía una blusa de puntillas y una falda a rayas; se cubría la cabeza con una mantilla de encaje. Su señora adoraba las flores y solo compraban las de mejor calidad, sobre todo si era para hacer un arreglo para una ocasión especial. La familia Montella era dueña de varias fábricas en Barcelona, entre otras aquella en la que trabajaban papá y Anastasio. Tenían intereses en las rentables minas de hierro de Marruecos. Solo eran inferiores en fortuna a la familia Güell y al marqués de Comillas.

Aquel día, el ama de llaves y la primera doncella iban acompañadas de otra sirvienta: una mujer joven que vestía el uniforme azul y el delantal blanco de las niñeras. Empujaba un cochecito de chasis color crema y capota azul marino. En un costado estaba grabada la divisa de la familia Montella, un mastín dorado. Agarrada al manillar de latón del cochecito y guiada por la niñera, iba una niña un año o dos mayor que yo. Llevaba un vestido de piqué de algodón, zapatos altos de botones y el cabello recogido en un moño, unas prendas que yo solo podía imaginar llevarlas en mis sueños.

La primera doncella miró las azucenas que Teresa tenía expuestas y se encaminó derecha a nuestro puesto. Las otras mujeres la siguieron.

La primera doncella hizo una seña con la cabeza al ama de llaves.

—Tus azucenas no son tan buenas como las de la semana pasada —le soltó el ama de llaves a Teresa—. ¡Es un escándalo que quieras cobrarlas al mismo precio!

La *senyora* Montella mandaba a su primera doncella a comprar las flores por su gusto refinado, mientras que al ama de llaves la enviaba por su capacidad negociadora. Teresa conocía el juego.

—Es cierto que no son tan buenas —admitió—. ¡Son mejores!

Ramón y yo mirábamos atentamente desde debajo de la mesa. Ver al ama de llaves y a Teresa regatear no era muy diferente de ver a una pareja bailando el fandango. El baile era una parada nupcial llena de disputas: el chico ve a la chica, la chica rechaza al chico, la chica persigue al chico y luego escapa. El ama de llaves ofreció la tercera parte del precio que Teresa pedía por las azucenas. Ella se cruzó de brazos y dijo que no aceptaría menos de tres cuartas partes. Después de un poco más de regateo, cerraron el trato en la mitad del precio de salida y pasaron a regatear por las rosas.

Mientras las mujeres negociaban, Ramón y yo miramos con disimulo a la niñita que estaba en el cochecito. Su cara era tan bonita como una flor de áster abierta de par en par. Tenía la piel luminosa, muy distinta de la tez enfermiza de los niños nacidos en nuestro barrio. Sus ojos vivarachos eran del color de la miel. Aunque parecía no tener más de seis meses, estaba coronada ya con hermosos y abundantes mechones de cabello de color castaño.

La niñita que iba agarrada al cochecito nos vio admirando a la bebé y sonrió. Me tomó de la mano.

—Es mi hermana —dijo.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

La niñera, cuya atención había estado dedicada a las negociaciones, oyó mi pregunta. Miró hacia abajo y nos vio a Ramón y a mí debajo de la mesa. La cara se le crispó de asco al darse cuenta de que la niña me tenía cogida de la mano. Tiró del cochecito hacia atrás, se acercó a la cría y le limpió la mano frenéticamente con un paño como si la tuviera rebozada de algo mugriento.

—¡Margarida! —dijo entre dientes—. Os he dicho que no la toquéis... ¡Niños pordioseros!

Lo mejor que pudo pasar es que Teresa no la oyera. Clientes o no, las habría echado con viento fresco. Las palabras de la niñera eran humillantes, pero Ramón y yo estábamos acostumbrados a que nos rechazaran. Anastasio solía decir que los catalanes miraban por encima del hombro al resto de España como si su lengua y su cultura fueran de alguna manera mejores que las de los demás. Por detrás los llamaba «señoritingos»: niñatos ricos malcriados.

Teresa y las mujeres concluyeron su transacción: habían exprimido los márgenes de las azucenas, pero también habían comprado tres ramos de bellas rosas y varios ramilletes al precio fijado por Teresa. Les envolvió las flores y las colocó en los cestos de las mujeres. Cuando el grupo de las Montella se dio la vuelta para marcharse, algo me impulsó a preguntar de nuevo el nombre de la niña pequeña.

—Y tu hermana... ¿cómo se llama? —le grité a Margarida.

La niñera me lanzó una mirada corrosiva. Pero Margarida forcejeó para librarse de ella y me sonrió abiertamente.

—Se llama Evelina —exclamó—. Nenita Evelina.

Evelina. Me pareció un nombre lleno de luz, un nombre que pertenecería a alguien rebosante de esperanza y de vida. Miré al grupo mientras desaparecía entre el bosque de flores, tan fascinada como si hubiera visto un cortejo de seres mágicos. Recordé a la nena Evelina con los adornos de encaje de su cochecito. ¡Qué vida tan maravillosa le debía de estar destinada! Ella era una princesa de cuento.

Ni Evelina ni yo podíamos imaginarnos el infierno que estaba a punto de estallar a nuestro alrededor ni que un día nuestras vidas se entrelazarían trágicamente.

Paloma

Al día siguiente de ver a la mujer en el patio, fui a la biblioteca Sainte-Geneviève para averiguar más cosas sobre los fantasmas. Quería visitarla desde que cumplí los dieciocho años y se me permitía acceder a los materiales. Era una suerte de peregrinación en honor de mi abuelo, que solía ir una vez a la semana para buscar información sobre una ecléctica variedad de temas. Reservado por naturaleza, cobraba vida si alguien necesitaba saber la longitud del río Ganges, o qué civilización fue la primera que usó el aluminio, o que a un pececito rojo preñado se le llama «*twit*» en inglés. De él aprendí que las sandías hembras son más grandes, más dulces y tienen menos semillas que sus homólogos machos, y que mi pulmón izquierdo es más pequeño que el derecho, para dejar sitio al corazón.

—No dejes que los franceses te convenzan de que fueron ellos los inventores de los postres de chocolate —me decía—. El chocolate endulzado lo introdujeron en Europa los españoles en el siglo XVI.

Afinador y restaurador de pianos de profesión, mi abuelo era meticuloso en todos los aspectos. Mientras otros podían conformarse con saltarse una palabra desconocida en el periódico siempre que el contexto tuviera sentido, mi abuelo consultaba su *Dictionnaire Larousse* y después el *Fabra*, pasando del francés al catalán hasta que estaba convencido de haberse empapado del significado exacto de la palabra. Solo se me permitía emplear el término catalán «*avi*» para dirigirme a mi abuelo, nunca el equivalente francés, «*papi*». Decía que si lo llamaba *papi* debilitaría su alma.

Cuando entré en el vestíbulo de la biblioteca Sainte-Geneviève y contemplé sus murales arcádicos y sus bustos de filósofos, recordé que el *avi* siempre me había aconsejado que el saber era la mejor manera de disipar el miedo. «Enciende una luz y la oscuridad desaparecerá», era su dicho preferido. Y yo estaba asustada. La noche anterior había guardado los aretes en una caja de ébano rusa que había pertenecido a mi madre y la había metido en el cajón de arriba de mi tocador, junto con la cinta de mi padre. Albergaba la esperanza de que cuando abriera el cajón a la luz de la mañana, tal vez hubieran desaparecido ambas cosas. Por supuesto, eso no había pasado.

Busqué en el fichero de la biblioteca, rellené la papeleta de solicitud y esperé veinte minutos a que llegaran mis libros. Encontré un asiento en la espléndida sala de lectura, que estaba abarrotada de estudiantes y estudiosos, periodistas y público en general. Dedicué un momento a admirar las columnas estriadas de hierro fundido y el techo abovedado de escayola con sus cerchas semicirculares también de hierro fundido. Recordé que el *avi* me había dicho que el diseñador de la biblioteca, Henri Labrouste, fue un pionero en el uso del hierro, un material reservado normalmente

para edificios civiles como fábricas y estaciones de ferrocarril, y en aplicarlo a un edificio de estilo clásico. El efecto resultaba impresionante.

Encendí la lámpara de lectura y miré los libros que tenía ante mí. Había seleccionado *La historia del espiritismo* en dos volúmenes de sir Arthur Conan Doyle, una colección de escritos de Helena Petrovna Blavatsky y un libro sobre lo sobrenatural y lo paranormal de una vidente francesa contemporánea, Mireille Fourest. El último libro parecía el más conciso, así que decidí comenzar por ese. En su introducción, Fourest afirmaba que «los fantasmas son espíritus atados al plano físico por un deseo insatisfecho o un recuerdo inquieto». Aquella era una explicación que se daba en todas las historias de fantasmas que había leído. Hasta Gaby la había mencionado. De todos modos, la anoté en mi cuaderno.

El capítulo sobre el temperamento de los fantasmas era más interesante: Un fantasma no es un visitante divino como un ángel ni un guía espiritual. Un fantasma conserva la misma personalidad que la persona fallecida tenía cuando estaba viva. Si la persona era colérica, su fantasma será colérico; si era amable, su fantasma será amable; una persona traviesa dejará tras ella un fantasma travieso. Por eso los fantasmas de niños son con frecuencia fantasmas traviosos.

Anoté también aquello —«la misma personalidad que la persona fallecida tenía cuando estaba viva»— y luego me recliné en la silla y contemplé el dibujo de hojas y flores del techo. Intenté traer a la memoria una imagen de la cara del fantasma: aquellos rasgos fuertes, exóticos, su mirada penetrante. No me había dado muchas pistas acerca de su personalidad, pero quienquiera que hubiera sido en su vida terrenal debió de tener algún tipo de poderosa influencia sobre los demás.

Volví al libro: A menudo los fantasmas son seres queridos que regresan a nosotros para entregarnos mensajes de consuelo o de ánimo...

Me salté ese punto porque nunca había visto antes a aquella mujer. No era nadie a quien yo conociera y mucho menos un ser querido.

Eché una ojeada al capítulo dedicado a cómo saber si yo tenía poderes psíquicos especiales, dando por sentado que, si los tenía, vería a mi alrededor a los fantasmas de todos los exiliados, artistas, románticos y activistas políticos que se habían sentado en esa misma sala a lo largo de los años desde que se construyó la biblioteca en 1850. Volví al capítulo titulado «Peligros»: Cuidado con intentar comunicarte con un fantasma tú solo si no tienes ninguna experiencia en estos asuntos. Algunos fantasmas son demoníacos y te poseerán si intentas entablar algún contacto con ellos.

Miré mi reloj y vi que la mañana había pasado más rápido de lo que esperaba. Solo me quedaba tiempo para volver al estudio para ayudar a *mamie* en la clase de la tarde. Llevé mis libros al mostrador de devoluciones.

Un bibliotecario con gafas recogió los libros que llevaba.

—Ah, espiritismo y lo paranormal —dijo al tiempo que miraba los lomos—. Bueno, sobre gustos no hay nada escrito. Mis relatos favoritos son esos en los que acontecimientos sobrenaturales resultan tener una explicación lógica, como

«Sherlock Holmes y la aventura de la banda moteada», o esa obra de teatro de Patrick Hamilton, *Luz de gas*.

Mientras descendía por la escalera para llegar a la planta baja, pensé en lo que el bibliotecario había dicho. Me habría encantado que hubiera una explicación lógica para mi fantasma, pensé mientras salía a la luz del sol. Lamentablemente, las únicas explicaciones «lógicas» que se me podían ocurrir para la presencia física de los aretes no eran muy reconfortantes: o sufría alucinaciones, o me había vuelto completamente loca.

Mientras esperaba en la estación de metro, repasé las notas que había tomado en la biblioteca: Inquieto o insatisfecho.

Amable o malicioso.

Cuidado: podría ser maligno y demoniaco.

—Bueno —dije cerrando los ojos e imaginando de nuevo el espíritu: sus ondas de pelo negro, su barbilla erguida—. ¿Qué clase de fantasma eres tú?

Celestina

Cuando terminaba su trabajo en el mercado, Teresa nos llevaba a Ramón y a mí a la Casa del Pueblo, donde esperábamos a que papá y Anastasio acabaran en la fábrica y vinieran a recogernos. Era una suerte de casa comunitaria de los trabajadores creada por el Partido Radical, con salas de reuniones, aulas, una biblioteca y un café. Teresa compraba comida en la cooperativa y nosotros dedicábamos el resto de la tarde a ver una producción teatral o nos apiñábamos juntos en uno de los bancos de madera de las salas de instrucción, mientras luchábamos con los rudimentos de la lectura y la escritura que se enseñaban en clases gratuitas. A pesar de la falta de concentración causada por nuestros vientres desnutridos, los tres hacíamos todo lo posible para mejorar. «Celestina Sánchez», escribía yo una y otra vez con letras grandes e irregulares.

Cuando nuestra madre estaba viva y ganaba un poco de dinero en una fábrica explotadora, papá había mandado a Ramón a una de las escuelas subvencionadas por el Ayuntamiento en las que daba clase el clero. Pero cuando mi hermano volvió a casa un día con un ojo a la funerala porque no había resuelto con suficiente celeridad un problema de matemáticas, mi padre lo sacó de allí. Después de aquello, papá se afilió al Partido Radical y así fue como conocimos a Teresa.

Nunca hubo otra cosa entre papá y Teresa que una amistad basada en el sufrimiento compartido. Pero era evidente que mi padre respetaba a la florista. «Haz todo lo que Teresa te diga —me aconsejó—. Tiene sentido de orientación».

A pesar de la admiración que sentía por Teresa y de su entusiasmo por las reformas que proponía el Partido Radical, mi padre no había abandonado del todo la idea de Dios. Seguía habiendo crucifijos colgados encima de nuestras camas. En cambio, entendía la diferencia entre el culto a un ser divino y el comportamiento del clero español. Compartía la indignación de Teresa ante el hecho de que los conventos y monasterios de Barcelona estuvieran entre los más ricos del mundo, y prosperaban con acciones e inversiones mientras los pobres perecían a su alrededor.

—El verdadero mal que aflige a la humanidad proviene de la religión —decía Teresa—. ¿Os habéis fijado en que en Barcelona un obrero nunca saluda a un cura en la calle? Nunca intercambian una mirada. Es porque los conventos y los monasterios son nuestra ruina. No pagan tributos, por lo que todos los demás vecinos del distrito tienen que compensar la diferencia. No pagan impuestos por su mano de obra huérfana, así que todas las lavanderas y bordadoras se quedan sin trabajo.

Nuestra vida continuó con la monótona rutina del mercado de flores, la Casa del

Pueblo y después a casa y a la cama... Hasta un día de julio en el que todo cambió para siempre.

Papá y Anastasio no volvieron de la fábrica a la hora que acostumbraban. Teresa tenía que dirigir una reunión de las Damas Rojas en la sala comunitaria y no tuvo otra elección que llevarnos a Ramón y a mí con ella.

Las mujeres movieron las sillas de madera hasta formar un círculo cuando vieron llegar a Teresa. Reconocí a algunas de ellas como habituales de la Casa del Pueblo. Había algunas intelectuales, maestras de las escuelas racionalistas, pero la mayoría de las mujeres eran obreras de fábricas semialfabetizadas, de frente arrugada y dedos artríticos retorcidos. Estaba Juana, que trabajaba en una fábrica de chocolate y cuya ropa olía siempre a cacahuetses y cacao, y Pilar, una pescadera cuyo pelo y ropas grasientos hedían como el puerto con la marea baja. También estaba allí Núria, la del matadero, que apestaba como un cementerio, con las uñas de las manos y los zapatos manchados de sangre. Ramón y yo siempre hacíamos todo lo posible para no sentarnos a su lado en las clases de lectura. Aunque no podían votar, las Damas Rojas estaban decididas a que hubiera un cambio. Eran temibles en las acciones de masas y se ponían en primera línea en las huelgas. Contaban con el hecho de que era menos probable que la policía abriera fuego contra mujeres que les recordaban a sus madres. Por lo general, tenían razón, pero no siempre.

Teresa abrió el debate.

—Llevamos años esperando el cambio. Las reformas de Maura están estancadas en las Cortes. Nada ha resultado de las promesas de gobierno representativo. Casi la mitad de los hombres y un tercio de las mujeres de las fábricas de tejidos de Barcelona y del valle del Ter han sufrido el cierre patronal. Ha llegado la hora de que nos ocupemos nosotros mismos de las cosas.

Su intervención provocó una profusión de voces, tanto murmullos de acuerdo como gritos de protesta. Aunque yo no podía comprender la mayor parte de la discusión en la sala caliente y abarrotada, estaba claro que había tensión en el aire.

Una mujer con un niño de pecho en los brazos se puso de pie.

—¡No podemos hacer nada! Somos demasiado pobres. España no puede competir con los Estados Unidos en el mercado del algodón, por eso están cerrando las fábricas. ¿Cómo va a ocuparse de las cosas una gente que no tiene donde caerse muerta?

Paquita, una mujer esbelta que trabajaba como maestra en la Escuela Moderna, respondió:

—Todo lo contrario, España es un país rico, pero el dinero está en manos de unos pocos. Si el dinero se compartiera equitativamente, en vez de que la mayoría de los españoles vivan en la pobreza, podría crearse un mercado interno. Si eso llegara a suceder, lo que ocurre internacionalmente no afectaría a España de manera tan drástica.

—Eso es muy noble —dijo Teresa, caminando de un lado a otro de la sala—. Pero

no es realista, Paquita. ¿Cómo vamos a convencer a los ricos de que compartan su riqueza sin el empleo de la fuerza? La única manera es coger esa riqueza para nosotros mismos, en una revolución.

—La revolución es ir demasiado lejos —replicó Carme, otra maestra—. Tenemos que hacer una huelga general en todas las industrias y en todas las ciudades. Si los trabajadores de la industria textil son los únicos que hacen huelga, los dueños de las fábricas se limitarán a llevar esquiroles. Pero si el país entero se une y va a la huelga, los pondremos de rodillas.

—Eso te resulta fácil decirlo a ti, Carme —dijo en tono de burla la mujer que llevaba al niño—. Tú no tienes hijos. Los obreros no pueden permitirse ir a la huelga. Ya hay algunos días que no comemos. Nuestra familia necesita cinco pesetas al día para subsistir, pero incluso con mi marido y yo trabajando de la mañana a la noche, lo más que llegamos a ganar son cuatro. —La mujer guardó silencio un instante y respiró hondo antes de continuar—. Perdí a mi pobrecito Ignacio porque no pudimos costearnos los medicamentos.

—Hará falta algo más que una huelga para salvarnos —dijo una voz de hombre.

Todas las miradas en la sala se volvieron hacia la puerta, donde papá estaba con Anastasio. Mi padre tenía la cara pálida, afligida. Era el mismo aspecto que tenía la noche que murió mi madre.

—Están llamando a filas a los reservistas para mandarlos a Marruecos —dijo.

Gritos de horror resonaron en toda la sala. Desde hacía varios meses, las escaramuzas entre las tropas españolas en Marruecos y las tribus rifeñas se habían intensificado. España tenía un mandato internacional en Marruecos y se temía que los franceses, que también tenían intereses en el Rif, se hicieran cargo del protectorado si el ejército de España resultaba incapaz de mantener el orden. No fue hasta más tarde cuando llegué a entender la política. Lo que vi aquel día, por la manera en que mi padre tenía agarrado a Anastasio por los hombros, fue que tenía miedo de que no solo enviaran a Marruecos a los reservistas, sino también a los reclutas.

Me acordé de Amadeu, que había perdido las piernas en Cuba: ahora no le quedaba otra opción que mendigar. Recordé sus palabras: «Cuando nuestras pobres familias nos despidieron en el muelle, nos decían adiós para siempre a la mayoría de nosotros». Sentí que se me venía encima algo que no comprendí: una premonición de catástrofe.

Las mujeres que estaban a mi alrededor corroboraron mi temor. La situación de los soldados que habían regresado de las guerras en Cuba y las Filipinas permanecía grabada en la memoria de muchas de ellas.

—¡Van a llevarse a nuestros maridos otra vez! —gritó Juana—. Pero Antoni ya ha servido. Nuestro hijo pequeño no ha cumplido todavía un año.

La mujer del bebé frunció la boca y luego preguntó:

—¿Como la última vez? ¿Sin medio alguno para que una esposa y unos hijos vivan mientras sus hombres están lejos?

—Y sin indemnización por discapacidad —dijo Teresa con los dientes apretados—. Como el pobre Amadeu.

—¿Y nuestros hijos? —gritó otra mujer—. Mis gemelos acaban de cumplir dieciocho años. Los han llamado a filas para hacer la instrucción militar.

—Solo son los reservistas por ahora —dijo Anastasio en tono grave—. Dicen que solo es para labores de policía. Pero por el número que están llamando a filas, parece que esperan combates intensos. Sospecho que es cuestión de tiempo que nos llamen a los demás.

—Pero si puedes pagar, no se llevan a tus hijos —añadió papá—. Puedes conseguir que los eximan de la instrucción militar. —A pesar de todo lo que había sufrido en su vida, era la primera vez que mi padre hablaba en un tono tan amargo.

—¿Cuánto hay que pagar? —preguntó una mujer de cabello hirsuto que sobresalía en todas las direcciones—. Me venderé a mí misma si con ello salvo a mis hijos.

—Mil quinientas pesetas —respondió papá.

La sala se sumió en un silencio indignado. Era más dinero del que ninguna de aquellas mujeres ganaría en tres años; para algunas, más de lo que lograrían en toda su vida laboral. Muchas de las mujeres tenían varios hijos. Aun en el caso de que, por algún milagro, pudieran conseguir mil quinientas pesetas, ¿a qué hijo escogerían para salvarlo?

—¿Quién puede pagar eso? —dijo la mujer del cabello hirsuto, con una mirada de desconcierto en los ojos—. ¿Quién puede pagar semejante cantidad de dinero?

—Los ricos, por supuesto —dijo Teresa, al tiempo que se cruzaba de brazos—. Si eres de la burguesía, puedes echar mano de tus ahorros o pedir un préstamo. Pero, para los ricos, mil quinientas pesetas no es nada. Para ellos es como un estornudo. La *senyora* Montella gasta más que eso al año en flores.

—¿Nuestros hombres van a ser sacrificados —dijo Juana, en voz tan baja que tuvimos que esforzarnos para oírla— para que las esposas de los magnates del hierro puedan decorar sus mesas con flores?

Un pesado velo pareció descender sobre la sala, como si las mujeres se enfrentaran a la inutilidad de su existencia. Y allí estaban, luchando para ganarse la vida, luchando para alimentar a sus familias, luchando para mejorar ellas mismas aprendiendo a leer y escribir, incluso luchando para construir una sociedad mejor y más justa. Pero todo era inútil. Al final, cuando nuestras vidas se comparaban con las de los ricos, las nuestras no valían nada.

Inmediatamente después de publicarse en la *Gaceta* oficial el decreto por el que se llamaba a los reservistas al servicio activo, se movilizó a la Tercera Brigada Mixta en Cataluña. En Madrid estallaron protestas contra la guerra cuando después se llamó a la Primera Brigada Mixta, que se había establecido en esa ciudad.

Aunque la prensa sufría censura, los rumores acerca de la situación en Marruecos abundaban. Decían que el ejército español había provocado deliberadamente a las tribus locales para que entraran en combate: así los oficiales podrían recibir su paga de combate; los soldados españoles huían por la acción de las guerrillas rifeñas; el Gobierno, que hasta ahora se había mostrado reacio a combatir en Marruecos, tenía que enviar tropas por los jesuitas, que tenían intereses en las minas del país. Este último rumor sirvió para inflamar los sentimientos anticlericales de la población trabajadora.

—Deberíamos apuntar nuestros fusiles contra el clero, no contra los rifeños —dijo Teresa a las mujeres de las Damas Rojas—. Los rifeños están tan oprimidos como nosotros. España no tiene derecho a esquilmar sus tierras.

—¿Por qué no mandamos a los curas a combatir en lugar de a nuestros hombres? —sugirió la *senyora* Fernández, nuestra vecina—. No tienen familia y a nosotros no nos sirven para nada.

Durante unos pocos días llenos de esperanza, pareció que solo llamarían a los reservistas, pero después Anastasio recibió una notificación para que se presentara en los cuarteles de Barcelona. Ante mi sorpresa, mi fogoso hermano se tomó la noticia con estoicismo, como si las injusticias fueran lo que le había tocado en suerte en esta vida. Fue papá quien se puso hecho una furia.

—Tienes que irte a Francia —le dijo—. He hablado con un hombre que te sacará de España esta noche.

—¡No! —dijo Anastasio, poniéndose de pie de un salto—. Si huyo, te meterán en la cárcel. ¿Y qué será entonces de Ramón y Celestina? Se quedarán en la calle. No digas ni una palabra más de este plan... ¡a nadie!

Tras la negativa de Anastasio a desertar, papá pareció envejecer aún más. Las líneas de preocupación alrededor de sus ojos se ahondaron y caminaba con los hombros encorvados. Anastasio pasaba de aislarse a abrazarnos a Ramón y a mí con tanta fuerza que nos hacía daño.

—Cuidarás de Celestina, ¿verdad, hermanito? —preguntó a Ramón el día que tenía que presentarse en el cuartel—. ¿Estarás siempre pendiente de ella?

Ramón asintió en actitud solemne, aunque su cara mostraba la misma mirada perdida que papá.

Pensé en las hermosas facciones de Anastasio y en su poderoso físico.

«Estará bien», me dije. Pero en mi fuero interno me estaba desmoronando.

Cuando fui al mercado de flores, busqué a la mujer gitana del pañuelo de color carmesí. Quería formular un deseo para que Anastasio volviera a casa sin ningún percance, sin importar lo perversamente que me concediera el deseo. Pero no pude encontrarla.

La fecha fijada para el embarque de Anastasio era el 18 de julio, domingo. Esa tarde hacía calor y el aire en casa era sofocante. Hilos de sudor me bajaban por el cuello, aunque acababa de lavarme. Teresa vino a nuestra casa con un vestido nuevo

para mí.

—Tienes que ponerte guapa para tu hermano —me dijo—. Le levantará el ánimo.

Aunque el vestido estaba hecho de un algodón de poca calidad, tenía unas bonitas mangas de obispo y rosas bordadas en la falda. Estaba tan acostumbrada a mi viejo vestido remendado que cuando me lo puse me sentí como una princesa.

El batallón con el que Anastasio viajaba a Marruecos debía desfilarse bajando por las Ramblas a las cuatro y media de la tarde. La atmósfera en la calle era sofocante, el aire estaba cargado de la humedad opresiva que anunciaba una tormenta eléctrica. Las Ramblas ya estaban abarrotadas cuando llegamos. No solo había familias de los reservistas y los pocos desafortunados reclutas, sino también transeúntes que habían salido a dar su paseo del domingo por la tarde. Tantos cuerpos apretados juntos generaban un curioso aroma que era una mezcla de agua de lavanda y jabón de rosas, transpiración y estiércol de caballo.

Encontramos un sitio ente la multitud.

—¡Ahí vienen! —gritó alguien.

Al volvernos vimos a los soldados, que bajaban desfilando por el paseo, escoltados por una guardia policial. La gente comenzó a llamar a sus maridos, hijos y padres. Un niño se adelantó y corrió delante del batallón. Su padre lo vio y se lo subió a los hombros mientras su esposa cogía el fusil del marido y desfilaba a su lado. Un policía se adelantó para llevar de nuevo al soldado a la fila, pero otro policía lo contuvo.

—Solo por la gracia de Dios no nos envían con ellos —le oí decir—. Deja que estén un poco más.

Más mujeres y niños salieron para caminar con los soldados. Divisé a Anastasio. Agarré a Ramón por el brazo y saltamos en su busca, seguidos por Teresa y papá. Anastasio sonrió al vernos. Me subió a hombros mientras Teresa llevaba su fusil, y Ramón lo agarró del brazo. Papá caminaba a su lado, rodeándole la cintura con el brazo.

La disciplinada formación se había convertido en una muchedumbre de soldados y sus familias avanzando en dirección al puerto. Los hombres parecían resignados con su suerte, pero las mujeres lanzaban miradas furiosas a quienes se habían quedado entre la multitud, contemplando el desfile. Los espectadores parecían incómodos al ver a madres, esposas y hermanas empuñando los fusiles.

Cuando llegamos al puerto, había más policías y soldados esperando para supervisar el embarque. El gobernador de Barcelona y el capitán general también estaban allí, pero fue la visión del vapor de casco negro, el *Cataluña*, con sus tres mástiles y su chimenea alzándose por encima de nosotros lo que hizo entender a la multitud el motivo por el que se enviaba a los hombres a Marruecos. El buque era propiedad del marqués de Comillas. Era la misma embarcación que había llevado a aquellos desventurados soldados a Cuba once años antes.

—Que el marqués mande a sus hijos —susurró una mujer—. Que vaya Güell.

—¿No tienen los Montella un hijo? —preguntó otra—. ¿Por qué no lo mandan a él?

Las autoridades militares que estaban en el puerto ordenaron que los civiles y los soldados se separasen. Esposas y madres se apartaron llorando.

Anastasio abrazó a papá, a Teresa y a Ramón antes de bajarme de los hombros. Me agarré a su cintura.

—Celestina, si no dejas que me vaya, ¿cómo volveré? —preguntó acariciándome la mejilla.

Miré a mi hermano a los ojos. Incluso estaba más guapo de lo habitual. A regañadientes, lo solté y dejé que se alejara, pero mientras lo hacía sentí que algo en mi corazón se rompía.

Incómodas por la presencia de aquella multitud, las autoridades militares hicieron pasar a los soldados hasta la pasarela. Los hombres subieron a bordo del barco y formaron en la cubierta, debajo de los doseles. Cerca de la pasarela, vestidas con sus galas de domingo y entregando cigarrillos y medallas religiosas, estaban las damas de la alta sociedad de Barcelona. Eran las mujeres que habían salvado a sus hijos de sus obligaciones militares mediante el pago de mil quinientas pesetas. Entre la multitud que estaba detrás de ellas, divisé al ama de llaves y a la primera doncella de la *senyora* Montella.

—Ni siquiera se ha dignado a venir en persona —oí decir entre dientes a Teresa.

Una de las mujeres, tocada con un sombrero resplandeciente con plumas de avestruz, se adelantó hacia Anastasio.

—Bendito seas, joven, por luchar por nuestro país —dijo al tiempo que le entregaba una medalla.

Anastasio la cogió de su mano y la arrojó al agua. Otros soldados hicieron lo mismo.

Sentí que algo se movía a mi lado. Al volverme vi a Teresa, con la cara colorada y el cuerpo que parecía varios centímetros más alto. Era como si se hubiera prendido fuego. Se precipitó hacia la mujer del sombrero, agarró la bandeja de medallas y se la tiró a la cara. La mujer retrocedió tambaleándose, perdió el equilibrio y se cayó de culo.

—¡Los ricos pagan con su dinero y nuestros pobres hombres pagan con su sangre! —gritó Teresa mirando desde arriba a la mujer, que rompió a llorar.

Las damas de la alta sociedad que estaban a su alrededor se amilanaron y se apartaron de Teresa, que las miró con desprecio antes de dirigirse a los familiares de los reservistas y reclutas:

—¡Si los ricos no van, nadie debería ir! —gritó.

A su protesta le siguió un silencio sepulcral. Parecía que estaba completamente sola en su indignación. Entonces la voz de otra mujer se elevó de entre la muchedumbre.

—Eso es verdad: ¡o todos o ninguno! Si de verdad vamos a combatir por España,

tienen que ir todos. ¡Ricos y pobres por igual!

Mi padre se separó un paso de mi lado y levantó el puño.

—¡O todos o ninguno! —gritó.

Ramón y yo nos unimos a él, repitiendo aquellas palabras hasta quedarnos roncos. Otras voces, ásperas y feroces, se alzaron entre la multitud. Algo semejante a una corriente eléctrica recorrió la concentración. En cuestión de segundos toda la muchedumbre entonaba:

—¡O todos o ninguno! ¡O todos o ninguno!

Juntos, comenzamos a avanzar.

Inquieto por aquella muchedumbre que se dirigía en tropel hacia el barco como un enjambre de abejas, el capitán general ordenó izar la pasarela. El vapor se elevó de la chimenea mientras el Cataluña se preparaba para alejarse del puerto.

—¡O todos o ninguno! —gritaba la muchedumbre que se dirigía apresuradamente hacia el buque que zarpaba—. ¡Tirad vuestras armas!

Alcancé a ver a Anastasio agarrado a la barandilla y observando el caos que había en el muelle mientras el barco se hacía a la mar. Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Ramón, cuida de tu hermana!

Dijo algo más, pero su voz quedó ahogada por los bramidos de la muchedumbre que empujaba contra los policías.

El capitán general ordenó a sus hombres que abrieran fuego. Los soldados levantaron sus fusiles y dispararon descargas al aire. El ruido fue ensordecedor. Una bala rebotó en un poste y pasó silbando cerca de mi oído. Las mujeres chillaron y la muchedumbre huyó presa del pánico. Algunos policías avanzaron deprisa y golpearon a los manifestantes hasta derribarlos al suelo antes de arrestarlos. Un policía se lanzó sobre Teresa, pero mi padre la agarró y la obligó a ponerse detrás de él. Desapareció entre la multitud.

Los soldados dispararon al aire de nuevo.

—¡Dispérsense! —ordenó a gritos el capitán general—. ¡O los próximos disparos no serán por encima de sus cabezas!

Su aviso hizo que las madres reunieran a sus hijos y volvieran precipitadamente en dirección a las Ramblas. Papá nos agarró a Ramón y a mí y corrimos hasta quedarnos sin resuello.

Nos detuvimos un momento en una esquina. Me temblaban las piernas. A Ramón le castañeteaban los dientes, a pesar del calor que hacía. Varias personas que también habían escapado del puerto se congregaron a nuestro alrededor e intercambiamos miradas. Las autoridades habían disparado contra nosotros y nos habían aterrorizado, pero un infierno corría por nuestra sangre. Habíamos visto la alarma que podíamos provocar en nuestros enemigos cuando actuábamos todos juntos. Tal vez no éramos tan impotentes como pensábamos.

Paloma

El estudio de *ballet* de *mamie* podía no producir bailarinas del nivel de la Escuela de *Ballet* de la Ópera de París, pero de allí salían sumamente competentes. Las alumnas de la École de Danse Evelina Olivero ejecutaban con gracia sus *glissades* y sus *jetés* y aprobaban con honores sus exámenes. Muchas habían llegado a trabajar como profesionales en el cine o como modelos. Una de ellas, incluso, era una estrella de la televisión. *Mamie* se sentía orgullosa de que las bailarinas de su escuela fueran reconocibles por su porte elegante y, como en el caso de Gaby, por la seguridad en sí mismas. Muchas de sus alumnas seguían en contacto con ella tiempo después de que hubieran terminado sus estudios de *ballet*. A menudo le enviaban tarjetas de felicitación y fotografías de sus hijos.

Mientras ayudaba a *mamie* en su clase para alumnas de catorce a dieciséis años una semana después de que hubiera visto al fantasma, no pude por menos que pensar en la manera tan distinta en que aquellas chicas experimentaban el *ballet*. Siempre había sido así, pero ahora se notaba más, quizá porque ya no recibía formación en la Escuela. Las alumnas de *mamie* eran todas de diferentes estaturas y volúmenes, mientras que en la escuela de *ballet* las que pasaran de los 175 centímetros o desarrollasen unas caderas curvilíneas o un busto lleno quedaban fuera. Era impensable ocupar una plaza en el *corps de ballet* si no eras esbelta, tenías el cuello largo y la cabeza pequeña, así como una proporción perfecta entre las extremidades y el torso. Yo había comenzado en la escuela cuando tenía ocho años. Mis compañeras de clase y yo nos habíamos acercado a la pubertad con temor. Para nosotras no era una época para alcanzar la plenitud, descubrir el amor o rebelarnos contra nuestros profesores y padres. Por el contrario, vivíamos con pavor que, después de toda nuestra formación y de haber sacrificado nuestra infancia, nuestros cuerpos pudieran acabar por traicionarnos. Nuestras profesoras de *ballet* nos advertían: «Nada debe estropear una línea perfecta». Con «nada» se referían a los pechos, las caderas o el trasero. *Mamie* veía las cosas de otra manera. Se deleitaba con el desarrollo como mujeres de sus alumnas. Si las mallas y los leotardos de color rosa del uniforme de la escuela no favorecían las nuevas formas de una alumna, le recomendaba discretamente que «una bonita falda de *chiffon*» sería más favorecedora.

Cuando terminó la clase, observé a sus alumnas salir dando saltitos por la puerta y bajar la escalera, o detenerse un momento en el pasillo para charlar. Una de las chicas de más edad le tiró un beso a *mamie* antes de salir.

—¿Qué película vais a ver Gaby y tú esta noche? —me preguntó *mamie*.

Recordé que ir al cine era mi coartada para acudir a las clases de flamenco, que comenzaban esa noche. Pensé en algo que a *mamie* no le resultase inverosímil ir a ver

también.

—*El coloso en llamas* —dije.

Aunque no era muy aficionada a las películas de catástrofes, actuaban Paul Newman y Steve McQueen. Era una película que a Gaby le gustaría ver.

—¿Gaby y tú solas? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Pero Gaby... parece que conoce a muchos jóvenes guapos.

Puse los ojos en blanco. Aunque la salida con Gaby era ficticia, la sola idea de salir con Marcel y algún amigo suyo me estremecía. Al mismo tiempo, pensé que era muy «francés» por parte de *mamie* insinuar una salida de dos parejas con Gaby. La mayoría de los exiliados españoles nunca dejaban que sus hijas fueran muy lejos. Ningún joven podía visitar sus hogares a menos que fuese con serias intenciones de matrimonio.

—Bueno, será mejor que comas algo antes de irte —dijo *mamie* mientras apagaba las luces del estudio e iba hacia la cocina.

Detestaba comer antes de las clases de baile; hasta un pedazo de pan me daba flato. Me preguntaba si ocurriría lo mismo con el flamenco.

—No demasiado, *mamie*. A lo mejor Gaby y yo vamos a tomar algo después del cine.

—Eso espero —respondió mientras cogía unos platos del armario—. No te vendría mal un poquito más de peso.

Calentó la sopa de alubias que había preparado antes y cortó unas rebanadas de pan.

—A lo mejor no te lo crees, Paloma —dijo mientras ponía los platos en la mesa y se sentaba—, pero antes yo también era tan tímida que daba pena.

Sabía que *mamie* lo decía por mi bien, pero sus comentarios me fastidiaban. Me hablaba siempre como si yo fuera una especie de flor frágil. No tenía ni idea de los nervios de acero que había tenido que desarrollar para llegar hasta el último nivel en la Escuela de *Ballet*, de la increíble resistencia física y psicológica de la que había tenido que hacer gala. Aunque las bailarinas parecieran muy delicadas, solo era una máscara. Los débiles no tenían cabida en el mundo del *ballet*. Ninguna de las alumnas de *mamie* habría durado un trimestre en aquel microcosmos de la teoría darwiniana.

Decidí que la mejor manera de manejar la preocupación de *mamie* era con una dosis de humor.

—¿Tú, tímida? —dije sonriendo—. ¿Y cómo lo superaste?

No se tomó mi comentario como yo pretendía. Por un instante pareció pensativa.

—Yo era mucho más tímida que tú —dijo—. Hasta que conocí a tu abuelo, apenas hablaba una palabra. El mero saludo de una persona extraña me ponía de los nervios. Mi madre era todo lo contrario, desde luego. Era una mariposa social. Le

encantaba la conversación y las fiestas. Yo miraba desde detrás de una columna o de una maceta mientras llegaban los elegantes invitados para sus veladas: las mujeres envueltas en seda y encaje, los hombres con trajes de corte elegante. Pero aunque mi madre encargaba hacer para mí los vestidos más exquisitos, y aunque todo el mundo admiraba lo guapa que era, yo salía corriendo en cuanto podía y me escondía en la cocina, donde observaba a los cocineros preparando platos de comida, hasta que alguien venía, me encontraba y me obligaba a unirme a la fiesta.

Yo había dejado de comer, la cuchara se había quedado a mitad de camino entre el plato y la boca. ¡*Mamie* estaba hablando de España! Nunca hasta entonces había mencionado a su madre... ni aquellas elegantes veladas. Me tenía intrigada.

Cualquiera que viera la manera en que vivíamos habría dado por sentado que *mamie* y yo estábamos cerca. Y lo estábamos: yo la quería de verdad, y ella a mí. Pero al escucharla ahora me di cuenta de lo poco que sabía de su vida y de que yo desde luego no lo contaba todo sobre la mía, la aparición del fantasma sin ir más lejos. Parecía que a menudo eludíamos los asuntos, cada una sin querer causar dolor a la otra o a sí misma. Casi nunca hablábamos de mamá, aunque ella estaba siempre en mi pensamiento y seguro que también en el de *mamie*.

—Si eras tan tímida, *mamie*, ¿cómo es que te dedicaste al *ballet*?

Me miró fijamente.

—A diferencia de ti y de Julieta —dijo—, yo no empecé a bailar hasta que tenía diecisiete años. Había estudiado baile clásico español desde que era niña, pero no puedes ni imaginar el escándalo que suponía en mi época enseñar las piernas. Y las bailarinas lo hacían. La madre superiora de la escuela a la que asistía simplemente no lo hubiera permitido. Después, el día que cumplí dieciséis años, mis padres me llevaron al Liceu a ver un *ballet*. Me emocionó la elegancia de las bailarinas, su sensibilidad a la música. Las miré elevarse saltando en el aire y caer tan suaves como una pluma. Me enamoré de su precisión, su frágil pero poderosa belleza física. Desde entonces quedé embelesada. El *ballet* había abierto un espacio entre el cielo y la tierra, y me había transportado más cerca de los ángeles. Noche tras noche soñé que flotaba en el aire, vestida con un delicado tul blanco. Me costó un año convencer a mis padres de que me dejaran tomar clases. —*Mamie* suspiró y jugueteó con sus manos—. El *pare* solo dio su consentimiento con la esperanza de que aquello me sacase de mi timidez y dejara de ahuyentar a las visitas. «No necesito otra solterona en la casa», dijo. —Se echó a reír como una niña—. Cuando fui lo bastante buena en el *ballet*, mamá, que se ponía de mi lado en la mayor parte de las cosas, le sugirió que si me dejaban bailar para sus invitados, en vez de verme obligada a hablar con ellos, podría mostrarles un mundo de emoción. Pero, por supuesto, actuar era impensable para una chica de buena familia. «Eso es para putas y gitanas», solía decir él.

Observé a mi abuela, elegante con su pañuelo en la cabeza y su caftán de color azafrán, y traté de ver a la mujer joven que estaba describiendo. Físicamente, no era difícil. *Mamie* seguía siendo guapísima, aunque ni uno solo de los rasgos de su cara

podía llamarse «clásico». Tenía unos ojos enormes de color miel, que realizaba con unas pestañas postizas; su nariz era más bien grande, y su boca, ancha. Pero, en conjunto, todos sus rasgos, junto con su piel blanca como de porcelana, creaban un rostro cuya mejor descripción es «deslumbrante». Cuando la miraba, no podía menos que pensar en una gran flor abierta. Me pregunté cómo sería de joven, cuando el *avi* se enamoró de ella. De hecho, nunca se lo había preguntado. No había podido llevarse ninguna fotografía cuando se escapó.

—Entonces, ¿tu padre era estricto? —pregunté—. ¿Cuál era tu apellido de soltera?

Un temblor pareció recorrer su cuerpo, pero recobró la calma y cambió de tema.

—¿A qué hora tienes que irte? —preguntó mirando el reloj—. Habrá tráfico a esta hora de la noche.

Aunque estaba deseando que llegara la clase de flamenco, no quería marcharme. Quería oír más cosas sobre España. Pero los años de formación de *ballet* me habían inculcado una puntualidad de estilo militar y un formidable respeto por los profesores de baile por lo que descartaba llegar tarde a clase. De mala gana, fui a mi habitación y me puse unos vaqueros por encima de los leotardos. Había preparado ya una bolsa con mi falda y mis zapatillas de baile. Fue una suerte para mí que estuvieran de moda los bolsos grandes. Así que *mamie* no prestó atención a su tamaño cuando me ayudó a ponerme el abrigo.

—*Mamie* —dije, mirándola—, ahora que soy mayor, espero que me cuentes más cosas sobre España. No tengo ya a mamá ni a papá... Bueno, ahora él tiene una nueva familia. Tú eres lo único que me queda, pero sé tan poco de tu vida...

Me detuve porque la espalda de *mamie* se tensó y su boca se había cerrado hasta formar una línea delgada. Era la misma reacción que había recibido cada vez que le había preguntado por su pasado. ¿Entonces por qué había comenzado a hablarme esta noche de cómo comenzó a bailar *ballet*? Tal vez estaba pensando en lo mismo que yo.

Me senté para ponerme las botas. No quería hacerle daño, pero ¿podía haber sido tan dolorosa su vida en España? Por supuesto, ¿el sufrimiento por sí solo no podía haber producido una mujer tan gentil y generosa? Por lo que había dicho, daba la impresión de que *mamie* procedía de una familia adinerada. Debían de llevar una vida bastante buena antes de la guerra.

—Sí, de acuerdo. —Lo dijo tan de improviso que me asustó—. Es tu herencia y yo no debería permitir que Franco te la quite. Bien sabe Dios que se llevó todo lo demás. Pero solo hablaré contigo con una condición: que no me hagas ninguna pregunta. Tienes que dejar que te cuente solo lo que pueda soportar contarte. ¿Entendido?

Asentí. Me estaba fijando un límite, una salvaguardia para no llegar a lugares demasiado dolorosos para ella. Me parecía bien. Prefería saber algo a no saber nada en absoluto.

Mamie me acompañó hasta la puerta.

—Que pases una buena velada —dijo. La besé. Ella me miró largamente—. Hubo una época en que fui una Montella. Pero ha pasado mucho tiempo desde que ese era mi apellido.

La abracé de nuevo antes de encaminarme a la escalera. Cuando llegué a la puerta del edificio, pensé en la extraña manera en que había formulado la frase: «Hubo un tiempo en que fui una Montella». Lo dijo como si «Montella» fuera algo que se era. Como si no fuera solo un apellido.

El Mercedes Benz de 1967 de *mamie* estaba aparcado en la calle. Suspiré y metí la llave en el contacto. Si la clase de flamenco hubiera sido más temprano, podría haber tomado el metro hasta Montparnasse, pero no era seguro viajar de esa manera sola de noche. Y no es que me importase conducir, era el comportamiento de los demás conductores lo que hacía que me sintiera incómoda.

No bien había salido de la Rue Spontini cuando ya tenía un coche tocando el claxon detrás de mí. Sabía bien que los hombres franceses odiaban a las mujeres conductoras. La mayoría de ellos, que tenían prohibido a sus esposas coger las llaves del coche, no podían comprender que una mujer de mi edad necesitase hacer alarde de semejante independencia, y mucho menos que lo hiciera en un llamativo Mercedes de color berenjena. Con su espacioso interior *beige* y sus asientos de *velour*, el coche era superior a los Renault que conducían la mayoría de aquellos hombres que me amenazaban con el puño o me cortaban el paso. El claxon volvió a sonar, más ruidoso esta vez. Hice todo lo posible por ignorarlo y me puse a pensar en lo que *mamie* me había contado esa tarde. Así que su padre era estricto y, aunque le había permitido aprender *ballet*, tenía prohibido actuar en público. Tal vez eso explicase por qué nunca se había interpuesto en el camino de mis ambiciones o de las de mamá.

El conductor que iba detrás de mí abrió la ventanilla y me gritó que me apartara. Pero estábamos en una calle estrecha de una sola dirección y no podía ir más deprisa sin arriesgarme a rayar el coche o a atropellar a un peatón. La calle se ensanchaba en cierto punto y el conductor pisó con fuerza el acelerador y dio un volantazo para adelantarme: derribó el cartel de un restaurante y una maceta de flores.

—¡Quítate de en medio, zorra! —gritó al pasar a mi altura.

«*Crétin!*», imaginé que le gritaba yo a él.

En realidad, no dije nada. Tal vez *mamie* tuviera razón: era demasiado tímida.

Lo primero que me sorprendió mientras subía la deteriorada escalera que conducía al estudio de la Académie de Flamenco Carmen Rivas fue el ruido. Pude oír que alguien marcaba el ritmo dando palmadas y decenas de pies golpeaban el suelo.

—¡No os oigo! —dijo una voz de mujer—. ¡Planta!

Tiene que ser una broma, pensé. En las clases de *ballet*, desde el primer día nos enseñaron la importancia de moverse haciendo el menor ruido posible. En las de flamenco, al parecer, sucedía todo lo contrario.

El espacio del estudio era pequeño, con un suelo de madera lleno de marcas y cortinas de terciopelo rojo en las ventanas. En la parte delantera de la sala había una tarima en la que estaba de pie una mujer de cabello oscuro ensortijado, observando cómo un grupo de mujeres con leotardos negros y faldas en *evasé* pateaban el suelo. Era obvio que se trataba de una clase avanzada y que actuaban juntas. Me sorprendió que los movimientos de sus brazos y sus cabezas, así como las posturas de sus cuerpos fueran diferentes. Incluso sus expresiones faciales parecían individuales. No se parecía en nada a una clase de *ballet*.

La mujer mayor que me había entregado el folleto estaba sentada ante una mesa en la puerta principal. Sonrió al reconocermelo.

—Tuve la sensación de que vendrías —dijo. Anotó mi nombre y recogió los honorarios de la clase—. Puedes cambiarte ahí —dijo señalando un biombo.

Me quité los vaqueros y me puse la falda. Estaba poniéndome las zapatillas de baile cuando terminó la clase avanzada. La profesora, que se presentó como Carmen Rivas, directora de la academia, llamó a las principiantes.

—Bienvenidas a nuestro mundo especial del flamenco —dijo con un fuerte acento español. Tenía profundas arrugas alrededor de los ojos y de la boca, pero su cuerpo parecía en tan buen tono y tan ágil como el de una mujer sana de treinta años—. Estáis a punto de entrar en un mundo de intensa pasión —nos prometió esbozando una sonrisa cautivadora—. El flamenco incorpora tres tipos de expresión: cante, baile y guitarra. Existe cierta controversia en cuanto a sus orígenes: los gitanos afirman que es suyo, mientras que los andaluces sostienen que surgió de su cultura. En mi opinión, es un hermoso maridaje entre dos mundos. Los gitanos no podían haber dado a luz al flamenco sin España. Y el espíritu del flamenco habría permanecido latente en las tierras de Andalucía si los gitanos no le hubieran infundido vida. —Carmen hizo una pausa por un momento para mirar cada una de nuestras caras—. Os voy a enseñar algunos pasos, pero la manera en que los interpretáis, la forma en que los expresáis cuando bailáis, debe ser totalmente vuestra. Nada aprecian más los aficionados al flamenco que la fuerza interior de un espíritu combinándose con el espíritu del baile y de la música: es lo que llamamos *duende*.

Las otras siete mujeres que estaban en la pista eran tan distintas entre sí como las alumnas que acababa de ver en la clase para adolescentes de *mamie*. También eran todas de diferentes edades. Una de ellas parecía haber cumplido los sesenta. La que estaba más cerca de mí tenía algo más de veinte años: rubia y con la nariz como una pista de esquí, como la cantante de ABBA. Me pregunté qué haría cada una cuando no bailaba y qué las había atraído al flamenco.

Después de unos ejercicios de calentamiento, entre ellos girar las muñecas y los tobillos, Carmen comenzó la clase haciendo una demostración de un paso en el que

teníamos que doblar la pierna hacia atrás desde la rodilla y golpear el suelo con la parte anterior de la planta del pie y después tocar con el talón.

—¡Planta! ¡Talón! ¡Cambio de peso! ¡Planta! ¡Talón! ¡Cambio de peso! —ordenaba metiendo a la clase en el ritmo.

Capté el paso con facilidad. A mis compañeras de clase les costaba más, pero a nadie parecía preocuparle tal cosa. Se miraban unas a otras y se reían.

Carmen les daba ánimo.

—No os preocupéis si no lo conseguís a la primera, se tarda un poquito —dijo—. Pero pronto bailar flamenco será tan natural para vosotras como caminar... o incluso como respirar... Ya lo veréis. Lo principal es que no os lo toméis demasiado en serio.

Para alguien que daba clases de baile como yo, Carmen parecía hablar en un idioma extranjero. En la escuela de *ballet*, las profesoras eran mucho menos comprensivas. Si no eras capaz de captar al menos los elementos básicos de una rutina después de uno o dos intentos, estabas fuera.

—Ahora voy a hablar de la postura —anunció—. En el flamenco, es el elemento más importante, incluso más importante que los pasos. Cuando penséis en el flamenco, no quiero que penséis en términos elegantes o delicados. Hay dos palabras que tenéis que guardar en vuestra mente: majestuoso y poderoso. —Tomó aliento y elevó los brazos en el aire—. Del ombligo para abajo, hay que estar con los pies plantados con firmeza en la tierra. Pero del ombligo para arriba —estiró los brazos más arriba y arqueó la espalda—, hay que llegar al cielo. Esta es la verdadera bailaora flamenca: sus pies están siempre plantados con firmeza en la tierra, pero al mismo tiempo se esfuerza por llegar al cielo.

Se disponía a enseñarnos otro paso cuando algo en la puerta reclamó su atención. Todas nos dimos la vuelta y vimos a un hombre joven con un estuche de guitarra que entraba en la sala y se acercaba hacia la tarima. Era alto y tenía el pelo negro, brillante y largo. Su brillo era como la crin de un pura sangre. Sentí el impulso de tocarlo cuando pasó a mi lado.

Carmen dio una palmada.

—Esta noche tengo algo especial para mi clase de principiantes —dijo—. Mi sobrino ha regresado de España y está estudiando en el Conservatorio de París. Nos acompañará para la clase.

El joven dejó el estuche de su guitarra en el suelo cerca de un taburete y se volvió hacia nosotras. Su cara era atractiva: ojos oscuros y luminosos enmarcados por unas cejas espesas, pómulos anchos y boca de labios carnosos. Su camisa desabotonada dejaba ver un pecho musculoso, y al cuello llevaba una cadena de plata con un colgante de peltre en forma de murciélago.

—Buenas noches, señoras. Me llamo Jaime —dijo—. Y será un honor acompañarlas. —Hablabla francés perfectamente, con un acento más ligero que el de su tía.

El suspiro colectivo de deseo femenino resultó evidente. La mujer rubia sonrió y

me hizo un guiño.

En la Escuela de *Ballet* había estado rodeada de ejemplos de belleza física masculina, pero Jaime tenía algo que me intrigaba. Cuando se sentó en el taburete y puso a punto su guitarra, recorrió la sala con la mirada como si intentara no perderse detalle de ninguna. La expresión de su cara era intensa, como si estuviera leyendo la mente de las bailarinas. Nuestras miradas se encontraron. Él ladeó la cabeza y me miró con curiosidad. Aparté la vista rápidamente.

Afinó la guitarra y comenzó a tocar unos tangos; sus manos se movían suavemente sobre las cuerdas. Carmen marcó el ritmo dando palmadas, poniendo énfasis en el primer y el cuarto tiempos. La mayoría de la clase perdía y recuperaba el ritmo, pero yo marcaba el compás perfectamente. Mantuve la postura como Carmen había mandado y alcé la barbilla en el aire. Una sombra pasó un instante por delante de mis ojos y parpadeé cuando alguna imagen informe se me vino a la cabeza. El movimiento..., la música... Ya me había sentido así antes. Pero ¿cómo pude hacerlo? El flamenco era algo completamente nuevo para mí. Aun así, la sensación de *déjà vu* estaba allí. Era como si algo me hubiera poseído. ¿Era eso lo que Carmen quería decir con aquello del *duende*?

Noté que Jaime me miraba. Di por sentado que mis brazos y piernas nervudos hacían que destacara como bailarina cualificada, o tal vez fuera por el hecho de que pudiera responder tan bien a la música. Jaime terminó la pieza y Carmen añadió otro paso a nuestra rutina. Estábamos trabajando en eso cuando Jaime paró de tocar, dejando que Carmen hiciera el acompañamiento con palmas. Saltó a la pista y avanzó hasta ponerse detrás de mí, agarró mis brazos levantados y los flexionó ligeramente. Giró mi cara hacia la suya con la mano.

—Tú eres bailarina, ¿verdad? Pero cuando pienses en el flamenco —susurró—, debes pensar en el fuego, no en el aire.

Se alejó de mí y volvió a tocar la guitarra. Me uní a las demás en la práctica del nuevo paso. Era fácil pensar en el fuego: la piel me ardía allí donde me había tocado.

Cuando terminó la clase, aplaudimos para dar las gracias a Carmen y a Jaime. Nos felicitamos unas a otras.

—Bueno, señoras —dijo Carmen, sonriendo orgullosa—, habéis dado el primer paso en lo que será un viaje maravilloso, maravilloso.

Las alumnas empezaron a marcharse y Carmen se fue a hablar con Jaime. Me senté en el banco de la parte posterior de la sala para quitarme los zapatos. La mujer rubia que había bailado a mi lado se sentó también y me dio con el codo en las costillas.

—Creo que tú sí que has comenzado un «viaje maravilloso, maravilloso» —dijo, señalando con la cabeza en dirección a Jaime—. No ha podido apartar los ojos de ti durante toda la clase.

—No por las razones que piensas —le dije—. Para él debe de ser obvio que llevo años bailando. —El rostro de la mujer se movió y su sonrisa se desvaneció. Me di cuenta de que había alejado a otra posible amistad con mi actitud, tan seca—. Pero si pones el *tu* en medio de su nombre, casi tienes *Je t'aime*, te amo —dije rápidamente.

La verdad es que el chiste no tenía sentido, pero era mi manera de intentar suavizar mi brusquedad.

—Tienes razón —dijo la mujer, que esbozó una risita tonta. Se puso de pie y cogió su bolso—. Nos vemos la semana que viene —dijo, y me dedicó una radiante sonrisa.

Hice todo lo posible por corresponderle, al tiempo que en mi fuero interno reprochaba mi torpeza.

Advertí que Carmen venía hacia mí, con Jaime a la zaga.

—Espero que te haya gustado la clase —dijo—. Es evidente que ya has bailado antes. Creo que la clase para principiantes es demasiado fácil para ti, pero no estás del todo lista todavía para el nivel avanzado. ¿Por qué no vienes a clases particulares? Aprenderás más así. Sería un gran placer enseñarte.

La clase me había gustado mucho más de lo que esperaba. Había despertado algo en mi corazón: quizá la parte española de mi sangre de la que tan poco conocía. Asentí para indicar que estaba de acuerdo. Prefería las clases particulares y no me preocupaba demasiado el precio. No había ninguna otra cosa en la que gastar mi dinero al margen del baile: clases, entradas, talleres, zapatillas.

—¡Muy bien! —dijo Carmen dando una palmada—. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar un horario. Tengo otras alumnas con las que he de organizarme antes... ¿Puedo telefonearte a principios de la semana que viene?

Jaime cogió un bloc y un bolígrafo y me lo entregó para que anotase mi número de teléfono. Aunque podía sentir su mirada sobre mí, la evité.

—Si no estoy en casa y mi abuela contesta al teléfono —dije mientras escribía mi número—, ¿te importa no decir nada de que llamas por unas clases de flamenco? —Carmen levantó las cejas en actitud burlona—. Es catalana —expliqué—. Ella no... aprecia el flamenco.

—Pero si es catalana, tiene que saber que la bailaora de flamenco más famosa de la época moderna era de Barcelona —replicó Carmen—. Se la considera la madre del flamenco moderno.

—¿De verdad? —dije mientras me preguntaba si *mamie* lo sabía o no.

Tal vez debería ser sincera con ella en lo de recibir clases de flamenco: podría apelar a su orgullo catalán.

—Su familia era originaria de Andalucía, pero ella nació en Barcelona —añadió Jaime, con aquellas manos tan atractivas en las caderas—. Fue la ciudad que la hizo famosa. Aprendió de los gitanos.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, centrando la atención en su barbilla para evitar su intensa mirada.

—La Rusa.

—¿La Rusa? —repetí, sorprendida—. ¿Por qué «la Rusa», si era española?

—Era su nombre artístico —explicó Carmen—. Muchas cantaoras y bailaoras de flamenco usan nombres así: la Argentina, la Serneta, la Chunga. Se ponían el sobrenombre en honor de su lugar de procedencia, por un pariente o por la persona que las hizo famosas.

—¿Está viva todavía? —pregunté.

Jaime negó con la cabeza.

—No, la Rusa murió en la década de los cincuenta. De hecho, falleció en París.

—Se suicidó —añadió Carmen—. Había llevado una vida trágica.

—¿Se suicidó? Qué triste.

—Bueno, eso fue lo que se dijo, pero siempre ha habido controversia al respecto —dijo Jaime acariciándose la barbilla—. Hay muchos que están convencidos de que la asesinaron.

Después de calentarse durante la clase, de repente mi piel se sintió fría. Notaba un incómodo hormigueo bajar por la espina dorsal.

—¿Quién se cree que la mató? —pregunté.

Jaime se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe con certeza. O si alguien lo sabe, no lo dice. Digamos que tenía fama de ser implacable... y que se ganó muchos enemigos durante la Guerra Civil.

Evelina

Queridísima Margarida:

Lo inevitable ha sucedido: Paloma me ha pedido que le hable de España. Porque hasta ahora había podido evitar revivir el pasado. Julieta no tenía el mismo deseo de comprender su herencia. Pero Paloma, a un paso del conflicto y echando de menos a su madre, es curiosa por naturaleza. ¿Qué le voy a contar? ¿Qué puedo decir que no me desgare el corazón? Si intento recordar a mamá, y al *pare* y la hermosa casa del Passeig de Gràcia donde pasamos tantos años felices, en lo único que puedo pensar es en cómo los arrancaron de nosotros. ¿Y cómo puedo hablar de Barcelona sin recordar a nuestro queridísimo hermano? Durante muchos años, no he podido soportar recordar su mirada amable, su rostro abierto, su profunda convicción de que el género humano podía evolucionar con compasión y razón. Amaba tanto al mundo que quería cambiarlo, pero pagó un precio muy alto por esos sueños. Cuando pienso en él, lo único que puedo ver es aquel día terrible en que tú y yo quemamos todo aquello que él tenía en tan gran estima: sus papeles, su insignia del partido, sus fotografías... ¡Oh, Xavier! ¡Nuestro querido Xavier! ¡Perdónanos! Y entonces, claro está, si pienso en Barcelona me acuerdo de aquella puta..., aquella puta que lo traicionó...

Celestina

Después de aquel día en el puerto, el orden público en Barcelona comenzó a deteriorarse. Los trabajadores y sus familias participaban en manifestaciones diarias contra la guerra. Marchaban hasta la residencia del marqués de Comillas para gritar: «¡Abajo la guerra! ¡Viva España y muera Comillas!». Las protestas terminaban con la policía disparando al aire y deteniendo a los cabecillas.

Todas las noches, sin importar lo cansado que estuviera después del trabajo, papá se quedaba hasta tarde en el café de la Casa del Pueblo para estar al corriente de las últimas noticias. Las noticias de los periódicos que se telegrafiaban desde Madrid informaban de lo que estaba sucediendo antes de que los periódicos de Barcelona pudieran imprimirlo: que a los reservistas, mareados y con insuficiente instrucción militar, se los llevaban de los barcos de transporte directamente al combate. Los estaban exterminando.

Para detener el flujo de noticias de Madrid a Barcelona, el gobernador Ossorio ordenó cortar las líneas telegráficas. Los radicales pidieron al primer ministro Maura que abriera de nuevo el Parlamento español, las Cortes, que había cerrado para evitar el debate sobre la guerra. Las manifestaciones en la calle eran cada vez más numerosas, lo que obligaba a los comerciantes a cerrar temprano. A los obreros se les decía que estuvieran preparados para una huelga general. El gobernador Ossorio prohibió a los grupos reunirse en la vía pública y advirtió que se podría disparar contra los manifestantes. Su proclama inflamó aún más los ánimos de los trabajadores. El director de *El Poble Català* observó que se habían cerrado todas las válvulas y el vapor subía: «¿De verdad cree Ossorio que no habrá una explosión?».

El domingo siguiente, la Guardia Civil hizo notar su presencia en las calles. Se echó arena sobre las calles para impedir que los caballos de los guardias montados resbalasen al perseguir al galope a los manifestantes. Semejante precaución solo se adoptaba cuando se esperaban problemas graves. A diferencia del domingo anterior, cuando el batallón de Anastasio desfiló Ramblas abajo, los teatros y los cafés estaban desiertos.

Creando que había hecho todo lo necesario para prevenir la agitación, el gobernador Ossorio se retiró a su residencia de verano en la montaña del Tibidabo, desde donde se contemplaba Barcelona, con instrucciones de que no lo molestaran hasta la mañana siguiente. Pero varias horas antes de ese momento, los dirigentes de la huelga habían comenzado a congregarse en las esquinas de las calles y a las puertas de las fábricas para avisar a los trabajadores de que la huelga general había comenzado.

—¡Celestina!

Sentí la mano de mi padre en el hombro, agitándome para despertarme. Abrí los ojos: todavía era de noche. La única luz en la habitación venía de una bombilla encima de la puerta. No podían ser ya las cinco.

—Celestina —repitió papá, levantándome para sacarme de la cuna—. Esta mañana tengo que llevarte más temprano con Teresa.

Bostecé y traté de concentrarme en lo que papá estaba diciendo de que no lo veríamos en unos días, pero todo seguía borroso. Me di cuenta de que Ramón estaba junto a la puerta, vestido y con los zapatos puestos.

—Vamos —dijo papá, sentándome en su cama y poniéndome las sandalias.

Pero era inútil. Mis ojos volvieron a cerrarse y mi cabeza se ladeó. Lo último que recuerdo fue a papá llevándome sobre su hombro.

Cuando me desperté unas horas más tarde, Teresa estaba inclinada sobre mí.

—Vamos —dijo, sentándome y sosteniendo una cucharada de huevo pasado por agua cerca de mis labios—. Rápido, cómetelo. Ramón ya se ha comido el suyo. Necesito que los dos estéis alerta hoy y que escuchéis todo lo que digo.

Llevaba un lazo blanco prendido en la manga. Yo no conocía el significado del lazo, pero comprendí que algo en nuestras vidas había cambiado.

—¿No vamos a ir al mercado de flores esta mañana? —pregunté.

Teresa negó con la cabeza.

—No. Hoy no voy a vender flores.

En la calle, mujeres con cestas de la compra cargadas de pan y fruta volvían deprisa a casa desde el mercado. Notaban que iba a haber jaleo. Algunos obreros de las fábricas se dirigían a trabajar como si fuera un lunes cualquiera, hasta que otros obreros los detenían.

—Uníos a nosotros para protestar contra la guerra —decían.

Unas cuantas calles más allá, Juana, Paquita y algunas mujeres más de las Damas Rojas, también con lazos blancos, nos estaban esperando. Laieta también estaba allí. Le dijo a Teresa que el gobernador Ossorio, para promocionarse como administrador capaz, había tomado medidas represivas contra prostitutas y jugadores.

—No puedo trabajar en una fábrica. No puedo trabajar en un burdel. Me joden por todas partes —dijo en tono irónico.

Comenzamos a caminar en dirección al puerto. De la conversación de las mujeres deduje que nos dirigíamos hacia una fábrica de prendas de vestir que era propiedad de la familia Montella.

—Han metido miedo a los trabajadores para que no hagan huelga —explicó Teresa a las mujeres—. Pero tienen un descanso a las ocho. Hablaremos con ellos entonces y les explicaremos lo importante que es esto.

A medida que nos acercábamos a la fábrica, otras mujeres se unían a nosotras, saliendo de viviendas y tiendas. Algunas llevaban a sus hijos con ellas.

Poco después llegamos a un edificio de aspecto semejante al de pisos de alquiler

en el que vivíamos, salvo porque en el exterior había un carruaje tirado por dos caballos blancos. El emblema de la familia Montella estaba grabado en las puertas del carruaje. Había un cochero vestido con una elegante librea negra sentado en el pescante.

—Parece que Montella en persona está aquí hoy —observó Laieta—. He oído que le gusta verificar la gestión de sus fábricas explotadoras.

—Es el carruaje de su esposa —dijo Paquita—. Él se desplaza en automóvil. No pensaba que ella hubiera puesto nunca los pies en este lugar.

Recordé a Evelina. ¿Estaría aquí hoy con su hermana Margarida?

Teresa mostró su sorpresa porque no hubiera ningún guardia de seguridad en la puerta de la fábrica.

—Generalmente los tienen para detener a los trabajadores que roban cosas —susurró.

—Pensabas que precisamente hoy iba a haber un guardia —observó Juana—. Pero nos viene bien que no haya ninguno. No habrá que esperar hasta el descanso para hablar con los trabajadores.

Nos metimos en la fábrica detrás de Teresa y Juana. Había lámparas de gas en las paredes, pero no las habían encendido y la luz del día que se filtraba a través de las ventanas apenas era suficiente para iluminar el interior. Hacía más calor dentro de la fábrica que en la calle. Muchas de las maquinistas y las cortadoras se habían quedado en camisola y enaguas. La fuente del calor eran las máquinas de planchado, manejadas por dos hombres. El polvo de las telas me quemaba la nariz y estornudé. Me puse triste al recordar que mi madre había trabajado en un lugar como aquel.

—¡Hola! —gritó Teresa.

Al principio nadie la oyó por encima del estruendo de las máquinas. Volvió a llamar. Esta vez una de las maquinistas advirtió su presencia y levantó el pie del pedal. Otros trabajadores alzaron la vista. Cuando vieron a la delegación de mujeres y niños, dejaron de hacer lo que estaban haciendo.

—¡Vamos, uníos a nosotros! —les exhortó Teresa—. Si no salimos todos juntos, nada cambiará nunca.

Un par de mujeres barrieron las piezas de tela de sus mesas y se levantaron para unirse a nosotros. Pero la mayoría se quedaron en sus puestos.

Una chica joven, quizá de solo catorce años, tomó la palabra.

—*Senyora*, el capataz nos ha dicho que contratará a prostitutas en nuestro lugar si abandonamos el trabajo. Yo soy huérfana y tengo seis hermanos a los que alimentar.

—No puede sustituirnos a todas, Jimena —le dijo una de las mujeres que se había unido a nosotros—. No le sería tan fácil encontrar a una prostituta que sea capaz de coser los botones con tu rapidez y tu perfección.

El sonido de unos pasos que bajaban la escalera llamó nuestra atención. Al volvernos vimos a dos hombres, a una mujer y un niño que nos miraban desde el descansillo del primer piso. La mujer tenía más de aparición que de ser humano.

Llevaba un elegante vestido de seda color crema y de encaje blanco con un cinturón rosa de tafetán. En la cabeza llevaba un sombrero de raso negro adornado con rosas, ramitas y follaje. La estrecha falda de su vestido apenas tocaba sus botines de raso negro, en los que había bordados rosetones. La mujer debía de tener unos treinta años, pero no se parecía en nada a las otras mujeres de esa edad que había en la fábrica. Su piel era suave y blanca, sin arrugas ni imperfecciones. A su lado había un niño de unos diez años, con los mismos ojos de color miel y el mismo pelo castaño que Evelina. Supuse que era su hermano mayor. Mientras los ojos de su madre recorrían rápidamente el local como los de un animal asustado, el crío me miró directamente a mí. Por la manera en que su boca se movía en las comisuras, me dio la impresión de que estaba tratando de no sonreír. Sus ojos parecían tiernos. Su mirada me cautivó por razones que no comprendí. Recordé que en el puerto una de las mujeres había dicho: «¿No tienen los Montella un hijo?». No podía estar hablando de aquel niño. Era demasiado joven para ir a la guerra.

El mayor de los dos hombres se adelantó a la mujer y al niño y bajó a la planta.

—Supe que había problemas cuando oí que las máquinas paraban —dijo, mirando a Teresa de arriba abajo—. ¿Qué está pasando aquí?

Aunque llevaba el pelo engominado y vestía con traje, algo me dijo que era el capataz de la fábrica.

El otro hombre vestía demasiado elegantemente. Debía de ser el *senyor* Montella, el propietario. Tenía la nariz chata, como un inglés. Las canas en el pelo y el bigote, así como la ligera corpulencia de su complexión, me hicieron pensar que tendría poco más de cuarenta años. Sin embargo, a diferencia de papá, su piel era todavía tersa, salvo por algunas arrugas alrededor de los ojos. Su cutis era el de un hombre a quien le da el sol por placer, no por trabajo.

Tal vez Teresa fuera consciente de que la estaba observando uno de sus mejores clientes, pero no lo manifestó.

—Si no dejan que estos trabajadores secunden la huelga, vendrán los hombres y les romperán las ventanas —advirtió Teresa al *senyor* Montella y al capataz.

Montella avanzó hacia la planta de la fábrica. Su esposa fue tras él.

—Rápido, Rosita —dijo señalando con la cabeza el carruaje que esperaba—. Coge a Xavier y vete directa a casa. No es un día para andar haciendo visitas.

—Pero la *senyora* de Sagarra nos está esperando —protestó su esposa—. Y ha estado tan enferma.

—Tiene a su enfermera y a sus doncellas. Lo entenderá —la tranquilizó el *senyor* Montella.

Su esposa cogió al niño de la mano y pasó por delante de nosotros como alguien que intentase evitar a una manada de depredadores. El niño, Xavier, sin embargo, no estaba asustado. No apartaba los ojos de mí, como si algo lo intrigara. ¿Qué le fascinaba de esa manera?

—No sé qué esperáis conseguir —les dijo Montella a las mujeres de las Damas

Rojas una vez que el carruaje de su esposa se hubo marchado—. Sin las minas de hierro del Marruecos español, nuestra economía se hundirá. No habrá trabajo para nadie. ¿Qué haréis entonces?

—Si eso es verdad —dijo Juana mirándolo directamente—, ¿por qué no van a la guerra los chicos ricos de veinte años en vez de los jóvenes padres y los esposos pobres?

El *senyor* Montella levantó la barbilla.

—Así —dijo, tirando de los puños de su camisa— funciona el sistema económico en el que vivimos, ni más ni menos. Los que pueden pagar recogen los beneficios.

Las mujeres de las Damas Rojas profirieron burlas y abucheos ante tan indignante arrogancia.

—Ya lo veis —dijo Teresa dirigiéndose a sus correligionarias—. ¡Estas son las palabras de un ferviente católico!

Una de las maquinistas de más edad que había estado escuchando se levantó de su asiento. El movimiento fue tan majestuoso, tan sereno y lleno de dignidad que todos los presentes en el local guardaron silencio. Todos los ojos estaban fijos en la mujer de cabellos grises, que no dijo nada mientras apartaba su tejido y se ponía el mantón sobre los hombros. Luego cruzó lentamente la nave de la fábrica para unirse a las mujeres de las Damas Rojas. Los demás trabajadores la siguieron. Solo cuando la fábrica se hubo vaciado, la mujer miró a su patrón.

—Si esa es la economía en la que vivimos, *senyor* Montella, habrá que cambiarla. Puedo aceptar que los ricos puedan comprarse ropa y calzado mejores y vivir en buenas casas. Pero no puedo aceptar que la vida de un ser humano tenga más valor que la de otro solo porque tiene dinero.

A las nueve de aquella mañana la huelga había cerrado las fábricas de todos los suburbios de Barcelona. Doscientos cincuenta obreros de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza habían abandonado sus puestos de trabajo y habían convencido a los trabajadores de más de una docena de fábricas de que se unieran a ellos. Caminaban hacia el centro de la ciudad.

Ramón y yo marchamos con las mujeres de las Damas Rojas y sus partidarios hacia el Passeig de Gràcia, donde muchas tiendas seguían abiertas. El amplio paseo arbolado contrastaba enormemente con el lugar en el que vivíamos nosotros. Hasta el aire olía diferente, libre de las enfermedades que asolaban la atmósfera del Barri Xinès. Por todas partes vimos niños en bicicleta, mujeres en automóviles conducidos por chóferes, hombres con bombín y bastón, como si fuera un día normal.

Nuestro grupo corrió a las tiendas y golpeó las puertas.

—¡Cerrad por nuestros hermanos en Marruecos! —gritamos.

Los tenderos se apresuraron a echar la llave a las puertas y a bajar sus cierres, como si hubieran estado esperando nuestra orden.

Yo nunca había visto tanto lujo. Además de las librerías, los *chocolatiers*, las tiendas de *delicatessen* y los comercios en los que se vendía porcelana y objetos de plata, había una tienda dedicada por completo a cajas de plata para especias y tabaco. La tienda de al lado estaba llena de unos extraños artilugios en forma de palo y con unos discos numerados.

—Son teléfonos —me explicó Paquita—. Para que la gente que está en una parte de la ciudad pueda hablar con la que está en otra —añadió.

Me quedé de una pieza.

La protesta podría haber continuado siendo una huelga pacífica de un día de no haber sido por los tranvías, que seguían circulando. Mariano de Foronda, director del sistema de tranvías de Barcelona e íntimo amigo del rey Alfonso, era un conocido adversario del movimiento obrero. Corría el rumor de que circulaba por la ciudad en su automóvil, amenazando a los conductores de tranvía si dejaban de trabajar.

Teresa y las mujeres proferían insultos contra los conductores cuando los tranvías pasaban por delante de nosotros.

—¡Sois unos traidores a la causa! —gritaban.

—¡Solo cumplimos órdenes! —respondían los conductores.

Nos encontramos con otras mujeres de las Damas Rojas y las Damas Radicales. Llevaban un pancarta que decía: «¡Abajo la guerra!».

—Los trabajadores del Poble Nou están aquí —dijo Pilar, la pescadera, a Teresa—. Dicen que los tranvías han sido atacados por obreros de ese distrito y que el gobernador Ossorio ha puesto guardias de seguridad armados en ellos. ¡Pero eso no nos detendrá!

—Tened cuidado —advirtió Juana—. Las autoridades podrían estar intentando provocar violencia. Así podrán declarar la ley marcial y traer al ejército.

Pilar se encogió de hombros.

—Nos han pedido que caminemos delante de los obreros con nuestra pancarta para que los guardias y los policías no disparen.

Miré a la multitud y me pregunté dónde estaría mi padre en ese preciso instante. Las cosas comenzaban a tomar un cariz peligroso.

Las mujeres y los obreros comenzaron a organizarse en formación, pero, antes de que tuvieran la oportunidad de terminar, un tranvía apareció por la esquina. La gente cogió piedras y se las arrojó. Una ventana lateral quedó hecha añicos. El guardia de seguridad que iba a bordo, un joven no mucho mayor que Anastasio, apuntó con su arma a los trabajadores que estaban levantando los raíles delante del tranvía. Disparó. Por suerte para ellos, era un mal tirador. Pero su acción enfureció a la multitud, entre la que había muchos curiosos con sus hijos. Antes de que supiéramos lo que estaba ocurriendo, Ramón y yo nos vimos atrapados en una aglomeración de gente que empujaba en dirección al tranvía, que se había detenido ante la vía levantada. El conductor, el guardia y los pasajeros fueron presa del pánico mientras la multitud empujaba contra el costado del vehículo, empujando hasta que quedó volcado sobre

un lado. Los obreros y las mujeres vitorearon. Un joven salió corriendo de un edificio cercano con una antorcha encendida en la mano. La arrojó dentro del tranvía y los asientos de madera prendieron rápidamente, provocando más gritos y aclamaciones entre la gente.

Ese mismo día, Teresa nos llevó a Ramón y a mí a la Casa del Pueblo, que bullía de actividad.

—¿Qué novedades hay? —le preguntó a Núria, que estaba repartiendo paquetes de comida.

—Hace un ratito algunos obreros han atacado un tranvía, con armas que habían robado en una comisaría de policía. Han obligado al conductor y a los pasajeros a bajarse, han soltado los frenos y han mandado al tranvía a toda velocidad calle abajo. La Guardia Civil ha llegado y ha disparado contra los trabajadores, que también han abierto fuego. Ahora dos conductores de tranvía y tres de los nuestros están muertos. Hay muchos más heridos. Una niña pequeña ha muerto en el fuego cruzado.

La noticia de la muerte de la niña afectó a Teresa.

—Ya está bien por hoy —dijo instándonos a Ramón y a mí a volver a la calle—. Nos vamos a casa. Le prometí a vuestro padre que cuidaría de vosotros. Y eso es lo que voy a hacer.

Esa tarde nos quedamos dentro del piso agobiante de Teresa, mientras las mujeres de las Damas Rojas iban y venían con mensajes relacionados con los progresos de la jornada. Teresa saltó de su silla y levantó los dos puños al aire cuando Carme llegó con la noticia de que se habían paralizado los tranvías.

—Espero que el arrogante de Foronda esté satisfecho ahora —dijo—. ¿Qué ha conseguido? ¡Tranvías quemados y vías arrancadas!

Un niño nos trajo una nota de papá en la que nos decía que no había sufrido daño alguno:

Teresa:

Nos han dicho que los obreros de Madrid están impresionados por la rapidez con la que hemos paralizado la industria y el comercio de la ciudad, y que están pensando en hacer huelga ellos también.

Los ojos de Teresa se iluminaron.

—Si el país entero se une contra la guerra, tendrán que pararla —dijo—. Si actuamos todos unidos, podemos cambiar las cosas.

Aunque la noche anterior había habido un sangriento intercambio de disparos entre la policía y los manifestantes en el exterior del cuartel general del ejército en el Passeig

de Colom, la mañana del martes comenzó tranquila. Las mujeres tendían la ropa lavada y los niños jugaban en la calle. No había tráfico rodado ni periódicos. Ni siquiera había comunicados del capitán general fijados en los edificios públicos ordenando que los trabajadores se presentaran en sus fábricas y lugares de trabajo.

Teresa abrió su puesto de flores en el mercado hasta las nueve, diciendo entre bromas a las otras vendedoras que las sirvientas de los Montella habían sido lo bastante sensatas para no dejarse ver por allí. Laieta llevó la noticia de que el gobernador Ossorio había dimitido.

—¿Qué? —exclamó mientras caía de rodillas entre risas—. ¿Tan cobarde es? ¿Qué gobernador deja su puesto cuando su ciudad está en medio de una batalla? ¿A quién tienen para sustituirlo?

—El general Santiago ha tomado cartas en el asunto.

—¡No! —Teresa volvió a reír—. He oído decir que es inoperante.

—Lo es mientras tenga a hombres de Barcelona bajo su mando. ¿Te has enterado de lo que pasó anoche en los muelles?

Teresa negó con la cabeza.

—Ese cabrón de general Brandeis ordenó a sus dragones disparar contra los trabajadores de los muelles y sus mujeres. Pero la gente se subió a los cajones de embalaje y las vagonetas y gritó: «¡No disparéis, hermanos, estamos luchando por vosotros! ¡Estamos luchando por vuestras vidas!».

Teresa se quedó boquiabierta.

—¿Y qué pasó?

—Los soldados se negaron a disparar. ¿Qué otra cosa podían hacer? Podían haber disparado contra sus propios familiares.

Teresa se tapó la boca con las manos en un gesto de asombro y alegría.

Laieta sonrió.

—Ahora los trabajadores de toda la ciudad están haciendo lo mismo. Vitorean y aplauden a los soldados que envían para atacarlos. Los hombres no disparan.

A pesar de nuestra euforia después de aquella noticia, las calles de alrededor de la casa de Teresa tenían un aspecto diferente cuando volvíamos del mercado. Los vecinos estaban arrancando los adoquines para construir barricadas a las que añadían tapas de alcantarilla, bastidores de camas, farolas y cualquier otra cosa que podían conseguir con sus manos para reforzarlas. Donde había tendidos eléctricos, se cortaban los cables. Daba la impresión de que la gente se estaba preparando para una batalla en toda regla.

—¿Qué pasa? —le preguntó Teresa a una de las mujeres.

—Nos han dicho que algo gordo va a pasar esta tarde y que nos preparemos para las cargas de caballería.

Teresa observó a los hombres que empuñaban armas y practicaban su puntería. Pude ver que se debatía entre su promesa de protegernos y su vivo deseo de participar en la acción. Nos disponíamos a seguir nuestro camino cuando un niño en bicicleta se

detuvo delante de nosotros.

—¿Eres Teresa Flores García? —preguntó.

Teresa asintió y el chico le entregó un papel.

—Son instrucciones de tus amigos de la Casa del Pueblo.

El niño se marchó y Teresa abrió el papel. Ramón y yo miramos por encima de su hombro, deseosos de saber qué información contenía. No pude leer las palabras; lo único que pude ver fue que era una lista junto con un mapa. Ramón, que iba más avanzado que yo en lectura, dijo entre dientes los nombres:

—Sant Antoni, Sant Pau del Camp...

Teresa nos miró y después se dirigió a los trabajadores de la barricada.

—¡Ha empezado! —gritó—. ¡La Revolución!

La gente dejó de hacer lo que estaba haciendo. Todos la miraron. Ella agitó el papel en el aire para que pudieran verlo.

—¡Van a quemar las iglesias! —dijo con los ojos brillantes—. ¡Esta tarde!

Paloma

El día siguiente a mi primera clase de flamenco, volví a la biblioteca Sainte-Geneviève para continuar con mi investigación acerca de lo sobrenatural. Se acercaba la época de exámenes en las universidades y la biblioteca estaba aún más abarrotada que en mi visita anterior. La atmósfera se había transformado, pasando del fervor intelectual a un estado de agotamiento y tensión nerviosa. Reparé en un estudiante apoyado en la escalera. Parecía haberse quedado dormido de pie. Me alegré al ver que se despertaba con una sacudida al cabo de unos segundos y cogía sus libros antes de que se le doblaran las rodillas y cayera al suelo. Si yo hubiera ido a una escuela normal, podía haber sido uno de los estudiantes que estaban empollando aquí y ahora. ¿Qué habría estudiado? ¿Arte o historia de la música, quizá? No podía ni imaginarlo. Me parecía que desde el momento en que abrí los ojos y respiré por primera vez, había vivido y respirado *ballet*. ¿No estaba mi madre bailando el papel de Giselle cuando supo que estaba embarazada? ¿No estaba escuchando el vals de *La bella durmiente* cuando se puso de parto?

Mientras esperaba a que el bibliotecario trajera los libros de *sir* Arthur Conan Doyle y de Helena Petrovna Blavatsky, me encontré pensando en Jaime. Me pregunté si había nacido en España o en Francia. Supuse que en España, por su ligero acento español. ¿De qué región sería? Después me pregunté por qué me estaba preguntando por él. Me acordé de lo que me había dicho sobre la Rusa. ¿Qué había hecho durante la Guerra Civil para que la odiaran hasta el punto de que alguien pudiera haberla matado al cabo de tantos años? Pensé que *mamie* quizá lo supiera, pero tenía que cumplir mi promesa de no hacerle preguntas sobre el pasado.

Recogí mis libros, pero antes de sentarme con ellos busqué en el fichero para averiguar si la colección de la biblioteca incluía algo sobre las bailarinas de flamenco. Encontré un libro titulado *Enciclopedia del flamenco* que pensé que podía estar bien para empezar. Sin embargo, la espera de ese libro fue más larga que para los otros materiales. Cuando el bibliotecario puso por fin la enciclopedia en el mostrador de recogida, no pude encontrar un asiento libre para leerla. Así que la apoyé en el borde de una mesa y hojeé las páginas dedicadas a los grandes guitarristas y cantaores de flamenco hasta que llegué al apartado dedicado a las bailarinas. Carmen tenía razón en lo referente a los nombres artísticos. La Joselito había tomado su nombre de un torero muerto tras una cogida en 1920; Antonia Mercé era la Argentina porque había nacido en Buenos Aires; la Mejorana tomó su nombre de una hierba. Al parecer, los aficionados al flamenco no tenían inconveniente en poner nombres que hacían referencia a discapacidades físicas de las bailarinas o a las de sus padres: la Sordita era sorda; la Niña del Ciego, la hija de un ciego. Los gitanos tenían un sentido del

humor especialmente retorcido. O tal vez era superstición, porque el nombre de la bailaora contemporánea la Chunga daba a entender que era poco atractiva, aun cuando por la fotografía que la enciclopedia mostraba de ella era de una belleza cautivadora.

Entonces encontré lo que estaba buscando: La Rusa nació en 1901 de padres andaluces en la zona de chabolas de Barcelona conocida como Barri Xinès. Desde la pobreza se levantó para llegar a ser una de las bailarinas de flamenco más famosas de su época. A pesar de la riqueza y el prestigio ganados con su arte, tomó partido por los republicanos en Barcelona durante la Guerra Civil (1936-1939), quizá en memoria de su padre, que fue miembro del Partido Radical durante las huelgas de 1909. Pagó muy cara su lealtad hacia las masas, pues tuvo que exiliarse. Murió en 1952 en París.

Eso era todo. No decía nada sobre su verdadero nombre ni de por qué había adoptado aquel insólito nombre artístico. No decía nada acerca de dónde había vivido en París. Pero había una cosa que me desconcertaba por encima de todas las demás: si había luchado en el bando republicano contra Franco durante la Guerra Civil, ¿por qué iba a querer matarla alguien de la comunidad de exiliados españoles? La mayoría de ellos también habían apoyado a la República. Recordé que en una ocasión *mamie* me dijo que se suponía que Franco había organizado el asesinato de varios exiliados destacados, sobre todo de algunos que habían continuado conspirando contra su régimen. ¿Era eso lo que le había sucedido a la Rusa?

Aquella información incompleta hizo aumentar mi curiosidad. Devolví el libro junto con los que se ocupaban de lo sobrenatural y volví al catálogo para ver si podía encontrar otro libro que pudiera tener más información sobre la Rusa. El reloj de la pared me llamó la atención. Eran ya las doce y media. No disponía de mucho margen si quería volver a tiempo para la clase de la tarde de *mamie*. Si había algo que mi abuela detestaba, era la falta de puntualidad, sobre todo en presencia de sus alumnas.

Encontré otros dos libros sobre la historia del flamenco y rellené de prisa las fichas de solicitud. En el mostrador había un cartel que advertía que había un tiempo de espera de treinta minutos para los libros, pero los que había pedido no llegaron hasta tres cuartos de hora después. Tenía quince minutos para llegar a la estación de metro si quería llegar a tiempo a la clase de *mamie*.

Ni me molesté en llevar los libros a la sala de lectura, sino que me agaché apoyada en una pared y los apoyé en el regazo. Eché un vistazo al primer libro, que explicaba el flamenco en términos generales: Es un arte que ha sido absorbido por el mundo del espectáculo, pero no siempre ha sido el espectáculo chabacano para turistas en que se ha convertido hoy en día.

Interesante, pero tendría que dejar la lectura para más adelante. Cambié el libro por el siguiente. Tenía un extenso capítulo al principio dedicado a la historia y los orígenes del flamenco, pero en la parte final había un apartado dedicado a los artistas del pasado y del presente. Sin embargo, no enumeraba a las bailarinas en ningún

orden lógico y tuve que hojear rápidamente el volumen para comprobar si contenía algo sobre la Rusa.

—*Mademoiselle*, no puede estar aquí.

Levanté la vista y vi al guardia de seguridad, que me miraba con cara de pocos amigos.

—Tiene que ponerse en una mesa de lectura para consultar los libros de la biblioteca.

Solo me quedaban cinco minutos para echar una ojeada al libro, pero por la expresión del guardia pude ver que insistir no iba a llevarme a ninguna parte. Uno de los estudiantes de la sala de lectura se levantó y dejó libre su asiento. Lo ocupé sin pérdida de tiempo. Sentarme en aquella silla caliente me incomodó.

Revisé una página titulada «Las mujeres del flamenco»: **Zapateado**: Sonido de repiqueteo hecho con los pies. En su origen solo lo interpretaban bailarines varones. Las mujeres utilizaban sobre todo las manos, los brazos y los hombros. Eso cambió con bailaoras como la Rusa...

Pasé a la página siguiente y el corazón me dio un vuelco cuando vi a la mujer de la fotografía en blanco y negro: la melena de color azabache, las cejas arqueadas enmarcando unos ojos como los de una pantera, la nariz ancha y los labios carnosos. Eran negros en la fotografía, pero yo sabía que eran rojo sangre en la vida real. Tragué saliva e intenté respirar. El pulso me golpeaba en la cabeza. Leí el pie de foto: «La Rusa. Celestina Sánchez, 1932».

La sala se volvió blanca a mi alrededor mientras la sangre se me bajaba a los pies. Aquel era el rostro de mi fantasma. La Rusa era quien me había entregado los aretes de oro. La Rusa había venido a verme.

Celestina

El primer edificio religioso que vimos en llamas fue el Real Monasterio de Sant Mateu, que albergaba a una orden de monjas jerónimas de clausura. Aunque estaba previsto quemar esa tarde numerosas iglesias, monasterios, conventos y escuelas, Teresa y las mujeres de las Damas Rojas estaban deseosas de asistir al incendio de Sant Mateu porque las lavanderías de su propiedad habían despedido a muchas mujeres de la zona.

Los trabajadores habían acordado que los ataques se dirigirían solo contra las propiedades del clero, que no se cobrarían ninguna vida. Por lo tanto, era necesario desalojar los edificios antes de prenderles fuego. Aunque las monjas de Sant Mateu habían sido avisadas con antelación de que su edificio estaba en la lista de los que iban a ser destruidos, se negaron a abandonarlo.

La multitud aplaudió y gritó cuando grupos de jóvenes llevaron escaleras para subir a los edificios mientras hombres y mujeres trabajaban juntos para abrir por la fuerza las puertas. Un hombre vestido con un traje bien cortado y que llevaba un bastón nos daba instrucciones para construir una hoguera con los materiales que los jóvenes que habían entrado ya en el convento nos lanzaban desde arriba. Trabajamos deprisa para formar un montón con las sillas, los libros y la ropa de cama. No teníamos ni idea de que los papeles que nos tiraban desde arriba eran acciones por valor de más de un millón de pesetas.

—Los conventos han disfrutado de su riqueza a vuestra costa —dijo el extraño—. Vamos a quemarlo todo: joyas, dinero, imágenes. Todo. No va a haber ningún saqueo.

En cuanto terminó de hablar, una cadena de oro con un medallón de gran tamaño cayó cerca de mis pies. La lancé al montón sin encender, pero otra mujer, que evidentemente conocía su valor mejor que yo, la agarró cuando pensó que nadie miraba y se la guardó en un bolsillo.

—Están huyendo por detrás —nos avisó un grito desde una ventana.

Teresa llamó a Ramón, me agarró del brazo y corrimos con los demás hasta una calle que había en la parte posterior del convento. Las monjas huían por los lavaderos de la parte de detrás del edificio, pero algunas mujeres del barrio que les arrojaban piedras y las abucheaban les cortaron el paso.

—Ahora seréis tan pobres como nosotras —gritó una de las mujeres—. ¡Ojalá sepáis lo que es no tener nada de comida en la barriga!

Una de las monjas contestó a gritos:

—¡Sois unas insensatas! ¡Esa riqueza son las dotes de las monjas desde hace cuatrocientos años, y todas esas acciones que están arrojando a la hoguera son propiedad de ciudadanos particulares!

Las mujeres no prestaron la menor atención y siguieron abucheando.

Una monja vio un hueco entre la multitud y corrió hacia él. Algunas más corrieron tras ella, con las mujeres de la zona pisándoles los talones. Las monjas llamaron a la casa del propietario de una fábrica importante. Un criado abrió la puerta, pero Teresa gritó:

—¡Si las dejas entrar, prenderemos fuego también a vuestro edificio! —La puerta se cerró de golpe.

Por un momento, las monjas se sintieron confusas porque sus vecinas las atacaran de aquella manera. Después comenzaron a dispersarse en todas direcciones. Las mujeres se disponían a perseguirlas cuando una niña gritó que el humo comenzaba a elevarse desde el convento.

Teresa llamó a las mujeres.

—Dejadlas que se vayan. Ya las hemos asustado bastante. ¡Viva la Revolución!

La atmósfera fue extraña e inquietante aquella noche. Desde el tejado del edificio de Teresa vimos los incendios por toda la ciudad y pudimos oír las detonaciones de los cañones y los disparos de fusilería mientras los guardias y la policía atacaban las barricadas. Era una noche serena y calurosa. El olor de las alcantarillas era fétido. Apoyé la cabeza en el hombro de Ramón, resistiéndome a quedarme dormida por si teníamos que huir de pronto del edificio. Había participado en el incendio de un convento aquella tarde; sin embargo, recé a Dios para que mantuviera a salvo a papá, de quien había oído que estaba luchando en la zona de Clot-Sant Martí.

Paquita se presentó con unas alubias guisadas para nosotros. Ramón y yo estábamos tan famélicos que las devoramos. Paquita se apoyó en Teresa, agotada.

—Hoy han matado a un fraile franciscano en Sant Gervasi —dijo—. Intentaba escapar con dinero y alguien le disparó.

Teresa se encogió de hombros.

—Barcelona estará mejor sin esos hipócritas.

Paquita enarcó una ceja.

—Estoy en contra del clero porque su forma de enseñanza perpetúa la ignorancia y el sufrimiento. Pero tú, Teresa, tú parece odiarlos de verdad.

Teresa se miró las manos.

—Me han dado motivos más que de sobra —respondió—. Mi padre murió cuando yo tenía cinco años. Mi madre tuvo que internarnos a mi hermana y a mí en un orfanato para poder trabajar. Me parece que creía que las monjas eran mujeres buenas y cuidarían de nosotros.

Paquita y Teresa intercambiaron una mirada.

—Supongo que no lo hicieron —dijo Paquita.

—¡Mujeres buenas! —exclamó Teresa—. Hablaban del amor divino y al mismo tiempo obligaban a los niños enfermos a comerse su propio vómito. Vi cómo casi matan de una paliza a un crío por usar la mano izquierda.

A pesar del calor, sentí un escalofrío y me acurruqué más cerca de Ramón, que

me rodeó con su brazo.

—No puedo soportar oír esas historias —dijo Paquita, negando con la cabeza—. Hay demasiadas. Pero también hay monjas y curas decentes. Por eso han perdonado al hospital para niños incurables de Les Corts.

Estuvimos sentados en el tejado durante otra hora antes de que Teresa decidiera que había llegado la hora de que nos fuéramos a dormir. Nos metió en su cama y luego acompañó a Paquita hasta la puerta.

—¿Monjas decentes? ¿Curas decentes? ¡Nunca he visto semejante cosa! —oí que le decía a Paquita.

Teresa hablaba siempre con pasión, pero el sonido de su voz me impresionó: era el aullido de un animal herido.

Paquita, también desconcertada, puso su mano en el hombro de Teresa.

—¿Qué os pasó?

Hubo un largo silencio antes de que Teresa encontrara valor para hablar.

—Mi hermana siempre me defendía. «Ya te doblegaremos», solían decirle las monjas... —Su voz se entrecortó—. Vaya si lo hicieron... Solían obligarla a dormir en el sótano lleno de humedad y hacían la vista gorda cuando el cura iba allí para abusar de ella.

—¡Oh Dios! —dijo Paquita mientras pasaba un brazo por los hombros de Teresa.

—Murió tras una de aquellas terribles palizas —dijo Teresa, volviendo la cara hacia Paquita—. ¡Tenía siete años!

Me arrimé más a Ramón. ¿Abusar? No entendía esa palabra. Pero por la manera en que los hombros de Teresa se agitaron mientras sus ojos se llenaban de lágrimas comprendí que algo terrible había pasado. Tal vez por eso Anastasio se había negado a desertar. Si hubieran metido en la cárcel a papá, quizás a Ramón y a mí nos habrían enviado a un orfanato. Éramos pobres y habíamos pasado hambre durante toda nuestra vida, pero nuestros padres siempre fueron buena gente. Nunca nos habían tratado mal.

Las palabras de Teresa siguieron conmigo al día siguiente, cuando fuimos con ella a reunirnos con algunas de las Damas Rojas en la Plaça del Pedró. Amas de casa y trabajadoras de las fábricas se habían congregado allí para intercambiar noticias sobre la rebelión. De pronto, una mujer comenzó a decir a gritos que su hermana, monja en un convento cercano, había sido torturada por las otras monjas porque era atractiva. La multitud siguió a la mujer hasta el convento en cuestión. Algunas de ellas entraron. Poco después reaparecieron arrastrando unos ataúdes con monjas momificadas dentro. Retrocedí tambaleándome y llena de horror al ver aquellos rostros secos, esos torsos hundidos. Las bocas de los cadáveres estaban abiertas de par en par, como si gritaran.

—Las enterraron vivas —susurró Ramón.

—Mirad, tienen las manos y los pies atados —observó una mujer—. Las martirizaron.

Las mujeres llevaron los ataúdes a la Plaça del Pedró, para exhibirlos. Juana hizo un cartel: «Monjas martirizadas».

—¿Por qué se les permite enterrar a sus muertos dentro de los conventos cuando las leyes sanitarias de la ciudad lo prohíben? —preguntó Juana ante la gente que allí se había congregado—. Es por culpa de sus prácticas antihigiénicas por lo que los demás sufrimos fiebres tifoideas y cólera.

¿Fiebres tifoideas? Pensé en mi madre, enterrada en una fosa común. ¿Había muerto por culpa de aquellas monjas? La sangre me hirvió de rabia. Mi reacción se repitió entre la multitud pues varias mujeres gritaron que habían perdido a sus hijos por esas enfermedades.

—Llevaremos estos cadáveres al Ayuntamiento —dijo Juana—. Y exigiremos que las órdenes de clausura no puedan seguir enterrando a los muertos dentro de sus muros.

La gente estalló de entusiasmo. Algunos jóvenes cogieron los ataúdes y se encaminaron al Ayuntamiento. Mucha gente fue detrás de ellos. Unas cuantas mujeres, sin embargo, llevaron a rastras algunos cadáveres hasta las barricadas que se alzaban en la esquina del Carrer del Carme y el Carrer d'en Roig. Después nos enteramos de que los hombres habían dejado los cadáveres a las puertas de las casas de las familias Güell, Comillas y Montella. Uno de los cuerpos había acabado de pie delante de una iglesia con un cigarrillo en la boca, como una prostituta, mientras que un carbonero de pocas luces había bailado con otro. Más tarde lo detuvieron y lo ejecutaron por profanar un cadáver.

La noche siguiente, mi padre regresó a buscarnos. Parecía exhausto.

—El general Santiago solo está esperando el momento oportuno —le dijo a Teresa—. Sabe que no se puede confiar en las tropas que hay aquí en Barcelona. Ha traído otras tropas, muchas, de Valencia y Zaragoza. Estos soldados no dispararán por encima de nuestras cabezas.

—Sí que lo harán —dijo Teresa—. Tanto si las tropas son de Barcelona como de Zaragoza, estamos luchando por todos ellos.

Papá negó con la cabeza en actitud grave.

—Las noticias que oímos de que el resto del país estaba en huelga con nosotros... no eran ciertas. Eran mentiras del comité de huelga para que siguiéramos luchando. Nadie más ha dejado de trabajar para protestar, ni siquiera en Madrid.

Teresa se estremeció.

—No lo entiendo —dijo.

—Mientras las comunicaciones con Barcelona han estado cortadas, el ministro del Interior ha hecho un buen trabajo de propaganda para convencer al resto del país

de que no hacíamos un movimiento contra la guerra, sino un levantamiento separatista catalán. ¡Están en contra de nosotros, no a favor!

—¿Entonces no habrá Revolución? —preguntó Teresa, con la voz quebrada—. ¿Porque son más que nosotros?

—Es inútil continuar —dijo papá.

Teresa estaba pálida como un fantasma.

—¿Y ahora qué?

Papá apretó los puños.

—Lo que vendrá ahora serán detenciones y ejecuciones.

Aquella noche, la cena tuvo algo de sombrío. En el Barri Xinès no se podía encontrar comida fresca, por lo que Teresa nos preparó garbanzos con arroz. Cenamos en silencio. Después, Ramón y yo regresamos con papá a casa. Parecía extraño estar allí sin Anastasio. Papá se acostó en la cama y Ramón y yo nos acurrucamos cada uno a un lado de él. Ramón se quedó dormido de inmediato, pero papá permaneció despierto y escuchó mi relato sobre las monjas muertas con los pies atados.

—No sabemos que fueran torturadas —dijo papá intentando consolarme—. Podría ser alguna clase de ritual jerónimo. A lo mejor las monjas atan los pies y las manos de las muertas para que quepan en los ataúdes.

—Nadie pensaba en eso —dije.

Me acarició el pelo. Al cabo de un rato, se incorporó y bajó de la cama. Cogió un cuchillo del armario y se puso de rodillas para aflojar una tabla del piso. Cuando la hubo levantado, metió la mano en el hueco y sacó una caja. Cuando la abrió, alcancé a ver algo que brillaba en su interior. Sacó de ella dos aretes de oro y los levantó para que yo los viera.

—¿Te acuerdas de ellos? —preguntó—. Eran de tu madre.

—Sí, me acuerdo —dije.

Vi a mi madre delante de mí, como era cuando estaba bien: su piel oscura y sus ojos brillantes; su melena de abundante pelo negro.

Bailaba, sus pies se conectaban con el suelo como si ella y la tierra fueran uno.

—No quiso llevárselos a la tumba —dijo papá—. Insistió en que se quedaran para ti. ¿Te acuerdas de la leyenda que te contó sobre ellos?

Asentí.

—No deben venderse nunca —dije repitiendo las palabras exactas que mi madre había pronunciado—. Si alguien los roba, el ladrón tendrá una muerte terrible.

Mi padre guardó los aretes en la caja y los devolvió a su escondite.

—Ahora ya sabes dónde están —susurró mientras volvía a colocar el tablón—. No debes decírselo a nadie.

Se lo prometí.

A decir verdad, me asustaba el poder de aquellos aretes. No me gustaba pensar

demasiado en ellos. Pero lo que más me inquietaba era el pellizco de tristeza en mi corazón. ¿Por qué mi padre me enseñaba dónde estaban? ¿Presentía lo que iba a suceder?

A la mañana siguiente nos levantamos a las cinco, como de costumbre. Podía haber sido una mañana normal de no ser porque Anastasio no estaba con nosotros. La derrota que siempre habíamos sentido en nuestros corazones ahora se posaba con más fuerza sobre nosotros. La última de nuestras esperanzas de que algo pudiera cambiar para mejor nos abandonó cuando vimos a números de la Guardia Civil deteniendo a los trabajadores a punta de fusil y ordenándoles que dismantelaran las barricadas. En algunos de los suburbios más alejados, los combates continuaban, pero sin el apoyo del resto del país la esperanza de una revolución era vana. El número de tropas que intervenían superaba con creces al de huelguistas. Lo único que los trabajadores podían hacer ahora era volver a su vida diaria y esperar las repercusiones que sin duda se derivarían de sus actos de protesta.

Cuando llegamos al mercado, Teresa estaba poniendo en exposición los pocos claveles y geranios que tenía a mano.

—Han detenido a Paquita —le dijo a mi padre.

—Lo mejor será que trates de pasar inadvertida —le advirtió él—. Aunque quizá la hayan detenido porque trabajaba en la Escuela Ferrer. Ya sabes que el Gobierno y el clero llevan años muriéndose de ganas de pillarlos.

—¿Y tú? —preguntó Teresa, mirándolo con preocupación—. ¿Vas a volver a la fábrica?

Papá asintió.

Cuando iba a salir, Juana apareció por la puerta. Su tez estaba pálida. Más aún cuando vio a papá.

—¿Qué pasa? —le preguntó Teresa—. ¿Han detenido a alguien más?

Juana negó con la cabeza.

—He oído el más terrible de los rumores —dijo—. Cuando las tropas llegaron a Marruecos después de aquel incidente en el puerto, sacaron del barco a diez hombres que habían tirado al agua sus medallas religiosas y los fusilaron para que sirviera de advertencia a los demás.

Papá dio un paso atrás tambaleándose. Sus dedos se agarraron al puesto de Teresa, como si intentara recobrar el equilibrio. Yo también sentí que me mareaba. El marido de Juana había arrojado su medalla al agua, pero también lo habían hecho muchos de los hombres. Anastasio fue el primero que lo hizo: los otros hombres habían seguido su ejemplo. ¿Lo habrían fusilado?

—¡Si esas zorras hipócritas no hubieran estado en el puerto ese día, nada de esto habría ocurrido! —dijo Juana entre sollozos—. Fueron ellas quienes hicieron estallar a todo el mundo con sus falsas bendiciones.

El gesto en el rostro de papá me asustó. Sus pupilas se dilataron como las de un loco.

Teresa lo agarró por los hombros.

—¡Solo es un rumor, José! Y no hemos oído otra cosa que mentiras durante toda la semana. Arriesgamos nuestras vidas creyendo que todo el país estaba con nosotros. ¡Estupideces! ¡Es probable que esto sea otro truco para que volvamos a las calles! ¿Por qué iban a fusilar a unos soldados a los que acababan de transportar a Marruecos? ¡Si parece que necesitan a todos los que puedan conseguir!

La lógica de Teresa calmó a papá. Se levantó y se alisó la ropa. Si mi padre no hubiera recibido ningún otro golpe ese día, tal vez hubiera ido tranquilamente hasta su trabajo en la fábrica y la vida normal se habría reanudado. Pero entonces llegó Laieta con otra mala noticia.

—Ese maldito Santiago —dijo—. Se está burlando de nosotros. Va a hacer desfilar al regimiento de infantería Saboya hasta el embarcadero y lo va a despachar a Marruecos, como hizo con el batallón de Anastasio.

Papá no volvió a la fábrica ese día. Decidió unirse a la multitud que observaba en silencio mientras el regimiento de infantería Saboya desfilaba Ramblas abajo con una guardia de soldados y policías a caballo. Habíamos arriesgado nuestras vidas y habíamos pasado hambre para dejar clara nuestra oposición a la guerra. ¿Quién haría suya ahora nuestra causa? ¿Teníamos a alguien que nos representara en las Cortes? Los líderes radicales y los republicanos no habían estado dispuestos a llevarnos a la revolución; se habían preocupado más de proteger sus propias ambiciones políticas. La única acción que teníamos a nuestro alcance —hacer huelga y rebelarnos— había fracasado. Los pasos de los soldados que desfilaban marcaban lo evidente: éramos los oprimidos y siempre lo seríamos.

Ramón me subió a una carreta estacionada para que pudiera ver mejor. Me volví hacia mi padre y me encogí al darme cuenta de que la mirada de loco había vuelto a sus ojos.

A pesar del número abrumador de integrantes de la escolta policial, hizo bocina con las manos en la boca y gritó a los soldados:

—¡Estáis dejando que os lleven al matadero!

Nadie en la multitud dijo nada. Nadie secundó su grito. Pero papá no iba a parar. Se abrió paso a empujones entre los espectadores y se metió en medio del batallón.

—¡Negaos! —gritó—. ¡Vais a vuestra muerte!

Los soldados siguieron desfilando, indiferentes a las súplicas de mi padre, que agarró por el hombro a uno de los hombres.

—Joven, ¿no es tu vida tan valiosa como la de cualquiera?

La cara del soldado permaneció imperturbable mientras apartaba a papá de un empujón con la culata de su fusil. Sentí que lo hizo más por la propia seguridad de

papá que por ira. Los guardias tenían órdenes de arrestar a los revoltosos.

Teresa se abrió paso entre la gente para llegar hasta papá.

—¡José! ¡José! —lo llamó.

Ramón también intentó pasar, pero la multitud era muy densa. Supe que tenía que llegar hasta papá. Tenía que traerlo de vuelta.

Me bajé de un salto de la carreta y luché entre el mar de piernas, aprovechando mi estatura. Un soldado chocó conmigo y caí hacia atrás.

—¡Papá!

Lo vi corriendo delante de mí.

—¡No vayáis! ¡No vayáis! —gritaba a los soldados.

Un policía lo agarró y lo lanzó contra una muchedumbre de mujeres que presenciaban aquel desfile. Las mujeres intentaron sujetarlo, pero él forcejeó y se zafó.

Me levanté con gran dificultad.

—¡Papá! ¡Papá!

Las piernas me temblaban bajo el cuerpo.

Estaba más cerca.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar hasta donde estaba, papá agarró las riendas de un caballo en el que iba montado un guardia. El animal relinchó y brincó hacia atrás asustado. El guardia sacó su revólver y apuntó a papá.

—¡Vete, cerdo!

—¡Papá! —intenté gritar, pero no me quedaba aire en los pulmones.

—¡Sois una panda de asesinos! —le gritó mi padre al guardia—. ¡Nada más que una vil panda de asesinos!

El guardia intentó apartar a mi padre de una patada, pero él siguió agarrado a las riendas. El caballo se puso en dos patas. Un disparo desgarró el aire. La gente gritó y se echó atrás.

Vi a mi padre agarrarse el cuello y caer de rodillas. Corrí hacia él. Cuando llegué a su lado, estaba tumbado boca arriba. La sangre le salía a borbotones del cuello. Tapé la herida con mi mano y traté de contener la hemorragia, pero podía sentir cómo manaba la sangre.

Una multitud se congregó a nuestro alrededor. No había sido el guardia a caballo el que había disparado el arma, sino un oficial situado unos metros más allá. Recordé las palabras de papá: «Ha traído nuevas tropas, muchas, de Valencia y Zaragoza. Estos soldados no dispararán por encima de nuestras cabezas».

Papá me miró a los ojos. Intentó decir algo, pero las palabras no llegaron. Sus ojos se pusieron vidriosos.

Supe que se había ido.

SEGUNDA PARTE

Paloma

El sábado era el día de más ajeteo en la escuela de *ballet* de *mamie*. Por eso, la noche anterior, solíamos tomar una cena sencilla de ensalada de endibia y arroz al azafrán con piñones y pimientos. «Nuestra cena levántame suavemente», la llamaba *mamie*. Después nos sentábamos en el sofá de la sala de estar, nos dábamos masajes en los pies la una a la otra y veíamos en la televisión *Numéro 1*, el programa de variedades de Maritie y Gilbert Carpentier.

La semana que comencé a asistir a las clases en la «Académie de Flamenco», *mamie* parecía trastornada. Se sentaba con los brazos cruzados y apretaba los labios. Yo tenía la incómoda sensación de que podía haberse enterado de que estaba haciendo algo a sus espaldas. ¿Se había encontrado con Gaby y había descubierto que no fuimos juntas al cine? Hice todo lo posible por aparentar inocencia, mientras dejaba colgar mis piernas cansadas por el brazo del sofá y jugueteaba con el pelo. Joe Dassin cantaba su éxito *L'été indien* delante de un decorado de luces titilantes. Me había puesto a tararear la canción con él cuando *mamie* se levantó y apagó la televisión. Me incorporé sobresaltada. Pero *mamie* no iba a reprenderme por aprender flamenco. Era otra cosa.

—Quiero hablarte de mi familia —dijo frunciendo el entrecejo—. Los Montella.

Me miró fijamente, estudiando mi reacción. Ahí estaba otra vez: «los Montella». ¿Qué era tan importante de esa familia? Me puse las manos en el regazo para hacerle saber que tenía mi atención. *Mamie* se aclaró la voz.

—Tu abuelo me hizo prometer que no te lo contaría nunca... —Vaciló y jugueteó con sus manos.

Sabía que hablar del pasado le resultaba difícil; había mantenido su silencio durante tanto tiempo... Pero no quería detenerla ahora que había encontrado valor.

—Adelante —dije.

Mamie tomó aire.

—Mi hermano Xavier tenía treinta y nueve años cuando las fuerzas de Franco lo ejecutaron —dijo con una calma comedida, como si llevara algún tiempo ensayando aquel comienzo—. Lo había traicionado alguien a quien él amaba, alguien por quien se había sacrificado, pero que se revolvió contra él como un animal salvaje al que uno cree insensatamente que ha domesticado. Tu abuelo y yo tuvimos que huir de España, junto con mi hermana Margarida.

Hizo una pausa para comprobar si sus palabras se entendían. Me resultó difícil sostenerle la mirada. Yo luchaba contra una sensación de vergüenza por mi propio ensimismamiento. ¿Por qué siempre había dado por sentado que *mamie* era hija única, como yo y como mi madre? Nunca se me había pasado por la cabeza que podía

haber tenido hermanos. Me di cuenta de que era porque solo había visto siempre a *mamie* en relación conmigo, como mi abuela, no como una persona que una vez pudo tener padres, hermanos y hermanas y las ambiciones de una chica joven.

Apreté las mandíbulas. Sentí pavor ante lo que pudiera contarme. Pero ¿no había sido yo quien se lo había pedido? ¿No había sido yo quien había suplicado que me contara historias sobre España? No podía hacer otra cosa que asentir para que continuara.

—Pero ese es el final de la historia —dijo *mamie* mientras venía a sentarse a mi lado—. Y debo contártela desde el principio. Pero antes de que pueda hacerlo tengo que contarte otra cosa, algo que va a sorprenderte.

Se frotó las manos y miró la alianza de boda que seguía llevando en el dedo.

—Conchita no es una amiga de la familia —dijo—. Hubo un tiempo en que fue mi cuñada: la esposa de Xavier.

Sentí como si me pegaran un martillazo. Intenté comprender lo que *mamie* acababa de decir. Vi a Conchita tal como la tenía en mi cabeza: una anciana excéntrica y maravillosamente arreglada que me daba caramelos y a la que *mamie* cuidaba. Ahora veía una imagen del todo distinta. ¿Así que el marido español del que nunca se hablaba era el hermano de *mamie*? Eso quería decir que Feliu era sobrino de la *mamie*... ¡Era mi primo! Pensé en él, con su cazadora de aviador de cuero marrón, sentado en silencio con *mamie* ante una taza de café y sin quedarse nunca más de media hora. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza, pero entonces recordé que no me estaba permitido hacerlas. Pero me aseguré de entender bien los hechos.

—Entonces ¿Conchita era la mujer de tu hermano? —pregunté—. ¿Ella era Conchita Montella por matrimonio y tú eras Evelina *Montella* antes de casarte con el *avi*?

Mi abuela asintió y me tocó la rodilla, como si intentara tranquilizarme.

—Para que puedas entenderlo mejor, voy a contarte una historia —dijo—. Trata de algo que parecía normal en la época en que sucedió, pero que no tardó en cobrar una gran trascendencia. Creo que te ayudará a comprender a los Montella y el lugar que ocupábamos en la sociedad catalana.

Corría el año 1927: el cuarto año del gobierno del general Primo de Rivera. El dictador había disuelto el Parlamento español, las Cortes, y había devuelto la prosperidad a España, llenando los bolsillos de las «buenas familias» de Barcelona, entre ellas la mía, los Montella. Era noviembre. Aquellas familias se habían congregado en el Cementerio Viejo con motivo de la festividad de Todos los Santos. El sector del cementerio hacia el que se dirigía nuestro cortejo no formaba parte del plan original del arquitecto de un camposanto igualitario que debía estar dispuesto simétricamente, dividido por amplias avenidas bordeadas de árboles, como una ciudad bien planificada. Pasamos bajo un pórtico arqueado y entramos en un imperio

de mausoleos y criptas neogóticos y neoclásicos, con monumentos creados por escultores famosos. Era allí donde los ricos de Barcelona enterraban a sus muertos.

Miré al grupo. Era la misma colección de caras que veía en todas partes: en la iglesia, en la ópera, en cualquier acto social digno de mención. Eran la élite que controlaba la economía catalana desde hacía casi dos siglos. Mantenían intacta su riqueza por medio del matrimonio endogámico y de la costumbre de un único heredero, para que la fortuna de la familia no se diluyera nunca. Daba la impresión de que todos los que habían acudido allí aquel día estaban a solo un paso de distancia de un Güell, un López o un Girona. Incluso las tumbas llevaban los nombres de las familias que seguían influyendo en Barcelona: los Nadal, los Serra, los Formiguera. Con la excepción de mi familia, por supuesto: los Montella. Nosotros éramos los *nous rics*, los «nuevos ricos», algo que el *pare* esperaba corregir casándome con un hijo de una familia establecida. De una familia cuya fortuna en declive hiciera que me encontraran atractiva no solo por mis encantos juveniles, sino también por mi sustanciosa dote.

El grupo se separó y cada familia se encaminó en dirección a su mausoleo. Me cogí del brazo de mi madre y seguimos al *pare* hasta la parte del cementerio donde se había construido el panteón de la familia Montella. Era tan magnífico como cualquier otro de aquel sector: de mármol de Carrara y cubierto de esculturas de hermosas palomas. Dentro solo había dos ataúdes. Había sido encargada por mi abuelo, Ignasi Montella, que había amasado su fortuna en Puerto Rico. Y ahora descansaba allí con su esposa, Elvira, que había muerto joven y había dejado a mi padre como único hijo.

Mientras el *pare* avanzaba delante, disfrutando de aquel entorno semejante a un parque, mi madre y yo dimos un rodeo para contemplar nuestra escultura preferida. Era una reproducción de la famosa estatua de Federico Fabiani, un ángel alado levantando hacia el cielo el alma de una mujer joven. Había muchas esculturas hermosas en el cementerio, pero aquella ejercía una atracción especial sobre mí: de alguna manera, resultaba reconfortante. Cuando la miraba, no me daba miedo la muerte. Pero ¿qué sabía yo de la muerte? Tenía solo dieciocho años y ni me imaginaba la carnicería que llegaría un tiempo después.

—Disculpe, *senyora* Montella. ¿Puedo hacerle una fotografía a usted y a su hija?

Al volvernos vimos al redactor de sociedad del *Diario de Barcelona*, que nos sonreía por debajo de su retorcido bigote. Antes de que mi madre tuviera la oportunidad de contestar, señaló a su fotógrafo. Mi madre levantó la mano y me tapó la cara.

—Eso es absolutamente imposible —le dijo con firmeza—. Mi hija todavía no ha hecho su presentación en sociedad.

A mi edad ya tenía que haberla hecho. Pero el *pare* decía que tenía que aprender a «hablar sin tartamudear ni balbucear» antes de dar a mi madre permiso para mostrarme en público. Ese era el motivo por el que había accedido finalmente a contratar a Olga. Mi profesora de *ballet* había llegado a nuestra casa la semana

anterior en medio de una nube de perfume Shalimar de Guerlain y con un colgante de Fabergé oscilando en su garganta de cisne. Había sido bailarina en San Petersburgo y había huido de la ciudad durante la Revolución. Había escapado en un barco de vapor rumbo a Suecia. Olga me había llenado ya la cabeza de historias tan románticas que, aunque no se ganara mi confianza, al menos haría que mi vida fuera infinitamente más interesante. Su presencia inspiraba terror y adoración en la gente: una combinación que el *pare* esperaba que me sacara de mi silencio. Si lo conseguiría o no, ni lo sabía ni me importaba. Simplemente era feliz con el *ballet* por fin.

El periodista y su fotógrafo farfullaron sus disculpas y salieron disparados. Y mamá y yo proseguimos nuestro camino hasta la tumba familiar. Cuando mi padre nos oyó acercarnos, se dio la vuelta y levantó las cejas como para preguntar dónde estaban Xavier y Margarida. Me encogí de hombros por toda respuesta. No los había visto desde la puerta de entrada. Eran gemelos y desde niños solían desaparecer para mantener conversaciones privadas o compartir aventuras.

Mi padre acababa de encender las velas en la puerta del mausoleo cuando *donya* Elisa de Figueroa, la suegra de Xavier, vino a saludarnos, acompañada de *donya* Esperanza de Figueroa, la matriarca de la familia Figueroa (noventa años la contemplaban) y de *donya* Josefa Manzano, cuyo esposo era el propietario de una compañía naviera.

—¿Dónde está Xavier? —preguntó *donya* Josefa—. Tengo que felicitarlo. Tocó tan maravillosamente en la velada que organicé la otra noche. Sabía que tenía talento, pero su habilidad... Bueno, es sencillamente sublime. No hay otra palabra. Toca tan bien como cualquier pianista de los que he oído en París o en Viena.

—Mostró talento para la música desde edad muy temprana —dijo mi madre, bajando la vista con humildad pero sonriendo ante el halago.

—¡Vaya! —dijo *donya* Esperanza agitando su mano enojada—. Es más que talento. ¡Es un don!

—También pinta de maravilla —añadió *donya* Elisa—. Es una pena que semejante talento se desperdicie en un hombre. De haber sido una hija, *donya* Rosita, podría haberla casado usted con alguien de la realeza sin tanta reverencia.

Las mujeres se rieron todas la mismo tiempo. Era lo que Margarida habría llamado «risa de dama de sociedad»: un poquito demasiado forzada y un poquito demasiado estridente.

—Me temo que Xavier no tendrá ya mucho tiempo para esas actividades —dijo mi padre mientras bajaba los escalones del mausoleo para saludar a las mujeres—. Vamos a invertir en banca. Necesitaré más que nunca su ayuda en el negocio el año que viene.

Donya Josefa asintió dando su aprobación a la política de diversificación de mi padre. De las mujeres, era la que más entendía del mundo de los negocios porque había ayudado a su marido a construir su empresa desde abajo. Yo la había oído decir a Xavier en una ocasión: «Si tu padre no hubiera cogido la fortuna de Ignasi Montella

y la hubiera invertido en tejidos, minas de hierro y maquinaria, habría desaparecido todo cuando España perdió las colonias».

—Sí, supongo que tendrá menos tiempo para actividades artísticas —dijo *donya* Esperanza guiñándole un ojo a mi madre—. Los recién casados suelen estar siempre muy ocupados... Y estamos tan deseosos de oír unos pasitos de niño...

—Y aquí llega la bella novia con su padre —dijo el *pare* señalando con la cabeza hacia el sendero.

Todos nos volvimos para ver a Conchita, que se acercaba acompañada de don Carles de Figuroa. El sol de la última hora de la mañana relucía en su brillante cabello negro y en su piel de porcelana. Se entendía por qué muchos la consideraban la mujer más bella de Barcelona. También tenía clase. Mientras que las demás esposas de la alta sociedad de su edad seguían vistiéndose en las casas de Vionnet y Patou, ella había descubierto a la *couturière* Coco Chanel. Conchita iba increíblemente elegante con su vestido de punto de lana de «pobreza de lujo».

—Tan sencillo, tan elegante..., tan francés —dijo *donya* Josefa admirando el corte del vestido.

Don Carles y el *pare* se apartaron del grupo y no tardaron en mantener una animada conversación.

—¿De qué están hablando? —preguntó *donya* Josefa.

—De las exigencias de los trabajadores, por desgracia —dijo mi madre.

Donya Esperanza negó con la cabeza.

—Nunca me olvidaré de aquellos terribles momentos de 1909, ni de aquellos infieles que quemaban las iglesias.

Donya Elisa se puso la mano en el corazón.

—Me aterraban las turbas que gritaban por las calles: «¡O todos o ninguno!»». ¡Era absurdo! Si hubiéramos enviado a nuestros hijos a Cuba, ¿quién habría dirigido las fábricas y mantenido los puestos de trabajo? El país se habría venido abajo.

Mi madre se estremeció al evocar aquel mal recuerdo.

—Yo no llegué a ir al embarcadero cuando comenzaron los disturbios. Evelina era solo una niña de pecho y tenía una fiebre terrible. Envié a mi doncella y a mi ama de llaves a dar nuestro apoyo a aquellos jóvenes valientes..., pero ellos arrojaron las medallas al agua y profirieron horribles insultos contra mis sirvientas.

—Sí, lo recuerdo —dijo *donya* Esperanza—. Una de esas mujeres tan brutas derribó de un empujón a la pobre Maria Parreño. Sufrió una gran conmoción.

—Me fastidia lo que escriben en sus periódicos «obreros» sobre nuestros esposos y nuestras familias —dijo mi madre—. Como si fuéramos monstruos. Pero cuando un hombre de una de nuestras fábricas resultó gravemente herido, Leopold y Xavier fueron los primeros que se pusieron en la fila para donar su sangre para una transfusión. Además, ¿quién piensan que está financiando la construcción de la Sagrada Familia, los parques, las escuelas de beneficencia y otras obras públicas?

—No lo entienden —dijo *donya* Elisa—. Si les diéramos todo nuestro dinero, en

una semana se lo habrían gastado en juego, bebida y putas. No saben manejar la riqueza mejor de lo que saben comer como es debido con cuchillo y tenedor. No comprenden la responsabilidad que tenemos... Le aseguro que si se la entregáramos a ellos, no la querrían.

—Los socialistas dicen que los trabajadores deben dirigir las fábricas —apuntó *donya Josefa*—. Dígame, ¿le va mejor a Rusia ahora que los trabajadores dirigen las fábricas y la chusma se ha apoderado del palacio del zar?

Donya Esperanza se rio.

—Bueno, como mi difunto esposo solía decir: «¡Hoy en día, hasta los gatos quieren zapatos!».

Conchita, que no tenía cabeza para la política, contuvo un bostezo y se inclinó hacia mí.

—¿Qué te parece el vestido de la *senyoreta* Dalmau? —preguntó al tiempo que hacía una seña con la cabeza en dirección a la tumba de la familia Dalmau, donde la hija menor de la familia estaba de pie en los escalones con su hermano. La *senyoreta* Dalmau llevaba un vestido de punto estampado. A mí me pareció perfectamente aceptable—. Cabría pensar que con la cantidad de dinero que tiene su familia iría mejor vestida —añadió Conchita—. Ese color aceituna y esas grandes flores hacen que parezca un sofá.

Sentí vergüenza ajena ante la maldad de mi cuñada. Conchita no parecía tan bella cuando chismorreaba sobre otras personas. Yo sabía que cuando no las oíamos, ella y sus hermanas decían probablemente las mismas cosas de Margarida. Aunque mi madre seguía controlando lo que yo me ponía, había perdido la batalla con mi hermana, que prefería el *tweed* inglés antes que cualquier cosa que le ofrecieran los modistos parisinos.

—Pero, mamá, tú siempre dices que la ropa es la armadura de la mujer —le decía Margarida a nuestra madre con una sonrisa maliciosa—. Entonces, ¿por qué no voy a ponerme tejidos resistentes en vez de algo que se rasgará con la más ligera de las brisas?

Con sus 180 centímetros de estatura, Margarida nunca iba a ser una belleza menudita, así que había desarrollado un estilo propio. Y aunque tenía algo de muchachote, su cabello castaño dorado y sus ojos vivaces le daban cierto atractivo. Al ver que no había tenido un público entusiasta para su comentario sobre la ropa, Conchita cambió de tema.

—¿Dónde está Xavier? No lo he visto desde que llegamos.

—Iré a buscarlo —le dije, contenta de tener un motivo para ausentarme.

Tardé un poco en descubrir que Xavier y Margarida no estaban visitando las criptas de las otras familias. Mi búsqueda se retrasó al tener que pararme a saludar a las personas que me hacían una seña con la mano al pasar. En mi fuero interno sentía vergüenza cada vez que una de las madres me observaba y luego miraba a su hijo, evaluándome como posible nuera.

—Qué chica tan atractiva y elegante —oí que le decía la *senyora* Almirall a la *senyora* Calvet—. Pero tan tímida. No tienes más que saludar a Evelina Montella para que se ponga colorada como un tomate. Tal vez habría aprendido a hablar más si hubiera tenido una hermana menos charlatana.

Volví de prisa por el pórtico al sector interior del cementerio para escaparme de mis obligaciones sociales. Aunque era verdad que Margarida, que confiaba ciegamente en sí misma, podía mantener con la misma facilidad una conversación con un barrendero que con un miembro de la nobleza, ella no era la razón de mi timidez. Nadie sabía la razón de que fuera tan tímida, ni siquiera yo. Y Margarida era la única persona en quien podía confiar. Si le hubiera dicho a mi madre que estar en una habitación abarrotada hacía que el corazón me latiera tan fuerte que no podía respirar, se habría preocupado. Y eso lo habría empeorado todo. Margarida, en cambio, se limitó a decirme que imaginara que todos los que estaban a mi alrededor eran chimpancés. Aunque no hacía que las cosas me resultaran más fáciles, al menos me hacía reír.

El interior del cementerio, donde ahora me encontraba, estaba compuesto por bloques de nichos, de varias hileras de altura, en los que se colocaban los ataúdes. Había tumbas en medio del espacio y unos pocos monumentos. Eran sobre todo las familias de clase media las que enterraban aquí a sus muertos, aunque también descansaban los restos de algunos de los aristócratas más antiguos de Barcelona, que habían fallecido antes de que se construyera el nuevo sector o que lo habían considerado demasiado llamativo para su gusto. Sentí un escalofrío cuando recordé lo que Margarida me había dicho un día: si la familia del fallecido no podía hacer frente a los pagos del alquiler del nicho, arrojaban los restos de su ser querido a la fosa común.

—¡Eso es cruel! —exclamé—. ¡Los muertos deben descansar en paz!

—Esa es la realidad para la mayoría de la gente en España —replicó Margarida—. Abre los ojos, Evelina. No todo el mundo vive como nosotros.

Algunas familias se valían de escaleras de mano para subir a los nichos de la parte de arriba y poder poner flores delante. Pasé junto a una mujer joven vestida de negro que estaba de rodillas ante un nicho. Lloraba desconsoladamente, y su dolor era tan palpable que hizo que a mí también se me saltaran las lágrimas. Entonces vi una fotografía de un niño delante del nicho y comprendí.

Mi mente volvió al cortejo del que había formado parte esa mañana con las otras «buenas familias» de Barcelona. Con nuestras ropas caras y nuestra buena educación, debíamos haber vivido la vida hasta los niveles más plenos y más profundos. ¿Por qué, entonces, estas personas, que tenían menos dinero y más problemas, parecían más reales?

¿Estaba empezando a pensar como Margarida? Para ser una mujer española, además catalana, Margarida tenía ideas progresistas acerca de la sociedad. Recuerdo aquella vez que una sirvienta encontró bajo su cama un ejemplar de *La condición*

social de la mujer en España, de la feminista y librepensadora Margarita Nelken. Margarida no defendía el amor libre, como hacían otras feministas, pero sí creía en la libertad del espíritu y en el derecho de las mujeres a promover su talento y sus capacidades sin la censura de los hombres. Pero, en nuestra casa, la literatura que propugnaba la igualdad de cualquier clase (entre ricos y pobres, amos y esclavos, hombres y mujeres, seres humanos y animales) era equiparable a darse a la pornografía. Y no es que el *pare* fuera cruel, sino que era absolutamente paternal. Creía de verdad que su familia y sus trabajadores por igual no tenían más opción que obedecerle.

—¿Qué tienes que objetar respecto a Nelken? —le había preguntado Margarida—. ¿Que es una mujer sumamente culta... o que es judía?

Si yo le hubiera hablado así, el *pare* seguro que me habría pegado una bofetada. Pero la absoluta seguridad en sí misma de Margarida sacaba de quicio a mis padres hasta tal punto que ni siquiera mi severo padre tenía la menor idea de cómo meterla en cintura. La habían expulsado por su comportamiento rebelde de todas las escuelas selectas a las que había asistido. En otros tiempos, la opción era enviar a las hijas como Margarida a un convento, pero ni siquiera mis padres eran lo bastante «católicos» para eso.

Una monja sensata de una escuela a la que asistía Margarida les dijo: «Creo que lo único que le pasa a su hija es que es demasiado brillante. Aquí se aburre. Encuentren un modo de orientar sus energías y acabarán teniendo una hija de la que podrán sentirse orgullosos».

—Margarida ha heredado tu agudo intelecto, ese es el problema —le decía a menudo mamá a mi padre.

De hecho, aunque al *pare* le perturbaba tener una hija que no acataba las normas femeninas, para él no había nadie igual que Margarida en lo tocante a inteligencia y comprensión de la política. Captaba los detalles de sus tratos comerciales y sabía interpretar con facilidad los valores y las cifras. Un día le oí lamentarse ante mi madre de que era una pena que su hija tuviera esa cabeza para las sumas mientras su hijo había nacido con dotes para las bellas artes.

—Debería haber sido al revés —decía—. Tendrían que haber cambiado de talento en el útero.

—No deberías consentir tanto a Margarida —le reprendía mi madre—. A veces pienso que quieres que siga siendo soltera para quedártela para ti.

Aunque el hecho de ser tan alta no mejoraba sus perspectivas de matrimonio, la soltería de Margarida era en gran medida obra suya. Su vitalidad atraía a muchos hombres, pero siempre era capaz de saber cuándo alguien estaba mintiendo y no tenía miedo de decírselo. Era una cualidad que a los hombres españoles no les agradaba lo más mínimo. Salvo a Xavier, claro está, pero Xavier era su hermano.

No pude encontrar a Xavier y Margarida en ningún lugar del cementerio y volví sobre mis pasos hasta la entrada. Fue entonces cuando los vi. Estaban de pie en la

zona de la fosa común, con ramos de flores sujetos con firmeza entre sus manos y la cabeza inclinada como si estuvieran en oración.

No me gustaba aquel sector del cementerio. Generalmente lo evitaba. No había allí esculturas de ángeles ni palomas blancas, solo una fosa en la que se colocaban los ataúdes uno encima de otro, sin letreros ni monumentos, a excepción de la solitaria cruz celta que tenía que ser suficiente para todos los que estaban enterrados. Si a alguien lo enterraban en el cementerio común, como era el caso de la mayoría de los trabajadores en Barcelona, quedaba perdido en el olvido. Sus familiares podían recordarlo, hasta que ellos también terminaban en la fosa común.

Avancé lentamente. Xavier y Margarida estaban de espaldas a mí. Parecían tan absortos en su contemplación que me resistía a molestarlos. Parecían compartir tal armonía de espíritu que a menudo pensaba que nadie podría entenderlos nunca tan bien como ellos se entendían el uno al otro. Me acerqué en silencio.

Xavier le estaba diciendo a Margarida:

—Nunca he olvidado su cara, ¿sabes? Aquella niña hambrienta que vino con los otros a la fábrica el día de la huelga general. A menudo me pregunto que habrá sido de ella... ¿Terminó en esta fosa como tantos otros niños de Barcelona, muertos de hambre o por enfermedades? ¿Arrojada al montón como un desperdicio?

Margarida pegó su mejilla a la de Xavier y susurró algo que no pude oír. Avanzaron juntos y depositaron sus crisantemos blancos en la base de la cruz. Se me puso la carne de gallina y me quedó una sensación incómoda en el estómago.

Xavier retrocedió para alejarse de la cruz y se enderezó. Se dio la vuelta al verme por el rabillo del ojo. La expresión seria de su cara desapareció.

—¡Ah! —dijo—. La bella Evelina ha venido a recogernos. —Cogió a Margarida del brazo—. Vamos, querida hermana —dijo—. Por ahora debemos reunirnos con aquellos cuya ambición de toda la vida es morir siendo la persona más rica del cementerio.

Sonreía, pero en su voz había un dejo de dureza que no había oído antes. Me dominó una sensación de ansiedad. Es como si estuviera teniendo una premonición sobre nuestro siniestro futuro.

La voz de *mamie* se fue apagando, las criptas y las estatuas del cementerio desaparecieron poco a poco de mi mente y me encontré de nuevo en el sofá de la sala de estar. Hasta el relato de *mamie*, nunca me había parado a pensar cómo los ricos y los pobres de una ciudad podían estar divididos tan enormemente, incluso después de la muerte. Pero noté que había algo más que *mamie* quería que entendiera. La miré de manera inquisitiva.

—Quiero que comprendas la rigidez del círculo en el que nos movíamos las «buenas familias» —dijo—. Los catalanes teníamos un sistema de heredero único, lo cual significaba que Xavier heredaría tres cuartas partes de la considerable fortuna de

los Montella a la muerte de mis padres. La cuarta parte restante debía dividirse entre Margarida y yo, a título de dote. En caso de haber tenido un hermano menor, también él habría heredado una parte de aquel cuarto, con la expectativa de que lo utilizaría para forjarse su propia carrera. Xavier era visto como un hombre joven que poseía todas las ventajas: era el hijo primogénito, apuesto, encantador, y se había emparentado por matrimonio con otra familia de la élite. La dote de Conchita había consistido en una cantidad considerable de dinero y propiedades. Tienes que comprender la tremenda responsabilidad que pesaba sobre los hombros de Xavier... y la carga. No era un papel que alguien pudiera abandonar a su antojo. Éramos lo bastante ricos para que pudiera tolerarse el comportamiento «excéntrico» de Margarida, pero que el hereu desacatara abiertamente la tradición o rompiera con la sociedad... podía tener graves consecuencias.

Esperé a que *mamie* siguiera hablando, pero sus ojos comenzaron a cerrarse y me di cuenta de que la narración había tocado a su fin por esa noche. Preparé una infusión de manzanilla y nos la tomamos en la cocina, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Cuando me metí en la cama, no pude dormir. Me quedé acostada con la luz de la cabecera encendida, mirando al techo. Memorice cada uno de los detalles del relato de *mamie*. De modo que su familia era rica antes de la Guerra Civil. Siempre había atribuido su porte elegante a su formación en *ballet*, pero ahora comprendía mejor sus orígenes. Pensé en Margarida y en Xavier. Encontraba algo muy atractivo en mis tíos abuelos. Y me entristecía pensar que nunca los conocería. Xavier era un pianista de talento, como mi padre.

De pronto me acordé de la cinta de casete que Audrey me había entregado. Me bajé de la cama y la saqué del cajón, con la esperanza de que mi padre no hubiera hecho nada tan inquietante como grabar en ella un mensaje de voz. Metí la cinta en mi reproductor: solo era música, descubrí con alivio. Mi padre tocaba una pieza que reconocí, pero cuyo título no recordaba. Miré la etiqueta pegada a la cinta: «El Corpus Christi en Sevilla», de Isaac Albéniz. Pensé que era una pequeña ironía, teniendo en cuenta el relato de *mamie* de esa noche, que la obra fuera de un compositor español cuya música podía haber tocado Xavier.

Volví a meterme en la cama y traté de no pensar en el mensaje que mi padre intentaba transmitirme. En cambio, imaginé que era Xavier quien tocaba para mí. La atmósfera de la obra cambiaba radicalmente, pasando de lúgubre a ampulosa, de sosegada a *fortissimo*. Era una pieza larga que exigía fuerza y flexibilidad de las manos. Mientras escuchaba, pensé en cómo *mamie* no había dicho nada de qué había sido de Margarida. ¿La habían matado también en la guerra o se había exiliado en alguna parte, como *mamie*? ¿Tal vez se había quedado en España escondiéndose de Franco? Aquellos pensamientos bailaban en mi cabeza al compás de las frases de *staccato* de la música de Albéniz. Suspiré y apagué la luz. Tendría que esperar la respuesta hasta el momento en que *mamie* estuviera dispuesta a contármela.

Celestina

Después de la muerte de papá, Teresa nos llevó a Ramón y a mí a vivir con ella. Solo tuve tiempo para recuperar los aretes de oro y ocultarlos en mi bolsillo antes de que el casero cerrara con llave el piso que habíamos compartido con papá y Anastasio, y liquidara nuestras escasas pertenencias para compensar el alquiler que no habíamos pagado. Teniendo en cuenta la represión que se impuso sobre Barcelona después del levantamiento, no quería arriesgarse a que lo vieran como simpatizante de los alborotadores. «¡Delatad!», era la consigna que promovían los periódicos de la derecha. La gente la usaba como excusa para denunciar a vecinos y hasta a parientes, contra los cuales tuviera rencillas. Detenían a ciudadanos por los más endebles de los cargos, como haber vendido cerillas y petróleo a los rebeldes o haber dado a los alborotadores indicaciones para llegar a los conventos.

Observé a Teresa mientras ella sacaba tres platos del aparador y los ponía sobre la mesa de la cocina.

—¿Cómo nos encontrará Anastasio cuando vuelva a casa? —le pregunté.

Aunque había visto morir a papá y había sido testigo de cómo bajaban su ataúd barato a la fosa común en el Cementerio Viejo, seguía creyendo que los acontecimientos de las últimas semanas no habían sido reales. Esperaba que en cualquier momento llamaran a la puerta y al abrirla nos encontraríamos a papá y a Anastasio esperando para llevarnos a casa, tal y como nos habían recogido en la Casa del Pueblo todos los días después del trabajo.

No habíamos recibido ninguna carta de Anastasio, pero eso era de esperar. El correo desde Marruecos era lento. Anastasio solo sabía leer y escribir a medias, por lo que tendría que esperar hasta que alguien pudiera escribir por él, algo poco probable en una guerra.

—Juana va a escribir a su marido —dijo Teresa—. Está con Anastasio en Marruecos. Le hará saber que estáis conmigo.

La posición de Teresa tampoco era muy segura. Como dirigente de las Damas Rojas, que además había participado en la quema de los conventos, la podían detener en cualquier momento. Una mañana, cuando creían que todavía estaba durmiendo, oí que Teresa le decía a Ramón:

—Si me pasa algo, vete con tu hermana a la casa de Juana, en la Barceloneta. Ahora apréndete de memoria las señas.

La muerte de papá significaba que Teresa tenía ahora dos bocas más que alimentar. Para aliviar la carga, Ramón y yo intentábamos ayudarla a vender más flores en el mercado. Un día, cuando estábamos al cuidado del puesto mientras Teresa hacía unos recados, a Ramón se le ocurrió una idea ingeniosa.

—Celestina, date una vuelta por el mercado para ver a qué precios están vendiendo las demás los geranios y la lavanda —me ordenó.

Yo no tenía ni idea de lo que pretendía, pero hice lo que me había mandado. Cuando regresé con la información, Ramón bajó nuestros precios de esas mismas flores y subió el precio de partida de las rosas. Era un vendedor astuto. Las otras vendedoras miraban llenas de asombro mientras Ramón atraía a montones de amas de casa y criadas a nuestro puesto, primero llamando su atención al silbar una canción que hablaba de un pájaro que revoloteaba entre las flores, y embaucándolas después con nuestros precios más bajos en las flores normales, para luego cobrarles de más por las rosas doradas.

—Mire el color de estas rosas, *senyora* —decía Ramón ladeando la cabeza y encogiéndose de hombros de una manera encantadora—. ¿Había visto alguna vez algo tan hermoso? Ahora huélaslas. Su fragancia es una mezcla divina de especias exóticas y miel, ¿no es así? Ahora toque los pétalos. Son tan delicados como los párpados de un niño de pecho...

A mí me divertía ver la manera en que Ramón engañaba a las mujeres ricas. Yo odiaba a los ricos: estaba segura de que ellos habían sido la causa de la muerte de papá. Pensé en el dueño de la fábrica, Montella, a quien había visto el primer día de la huelga general, así como en su esposa, vestida de forma extravagante. No me importaba ya que fueran los padres de aquella niña tan guapa, Evelina. Me juré que un día, cuando fuera mayor, encontraría una manera de vengar a papá contra personas como ellos.

Antes de que terminara la mañana, Ramón y yo habíamos vendido todas las flores de Teresa. Nos sentamos debajo de la mesa y nos sonreímos. ¡Qué contenta se pondría Teresa al ver las ganancias de la jornada!

Cuando Teresa regresó y le contamos lo que habíamos hecho, enarcó las cejas y miró con vergüenza a las otras vendedoras de flores, a las que no habían impresionado las tácticas de venta a precios más bajos de Ramón. Frunció la boca, intentando contener una sonrisa.

—¡No deberías haberlos dejado solos en el puesto! —le reconvino Delfina a Teresa.

Otras floristas secundaron sus quejas.

Teresa se echó a reír.

—¿Acaso puedo evitar que sean más listos que todas vosotras?

Una noche, después de haber estado un rato con Teresa, soñé que vagaba por un lugar donde colosales montañas de piedra caliza se elevaban desde el mar. Entre las montañas había valles por los que corrían ríos torrenciales. Al darme la vuelta vi que Anastasio me saludaba con la mano desde una ladera arbolada. Abrió la boca y me habló. Pero no pude entender lo que me decía.

Cuando desperté tenía una sensación extraña. No estaba segura de si el lugar que había visto en el sueño era un producto de mi imaginación o si mi alma había abandonado misteriosamente mi cuerpo y había estado de verdad con Anastasio en el Rif.

Al día siguiente, Juana vino a ver a Teresa al mercado. De sus miradas sombrías pude deducir que su conversación era seria. Hablaron durante un buen rato. Cuando Juana se fue, Teresa regresó al puesto pálida y alterada. Cometió varios errores en sus cálculos, algo que jamás sucedía. Por la noche, cuando Ramón y yo estábamos acostados en nuestra cama juntos, le pregunté de qué pensaba él que Juana y Teresa habían estado hablando. Di un respingo cuando mi hermano pegó un puñetazo en el colchón.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Juana le dio una carta a Teresa —dijo—. Vi que se la guardaba en el bolsillo. Apuesto que era de Antoni. Pensaba que nos la leería durante la cena, pero no lo ha hecho. ¿Por qué? ¡Tiene que traer malas noticias sobre Anastasio!

La idea de que algo pudiera haberle sucedido a Anastasio no me entraba en la cabeza. Tenía que haber otra explicación de por qué Teresa no compartía el contenido de la carta.

—¿Sabes dónde puso la carta? —le pregunté.

Ramón asintió.

—Por la rendija de la puerta, vi que la estaba leyendo en su dormitorio. No pude verle la cara, pero vi que la escondía en el cajón de arriba de su tocador.

Los días siguientes fueron angustiosos. Ramón y yo esperábamos la oportunidad de entrar a hurtadillas en la habitación de Teresa y leer la carta. Tuvimos que aguardar hasta el miércoles, cuando, como de costumbre, nos dejó en casa mientras ella iba a la cooperativa de alimentos clandestina que habían creado las Damas Rojas lejos de la Casa del Pueblo. En ocasiones, Teresa utilizaba la cooperativa como una oportunidad para ponerse al día de las noticias sobre la represión, pero casi nunca se quedaba allí demasiado tiempo por el peligro que suponía. Miramos desde la ventana mientras desaparecía calle abajo con una cesta de mimbre bajo el brazo. Ramón y yo corrimos a su habitación, pero para nuestra consternación el cajón de arriba del tocador estaba cerrado con llave.

—Será mejor que encontremos la llave —dijo Ramón, palpando detrás del tocador.

—¿Y si se la ha llevado con ella? —pregunté.

Ramón me miró fijamente.

—Ni siquiera dos huérfanos como nosotros podrían tener tan mala suerte —dijo antes de continuar con su búsqueda.

Teníamos que encontrar la llave deprisa. La cooperativa de alimentos no estaba lejos. Busqué por la habitación. ¿Dónde podría estar? El único mobiliario además del tocador era una cama con cuatro columnas y un colchón hundido, un lavamanos con

una jarra de metal y un escabel. Algo me impulsó a mirar detrás de las cortinas. No me lo podía creer cuando vi una llave en el alféizar de la ventana.

—Debe de ser esta —le dije a Ramón.

Probó la llave en la cerradura y giró. El cajón se abrió cuando tiró de él. Sufrí lo indecible mientras él sacaba la carta manchada de barro. Tenía razón: era de Antoni.

—¡Léela en voz alta! —le rogué.

Ramón arrugó la frente mientras leía el relato que Antoni hacía de lo difícil que era la vida para los soldados españoles en Marruecos: cómo nunca sabían con certeza dónde estaba el enemigo hasta que era demasiado tarde; cómo los nativos eran avezados combatientes guerrilleros que podían sobrevivir a base de alimentos locales sin tener que cargar a cuestas con los suministros; dormían entre los árboles, evitando así la necesidad de levantar campamentos. «Ni la artillería, ni la caballería, ni las cargas a la bayoneta funcionan contra ellos. Y estas son las únicas estrategias que nuestros oficiales conocen...».

Ramón se detuvo un momento y después reanudó la lectura:

He logrado encontrar por fin información sobre Anastasio Sánchez, como me pedías. Aunque ha llegado hasta mí a través de múltiples fuentes, como una cadena de cotilleos, y a pesar de que a su familia no se le haya enviado notificación oficial, me parece verosímil. El joven recluta murió solo unos días después de su llegada a Melilla. Lo enviaron como parte de una expedición a una montaña donde los nativos disparaban contra las tropas que intentaban avanzar. Sin conocimiento alguno ni mapas fiables de la región, sus oficiales llevaron a los hombres derechos a una emboscada. Sánchez fue uno de los pocos supervivientes que rescataron, pero solo duró un día en el hospital de campaña antes de sucumbir a sus heridas. El sacerdote que administró la extremaunción al joven dijo que había muerto con los nombres de su hermano y su hermana en los labios. Esto, querida mía, es todo lo que puedo contarte...

El tiempo pareció detenerse. Pude sentir que la sangre me bullía en los oídos. Mi mirada pasó de la carta a la cara de Ramón. Volvió a leer de nuevo aquella parte con desesperación, como si se hubiera saltado algo, como si tuviera que haber algún error.

Oímos un ruido. Al volvernos vimos a Teresa en la puerta. Vio la carta en la mano de Ramón y la expresión de nuestras caras. Dejó caer la cesta. Alubias y cebollas se desparramaron por el suelo. Yo esperaba que nos regañara por fisgonear en su habitación, pero se echó a llorar, corrió hacia nosotros y nos estrechó entre sus brazos.

—No sabía cómo contároslo —dijo—. ¡Habéis soportado ya demasiado!

Ramón y yo nos miramos. Aquella terrible verdad no podía negarse: nuestro querido hermano había muerto. No teníamos familia. Solo quedábamos nosotros dos.

Evelina

Queridísima Margarida:

Después de decenios de silencio, el pasado es como un nuevo retoño que se abre paso con determinación hacia la luz en la tierra agrietada y reseca. No sé en qué árbol se convertirá este retoño ni qué fruto nos dará a Paloma y a mí: ¿de sabor dulce y nutritivo, o amargo y tóxico? Pero sé que ahora que he comenzado mi historia debo continuar. He hecho regresar a los muertos y no puedo dejarlos vulnerables y sin final.

Al principio pensé que podría contárselo todo a Paloma y no mencionarte a ti. He descubierto que eso es imposible, mi querida hermana, pues no solo eres la gemela de Xavier, sino que también formas parte de mi alma. Aunque aquí los exiliados españoles se hallan en un estado de gran excitación ante la perspectiva de que Juan Carlos comience el proceso de transformación de España en una monarquía constitucional, ¿quién puede confiar en él? Lo hemos visto todo, ¿no es así? ¡Monarquías, repúblicas, dictadores benevolentes y monstruos! No, Margarida, no voy a revelar tu paradero, ni siquiera a Paloma, a la que quiero y en la que confío.

Ha habido muchas ocasiones en que te he echado tanto de menos que he anhelado huir de este lugar y estar contigo, pero mi hija y mi nieta me necesitaban. Sé que un día nos reuniremos de nuevo... Y entonces, querida hermana, ¡qué reencuentro tendremos!

Celestina

Después de enterarnos de la muerte de Anastasio, a menudo me despertaba en plena noche y veía que Ramón no estaba a mi lado. Me sentaba en la cama, con el corazón agitado y la cabeza a punto de estallar de terror. ¡Ramón no podía dejarme! Solo cuando lo veía por la ventana abierta, sentado en el tejado del vecino, bañado en la luz fantasmagórica de la luna, recobraba la calma.

Llevaba siempre los aretes de oro de mi madre en el bolsillo, como un talismán, pero me encogía cada vez que los tocaba. La leyenda que los rodeaba me asustaba, pero al haber perdido a todos menos a Ramón, eran lo único que me quedaba de mi familia.

A veces me preguntaba si estaba condenada a perder a todos aquellos a los que amaba, y si tal vez no sería mejor para mí no amar a nadie.

Una mañana a principios de septiembre, cuando el sol estaba oculto detrás de las nubes y la temperatura alcanzaba el máximo mucho antes del mediodía, mis peores pesadillas se hicieron realidad. Ramón y yo estábamos ayudando a Teresa a exponer las flores de ese día en su puesto del mercado y la opresiva humedad hacía que el sudor nos escociera en los ojos y nos cayera por la espalda.

—Venid aquí —dijo Teresa, apuntándonos con su vaporizador de plantas.

Ramón y yo cerramos los ojos y abrimos los brazos, y Teresa nos roció de la cabeza a los pies con el mismo cariño con que lo hubiera hecho con sus flores más valiosas. El alivio fue mágico. Comenzamos a reír tontamente. Era la primera vez que nos reíamos en mucho tiempo.

Teresa también se rio. Se detuvo bruscamente. El bullicio y los gritos habituales del mercado de flores se callaron con ella.

Abrí los ojos y me volví hacia donde Teresa estaba mirando. Dos policías se dirigían hacia nosotros entre los puestos. Una sensación de asco me revolvió el estómago. Habíamos visto a muchos policías en la calle desde la semana del levantamiento, pero había algo amenazador en esos dos. Cada una de las floristas exhaló un suspiro de alivio cuando los policías pasaron de largo ante ellas. Se detuvieron delante de nuestro puesto y observaron a Teresa. Mis pies comenzaron a moverse, como si mi cuerpo me dijera que echara a correr, pero ¿adónde iba a ir? Teresa se quedó clavada donde estaba, con las manos enlazadas delante de ella.

—¿Teresa Flores García? —preguntó uno de los policías. Era alto, de piel cetrina y ojos del color de las setas.

Ella asintió.

—Enséñame tus papeles.

Teresa buscó dentro de su blusa, sacó sus papeles y se los entregó al policía. Este

desdobló los documentos, los estudió y después se los pasó a su colega, que no se los devolvió a Teresa.

—Por orden del ministro del Interior, tienes que acompañarnos a la comisaría de policía para contestar a unas preguntas —dijo el primer policía.

Teresa se quedó perpleja.

—¿Me están deteniendo? —preguntó—. ¿O me llevan para que les cuente chismes de otra gente? Si es esto último, no tengo nada que declarar.

—Estoy seguro de que tienes razón —respondió el policía, con una sonrisa de condescendencia en la cara—. Pero tienes que venir de todas maneras.

La boca de Teresa tembló, pero enseguida recobró la compostura. Llamó a Delfina y le preguntó si podía cuidar de su puesto durante el resto de la jornada. Delfina asintió. Entonces Teresa nos cogió de las manos. Estaba temblando.

Cuando llegamos a la comisaría, encontramos allí a otros que habían recibido las mismas citaciones: Carme y Pilar, de las Damas Rojas, junto con varios profesores de escuelas racionalistas y otras personas que tenían aspecto de tenderos y contables. Solo había otros tres niños, todos más o menos de la edad de Ramón.

—Núria nos ha denunciado —le dijo Pilar a Teresa— para salvar su pellejo.

Estuvimos esperando durante varias horas bajo el cálido sol en el patio de la comisaría. No interrogaron a nadie. Cuando pedimos agua, un policía salió con una sola taza que compartimos entre todos.

Por fin, a media tarde, vino un sargento de la Guardia Civil. Se atusó el retorcido bigote y se plantó delante de nosotros con los pies separados. Sus ojos de párpados caídos no revelaron ninguna emoción mientras leía con acento de Madrid una breve declaración del gobernador de la provincia de Barcelona:

—En virtud de los poderes que me han sido conferidos por la Ley de Orden Público, resuelvo que usted y sus familiares sean desterrados de la ciudad de Barcelona, y no vuelvan nunca dentro de un radio de doscientos cuarenta y cinco kilómetros. ¡Dios guarde a usted muchos años!

Al silencio anonadado no tardaron en seguirle los gritos de protesta.

—¡No pueden desterrarnos sin juicio! —dijo uno de los profesores pasándose la mano entre el cabello—. ¡Tenemos derecho a probar nuestra inocencia!

—¡Yo ni siquiera estaba en Barcelona para andar quemando iglesias! —dijo una mujer—. ¡Estaba en Málaga, visitando a mis padres!

El sargento se encogió de hombros.

—A la luz de los recientes acontecimientos, todas las garantías constitucionales han quedado suspendidas —respondió con toda naturalidad. Parecía un tendero anunciando a sus clientes que su establecimiento estaría cerrado durante el resto del día, no un funcionario que acababa de condenar a más de cincuenta personas al exilio—. Una unidad de la Guardia Civil llegará en breve para escoltaros a la estación de ferrocarril. Desde allí os llevarán hasta Alcañiz.

Más gritos de protesta y desesperación. Una de las mujeres de más edad se

desmayó.

—¿Dónde está Alcañiz? —preguntó Pilar al hombre que estaba a su lado.

Una mujer joven se dirigió al sargento.

—He dejado a mis hijos al cuidado de una vecina —dijo—. Tengo que volver a recogerlos.

—Eso no será posible —contestó el guardia—. El tren que os llevará a Alcañiz sale dentro de una hora.

La gente gritó. El profesor que había protestado por la falta de justicia arremetió en dirección al sargento, pero el policía alto que había detenido a Teresa lo empujó hacia atrás.

—¡Mi anciana madre está sentada en la cocina, esperando a que yo llegue para darle de comer! —gritó el profesor—. Soy su único hijo. ¿Qué va a ser de ella?

—El aviso decía que nuestros parientes también eran desterrados —gritó Carne—. ¡Tienen que dejar que estas personas vuelvan a recoger a sus familias!

El grupo manifestó a gritos su acuerdo. Su desesperación me producía escalofríos por todo el cuerpo. Pensar en que debían dejar atrás tantas cosas resultaba aterrador: niños que no habían acompañado a sus padres a la comisaría, ancianos, animales, viviendas...

—Tienen que dejarnos al menos sacar nuestro dinero del banco —dijo un hombre con traje oscuro de raya diplomática—. ¿Cómo vamos a alimentarnos?

Sus protestas cayeron en saco roto. Varias personas comenzaron a llorar.

Ramón y yo miramos en dirección a Teresa.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo, abrazándonos y poniendo buena cara—. Estamos juntos. Eso es lo más importante. Un mercado de flores es igual que otro. En cierto modo, es una bendición no poseer demasiadas cosas.

La unidad de la Guardia Civil llegó y el grupo horrorizado fue alineado en fila de a uno. La mujer que había dejado a sus hijos con su vecina apenas podía tenerse en pie.

—Mi marido está en Marruecos —dijo llorando—. ¿Qué va a ser de mis criaturas?

Carne le ofreció su brazo.

El sargento que había hecho el anuncio fue marcando los nombres de las personas y cotejándolos con los documentos que nos habían confiscado. Cuando llegó nuestro turno, nos miró a Ramón y a mí de arriba abajo.

—¿Qué edad tienen? —preguntó a Teresa.

—El niño tiene diez años; la niña, ocho —respondió.

El sargento abrió su libreta y la estudió durante un buen rato. Cuando levantó la vista de nuevo, sonrió. Durante un instante de optimismo pensé que se había cometido un error y que nos iba a dejar marchar.

—Ah, Teresa Flores García —dijo, medio riendo—. Una figura destacada de las Damas Rojas. —Su mirada fue de la apatía a la maldad—. ¿Qué vamos a hacer

contigo ahora? —dijo, y me miró. De pronto me agarró de un brazo y me apartó a un lado de un tirón—. Ella no puede ir. Es demasiado pequeña —dijo.

Varias personas soltaron un grito ahogado.

—¿Qué? —gritó Teresa.

—Los niños de su edad tienen que ser internados en orfanatos —dijo el sargento.

Teresa retrocedió tambaleándose. La cara se le había puesto gris y respiraba con dificultad. Recordé la historia que Teresa le había contado a Paquita sobre lo que les había sucedido a ella y a su hermana en el orfanato. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Todo a mi alrededor se volvió blanco.

—¡No lo diré en serio! —exclamó Carme, que dio un paso adelante—. ¡En la orden no se dice nada de eso!

—No —respondió el sargento—. Soy yo quien ha decidido que el viaje será demasiado duro para esta niña. Mira lo flaca que está.

—A un orfanato no —dijo Teresa, apenas capaz de articular palabra—. Si no puede venir conmigo, tengo una amiga que se quedará con ella.

El sargento enarcó las cejas.

—Oh, ¿y cómo se llama esa amiga?

A pesar del pánico que debía de confundir los pensamientos de Teresa, se dio cuenta de que el guardia intentaba sonsacarla para que revelara el nombre de Juana.

—Maria —dijo, mirándome como para lanzarme una indirecta. Yo sabía que esperaba que entendiera que se refería a Juana—. Te acuerdas de las señas, ¿verdad?

En la confusión, Teresa debió de olvidar que le había dado la dirección de Juana a Ramón, no a mí. Lo único que podía recordar era que Juana vivía en un lugar llamado la Barceloneta.

—Bueno, es igual: no puede irse con tu amiga —dijo el sargento—. ¡Tiene que ir a un orfanato de la iglesia!

Teresa soltó un grito y trató de agarrarlo. Un guardia civil se adelantó y la derribó al suelo golpeándola con la culata de su fusil. Volví a ver la muerte de papá y corrí hacia ella. Ramón me agarró y me mantuvo cerca de él. Podía sentir su corazón latiendo frenéticamente.

El sargento se rio.

—¿De qué tienes miedo, Teresa Flores García? —preguntó—. ¿De que pueda mandarla a uno de los conventos que quemaste? ¡Estoy seguro de que las monjas se alegrarían mucho de verla!

Ramón y yo nos agarramos el uno al otro cuando dos guardias civiles intentaron separarnos. Pero eran mucho más fuertes que nosotros. Un guardia contuvo a Ramón mientras el otro me llevaba a rastras hacia atrás.

—¡Ramón! ¡Ramón! —grité, pataleando frenéticamente.

—¡Te encontraré, Celestina! —me gritó mientras se los llevaban a él y a los demás—. ¡Un día volveré, Celestina! ¡Te encontraré!

Miré horrorizada mientras Ramón y Teresa, junto con los demás, desfilaban calle

abajo a punta de fusil. No dejé de mirarlos hasta que desaparecieron al doblar la esquina. Los dos se volvieron para dirigirme una última y desesperada mirada antes de desaparecer.

Después de aquello me dejaron durante una hora sentada sola, aturdida y con la garganta reseca en el patio. Aunque hacía calor, no podía dejar de temblar.

El sargento volvió a aparecer seguido de un policía joven.

—La niña debería haber sido enviada con su madre —le decía el chico. Comprendí que hablaba de mí y que había dado por sentado que Teresa era mi madre.

—La niña debería haber sido enviada con su madre —repitió el sargento, imitando el acento catalán del policía—. ¡La única razón de que yo esté en Barcelona es porque vosotros sois unos caguetas demasiado blandos con los alborotadores! Ahora llévala con el cura. Él decidirá dónde enviarla.

La cara del policía se ensombreció.

—Vamos —dijo.

Cuando nos habíamos alejado unas cuantas calles de la comisaría, me preguntó:

—¿De verdad sabes dónde vive la amiga de tu madre?

Asentí, aunque no conocía la dirección exacta de Juana.

—¿Necesitas que te lleve allí? —preguntó.

Miré sus ojos amables. Me recordó a Anastasio, aunque no era tan guapo. Debería haber confiado en él: probablemente hubiera encontrado a Juana en la Barceloneta. Pero después de todo lo que había pasado, no confiaba en nadie que vistiera uniforme.

—No está lejos —le dije—. Puedo encontrarla yo sola.

Asintió y torció el gesto.

—¡Ese malnacido! Sé que se ha olvidado de ti en el mismo instante en que hemos salido por la puerta. —Me dio un suave empujoncito con la mano—. ¿De acuerdo? ¿Estás segura de que sabes dónde está?

—No está lejos —lo tranquilicé.

El policía se quedó mirándome hasta que llegué al final de la calle. Cuando doblé la esquina, eché a correr como si me fuera la vida en ello. No pensé en adónde iba, solo quería alejarme de la comisaría de policía lo más rápido posible. Cuando mis piernas se cansaban, me escondía en un portal o debajo de un carro hasta que recuperaba el resuello y estaba lista para moverme de nuevo.

En una calle, me topé con una unidad de la Guardia Civil, así que salté a un patio.

—¡Lárgate! ¡Vete al diablo! —me gritó una mujer desde una ventana.

Salí como pude del jardín y continué calle abajo. Barcelona estaba llena de niños sin hogar. Nadie habría pensado en ayudar a una niña de ocho años más que en recoger a un gato callejero.

Me detuve en una esquina. ¿Sería difícil encontrar la Barceloneta? ¿No estaba en algún lugar cerca del puerto? Apreté el paso calle abajo, pasé junto a un árabe que vendía alfombras de Tabriz llenas de polvo y de un comerciante de especias cuyas

bandejas multicolores de azafrán, orégano y guindillas me hicieron cosquillas en la nariz. Debo de estar yendo en la dirección correcta, pensé. Pero entonces las calles se ensancharon y comencé a pasar junto a obras donde se estaban construyendo magníficos edificios de viviendas. Las grandes habitaciones y las fachadas curvadas eran muy diferentes de los edificios de casas de vecindad apretados y lúgubres del Barri Xinès. Con sus adornos de piedra, cerámica, hierro forjado y vidrieras, parecían más palacios para princesas y caballeros de cuentos de hadas que lugares donde pudieran vivir personas de verdad.

Seguí corriendo, girando en esta dirección y en aquella, desorientándome cuando no me parecía divisar el mar. Había menos casas. Me encontré en un campo donde un rebaño de cabras y una solitaria vaca iban de acá para allá. ¿Qué lugar era aquel? Al otro lado del campo había una construcción que parecía elevarse de la tierra, sobresaliendo por encima de todo lo que la rodeaba.

—¡Oh! —fue lo único que acerté a decir.

Seguí en dirección a la edificación y entendí, por los montones de cemento y arena y por los trabajadores que se movían de un lado a otro en los andamios, que el edificio estaba en fase de construcción. Aunque era todavía un armazón, era de una belleza inquietante y perturbadora. Unas agujas góticas apuntaban hacia el cielo. Las nubes que pasaban sobre ellas me mareaban. El edificio parecía derrumbarse incluso mientras lo estaban construyendo: como una casita de galletas de chocolate deritiéndose al sol. Había un muro de ladrillo que rodeaba la obra, y personas de variada condición daban vueltas a su alrededor. Mujeres elegantes vestidas con abrigos en forma de kimono sobre trajes de etiqueta posaban para hombres provistos de cámaras que apoyaban en trípodes, artistas sentados ante sus caballetes hacían bosquejos de los progresos del edificio; oí a eruditos y estudiantes debatir sobre sus méritos artísticos, culturales y religiosos.

—¿Gaudí es un loco delirante y le han puesto a cargo de este monumento a lo Divino? —le dijo un hombre tocado con bombín a su esposa mientras la ayudaba a subir a su automóvil—. ¿Qué diablos son esas cosas de ahí? ¡Si parecen setas!

Miré hacia donde señalaba el hombre. En efecto, mientras algunas partes de la iglesia se asemejaban a las construcciones góticas tradicionales, otras parecían formas más propias de la naturaleza, sobre todo vegetales.

Entre los turistas con posibles había mendigos. Al verlos sin los miembros que les faltaban y con las cicatrices en sus caras me dieron escalofríos. Parecían veteranos de Cuba, como Amadeu. Pensé en Anastasio y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Había dos policías cerca de la puerta de la obra, moviéndose entre los carros y los camiones que llevaban suministros a los obreros. Retrocedí asustada.

Un chico que llevaba un delantal con bolsillos llenos de tarjetas postales y una cartera sobre el hombro se acercó a los turistas.

—¡La Sagrada Familia! ¡La Catedral de los Pobres! ¡Compre una postal ahora! —gritaba.

¿La Sagrada Familia? Nunca había oído hablar de ella. Pero había caído bajo el hechizo de algo tan enorme como monstruoso.

—Disculpa —le dije al chico—, ¿dónde está la Barceloneta?

Señaló hacia el sur y luego miró mis pies llenos de ampollas.

—Te queda un buen rato.

Le di las gracias y seguí adelante. Pronto oscurecería. Los camiones y los carros comenzaron a salir de la obra mientras los obreros dejaban sus herramientas por ese día y desaparecían dentro de sus casitas provisionales. Los mendigos prepararon hogueras y compartieron a su alrededor la comida y la bebida que habían logrado reunir. La noche cayó a mi alrededor. Después de descansar un poco, decidí que no tenía otra elección que ir en la dirección que el chico había señalado.

No mucho antes de morir, mi madre me había aconsejado que no anduviera por ahí sola de noche. «Ese ambiente no es para ti, Celestina —me había advertido—. La noche es para morbosos y fantasmas, ladrones y asesinos. No para niñas pequeñas». Pero ¿qué elección tenía?

Solo había recorrido un corto trecho cuando comencé a comprender que la ciudad de noche no era la misma que durante el día. Los edificios se convertían en confusos laberintos de piedra gris, las enredaderas se transformaban en tentáculos que intentaban agarrarme, las fachadas que eran probablemente bellas cuando el sol brillaba en ellas ahora proyectaban siniestras sombras a mi alrededor. Las tiendas, que podían haberme dado alguna pista sobre el lugar en el que estaba, tenían las persianas bajadas. Me entró el pánico. Corriendo en esta y aquella dirección, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, me encontré de nuevo en el centro de la ciudad. Pero quienes lo poblaban durante el día —las amas de casa, los tenderos, las monjas y los niños en edad escolar— se habían transformado en gente de la noche. Sentí vergüenza al ver a las mujeres de piel pálida con sus mejillas llenas de colorete holgazaneando en los portales. Sus ojos de belladona escrutaban la calle donde los hombres paseaban o pasaban a poca velocidad en sus coches. Algunos llevaban el sombrero echado hacia abajo, pero otros, más descarados, guiñaban el ojo y se burlaban.

—¡Tú! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Lárgate!

Me volví y vi a dos chicas, tal vez solo un par de años mayores que yo. Me miraban fijamente. Tenían las mejillas pintadas de colorete. Una de ellas llevaba un sombrero flexible, la otra tenía el pelo amontonado en la cabeza y sujeto con una peineta. La piel de las dos era suave, pero todos los músculos de sus cuellos estaban tensos. Parecían tener incluso peor salud que yo.

La chica del sombrero avanzó hacia mí.

—¡Vete al diablo! ¡Este es nuestro territorio!

No tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero olía como a carne en descomposición, igual que Núrria. Corrí hasta un pasadizo. Pasé junto a un grupo de gitanos sentados sobre una manta y jugando a las cartas. Cerca de ellos, había una

mujer con un tocado de cuentas que ofrecía decir la buenaventura a los transeúntes. Me miró sorprendida cuando pasé a toda velocidad a su lado. Me llamó, pero no le hice caso. Me sentía lejos de todo lo que me rodeaba. Lo único que quería hacer era llorar.

Después de unas cuantas vueltas más, me encontré en una calle que pensé que podría ser las Ramblas. Una multitud se movía a lo largo de ella. La música de piano y el olor afrutado del vino salía de los cafés y de los bares. Un amargor humeante flotaba en el aire. Tal vez debería haber pedido ayuda a alguien (a alguno de los hoscos porteros, a la mujer de cuello descarnado que vendía entradas para un espectáculo), pero me daban demasiado miedo todos aquellos extraños. Seguí mi camino. Si encontraba el mercado de flores, podría esperar allí hasta la mañana. Tal vez Delfina u otra florista podía ayudarme. Pero giré por donde no debía y me encontré en un callejón que apestaba a orines y marisco echado a perder. La única iluminación era un haz de luz que procedía de la ventana de un piso superior.

—¡Mira, es una niña!

Escudriñé en la oscuridad y vi las figuras de dos hombres agachados en el suelo. Estaban fumando en pipa algo de olor dulce y empalagoso, no como el tabaco normal. Uno de ellos se levantó y caminó hacia mí. La luz de la ventana le iluminó la cara por un instante. Sus facciones eran delgadas y hundidas, tal como yo imaginaba que sería un demonio necrófago.

—¿Quieres ganar dinero? —preguntó—. Podría ayudarte. A muchos turistas aquí les gustan las niñitas.

Di un paso atrás. El hombre intentó agarrarme.

—¡Déjala en paz! —gruñó una voz ronca de mujer.

Todo pareció quedarse inmóvil. Lo único que podía oír era el sonido fatigoso de mi respiración y el zumbido apenas audible de un automóvil que bajaba por las Ramblas.

El hombre se echó atrás como si se lo mandara una fuerza invisible.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo mientras se agachaba y cogía su pipa de nuevo.

Me di la vuelta para mirar a la figura imprecisa de mi salvadora. Chasqueó la lengua y dijo:

—Ven.

La seguí para salir del callejón y volvimos a las Ramblas. Cuando vi la cara de la mujer con las luces brillantes de los rótulos de los clubes nocturnos, pensé que sufría una alucinación. El lunar en el pliegue de la nariz y la mirada penetrante me resultaban familiares. Era la gitana que había visto en el mercado de flores con Ramón. La mujer que había oído mi deseo de llegar a ser una famosa bailaora de flamenco.

—¿Te has perdido? —preguntó.

Asentí.

—¿Dónde están tus padres?

—Muertos.

—¿Y el resto de tu familia?

—Se han llevado a mi hermano y a Teresa a Alcañiz.

Ella me miró a los ojos durante un buen rato, como si estuviera tramando algo. Sus ojos eran brillantes, pero su piel estaba apergaminada. Era imposible saber su edad. ¿Cuarenta? ¿Setenta años? Pero algo de ella parecía antiguo.

—Eres paya, pero tienes la magia de los gitanos —dijo.

Me tendió su mano y yo la agarré, disfrutando del calor de su piel áspera. No sé muy bien por qué confié en ella. Quizá fue porque hablaba con acento andaluz, como papá. No sabía que al cogerla de la mano estaba a punto de entrar en otro mundo. No sabía que cuando un gitano coge a un niño de la calle, ese niño le pertenece para siempre.

Paloma

Carmen daba las clases particulares en su apartamento de Montparnasse, no en su estudio de baile, donde otra profesora se hacía cargo de las clases de grupo los miércoles por la noche. Mis sentimientos eran una mezcla de expectativa y nerviosismo mientras aparcaba el coche de *mamie* cerca de la Rue Raymond Losserand y me encaminaba a pie hasta la tranquila calle donde estaba el apartamento de Carmen. Esperaba tener la oportunidad de preguntarle por la Rusa después de la clase. Tenía que haber personas en la comunidad del flamenco en París que la hubieran conocido. Tal vez si tenía ocasión de hablar con una de ellas, entendería por qué me había regalado los aretes.

Supe que estaba en el lugar adecuado por el sonido de la guitarra flamenca que salía del interior del edificio. Toqué el timbre del apartamento de la planta baja y unos instantes después Carmen apareció con un vestido flamenco rojo y un chal sobre los hombros.

—Hola, señorita Batton —dijo en español y con una sonrisa.

Me hizo pasar a través del vestíbulo helado hasta el calor de su interior.

Me sorprendió ver las paredes de color carmesí y la mesa de centro de mosaico. El apartamento, aunque pequeño incluso para París, era una visión de esplendor morisco. El suelo estaba cubierto de alfombras de Fez; una mampara de celosía separaba la cocina de la zona habitable. La decoración, junto con los adiantos en macetas de cerámica y el olor a agua de rosas, me hizo sentir como si hubiera pasado de una calle de París a una casba. Había un cartel enmarcado de la Alhambra colgado encima del aparador. Deduje que la familia debía de ser de Granada. Andaluces, como la familia de la Rusa.

—Venga por aquí —dijo Carmen, al tiempo que apartaba una cortina de cuentas.

Me llevó a su estudio, que era el dormitorio principal del apartamento remodelado. Por las puerta-ventanas pude ver un pequeño jardín iluminado por faroles colgados. Los árboles estaban sin hojas por el invierno, pero las sillas de jardín de color azul cobalto hacían que el espacio resultara atractivo. Jaime ya estaba en el estudio, afinando su guitarra. Su mirada intensa lo hacía aún más atractivo. Recordé el revuelo que su aparición había causado entre las mujeres de la clase de flamenco.

El teléfono sonó. Carmen se excusó para contestar la llamada. Jaime levantó la vista y se echó hacia atrás un mechón que le había caído sobre la frente. Tenía los ojos de color chocolate oscuro, con el blanco muy brillante: ojos inquisitivos, atentos.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —me saludó en español.

—*Molt bé* —respondí.

Pareció sorprendido. Me di cuenta de que le había contestado en catalán. Era una de esas cosas que un catalán con ínfulas de superioridad podía hacer para marcar la diferencia. Me ruboricé y traté de ocultar mi bochorno sentándome en una silla y poniéndome los zapatos de flamenco.

—Demasiadas lenguas —dije, intentando atenuar la incomodidad del momento—. También hablo un poco de inglés. A veces quiero hablar en una lengua y me sale otra.

Jaime se puso los dedos en la parte delantera de la cabeza.

—El área de Broca.

—¿Qué?

—Está en el lóbulo frontal. Es el área responsable del lenguaje y de los movimientos motores de la boca.

—Oh, qué interesante. —Sin saber por qué, quizá para compensar mi grosería, me lancé a una explicación de mi historia de aprendizaje de las lenguas—: De niña hablaba catalán y francés, así que no los suelo mezclar, aunque tienen palabras parecidas. El español no lo aprendí en realidad hasta que era una adolescente. Por eso a veces lo mezclo con los otros... Es muy parecido al catalán y al francés. Supongo que porque son lenguas latinas.

Parecía que mi lóbulo frontal estaba fuera de control. ¿Por qué no podía parar de hablar? Recordé que *mamie* me había contado que ella también era muy torpe socialmente a mi edad. ¿Era una maldición familiar? Decidí que lo mejor que podía hacer era cambiar de tema.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre el cerebro? —pregunté.

—Mi padre es médico —respondió.

—¿Está tu familia en París?

—Algunos de ellos, pero mis padres y mis hermanas siguen en Granada. Yo vivo aquí con mi tía.

Me gustaba su voz: profunda y clara.

—Hablas francés muy bien —le dije.

Pareció sobresaltarse.

—Teniendo en cuenta que llegué aquí con trece años —dijo con un dejo de ironía—, ¡espero que así sea!

«¡Cállate, Paloma!», grité en mi fuero interno. Pensé en la mujer rubia de la primera clase de flamenco: ¿por qué cuando la gente se mostraba amable conmigo yo me las ingeniaba para ahuyentarlos?

Pero si Jaime se había ofendido, no lo demostraba. Templó su guitarra y tocó unos cuantos acordes antes de mirarme y sonreír.

—Lo bueno de la música es que no hacen falta palabras. Es un lenguaje que todo el mundo entiende.

Carmen regresó.

—Claro que lo es —dijo mientras se alisaba el vestido—. Así que comencemos,

señorita Batton.

Me sentí aliviada. Al menos cuando bailaba no era tan imbécil.

Carmen se puso enfrente de mí y se levantó la falda para que le viera los pies.

—Bueno, no voy a entrar en todos los pormenores de quién desarrolló el flamenco: los gitanos, los andaluces, los moros, los latinoamericanos... o todos ellos. Pero el estilo que voy a enseñarte se basa en el baile español clásico. Creo que complementará la preciosa elegancia y la desenvoltura que tu formación de *ballet* te ha dado.

Comenzamos repitiendo los pasos que había aprendido en la clase de principiantes. Después Carmen complicó gradualmente los movimientos de pies añadiendo variaciones. Al principio imité cada patrón siguiendo el sonido de su conteo, pero cuando pensó que estaba preparada, hizo una seña con la cabeza a Jaime, que comenzó a tocar lentamente. Sin embargo, poco a poco aumentó la velocidad hasta llegar a un punto en el que no pude ya bailar de forma acompañada.

—Tu ritmo y tu compás son excelentes —dijo Carmen—. Ahora quiero que veas lo que puedes hacer con los brazos. Tal vez hayas oído decir que tradicionalmente había bailarinas a las que se conocía como «bailarinas del cuerpo superior» y otras a las que se conocía por sus movimientos de pies. Era raro encontrar a una bailarina que hiciera las dos cosas extraordinariamente bien. La excepción, por supuesto, fue la Rusa. Por eso fue una leyenda. Era una bailarina completa del máximo nivel. ¡Un genio!

Oír aquel nombre hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Casi podía imaginar que estaba en la habitación conmigo.

Carmen me llevó por una serie de ejercicios en los que mantuve las manos delante del pecho y las hice girar, siguiendo el dedo medio durante varias vueltas y después el meñique.

—Ahora mira esto —dijo haciendo una seña con la cabeza a Jaime.

Comenzó a tocar una pieza alegre y juguetona. Carmen se movió aplicando los patrones de los movimientos de pies que me había enseñado. Después añadió los brazos, enroscándolos y retorciéndolos alrededor de su cuerpo y por encima de la cabeza. La observé llena de asombro. En el *ballet*, la fuerza y la gracia de los brazos eran importantes: formaban parte de la «línea» de una bailarina y prestaban un marco elegante al cuerpo y a los pasos. Pero los brazos de Carmen eran otra cosa. Eran expresivos y musicales y parecían estar interpretando un baile propio, separados del resto de su cuerpo, moviéndose en un compás diferente del de sus pies. La única vez que había visto antes a alguien usar los brazos de una manera tan evocadora fue cuando mamá me llevó a ver la interpretación de Yvette Chauviré en *La muerte del cisne*.

Cuando Carmen terminó su baile, aplaudí. Siempre me emocionaba ver actuar a una bailarina maravillosa, cualquiera que fuera su estilo.

—¡Debe de haber tardado años en aprender a hacer eso! —exclamé.

Carmen se encogió de hombros.

—En mis tiempos nadie recibía clases. Aprendíamos a bailar mirando a nuestras madres y tías. Yo empecé a aprender en cuanto eché a andar. Ahora todo es mucho más profesional. Se hace mucho hincapié en la técnica. Cuando yo crecía, la mayoría de los guitarristas flamencos de España ni siquiera sabían leer la letra de las canciones. Y mucho menos la música. Jaime es el único músico de mi familia que domina los términos musicales.

Para terminar la clase, Carmen me enseñó algunos ejercicios de brazos para practicar en casa. Me alegré al ver que Jaime guardaba su guitarra. Eso quería decir que no había otra alumna después de mí.

Iba a preguntarle a Carmen por la Rusa cuando dijo:

—Espero que se quede a cenar, señorita Batton.

Su invitación me cogió por sorpresa, pero el aroma que venía de la cocina era realmente sugerente. Alguien más debía de estar allí, cocinando.

—Sí, gracias —respondí—. Pero, por favor, llámame Paloma.

—Paloma —dijo ella con una sonrisa—. Es un nombre precioso. Y te va como anillo al dedo.

Cuando entramos en el salón, me sorprendió ver a dos personas sentadas en el sofá. Una de ellas era la anciana de melena pelirroja que ayudaba en la academia de baile. El hombre que estaba a su lado parecía ligeramente más joven.

—Estos son mi madre, Vicenta, a la que ya conoces, y mi tío, Ernesto —dijo Carmen, señalando a la pareja.

Tras darnos la mano, una mujer guapa de algo menos de cuarenta años, de larga melena ensortijada, nariz grande y labios gruesos apareció desde detrás de la mampara de la cocina. Llevaba una pila de platos, que dispuso alrededor de la mesa redonda en la esquina de la habitación.

—Y esta es mi hija, Isabel —dijo Carmen.

—¡Hola! —saludó la mujer con una amplia sonrisa.

Ernesto se levantó para cederme su sitio en el sofá. Me miró entrecerrando los ojos a través de sus gafas de montura negra.

—Ah, Jaime ha traído a una chica guapa —dijo.

Estaba demasiado avergonzada para mirar a Jaime, pero al mismo tiempo me halagaba que Ernesto pensara que podía ser la novia de su sobrino nieto. Esperaba que Carmen o Jaime le corrigieran, pero antes de que nadie pudiera decir algo sonó el timbre de la puerta y Carmen fue a atenderlo. Regresó un instante después con una pareja bien parecida de cuarentones, acompañados por dos niños pequeños con abrigos con capucha.

—Y estos son mi hermana, Mercedes, y su marido, Félix —dijo—. Y sus hijos, Ricardo y Víctor.

La habitación estaba tan llena de gente que comenzaba a parecerse a un ascensor abarrotado.

—La cena está lista. Por favor, venid a la mesa —llamó Isabel.

Aunque había sillas suficientes, yo no sabía muy bien cómo íbamos a encajar todos alrededor de aquella mesa pequeña, pero lo conseguimos. Me estremecí cuando Jaime se sentó deliberadamente a mi lado, pero hice todo lo posible para actuar despreocupadamente.

—Bueno —anunció Carmen a los presentes—, nuestra invitada de esta noche es de origen catalán, así que voy a explicarle cada uno de estos platos.

Por cómo lo dijo, parecía a punto de embarcarse en el relato de un cuento de hadas exótico. Se hizo el silencio. En cambio, levantó la tapa de una gran cacerola y dejó al descubierto un plato de tomates, habas y alcachofas.

—La gente de Barcelona, como tu abuela, Paloma, vive a la orilla del mar y tiene mucho en común con sus vecinos mediterráneos —dijo Carmen—. Pero nosotros los granadinos estamos influidos por los árabes. Nos gustan las especias. —Cogió una cuchara y me indicó que le pasara mi plato. Así lo hice—. Permíteme que te presente... ¡Cazuela de habas!

Los presentes asintieron. Carmen me devolvió el plato y, en vez de seguir sirviendo a los demás, me instó a probarlo. Consciente de que todas las miradas estaban fijadas en mí, cogí un poco con el tenedor. Una combinación de ajo, menta y comino estalló en mi lengua. Pero también había otros sabores más sutiles.

—Puedo distinguir el sabor del azafrán —dije. La deducción suscitó asentimientos de aprobación—. ¿Y pimienta en grano? —Más murmullos—. Y... — todos se inclinaron hacia delante, esperando oír lo que iba a decir— vino blanco. No hay duda de que hay un toque de vino blanco.

—¡Muy bien! —exclamó Mercedes—. Sabe lo que come.

—El vino blanco es mi toque especial —dijo Isabel levantando con orgullo la barbilla—. Nadie lo añade.

—Ah —dijo Ernesto, moviendo su cuidado bigote con una sonrisa—, ¡Paloma nos enseña que todavía hay esperanza para los catalanes!

La cena avanzó en el mismo tono mientras iban sirviendo diversos platos: una deliciosa sopa de almendra, bacalao marinado en naranja y tortilla del Sacromonte, que lamenté haber aceptado cuando Félix reveló que contenía testículos de ternero.

—Los árabes se lo comen todo —dijo.

Jaime no quiso probar las manitas de cerdo, un plato hecho con pies y manos de cerdo guisadas.

—Esto no es para mí —explicó—. Los cerdos son tan inteligentes como los perros y tienen las mismas emociones. Igual que no como perros, tampoco como cerdos.

—¡Jaime se está volviendo americano! —soltó Ernesto.

Su comentario provocó risitas de Mercedes y de Isabel. Jaime me miró y se encogió de hombros.

—No sé por qué siempre dice eso. Nunca he estado en América, aunque me

gustaría ir.

—A mí me pasa lo mismo con el conejo —le confié—. Tuve uno como mascota cuando era niña. Cuando ponían *lapin à la cocotte* en la escuela de *ballet*, no era capaz de comerlo.

Jaime sonrió. Me sentí más cerca de él. Por lo guapo que era, había dado por sentado que sería un engreído. Sin embargo, desprendía una calidez que jamás había encontrado en los hombres franceses. Además, mientras comíamos nuestros codos se tocaban, lo cual, de alguna manera, nos hizo más cómplices. Al principio fue incómodo, pero después nos resultó más divertido cuantas más veces pasaba. En un momento dado golpeé a Jaime cuando tenía el tenedor en la boca y fingió que se había roto un diente. Todos nos echamos a reír, sobre todo yo. No estaba acostumbrada a que la gente estuviera tan animada cuando se sentaba a la mesa para cenar. En París, se supone que hay que hablar en voz baja mientras se come o no hablar en absoluto.

—*Excusez-moi, perdó, perdón, pardon me* —le dije en francés, catalán, español e inglés.

Él se echó a reír. Después de morirme de vergüenza por mi metedura de pata esa misma tarde, me sorprendí a mí misma al ser capaz de restarle importancia.

Cuando se hubieron retirado los platos de la comida principal, Vicenta sacó los postres. La formación en *ballet* me había acostumbrado a comer poco y estaba ya demasiado llena. Pero no quería ofenderla, así que probé uno de sus pastelitos recubiertos de miel.

—Esto está delicioso —le dije—. No sé cómo estáis todos tan delgados.

—Porque —dijo Carmen, al tiempo que se levantaba de la mesa y daba una palmada— después de cenar ¡bailamos!

¿Estaba de broma? Sin embargo, después de que todo el mundo ayudara a recoger la mesa, Jaime y Félix arrimaron los muebles a las paredes. Ernesto comenzó a tocar una canción tradicional acompañándose con una bandurria. Cuando hubo tocado unas cuantas canciones, Jaime cogió su guitarra. Observé llena de asombro cómo Vicenta se levantaba y bailaba. Ejecutó complicados movimientos de pies y bailó con tal energía que comprendí que tenía que aprender sobre el flamenco más de lo que nunca había imaginado. Después de su actuación, los demás bailaron por turnos, incluidos Ricardo y Víctor.

Carmen me hizo una seña cuando todos los demás hubieron actuado.

—Vamos. Intenta hacer lo que has aprendido.

Aunque estaba con personas que llevaban toda la vida bailando flamenco, por alguna razón no me sentía tan competitiva como habitualmente. No sentía la necesidad de eclipsar a todo el mundo. Me conformé con interpretar sin más mis pasos percusivos. La familia de Jaime fue lo bastante generosa para gritar «¡Olé!».

La velada no terminó hasta mucho después de la medianoche, cuando Mercedes recordó que Ricardo y Víctor tenían que ir a la escuela al día siguiente.

—Te acompañaré hasta el coche —me sugirió Jaime.

El aire de la noche era muy frío, sobre todo en contraste con el apartamento de Carmen, pero el cielo estaba despejado.

—Entonces, ¿estás todavía en la escuela de *ballet* o estás en una compañía? —preguntó Jaime.

Su pregunta me cogió desprevenida. Mis músculos se tensaron. Después de aquella velada desenfadada, me había olvidado de en qué «no persona» me había convertido. No era ya estudiante y tampoco formaba parte del *corps de ballet*.

—Enseño y tomo clases adicionales mientras espero la próxima prueba para el *Ballet* de la Ópera de París —contesté.

Jaime emitió un callado silbido.

—¡El *Ballet* de la Ópera! Bueno, eso explica tu alto nivel.

Era halagador que aquello le impresionara, pero me habría sentido mejor si hubiera podido decirle que era una *quadrille* y que estábamos ensayando *La sílfide*.

—¿Y tú? —pregunté, deseosa de desviar la conversación de mí—. ¿Estás en el conservatorio?

Asintió.

—Estoy especializándome en composición y guitarra clásica. Pero he estado fuera varios meses. Tuve que regresar a España para cumplir el servicio militar obligatorio.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros.

—No es mi estilo empuñar un arma, pero, si no hubiera regresado para hacerlo, me habrían declarado desertor. Eso me habría impedido viajar a España con la frecuencia con que lo hago para ver a mis padres y a mis hermanas.

Llegamos al coche y me acordé de que no había tenido la oportunidad de preguntarle por la Rusa.

—Oye —dije—, me interesa saber más sobre la Rusa. Parece que fue una bailarina extraordinaria. ¿Sabes de alguien que la conociera?

Jaime se quedó pensativo.

—Sí, de hecho sí que conozco a alguien —dijo—. Si estás libre el viernes por la noche, puedo llevarte a que lo conozcas. Toca en un club de flamenco de Montmartre.

No sabía qué parte de lo que Jaime había dicho me excitaba más: la idea de hablar con alguien que había conocido a la Rusa o la de volver a verle el viernes por la noche.

—Iré —dije—. ¡Sería estupendo!

Nos despedimos con dos besos en las mejillas, pero tuve la certeza de que Jaime se detuvo un poquito más de lo habitual. Me sentí embriagada por el calor que emanaba de su piel.

Me abrió la puerta del coche y me metí dentro. Tenía que dejar el motor en marcha unos pocos minutos antes de que la calefacción funcionara. Cuando el coche estuvo caliente, cerró la puerta y le dediqué un último gesto de despedida con la

mano antes de separarme del bordillo. Mientras circulaba en dirección al distrito 16, pensé en la velada que había pasado. Antes creía que Gaby tenía la familia más cercana que había conocido, pero nada que ver con la de Jaime. Nunca hasta esta noche había experimentado una energía tan exuberante en una cena. No se podía decir que fueran pobres, pero tampoco parecían ir sobrados. Eso sí, sabían aprovechar lo poco que tenían. El apartamento de Carmen era minúsculo, pero lo había decorado maravillosamente. Nadie trabajaba en una profesión prestigiosa (durante la cena me había enterado de que Isabel era camarera, Félix mecánico y Mercedes una madre dedicada al hogar), pero comer con ellos era como hacerlo en La Coupole. Sabían sacar el máximo partido de sus vidas (se dieran las circunstancias que se dieran) y dedicar toda su energía a ello.

No pude evitar compararlos con mi propia familia, o la falta de ella. Mi madre había sido hija única. Y el hermano de mi padre se había ido a vivir a Nueva York cuando terminó la universidad. Solíamos ver a *mamie* y al abuelo todos los días. Pero los padres de mi padre solo nos visitaban en Navidad y en otras fechas señaladas. Y eso que vivían a las afueras de París. No tuve ni idea de que tenía un primo español hasta que *mamie* me contó que Conchita había estado casada con su hermano.

No supe por qué lo hice, pero en vez de dirigirme a casa giré en dirección a la Avenue de l'Observatoire, en el distrito 5, donde mi padre vivía ahora con Audrey y el hijo de esta, Pierre. Aunque nunca había estado allí, la dirección estaba grabada en mi memoria por todas las veces que la había visto en el remite de las cartas que me había enviado después de su boda con Audrey, aunque jamás había abierto ninguna de ellas.

Mientras conducía, pensé en mi niñez. Al ser hija de unos padres de gran talento, solían tratarme como si fuera adulta. Recordé los almuerzos en Maxim's y en otros restaurantes de *haute-cuisine* donde había comido cosas como codorniz con salsa de trufa y sopa de crema de mejillón, platos que a cualquier otro niño de mi edad le habrían parecido de sabor desagradable. Entonces caí en la cuenta de lo poco que había visto de mi padre desde que ingresé en la Escuela de *Ballet*. Mi madre se había retirado tras quedarse embarazada y se había empeñado en quedarse en casa durante los periodos escolares en vez de ir de gira con mi padre, como antes. Me fascinaba aquella belleza oscura. Me hubiera encantado ser como ella. Pero había heredado el cabello rubio y los ojos castaño dorado de mi padre. Me fascinaba mirar a mi madre vestirse para la noche, ponerse sus guantes de seda y su perfume. Sin embargo, a pesar de mi cercanía con ella, era a mi padre a quien echaba de menos cuando no estaba cerca. Recordé nuestros reencuentros en los aeropuertos y en las estaciones de tren cuando regresaba de una gira. Mamá tenía que sujetarme siempre para que no bajara corriendo peligrosamente las escaleras o apartara a empujones a la gente para verlo. Mi padre se reía y me abrazaba cuando por fin podíamos abrazarnos. «¡Ah, Paloma, en ninguna parte me dan esta bienvenida!», me decía entre risas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y pestañeé unas cuantas veces para poder

concentrarme en la conducción. Estaba enfadada con mi padre, pero seguía echándole de menos, incluso ahora. Me enviaba cintas de casete e intentaba verme, pero no podía hacer nada para cambiar lo que había sucedido. ¡Estaba con otra mujer cuando mi madre y yo más lo necesitábamos!

Llegué y paré en el exterior del edificio de apartamentos neoclásico donde vivía. Miré hacia el segundo piso. Me sorprendió ver que las luces estaban encendidas. ¿Qué estaría haciendo a aquellas horas de la madrugada? Vi los elegantes balcones de hierro forjado y las cornisas de cabeza de león del edificio. Los recuerdos de un viaje en que mi padre me había llevado a Viena cuando tenía siete años se agolparon en mi memoria. Había programado actuar en una serie de conciertos de Navidad en la ciudad. Mamá se había quedado cuidando a mi abuelo, que había cogido una gripe muy fuerte. Mi padre y yo nos registramos en el prestigioso Grand Hotel Wien. Los organizadores nos habían reservado una habitación. Pero cuando el botones llevó nuestras maletas y propuso hacer una reserva para nosotros en el restaurante del hotel, mi padre declinó. «Ya tenemos nuestros planes», explicó. Cuando el botones salió, mi padre me dijo: «Venga. Vamos a ver la auténtica Viena».

Tomamos un taxi hasta Bandgasse, donde mi padre me enseñó el diminuto apartamento en el que había vivido cuando era estudiante, unos años después de la guerra. Comimos sopa y bolas de masa en un café que solía frecuentar con sus amigos.

—Viena tenía un ambiente especial —me explicó—. La Unión Soviética, los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia ocupaban la ciudad. Se decía que Viena estaba llena de espías. Pero yo no prestaba demasiada atención a eso. Mi mente solo pensaba en la música.

Al día siguiente, evitó la limusina que el hotel le había ofrecido y alquiló un viejo Volkswagen para enseñarme la ciudad. Exploramos la Stephansplatz, el palacio de Schönbrunn y comimos *sachertorte* en una cafetería tradicional. Ya entonces mi padre era un famoso concertista de piano y la gente lo reconocía por la calle. Pero a él no le importaba. Se limitaba a devolver sus miradas curiosas con un asentimiento lleno de humildad.

Aquel viaje me había dado el recuerdo más vívido que tenía de mi padre.

Miré de nuevo hacia el edificio. Papá había tenido siempre un sentido innato del estilo, pero nunca le había preocupado la posición social. Que algo costase dos francos o mil no significa nada para él. «Lo que importa es la sensación que un objeto te da», decía siempre. Pero la Avenue de l'Observatoire, cerca del Jardin du Luxembourg, era un lugar en el que se vivía si se tenía dinero. Y la gente tenía que saberlo. Y el segundo piso, con sus balcones en toda la fachada, era la posición más prestigiosa en el edificio. ¿Cuándo se había vuelto tan esnob?

Suspiré. ¿Cómo saberlo? Ya no sabía nada de mi padre: no sabía qué estaba haciendo levantado tan tarde, no sabía en qué piezas estaba trabajando para su próxima actuación, ni siquiera sabía qué tomaba para desayunar. En aquel momento,

era un extraño para mí.

Resistiéndome a las lágrimas que llenaban otra vez mis ojos, volví a poner en marcha el motor y me fui a casa.

Celestina

La vieja gitana escuchó mi relato sobre la muerte de mi madre, de mi padre y de Anastasio, y sobre el destierro al que habían condenado a Ramón y Teresa. Caminamos hacia el campamento gitano del Somorrostro. También le hablé de Juana y de cómo había intentado encontrarla.

El campamento estaba al lado de la playa. Pasamos cerca de un grupo de hombres sentados alrededor de una fogata que bebían algo que olía a cerillas quemadas. El más joven de ellos, un hombre de unos cuarenta años, se levantó al vernos. Estiró sus hombros musculosos y clavó su mirada en mí durante un momento antes de dirigirse a la mujer.

—Francisca, ¿por qué traes a esta paya al campamento? —preguntó con las cejas enarcadas en gesto de alarma.

—Estaba en peligro. La he salvado.

—Muy bien —dijo el hombre, haciendo una mueca y dejando al descubierto una hilera de dientes relucientes—. Ahora devuélvesela a su familia y pide una recompensa.

Francisca meneó la cabeza.

—No tiene familia —respondió—. Ahora me pertenece.

El hombre se pasó la mano por la mandíbula.

—La gente de la ciudad ya piensa que somos ladrones de niños —dijo—. Si la policía se entera de que tenemos a una paya en el campamento, vendrán a por nosotros.

Francisca levantó una mano para calmarlo.

—No hay nada que temer. Los espíritus guardianes me dijeron que la trajera. Con qué fin lo averiguaré mañana. Por ahora lo que tiene que hacer es descansar.

Ignorando la expresión exasperada del hombre y los murmullos de los otros, Francisca me indicó el camino a través del campamento. Era un barrio de barracas formado por viviendas construidas con cualquier cosa que sus ocupantes habían podido rescatar: madera contrachapada, metal ondulado, trozos de lona y cuerda. Hasta había una que tenía una vieja barca de pescador como techo.

La barraca de Francisca estaba en un montículo ligeramente por encima de las otras viviendas. Los goznes chirriaron cuando abrió la puerta, que parecía estar hecha con el tablero de una mesa. Me empujó para que entrara y encendió una lámpara, que después apoyó en un cajón vuelto hacia arriba. A pesar de la pobreza del campamento, el interior de la barraca de Francisca era un baño mágico de color. Alfombras de Jarapa de color magenta en las paredes hacían acogedor el espacio, aunque los muebles improvisados habían sido pintados de color azul celeste. Al lado

de una pequeña hornilla había un aparador torcido sobre el que había dispuestos platos y tarros. Francisca descorrió una cortina que dividía el espacio. Me señaló una cama cubierta con una colcha de ganchillo.

—Acuéstate y descansa —dijo.

Me quité los zapatos y apoyé la cabeza en la almohada de encaje.

Francisca fue al aparador y volvió con un vaso de un líquido de color turbio. Me indicó por señas que debía beberlo. Me dieron arcadas porque sabía a algas marinas y a agua de alcantarilla. Unos segundos más tarde, mi visión se volvió borrosa y me sentí adormilada. Mis ojos estuvieron abiertos solo el tiempo suficiente para ver las patas de conejo que colgaban del pilar de la cama cerca de mi cabeza.

—Para protección —susurró Francisca—. Ahora duérmete.

Todo lo que había vivido me hizo caer enferma, pero Francisca era una enfermera paciente. Era la *chovihani* y *patrinyengri* de los gitanos: su sanadora y hechicera.

—Estás más segura conmigo, pequeña —dijo—. Las autoridades podrían llevarse también a tu amiga Juana. Y la policía no viene al Somorrostro si puede evitarlo.

Después de unas semanas de descanso, comencé a sentirme más fuerte. Acompañaba a Francisca a buscar hierbas y setas. Puede que fuera la ascendencia romaní de mi madre, o tal vez el deseo de pertenecer a algún lugar después de haber perdido a mi familia, pero me adapté a mi vida gitana con la misma naturalidad con que un pez vive en el agua. Francisca y yo éramos bien recibidas en cualquier barraca que se nos antojara visitar: las familias siempre nos invitaban a entrar y compartían su comida con nosotras.

Al principio, aquellos niños gitanos tan llenos de piojos no se fiaban de mí, pero pronto me dejaron participar en sus juegos en la arena ennegrecida por el carbón. Corríamos hacia las olas, gritando con alegría. Luego huíamos cuando avanzaban hacia la costa. Solíamos encontrar residuos procedentes de las fábricas y que las olas depositaban en la playa. En una ocasión descubrimos una cinta transportadora rota. Por turnos nos llevamos unos a otros montados en ella arrastrándola por la playa.

La compañía de otros niños alivió en parte lo mucho que echaba de menos a Ramón, aunque todavía lloraba si pensaba demasiado en mi familia. Ramón había prometido volver a buscarme un día. Hasta entonces, tendría que aprovechar al máximo mi nueva vida: al fin y al cabo, cuidaban de mí. Las mujeres gitanas se entretenían arreglando prendas de vestir viejas para que me quedaran bien o peinando mi cabello, tan lleno de nudos.

Solo Diego, el jefe del clan que había puesto objeciones a mi presencia, seguía viéndome con una mirada de desconfianza.

—¿Y cuál te han dicho los guardianes que será el papel de esta payita? —le preguntó a Francisca cuando llevaba ya unos meses con el clan—. ¿Tejerá cestas como Ángela? ¿O dirá la buenaventura como Micaela?

Aunque el propio Diego era perezoso, no le gustaba que nadie de su clan estuviera sin hacer nada. Hasta a los niños más pequeños se les encomendaban tareas que hacer cada día.

Francisca lo miró a los ojos, algo que ninguna de las otras mujeres gitanas se atrevía a hacer.

—Esta es bailaora. La llevaré a Manuel para que la enseñe.

La cara de Diego tembló. Por la posición privilegiada de Francisca, tenía que plegarse a sus deseos, y daba la impresión de que eso hacía que yo le desagradara más si cabe. Al mismo tiempo, las palabras de Francisca hicieron que recorriera todo mi cuerpo un estremecimiento de excitación. Sentí un cosquilleo en los pies y los dedos de las manos se abrieron y se cerraron involuntariamente como los pétalos de una flor. Francisca se dio cuenta y sonrió. Diego frunció el ceño.

—Nunca será uno de nosotros —dijo—. Así que enséñala a bailar y luego mándala a la ciudad a sacar dinero a esos turistas ignorantes que no conocen nada mejor. Pensarán que una niñita bailando flamenco es algo hermoso.

Los turistas y la gente de la ciudad eran las presas preferidas de los gitanos. No tardé mucho en entender que los romaníes veían a los no gitanos, los payos, como seres inferiores y sucios: no eran lo bastante listos para vivir de su ingenio y eran esclavos de su trabajo. Por ello los gitanos no tenían ningún reparo en separarlos de sus preciosas pesetas o pertenencias. Un día, estando en la fuente con algunas mujeres del campamento, aprendí que sus habilidades «psíquicas» no eran otra cosa que trucos.

—Esto es lo que les hago yo a los payos —dijo Micaela, una joven de dieciséis años que tenía ya cuatro hijos. Fijó la vista en un punto delante de ella y murmuró como si estuviera en trance—: Usted es una buena persona, puedo verlo. Hace mucho por el prójimo. Pero no siempre le tratan bien.

Aurora se echó a reír al tiempo que se alisaba la mata de pelo entrecano con su mano huesuda.

—¡Vaya! Así se hace. Engancharlos diciéndoles lo que quieren oír. Buscarán entre sus recuerdos hasta que encuentren algo que encaje. Entonces te habrás ganado su confianza.

Las mujeres se incitaron unas a otras para compartir sus engaños.

—A los hombres siempre les digo que la «mujer menudita» es su media naranja —dijo entre risitas Estrella, una mujer de mediana edad y bigote aterciopelado—. ¡Hay muchas probabilidades de que relacione lo que le estoy diciendo con alguna que conoce!

—Los mejores son aquellos a los que se les ha muerto la madre hace poco —añadió Micaela—. Nunca les parece que pagan bastante para comunicarse con sus mamás.

Aquellas echadoras de la buena ventura, que salían cada día de nuestro campamento y regresaban con jamones y bolsas de aceitunas, eran chanchulleras y

estafadoras. Pero Francisca era diferente. Hablaba a la gente de su pasado, no solo de su futuro. Y le preocupaba si una persona estaba en el verdadero camino de su alma.

—Tu madre tenía el espíritu del flamenco dentro de ella —me decía—. Y por eso sé que serás bailaora. No pudo usar ese don en su corta vida y te lo transmitió a ti.

En ocasiones, cuando me despertaba por la noche, oía a Francisca caminando por la barraca y hablando en voz alta con sus guías divinos. Creía que todas las cosas, animadas o inanimadas, tenían un espíritu. Si rompía algo, rezaba por el objeto mientras el pegamento se secaba, con la misma sinceridad con que habría rezado por un niño con fiebre o por un hombre con un brazo o una pierna rotos. Cuando se movía por el campamento empujando su carretilla de pócimas curativas, hablaba con ella como podría haberlo hecho el conductor de un carro con su viejo caballo. Antes de comenzar una curación, les susurraba a las hierbas que iba a utilizar. Las veneraba tanto por sus cualidades mágicas como por las medicinales.

La mayoría de sus pacientes se recuperaban, a no ser que fuera un niño de pecho con fiebres tifoideas o disentería. En esos casos, Francisca rezaba por el viaje seguro de su alma al otro mundo. Así que cuando me dijo que estaba destinada a ser bailaora, la creí. Por eso confiaba en ella lo suficiente para enseñarle los aretes de oro.

—Ya sabía yo que tenías magia gitana —dijo tocándolos con veneración—. Pero no debes andar por ahí con ellos en el bolsillo. Por eso atrajiste un peligro tan grave. Tenemos que encontrar un lugar para esconderlos.

Más tarde, me despertó en plena noche y me llevó fuera del campamento, a un parque al lado de la playa. El aire del mar tiraba de mi ropa y hacía que el pelo me golpeará las orejas. Francisca cavó un hoyo cerca de una palmera. Imaginé a mi madre mientras le entregaba los aretes. Francisca los envolvió en su pañuelo y colocó el atado en la tierra. Mientras rellenaba el agujero, contemplé cómo la tierra arenosa caía poco a poco sobre el paquete con la misma solemnidad que si estuviéramos asistiendo al entierro de mi familia.

—Recuerda este parque y este árbol, pequeña —me dijo Francisca—. Los aretes te hablarán cuando llegue el momento de que los recojas.

Tres días después de haber enterrado los aretes de oro, comencé mi adiestramiento en el baile. El «estudio» donde aprendía no era un edificio con tarima de danza, cuatro paredes y un espejo. Era la playa. Mis primeras clases consistieron en estar sentada con Francisca y escuchar las ondulaciones del mar.

—Respira al compás de las olas —me decía—. Porque su ritmo refleja a la perfección tu fuerza vital.

En otras ocasiones, marcaba ritmos sincopados con palmas y hacía ruidos de chasquido con la lengua. Y yo los tenía que seguir. Un día, el frenesí de sus sonidos me superó. Me levanté de un brinco. Sin pensarlo, comencé a clavar los talones y los

pies en la arena al compás de sus palmadas.

—¡Cómo te mueves! —exclamó con una mirada llena de placer.

Unos días más tarde me llevó a conocer a Manuel. Aunque había sido el marido de la difunta hermana menor de Francisca, no lo había visto nunca antes. Me enteré de que eso era porque tocaba la guitarra en los bares del Barri Xinès durante toda la noche y dormía de día.

—Cuando mi hermana estaba viva, solía ganar más dinero —me explicó Francisca de camino a la barraca de Manuel—. Todas sus hermanas bailan, pero sus maridos no dejan que salgan del campamento porque son muy celosos. Sé que Diego le ha insinuado a Manuel que debería llevarte a ti en vez de a ellas para divertir a los turistas. Pero yo tengo otros planes.

Las olas habían arremetido con fuerza aquella mañana, por lo que la barraca de Manuel estaba inundada. Estaba sentado en su cama, tocando la guitarra mientras zapatos, vasijas de agua y diversos objetos más se balanceaban en una marea embarrada a su alrededor.

—¡Manuel! —gritó Francisca cuando vio el desastre—. ¿Por qué no te mudas a un terreno más alto o cavas una zanja de drenaje?

Él se encogió de hombros y levantó su baqueteada guitarra.

—Mientras esta esté conmigo, lo demás no importa.

Nos llevó a una parte del campamento donde las construcciones estaban mejor acabadas. Al lado de una vivienda de adobes, tres mujeres con vestidos de brillantes colores y sus hijos estaban sentadas bajo un dosel de carrizo trenzado. Manuel nos presentó a sus hermanas: Pastora, Juanita y Blanca.

—Ellas le enseñarán a bailar —le dijo a Francisca—. Y si ellas no pueden, es que nadie puede.

No me dieron una clase de baile en el sentido tradicional. Nadie desglosó los pasos ni me explicó la diferencia entre baile grande y baile chico. En cambio, me dijeron que me sentase y mirase el baile de las hermanas de Manuel.

La primera en hacer una demostración de su talento fue la hermana menor, Blanca. Manuel rasgueó su guitarra mientras Pastora y Juanita lo acompañaban dando palmas. Blanca echó hacia atrás su espesa melena y ejecutó unos cuantos giros artísticos con la cola de su vestido. Al principio, la expresión de su cara era seria, pero poco a poco una sonrisa animó sus labios y sus pasos se volvieron más y más ligeros hasta que dio la impresión de estar flotando. Se detuvo bruscamente, con un pie arqueado delante de ella, mirando hacia atrás por encima del hombro. Manuel también dejó de tocar. Las mujeres, sin embargo, continuaron dando palmas. Blanca estrechó su mirada y comenzó a mover los pies de nuevo. Sus movimientos de pies se hicieron cada vez más rápidos, hasta que comenzó a levantar rociadas de arena y sus hermanas se esforzaron para mantener las palmas a la altura de su velocidad. Luego, sin hacerse ninguna señal entre ellas, Blanca y sus hermanas terminaron al mismo tiempo.

Di un grito ahogado de temor, pero nadie me prestó la menor atención. No bailaban para mí.

Juanita, que tenía los ojos dorados como un gato, se levantó y bailó con pasos vivos y rápidos movimientos de brazos. Le siguió Pastora, cuyos brazos rollizos y lorzos de grasa en el estómago no restaban valor a la elegancia de sus giros ni a sus complicados movimientos de manos. De las tres hermanas, era la que tenía una presencia más fuerte y me hizo pensar en un viejo árbol profundamente arraigado en la tierra.

Francisca fue la última en bailar. Cuando lo hizo, el tiempo pareció detenerse. Si su edad le permitía menos agilidad o vitalidad que a las mujeres más jóvenes, no se notó en su actuación. Las líneas de su cara y los mechones grises de su pelo no hacían sino realzar el efecto de su baile. A medida que sus movimientos se hacían cada vez más frenéticos, las venas de su frente sobresalían y los surcos alrededor de su boca se ahondaron. Envejeció ante nuestros ojos, pero al hacerlo se volvió más hermosa y digna. Aunque yo era todavía una niña y no tenía palabras para expresar lo que estaba viendo, comprendí enseguida que el flamenco no tenía que ver con la belleza exterior ni era un arte que aspirase a agradar o entretener.

Esa noche me acosté y miré la oscuridad mientras revivía el día. El flamenco no era una manera de bailar, era un rito religioso. Incluso pensar en ello hacía que la sangre me latiera con fuerza bajo la piel.

Durante meses seguí observando a las hermanas de Manuel. Nadie me explicó la técnica de los pitos, el chasquear los dedos, ni me enseñó a ejecutar una *llamada*. Tuve que aprenderlo todo por mí misma mediante la observación. Me empapaba de todo con ojos ansiosos. En cuanto podía, corría a la orilla del agua e imitaba todo lo que había visto: las espaldas suavemente arqueadas de las mujeres, sus brazos sostenidos en elegantes curvas, la orgullosa inclinación de sus barbillas. Me adueñaba de sus movimientos e imitaba sus conmovedoras expresiones. Quería ser una de ellas.

Cada vez que iba con Francisca a estos encuentros de baile, deseaba que llegara mi turno cuanto antes. Y no olvidé jamás ese momento.

Blanca había terminado un vivo baile chico. Manuel comenzó a tocar música para una *soleá* y me indicó con la cabeza que me pusiera de pie. El corazón comenzó a latirme desenfadadamente cuando me di cuenta de que había llegado mi oportunidad de impresionarlo a él y a los demás. Estaba segura de que la razón de que hubiera elegido un baile serio para mi actuación de estreno fue que tenía muchas expectativas puestas en mí. Marqué el ritmo con mis propias palmas suaves, comencé con unos pasos lentos enrollando la falda a mi alrededor. Bajé la mirada como había visto hacer a las otras mujeres cuando la música era trágica. Juanita me había dicho que tenía unas manos preciosas y que me asegurara de usarlas. Doblé los dedos formando arabescos para conseguir un efecto y apreté la cara en lo que yo creía que era una

expresión elocuente. Me estaba exigiendo al límite para impresionar a los demás. Entonces, de repente, Manuel dejó de tocar. Me pregunté qué estaba mal. Tomó aire y frunció el ceño.

—En el flamenco —dijo apretando los dientes—, el que baila no se mueve al compás de la música. El guitarrista toca para quien baila. ¿Cómo puedo seguirte cuando no me transmites ningún sentimiento verdadero? ¡No recibo absolutamente nada de ti! ¡No has aprendido nada en todo este tiempo!

La sangre se me agolpaba en la cara. Lo último que esperaba era que me humillaran delante de las otras bailaoras. Lágrimas calientes me quemaron los ojos y mis pies se movieron como si estuvieran preparándose para echar a correr.

Pero Francisca me puso la mano en el hombro y susurró:

—Tú sigue al mar y la música te seguirá a ti. Respeta siempre los elementos y ellos te ayudarán.

Manuel comenzó a tocar de nuevo, con los ojos fijos en mí. Me imaginé las olas y respiré a su compás. Imaginé las conchas afiladas en la playa atacando mis pies y sentí la descarnada arena entre los dedos. El agua fría se rizaba alrededor de mis piernas, haciendo que me escocieran los rasguños de las espinillas. De pronto mi madre se alzó de las olas. El pelo le goteaba en la espalda. La piel húmeda brillaba al sol. Grité al verla, abrumada por mi añoranza. Mi madre se movió a mi alrededor, levantando las manos hasta la cintura y después por encima de la cabeza. Bailé con ella. Con el torso, le hablé de mi tristeza por tener que crecer sin ella. Con los brazos, le conté cómo papá había muerto y cómo lloraba la pérdida de Anastasio, Teresa y Ramón. Con los ojos, expresé cómo me había perdido y cómo había ido a vivir con los gitanos. Mis pies se cargaron de soledad y desesperación. Me esforcé por respirar, como si me estuviera ahogando en toda la soledad y el hambre que había conocido. Perdí toda conciencia de que otras personas me estaban mirando. No me sentía como una intérprete. Me parecía que me había convertido en conductora de un poder sobrenatural que podía unir a los vivos con los muertos.

Extendí los brazos para tocar a mi madre, pero ella se desvaneció en el aire. Conmociónada por su súbita marcha, me paré en seco. Entonces me di cuenta de que Manuel había dejado de tocar. Al volverme vi que unas lágrimas corrían por su cara. Un sonido de sollozos me invadió los oídos: las hermanas estaban histéricas. Juanita y Pastora estaban aferradas la una a la otra, balanceándose adelante y atrás. Blanca estaba de rodillas, tirándose del pelo con tal furia que manchas de sangre salpicaban su blusa. Francisca se miraba las manos, perdida. Alzó la vista hacia mí y sentí su aliento flotar encima de mí, como la brisa de la tarde rozando el mar.

—El ángel oscuro —dijo en voz baja—. Tienes al demonio.

Manuel se enjugó la cara y se dirigió a Francisca.

—Tenías razón. Sus antepasados están con ella. Tenemos delante de nosotros a una gran bailaora. Diego me ha dicho que la lleve a los restaurantes de los muelles para entretener a los turistas. Pero no había visto nunca al ángel oscuro en una niña

tan joven como esta. No la llevaré a esos locales hasta que sea capaz de resistirse a ceder su don para entretenimiento de quienes no lo entienden.

Aprendí flamenco de Manuel y de sus hermanas hasta que cumplí diez años. Entonces Manuel consideró que estaba preparada para bailar en público. Una noche, se acercó a la barraca de Francisca para llevarme con él al Barri Xinès, allí donde yo había nacido. Pero la niña que ahora recorría aquellas calles con los pies descalzos y la falda remendada no era la misma que había salido del barrio. Era más oscura y estaba más sucia. Y era más vieja en un aspecto que no tenía nada que ver con la edad. Sin duda, pasaría perfectamente por gitana. Pensé en Ramón y me pregunté si me reconocería.

Manuel se detuvo a la puerta del café en el que íbamos a actuar aquella noche. Miré la entrada arqueada con una grave sensación de estar ante mi destino. El local era ruidoso y apestaba a vino y a vómito. Las únicas mujeres que allí había llevaban flores en el pelo y los escotes bajos. Los «aficionados» que Manuel tenía en tan alta consideración resultaron ser obreros de las fábricas, hampones y bohemios. Escudriñé en la oscuridad, buscando a Ramón, como siempre hacía cuando salía del campamento. Pero allí no había nadie que se le pareciera.

Cuando el propietario del café reparó en mí, miró nervioso en dirección a la puerta.

—Si atraes aquí a la Guardia Civil, perderé a todos mis clientes —le dijo a Manuel, con la palma de la mano en la frente arrugada—. ¿Qué edad tiene esta niña? Es demasiado joven para estar trabajando tan tarde... y además en un bar.

Manuel se encogió de hombros y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Con lo que esta niña gane se podrá untar la mano no solo de la Guardia Civil, sino del mismísimo gobernador. La gente acudirá en tropel a tu café para verla bailar.

El dueño del café me miró fijamente a la cara y a los pies sucios. Negó con la cabeza.

—Pagarás tú la multa, Manuel.

Este sonrió.

—¿Dónde está Sancho?

El propietario giró la cabeza hacia la barra, donde estaba sentado un hombre con un aspecto estoico de resignación en la cara. Era alto y enjuto. Tenía la piel oscura y seca de los gitanos.

—Muy bien, escucha —dijo Manuel, que se dirigió a mí y señaló un taburete en el rincón de la sala—. Tú siéntate ahí y no te muevas. Voy a acompañar primero a Sancho. Después bailarás tú.

Manuel y Sancho se saludaron. Ocuparon su puesto cerca de la barra: Manuel sentado en un taburete y Sancho a su lado, también sentado, con la mano en el hombro de Manuel. Sancho comenzó a cantar y el gentío guardó silencio. Su voz era

áspera y las venas del cuello le sobresalían mientras cantaba su lamento por el sufrimiento de su pueblo y la maldición de haber nacido gitano:

*No me traigas flores,
ni detrás de mi caja vayas.
No me lleves a enterrar al camposanto
porque muerto yo ya estaba.*

De vez en cuando, alguien del público gritaba «¡ay!» para animarlo o para compadecerse.

Cuando Manuel había dicho que iba a acompañar a Sancho antes de que fuera mi turno, pensé que quería decir tres o cuatro canciones. Pero Sancho gimió sus agravios sin interrupción durante dos horas. Con cada nueva canción, su voz se volvía más ronca y se agarraba al hombro de Manuel con más desesperación, como si intentara sacar fuerza del guitarrista. Gotas de sudor le salpicaban la frente y sombras de humedad le manchaban la camisa. Pero cuanto más áspera era su voz, más apreciaba su cante el público. «¡Olé, Sancho!», le gritaban.

Escuchar aquella voz resultaba doloroso, pero irresistible al mismo tiempo. Sus ojos duros brillaban. Me pregunté si reflejaban la luz o si estaba siendo poseído por el «demonio». Recordé la Sagrada Familia y cómo sus muros recién construidos parecían desmoronarse. Después pensé en cómo las arrugas de Francisca reforzaban su belleza. ¿Había alguna clase de esplendor en la destrucción?

*Este pobre fardo es mi padre
que pereció en la mina
donde tuvimos que trabajar
por culpa de nuestra sangre.*

La voz de Sancho se quebró en el último verso del cante. El público sollozaba. Una de las prostitutas cayó de rodillas desmayada y hubo que reanimarla con un poco de agua fría.

Sancho se sentó sin decir palabra. Manuel me miró. ¿Cómo podía yo bailar después de semejante interpretación? Me sentí aliviada cuando el dueño del café le llevó un vaso de vino y Manuel se lo bebió despacio. Los clientes del café volvieron a sus conversaciones y el ruido llenó de nuevo el local. Pasó otra hora antes de que Manuel se acercara a mí. Para entonces los ojos se me cerraban de sueño.

—Tú límitate a bailar como lo haces en el campamento —me dijo.

En aquel bar abarrotado no había escenario, así que me puso en el hueco que había entre las mesas y que los camareros utilizaban como pasillo para servir las bebidas a los clientes. Un camarero tropezó conmigo cuando pasó deprisa con una

bandeja llena de vasos. Una prostituta y su amante que estaban sentados cerca se echaron a reír.

—¿De quién es esta niña? —chilló la puta, enarcando sus finas cejas perfiladas—. ¡Debería estar en su casa durmiendo!

Manuel templó su guitarra y comenzó a tocar. Unas cuantas personas dejaron de hablar para escucharlo, pero nadie me miró. Dudé. Estaba hecha un manojo de nervios. Entonces recordé que aquello no era una actuación. ¿Cómo invocar al demonio de nuevo? Pensé en el mar y mi respiración se calmó. Intenté evocar a mi madre, pero no pasó nada.

—¡Vamos! —gritó un marinero—. ¡Regálanos un baile, tesoro!

Manuel frunció el ceño y volvió a su guitarra. Agujas y alfileres me pinchaban los pies. Di un respingo cuando vi a Anastasio de pie delante de mí. Una montaña se alzó detrás de él y comenzó a subir por ella. Quise seguirlo, pero solo pude dar pasos cortitos. Mis pies resbalaban en las piedras sueltas. Levanté los brazos pidiéndole ayuda. «¡Vamos! ¡Vamos!», me llamaba, pero yo no podía seguirlo. Eché hacia atrás la cabeza y grité, pero ningún sonido salió de mi boca. Entonces Anastasio estaba a mi lado de nuevo, zigzagueando a mi alrededor en círculos. Me dijo cómo había sentido que se le rompía el corazón cuando el *Cataluña* zarpó del muelle y su familia se convirtió en nada más que unos pequeños puntitos en la lejanía. Me dijo que sus últimos pensamientos antes de morir fueron para Ramón y para mí. Me habló de su miedo por lo que sería de nosotros. Pregunté a Anastasio si sabía qué había sido de Ramón y de Teresa, pero antes de que pudiera responderme una sombra siniestra lo envolvió y desapareció.

Busqué desesperadamente a mi alrededor para encontrarlo. Entonces me di cuenta de que la música había cesado y que todos los presentes en el bar me miraban. Estalló la anarquía. La reacción fue como una ola que se precipita hacia la playa. Todos gritaban, chillaban o cantaban a la vez. La gente extendía los brazos para tocarme. Me sentí abrumada y retrocedí. Una mujer agitó su falda alrededor de los tobillos, en lo que supuse que era una imitación de mi baile. Algo me golpeó en la rodilla y cayó tintineando al suelo. La gente me arrojaba dinero: billetes y monedas. Aunque los clientes del bar eran pobres, vaciaron sus bolsillos en honor de mi actuación.

Manuel se abrió paso entre la multitud y llegó hasta mí.

—No cojas las monedas —dijo—. Solo los billetes. Las monedas son un insulto.

Hice lo que me mandaba, pero me arrepentí porque había más monedas que billetes. Si las hubiera recogido, es probable que hubiera habido suficiente para comprar pan para todo el clan. Manuel me agarró de un brazo y me llevó hacia la puerta. Yo lo seguí, pero no podía apartar la mirada de las monedas que se quedaban allí. Había pasado hambre toda la semana y estaba harta de echar en falta siempre la comida.

Fuera del café, la pálida luz del alba caía sobre la calle.

—¿Por qué solo los billetes y no las monedas? —le pregunté a Manuel.

—¿Por qué te preocupas del dinero? —me dijo levantando con orgullo la barbilla—. Solo los payos se preocupan de esa clase de cosas. Lo que has dado a esa gente no se puede comprar.

Manuel no se preocupaba del dinero, pero Diego sí. Como jefe del clan, se llevaba una parte de mis ganancias. Francisca y yo seguíamos pasando hambre.

Después de aquella primera actuación en público, acompañé a Manuel todas las noches al Barri Xinès. Pero el «ángel oscuro» no acudía siempre que yo quería. Su presencia se volvió más fugaz. A veces no aparecía en absoluto. Solo me quedaban los pasos que había aprendido y la música de Manuel. Los turistas de los restaurantes a lo largo del muelle no conocían nada mejor, pero los aficionados sabían distinguir. El juego del gato y el ratón al que jugaba con el demonio no hacía sino aumentar mi deseo de experimentar de nuevo mi comunión con él.

—Se ha mostrado a ti para que creyeras en su presencia —me dijo Francisca—. Pero ahora tienes que ganártelo.

Una mañana temprano, cuando regresé al campamento después de una noche de actuaciones en los bares, encontré a Francisca acostada en su cama, agarrándose la parte inferior de la espalda por el dolor.

—¿Qué te pasa? —Le agarré una mano.

Estaba hinchada como una esponja empapada de agua.

Me miró con compasión en sus ojos profundos.

—No te asustes, pequeña. Todo está bien.

¿Que no me asustara? Sus dedos eran como el hielo. Sus ojos estaban hinchados.

Francisca respiró hondo y se recuperó.

—Mira —dijo, incorporándose en la cama—. El fuego está ardiendo todavía. ¿Por qué no preparas una infusión de regaliz?

Hice lo que Francisca me mandó, cogí el regaliz seco de entre las latas de hierbas que guardaba en el armario y puse a hervir el agua. Le llevé una taza y me senté a los pies de la cama.

Bebimos la infusión en silencio, aspirando su fuerte y aromática fragancia. El color volvió a las mejillas de Francisca. Tal vez todo estuviera bien, al fin y al cabo.

—Tú descansa —le dije mientras le ponía la manta sobre los hombros y apoyaba sus pies en un cojín. Le acaricié la frente hasta que se quedó dormida.

Después salí de la barraca y contemplé el mar, intentando calmar el terror que se estaba apoderando de mí. Había llegado a querer profundamente a Francisca. Temía que mi amor la hubiera sentenciado, como había hecho con el resto de mi familia.

Paloma

Cuando regresé a casa de la clase de flamenco y la cena con la familia de Jaime, me sorprendió encontrar a *mamie* todavía levantada. Estaba sentada a la mesa de la cocina con solo la luz del fogón. La jaula de *Diaghilev* estaba destapada, pero el pájaro dormía con la cabeza metida detrás de las alas. *Mamie* debía de llevar algún tiempo en silencio. De haberse movido, *Diaghilev*, que tenía el sueño ligero, habría estado despierto y trasteando con sus juguetes. Me había olvidado de telefonar para decir que llegaría tarde cuando Carmen me pidió que me quedara a cenar. Después me acordé, pero era demasiado tarde para llamar. *Mamie* solía estar en la cama a las diez y media.

—Lo siento —dije—. No quise despertarte con la llamada. Gaby y yo nos pusimos a hablar.

Mamie me miró tan desconcertada que pensé que debía de haber telefoneado a los padres de Gaby y descubierta que no estaba con ella. ¿Qué iba a decirle?

—No me preocupo tanto si vas en el coche —respondió *mamie*—. Pero llama de todos modos, por favor.

—Lo haré la próxima vez. Lo siento.

Llené la tetera y encendí el fuego para hacer una infusión de manzanilla. Estaba demasiado inquieta para dormir. Jaime, su familia, la Rusa y la visita a casa de mi padre... La cabeza me daba vueltas. Puse la tetera y las tazas en la mesa y vertí un poco de la infusión en la taza de *mamie*. Cuando se llevó el borde a los labios, vi que tenía los dedos manchados de tinta.

—¿Has estado escribiendo cartas? —pregunté.

Me miró, perdida en un sueño, antes de darse cuenta de que estaba hablándole a ella.

—Hablando de cartas —dijo, ignorando mi pregunta y tendiendo la mano hacia la encimera—, esta ha llegado hoy para ti. Es de la Escuela de *Ballet*.

La cogí junto con el abrecartas que me entregó. Los dedos me temblaban mientras rasgaba el sobre y leía su contenido.

—Han aceptado mi petición de una nueva audición en la escuela —le dije a *mamie*—. También han aprobado que asista a clases particulares con *mademoiselle* Louvet.

Esperaba que me repitiera su discurso sobre cómo debía hacer pruebas también para otras compañías, no «jugármelo todo a una carta».

—Normalmente tendrías que hacer una nueva prueba externa para que se vea la alta consideración en que te tienen —me dijo sin embargo—. Quiero que te concentres totalmente en tu preparación para el examen. Puedo arreglármelas yo sola

para las clases de entre semana.

—*Mamie*, ¿estás segura de que no te pasa nada?

Se miró las manos y suspiró.

—He estado pensando en tu abuelo —dijo—. Quiero hablarte de él y también de Xavier. ¿Estás demasiado cansada?

Negué con la cabeza. Me apetecía escuchar otra historia: necesitaba alguna distracción. Aquella noticia de una nueva prueba era otra cosa que sumar a mis preocupaciones.

Mamie tomó un sorbo de la infusión y comenzó.

—Ya lo ves, el cementerio no era el único lugar donde la clase importaba. Había otros lugares en Barcelona donde la sociedad estaba rígidamente estratificada...

—*Grand-plié, relevé... coupé fondu, développé, relevé... tombé, chassé, grand rond de jambe en l'air...* —ordenaba Olga en su francés con acento ruso.

Yo estaba de pie delante del grandioso espejo, en la sala de baile de nuestra casa en el Passeig de Gràcia, vestida con una túnica de *chiffon* y una larga falda con volantes y forro de tul. Margarida me acompañaba al piano. Años de formación en baile clásico español me habían dado unos pies y unos tobillos fuertes y una sensación de equilibrio, pero las posturas de *ballet* y el grado de prestancia que Olga exigía de mí no eran fáciles. Yo trabajaba con determinación para agradarle. Si Olga permanecía indiferente después de nuestra clase diaria, me sentía profundamente herida y pasaba el día encerrada en mi habitación. Pero si me elogiaba, correteaba por la casa como un gatito.

Olga, con sus cejas enarcadas y su piel lisa como el satén, había conseguido lo que mis padres esperaban que lograra: había roto mi costumbre de tartamudear y mirarme los pies cuando alguien hablaba conmigo. Pero lo había conseguido infundiéndome el miedo a la desaprobación; en concreto, a su desaprobación. Seguía igual de nerviosa cuando estaba con gente, solo que ahora estaba demasiado aterrada para demostrarlo.

Ella me observó interpretar una serie de giros piqué passé por la sala. Exhaló una columna de humo del cigarrillo entre sus labios de color rojo sangre y sus ojos se estrecharon como los de un gato. Si su expresión no hubiera cambiado, habría significado otro día pasado en mi cuarto, pero por suerte sonrió.

—¡*Maladets!* Bien hecho, Evelina —dijo—. Estás haciendo progresos.

El gran reloj de la sala dio la hora. Olga debía marcharse.

—Ah —dijo batiendo el aire con su mano antes de posarla sobre su corazón—. Hoy no tengo tiempo para historias, Evelina. He de darme prisa. Tengo que dar una clase a las sobrinas del marqués de Comillas. Se lo prometí cuando coincidí con él en el Liceu.

Margarida se giró para dar la espalda al piano y sonrió burlonamente. Disfrutaba

burlándose de Olga: imitando la majestuosa manera de andar de la bailarina a sus espaldas, levantando la nariz al aire y señalando los dedos de sus pies delante de ella. Yo negaba con la cabeza y miraba hacia otro lado, sin entender qué era tan divertido. Admiraba a aquella mujer. Por eso me dominaba.

Hice una reverencia a Olga. Cada músculo de mis piernas ardía. Me sentía decepcionada por no poder oír una de sus historias sobre su vida en Rusia mientras hacía los estiramientos. Pero sus palabras de ánimo me harían trabajar con más ahínco si cabe en los días siguientes. Haría todo lo posible para oír de nuevo «bien hecho» salir de sus labios.

Después de que la doncella acompañara a Olga hasta la puerta, Margarida me dijo:

—¡Tu profesora es un timo de artista! Te habla como si te estuviera haciendo un favor al enseñarte, cuando lo que quiere es dinero. ¡No creo ni una palabra de sus historias! De verdad, ¿cuántos hombres podrían haberse pegado un tiro después de que ella los rechazara? Y si tantos la desean, ¿cómo es que vive sola?

—Los revolucionarios ejecutaron al amor de su vida cuando intentó ayudarla a salir de Rusia —expliqué—. Era un príncipe. Nunca ha podido volver a amar...

—¡Bah! —se burló Margarida—. ¿Has conocido a un solo refugiado ruso que antes no fuera príncipe o princesa?

Me encogí de hombros y seguí con los estiramientos. Valoraba la opinión de Margarida sobre la mayoría de las cosas, pero no en relación con Olga. Sin las historias de mi profesora de *ballet*, mi vida habría sido sombríamente aburrida.

Al darse cuenta de que la ignoraba, Margarida abrió las puerta-ventanas y salió a grandes zancadas a la terraza. Ahora que Xavier había sido padre y no pasaba tanto tiempo con ella, Margarida estaba inquieta. La fragancia de las rosas de las macetas del exterior entró en la sala. La sala de baile era uno de mis espacios preferidos en la casa, me encantaba todo de ella: el recargado piano de nogal, las lámpara de araña, el hierro forjado decorativo que se enroscaba en las ventanas y las chimeneas como zarzas abandonadas. Pero la sala me gustaba solo cuando estaba vacía y tranquila como lo estaba ahora, no llena de gente.

Margarida regresó de la terraza y cerró las puertas detrás de ella.

—Hablando del Liceu —dijo—, vas a hacer tu presentación allí dentro de dos semanas. Mamá no te lo ha dicho porque teme que vuelvas a encerrarte en ti misma. Pero ella y Conchita han estado conspirando con la modista para confeccionarte un vestido apropiado.

—No voy a bailar en el Liceu —dije—. El *pare* nunca lo consentiría.

Margarida se rio tanto que faltó poco para que se ahogara.

—Tu debut en la danza, no, Evelina —dijo, enjugándose los ojos—. Tu presentación social. Mamá hizo lo mismo para mí. Ha encargado que te hagan un vestido de persona mayor y llevarás algunas de las joyas que se te han asignado para tu dote. Cuando todo el mundo te vea sentada así en el palco, entenderán que nuestros

padres dan su permiso para que sus hijos te cortejen.

No podía saber a ciencia cierta si Margarida me estaba tomando el pelo o no. Cuando era más pequeña, me había dicho que los niños se hacían saltando el hombre encima de la mujer igual que hacían los palomos al subirse encima de sus hembras. Cuando le pregunté a mamá si eso era verdad, se ruborizó y me dijo que Margarida tenía mucha imaginación. Margarida y yo nos llevábamos muy bien, pero sin la compañía de Xavier mi hermana se estaba volviendo odiosa. Confiaba en que también estuviera un poco perturbada por mi posible pérdida. Como era costumbre, a Xavier y a Conchita se les había asignado un piso en la tercera planta de nuestra casa, pero si yo me casaba tendría que vivir con la familia de mi marido. La idea de que me separasen de Margarida y del resto de mi familia tampoco me atraía.

—Mira esto —dijo Margarida, al tiempo que se quitaba las horquillas del pelo.

Yo esperaba que toda la mata de pelo cayera al deshacer el moño, pero siguió donde estaba. Se alisó los mechones con los dedos.

—¡Te has cortado el pelo! —grité.

Margarida se rio.

—Lo llaman melena. ¡Es la última moda!

—¡Mamá te va a matar!

Margarida me dirigió una mirada irónica. Tenía que admitir que estaba guapa.

—No lo verá —me tranquilizó Margarida, mientras volvía a colocarse el cabello corto en un moño—. Lo llevaré sujeto con horquillas cuando esté en casa.

Admiraba su arrojo. Yo nunca habría tenido valor para hacer algo así. Una fuerza invisible me obligaba a hacer siempre lo que se me mandaba. Además, por culpa del comportamiento rebelde de Margarida, mis padres eran conmigo el doble de estrictos de lo que podrían haber sido de otro modo.

Mientras Margarida se enfrascaba en la lectura de *Los miserables* de Victor Hugo en la biblioteca, decidí hacer una visita a mi sobrino, Feliu, que había nacido dos meses antes. Era el vivo retrato de Xavier, con una cabeza de forma perfecta y una mirada tierna. Me dirigía hacia la escalera cuando oí a mi padre hablando en el salón con el padre de Conchita, don Carles.

—No puede ser que vea el asesinato como una solución a nuestros problemas —decía mi padre.

La palabra «asesinato» hizo que me detuviera en seco. Mi padre era estricto, conservador y religioso. Pero don Carles además era de extrema derecha, cosa que sabíamos ahora que nuestras familias eran amigas.

—No condeno a los propietarios de negocios que recurren a él —respondió con una calma que me dejó helada—. ¿Qué remedio les queda sino contratar a sicarios para quitarse de encima a esos problemáticos jefes de los sindicatos? ¿Cuántos civiles inocentes han matado las bombas de esos sinvergüenzas? ¿Y qué me dice de las bandas que deambulan por las calles de Barcelona? Si la clase obrera abandona a sus hijos, ¿qué otra cosa podemos hacer sino ocuparnos del problema? Debemos pensar

primero en nuestras esposas y en nuestros hijos.

—¿Y cómo propone usted que nos ocupemos de los niños de la calle abandonados? —preguntó Xavier.

Me sorprendió oír la voz de mi hermano. Había dado por sentado que estaría en el piso de arriba con Conchita y Feliu.

Me imaginé a don Carles clavando su dura mirada en él y tocando sus pobladas cejas negras mientras respondía:

—Se los sacrifica selectivamente como se haría con cualquier otra especie de plaga. Son ellos quienes al crecer se convierten en revolucionarios y anarquistas.

Estuve a punto de gritar de indignación. ¿Cómo era posible que alguien que decía ser religioso propusiera semejante cosa? Imaginé que Xavier estaría igualmente escandalizado. Margarida y él discutían con frecuencia con el pare por su conservadurismo, pero las opiniones de mi padre no eran tan extremas como las de don Carles.

Xavier respondió con una cortesía comedida, pero noté su desdén.

—Tal vez habría menos anarquistas si hubiera un sistema político diferente, uno más justo. Los obreros recurren a la actividad revolucionaria porque no tienen ninguna otra esperanza de igualdad.

Mi padre tosió.

—¿Igualdad, Xavier? Vamos, yo no iría tan lejos como don Carles..., pero unas personas nacen para gobernar mientras que otras no. Las mujeres, por ejemplo, fueron creadas por Dios para vivir en el hogar. Eras demasiado joven en 1909 para recordar en qué se convirtió Barcelona cuando la clase obrera quemó las iglesias y las escuelas.

—Ya lo ves —terció don Carles—. Les das escuelas para que se superen y ¿qué hacen? ¡Las incendian!

Xavier dudó un momento antes de responder.

—Mire, no me he olvidado en modo alguno de 1909. Es la razón por la que pienso así. El propósito de la educación religiosa es mantener a los pobres en su sitio. Por eso el Gobierno puso tanto interés en ejecutar a Ferrer después de la Semana Trágica: sus escuelas tenían un objetivo diferente. Es fácil controlar a la gente cuando es analfabeta.

—El Gobierno fue demasiado benévolo a la vista de los daños causados —dijo don Carles—. Solo eligieron para ejecutarlos a un representante por cada delito cometido: uno por destruir propiedades, uno por profanar al clero, uno por incitar a la rebelión...

—Metieron en la cárcel a cientos de personas en condiciones terribles —protestó Xavier—. Muchas de ellas murieron de enfermedades o por la tortura que sufrieron antes de que sus casos llegaran a ser juzgados. A otras las mandaron al destierro, donde hicieron frente a la indigencia, el hambre y la hostilidad de la población local.

—Si vas a volver a hablar de aquella florista, Xavier —dijo mi padre—, no siento

ningún remordimiento por ella. No era una simple mujer trabajadora, era una de las jefas de las Damas Rojas. ¡Dirigió el incendio de los conventos, por el amor de Dios!

—Vino a la fábrica de confección el día de la huelga general —dijo Xavier sin prestar ninguna atención a la objeción de mi padre—. Llevaba con ella a dos niños pequeños. ¿Se ha preguntado alguna vez qué puede haber sido de aquellos niños después de que se la llevaran? Yo sí. Recuerdo que miré la cara de la niña. Su expresión de hambre me persigue desde entonces.

—Bah, eres demasiado blando —respondió don Carles, mostrando por fin su carácter—. Y la debilidad no va a ayudar a esta ciudad. El futuro será difícil y necesitaremos líderes a los que no les dé miedo tomar decisiones impopulares. Debes dejar de lado tus escarceos artísticos y hacer frente a la realidad.

Una sirvienta entró en la sala por la otra puerta, la que daba a la sala de música. Le dijo a Xavier que un caballero le reclamaba al teléfono. Xavier se excusó. Le oí salir del salón y dirigirse al estudio.

—He de irme —le dijo don Carles a mi padre.

Oí que los dos se levantaban de sus asientos. Me deslicé detrás de una estatua. La puerta se abrió. Apareció una sirvienta con el sombrero y el abrigo de don Carles.

—Con todas esas influencias extranjeras en la ciudad y los clubes de *jazz*, parece que los jóvenes contemplan ideas extrañas acerca de una segunda república —le dijo mi padre a don Carles—. Pero al final siempre se impone la experiencia.

Mi padre tenía una gran confianza en sí mismo. Incluso muchos llegarían a llamarlo «engreído». Pero, en aquella ocasión, apretaba y abría los puños en la espalda como si no estuviera seguro de algo. Me dio la impresión de que intentaba defender a Xavier.

En la puerta, los dos hombres se estrecharon la mano. Pero había una frialdad inequívoca en la actitud de don Carles.

—Su hijo no es ninguna clase de libertino, libre de decir y hacer lo que le plazca —le dijo antes de marcharse—. Tener opiniones es una cosa, don Leopold. Y otra muy distinta es expresarlas. Le sugiero que hable usted con él.

Por el tono grave de su voz, estaba claro que aquello no era un consejo, sino más bien una amenaza.

Me sentí obligada a advertir a Xavier sobre lo que don Carles había dicho. Cuando el *pare* regresó al salón, corrí al estudio y entré en el preciso instante en que Xavier estaba colgando el teléfono. Se dio la vuelta al oírme cerrar la puerta. Suavizó el ceño fruncido de su cara y sonrió.

—Xavier..., ten cuidado... Don Carles está muy enojado.

Mi hermano asintió y me hizo una seña con la mano.

—Solo dice lo que la mayoría de la gente piensa. Dios todopoderoso, siguen dándole vueltas a que se quemaron sus iglesias. ¡Aquí, en el país de la Inquisición! ¿A cuántas personas inocentes quemó la Iglesia en la hoguera?

No podía quitarme de la cabeza lo que había dicho don Carles de sacrificar de

forma selectiva a los golfillos de la calle.

—¿De verdad crees que es eso lo que la gente piensa de los niños de la calle? Quiero decir... Mamá hace muchas obras de caridad en los orfanatos de la iglesia.

Los hombros de Xavier se relajaron. Avanzó hacia mí y me agarró con fuerza la mano.

—Las familias ricas de Barcelona tienen poder para acabar con el hambre y el sufrimiento en la ciudad, pero no hacemos otra cosa que perpetuarlo —dijo—. ¿Cómo podemos ir a misa cada semana y recitar oraciones sobre el amor de Dios por toda la humanidad? ¡No puedo soportar ser tan hipócrita!

Miré a mi hermano a los ojos y vi lo atribulado que estaba. Siempre había odiado la injusticia, pero ahora veía en su cara una profunda infelicidad que no estaba allí antes de casarse.

—Lo que preocupa a don Carles —continuó Xavier— es que, tal como están prosperando los negocios de los Montella, al final vamos a adelantar a las dinastías Güell y López para convertirnos en la familia más poderosa de Barcelona. Y un día voy a ser el jefe de la familia. Te lo prometo, Evelina, Barcelona será un lugar muy diferente entonces.

Margarida no había mentido cuando dijo que harían mi presentación en sociedad en el Liceu. Ahora, en vez de dejarme en paz para que practicara los pasos de *ballet*, me hacían subir para hacer pruebas al piso de Conchita y Xavier, donde mi cuñada y mi madre estaban muy ocupadas discutiendo sobre estilos de vestidos.

—No, ese no —decía Conchita respecto a un patrón para un seductor traje de noche de seda con hilos metálicos de oro—. Hará que parezca demasiado joven.

—Pero tampoco quiero que Evelina parezca demasiado vieja —protestaba mamá.

Mi madre iba siempre vestida con elegancia, pero me alegré de que se tuviera en cuenta la opinión de Conchita en cuanto al vestido. Estaba deslumbrante con todo lo que se ponía. Y también era capaz de distinguir de un vistazo si un estilo le iría bien a otra persona o no.

—Este —dijo, alzando un patrón para un vestido de seda con lamé dorado cruzando el busto y en el dobladillo.

El vestido era exótico y de líneas elegantes. Una oleada de excitación me recorrió. Me imaginé subiendo la escalinata del Liceu con el aire de una diosa egipcia.

—Tú sí podrías ponértelo —le dijo mamá a Conchita—. Pero Evelina es demasiado tímida. Necesita algo más liso.

Mi ánimo se vino al suelo. El vestido exótico se disolvió en uno más conservador: sin mangas, con el cuello en V y la falda arrugada. Uno de esos vestidos que se encuentran en un catálogo.

—Si le das algo bonito y diferente para que se lo ponga, se sentirá menos tímida —alegó Conchita.

—*Senyores!* —suplicó la modista, la *senyoreta* Garrós—. No me han dado más que un tiempo muy limitado para que ese vestido esté listo. Tienen que tomar una decisión hoy sobre el patrón.

Mientras mamá y Conchita debatían sobre mi vestido, eché un vistazo por el piso. Antes las habitaciones estaban llenas a rebosar de muebles del siglo XVIII y porcelana de Sèvres, pero Conchita había introducido algunas piezas modernistas, entre ellas un biombo de caoba y las sillas tapizadas con motivos de cisnes y patas finas, semejantes a huesos, en las que estaban sentadas mi madre y ella. Dado el sentido del garbo de Conchita, Xavier y ella deberían haber tenido mucho en común, pero sus gustos no eran en absoluto semejantes. Conchita detestaba la arquitectura de Gaudí, mientras que Xavier la veneraba; ella había insistido en salirse de un concierto de Stravinski y Xavier había querido quedarse; y no asistían ya juntos a exposiciones de arte de vanguardia como hacían cuando estaban comprometidos.

—Lo que le gusta es la moda, no el arte —me había dicho Margarida—. Si lo observas, dentro de unos años todos esos muebles modernistas serán sustituidos por lo que esté de moda entonces.

Sin embargo, al margen de los conflictos estéticos que tuvieran, cuando Xavier entró en la habitación esa mañana llevando en brazos a Feliu, Conchita no pudo parecer más prendada de su marido y su hijo.

—Ah —dijo, tendiendo los brazos y poniendo a Feliu en su regazo—. Mi niño —volvió la mejilla para que Xavier pudiera besarla—. ¿Puedes quedarte con nosotras un rato? —le pidió—. ¿O tienes que irte corriendo a alguna parte? Estamos decidiendo sobre el vestido de Evelina para la noche del debut. Y como tu madre y yo tenemos opiniones tan diferentes, un árbitro masculino sería útil.

—Me temo que el pare y yo tenemos un almuerzo con el alcalde, pero puedo quedarme a tomar una taza de té —dijo Xavier mientras se sentaba al lado de su esposa.

Con la belleza oscura y las facciones regulares de Conchita, y la piel bronceada y los dientes perfectos de Xavier, era fácil entender por qué se los consideraba la pareja más atractiva de Barcelona.

—¿Por qué no dejáis que Evelina decida sobre el vestido? —sugirió él—. Al fin y al cabo, es ella quien tiene que ponérselo.

Conchita le pellizcó en un brazo como si hubiera hecho una sugerencia absurda. Xavier dio su opinión sobre algunos patrones que la modista le enseñó, mientras Conchita le decía monerías a Feliu.

Entró una sirvienta y anunció que la madre de Conchita había llegado de visita. Todos nos pusimos de pie mientras donya Elisa entraba a grandes pasos en la estancia.

—¡Ah, Feliu! —dijo, sin prestarnos la menor atención y yendo directamente hacia su nieto.

Ninguno de nosotros se dio por ofendido. Estaba claro que lo más importante era

Feliu.

Mamá dio instrucciones a la sirvienta para que nos llevara más té, que sirvió en tazas de cerámica negras y blancas.

—No lo tengas demasiado tiempo —suplicó Conchita a su madre mientras le entregaba a Feliu—. No puedo soportar no tenerlo conmigo. Hasta cuando el ama de cría lo coge, tengo que sentarme con ella. Nunca se puede estar segura de que otra mujer lo haga todo correctamente.

Donya Elisa miró a su hija con sorpresa.

—Pero, querida, tienes que ser un poco más severa con los chicos o convertirás a Feliu en un mariquita.

Mamá dio unas palmaditas en el brazo de Conchita.

—Todas somos así con nuestros primogénitos, pero ya te calmarás cuando vayan llegando los otros. Ya verás cómo los niños pueden arreglárselas sin nosotras mucho mejor de lo que pensamos.

Conchita hizo un guiño a mi madre.

—Pero ya he dado a luz a un heredero varón —dijo—. No veo la necesidad de tener más hijos.

Mamá y Xavier intercambiaron una mirada.

—Desde luego, dar a luz te hace pensar que no podrías pasar por eso otra vez —dijo donya Elisa, mientras se alisaba el vestido—. Pero querrás tener más hijos. Le dan tanta alegría a tu vida.

Un extraño gesto recorrió la cara de Conchita. Apretó los labios.

Mamá miró de nuevo a Xavier con recelo. Las delgadas líneas de un ceño fruncido le dejaban una marca en la frente y sus dedos tamborileaban en su rodilla, pero si la actitud de Conchita le preocupaba, se sobrepuso a ello.

—Piensa así porque Feliu se parece mucho a mí —dijo con una risa—. Si se pareciera a ella, querría tener una docena de hijos más.

Donya Elisa, mamá y la *senyoreta* Garrós se rieron. Xavier había salvado el momento. Donya Elisa le dirigió una sonrisa agradecida, pero Conchita no le miró. Aunque Xavier y ella podían parecer una pareja perfecta, era evidente que algo no iba bien.

El Gran Teatre del Liceu de Barcelona no era un teatro de ópera sin más: era una institución. Como muchos de los grandes teatros de ópera de la época, las localidades estaban dispuestas en forma de herradura ante el escenario y escalonadas en cinco pisos. La posición de una familia en la sociedad de Barcelona se reflejaba por el lugar donde se sentaba en el Liceu. A la «planta noble» se accedía a través de una grandiosa escalera de mármol desde el *foyer*. Era el nivel más prestigioso en el que tener un palco. A partir de ahí, las escaleras se volvían menos decorativas y más estrechas, hasta el cuarto piso, que era donde estaban los palcos propiedad de familias de menor importancia y las butacas de las familias de clase media. En el piso más alto no había palcos y no se podía llegar hasta él desde las escaleras internas, sino que

había que acceder a través de una entrada sin adornos en la calle lateral. Era allí donde se sentaban los estudiantes y los obreros de las fábricas. Muchos de ellos iban a escuchar sin más, pues no todos los asientos del último piso permitían una visión del escenario. Aunque *donya* Esperanza calificaba de «chusma» a la gente que se sentaba en los pisos superiores, eran probablemente los únicos —junto con Xavier— que asistían a la ópera para apreciar la representación. Todos los demás estaban allí para reafirmar sus egos, afianzar sus alianzas con otras familias poderosas de Barcelona, presumir de nuevos vestidos de noche o ponerse al día de los chismes.

La noche del estreno de *Turandot*, al entrar en nuestro palco nos encontramos con *donya* Esperanza, que ya estaba sentada allí.

—Como Conchita no va a venir esta noche, he decidido hacer compañía a Xavier —dijo—. Como representante de la familia de Figueroa.

Como había sido madre hacía poco, nadie esperaba que Conchita apareciera en la ópera hasta que hubiera recuperado la figura. Y como matriarca de la familia de Figueroa, en realidad *donya* Esperanza debería haber acompañado a las hermanas menores de Conchita. Pero la edad de *donya* Esperanza y su posición en la sociedad la ponían más allá de convenciones, por lo que nadie se molestaba en discutir con ella. Y, por supuesto, nuestro palco tenía mejor visión de los palcos de enfrente que el de la familia de Figueroa. *Donya* Esperanza podía tener noventa años, pero no había nada con lo que disfrutara más que ante la oportunidad de espiar a los demás y cotillear.

Ocupé mi lugar a su lado en la esquina inferior del palco.

—Qué vestido tan bonito, por cierto —dijo—. Le va a la perfección a tu cutis. Estás radiante.

Después de todas las disputas en relación con lo que tenía que ponerme, habíamos encontrado finalmente un diseño en el que todos estuvimos de acuerdo: un vestido con encajes dorados sobre una enagua de encaje de seda *beige* con falda cortada al bias. Las mangas ranglan y la rosa de color rosado en el centro del escote daban al vestido un toque de recato femenino al que mi madre aspiraba, mientras que el tejido y el corte le daban el glamur por el que Conchita abogaba. Era feliz solo con ir vestida como una mujer joven y no como una niña demasiado grande. Mamá me había prestado un collar de peridoto dorado y perlas de su colección.

Me estiré la falda y advertí que Francesc Cerdà me miraba a hurtadillas desde el palco de su familia en el lado opuesto del mismo nivel. La expresión de sorpresa de su cara era tan palpable que dio la impresión de que nunca antes me había visto, cuando en realidad había asistido a la misma escuela de los jesuitas que Xavier. Y nos habíamos visto a menudo en actos sociales o en la iglesia. A mamá le gustó su interés. Le pegó al *pare* un codazo tan fuerte que él dio un respingo. Mi padre veía en la ópera la oportunidad de recuperar el sueño atrasado: había perfeccionado el arte de apoyar la barbilla en la palma de la mano para dar la impresión de que estaba escuchando cuando, de hecho, no lo hacía.

La alegría de mamá porque el heredero de los Cerdà reparara en mí estaba justificado. Procedían de un largo linaje nobiliario. El padre de Francesc era marqués, título que, como hijo mayor, heredaría un día.

Margarida se inclinó hacia delante desde su butaca detrás de mí y me susurró al oído:

—¡Ah, Francesc Cerdà! Muy atractivo, rico y atlético, pero más tonto que la suela de un zapato.

Me di la vuelta y la miré con el ceño fruncido, pero cuando ella me respondió con una sonrisa burlona me resultó difícil no reír. Francesc era un catalán rubio y de ojos azules. Xavier había dicho que cuando estaba en la residencia de vacaciones que la familia Cerdà tenía en S'Agaró, siempre parecía estar corriendo por ahí en pantalón corto, aporreando un saco de arena o ejecutando saltos mortales. Pero también se sabía que Francesc no era el hombre más brillante de la familia. Su padre se las había ingeniado para poner a los jóvenes tíos de Francesc en puestos directivos en las propiedades de los Cerdà. Así su hijo no sería más que una figura decorativa que firmaría todos los documentos que le pusieran delante.

—De todos modos —susurró Margarida—, sería divertido ser marquesa.

Se me escapó una risita tonta. A pesar del vestido, de la ocasión y de mi edad, no me estaba tomando demasiado en serio las cosas. El matrimonio estaba lejos de mi pensamiento. No tenía la menor intención de dejar mis clases de *ballet* todavía.

—¿Quién es ese joven que está al lado de Francesc Cerdà? —preguntó *donya* Esperanza.

—¿No lo reconoce? —preguntó Margarida—. Es Gaspar Olivero.

Me incliné hacia delante para ver de quién estaban hablando. Vi a un chico acaso dos o tres años más joven. Tenía el cabello castaño rojizo, ojos despiertos y una dulce sonrisa.

—Oh —dijo mamá—, no esperaba verlo con la familia Cerdà. ¿No viven ahora los Olivero en Zaragoza?

—Sí, un asunto terrible —dijo *donya* Esperanza—. Quién se lo iba a decir, nacer en medio de tanta riqueza para que después tus padres sean unos irresponsables que la vayan mermando con una vida de dispendio. Para el marqués fue un escándalo que su hermana cayera tan bajo. Hubo anuncios de acreedores en los periódicos y subastas... ¡Qué vergüenza!

Si había una cosa que las «buenas familias» de Barcelona despreciaban más que a la gente pobre, era a quienes habían nacido ricos pero habían sido lo bastante insensatos para perder su fortuna. Me di la vuelta en mi butaca. No me gustaba la manera en que *donya* Esperanza hablaba de Gaspar Olivero. Parecía un chico amable y delicado. La manera de mirar a su alrededor con interés me recordaba a una ardilla.

—Bueno, es generoso por parte del marqués y la marquesa tomar a su cargo a ese joven —dijo mamá, tratando de imprimir una dirección positiva a la conversación.

Tal vez le preocupaba que yo perdiera el interés por Francesc si pensaba que la

familia de su primo era una irresponsable.

—Gaspar estudia Derecho —dijo Xavier—. Y es un alumno brillante. No tiene problemas. No necesita el dinero de su familia.

—Y además es un pianista y un artista de mucho talento —añadió Margarida—. Acompaña los números de los artistas en un prestigioso teatro de las Ramblas. Además, algunos de sus dibujos se exponen en la galería de Josep Dalmau, donde expone Salvador Dalí. ¡Es todo un genio!

Observé de nuevo a Gaspar Olivero. ¿Cómo era posible que alguien reuniera tal variedad de dotes y hubiera desarrollado cada una de ellas hasta un nivel tan alto? Estaba intrigada.

En ese momento, Gaspar se giró en mi dirección. Me vio y sonrió. La comisura de su boca se levantó ligeramente. Me pareció encantador. Sin pensarlo, le correspondí con una sonrisa. No puedo describir lo que sucedió en ese momento. No había intercambiado una palabra con él, pero de pronto sentí que mi corazón se levantaba en mi pecho. ¡Pareció salir flotando desde la parte superior de mi cabeza y dirigirse hacia Gaspar Olivero! Desvié la mirada rápidamente.

—¿Quién es Salvador Dalí? —preguntó *donya* Esperanza—. No creo conocer a la familia Dalí.

Mamá lanzó a Xavier y Margarida una mirada de reprobación.

—Es encomiable que Gaspar intente abrirse camino en el mundo en vez de depender de la caridad de sus tíos —dijo—. Estoy segura de que se casará con una chica respetable y será feliz.

Todos sabíamos, sin que mamá lo dijera, que con «respetable» quería decir de clase media. Había «buenas» chicas de familias ricas, chicas «respetables» de familias de clase media y «desafortunadas» de familias pobres.

—Oh, pero lo más bochornoso de todo —dijo *donya* Esperanza, que no estaba dispuesta a abandonar los aspectos más crudos de la situación de los Olivero—: tuvieron que vender su palco en el Liceu. Pertenece a la familia desde 1850.

—Lo sé —dijo Xavier con un dejo de sarcasmo en su voz—. ¡Estamos sentados en él!

Las luces se atenuaron y comenzó la representación, solo así se pudo romper aquel incómodo silencio.

Me sentí intrigada por la historia de *Turandot* (una princesa que desafiaba a sus pretendientes a responder a tres adivinanzas que si no resolvían les condenarían a muerte) y la bella música de Puccini. Pero *donya* Esperanza, cuyo entusiasmo por la ópera era escaso, tenía ganas de hablar. No me habría importado tanto si no hubiera mostrado tal fascinación por lo morboso.

—¿Sabes? Yo estaba aquí aquella noche de 1893, cuando aquel anarquista arrojó sus bombas sobre el público —me susurró—. Fue terrible. Veintidós personas murieron y muchas más resultaron heridas de gravedad. Había piernas, brazos y cabezas por todas partes. La sangre y los huesos salpicaron el escenario. Dicen que la

mano de una señora, con un anillo de diamantes en cada dedo, le cayó en el regazo al primer violinista...

Donya Esperanza me había contado aquella historia muchas veces. No podía mirar el patio de butacas sin imaginar aquella espantosa escena. Pensé que si no le daba conversación, se callaría. Pero tenía otra historia, una nueva.

—Y aquel sector de allí es donde solía sentarse Enriqueta Martí. ¿Quién podía saber, mientras estaba allí sentada con sus mejores galas, que era una asesina en serie?

No debería haber reaccionado, pero, sin pensarlo, me volví a *donya* Esperanza, horrorizada.

—Oh, sí —dijo abriendo los ojos con la excitación de tener un público al que endilgar su sangriento relato—. Asesinaba a golfillos de la calle. ¡Luego los cortaba y hervía sus cuerpos para elaborar cremas de belleza para la alta sociedad de Barcelona!

Esta última historia fue demasiado para mamá, que se inclinó hacia nosotras.

—*Donya* Esperanza, por favor... Evelina es una chica sensible. Va a hacer que tenga pesadillas.

—Pero si es verdad —protestó ella, ni ofendida ni reprendida—. Martí encontraba a los clientes para sus pócimas aquí.

Mamá negó con la cabeza.

—Yo también lo he oído, pero no se me ocurre ni una sola persona que hubiera comprado un potingue tan atroz. ¡La sola idea de hacer daño a los niños! Estoy segura de que fue un rumor propalado por los comunistas para que los obreros nos odien más si cabe.

—Bueno, pues alguien lo compraba —dijo *donya* Esperanza, desconcertada por el escepticismo de mamá—. Así consta en los atestados policiales. Siempre he tenido la sospecha de que uno de los clientes de Martí era...

Gracias a Dios, antes de que *donya* Esperanza pudiera involucrar a alguien que —con razón o sin ella— habría permanecido en mi mente para siempre jamás como un villano de la más abyecta índole, la música subió de volumen.

El acto tocó a su fin poco después y llegó el tiempo del entreacto. Los palcos de los pisos prestigiosos del Liceu se abrían a amplios pasillos diseñados para pasear. Mi madre me cogió del brazo y me llevó de «paseo» a buen paso en dirección al palco de la familia Cerdà. Margarida y Xavier nos acompañaron, mientras mi padre se paraba a conversar con don Bartomeu Manzano, el marido de *donya* Josefa.

Una mujer rubia de proporciones esculturales avanzaba en dirección a nosotros del brazo de un caballero de aspecto distinguido. El vestido de seda de color champaña de la mujer brillaba como las lámparas de araña que iluminaban el pasillo; sus ojos eran de color azul cristalino como los de una muñeca. Era una de esas miradas que normalmente hacían que la gente volviera la cabeza; las cabezas de la gente se volvían, pero, por extraño que parezca, en dirección contraria a ella.

Mientras que la gente saludaba con movimientos de cabeza al hombre, ignoraba a la mujer.

Cuando ella y yo nos cruzamos, nos miramos. La mujer se detuvo, como si se dispusiera a entablar conversación conmigo, pero sentí un tirón en el brazo y al volverme vi a mamá diciendo que no con la cabeza. Negó con fuerza y me obligó a seguir adelante. La mujer rubia pareció decepcionada. Me sorprendió el comportamiento de mi madre. Mamá tenía un fuerte sentido de la propiedad, pero nunca se mostraba grosera con nadie. ¿Qué había hecho aquella hermosa mujer para merecer tan grave desaire?

Cuando mamá se detuvo un momento para hablar con *donya* Elisa y las hermanas de Conchita, Margarida se acercó sigilosamente a mí.

—Eran el heredero de la fortuna de los Artigas y su segunda esposa. Viven en París. Ella es americana —dijo.

—¿Por qué la gente es tan grosera con ella? ¡Hasta mamá! ¿No será porque es extranjera?

Mi hermana se encogió de hombros.

—La desairan porque no pertenece a nuestro círculo. Es hija de un tendero americano que da la casualidad de que cautivó el corazón de un hombre muy rico.

—Así que no viene de una familia adinerada —dije, sin comprender todavía la razón por la que le hacían el vacío—. Eso no quiere decir que no sea una buena persona. Al fin y al cabo, es la esposa del señor de Artigas, no su amante.

—Ah —dijo Margarida, levantando el dedo—. No estás pensando como el grupo, Evelina. Y eso puede ser fatídico. Mira, no es de nuestro círculo, sino que se ha casado con un hombre de nuestro círculo. ¿Qué significa esto? Significa que hay una posibilidad menos de matrimonio para una hija de una de las buenas familias de Barcelona.

Xavier, que estaba escuchando nuestra conversación, agregó:

—Es la misma razón por la que a los ingleses les molesta tanto que la gente se case «por encima de su condición».

—Bueno —dije—, es mucho más hermosa que ninguna de las mujeres de nuestro círculo, a excepción de Conchita, por supuesto. No es de extrañar que el *senyor* de Artigas se casara con ella.

Xavier sonrió.

—Nuestra Evelina, la del corazón romántico. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Olga te ha llenado la cabeza de ideas románticas —me reprendió Margarida—. No pienses que no hay otras debutantes que intentan abrirse paso a codazos hasta la familia Cerdà. Maria Dalmau, por lo pronto. Sois amigas, ¿no? Bueno, vamos a ver qué pasa cuando Francesc Cerdà muestre más interés por ti porque eres más guapa.

Vi que la mirada de mamá pasaba de *donya* Elisa al reloj. Teníamos que darnos prisa si queríamos ver a la familia Cerdà antes del siguiente acto. Por suerte para nosotros, la madre de Francesc Cerdà debió de tener la misma idea. Al volverme la vi

dirigiéndose apresuradamente hacia nosotros.

—*Donya* Rosita, ya sé que aviso demasiado tarde —le dijo la marquesa a mi madre—, pero vamos a celebrar una cena en nuestra casa después de la ópera. Seremos pocos. Nos gustaría que usted y su familia nos acompañaran, si no tienen otros compromisos esta noche. Mi madre ya es demasiado mayor para venir a la ópera, así que procuramos que tenga algún entretenimiento en casa. Mi sobrino Gaspar tocará el piano para nosotros. Tal vez Xavier podría honrarnos también con una o dos piezas.

En circunstancias normales, para un cambio de planes tan espontáneo, mamá habría consultado a mi padre. Pero como no se le veía por ninguna parte, le dijo a la marquesa que estaría encantada de asistir.

El último acto de *Turandot* estaba tan lleno de tragedia y triunfo que hasta *donya* Esperanza estuvo callada mientras se oía el «Nessun dorma». Pero el tiempo se me hizo muy largo. Por razones que no podía entender, me moría de ganas de conocer a Gaspar Olivero. Me alegré cuando cayó el telón y oí a mamá decirle al *pare* que sería mejor comenzar a despedirnos porque íbamos a la cena de la familia Cerdà. Tardamos una eternidad en salir del Liceu: los periodistas dedicados a los asuntos de sociedad querían hacerme fotografías con mi vestido nuevo, *donya* Josefa nos detuvo para recordar a mamá un almuerzo de beneficencia. El *senyor* Dalmau le preguntó a mi padre qué le había parecido la función. Tuvo que inventarse algo. Fue un alivio cuando nuestro chófer llegó al volante del Hispano-Suiza y todos nos amontonamos dentro.

La casa de la familia Cerdà en el Passeig de Gràcia era una de las más espléndidas de Barcelona. Detrás de su magnífica fachada de piedra había un vestíbulo con el techo abovedado, columnas laqueadas y esculturas de mármol de diosas obra de Josep Clarà. Siguiendo la moda de la época en muchas casas aristocráticas, cada sala tenía un esquema de colores y un estilo diferentes. Mientras el mayordomo nos conducía a todos al salón, pasamos por una biblioteca de estilo medieval con paredes de color burdeos, gárgolas y una armadura en un rincón. De allí pasamos a un vestíbulo decorado con temas de Extremo Oriente en el que había un hombre viajando en una alfombra oriental, cortinas de seda bordadas y un arcón de madera negra lacada con un dragón tallado en ella. Cuando llegamos a un recibidor interior y nos detuvimos un momento para admirar las columnas clásicas y la fuente que evocaba imágenes de la antigua Grecia, me sentí como si hubiéramos hecho un viaje a través de la civilización mundial en el lapso de cinco minutos.

—Puede que vivas aquí un día —me susurró Margarida.

Lo decía en broma, pero sus palabras me causaron un escalofrío. Me sentía a gusto con mi familia en nuestra tranquila y elegante casa, con sus lisos suelos de entarimado y las líneas limpias de los muebles de Homar y Busquets. La casa de los

Cerdà era un palacio, pero yo era incapaz de verme cómoda en ella. ¿Y quién era Francesc? ¿Qué sabía de él? ¿Cómo iba a decidir si quería o no pasar el resto de mi vida con ese chico? El pulso comenzó a latirme con fuerza en las sienes. Tropecé con el dobladillo del vestido, pero por suerte Xavier me sostuvo.

Nos hicieron pasar al salón, donde las cortinas, las persianas y los manteles eran del mismo damasco de color lavanda. Los antepasados de los Cerdà nos miraban desde sus marcos dorados. El marqués y la marquesa, únicos ocupantes de la sala, además de una señora mayor sentada en una silla de ruedas que di por supuesto que era la madre de la marquesa, se levantaron para darnos la bienvenida. Los dos eran esculturales y de piel blanca, más parecidos a dioses nórdicos que a españoles.

—Son ustedes los primeros en llegar —dijo el marqués—. Los demás se han retrasado.

Como ya nos conocíamos todos, no hubo necesidad de presentaciones, pero sí que se tuvieron que intercambiar comentarios graciosos acerca de la ópera y preguntas sobre la salud de los demás. Por suerte, mi madre contestó en mi nombre. Sentí que volvía mi antigua ansiedad al estar entre gente a la que no conocía bien. Las manos y los pies se me habían enfriado.

Pero entonces la marquesa se volvió y me habló directamente a mí.

—He estado toda la velada admirando tu vestido, Evelina —dijo—. ¿Te lo han hecho aquí o es de París?

Se me hizo un nudo en la garganta. Hasta me costaba respirar. Abrí la boca, pero pareció que había perdido la lengua.

—Gra-a-a-cia —dije tartamudeando.

La marquesa enarcó las cejas boquiabierta, sin saber a ciencia cierta si me había oído correctamente. Mi madre palideció. Mi padre me miró, horrorizado. Todo el buen trabajo de Olga se había ido por la puerta.

—Tenía frío en el coche —dijo Xavier, saliendo al quite y rodeándome con el brazo—. Me temo que se ha acatarrado un poco.

Mi hermano hablaba con facilidad y seguridad en sí mismo; habría dado cualquier cosa por ser como él.

—Ah, sí —dijo la marquesa, asintiendo comprensiva—. Yo era igual a su edad, siempre fría. Es esta época del año. Un atardecer cálido puede volverse frío de repente. No hemos encendido la chimenea esta noche porque cuando esta sala se llena puede llegar a faltar el aire. ¿Tal vez le apetecería a Evelina una taza de té?

—Oh, no es necesario —dijo mamá.

—No es ninguna molestia —insistió el marqués, que tocó la campanilla para llamar a una criada.

El marqués y la marquesa se mostraban amables, con lo que lo único que conseguían era que me sintiera más avergonzada si cabe. Detestaba ser el centro de atención. Mi único consuelo era que Gaspar Olivero no estaba en la sala para ser testigo de cómo hacía el ridículo.

El té llegó al mismo tiempo que oímos el sonido de voces que venían del recibidor. El mayordomo abrió la puerta y anunció la llegada de los otros invitados. Gracias a Dios, su aparición hizo que dejaran de prestarme atención. Como la marquesa había dicho que la velada sería poco concurrida e informal, me sorprendió ver que las familias Dalmau y López también habían sido invitadas, junto con otros miembros significativos de la élite de Barcelona. De pronto la sala estuvo abarrotada de gente. Francesc llegó, pero no había ninguna señal de Gaspar.

La cabeza comenzó a querer estallarme de nuevo. Me costaba trabajo respirar. Intenté imaginar a todos como chimpancés, pero el pánico se había adueñado ya de mí y no pude reírme de ellos. Ya era malo sufrir un ataque de ansiedad en mi propia casa, donde podía huir a alguna habitación familiar hasta que me sintiera más cómoda, pero ¿qué podía hacer cuando estaba en casa ajena? Miré a Xavier, pero estaba inmerso en una animada conversación con el marqués. Margarida había terminado de alguna manera en el extremo opuesto de la sala hablando con Francesc. Me habría sido imposible llegar hasta donde ella estaba sin encontrarme con un montón de gente más.

Dejé la taza de té y avancé poco a poco hasta el fondo de la sala, intentando encontrar algún espacio despejado. Vi que había una puerta, ligeramente entornada. Pensé que si podía huir de la multitud durante un rato, me calmaría lo suficiente para pasar la cena. Crucé con sigilo la puerta y me hallé en una sala decorada con más gusto que las otras que había visto. Los muebles de madera de cerezo tallado estaban tapizados en un verde manzana suave y las cortinas eran de color amarillo dorado pálido. Era como si hubiera entrado en un bosque. Habían preparado una larga mesa de comedor con cubertería de plata y vajilla *art déco*. También vi un espléndido piano Bösendorfer en un rincón. Supuse que era allí donde se serviría la cena. En una de las paredes había un panel de taracea que representaba a ninfas bailando la sardana en un claro del bosque. En un intento de calmar mi mente acelerada, intenté adivinar los tipos de madera que se habían utilizado. ¿Nogal? ¿Olivo? ¿Jacarandá? Xavier lo sabría. Me senté en un sillón que había en un rincón de la sala y apoyé mi frente dolorida en la palma de la mano.

—Me ha dicho tu hermano que estás estudiando *ballet*.

Di un respingo. La voz venía del otro extremo de la sala. Al levantar la vista vi a Gaspar Olivero apoyado en la chimenea, observándome.

Tardé un momento en contestar. Estaba tan aturullada que no me había dado cuenta de que había alguien más en la sala.

—Sí —dije—. ¿Conoces bien a mi hermano?

—Soy Gaspar Olivero —dijo caminando hacia mí—. Xavier y yo somos amigos desde hace años, pero es probable que no te acuerdes de mí. La última vez que nos vimos eras todavía una niña. Tu hermano y yo compartimos el mismo primer profesor de piano: Enrique Granados.

La cara que había espiado desde el palco de la ópera era tan dulce de cerca como

de lejos. Me pregunté cómo era posible que no me acordara de un semblante tan lleno de carácter, pero de niña era tan tímida que lo más probable es que estuviera mirándome los pies cuando nos presentaron. Había algo tranquilizador en la actitud de Gaspar. Me relajé por primera vez desde que entramos en la mansión de los Cerdà.

—He oído decir que tú también eres un pianista estupendo —le dije.

Gaspar acercó una silla de la mesa de la cena y se sentó a mi lado.

—Bueno, si eso es verdad, es a mis padres a quienes tengo que agradecerse —dijo mientras me miraba con los ojos brillantes—. Nunca me obligaron a dedicarme a la música... Me incentivaron para hacerlo. Desde el primer momento que soy capaz de recordar, siempre hubo músicos en casa. La música es parte de mí en la misma medida que mi corazón o mis pulmones.

Me gustaba cómo hablaba de sus padres, con profunda gratitud, no con resentimiento. Por la manera en que *donya* Esperanza se había referido a ellos, había insinuado que Gaspar debía de avergonzarse. Pero no me dio la impresión de que fuera eso lo que sentía.

—¿Por qué estás aquí y no en la otra sala? —le pregunté.

Gaspar sonrió de forma abierta. Sus dientes se superpusieron ligeramente por delante, haciendo su cara más atractiva aún si cabe.

—La ópera ha sido tan sublime, necesitaba unos instantes para asimilarlo todo... para revivirlo. Francesc es un tipo estupendo, pero no ha parado de hablar durante todo el trayecto.

Gaspar no me preguntó por qué me había escabullido de la reunión. ¿Lo había adivinado?

—Pero hablemos de tu baile —dijo al tiempo que se daba una palmada en las rodillas—. Soy un gran admirador de los *ballets* de Diaghilev. ¿Has visto los *Ballets Russes* en el Liceu?

Negué con la cabeza.

—Me habría gustado. Pero a mi padre no le placen mucho las cosas modernas.

—¿Entonces vas a bailar con una compañía de orientación más clásica? ¿El *ballet* de la Ópera de París?

—No —dije riendo, aunque me sentí halagada por su sugerencia—. Mi padre nunca me dejaría bailar en público.

Gaspar pareció asombrado.

—Pero ¿a ti te gustaría?

Su pregunta me cogió por sorpresa. Nunca había pensado en qué me gustaría hacer. No podía entender de qué servía pensar demasiado en lo imposible.

—Sí, me gustaría —le confió sorprendida por mi repentina audacia—. No me pongo tan nerviosa cuando bailo.

Asintió con gesto de comprensión. Me di cuenta de lo cómoda que me sentía con él. A pesar de la sorpresa que me había llevado, no había tartamudeado ni una sola vez. Podía hablar con ese chico con la misma facilidad con que lo hacía con Xavier o

Margarida. Me disponía a hablarle de Olga cuando Xavier entró por la puerta.

—¡Estás aquí, Evelina! Mamá se estaba preguntando dónde te habrías metido — dijo.

Gaspar se levantó y estrechó la mano de mi hermano.

—Estaba repasando la representación de esta noche en mi cabeza cuando tu encantadora hermana se presentó en la sala.

—No le gustan las multitudes —dijo Xavier mirándome cariñosamente.

—Y hace bien. A mí tampoco me vuelven loco. —Entonces, como para ahorrarme pasar más vergüenza, cambió de tema—. ¿Qué te ha parecido el tenor de esta noche? —le preguntó a Xavier—. ¿Es tan bueno como Miguel Fleta?

—Su voz ha sido rica y lírica —coincidió Xavier.

—Dicen que será el nuevo Caruso.

Me habría contentado con escuchar a Xavier y Gaspar hablar de la ópera toda la noche, pero no iba a ser así. Tres sirvientas entraron en la sala, encendieron las luces y comenzaron a disponer la comida en la mesa. Un instante después, las puertas de fuelle se plegaron y al abrirse entró la marquesa seguida de sus invitados, como Moisés guiando a su pueblo en la travesía del mar Rojo.

Me colocaron entre Xavier y mamá, con Francesc enfrente. Cuando miré a la *senyora* Dalmau y a Maria, estaban fulminándome con la mirada. Margarida tenía razón.

—No te reconocí esta noche, Evelina —dijo Francesc—. Creo que la última vez que te vi no eras más que una niña pequeña.

A diferencia de Gaspar, la última vez que había coincidido con Francesc había sido en misa la semana anterior, pero era evidente que no se había tomado la molestia de reparar en mí.

—Encuentro mucho más agradable venir a casa después de la ópera que ir al hotel España o al Ritz, ¿no te parece? —me preguntó la marquesa.

Esta vez fui capaz de responder con calma.

—Ha sido muy amable de su parte invitarnos —dije con la actitud más propia de una dama que pude.

—El placer es nuestro, te lo aseguro —respondió la marquesa, señalando con la cabeza a su marido.

De no haber estado rodeada de gente, creo que mamá me habría acariciado la cara y me habría besado.

Algo que brillaba en el cuello de la camisa de Francesc me llamó la atención. Él se dio cuenta de que lo miraba.

—Ah, así que has reparado en el alfiler —dijo—. Soy toxofilita.

Era la primera vez que oía aquella palabra. Sonaba como a miembro de una tribu antigua.

Cuando Francesc vio mi confusión, se echó a reír.

—Soy un entusiasta del tiro con arco —explicó—. Gané el campeonato la semana

pasada.

Entonces comenzó a entrar en detalles sobre la mecánica del arco: era una pieza de ingeniería sencilla pero maravillosa. Ponía tanta pasión en el tema que hasta me interesó. Margarida estaba equivocada al decir que Francesc era tonto. Mientras le escuchaba hablar del tiro con arco, para después pasar al fútbol y al *Tour* de Francia, caí en la cuenta de que era simplemente una persona que no se preocupaba de temas complicados o controvertidos. No obstante, cuando se hubo servido el plato principal, me sorprendí mirando a Gaspar. Aunque estaba emparentado con la familia Cerdà, lo habían puesto en el extremo más retirado de la mesa. No era una mezquindad por parte de la marquesa, es que así eran las cosas. Otra persona podría haberse sentido humillada (la familia de Gaspar había sido en otros tiempos una de las más ricas de Barcelona), pero la conversación que tenía lugar en torno a su extremo de la mesa era mucho más animada que las risas artificiales que se oían en nuestro lado. El *senyor* Homar (generalmente tan serio) reía con ganas; hasta la *senyora* Casas, con su cara avinagrada, esbozaba una forzada sonrisa.

En nuestro lado de la mesa se hizo un silencio lo bastante largo como para oír decir al *senyor* Homar:

—Estoy deseando escuchar a Gaspar y a Xavier tocar el piano para nosotros.

—Ni siquiera cuando Gaspar era un niño —dijo el marqués dirigiéndose a los invitados—, se apresuraba a tocar una pieza antes de estar preparado. Trabajaba las escalas y los ejercicios técnicos hasta que sentía que estaba listo para atacar la pieza. Creo que la paciencia lo ha recompensado bien y lo ha convertido en el virtuoso que es.

—Ah, pero el sentimiento es el alma del músico —dijo el *senyor* Dalmau—. Sin él, solo hay mecánica.

—Eso es cierto —respondió Gaspar—. Pero lo que también es verdad es que la música más grande es intelectual tanto como sentimental. Si estudia las sonatas de Beethoven, por ejemplo, verá que el compositor pensó mucho la estructura de los motivos y los movimientos. La música de Beethoven es realmente preciosa, pero también está muy bien planificada. Él es la prueba perfecta de que el arte exige disciplina y pensamiento, de que no cae del cielo en perfecta formación.

Se hizo un silencio sobrecogedor en la reunión. Gaspar tenía la atención de todos, tanto si les interesaba la música como si no. No era solo lo que decía, sino la manera en que lo decía. Cuando hablaba, sus ojos estaban llenos de pasión. Advertí que Xavier lo observaba con atención.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —le dijo a Gaspar—. Existe esa idea de que de algún modo el arte debe reflejar la vida. Pero no es así en absoluto, ¿verdad? La vida es caos. Es el arte el que da significado y orden a la vida.

—¡Bien dicho! —respondió Gaspar, que alzó su copa de vino en dirección a Xavier.

Francesc se inclinó hacia mí.

—No sé cómo te sentirás tú, pero no me estoy enterando de nada.

—Muy bien —dijo el marqués al tiempo que se ponía de pie—. Como parece que ya hemos terminado de cenar, tal vez este debate sea la introducción perfecta para escuchar a estos caballeros.

Xavier fue el primero en ocupar su lugar ante el piano. Nos deleitó con la belleza inquietante del *Clair de Lune*, de Debussy. Mientras miraba tocar a mi hermano, me llené de amor por él. Había tanta belleza y también tanto conflicto. Fue más evidente cuando pasó a la *Sinfonía número 6, Patética*, de Chaikovski, que llevaba más de un año memorizando y perfeccionando. La pieza estaba llena de pesar, esperanza, felicidad, dolor y una sensación de premonición. Vi cada una de esas emociones pasar por la cara de Xavier mientras tocaba.

Cuando terminó de tocar la pieza, la concurrencia le aplaudió.

—Qué precioso, qué conmovedor —dijo la marquesa a mi madre.

Como a Xavier le habían pedido que tocara en el último momento, limitó su actuación a esas dos piezas.

—Ahora —dijo, mientras se ponía de pie y hacía un gesto con la mano en dirección a la banqueta del piano— quiero invitar a mi buen amigo Gaspar Olivero a tocar para nosotros. Es un auténtico virtuoso.

Gaspar había escogido música de compositores españoles para la velada y comenzó con una obra del maestro que había compartido con Xavier: *La maja y el ruiseñor*, de Granados. Era una pieza romántica y conmovedora que me hizo pensar en el triste destino de aquel compositor. Durante la Gran Guerra, cruzaba el canal de la Mancha a bordo del *Sussex* cuando el barco fue torpedeado por un submarino alemán. Granados pudo llegar a un bote salvavidas, pero al mirar a su alrededor en busca de su esposa, vio que ella se hundía en el mar. Se lanzó al agua para salvarla, pero los dos se ahogaron.

Mi mente regresó al presente. Aquella intensa expresión en la cara de Gaspar; aquella forma en que el piano parecía ser una continuación de sus brazos. «La música es parte de mí en la misma medida que mi corazón o mis pulmones», había dicho. Vi la diferencia entre Xavier y él. Aunque los dos eran músicos de gran calidad, Xavier era un hombre dividido, mientras que Gaspar era completo. Xavier tenía que compartimentar su vida: su papel de heredero de la élite de Barcelona, su papel de esposo y padre; su música y su arte. Pero Gaspar ponía todo lo que era en lo que tocaba: todas sus emociones, su intelecto y su personalidad. Su espontaneidad se hacía evidente en la música, así como su buena voluntad, su alegría y hasta su sentido de la ley y el orden. Oírle tocar era maravilloso. Me di cuenta de que aunque la gente se compadecía de Gaspar porque sus padres habían malgastado su herencia, quizá le hubieran dado algo que estaba muy por encima de eso. Xavier era rico, pero no tenía la libertad de Gaspar.

Siguió emocionando a la concurrencia con piezas de Albéniz y Rodrigo. Cuando terminó, el aplauso fue entusiasta. Volvió a la mesa mientras las criadas se llevaban la

fruta y el queso.

—Gaspar, has estado maravilloso —dijo Xavier con los ojos brillando de admiración—. ¡El maestro Granados habría estado orgulloso!

—Bueno, me quito el sombrero ante ti —le dijo el *senyor* Dalmau a Gaspar—. Has demostrado lo que dijiste antes sobre la técnica y la emoción. Desde luego tú tienes las dos cosas.

Me intrigó observar cómo Gaspar, que había estado sentado en el extremo de la mesa, había dado la vuelta a la situación y había pasado a ser el centro de atención de la velada. Entonces dijo algo profético, aunque no me daría cuenta de ello hasta mucho más tarde.

—Me alegro de que entienda que mi énfasis en la técnica no excluye la emoción —dijo llevándose la mano al corazón—. Porque soy una persona profundamente sentimental. Hay determinadas piezas que no toco nunca porque las asocio a algo terrible. Estaba trabajando en el *Concierto número 1* de Brahms cuando me enteré de la muerte de Granados. Tenía catorce años y no he vuelto a tocar esa pieza desde entonces. Sentí pavor a que un día pudiera suceder algo extremo que me apartara de la música para siempre.

La velada terminó. El marqués y su esposa, junto con Francesc, despidieron a los invitados en la puerta.

—¿Te gusta el tenis, Evelina? —me preguntó Francesc—. A lo mejor a Xavier y a ti os gustaría jugar un partido de dobles conmigo y con mi hermana Penélope cuando ella vuelva al acabar la escuela este verano.

Yo no había jugado al tenis en mi vida, pero sabía que mamá se disgustaría si rehusaba la invitación.

—Gracias —le dije—. Me gustaría, si me enseñas a jugar.

—Será un placer —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Mis padres seguían hablando con la marquesa. Margarida y Xavier admiraban la fachada de la casa. Los esperé en la escalinata.

—Espero tener algún día la oportunidad de verte bailar, Evelina.

Un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo. Sabía quién estaba hablando y me di la vuelta para mirar de frente a Gaspar.

—Y yo espero volver a oírte tocar pronto —le dije.

Sonrió.

—¿Por qué no vas nunca con Xavier y Margarida al club en el que toco? Algunos de los mejores músicos y bailarines de todo el mundo actúan allí. A tus hermanos los veo constantemente, pero a ti nunca.

Sentí una punzada de envidia por la independencia de Xavier y Margarida.

—Al parecer mi hermano y mi hermana hacen lo que les place —dije—. Pero a mí ni siquiera se me permite salir de la casa si no viene conmigo mamá o una doncella.

—Bueno, ahora que ya estás en sociedad las cosas podrían ser diferentes —dijo

él, que me miró esperanzado—. Seguro que a tus padres no les importará si vas con tus hermanos de acompañantes. De verdad, tendrías que ver a algunos bailarines.

Estaba segura de que debía de tener las mejillas tan brillantes como la salida del sol. Me eché a reír. Al volverme, vi a mamá fulminándome con la mirada. ¿Qué había hecho para merecer tal desagrado? Pensaba que estaría feliz porque no había tartamudeado durante la mayor parte de la velada.

Nuestro coche llegó y el chófer abrió la puerta. Mi padre nos indicó con una seña que subiéramos.

—Será mejor que me vaya —le dije a Gaspar.

Me disponía a montar en el coche cuando mamá me sujetó del brazo, apretando los dedos contra mi carne. Nunca hasta ese momento había sido tan violenta conmigo.

—Evelina —dijo entre dientes—, salir en sociedad no es todo diversión y juegos y vestidos bonitos. Tienes responsabilidades con tu familia y con tus iguales.

La miré fijamente, sin entender lo que quería decir. Hizo una pausa y añadió:

—Es importante que te comportes como debe comportarse una señorita de tu posición. —Lanzó una rápida mirada a Gaspar y añadió—: Y es muy importante que no metas ideas en las cabezas de los jóvenes que no tienen absolutamente ninguna posibilidad de conseguirte nunca.

Mamie terminó su relato con una sonrisa enigmática. ¡No podía creer que fuera a dejarme colgada así! El hombre a quien *mamie* había descrito no era el *avi* que yo había conocido. Aunque había ciertas semejanzas (su atención por los detalles, su conocimiento de una amplia variedad de temas, su placer en bosquejar escenas y objetos en sus cuadernos, sus modales amables), mi abuelo había sido un hombre introvertido cuyo amor por los pianos se limitaba a restaurarlos y a afinarlos. Casi nunca le había oído tocar algo más que unas cuantas frases de esto y aquello para comprobar que todas las partes del instrumento funcionaban como era debido.

—¿Qué pasó con la música del *avi*? —pregunté—. ¿Fue la Guerra Civil?

Mamie negó con la cabeza.

—No fue la guerra en España lo que mató la música de Gaspar. En todo caso, aguantó aquel desarraigo mejor que cualquiera de nosotros. De no haber sido por su sangre fría en aquellas circunstancias, yo no habría sobrevivido. No, la pérdida de la música de Gaspar ocurrió aquí. Ya sabes que durante la ocupación alemana lo internaron en un campo de concentración. Hitler era amigo de Franco. Y los nazis persiguieron a los republicanos españoles que habían huido a Francia. Gaspar nos había enviado a Julieta y a mí fuera de París para protegernos, pero él se quedó aquí para ayudar con una organización de pisos francos que sacaban clandestinamente del país a judíos y a otras personas que corrían peligro. Aunque suene irónico, enviaban a muchas de ellas a España. Siendo un catalán que hablaba un perfecto francés, habría

podido ocultar su identidad. Pero lo traicionó el conserje de nuestra casa y lo mandaron a un campo de concentración con otros refugiados españoles de París. Pero lo que te voy a contar no lo sé por él: jamás me habló de ello. Me lo contó Curro Verger, que estuvo internado con él. El director del campo, un sádico, se enteró de que Gaspar era un virtuoso y que tenía una afición especial por la música de Liszt. Ante los prisioneros congregados, el director mandó llevar a Gaspar encima de un escenario en el que habían colocado un piano. Le puso una pistola en la cabeza a Gaspar y le ordenó que tocara el *Estudio trascendental número 4 en re menor* de Liszt a primera vista mientras él pasaba las páginas. Dijo que por cada error que Gaspar cometiera, fusilarían a un prisionero español, empezando por las mujeres.

Contuve la respiración y cerré los ojos, tratando de imaginar lo que mi abuelo debió de sentir en esa situación. Sabía por papá que ese estudio era una pieza de notoria dificultad, incluso cuando no se estaba medio muerto de hambre y con la mente agotada. El miedo y la náusea me hicieron un nudo en el estómago. Papá me había contado que todos los concertistas de piano tenían pavor a un lapsus de memoria durante una actuación, pero la verdad era que hasta a los mejores les ocurría a veces, incluso después de meses de práctica y memorización. Solían retomar la música de nuevo y continuaban sin tener que vérselas con otra cosa que no fuera su orgullo herido. Ninguno se habría visto nunca como mi abuelo, aunque tuviera la partitura delante.

Volví a abrir los ojos, pero pasó un rato antes de que *mamie* o yo pudiéramos hablar.

—Según Curro, Gaspar no cometió ningún error —dijo por fin *mamie*—. La atención que durante toda su vida había prestado al detalle y a la técnica, además de su familiaridad con Liszt, tuvieron su compensación. Pero el director mandó fusilar a los otros presos de todos modos, a excepción de Curro y Gaspar. Desde ese día, tu abuelo nunca fue capaz de acercarse de nuevo al piano como músico.

Sentí náuseas. En algunos aspectos me alegraba de haberme enterado de más cosas sobre mi herencia española y mis seres queridos, pero aquellas cosas resultaban inquietantes. ¡Pobre *avi*! Nunca supe lo que había sufrido. De haberlo sabido, habría encontrado alguna manera de consolarlo. Ahora era demasiado tarde.

—Quería hablarte de tu abuelo esta noche —dijo *mamie*, limpiándose una lágrima de la mejilla—. Quería contarte quién fue un día. Sabes que lo amé de verdad, pero el hombre que los alemanes me devolvieron era un espectro del que conocí en Barcelona. Porque los nazis no solo habían quitado a Gaspar la música, sino que habían destruido su fe en la humanidad. Dejó de creer en el progreso, en los ideales. No como Xavier, que mantuvo su fe hasta el final.

Celestina

En 1919, los cafés cantantes, en los que yo bailaba y Manuel tocaba para públicos que apreciaban el flamenco gitano, casi habían desaparecido de Barcelona. El público tenía nuevas posibilidades: cines, clubes de *jazz* y salones de baile. Manuel se habría contentado con tocar solo para fiestas privadas, pero yo nunca me cansaba de bailar. No me preocupaba dónde actuaba ni para quién, siempre que estuviera bailando. Tenía dieciocho años y en los últimos diez años había vivido y respirado flamenco. Me consumía. Mis dedos chasqueaban por impulso propio. Mis pies se deslizaban cuando caminaba.

Manuel quería seguir a los otros artistas gitanos que habían regresado a Sevilla y llevarme con él, pero Diego se opuso. El jefe del clan tenía el vicio del juego, y la pérdida de los ingresos que yo le reportaba obligaría a Diego a perderse sus peleas de gallos y perros.

—Llévala a ese sitio del puerto —le dijo a Manuel—. He oído decir que los americanos dan buenas propinas. Nuestra payita no es muy guapa que se diga, pero tiene cierto encanto.

Manuel y yo nos vimos haciendo pruebas para espectáculos de variedades en teatros cubiertos de polvo al lado de actores, cómicos con sombrero de copa y malabaristas vestidos de payaso. El primer trabajo que conseguimos fue una actuación después de la película del sábado por la noche en un cine del Carrer del Carme. Nos echaron a gritos del escenario al cabo de tres minutos.

—¡Teníais que dar al público un impulso de optimismo! —nos dijo a gritos el furioso encargado—. ¡No las ganas de tirarse por un precipicio!

Comprendí que íbamos a tener que adaptar nuestro estilo si quería que Diego siguiera yendo bien de dinero. Recogí flores desechadas en el mercado y, disfrazada de vendedora de flores, me colé en los teatros y los *cabarets* para poder ver los nuevos números de flamenco. Era cierto que se había operado un gran cambio: la belleza de quienes bailaban y su vestuario eran ahora más importantes que el talento; ninguno de los cantaores interpretaba ya en el dialecto andaluz. Por el contrario, todos cantaban en un buen castellano. El flamenco se estaba integrando en el baile clásico español con sus suaves posturas de *ballet* y movimientos de pies. No se lo dije a Manuel, pero a casi ninguna de las nuevas bailaoras la acompañaba un guitarrista. La mayoría actuaba con música de piano. Lo asimilé todo como había hecho cuando las hermanas de Manuel me enseñaban su flamenco: desde los bailes folklóricos españoles de la Argentina hasta el corte de pelo rizado de Raquel Meller. Me di cuenta de que tenía lo mejor de los dos mundos: era andaluza con una educación gitana. Tenía la intención de sacar el máximo partido de ello.

La joven mujer que era a los dieciocho años no era la misma niña inocente que fui a los ocho. Era una superviviente con instinto de conservación. Me olvidaba del «ángel oscuro» cuando los encargados de los teatros nos pagaban con la cena además de nuestro estipendio. Si lo que querían era que me moviera haciendo aspavientos y haciendo revolotear la falda, lo haría.

Cuando empecé a bailar con un par de castañuelas que había «adquirido» de una artista que había dejado su camerino sin cerrar con llave, Manuel pensó que las cosas habían llegado demasiado lejos.

—Deja de hacer cabriolas con esas «tableteadoras» en las manos. Después de todo lo que Francisca te ha enseñado... No tienes principios.

Me encogí de hombros. Puede que no hubiera tenido principios, pero, después de haberme atiborrado todas las noches durante el último mes de platos de fideos y arroz, ahora tenía pechos y caderas por primera vez.

Sin embargo, mientras yo me ponía más fuerte, Francisca parecía más débil. Sus ataques de vómitos y náuseas eran cada vez peores. Ya no tenía energía para ir al mercado de flores a decir la buenaventura y se pasaba los días sentada en la playa y contemplando el mar.

Pastora, la hermana de Manuel, ayudaba a Francisca a preparar las pócimas curativas que necesitaba. Francisca había adiestrado a Pastora desde que era una niña para que ocupara el puesto de *chovihani* del clan cuando llegara el momento. Sin embargo, cuando apareció sangre en la orina de Francisca, me quedé con parte del dinero que ganaba (arriesgándome a que Diego me pusiera un ojo a la funerala o me desgarrara el lóbulo de una oreja por mi engaño) para poder comprar medicinas modernas que le ponía a Francisca en sus infusiones. Ella me había dicho que estaba cargando con el daño mágico que le había sobrevenido al clan por haber perdido el *tacho romano drom*, el auténtico camino gitano, pero el médico a quien consulté llevándole una lista de sus síntomas me informó de que los riñones le estaban fallando.

Cuando Francisca comenzó a tener dificultades para respirar y dejó de comer, Diego ordenó que la trasladaran fuera de su barraca y la pusieran bajo un dosel, con arreglo al ritual gitano según el cual los moribundos no debían fallecer en su vivienda habitual por si su espíritu se quedaba allí. Gitanos de toda España acudieron a presentar sus respetos a Francisca. Durante ese tiempo, no bailé. Tuve que ocuparme de encontrar sitios para que durmieran las visitas.

Una noche, cuando la respiración de Francisca comenzó a hacer un ruido extraño, Pastora y yo mandamos salir a las visitas para poder lavar a Francisca y prepararla para el viaje al otro mundo. No se nos permitiría tocarla después de la muerte. Le regalé mi vestido flamenco para que se lo pusiera porque ese sería su mejor atuendo.

Francisca se dirigió a Pastora.

—Si los gitanos no recuerdan la verdadera razón de su existencia..., ayudar y curar a los árboles y los animales y ser buenos con los payos..., me temo que les

espera un destino terrible. Veo una nube siniestra engullendo Europa y llevándosela con ella. Díselo, avísalos.

Después me miró y me tocó en la mejilla.

—No dejes que Diego te intimide —me dijo—. Tú no eres una paya, eres una de los nuestros. Siempre lo has sido. No te olvides de que tienes la magia gitana.

Una sonrisa de complicidad asomó a sus labios antes de cerrar los ojos y exhalar su último suspiro.

Pusimos la varita mágica de Francisca y sus hierbas en el ataúd. Luego los hombres dismantelaron su barraca y quemaron todo lo demás. Mientras miraba cómo el humo ascendía al cielo, recordé sus palabras: «Tienes la magia gitana». El problema era que no estaba segura de si seguía creyendo en la magia. Todos aquellos a los que amaba parecían morir antes de tiempo.

Tras el fallecimiento de Francisca, me fui a vivir con las hermanas de Manuel en su choza de barro. La mudanza me salvó la vida, porque dos días después una ola gigante barrió la playa y destruyó varias viviendas. A Manuel lo arrastró al mar, junto con algunos perros y gallinas. Los perros volvieron nadando a la orilla y las gallinas se recuperaron. Pero a Manuel y su guitarra nunca los encontraron.

—¡Es la mala suerte que tú le has traído haciendo esos bailes payos! —me acusó Blanca.

Ella y los demás gitanos me rehuían, hasta que Diego decidió ser mi representante y anunció que bajo su «orientación» yo ganaría tanto dinero que pronto podría mantener a todo el clan.

Había un club llamado Villa Rosa en el que actuaban los mejores artistas de flamenco de todo el país. El dueño era un guitarrista flamenco de Castellón, Miguel Borrull. Aquel lugar no tardó en ser conocido como «la catedral del flamenco». Se rumoreaba que los «señoritos» ricos contrataban a artistas del Villa Rosa para actuar en sus fiestas, donde corría el vino de reserva y a veces pagaban a las bailaoras con diamantes. Hasta se decía que se sabía que el rey frecuentaba el club de incógnito siempre que viajaba a Barcelona. En vez de mandarme a las pruebas para los espectáculos de variedades que se ofrecían en las Ramblas, Diego se fijó en el Villa Rosa.

Me llevó allí una fría noche. Llevaba puesto un vestido que me había prestado Juanita: un típico vestido gitano de color verde lima con lunares y mangas con volantes hasta el codo. Era de una talla más grande que la mía y tenía que tirarlo constantemente hacia atrás sobre los hombros. Diego y yo nos quedamos fuera en la acera, tiritando. A pesar de que lo ignoraba todo del mundo del flamenco, Diego poseía atrevimiento y seguridad en sí mismo. Había llevado consigo bolsas de setas que las mujeres gitanas habían recogido ese día y que pensaba utilizar a modo de soborno para que nos dejaran entrar en el club regalándolas a los artistas flamencos

que actuaban allí esa noche.

Su primera víctima fue un hombre delgado cuyos ojos inyectados en sangre y su pelo ensortijado eran las únicas cosas que se veían por encima de las solapas levantadas de su abrigo.

—¡Dispense, señor! —le abordó Diego—. Mi sobrina es una *bailaora* de talento. Si la ve bailar uno o dos minutos, le regalaré estas...

El hombre pasó delante de nosotros sin detenerse.

Diego no reconoció de inmediato a la mujer que se bajó de un taxi y se encaminó al club, pero yo sí. Era la Tanguera, cuyo impecable sentido del ritmo era admirado por todos los que amaban el flamenco. Era famosa por bailar la *farruca*, tradicionalmente un baile de hombres.

—Disculpe, señorita, ¿podría enseñar a mi sobrina uno o dos pasos? —le preguntó Diego exhibiendo su sonrisa más encantadora.

La Tanguera clavó su mirada seductora en Diego y se estiró hasta desplegar toda su estatura.

—¡Nadie puede imitarme! —respondió echándose el pelo sobre los hombros—. ¡Nadie!

—¡Esnob! —dijo entre dientes Diego cuando la mujer entró en el club.

Pero no desistió. La cara se le iluminó cuando un hombre corpulento vestido con traje de buen corte caminó por la acera hacia nosotros. Aquel hombre parecía un político rico, no un artista flamenco, por lo que Diego probó con un nuevo enfoque.

—Dispense, señor —dijo alzando sus manos juntas en actitud de súplica—, tengo conmigo a la que quizá sea la más grande *bailaora* que este país verá nunca. Hará un gran favor al mundo si habla con el señor Borrull y le pide que deje a mi sobrina bailar en su club esta noche. No le decepcionará, ¡ni a usted ni a sus estimados amigos!

El hombre se giró para mirarme. Caí en la cuenta de que era el cantaor flamenco Antonio Chacón. Se decía que su voz de tenor era tan potente que podía oírse en una plaza de toros sin ayuda de micrófono alguno. Miró mi vestido charro y mis pies callosos, que se estaban poniendo azules con las sandalias de cuerda que calzaba porque no tenía unos zapatos de baile adecuados. Esperaba que nos apartara de su camino de un empujón, pero ante mi sorpresa sonrió.

—Sí, ¿por qué no entran y enseñan a don Miguel lo que sabe hacer? No queremos privar al mundo de su talento.

Seguí al señor Chacón y a Diego adentro del Villa Rosa, sin poder creer que el plan de Diego hubiera funcionado. Me sentía abrumada al estar en aquel lugar. Apenas reparé en los azulejos moriscos de las paredes y en los arabescos de escayola del techo. El club estaba abarrotado y mantuve la vista fija en las espaldas del señor Chacón y de Diego para no perderme, pero sí me fijé en la reluciente barra con un montón de vinos y jerez en botellas con estilo. Di un respingo cuando reconocí al matador de toros Juan Belmonte hablando con la elegante estrella de cine Antonio

Moreno, que había hecho carrera con éxito en Estados Unidos. Las otras personas vestidas con magníficas prendas probablemente serían igual de famosas, pero no tenía ni idea de quiénes eran.

El señor Chacón nos condujo a una sala donde estaban sentados los artistas flamencos. Las bailaoras iban vestidas de negro y con el pelo recogido con elegancia con horquillas detrás de las orejas. En comparación, yo parecía una especie de extraño erizo de mar con mi vestido brillante. El corazón se me puso en la garganta cuando vi al guitarrista Ramón Montoya empuñando su famosa guitarra, la *Leona*.

También estaba allí la atractiva bailaora Concha la Chicharra. Era conocida por un baile bastante subido de tono llamado *el Crispín*, en el que se iba despojando de varias capas de ropa, supuestamente mientras buscaba una pulga.

—¡Don Miguel! —llamó el señor Chacón a un hombre que estaba sentado al lado del señor Montoya.

El tipo alzó la vista y enarcó sus pobladas cejas.

—¡Le he traído a un nuevo talento!

De no haber estado al lado del señor Chacón, dudo que Borrull me hubiera mirado dos veces. Se levantó de su silla e hizo una seña con la cabeza a Montoya, que comenzó a tocar una *farruca*. Se me cayó el alma a los pies. Podía sentir la mirada de la Tanguera traspasándome. ¿Cómo podía bailar yo algo por lo que ella era famosa? Pero sabía que aquella era mi única oportunidad de impresionar al señor Borrull y a los demás. Debía hacer todo lo posible.

Me quité las sandalias y las puse debajo de una silla. Miré una vez a Diego antes de levantar la barbilla y empezar a bailar. Giré las muñecas, balanceé los brazos y golpeé el suelo con los pies con toda la pasión de la que fui capaz. Hacía mucho tiempo que no sentía el ángel oscuro, pero algo se apoderó de mí cuando el señor Montoya comenzó a tocar más rápido y mis pies se movieron con él. Un impulso de poderío y majestuosidad me recorrió el cuerpo. Era la dueña de aquel baile, no su esclava. Me olvidé de impresionar al señor Borrull y bailé con todo mi espíritu.

Cuando acabé, el efecto en la sala fue electrizante. Mantuve mi postura altiva mientras los artistas me gritaban «¡Olé!». Chacón sonrió a Borrull, que asintió. Diego, que no distinguía una *farruca* de un cuenco de aceitunas, cruzó los brazos y sonrió con aire de suficiencia, como si la victoria fuera solo suya.

—¡Ella! —dijo una voz detrás de mí.

Al volverme vi a un hombre de mejillas hundidas, nariz aguileña y ojos de párpados rojos. Su mirada intensa me produjo una sensación sobrecogedora, pero era evidente, por la excitación que recorrió la sala y por los dos hombres fornidos que lo flanqueaban, que aquel hombre era importante.

—Señor Salazar —le dijo Borrull mientras le ponía una mano en el hombro—. Esta señorita acaba de empezar con nosotros esta noche. No sé qué más sabe bailar. A lo mejor no está a la altura de su nivel. Pregunte mejor a la Tanguera.

Salazar se rio enseñando unos dientes amarillos.

—¡Se ha olvidado de que soy el mejor juez de lo que quiero! En esa señorita arde el fuego gitano. Mándemela a ella y a Montoya.

Borrull parecía preocupado, pero me hizo un gesto para indicar que me fuera con aquellos hombres.

—Lo mejor será que lo hagas tan bien como en ese primer baile —me susurró el señor Montoya al oído—. Salazar no consiente juegos.

—¿Quién es? —pregunté.

A Montoya le sorprendió mi pregunta.

—¡Oh Dios! —dijo entre dientes—. Es uno de los más famosos criadores de toros de lidia de España... y también una especie de gánster.

Miré a Diego, que se pasó la mano por el pelo, nervioso. Ahora estábamos fuera de nuestro terreno.

Seguimos a los hombres por una escalera por la que subimos a una sala decorada con lámparas de araña de hierro forjado y con murales de azulejos de castillos moriscos en las paredes. La atmósfera estaba cargada de humo de cigarro y del aroma de avellana del buen jerez. El público eran en su mayoría hombres, como lo había sido en los cafés del Barri Xinès donde Manuel me llevaba a bailar, pero en esta ocasión las pocas putas que había llevaban vestidos de Jeanne Lanvin.

Salazar hizo una seña para que los invitados hicieran sitio para que yo pudiera bailar. Sacó una pistola de su chaqueta antes de sentarse en un sillón.

—Oh, Dios —susurró de nuevo el señor Montoya—. ¿Sabes bailar unas *alegrías*? Lo miré.

—Sí.

La mayoría de las bailaoras flamencas estaban especializadas en dos o tres formas musicales y consagraban su vida a dominar cada detalle de ese ritmo. Pero a mí me obsesionaba el baile en todas sus formas. Podía haber interpretado el tango argentino o el *cakewalk* americano si Montoya me lo hubiera pedido; o, al menos, mis interpretaciones de esos ritmos.

Montoya pareció tener dudas, pero comenzó a tocar.

Hice todo lo posible por ignorar la pistola que vi en el regazo de Salazar y la expresión adusta de su cara. Comencé mi paseo. Por suerte para mí, por la manera en que la multitud me gritaba su ánimo, pude saber que apreciaban el flamenco gitano. Alcé los brazos y arqueé las muñecas, dejando que el ángel oscuro me tomara. Sentí que me transformaba. Mi torso se hizo más pesado y sólido. Me salieron cuernos de la cabeza y los hombros se me llenaron de músculo. Me vi en el espejo de la pared. Mi piel era negra y mi cabeza era enorme. Me había convertido en uno de los toros de Salazar...

Con la sangre encendida, salí corriendo del oscuro toril al ruedo. La luz me deslumbraba. La multitud rugía. El corazón me latía con fuerza de furia y miedo. El matador en su traje de luces me esperaba junto con sus banderilleros. Levantó su capote de raso, poniendo a prueba mi valor. Un picador a caballo me acuchilló en el

cuello. Un dolor punzante me quemó todo el cuerpo y no pude ya mantener erguida mi orgullosa cabeza. Sangre caliente me corría por las piernas y caía en la arena...

Bailé con furia, con la ira consumiéndome las entrañas. Quería vivir pero odiaba la vida. Lo único que había conocido era la injusticia. Tenía que matar a quienes habían hecho daño a mi familia...

Los espectadores eran un mar de brillantes colores. Mujeres con mantillas de encaje ondeaban sus pañuelos. No podía ganar, pero sabía que tenía que luchar... Giré como un látigo. No una vez, sino dos. El pelo se me escapó de las horquillas. Mis pies golpeaban el suelo como si fueran tambores de guerra... Corrí hacia quienes me atormentaban. Mi triunfo fue el atisbo del miedo en los ojos del matador, aunque duró solo un momento y yo llevaba todas las de perder...

Los refinados invitados del Villa Rosa saltaron de sus asientos, chillando y gritando. Salazar hizo varios disparos al techo...

Los arpones con lengüeta que me clavaron en los hombros agotaron mis fuerzas. Eran más que yo y estaba sola. Pero arremetí con todo el coraje que me quedaba. Un dolor atroz me desgarró entre los omóplatos. El estoque del matador me había atravesado el corazón. Caí de rodillas. La vista se me nubló. Los espectadores vitorearon. Mi última visión del mundo fue la de miles de pañuelos blancos ondeando en señal de victoria mientras la vida se me escapaba...

Terminé el baile con el brazo derecho levantado y la vista hacia abajo. El sudor me caía por la cara y la espalda. Los pulmones me latían, intentando con desesperación tomar aire. Hubo un silencio de pasmo que duró unos pocos segundos, antes de que un hombre levantara su silla y la arrojara contra la pared. Otro recogió una de las patas astilladas y la hizo añicos en un espejo. Las mujeres sollozaban histéricamente. Una de ellas rasgó el pañuelo que llevaba al cuello y lo hizo jirones en sus manos. Su acompañante rompió su copa de vino y se clavó el recipiente mellado en el hombro. Me temblaban las piernas y la sala se puso blanca a mi alrededor. Mi actuación los había marcado.

Montoya empezó a tocar otras *alegrías*, pero a mí no me quedaba nada más que dar. Lo miré a él y después a Diego. Y entonces me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, ambos estaban inclinados sobre mí.

—«Alegrías» quiere decir eso —me dijo Montoya con el ceño fruncido—. Donde sea que hayas ido con ellas, ha sido perturbador.

Diego, sin embargo, estaba radiante. Por las voces que oía a mi alrededor y por los murmullos de «espectacular», estaba claro que había sido bien recibida.

Los hombres me ayudaron a ponerme de pie y me encontré cara a cara con Salazar. Cogió mi mano y metió un fajo de billetes en ella. Era más dinero del que había ganado en toda mi vida. Desorientada y turbada, me di la vuelta para irme.

Me agarró de un brazo y tiró de mí hacia él.

—A los matadores que lidian mis toros les advierto que es peligroso volverles la espalda.

Salazar me hacía daño al agarrarme. Al principio aparté la vista de su cara cruel. Su oscuridad era profunda. Pero entonces pensé en el toro en el que me había convertido mientras bailaba y el coraje volvió a mí. Le aguanté la mirada. Una sonrisa le hizo torcer el gesto. Mi desafío pareció agradaarle. Se rio a carcajadas y acercó su cara a la mía.

—Encaste, nobleza, bravura —dijo—. La cualidad más importante que busco en mis toros es el coraje ante el dolor.

Me soltó. Di un traspie hacia atrás. Mantuve la vista fija en él mientras retrocedía para salir de la sala. Era evidente que Salazar tenía al diablo dentro del cuerpo. Entonces no sabía cuánto dolor me causaría un día.

El señor Borrull nos había invitado a Diego y a mí a volver al Villa Rosa la noche siguiente. Aunque me excitaba estar en compañía de los mejores artistas flamencos, tenía miedo de que Salazar me eligiese otra vez para una fiesta. Al final Diego había decidido gastar un poco de dinero en mí, «como inversión», y había comprado un elegante vestido negro con una falda con volantes y ribetes blancos para que me lo pusiera.

Suspiré aliviada al ver que Salazar no estaba en el club. En cambio, bailé para algunos turistas ingleses y americanos. Los ingleses no dijeron nada, aunque me pagaron generosamente, pero los americanos estaban eufóricos.

—Querida, deberías ir a Nueva York —me dijo un hombre vestido con traje blanco—. Los norteamericanos son unos apasionados de las bailarinas españolas. ¡Ganarás millones!

Además de bailar en el Villa Rosa, a Diego y a mí nos invitaban a otros clubes famosos de Barcelona: La Taurina, El Manquet, La Criolla. Si un club no estaba concurrido una noche determinada, los artistas flamencos actuaban unos para otros. Ninguna academia de baile podría haberme dado lo que aprendí al observar de cerca a los maestros.

Una noche del año siguiente, un mes después de cumplir los diecinueve años, estaba ensayando dos o tres giros y pararme con precisión cuando noté que alguien me observaba. Por el rabillo del ojo advertí la presencia de un hombre con traje cruzado que estaba sentado a una mesa en el rincón. Era ancho de hombros. Sus manos, que tenía juntas delante de él, eran grandes y robustas. Llevaba una sortija de sello de oro en una y un anillo de diamante en la otra. Parecía que aquel hombre podía aplastar a cualquiera si lo apretaba con las manos, pero era demasiado suave para hacerlo.

Terminé mi baile. Estaba sentada en la barra para tomar un poco de agua helada cuando el hombre se acercó a mí.

—Bailas muy bien —dijo con un acento que no era español.

¿Qué era? ¿Francés? ¿Alemán? Tenía el pelo castaño lacio y brillante, y la

mandíbula fuerte de un hombre más joven, pero la piel de sus párpados caídos y las estrías alrededor de su boca me hicieron suponer que rondaría los cincuenta.

—¿Quiere que baile en una fiesta? —le pregunté, con la esperanza de tener trabajo para esa noche.

Parecía un hombre de dinero. Otra epidemia de gripe mantenía alejados a los turistas. Y yo tenía a todo un clan gitano que mantener.

Negó con la cabeza.

—No, me gustaría que bailaras en mi *cabaret*.

El recuerdo de los insulsos números que Manuel y yo habíamos interpretado en los espectáculos de variedades cuando andábamos mal de dinero no me hizo aceptar la oferta al vuelo. Si alguna vez volvía a bailar en uno de esos locales, sería con mis condiciones.

—Si lo que busca es un «número de flamenco» —le dije—, se ha equivocado de bailarina.

El hombre negó con la cabeza. Era difícil no sentirse hipnotizada por sus ojos. Eran del mismo color azul cobalto que las botellas de agua que los camareros ponían en las mesas.

—No busco una bailarina —dijo—. Lo que busco es una estrella.

Aquella palabra me hizo pensar en grandes bellezas como la Argentina: mujeres que tenían cuatro o cinco cambios de vestuario en cada espectáculo. No en chicas pobres como yo, que vestían ropa prestada.

—¿Usted cree que podría ser una estrella? —le pregunté riendo.

El hombre se apoyó en el otro pie.

—No lo sé —dijo—. Eres como un diamante en bruto. No sé lo que sacaré cuando te pula.

—¿Cuando me pula? —grité, levantando la barbilla en actitud desafiante—. ¿Y si no puede pulirme?

—Ya lo veremos —respondió mientras buscaba en su chaqueta y sacaba una tarjeta que me entregó: «Samovar Club, las Ramblas, Barcelona».

Había oído hablar de ese club. Los mejores números internacionales se representaban allí. Así que aquel hombre hablaba en serio. Se dio la vuelta para salir.

—Disculpe, *senyor* —lo llamé—. No me ha dicho su nombre.

El hombre miró por encima del hombro. Una media sonrisa bailaba en sus labios y sus ojos estaban más brillantes.

—Mi nombre es Maxim Tarasov —dijo—. Pero en Barcelona me llaman «el Ruso».

Así fue como conocí a ese empresario teatral, el Ruso. El hombre que lo cambiaría todo.

Paloma

Era a la vez maravilloso y sobrecogedor estar de nuevo en la Escuela de *Ballet* de la Ópera. Cuando salí del metro en la Place de l'Opéra y me encontré ante las columnas de mármol rosado del teatro, mil recuerdos se agolparon en mi memoria. La primera vez que vi el edificio de Beaux Arts, considerado uno de los más bellos del mundo, iba con mi madre. Yo entonces tenía solo tres años y miré boquiabierto las estatuas doradas que representaban la poesía y la música, así como los bustos de bronce de los compositores famosos. Cuando mamá me enseñó el escenario donde ella había bailado, tuve la sensación de haber entrado en un mundo de magia y fantasía. Me había asomado estirando el cuello para admirar la gran araña colgada sobre el auditorio y asimilar la opulencia barroca de los querubines y las ninfas de pan de oro que decoraban las paredes. Cuando entré en la escuela de *ballet*, fue el sueño de bailar en el escenario de la Ópera de París lo que me dio fuerza para aguantar las extenuantes clases de baile y la brutal competencia. En las ocasiones en que la vida en la escuela se volvía insostenible, lo único que me hacía falta para reponerme era imaginar que miraba al público desde el escenario y salía por última vez a escena para saludar mientras estallaba un atronador aplauso.

Para llegar a la entrada de la Escuela de *Ballet* había que cruzar un patio. Mientras lo hacía, me acordé de pronto de que mamá me había hablado una vez de un fantasma que había visto una noche cuando se dirigía a toda prisa de su camerino a los bastidores. La aparición era una mujer de cabello oscuro que había salido corriendo hacia ella desde una puerta del pasillo. Mamá se paró en seco para no chocar con lo que pensó que era otra intérprete. Entonces, para su sorpresa, la mujer se había esfumado. Me habría gustado preguntarle más cosas acerca de aquel encuentro cuando me lo contó, pero era frecuente que entre los estudiantes se intercambiaran historias de fantasmas. Al fin y al cabo, el Teatro de la Ópera de París era el lugar donde se desarrollaba la acción de la novela gótica de Gaston Leroux *El fantasma de la ópera*. Y las bromas asociadas a perder zapatillas de *ballet* y mover cuadros me habían vuelto escéptica. Aunque Marcel había dicho que todos los españoles ven fantasmas, yo nunca había creído en su existencia hasta que vi a la Rusa.

Me dirigí al camerino, donde me cambié y me puse la malla y los leotardos. Hice unos estiramientos preliminares antes de aplicarme el maquillaje completo de escena, incluidos dos juegos de pestañas postizas. Se esperaba que las alumnas de la Escuela de *Ballet* mantuvieran un alto nivel de acicalamiento, pero *mademoiselle* Louvet, que iba a ayudarme a preparar el examen, tenía unos criterios aún más rigurosos. Ella pertenecía a la época sofisticada del *ballet*, cuando las *étoiles* tenían la misma

consideración social que las estrellas cinematográficas y se tomaban muy en serio sus papeles. Tenían que estar siempre guapas y comportarse con decoro tanto si estaban actuando como si no.

—Ustedes no son solo bailarinas —recuerdo que dijo un día *mademoiselle* Louvet a mi clase—. Son musas..., deben inspirar al género humano para que aprecie la belleza y viva por ella.

Sin embargo, no tuve más remedio que sonreír cuando recordé que un día mamá me contó que *mademoiselle* Louvet había estado suspendida temporalmente del *Ballet* en la década de los treinta por haber bailado en un club nocturno de Mónaco como una «vulgar estrella de *music-hall*».

Me dirigía a la sala de ensayo cuando un grupo de *petits rats*, de ratitas, como se conocía a las alumnas jóvenes de la escuela, me adelantó de camino a su clase de baile vespertina. Verlas con sus batas y sus leotardos granate me hizo sonreír. Tenían unos nueve años y lo peor de la competencia y la presión no había comenzado todavía. Para ellas el *ballet* era todavía magia, belleza y fantasía. Me dio envidia su inocencia y sentí lástima de ellas porque sabía que no tardarían en perderla.

Mademoiselle Louvet estaba esperándome en la sala de ensayo, con el pianista, *monsieur* Clary. Como era de esperar, la maestra llevaba maquillaje completo, con una sombra espectacular y delineador prolongando los ojos. Tenía un aspecto elegante, con un vestido camisero y zapatillas de tacón bajo. Me atusé el cabello para asegurarme de que estaba perfecto.

—Ah, *bonjour*, Paloma —dijo *mademoiselle* Louvet al verme. Me besó—. Qué gran placer volver a verte. Echaba de menos tu preciosa cara.

Mademoiselle Louvet era mi profesora preferida. No había ninguna falsedad en ella. Si te daba la bienvenida con besos, podías estar segura de que más tarde no te iba a abroncar.

—¿Has hecho el calentamiento? ¿Estás lista para comenzar? —preguntó mientras me conducía hasta la barra.

Ocupé mi sitio y *monsieur* Clary empezó a tocar para que pudiera comenzar mis *tendus* y *glissés*. Pese a ser una institución que se atenía estrictamente a las reglas, la Escuela de *Ballet* estaba haciendo una excepción para mí, utilizando todos los registros al asignarme como profesora particular a una de las mejor consideradas. Si bien era aceptable que intentara pasar de nuevo la prueba para el *corps de ballet* externamente, había superado la edad en que podía volver de forma oficial a las clases en la escuela o hacer el examen desde allí. Tal vez la escuela me ayudaba por respeto a la memoria de mi madre, que había sido una alumna muy conocida y después una estrella del *ballet*, o tal vez era porque les indignaba que se hubiera rechazado la incorporación de su mejor alumna debido a prejuicios injustos. Quizá creían que si volvía a hacer el examen, el tribunal, incluida Arielle Marineau, tendría que rendirse ante mi determinación.

Después de los ejercicios de barra y de suelo, *mademoiselle* Louvet me hizo

completar *sauts de chats* por toda la sala.

—¡Ocupa toda la sala, Paloma! —ordenó—. ¡Eres la reina del escenario!

Las dos horas de clase pasaron volando. Cuando terminé, me quedó aquella sensación familiar de agotamiento y euforia que me hacía amar el *ballet*.

—Has trabajado bien —me dijo ella una vez dimos las gracias a *monsieur* Clary y nos quedamos solas en la sala—. Esperaba que pudiera haber algo que recuperar..., pero si acaso has mejorado. —Dio un paso atrás y me contempló cariñosamente—. Hay algo diferente en ti... Paloma, ¿estás enamorada?

Sentí que me ruborizaba. ¿Me había enamorado? ¿Era esa la razón de que cada vez que pensaba en Jaime no pudiera concentrarme en otra cosa?

—He asistido a un par de clases de flamenco —dije—. La profesora me invitó a quedarme a cenar una noche y toda la familia bailó. ¡Fue inspirador! Pero creo que voy a tener que dejar las clases de flamenco para prepararme para la prueba.

Mademoiselle Louvet negó con la cabeza.

—No sé en qué momento las bailarinas se convirtieron en deportistas de élite sin espacio para una vida fuera de los ensayos. Desde luego en mi época trabajábamos muy duro, pero también alternábamos con otros artistas. Así cada uno alimentaba la creatividad de los demás.

Esbozó una sonrisa enigmática y comenzó a interpretar una danza gitana de *Les deux pigeons*. Tenía más de sesenta años, pero se movía con expresividad y elegancia. Su cuerpo esbelto y su majestuosa belleza nunca se habían convertido en grasa. Pensé que encarnaba a la perfección a una gitana. Hizo una reverencia y yo aplaudí su presentación.

—Fue muy agradable hacer ese *ballet* —dijo—. Tomé como modelo a la Rusa.

Al oír aquel nombre, la sangre se me heló en las venas. No había oído hablar nunca de ella hasta hacía un par de semanas. Ahora sentía que me estaba metiendo en su vida y que ella quería precisamente eso. Pero ¿por qué?

—He oído hablar mucho de la Rusa últimamente —dije.

Mademoiselle Louvet inspiró con fuerza.

—¡Oh, qué bailarina! —dijo—. ¡Era extraordinaria! ¡Tan majestuosa y tan orgullosa! Al final de su actuación tenía a la gente comiendo de su mano.

—¿La conoció usted personalmente? —pregunté, con la esperanza de enterarme de algo sobre la Rusa por alguien que la hubiera visto en carne y hueso.

Mademoiselle Louvet negó con la cabeza.

—La vi actuar en bares flamencos cuando viajé a Estados Unidos, pero no era alguien que enseñara a alumnos, concediera entrevistas o hiciera vida social. Es sorprendente, ¿verdad? Aparecía en el escenario, donde dominaba por completo a su público y tenía a todo el mundo a sus pies. Después desaparecía. Era increíblemente seductora, pero también había algo sombrío en sus ojos. Muchos españoles tenían esa mirada en su cara. Muchos de ellos habían visto cosas (o habían hecho cosas) durante la Guerra Civil que les impedían volver a disfrutar de la vida.

Sondeé un poco más, pero estaba claro que *mademoiselle* Louvet no sabía de la Rusa mucho más de lo que yo había averiguado.

—De todos modos —dijo, pasándome la mano por el brazo—, ¿tienes prisa para ir a algún sitio o te queda tiempo para venir a mi despacho? Tengo algo que quiero que oigas.

El despacho de *mademoiselle* Louvet tenía una hermosa vista sobre los tejados de París. La luz de la última hora de la tarde que entraba a raudales por las ventanas imprimía a todas las cosas un brillo etéreo.

—Aquí —dijo mientras colocaba dos sillas cerca del tocadiscos y me ofrecía una de ellas—. Ser bailarina no consiste solo en seguir el ritmo de la música. Tienes que sentir la música con la esencia de tu ser. Tiene que correr por tus venas. —Puso la aguja en el disco y dejó su mano en la mía antes de sentarse a mi lado—. Ahora cierra los ojos.

Las bellas y nostálgicas notas del *Intermezzo en la mayor, opus 118, número 2* de Brahms llenaron el despacho. Era una de esas piezas que me hacían ver la vida como una copa de cristal: tan bella, pero tan frágil.

Mademoiselle Louvet soltó mi mano. Cuando abrí los ojos, vi que había levantado los brazos hacia el techo como si la música se hubiera convertido en gotas de lluvia y estuviera saboreando su frío frescor en la piel. Pensé en Xavier y en la descripción que de él había hecho *mamie*. Pensé también en mi abuelo. Lamentaba no haberlo conocido de joven.

La música terminó y ella abrió los ojos. Una sonrisa asomó a su cara.

—Estaba sentada en mi despacho escuchando esta misma pieza cuando tu madre entró a toda prisa para decirme que estaba embarazada. —Se echó a reír—. Julieta estaba tan feliz, tan llena de vida. Te deseaba tanto. Por supuesto, todo el mundo en la Ópera se sorprendió cuando presentó su renuncia. «¡Pero tu carrera, Julieta! ¡Tu carrera! ¡Acabas de convertirte en una *étoile!*!», exclamaban todos.

Se levantó y miró un momento por la ventana.

—¿Sabes lo que contestaba tu madre? Les decía: «Pero las madres son las más grandes artistas. Crean vidas». —Se sentó a mi lado—. Tu madre era tan feliz, Paloma. En cuanto tu padre se enteró, le propuso matrimonio. Julieta no tenía ninguna duda de que lo que más quería en el mundo era ser una madre para ti.

Me miré las manos. Sabía que mamá me quería mucho. Solo confiaba en que su enfermedad no la hubiera dejado sospechar de papá, de su traición.

—Gracias. Gracias por contármelo.

Aunque sonreía, *mademoiselle* Louvet tenía lágrimas en los ojos. Estaba segura de que tenía que haber habido muchos hombres que la hubieran amado, pero ella nunca se casó ni tuvo hijos. Las *étoiles* en el *Ballet* de la Ópera se retiraban a los cuarenta años, pero la gente seguía acudiendo a ver actuar a *mademoiselle* Louvet

cuando tenía ya más de cincuenta. Es probable que hubieran seguido acudiendo si no hubiera decidido retirarse y dedicarse a la enseñanza.

—Es usted de verdad una de las más grandes bailarinas —le dije—. Pero ¿nunca se ha arrepentido de no haberse casado y de no haber tenido hijos?

Me tocó una mejilla.

—Nunca, querida. Tomé la decisión correcta para mí. Consagrar mi vida entera al *ballet* era lo que quería hacer. Exactamente igual que tu madre sabía que había nacido para ser tu madre. No todos somos iguales. Debemos tomar las decisiones que nuestro corazón nos pide a gritos.

Mi corazón pedía a gritos algo. Pero ¿qué? ¿*Ballet* o algo más?

—Escucha —dijo *mademoiselle* Louvet—, déjame que te cuente algo. He actuado con las más grandes bailarinas de *ballet* de todos los tiempos, gente como Danilova y Chauviré. No eran grandes personas porque fueran grandes bailarinas. Eran grandes bailarinas porque eran grandes personas. —Me cogió una mano y me la puso en el corazón—. Esfuérzate por ser primero una gran persona, Paloma. Después tendrás éxito en todo lo que tu corazón te diga que hagas.

Salí del despacho de *mademoiselle* Louvet entre un torbellino de emociones, con mis pensamientos alternando entre mamá y la Rusa. Tenía la sensación de estar a punto de resolver un gran enigma. Iba reuniendo las piezas de aquel rompecabezas, pero no tenía ni idea de cómo encajarlas.

Fui a la oficina de administración para pagar las clases particulares y matricularme para el examen final. Cuando terminé con el papeleo, estaba deseando marcharme a casa. Iba a quedar con Jaime para cenar y después iríamos a ver al guitarrista flamenco que había conocido a la Rusa. Pero antes necesitaba estar un buen rato en la bañera y echar una cabezadita.

Al salir de la oficina me encontré con *madame* Genet, que había sido una de mis profesoras cuando era una *petit rat*. Si *mademoiselle* Louvet era el tipo de bailarina que yo soñaba ser, *madame* Genet era aquella que temía llegar a ser. En vez de ágil, cada tendón de su cuerpo parecía estar estirado al máximo. Era tensa en sus movimientos, nada fluida, e incluso estar cerca de ella me hacía sentir ansiosa.

Le hice una reverencia, pero por su manera de mirarme pensé que no debía de haberme reconocido.

—*Bonjour, madame* Genet —dije—. Soy yo, Paloma.

Las comisuras de su boca se inclinaron hacia abajo y avanzó hacia mí. Retrocedí instintivamente. Había recibido unos cuantos porrazos de ella en mi época por no levantar la pierna lo bastante alto. Era demasiado nerviosa y nunca se sabía cuándo iba a perder los estribos. Había sido una de las bailarinas más brillantes del *Ballet*, pero sus nervios estallaron durante el estreno de *El lago de los cisnes*. Odette era el papel que siempre había aspirado a bailar. Después de aquello, se retiró y se dedicó a la enseñanza. Parecía que nunca se había recuperado de la amargura de su decepción.

Madame Genet acercó su cara a la mía. Su aliento era una mezcla de olores

rancios: café, tabaco y jamón.

—No creo que la escuela deba dejarte que hagas el examen otra vez —dijo—. ¿De verdad piensas que cuando hayas dedicado otros seis meses a practicar, y absorbido el precioso tiempo de *mademoiselle* Louvet, vas a tener éxito en un segundo examen?

La piel comenzó a picarme. Comprendí lo que iba a pasar a continuación: *mademoiselle* Louvet me había levantado el ánimo y ahora *madame* Genet se disponía a decir algo desagradable para frustrarlo. Miré hacia el pasillo, mientras me preguntaba si podría escaparme sin parecer grosera. Pero tenía que mantener a la escuela —y a sus profesoras— en el puesto que les correspondía. No tenía otra opción que escuchar lo que tuviera que decir.

—Estuviste extraordinaria en tu último examen —dijo—. Nunca he visto a una alumna actuar tan bien sometida a presión. Sin embargo, a pesar de que el director del *ballet* te había visto bailar antes decenas de veces, de que todos los profesores de esta escuela te dieron las máximas recomendaciones y los jueces independientes te aceptaron, ¿no conseguiste entrar en el *corps de ballet*! —Su voz subió de tono—. Si *mademoiselle* Marineau tenía suficiente influencia para impedir que entraras en el *corps* el año pasado, ¿qué crees que habrá cambiado ahora? Sigue siendo la directora de *ballet*. Y si dice que no puede trabajar contigo, ¿no te contratarán! ¡Y ya está!

Madame Genet me miró fijamente, como si esperase una respuesta. Yo sabía que su cólera tenía que ver más con su propia carrera frustrada que con mi destino. Y, sin embargo, ¿cómo podía argumentar? Me esforcé por no llorar. Todo lo que había dicho era verdad. Tal vez yo —y conmigo el director de la escuela de *ballet* y los profesores bienintencionados— me engañaba al pensar que el director del *ballet* de la Ópera anularía esta vez la influencia de *mademoiselle* Marineau. Una lágrima rodó por mi mejilla y luego otra. No tardé en ponerme a sollozar. Pero *madame* Genet no era una mujer compasiva.

—Aunque si por fin consiguieras entrar en el *corps de ballet* —continuó—, *mademoiselle* Marineau te haría la vida imposible. Te odia con verdadera pasión: ¡todos aquellos años eclipsada por tu madre!

—Mi madre está muerta —dije, intentando calmarme—. *Mademoiselle* Marineau no ha mantenido una conversación privada conmigo ni una sola vez para que le haya causado ninguna ofensa personal. Si acaso, debería estar agradecida. Fue por mí por lo que mi madre se retiró a los veintiún años. A *mademoiselle* Marineau la ascendieron a *première danseuse* después de eso.

Madame Genet entrecerró los ojos.

—Y, aun así, tu madre encontró la manera de que Marineau fuera la segunda.

No sabía a qué se refería. Cuando terminó su carrera en el *ballet*, mi madre me había criado a mí. Ni siquiera se había dedicado a la enseñanza, salvo para ayudar alguna que otra vez a *mamie*. Había estado totalmente alejada de la vida de Arielle Marineau.

—¿De qué está hablando? —pregunté.

A *madame* Genet le tembló la barbilla y miró por encima del hombro. Tenía manchas en las mejillas, algo que le sucedía cuando estaba nerviosa.

—Yo no soy quién para contártelo —dijo, tal vez al darse cuenta de que había llegado más lejos de lo que pretendía.

Volvió a mirar en dirección a su despacho y se apartó de mí.

—¡Por favor! —La agarré de un brazo—. Si hay alguna razón que desconozca para que *mademoiselle* Marineau me rechace siempre, ¡dígame cuál es!

Madame Genet me apartó de un empujón.

—Yo no soy quién —repitió—. Tendrás que preguntárselo a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Qué tiene que ver él con nada de esto?

Pero ya se alejaba a toda prisa por el pasillo, como si intentara escapar de un animal peligroso.

—Tendrás que preguntárselo a él —fue lo único que dijo antes de desaparecer en su despacho y cerrar la puerta con llave.

Después de aquella inquietante conversación, dudé de que un baño y una cabezada fueran a calmarme. Me detuve en un café cerca de la estación del metro y pedí un *espresso* y un *éclair* de chocolate. No solía comer cosas con crema. La riqueza del *éclair* me hizo sentir náuseas, aunque solo me comí la mitad. Pagué al camarero y me encaminé a la cabina telefónica más cercana. La llamada que me disponía a hacer no era una que pudiera hacerla desde casa.

El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que la voz de un hombre joven contestara. ¿Pierre? No había hablado nunca con el hijo de Audrey, pero supuse que debía de ser él quien había contestado.

—Quisiera hablar con mi padre —dije.

Era extraño hablar con alguien que ahora tenía con papá una relación más estrecha que yo.

Pierre no respondió enseguida. Tal vez estaba desconcertado. Nunca antes había llamado.

—Iré a avisarle —dijo por fin.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Tal vez mi padre estaría de gira, pensé cuando llamé. Hacía meses que no hablaba con él y no me sentía preparada.

La voz de mi padre llegó a través de la línea.

—¿Paloma? ¿Va todo bien?

—Escucha —dije—, voy a hacer de nuevo el examen para el *corps de ballet*. Me he encontrado con *madame* Genet hoy en la escuela y se ha mantenido firme en la opinión de que Arielle Marineau seguirá estando en mi contra. Cuando le he preguntado por qué odiaba tanto a mamá después de todos estos años, ha dicho que tú podrías explicármelo.

Mi padre guardó silencio.

—¿Sabes el motivo? —pregunté—. Estoy a punto de comenzar seis meses de preparación intensiva, pero *madame* Genet dice que estoy perdiendo el tiempo.

Mi padre suspiró.

—Paloma, salgo dentro de una hora hacia el aeropuerto. Tengo unos conciertos en Nueva York. Pero estaré de vuelta dentro de una semana. ¿Por qué no vienes a verme entonces? Esto no es algo que pueda explicarte por teléfono.

Me sobrevino una náusea. Así que había alguna razón al margen del *Ballet* para que *mademoiselle* Marineau siguiera odiando a mamá. Pero no tenía otra elección que esperar una semana para averiguar la verdad.

—De acuerdo, te llamaré entonces —le dije, y colgué el teléfono.

No quería entrar en una discusión con mi padre sobre ninguna otra cosa. Desde luego no quería que me preguntara si iba a asistir a su fiesta de cumpleaños.

No estaba de buen humor cuando me reuní con Jaime en la Rue du Faubourg Saint-Denis, en Montmartre. Lo vi en cuanto aparqué el coche de *mamie*. Con un chaquetón marinero gris, camisa floreada y pantalón ajustado y acampanado, era una atractiva mezcla de hombre bien vestido y músico bohemio. Su pelo brillante destellando a la luz de las farolas hizo que varias mujeres volvieran la cabeza al cruzarse con él. La idea de que un chico tan codiciado se dispusiera a llevarme a cenar debería haber sido suficiente para sacarme de mi mal humor, pero me resultaba difícil ser optimista cuando el sueño de toda mi vida estaba a punto de frustrarse por razones que no podía entender.

—¡Ah! ¡Parece que has tenido un mal día! —dijo Jaime, al tiempo que me besaba en las mejillas—. ¿A qué viene esa cara larga?

Hice todo lo posible para cambiar la cara de pocos amigos por una sonrisa.

—¿Tanto se nota?

—¿Es algo de lo que quieras hablar?

Negué con la cabeza. Lo último que quería hacer era aburrir a Jaime con mis problemas.

—Es algo que quiero olvidar.

Asintió y me llevó hacia la Rue Cail.

—Bueno, espero que te guste el restaurante que he elegido —dijo con una sonrisa—. No podía decidir si debíamos cenar en un restaurante catalán, uno andaluz o uno francés, así que he reservado una mesa en un restaurante indio. Espero que te guste el *curry*.

—Me gusta —dije, mientras intentaba olvidar que la última vez que había estado en un restaurante indio fue con mi padre, en Londres.

Mi madre solo aceptaba la comida francesa o la catalana. Detestaba ir de gira si eso significaba que tenía que vivir durante semanas de alimentos extranjeros. Pero a

mi padre, para ser francés, le gustaba experimentar.

El ambiente de crisálida del restaurante que Jaime había elegido, con sus velas, sus manteles de tintes vegetales y sus cojines de espejos bordados, me ayudó a relajarme. La música que sonaba al fondo me recordó que se suponía que los gitanos eran originarios de la India. Por eso había parecidos entre la música india y el cante y el baile gitanos.

Cuando nos sentamos a nuestra mesa y el camarero nos entregó los menús, los aromas del arroz basmati y del cilantro que salían de la cocina despertaron en mí un apetito que antes no tenía. Pedimos unas salsas, samosas y pakoras para empezar.

—¿Y te cayó bien mi familia? —preguntó Jaime—. Tú a ellos sí.

Me agradó que mi proverbial torpeza no los hubiera asustado.

—Me cayeron muy bien —le dije—. Tengo la impresión de que haríais cualquier cosa los unos por los otros.

—Más o menos —admitió—. Y esos no son todos. La mayoría de mis parientes siguen viviendo en España.

—Debe de ser muy duro... estar tan separados.

—Sobre todo echo de menos a mis hermanas —dijo Jaime, mientras partía un pedazo de pan de naan—. Son más jóvenes que yo. Cada vez que las veo, han crecido varios centímetros. —Empujó hacia mí la salsa de menta y yogur—. Esta está buena, pruébala.

Extendí la mezcla cremosa en un trozo de pan.

—Mmm —dije, tomando un bocado—. Ajo, jengibre y cilantro.

Nos reímos mientras recordábamos cómo Carmen había probado conmigo su comida andaluza en la cena.

—¿Tu abuela es de Barcelona? Debió de ser partidaria de la República —preguntó Jaime.

—Sí —dije, cogiendo la servilleta y llevándomela a la boca—. No ha comenzado a hablar de su vida en España hasta ahora que Franco ha muerto.

—Sigue siendo demasiado doloroso para muchos de ellos... Mi tía Carmen no habla casi nunca de mi tío.

—¿Qué le pasó?

—Murió en la cárcel. Lo detuvieron por protestar contra el régimen de Franco. Fue entonces cuando Carmen e Isabel salieron del país.

—¿Cómo has podido entrar y salir tú con tanta libertad? —pregunté—. Si tu tío era un preso político, pensaba que no te dejarían ir a ninguna parte.

—Mi padre es un importante cirujano en Granada —dijo—. Odia el sistema, pero se quedó porque vio que su principal propósito era salvar la vida de la gente. Su posición le concede privilegios especiales, pero pensó que yo recibiría una educación musical superior en Francia. En España, el mundo del arte está férreamente controlado, aunque eso ahora podría cambiar.

Miré mi plato pensativa. Mi vida había cambiado considerablemente en un par de

semanas. Había toda una parte española de mí que estaba saliendo a la luz. Vi que Jaime y yo teníamos mucho en común en lo referente a nuestros orígenes de familias desplazadas.

—Ahora cuéntame más cosas de tu *ballet* —dijo mientras levantaba el vaso de agua—. ¿Cuándo voy a verte en un escenario?

Sin querer, esboqué una ligera mueca de disgusto. El *ballet* era mi gran pasión en la vida, pero también me causaba mucho dolor.

Jaime notó mi malestar.

—¿Es eso lo que te preocupaba antes?

Me gustaba la manera como me miraba, como si le interesara por encima de todo lo que pudiera decir. De pronto, sentí el impulso de contárselo todo: sobre mi padre, sobre mi fracaso para ingresar en el *corps de ballet*, tal vez incluso acerca de la «visita» de la Rusa. Pero el camarero llegó con nuestro *palak paneer* y nuestro *korma curry*. Mientras lo dejaba todo en la mesa y volvía a llenar nuestros vasos de agua, decidí limitar mis confidencias a lo no sobrenatural.

Conté a Jaime que mi madre había sido una estrella del *Ballet*. Le hablé de mi clase con *mademoiselle* Louvet y mi encuentro con *madame* Genet.

—Mi padre está de gira, así que tengo que esperar hasta que vuelva para que me dé una explicación de por qué *madame* Genet está tan convencida de que la directora de *ballet* de la Ópera hará que me rechacen de nuevo.

—A lo mejor tu madre puede explicarte lo que pasó —sugirió Jaime.

Negué con la cabeza.

—Murió hace un año y medio. De cáncer.

—Lo siento —dijo, y pude ver por la expresión comprensiva de su cara que lo sentía.

Estuvimos callados unos instantes.

Pensé en el bello escenario del Teatro de la Ópera de París y en cómo había consagrado cada día de mi vida al sueño de bailar en él. Recordé a *madame* Genet haciendo añicos mis esperanzas. Me entraron ganas de gritar. Pero estaba acostumbrada a mantener mis sentimientos bajo control. Además, Jaime ya estaría lo suficientemente preocupado.

Miré mi reloj.

—¿Deberíamos irnos?

Él asintió y le hizo una seña al camarero para que trajera la cuenta.

El bar flamenco al que Jaime me llevó era una antigua bodega, con las paredes revestidas de paneles y largos bancos de madera. Se entraba a través de un empinado tramo de escalera. Manolo, a quien habíamos venido a ver, ya estaba tocando. Las pobladas cejas negras del músico contrastaban con su pelo blanco. El aire estaba cargado del humo de los cigarros y del olor afrutado de la sangría. El camarero, que parecía conocer a Jaime, nos trajo dos sillas para que pudiéramos tener una vista de primera fila. Manolo tocaba un ritmo rápido. Me sentí hipnotizada por la destreza de

sus dedos.

—Es una *bulería* —explicó Jaime.

Bulería viene de «burlar». Como el ritmo parecía cambiar de forma tan dramática de un momento a otro, era cierto que engañaba al oyente sobre adónde iba la pieza.

—Es uno de los palos más difíciles del flamenco —me susurró Jaime—. Hacen falta años para dominarlo.

Observé las caras embelesadas de la gente. Sentí que despertaba de un largo sueño. Así que había otro mundo fuera del *ballet*. Normalmente, un viernes por la noche estaría en casa leyendo un libro o escuchando música después de un día entero de clases. Me pregunté cómo sería no sentir la presión constante de sobresalir, tener una vida y un trabajo normales y poder salir con Jaime así cada vez que quisiera. Pensé en lo que *mademoiselle* Louvet había dicho: «No sé en qué momento las bailarinas se convirtieron en deportistas de élite sin espacio para una vida fuera de los ensayos».

Después de la actuación, Manolo saludó a Jaime y vino a sentarse con nosotros. Jaime pidió una botella de vino.

—Esta es mi amiga Paloma —dijo al tiempo que servía vino en tres vasos—. Es bailarina y está interesada en saber más sobre la Rusa.

—Ah, la Rusa —dijo Manolo, con una mirada soñadora—. Hice giras con ella. Yo solo era un chaval y ella era una estrella. Se congregaban multitudes para verla allí donde iba. En Sudamérica tuvieron que usar mangueras contra incendios para que la gente no se descontrolara. No creo que haya nunca otra *bailaora* como ella. Era un fenómeno. —Soltó una risita—. Era sin duda una conmoción para públicos refinados que estaban acostumbrados a bailarinas como Anna Pavlova y la Argentina. Hasta la misma Isadora Duncan era mansa comparada con ella. Pero la Rusa... era lo contrario de «civilizada». Cuando la veías actuar, el edificio se te podía caer encima y no darte cuenta. Hechizaba a sus públicos. ¡Era magnífica!

—¿Y cómo era como persona, no como artista? —le pregunté.

Manolo se recostó y tomó un sorbo de vino.

—Era famosa, pero nunca fue una esnob. Después de un espectáculo, nada le gustaba más que quitarse los zapatos y cocinar para todos nosotros una olla de estofado. Y también era generosa. Un año que mi mujer y mi hija estuvieron enfermas, cuando llegué al hospital descubrí que la Rusa había pagado todas las facturas médicas.

Lo que Manolo contaba me pareció un poco contradictorio: una mujer que era una gran estrella preparando un guiso en su cocina como un ama de casa.

—Mi profesora de *ballet* me dijo que la Rusa era bastante dada a recluirse después de la guerra, cuando vivió en América —dije—. ¿Sabe por qué?

Manolo se miró las manos.

—Todo el mundo quedó destrozado después de la Guerra Civil. Los españoles... Bueno, nos encanta la música, nuestro vino y nuestro baile, pero podemos ser

brutales. No creo que la guerra dejara a nadie sin cicatrices. La Rusa se había quedado para luchar. Permaneció en Barcelona hasta el final. La mayoría de la gente del mundo del espectáculo se había marchado hacía tiempo a América o al resto de Europa antes de que las cosas se pusieran demasiado feas. Poetas, artistas y bailarines solían ser los primeros en la lista de ejecución de los nacionales de Franco. Arriesgó su vida para luchar por la República.

—¿Por qué cree que se quedó? —pregunté.

Su mirada se perdió en la lejanía por un instante.

—No sé por qué. A lo mejor creía de verdad en la igualdad de los seres humanos y estaba dispuesta a morir por ello.

Lo que Manolo me estaba contando era interesante, pero ¿dónde encajaba todo? Me di cuenta de que había muchas cosas sobre la Rusa que se desconocían. Tantas que era probable que no se supieran nunca. Me pregunté si su espíritu había venido a verme para que yo pudiera comenzar a sacar a la luz su historia. Como si quisiera estar en mis pensamientos.

No había una forma fácil de hacer la siguiente pregunta. Respiré hondo.

—La Rusa se suicidó en París. Pero Jaime dice que mucha gente de la comunidad española piensa que la asesinaron. ¿Qué me dice?

Manolo movió bruscamente la cabeza.

—Sí, yo también lo he oído. Pero no se me ocurre cómo alguien iba a poder llevarla engañada hasta el lugar donde murió. O empujarla debajo de aquel tren. Era demasiado lista para eso.

Me quedé sin respiración. ¿Un tren? No esperaba que la Rusa hubiera muerto de una manera tan violenta. Había pensado en una muerte más romántica, como ahogarse en el Sena. Manolo estaba haciendo muecas, como si algún recuerdo le preocupara.

—¿Vio usted dónde murió? —pregunté.

Manolo asintió.

—En un suburbio a las afueras de París. Le fui a llevar unas flores. Estaba muy preocupado. Había perdido su pista cuando se fue de Europa. Tal vez podría haber hecho algo para ayudarla.

Los tres nos quedamos pensativos. Tal vez había demasiadas personas en nuestras vidas a las que no apreciábamos lo suficiente hasta que era demasiado tarde.

Manolo se irguió en su silla.

—Había en París alguien que conocía muy bien a la Rusa. La conoció antes de que fuera famosa. De hecho, creo que la ayudó. Es probable que él hubiera podido contarte muchas más cosas de ella, pero lamentablemente murió hace unos años.

Asentí. Una vez más, la Rusa se me escabullía. Era exactamente igual que una *bulería*: en cuanto pensaba que había comprendido algo sobre ella, todo volvía a cambiar.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté por curiosidad.

—Gaspar Olivero. Era catalán.

El ambiente de la sala pareció cambiar. Me sentí aturdida. Tal vez el humo denso y el vino estaban afectándome. Estaba segura de que no podía haber oído correctamente.

—¿Cómo dice? —preguntó—. ¿Podría repetir ese nombre?

—Gaspar Olivero —insistió Manolo—. Fue el músico que acompañó a la Rusa durante muchos años. Fueron grandísimos amigos.

Sentí que desfallecía. Me volví hacia Jaime, que enarcó las cejas.

—¿Significa algo ese nombre para ti? —preguntó.

—Sí —dije, intentando recobrar el aliento—. Gaspar Olivero era mi abuelo.

TERCERA PARTE

Celestina

Barcelona, 1920

El Samovar Club estaba en las Ramblas, cerca de la Plaça de Catalunya. Diego y una de sus hermanas, Fidelia, me acompañaron para mi cita con el Ruso. Diego y yo pensábamos que el Villa Rosa era lujoso, así que nuestros ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas cuando el portero nos hizo pasar. Era a primera hora de la tarde. Incluso sin los invitados de moda que por la noche lo llenarían para aumentar el glamur del local, nos quedamos de una pieza al ver los suntuosos cortinajes de terciopelo y las columnas doradas que le daban la apariencia de un salón de baile ruso. Rodeando la pista de baile alargada había mesas redondas decoradas con manteles de lino y candelabros de plata. Fidelia tocó una de la docena de urnas de malaquita colocadas encima de bases de mármol y dijo entre dientes algunas obscenidades gitanas. Diego levantó la vista a la araña de cristal colgada sobre la pista de baile, demasiado abrumado para decir nada.

—¡*Bona tarda!*

Al volvernos en dirección a una escalera de mármol vimos que el Ruso descendía por ella con otro hombre a su lado. El extraño vestía un traje de seda con pantalón plisado. Bien afeitado, iba peinado con una raya muy marcada a un lado. Cuando nos vio (a Fidelia y a mí, con nuestros vestidos flamencos, y a Diego con su traje mal ajustado), no pareció impresionado.

—Este es nuestro coreógrafo, Vasily Zakharov —dijo el Ruso.

Zakharov asintió a modo de saludo, pero no tendió la mano. La idea de tocarnos a cualquiera de nosotros pareció desagradarle.

Otros dos hombres aparecieron por una puerta en la parte de atrás del club. El de más edad, un gitano de tez morena, llevaba una guitarra. El más joven tenía el pelo de color cobrizo. Sonrió al vernos.

—Este es Gerardo Ruiz —dijo el Ruso señalando al gitano—. Y este joven de aquí —puso su mano en el hombro del hombre pelirrojo— es Gaspar Olivero, nuestro director musical. Un compositor de talento.

Olivero nos estrechó la mano calurosamente. Tenía la sonrisa fácil y unos modales agradables. Me sorprendió que fuera el director musical siendo tan joven: parecía un año o dos mayor que yo.

El Ruso se dirigió a mí.

—He pensado que podría mostrarnos uno de sus bailes, senyoreta Sánchez. Gaspar compondrá algunos números especialmente para usted.

Entregué el pañuelo a Fidelia y subí al escenario. Gerardo me siguió y colocó una silla para él. Los demás tomaron asiento en una de las mesas. Zakharov arrugó la nariz y se puso lo más lejos posible de Diego y Fidelia.

—¿Qué bailas? —me preguntó Gerardo—. ¿Una *bulería*?

Noté que estaba desafiándome al sugerir un ritmo tan complicado, pero asentí. Yo lo bailaba todo.

—¿Eres de verdad gitana? —preguntó mientras afinaba la guitarra.

Miré a Diego, que asintió.

—Sí —respondí.

—¿De dónde eres? —preguntó Gerardo—. Hablas español como una catalana.

—Soy del Somorrostro.

Gerardo apartó la vista de mí y miró al Ruso.

—Entonces es una farsante —le dijo—. Solo los gitanos de Andalucía saben bailar flamenco.

El Ruso se frotó la barbilla y se rio.

—Ahora lo verás, Gerardo —dijo—. Ahora lo verás.

La sangre me hirvió bajo la piel. ¡Una farsante! ¡No necesitaba guitarrista! ¡Podía hacer mi propia percusión si la necesitaba! ¡Además, mi madre era de ascendencia gitana!

Gerardo tocó y yo bailé con pasión. Entonces hice algo que no había hecho nunca delante de Diego: bailé una serie de vertiginosos zapateados, llegando a un frenético clímax antes de detenerme de pronto.

—¡Dios santo! —dijo Zakharov poniéndose de pie—. ¿Han visto lo que ha hecho con los pies?

Diego asintió como si mi explosiva percusión de pies le resultara bien conocida. La había aprendido de mirar a los hombres bailar en el Villa Rosa y en otros clubes. La había practicado a escondidas. Era la primera vez que intentaba los pasos en público.

—No debería bailar así —se quejó Fidelia a Diego—. No es femenino. Esos pasos son para hombres.

—¡No he visto nunca a un hombre bailar así! —dijo Zakharov.

Me miraba sobrecogido, como un buscador de oro que hubiera dado con una veta.

—Ha interpretado esos *zapateados* mejor y mucho más rápido que cualquier bailar de flamenco que yo haya visto —terció Gaspar—. Es fuerte, pero tiene unos pies delicados.

El Ruso enarcó las cejas y miró a Gerardo.

—Te pido humildemente disculpas —me dijo el gitano—. Eres de pies a cabeza la gran *bailaora* que el Ruso decía que eras. Pero estoy de acuerdo con tu amiga en que esos pasos son cosa de hombres.

El Ruso se levantó de su silla y se recostó en el escenario.

—Eso es exactamente lo que te estaba explicando. No es otra bailarina española

más. Es única. Tenemos que crear un número que transmita eso al público. Quiero que se queden sin aliento —dijo. Permaneció pensativo un instante y luego le dijo a Gaspar—: ¿Podrías ir a buscar a la *senyora* Dávila, la jefa de vestuario? Quiero ver bailar esos pasos a la *senyoreta* Sánchez con un traje de hombre.

—¿Qué? —exclamó Diego, que se levantó de la silla con su machismo ofendido.

Luego se dio cuenta de dónde estaba y pensó en los honorarios que podrían pagarme. Volvió a sentarse.

—Pero eso ya se ha hecho antes —dijo Zakharov—. La Tanguera bailaba la *farruca* con ropa de hombre.

—Sí —admitió el Ruso—. Pero la Tanguera era masculina y bailaba como un hombre. Lo que aquí tenemos es una mujer preciosa que demuestra una fuerza femenina y no masculina. No quiero que se vista como un matador. Quiero que se ponga algo... ¡favorecedor pero poderoso al mismo tiempo! Tenemos que dejar que la gente vea estos maravillosos pies. Lo contrario sería como no poder ver las manos de un gran pianista.

Todos se dieron la vuelta y me miraron, como si no fueran capaces de ver a quién llamaba «preciosa» el Ruso. La excepción era Gaspar, que asentía con entusiasmo.

—¡Es una idea brillante! —dijo—. Su técnica es femenina, pero su fuerza es poderosa. ¡La veo con diez guitarristas y una orquesta detrás de ella!

El Ruso dio una palmada.

—¡Un programa especial!

—Descansa en paz, flamenco —dijo Gerardo.

Fidelia dio su aprobación entre dientes.

—No sean tan escépticos. El arte está evolucionando siempre —les dijo Zakharov—. ¡No es vulgar ser innovador!

Diez guitarristas y una orquesta, pensé. ¿No era yo la niña que había empezado a bailar al compás de la vieja guitarra de Manuel mientras sus hermanas daban palmas y golpeaban las mesas con los nudillos? ¿No había aprendido del mar los ritmos del flamenco? La idea de una orquesta me resultaba divertida. Bailar estaba en mi alma, no en mi cabeza. La verdad era que no importaba quién me acompañara, qué ropa llevara ni qué pensara el público. Al final bailaba solo para mí misma y para el demonio.

En la oficina, más tarde, el Ruso y Zakharov me mostraron un contrato.

—¿Sabe leer? —preguntó el Ruso.

Asentí, aunque mi nivel de lectura no alcanzaba para descifrar un documento legal.

—Entonces lléveselo y estúdielo. ¿Cuánto quiere que le pague?

Me volví hacia Diego, que miró al techo como si estuviera haciendo un cálculo complejo. Yo sabía que probablemente estaba considerando el valor de los bustos de mármol y la mesa de caoba del despacho del Ruso.

—Doce pesetas por noche —dijo.

Había duplicado la cifra que ganaba habitualmente.

El Ruso y Zakharov intercambiaron una mirada. Fidelia se movió en su silla, como esperando que el empresario nos echara del despacho por pedir una suma tan audaz. Pero el Ruso no puso ninguna objeción. Se levantó de su silla y me dijo:

—Por favor, vuelva aquí mañana a las diez de la mañana para que podamos seguir hablando de su número.

Me levanté y el Ruso recorrió con la vista mi vestido raído y mis sandalias sucias.

—Necesitará algo de ropa nueva, como corresponde a una próxima estrella del Samovar Club, y un nuevo peinado. La *senyora* Dávilo se ocupará de eso.

La secretaria cerró la puerta detrás de nosotros. Zakharov rio y le dijo algo al Ruso en su idioma. Mucho tiempo después, cuando conocía mejor al Ruso, le pregunté qué le había dicho Zakharov tan divertido aquel día.

El Ruso sonrió al recordar la conversación.

—Nos sorprendió la desorbitada tarifa que pediste —dijo con un guiño—. ¡Doce pesetas!

Yo también sonreí. Diego era un representante espantoso. El Samovar Club me pagó sesenta pesetas por noche durante mi primera temporada. Después, cuando era una estrella de gira por América, mi caché era de diez mil dólares por espectáculo.

—¡Vaya! ¿Es usted, *senyoreta* Sánchez? —exclamó Gaspar cuando me vio en el club una vez que la *senyora* Dávilo hubo terminado conmigo.

Había pasado la mañana en el salón de belleza, donde me habían frotado, limpiado con vapor y aporreado. Ahora, en vez de oler a la sal del mar y al aceite de oliva que usaba para alisarme el pelo, emanaba un surtido de fragancias: el astringente de hamamélide de Virginia que la esteticista había dicho que «estimularía mi piel»; la crema de día de lanolina y zinc que se suponía que me daría «un brillo» y serviría de base para los polvos que me había esparcido dando palmaditas en la cara, el cuello y el escote; el perfume de petrolato de la pegajosa crema desodorante para las axilas que me había asegurado que todas las bailarinas del club usaban en vez de polvos de talco. La peluquera me había dejado el cabello largo para mi número de baile, pero lo había rizado con una plancha y lo había recogido con horquillas para dar la impresión del peinado de corte elegante que estaba de moda.

—¡Está usted preciosa! —exclamó Gaspar.

Giré sobre mis talones para exhibir mi vestido de encaje de Chantilly y mi bolso bordado con cuentas, tambaleándome sobre los altos tacones de mis zapatos de salón.

—No sé —dije—. Noto que me pica la cara. Normalmente no me pongo polvos ni carmín. —Cada vez que parpadeaba, era consciente de la gruesa capa de rímel de color pastel que la esteticista había aplicado.

Gaspar se rio con aquella risa desbordante y sincera tan suya.

—Se acostumbrará a ello —dijo—. ¡Está guapísima! Tiene que dejarme que la

lleve a un café. Quiero exhibirla.

El local al que me llevó no era como los cafés del Barri Xinès, que eran refugios de hampones, espías de la policía y anarquistas. Pero tampoco era un local para gente pudiente, lo cual me sorprendió. Era fácil colegir de su ropa elegante, sus uñas arregladas y sus modales relajados que Gaspar era rico, aunque llevara su buena fortuna sin darle importancia.

El café parecía lleno de actores y actrices, poetas e idealistas. Nos sentamos a una mesa al lado de una ventana abierta y el camarero nos trajo un aromático café cubano en tazas blancas. Un grupo de estudiantes entró y desapareció en una sala de la parte de atrás. Gaspar se dio cuenta de que los estaba mirando.

—Es la rama de las artes del Club Socialista —dijo.

—¿Usted asiste?

Gaspar asintió.

—A veces.

Lo observé.

—¿Cree en una sociedad igualitaria?

—Sí —respondió sin inmutarse—. Daría mi vida por ver a la humanidad unida en el amor y por que todo el mundo estuviera alimentado y vestido adecuadamente.

Si Gaspar hubiera sido otra persona, me habría burlado de él. ¿Qué sabía del Somorrostro o del Barri Xinès un joven que llevaba ropa hecha a medida y un alfiler de corbata de oro? La víspera, yo había detenido a Fidelia en el preciso instante en que se disponía a robarle la cartera. Pero noté que en Gaspar Olivero había algo más de lo que se veía a primera vista. Parecía ser de esa rara clase de persona que podía caer simpática a cualquiera en cualquier lugar.

—¿Hay muchos hombres como usted en ese club? —pregunté.

—¿Hombres como qué? —dijo mirándome con brillo en los ojos por encima del borde de su taza.

Me encogí de hombros.

—Finos y corteses, cultos..., ricos.

Se echó a reír.

—Bueno, tengo un buen amigo, Xavier, que a veces toca el piano para los bailes sociales. Me habría gustado que lo conociera: es aficionado al flamenco. Pero a su padre se le ocurrió la idea inglesa de enviarlo a recorrer Europa antes de hacerse cargo de los negocios de la familia y casarse. Creo que ahora mismo está en Italia.

Cuando Gaspar se excusó para ir al baño, vi mi reflejo en el espejo de la pared al lado de nuestra mesa y di un respingo. No me reconocí. Pensé en las jóvenes chicas de la alta sociedad que había visto en el salón de belleza. Por alguna razón, la imagen de Evelina Montella acudió a mi mente. ¿Qué edad tendría ahora? ¿Doce años? Demasiado joven para ser una de ellas.

Me acordé de su guapísima madre y recordé las palabras de su padre aquel día en la fábrica: «Así es ni más ni menos como funciona el sistema económico en el que

vivimos. Los que pueden pagar recogen los beneficios». Después recordé la imagen de mi padre muerto tendido en un charco de sangre en una calle no lejos del lugar en el que ahora estaba sentada. Vi a mi madre consumida en su agonía, a Anastasio siendo enterrado en una tumba sin nombre en África, a Ramón y Teresa llevados al destierro. ¿Una humanidad unida en el amor? Gaspar soñaba. La humanidad no estaría nunca unida en el amor mientras gente como los Montella controlaran la economía.

Gaspar regresó y pidió otros dos cafés.

—¿Quiere comer algo? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Si no le molesta que se lo diga, parece muy joven para ser director musical. ¿Cuántos años tiene?

—Tengo la edad que aparento —dijo con una sonrisita avergonzada—. Pero el mérito es de mis padres por fomentar temprano mi talento musical. A los dos les gusta la música. Estaban convencidos de que sus hijos debían seguir sus inclinaciones. Me temo que me echaron a perder. No creo que esté hecho para el trabajo serio. Lo único que he hecho ha sido música.

—¿De verdad? Da la impresión de ser alguien que posee muchos talentos.

Gaspar se rio.

—¿Y en qué se ve esa ilusión?

—En todo lo que hace —le dije—. En la manera de andar, en su manera de hablar...

Se ruborizó.

—Bueno, no sé por qué, pero parece que en la escuela captaba las cosas muy rápido sin tener que estudiar mucho.

—Parece una buena vida —dije, tratando de imaginar una existencia en la que una persona tenía tanto dinero que no lo necesitaba.

—Y ahora, hablando de gente con talento —dijo, dando la impresión de que estaba deseoso de desviar la conversación de sí mismo—, estoy entusiasmado con la idea de componer música para usted. Quiero que sea brillante. ¿Podríamos trabajar juntos en el club mañana por la tarde? Zakharov está deseoso de comenzar con la coreografía lo antes posible. El Ruso exige al menos diez semanas de ensayos antes de presentar ningún espectáculo.

—¿Por qué?

Gaspar pareció desconcertado.

—*Senyoreta* Sánchez, sabe qué es un coreógrafo, ¿verdad? Zakharov va a crear un baile para usted.

Pensé en lo que Gaspar había dicho.

—¿Cómo va a crear un baile para mí? Solo tengo una ligerísima idea de cómo voy a empezar un baile, y una vez que empiezo otra parte de mí toma el mando.

—¿Quiere decir que nunca usa una rutina?

—¿Una rutina? No —dije, confusa—. Cada baile flamenco tiene cierta estructura y cierto estilo de pasos, pero la *bailaora* sigue su propia inspiración. Por supuesto que hay pistas para el guitarrista, como la pausa de *llamada* o una postura especial que sugiere lo que va a seguir. Aun así, un guitarrista y una bailaora que han trabajado juntos durante mucho tiempo podrán interpretarse el uno al otro sin ningún tipo de pista visual.

—Pero ¿entiende que una parte de su contrato es acudir a ensayar? —dijo Gaspar inclinándose hacia mí—. No puede salir sin más y hacer lo que se le antoje esa noche.

—Pero el flamenco es eso —respondí—. Bailas según te sientes ese día y según como te mueva el demonio. ¿Lo entiende?

A Gaspar le temblaron los labios, como si estuviera intentando no reír.

—Yo sí lo entiendo, *senyoreta* Sánchez. ¡Pero creo que a Zakharov le va a dar un ataque!

El primer obsequio disparatado que me hizo el Ruso fue un piso no lejos del club. Me llevó allí después de mi primera sesión de ensayo con Zakharov. Mis tacones repiquetearon en el suelo de tarima mientras levantaba la vista hacia las yeserías arqueadas de los techos. Me apoyé en un pilar de piedra y miré por la ventana curva que daba a la calle. Una sensación de desasosiego me invadió. Caí en la cuenta de que estaba en el interior de uno de los pisos que había visto en construcción al huir de la comisaría de policía el día que Teresa y Ramón se fueron al destierro, el día que Francisca me encontró. Superada por la sensación de que mi vida estaba condenada, miré hacia otro lado para no verlo.

—Es demasiado para mí —le dije al Ruso—. Estoy acostumbrada a cosas más sencillas.

Me observó un momento.

—Una estrella del Samovar Club no puede estar viviendo en un barrio de chabolas en la playa —dijo—. La prensa irá a hacerle entrevistas. Tiene que emanar glamur y un halo de misterio en todo lo que haga.

—No sabe todavía si seré una estrella —le dije—. Y si no tengo éxito, ¿volverá a ponerme de patitas en la calle?

Se acercó a la ventana y a mi lado.

—Hace mucho tiempo que soy empresario teatral —dijo—. Puede que sea un diamante en bruto, pero es de los buenos. Después de su temporada en el Samovar, tengo intención de llevarla de gira. No solo por España, sino también por el resto de Europa y las Américas. Tal vez incluso por Asia.

Nos quedamos en silencio durante un rato, perdidos en nuestros pensamientos. Podía oler los toques de cítrico y bergamota de la colonia cara del Ruso y el aroma del humo de su fino cigarro en su ropa.

De pronto se volvió hacia mí.

—Escuche, *senyoreta* Sánchez —dijo—. Yo nací en el seno de una familia acaudalada en San Petersburgo. Me crié en una casa llena de sirvientes y porcelana Kuznetsov. Pero después de la Revolución lo perdí todo. Cuando llegué aquí no podía pagarme ni siquiera una habitación con una cama. Vivía en una residencia comunitaria barata donde todo el mundo dormía de pie, apoyado en una soga para no caerse. No hablaba ni una palabra de español, y mucho menos de catalán, así que limpiaba zapatos y ayudaba a cargar cajas en los barcos en el puerto. Pero al cabo de dos años tenía mi primer club. Al año siguiente compré uno más grande. —Arqueó las cejas para subrayar lo que decía—. Mire, un hombre rico puede perderlo todo y volver a ser rico por su manera de pensar. Pero un hombre pobre seguirá siendo un hombre pobre a menos que experimente algo que lo haga luchar por una vida mejor.

Avanzó hacia mí, sacó la billetera del bolsillo, me cogió una mano y depositó en ella mil pesetas.

—Sé que Diego se queda con todo lo que gana. La vida es así para una mujer gitana. Pero yo no estoy tan seguro de que sea una gitana pura —dijo mirándome con su penetrante mirada.

No me gustó que me mirara así.

—¿Qué intenta decirme? —dije.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio.

—Estoy diciéndole que se acostumbre a ser rica —dijo—. Que se acostumbre a tener dinero... Si alguna vez lo pierde, podrá levantarse de nuevo.

Intenté comprender lo que el Ruso me decía. Parecía pensar que podíamos elegir cómo vivir nuestra vida. Hasta entonces no había visto las cosas de ese modo. No pensaba que mi padre hubiera elegido ser pobre. No creía que hubiera querido morir a manos de un soldado en las Ramblas y dejarnos huérfanos a Ramón y a mí.

—Tiene razón en lo de que no soy una gitana pura —le dije—. Pero tampoco soy paya pura para que me motive tanto el mundo material. Me gusta estar bien alimentada y vestir ropa bonita, pero los pisos y el dinero en el banco significan poco para mí. Son una trampa.

El Ruso se limitó a sonreír y volvió a ponerse el sombrero en la cabeza mientras se encaminaba a la puerta.

—Espere usted aquí. El decorador llegará dentro de unos instantes. No se preocupe por el precio. Elija exactamente lo que le guste. Tiene instrucciones estrictas de darle todo lo que pida... Créame, tener dinero y lujos llegará a gustarle.

El decorador llegó unos minutos después de que el Ruso se hubiera ido, cargado con dos bolsas de muestrarios de tejidos y libros de bocetos de colores. Se presentó como Juan Bertrán. Era un hombre bajo, enjuto y nervudo, con el cabello rubio peinado para tapar la calva. Llevaba un traje bien cortado y tenía la piel mimada y los dientes blancos de un hombre que se cuida.

—Lo primero que debemos decidir es el estilo y el color —dijo mientras abría una de las bolsas—. ¿Miramos dos o tres tonos?

El *senyor* Bertrán me enseñó algunos bocetos de salones que había decorado. Observé los colores apagados de las colgaduras, los apliques, las sillas y los sillones de orejas y las modernas instalaciones eléctricas. Me maravillé de que la gente con dinero escogiera unos tonos con tan poca gracia. Pedí paredes de color amarillo mostaza, cortinas y otomanas de damasco rojo sangre y una araña para cada habitación.

—Bueno —dijo el *senyor* Bertrán, mientras se limpiaba la frente con su pañuelo de lino y daba vueltas por el piso—, el dormitorio principal es lo bastante grande para una cama de matrimonio extragrande. ¿Qué me dice de la habitación de invitados? ¿Cuántas personas espera que estén con usted?

Pensé un momento en su pregunta antes de contestar.

—Bueno, están Diego, Fidelia, Raquel, Pastora... unas quince personas.

El *senyor* Bertrán me miró boquiabierto.

—¿Todas a la vez? —preguntó—. ¿Quiere quince camas en este piso?

Me eché a reír.

—¡No! ¡Quince camas no cabrán! Solo tiene cuatro habitaciones.

El *senyor* Bertrán se rio y se limpió la frente de nuevo.

—Siete camas además de la cama de matrimonio extragrande bastarán —le dije—. Las mujeres están acostumbradas a compartirlas unas con otras. Y los niños entrarán todos en una cama.

El *senyor* Bertrán volvió a quedarse boquiabierto, como si fuera a protestar. Pero entonces debió de recordar las instrucciones del Ruso de darme todo lo que quisiera. Tragó saliva.

—Siete camas además de la cama de matrimonio extragrande —dijo al tiempo que tomaba nota en su carpeta antes de levantar la vista de nuevo—. ¿Serán camas con dosel o modernas?

—¿Qué es esto? —gritó Zakharov golpeándose con el puño en la frente y corriendo hacia el escenario—. ¡No puedo trabajar así!

Gaspar levantó las manos de las teclas del piano y me hizo una seña con la cabeza. Tal como había pronosticado, Zakharov y yo no nos poníamos de acuerdo en la cuestión de si una secuencia de baile debía ser ensayada o no en nuestra segunda sesión juntos. Gaspar había compuesto una música preciosa: atmosférica y llena de estados de ánimo cambiantes. Pero en vez de dejar que utilizara mi intuición para guiarme sobre dónde debía moverme en el escenario, Zakharov hacía cosas ridículas como marcar con tiza el punto en el que quería que me parara e hiciera una llamada.

—Pero ¿qué pasa si no me apetece hacerlo ahí? —le pregunté—. ¿Y si el momento pide otra cosa?

—No pedirá ninguna otra cosa —dijo echándose el pelo hacia atrás y señalando su marca de tiza—. Todo el mundo estará preparado para que ocurra ahí, desde los

encargados de la iluminación hasta los músicos.

—No sé como llama a eso —le dije—, pero no es bailar. Es una especie de pantomima de la música, no es sentimiento auténtico.

—Por supuesto que tendrá sentimiento —dijo Zakharov, indignado—. Se le pone sentimiento cuando se hace. ¿No ha visto nunca un *ballet*? Anna Pavlova baila exactamente de la misma manera cada vez, hasta el más simple parpadeo de sus ojos al cielo, pero sus interpretaciones son increíblemente conmovedoras.

—Si eso es así —le dije—, el *ballet* no es nada más que una simulación del sentimiento. No es real.

Fueron a buscar al Ruso a su despacho para que zanjara la disputa. Llegó seguido de su secretaria y su ayuda de cámara. Debían de estar afeitando al Ruso cuando lo fueron a buscar, pues llevaba los restos de jabón alrededor de las orejas y en la garganta.

—No quiere ensayar —se quejó Zakharov—. Y tampoco quiere seguir mi coreografía.

—Eso no es verdad —dije—. He venido hoy aquí a la hora. Y vendré todos los días a bailar. No insinúe que por ser gitana soy perezosa.

—Hace el baile de una manera diferente cada vez —le dijo Zakharov al Ruso.

—¡Porque «siento» de manera diferente cada vez que oigo la música de Gaspar! —expliqué—. Tiene tantas cosas dentro. Ayer me sentía como un caballo salvaje galopando por un bosque. Y hoy la música me ha hecho pensar en el mar.

—Ya habíamos tenido este problema con bailarinas gitanas —le dijo Zakharov al Ruso—. Por eso no les hemos confiado nunca papeles de estrellas.

—Me parece recordar que no hemos utilizado antes bailarinas gitanas porque no se adaptaban a nuestro público —replicó el Ruso—. No pulían sus pasos ni deponían su acongojada actitud.

—Efectivamente —dijo Zakharov.

—Pero cuando vi tu primer ensayo con la *senyoreta* Sánchez, me pareció que estaba muy dispuesta. ¿No ha aprendido los nuevos pasos que le propusiste?

—Los ha aprendido perfectamente —dijo Zakharov alzando las manos—. El problema es dónde los pone en el baile. ¡Ayer era un caballo y hoy es el mar!

El Ruso se volvió hacia mí.

—Senyoreta Sánchez, ¿no me dijo que no tenía ninguna objeción a usar las castañuelas?

—No —le dije—. No tengo nada que objetar.

El Ruso avanzó hacia el escenario y me hizo una seña para que me acercara a él.

—¿Le importa que Zakharov ponga algunos movimientos de baile clásico español en su número? ¿Tal vez también algunos de danzas folklóricas?

Negué con la cabeza.

—¿Y qué me dice de algunos pasos dramáticos de bailes rusos o cubanos?

Volví a negar con la cabeza. El baile era baile para mí: me encantaba aprenderlo

todo. En el haber de Zakharov, él también era un bailarín de talento. Podía enseñarme tantas cosas. Lo único que yo quería era poder expresarme con autenticidad. No quería repetir mis tiempos de espectáculos de variedades con Manuel. No me sentía atada a bailar solo flamenco puro gitano, pero había aprendido a no faltarle al respeto al demonio.

El Ruso se volvió hacia Zakharov y sonrió.

—Me parece que tienes una artista bien dispuesta a colaborar para trabajar con ella. ¿Por qué no enseñas a la *senyoreta* Sánchez los pasos que te gustaría que hiciera y dejas que ella decida dónde y cuándo los hace en su interpretación?

Zakharov pareció horrorizado.

—¿Quiere decir de manera diferente cada vez?

El Ruso se rio y asintió.

—¡De manera diferente cada vez... si ella así lo desea!

Después de un ensayo a la semana siguiente, esperé hasta que todos los demás se marcharon antes de acercarme a Gaspar, que estaba sentado al piano. Le enseñé las mil pesetas que el Ruso me había dado.

—¡*Déu meu*, *senyoreta* Sánchez! No debería andar por ahí con esa cantidad de dinero encima. ¿Quiere que le abra una cuenta en un banco a su nombre?

Negué con la cabeza.

—Quiero que me lleves a Alcañiz.

Gaspar pareció desconcertado.

—¿Qué hay en Alcañiz?

—Mi hermano Ramón y una amiga de mi padre, Teresa Flores García. Los desterraron allí después del levantamiento de 1909. Ramón dijo que volvería a buscarme, pero si lo ha hecho, nunca pudo encontrarme.

Gaspar me miró fijamente.

—Volver habría significado la pena de muerte. Confiemos en que no lo intentara. —Miró de nuevo el dinero que tenía en la mano—. ¿Quieres darle eso?

Asentí.

Gaspar cogió su copia del programa de ensayos de la tapa del piano.

—Muy bien —dijo mientras echaba un vistazo a las páginas—. Pasado mañana estaremos solos tú y yo. Y después tenemos libre el día siguiente. Podemos decir que ensayamos en mi casa. Habrá que salir temprano y quedarse a pasar la noche. ¿No le importará a ese tal Diego?

—Su hermana vendrá con nosotros.

—Entonces quedamos el jueves a primera hora de la mañana —dijo Gaspar.

Sabía antes de que se lo pidiera que Gaspar me ayudaría. Era la única persona en la que confiaba plenamente.

Me senté para quitarme los zapatos de baile.

—No creo que mi hermano me reconozca —añadí mientras me desabrochaba las hebillas—. Han pasado diez años desde la última vez que lo vi.

Gaspar sonrió.

—Te reconocerá —dijo en voz baja—. Hay ciertas cosas de la gente que no cambian nunca.

La mañana que Gaspar iba a llevarnos a Fidelia y a mí a Alcañiz, me desperté mucho antes de que sonara el despertador. No descansaba bien en mi nuevo piso sin el sonido de las olas que me arrullara para dormir. Para colmo, la otra hermana de Diego, Raquel, compartía la cama conmigo y había roncado durante la mayor parte de la noche. Había dado vueltas en la cama, sin poder dejar de pensar en Ramón y Teresa. Mi hermano tendría veintiún años. Me pregunté cómo sería. ¿Cuáles serían nuestras primeras palabras después de todos esos años?

La ropa de Diego estaba en remojo en la bañera del cuarto de baño, así que llené de agua el lavabo y me lavé con una esponja. Ser una «estrella» significaba que mi *toilette* me llevaba más tiempo. Cuando terminé de rizarme el pelo, de limar y sacar brillo a las uñas y de aplicarme el maquillaje, había pasado una hora. Fidelia ya estaba en la cocina cuando entré para hacerme café. Estaba preparando una comida campestre.

—¿Crees que le gustará el atún? —preguntó.

El portero llamó para decir que Gaspar estaba en el vestíbulo. Le dije que le hiciera subir. Unos instantes después, Gaspar estaba en la puerta.

—Entra —le dije—. Voy a buscar el equipaje.

Los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas cuando una de las gallinas de Diego le pasó corriendo entre los pies. Miró la ropa tendida en la entrada y la colección de mujeres que dormían en camas plegables en el salón.

—¡*Senyoreta* Sánchez! ¿Cuántas personas viven en este piso?

—Diego y su familia, además de las hermanas de Manuel, mi maestro, con sus maridos y sus hijos —le dije.

Gaspar se pellizcó los labios como si intentara no echarse a reír.

—¿Qué es tan divertido? —pregunté.

—No creo que esto le agrade al Ruso —contestó—. Quería que tuvieras este piso para ti sola. Para que pudieras concentrarte en tu trabajo.

—Pero este es mi clan. No puedo vivir aquí y dejarlos en la playa.

—No, supongo que no —respondió, con un brillo en los ojos—. Pero ¿no se supone que los gitanos son nómadas que viven de su ingenio?

Me encogí de hombros. Eso era lo que Francisca solía decirme, que mi clan estaba llamando a la mala suerte por quedarse demasiado tiempo en un mismo lugar y no vivir a la antigua usanza gitana. De todos modos, el Ruso había dicho que iba a llevarme de gira. Yo di por sentado que mi clan vendría conmigo, de modo que supuse que eso contaría como viaje para ellos.

Eran los primeros días del verano y el viaje a Alcañiz fue largo y lleno de polvo.

Fidelia fue durmiendo la mayor parte del camino mientras los bocadillos de atún que había hecho apestaban en el coche. Era difícil hablar con Gaspar mientras circulábamos, por el ruido del motor, así que pasé la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla. No había salido nunca de Barcelona. El campo me hacía tener los ojos abiertos. Las montañas, las llanuras, los bosques y los cielos claros eran preciosos, pero la pobreza... Aquellos niños hambrientos al borde del camino, las viviendas de subsistencia, los ancianos encorvados por las cargas de leña que transportaban a la espalda, los perros sarnosos y los gatos escualidos.

—La pobreza es peor cuanto más al sur se va —dijo Gaspar cuando nos paramos un rato para estirar las piernas—. La mayoría de las fincas de allí son propiedad de terratenientes que solo dan trabajo a los jornaleros para recoger las cosechas. Eso significa que entre una cosecha y otra, o si la cosecha se malogra, los campesinos pasan hambre porque no tienen ninguna otra fuente de ingresos.

Cuando llegamos a Alcañiz, intenté ver el lugar tal y como Ramón y Teresa lo habrían visto cuando llegaron en su destierro. Un castillo del siglo XII, en otros tiempos cuartel general de la Orden de Calatrava, que gobernó esta parte de Aragón, dominaba el lugar. Antiguas casas blancas se apiñaban alrededor de su base. Cuando paramos en la plaza del mercado y nos bajamos del coche, sentí que habíamos llegado a un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido. Miré los edificios góticos y del Renacimiento, la vieja iglesia barroca. No tenía nada que ver con Barcelona, que parecía estar en constante cambio.

Unos niños se congregaron alrededor del coche de Gaspar, que les dejó que tocaran la bocina unas cuantas veces.

—¿Dónde están vuestras madres? —preguntó—. Tenemos que encontrar a alguien que pueda ayudarnos y darnos cierta información.

—Mi madre está allí —respondió uno de los niños, señalando a una mujer joven con pañuelo en la cabeza que estaba trabajando en un puesto de fruta.

—¡Buenos días, señora! —saludó Gaspar a la mujer—. Estamos buscando a unas personas que llegaron aquí en 1909... desde Barcelona.

Agradecí que Gaspar se encargara de las pesquisas. Las piernas me temblaban. Esperando las noticias sobre Ramón y Teresa, las manos se me quedaron frías y húmedas, aunque tenía el vestido pegado a la espalda por el calor. Miré a mi alrededor, mientras me preguntaba si alguno de aquellos jóvenes sería Ramón. Vi que había algunas mujeres vendiendo flores en el extremo más alejado del mercado, pero ninguna era Teresa.

La mujer joven sonrió.

—Sí, mi madre los conoció muy bien. —Se dirigió al hombre que estaba con ella en el puesto, que podía ser su marido, y le dijo algo. Él asintió—. Vengan por aquí —dijo la mujer—. Los llevaré con mi madre.

¿Los conoció muy bien? Aquello no tenía buena pinta. Como mínimo, no parecía que Ramón y Teresa estuvieran todavía en Alcañiz. Puse una mano en el hombro de

Fidelia para apoyarme.

La mujer, que se presentó como Sofía, nos llevó por una calle estrecha hasta una vieja casa de piedra. Gritó en dirección a una ventana del piso de arriba. Los postigos se abrieron y una mujer de unos cincuenta años se asomó. Sofía nos presentó a su madre, Antoñita. Le explicó por qué estábamos allí. Antoñita dijo que enseguida bajaba.

—Sí, sí —dijo, cuando abrió la puerta de la calle y nos hizo entrar en su casa, que olía a bórax y a madera antigua—. Los recuerdo muy bien. Los trajo la Guardia Civil en septiembre de 1909. —Nos miró a Gaspar y a mí—. No son ustedes los primeros hijos que se quedaron que han venido en su busca. ¿Quiénes eran sus padres?

Gaspar me señaló.

—Buscamos al hermano de esta señorita, Ramón, y a su tutora, Teresa.

—¡Ramón! ¡Teresa! —gritó Antoñita. Me agarró las manos y me instó a tomar asiento—. ¡Tú tienes que ser Celestina! Me hablaron tanto de ti. ¡Qué contenta se habría puesto la pobre Teresa al saber que estás bien!

—¿Qué le ocurrió a Teresa? —pregunté.

Los ojos de Antoñita se llenaron de lágrimas.

—El corazón se le paró un par de meses después de llegar. El trauma fue demasiado para ella.

Sentí dolor en mi corazón. Era la noticia que más temía.

—La enterramos aquí, en el cementerio —dijo Antoñita.

Pasaron unos momentos antes de que pudiera hablar. Recordé la cara de angustia de Teresa el día que se la llevaron. Nos había cuidado después de la muerte de papá. Había intentado ser fuerte por nosotros. De niña, había dado las cosas por supuestas. Pero ahora apreciaba mejor el sacrificio que había hecho.

—¿Y Ramón? —pregunté—. ¿Dónde está mi hermano?

Antoñita negó con la cabeza.

—No lo sé. La Guardia Civil volvió un día cuando los desterrados llevaban aquí unos meses. Se los llevaron a todos. Nunca hemos podido averiguar adónde.

Sofía nos sirvió un vaso de vino a cada uno y se sentó con nosotros mientras Antoñita contaba la historia.

—Cuando las autoridades trajeron aquí a los desterrados, nos dijeron que eran criminales peligrosos. Creo que querían que los lincháramos o algo así. Pero era evidente que aquellas personas no eran malas. Nos contaron sus historias y nos conmovieron. No tenían nada, así que les dimos lo que pudimos. Pero al final fueron ellos quienes nos dejaron los mejores regalos.

Miré a Antoñita, intentando comprender lo que quería decir. Sonrió y se levantó para coger algo de una balda que estaba a su lado. Me entregó un libro. Era una traducción española de *La llamada de lo salvaje*, de Jack London.

—Yo nunca había aprendido a leer —explicó Antoñita—. Una de las mujeres, Carme, era maestra. Me enseñó a leer y a escribir y me regaló este libro. Era todo lo

que tenía. Sigo leyendo unas cuantas páginas cada día. Le estoy tan agradecida.

El vino que Sofía nos había servido era vino de Aragón: con cuerpo y fuerte. Me invadió una sensación de mareo, pero al menos el vino adormecía el dolor.

—Por eso se los llevaron las autoridades —continuó Antoñita—. Pensaron que los desterrados ejercían demasiada influencia sobre nosotros, que nos inculcaban ideas revolucionarias. Un día, sin previo aviso, la Guardia Civil llegó, los metió en carretas de caballos y se los llevó.

Puse la cabeza en mis manos. Nunca hasta ahora había tenido medios para viajar a Alcañiz, pero llegaba muy tarde. Demasiado tarde. ¿Cómo iba a encontrar a Ramón?

—Tu hermano era un niño encantador y lleno de recursos —dijo Sofía—. Me acuerdo bien porque teníamos una edad parecida. Estoy segura de que le irá bien esté donde esté.

Antoñita era de la misma opinión.

—¡Era listo de verdad! Nos ayudó en la recolección de la aceituna y encontró formas ingeniosas de hacerlo más rápido. —Me puso una mano en el brazo—. ¿Te gustaría ver la tumba de Teresa?

Gaspar, Fidelia y yo seguimos a Antoñita y a Sofía hasta el cementerio. Teresa estaba enterrada al lado de los padres de Antoñita. Su tumba estaba decorada con ramilletes de flores silvestres azules y amarillas y unas flores rosadas de melocotón.

—Mis vecinas y yo nos ocupamos de ella —explicó Antoñita—. Lo sentimos por Teresa, morir tan lejos de su casa. Y enterrada tan lejos de los suyos.

—Teresa era vendedora de flores —le dije—. En el gran mercado de Barcelona. Estoy segura de que le habría gustado muchísimo el arreglo que han hecho para ella.

Antoñita y Sofía llevaron a Gaspar y a Fidelia a ver las otras tumbas del cementerio. Me dejaron a solas para que estuviera algún tiempo con Teresa. Pude oír a Antoñita explicándoles la historia de la región mientras se alejaban.

Besé la cruz blanca que señalaba la tumba de Teresa y apoyé la cara en ella. Estaba todavía caliente del sol. Traté de pensar solo en mi amor por Teresa y en mi tristeza por su pérdida, pero la ira por la injusticia de su destierro y su muerte ardía dentro de mí. Un día encontraría la manera de hacerles justicia a ella y a papá.

Después, Antoñita nos llevó a ver la casa a las afueras del pueblo donde habían vivido los desterrados. Toqué las paredes y los muebles austeros con veneración, pues sabía que Ramón había estado allí. Me senté en una litera herrumbrosa en uno de los dormitorios y miré por la ventana hacia el castillo.

—Ramón —susurré—, ¿qué ha sido de ti? ¿Dónde estás?

Esa noche, Antoñita insistió en que nos quedáramos en su casa. Cocinó para nosotros tortas de maíz y sopa de ajo. Después de cenar, algunos vecinos vinieron a vernos. Estaban deseosos de compartir sus historias sobre cómo los desterrados les habían enseñado a leer, escribir y algo de aritmética. Hablaron de sus sueños de democracia.

—Ya hemos tenido bastante monarquía —dijo el marido de Sofía—. Y dictadores.

Los demás estuvieron de acuerdo.

—Ha llegado la hora de una segunda república —dijeron.

¡Los desterrados habían influido en ellos, desde luego!

Una mujer mayor que sufría de cataratas me tocó un brazo.

—Teresa estaba muy angustiada por haber dejado a una niña pequeña en Barcelona. Estará en paz ahora que la has visitado y ha visto que estás bien.

Gaspar notó que estaba emocionalmente agotada. Entretuvo a la gente cantando y haciendo una demostración de cómo se bailaba la sardana.

Más tarde, cuando todos estaban dormidos, salí a hurtadillas de la casa y a la luz de la luna recorrí deprisa el camino que llevaba a la casa donde había vivido Ramón. Todo estaba en silencio. Me quedé fuera de la casa y bailé una *soleá* para él. ¿Qué otra cosa podía hacer para expresar mi soledad?

—Ya ves —le dije a Ramón mientras levantaba una pierna y ejecutaba un giro—, ahora soy bailaora.

Por la mañana tuvimos que salir temprano. Antoñita insistió en que lleváramos con nosotros bocadillos y aceitunas. Le dimos las gracias por su hospitalidad.

Gaspar arrancó el coche. Cuando nos disponíamos a girar en la esquina, Antoñita salió corriendo de su casa.

—¡Te has dejado el dinero en la mesa! ¡Te has dejado mil pesetas!

Gaspar me miró. Negué con la cabeza.

—No pares —le dije—. Lo he dejado para ella.

Pisó el acelerador y nos adentramos en la brillante mañana de Aragón.

La noche de mi presentación en el club, Zakharov compró rosas rojas y champán para mi camerino. Después me dijo que se iba a su casa a dormir.

—No puedo soportar mirar —dijo—. El Ruso me contará cómo ha ido todo por la mañana.

Era fascinante para mí que todos los demás parecieran estar en vilo mientras que yo me sentía tan en calma como el mar en un día sereno. La sonrisa de Gaspar era forzada. El Ruso estuvo paseando arriba y abajo por el pasillo hasta que se decidió a salir y sentarse entre el público.

Yo no era el número principal de la velada; ese lugar lo ocupaba el tenor Miguel Fleta. Pero me habían anunciado como el nuevo número sorpresa y eso también había atraído a mucha gente. La *senyora* Dávilo había diseñado para mí un vestuario deslumbrante: unos pantalones negros brillantes descosidos a partir de la rodilla para permitir una buena visión de los pies y una blusa de seda gris plateado, con los hombros abultados y mangas enteras con volantes. La maquilladora me había recogido el pelo con horquillas en un medio moño y me había puesto un hibisco rojo

detrás de la oreja. El maquillaje teatral con el que me había embadurnado la cara era aún más pesado que los polvos a los que me había acostumbrado. Llevaba los ojos perfilados con gruesos trazos de kohl negro y los labios pintados de rojo brillante. Tenía la sensación de llevar puesta una máscara.

—No es la Argentina, ¿verdad? —Oí que le decía una de las coristas a otra—. No creo que al público le vaya a gustar.

Su malevolencia no me distrajo. Flexioné y estiré los dedos de los pies y calenté las muñecas.

—No te pongas nerviosa —me dijeron las coristas más majas—. ¡Vas a hacerlo de miedo!

No se me había pasado por la cabeza ponerme nerviosa. Iba a haber música y baile. No era propio de mí preocuparme de si a la gente le gustaba o no. O entendían el baile, o no lo entendían. Eso era todo.

Oí un golpe en la puerta.

—*Senyoreta* Sánchez, diez minutos para salir a escena —anunció el asistente de escenario—. Diríjase a bastidores, por favor.

La *senyora* Dávilo me cepilló el traje una vez más mientras la maquilladora me pasaba la borla por la nariz y la barbilla. Abrí la puerta y seguí al asistente de escenario hasta los bastidores. Al pasar por delante de los otros camerinos, los artistas me miraron. Los sobres de la paga de las semanas siguientes dependían de mi éxito.

Entre bastidores, me apreté las tiras de los zapatos. Todavía no me había acostumbrado del todo a ellos. Había crecido bailando descalza, pero el Ruso había insistido en que ninguna estrella suya bailarían en su escenario sin zapatos. Gaspar me hizo un guiño desde su puesto ante el piano.

El director de escena me llevó al punto detrás del telón donde debía esperar a que el cómico que actuaba antes que yo terminara su número. Cuando el humorista concluyó, me anunció.

—Y ahora el número que estaban esperando: una joven *bailaora* flamenca arrancada directamente del seno de los gitanos que les hará estremecerse con su vivacidad y el virtuosismo de su baile. Señoras y señores, con todos ustedes, Celestina Sánchez.

El telón se levantó. Se hizo el silencio entre el público. No podía ver nada más allá de los focos, salvo algún que otro destello de joyas de diamantes o de oro. No importaba, podía sentir a la multitud. Su excitación era eléctrica. Inspiré y convoqué su energía para mí, como el miembro de una tribu antigua cantando mientras pesca. Gerardo tocó la falseta de introducción. Chasqué los dedos, alcé la vista y di tres pasos hacia el foco...

DIARIO DE BARCELONA, 2 DE JULIO DE 1920

Maxim Tarasov, el Ruso, el inimitable empresario teatral y propietario del sofisticado Samovar Club, presentó anoche su nuevo espectáculo para esta temporada. Conocido no solo por su capacidad para atraer a las estrellas de renombre a su local de Barcelona, sino también por su habilidad para descubrir nuevos valores, Tarasov llenó a rebosar su club de un público deseoso de escuchar al afamado Miguel Fleta y de ver el promocionado «número sorpresa»: una bailaora de flamenco gitana.

Fleta estuvo en buena forma, como era de esperar, y el público no se sintió decepcionado al ser testigo también del debut de la que tal vez sea la artista más pasmosa y embriagadora que Barcelona haya visto nunca.

Al levantarse el telón pudimos ver a la diminuta Celestina Sánchez, cuyo físico delicado se transformó en un raudal de agilidad y fuerza en cuanto dio su primer paso. Su capacidad técnica era impresionante, con movimientos de pies precisos y percusivos, así como un sentido del ritmo perfecto. Pero añádase a ello un estilo innato que es salvaje y sensual. Entonces tendrán todos los ingredientes para una tempestad. Sánchez, una joven hermosa, se transforma en una visión de belleza y pasión cuando se mueve. Deja hipnotizado a todo lo que le sigue. Tuvo al público embelesado con sus rápidos giros, sus elegantes vueltas y la manera en que sus brazos centelleaban como un incendio alrededor de su cuerpo.

Acompañada por diez guitarristas y una orquesta que tocaba música neoclásica compuesta por Gaspar Olivero, Sánchez ofreció a su público una alegría, un fandango y una soleá, antes de terminar con una fogosa farruca. Su vestuario era deslumbrante; los pantalones descosidos y su largo pelo ondulado imprimían a su espíritu deportivo una sensación de feminidad.

El flamenco es un arte cuyos intérpretes comienzan a bailar a edad muy temprana; sin embargo, no alcanzan la plenitud hasta que han cumplido los cincuenta o los sesenta años. Si hemos de juzgar por lo que vimos anoche, esta joven bailaora, a la que se la ha bautizado con el nombre de «la Rusa» por el empresario que la descubrió, tiene aún más emociones que ofrecer a públicos futuros...

Paloma

Después de ver a Manolo en el bar flamenco y de que me dijera que la Rusa y mi abuelo habían sido buenos amigos, no pude pegar ojo. Recordé cómo había descrito *mamie* a mi abuelo cuando era un hombre joven: con los ojos alerta «como una ardilla». Los de la Rusa eran diferentes: oscuros y llenos de secretos. Por más que lo intentara, no podía imaginar que hubieran sido amigos.

Estuve acostada mirando el reloj hasta que fue la hora de levantarme para ayudar a *mamie* a preparar las clases del sábado. Cuando entré en el estudio, ella ya estaba allí, con una falda negra de baile sobre la malla y un pañuelo de color rosa atado alrededor de la cabeza. Había terminado de barrer el suelo y estaba pasando un trapo por los alféizares de las ventanas para limpiar el polvo.

—Ah, buenos días —dijo al verme—. ¿Qué tal te fue la salida con Gaby?

—*Mamie*, anoche no salí con Gaby.

Los ojos de mi abuela me miraban desconcertados y con una sonrisa burlona. Pero tenía demasiada fe en mi sensatez como para pensar que hubiera hecho algo de lo que tuviera que avergonzarme. Una sonrisa bailó alrededor de las comisuras de su boca.

—¿Has conocido a alguien? —preguntó—. Me preguntaba... Has estado tan misteriosa últimamente.

En cualquier otra ocasión me habría encantado hablar de Jaime. Pero había recibido la visita de un fantasma, que además había conocido a mi abuelo. Era difícil comportarse con normalidad. Si la Rusa había sido amiga de mi abuelo, había una posibilidad de que también lo hubiera sido de *mamie*.

—He ido a clases de flamenco —dije—. Para mejorar mi baile de carácter.

La primera parte era verdad; la segunda era una «verdad forzada» con la intención de no herir sus sentimientos.

—¿Te ha recomendado *mademoiselle* Louvet que lo hagas?

No esperaba la pregunta y no supe qué contestar. Pero estaba harta de mentir. Era como si el flamenco fuera de alguna manera vergonzoso y hubiera que ocultarlo, como el consumo de drogas.

—No —dije—. Era algo que quería hacer.

Mamie me miró con gesto de incredulidad, aunque su reacción no fue tan negativa como había supuesto.

—Vamos, Paloma. Eres una bailarina del más alto nivel. Espero que tengas un profesor de calidad. ¿Qué estilo de flamenco estás aprendiendo? ¿Español o gitano?

—Español —dije—. Probablemente algo parecido a los bailes clásicos españoles que tú aprendiste antes de dedicarte al *ballet*.

Mamie pareció aliviada y volvió a limpiar el polvo, aunque ahora había algo además de motas de polvo flotando en el aire. Actuaba con despreocupación, pero sus hombros estaban tensos; parecía un gato al que le hubieran molestado mientras dormitaba.

—Sigue saliendo el nombre de una bailarina de Barcelona —dije—. Se supone que fue una de las más grandes de este siglo. Me pregunto si la conociste. Se llamaba la Rusa.

Mamie giró en redondo. Sus ojos brillaban de ira.

—¡La Rusa no era una bailarina! —me soltó—. ¡Era una puta!

Me quedé con la boca abierta. Jamás había visto a *mamie* reaccionando de ese modo; su atractiva cara estrujada en arrugas tan marcadas. Estaba claro que no era el flamenco lo que le desagradaba. Era la Rusa.

Me fulminó con la mirada.

—¡No vuelvas a mencionar su nombre!

—Lo siento —dije, reprochándomelo para mis adentros. ¿No había prometido no hacer preguntas relacionadas con España para ahorrarle angustia a *mamie*?

—¿Y cómo te atreves a andar por ahí a mis espaldas? —continuó como si no me hubiera oído—. ¡Mintiendo que sales con Gaby! ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

Aquel momento, mientras mi abuela me miraba, enfurecida, fue uno de los de más soledad de mi vida. No fui capaz de responder.

—¡Fuera de aquí! —gritó *mamie*, alejándose de mí—. Ve a practicar para tu prueba. O vete a tus clases de flamenco, o a lo que sea que estés haciendo ahora. ¡Pero no te acerques a mí!

Huí del estudio y me fui corriendo a mi habitación. El corazón me dolía tanto que apenas podía mover los brazos. Por lo general, cuando estaba afligida lo resolvía con el *ballet*. Era el baile lo que me había permitido superar la muerte de mi madre y la traición de mi padre. Pero ahora la sola idea de ponerme las zapatillas de baile y estar de pie en la barra me repugnaba. El grado de aversión que sentía me aterrorizó, como si fuera una madre que de pronto se hubiera dado cuenta de que odia a su hijo. Corrí al cuarto de baño y me metí bajo la ducha, pero ni siquiera el agua caliente corriendo sobre mi piel pudo calmarme.

Me sequé y me puse un pantalón vaquero y una camisa. Salí de casa sin ninguna idea de adónde ir. Bajé corriendo la escalera, con el pañuelo y el abrigo en la mano. Los alumnos de la primera clase de *mamie* estaban llegando. «*Bonjour, Paloma*», saludaron al cruzarse conmigo. Hice todo lo posible para sonreír y aparentar que todo era normal, pero algo iba muy mal. No podía respirar.

En la calle, eché a correr sin rumbo fijo. Si hubiera sido capaz de dominarme, tal vez me hubiera dado cuenta de que la furia de *mamie* no tenía nada que ver conmigo. Pero no podía pensar. No podía parar.

Llegué a la Avenue Victor Hugo y me encaminé al Palais de Chaillot. Atravesé

los Jardins du Trocadero y crucé el Sena por el puente de Iéna. La torre Eiffel se alzaba al frente. «Un español sin un fantasma es como París sin la torre Eiffel: uno no puede existir sin el otro», había dicho Marcel. Pasé al lado de turistas que consultaban sus mapas en el parque del Champ de Mars y de los corredores, patinadores, amantes y estudiantes que escuchaban a Black Sabbath en sus radios portátiles. Recorrí el distrito 15, sin detenerme hasta que llegué al Hôpital Saint Joseph y me di cuenta de que llevaba caminando más de una hora.

Se me ocurrió que no estaba lejos del apartamento de Carmen, así que giré en esa dirección. Intenté recordar si Jaime había dicho si tenía algo que hacer hoy o no. Al igual que para *mamie*, el sábado era probablemente el día más ajetreado de Carmen para las clases en la academia. ¿Estaría Jaime ayudándola allí o estaría estudiando en su casa?

Toqué el timbre del apartamento con pocas esperanzas de que alguien me contestara. Pero un momento después la puerta se abrió. Jaime apareció delante de mí con un jersey gordo de cuello cisne y pantalones de pana negros.

—¡*Bonjour!* —dijo con una sonrisa—. ¿O debería ser «*bon dia*»!?

Traté de devolverle la sonrisa, pero las lágrimas corrieron a raudales por mis mejillas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, guiándome hacia el interior—. ¿Preguntaste a tu abuela por la Rusa?

—*Mamie* me ha echado del estudio. Nunca se había puesto tan furiosa conmigo. Jaime me tocó un brazo.

—Sube a mi habitación —dijo—. He encontrado algo que quiero que escuches.

Para llegar a la habitación de Jaime había que subir por una escalera plegable desde el estudio. El cuarto era en parte un entresuelo cerrado. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de libros, discos y objetos relacionados con el flamenco. Un cartel autografiado del guitarrista Sabicas estaba colgado encima de la cama, cubierta con una colcha de felpilla roja. Un par de cortinas de color ladrillo atenuaban la luz que entraba por la ventana triangular.

Jaime señaló un puf de *velour* de gran tamaño.

—Siéntate —dijo—. ¿Puedo traerte algo? ¿Un café?

Negué con la cabeza y me hundí en el puf de color burdeos. La habitación olía a incienso de sándalo. Estiré las piernas en la alfombra de pelo largo y reparé en el farol de papel anaranjado que colgaba del techo. Había tantos tonos de rojo en la habitación de Jaime que tuve la sensación de que estaba descansando dentro de un corazón gigante.

Jaime cogió un disco de la mesa.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó al tiempo que me enseñaba la cubierta—. Es una grabación de tu abuelo, Gaspar Olivero, tocando con un grupo de *jazz* en el Samovar Club en 1928. Fue más o menos la época en que conoció a tu abuela, creo.

¿El *avi* tocando con un grupo de *jazz*? Hasta hacía unos días, no habría creído tal

cosa.

—Lo más probable es que se grabara en un disco de gramófono antes de convertirlo en vinilo —dijo Jaime—. La calidad del sonido no es buena, ¡pero la manera de tocar de tu abuelo es magnífica!

Puso la aguja en el disco y se sentó a mi lado. El tiempo pareció detenerse mientras escuchábamos aquella música. Me pregunté qué podría haber dicho de su interpretación. Aunque la grabación estaba llena de crujidos, la técnica del *avi* se transmitía limpia, con sus complejas y profundas improvisaciones.

Mi vida se ha vuelto tan extraña, pensé. Era como si la gente de mi familia hubiera llevado máscaras y de pronto dejaran ver su verdadera naturaleza todos a la vez: mi padre, el *avi* y ahora *mamie*. ¿Por qué odiaba tanto mi abuela a la Rusa? Si habían sido enemigas, ¿por qué me había visitado la Rusa y me había dado los aretes de oro?

El disco terminó. Jaime y yo estuvimos sin hablar unos minutos. Luego se volvió a mí.

—Tienes mejor aspecto —dijo—. El color te ha vuelto a la cara. ¡Cuando te vi en la puerta, parecía que habías visto un fantasma!

Qué ironía, pensé. Negué con la cabeza.

—He tenido una especie de ataque de pánico esta mañana —le dije—. Como los que *mamie* solía padecer cuando tenía mi edad. —Me froté los ojos y me dejé hundir aún más en el puf—. Cada día, desde que puedo recordar, siempre he practicado *ballet*. Pero hoy la sola idea de hacerlo me ha dado ganas de vomitar. No sé lo que me está pasando. Creo que me estoy volviendo loca.

Jaime se balanceó en su lado y me paso el brazo por los hombros. Me gustó la sensación de que estuviera tan cerca de mí, el calor que emanaba. Quería que me abrazara más fuerte, pero eso también me daba miedo.

—A mí me parece que es agotamiento —dijo—. Hay gente que lo padece al cabo de diez horas, otras después de diez días, diez semanas o diez meses. Tú eres un poco más lenta que la mayoría: has tardado diez años.

Sonreí.

—Siempre consigues hacerme reír —dije.

—Me alegro.

Los ojos de Jaime se centraron en mis labios, pero entonces los dos nos sentimos de pronto tímidos y dejamos de mirarnos.

—En serio —dijo Jaime al cabo de un rato—, no puedes ser una gran artista si estás demasiado tensa. Tienes que dejar que las cosas fluyan con naturalidad.

—¿Piensas que estoy tensa? —le pregunté.

Hizo una mueca.

—Pues... ¡sí!

Si hubiera sido otra persona quien me lo decía, me habría dado vergüenza. Pero sabía que Jaime estaba en lo cierto. Recordé la descripción que *mamie* había hecho

del *avi*, cómo había dicho que el piano era una extensión de sus manos. Jaime era así con su guitarra. La música manaba sin más de él. ¿Había tenido yo esa sensación con el baile? ¿Que no era una tensión? Caí en la cuenta de que me había pasado con el flamenco, pero no con el *ballet*. No desde que era una niña.

—Estoy tan cansada —dije cerrando los ojos.

—¿Por qué no te tomas el día libre? —dijo Jaime—. Y no te sientas culpable por hacerlo.

—Un día libre —dije sonriendo—. ¿Y qué voy a hacer en mi día libre?

—Vas a dejar que te enseñe París.

Me eché a reír.

—Yo he nacido aquí. Conozco París muy bien.

—¿Ah, sí? Bueno, no creo que hayas visto París conmigo. Creo que deberíamos empezar con la vista de la ciudad desde el Sacré-Coeur.

Me levanté.

—No he traído el coche.

—¿Has venido en metro?

Negué con la cabeza.

—He venido andando.

Los ojos de Jaime mostraron admiración.

—¿Andando? —Se rio—. Bueno, no importa. Tengo transporte.

Esperé enfrente del edificio mientras Jaime iba al patio trasero a buscar su «transporte». Unos instantes después oí el zumbido del motor de una moto acercándose por la calle. Al darme la vuelta lo vi viniendo hacia mí en una Vespa. La detuvo delante de mí.

—Monta —dijo—. Hará un poco de frío, pero si te apoyas en mí te daré calor.

«No creo que hayas visto París conmigo». De hecho, no había experimentado nunca mi propia ciudad con los brazos alrededor de la cintura de un hombre, zigzagueando por entre el tráfico caótico con la melena al viento. Me sentía como si fuera yo quien rodara a toda velocidad por París en vez de la moto; no estaba encerrada como en el coche de *mamie*. Lo asimilaba todo: los árboles pelados del invierno, la suave luz del sol, las caras de los peatones. Era ruidoso y excitante. No me sentía así desde que montaba en bicicleta cuando era niña, antes de que me diera miedo lastimarme. Algunos alumnos de la escuela de *ballet* tenían moto, pero siempre había declinado sus ofrecimientos de llevarme a casa, demasiado prudente para tentar a la suerte.

Giramos hacia el Boulevard Saint-Michel y nos paramos en un semáforo. Vi a Gaby caminando con varias bolsas de compras en sus brazos. Nuestras miradas se encontraron.

—¡Paloma! —llamó.

Su mirada fue de mí a Jaime. Sonrió. No tuve tiempo más que para saludarla con la mano antes de reemprender la marcha.

Abrí y cerré los ojos. Me sentía como si estuviera en un sueño. Llegamos a las calles adoquinadas de Montmartre y pensé en lo maravilloso que sería vivir allí: abrir la ventana por la mañana y ver a los pintores ante sus caballetes, las viejas matronas paseando a sus perros, los artistas volviendo a casa desde los clubes.

Jaime aparcó la Vespa y, cogidos del brazo, pasamos por delante de las tiendas de postales y recuerdos y después subimos la empinada escalinata hasta la Basilique du Sacré-Coeur. La hermosa iglesia románica-bizantina brillaba blanca sobre el cielo azul tenue.

—Hay más escalones de los que recordaba —le dije a Jaime cuando llegamos a lo alto de la colina y los tejados de París se extendieron ante nuestra vista.

—Creía que las bailarinas estaban en forma —bromeó.

Le apreté el brazo. No era por no estar en forma por lo que estaba sin resuello.

Encontramos un banco para sentarnos y Jaime me rodeó con su brazo. Me encantó la sensación de aliento cálido en mi cuello.

—¿Entonces te lo estás pasando bien en tu día libre? —me preguntó.

—¡Muchísimo!

—¿Y te está gustando ver París conmigo?

Me giré y lo miré.

—Sí.

Se inclinó hacia mí. Cerré los ojos cuando sus labios tocaron los míos. Su beso hizo girar mariposas en mi estómago. Nos separamos y sonreímos. Luego volvimos a besarnos, esta vez más apasionadamente. Juntamos nuestros cuerpos con tanta fuerza que parecía que intentábamos fundirnos el uno en el otro.

Estuvimos en el banco el resto de la tarde, besándonos y hablando. Finalmente, la luz invernal se hizo más débil y el aire se volvió demasiado frío para seguir allí.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Jaime.

Bajamos la escalera cogidos de la mano. Me sentía diferente. La Paloma que había subido a la Basilique du Sacré-Coeur no era la misma que bajaba de ella. Había estado angustiada esa mañana, pero ahora mi cerebro había vuelto a funcionar y me sentía completamente en paz.

Nos paramos en el primer café que encontramos, que estaba lleno de turistas. Muchos parisinos odiaban a los turistas, pero a mí me encantaba ver sus caras animadas y escuchar sus excitados parloteos mientras compartían relatos sobre lo que estaban viendo. Me alegraba que mi ciudad ejerciera un efecto así. Me alegraba que hoy hubiera compartido su magia conmigo. Había estado ensayando con tal denuedo en estos últimos años que había dejado de reparar en ella.

Jaime y yo pedimos sopa de tomate y pan. Reflexioné sobre la observación que había hecho antes de que estaba tensa. Recordé algo que Carmen había dicho en mi primera clase de flamenco: cómo era necesario combinar la fuerza interior del

espíritu propio con el espíritu del baile y de la música. A esa unión la llamó «duende».

—¿Qué es exactamente lo que los artistas flamencos quieren decir cuando hablan de *duende*? —le pregunté a Jaime.

—¡Ese es un tema muy discutido! —respondió Jaime mientras se frotaba las manos—. Pocos artistas pueden coincidir en qué es exactamente el duende y si existe o no. Unos dicen que es esencial para el flamenco, mientras que otros dicen que no es nada más que una idea extravagante acuñada por Federico García Lorca. Te diré lo que yo pienso. El duende es ese momento en el que cualquier artista, no solo del flamenco, trasciende su ego y canaliza hacia su arte algo más grande que él mismo.

—¿Por «algo más grande que él mismo» te refieres a Dios? —pregunté.

—Algo espiritual y algo universal —explicó—. Puede ser Dios o puede ser otra cosa. Músicos, bailarines, escritores, artistas: todos hablan de ese momento de fusión entre ellos y una fuerza superior. Sus públicos también lo perciben. Y el efecto es poderoso. Los deportistas también lo experimentan: lo llaman estar fino.

Pensé en lo que Jaime estaba diciendo. Mi padre había hablado de una experiencia parecida cuando estaba dando un concierto, aunque nunca le había puesto un nombre. Me contó que había ocasiones en las que estaba cansado o se sentía mal y habría querido cancelar un concierto porque temía no poder tocar a su mejor nivel. Pero cuando salía al escenario, de pronto otra cosa se hacía con el control y ofrecía una de las actuaciones más inspiradas de su carrera y el público se extasiaba.

—En realidad, los gitanos no han usado nunca el término «duende» —continuó Jaime—, pero he leído que a menudo se referían a un «demonio» que posee al intérprete en algún momento y transforma una simple interpretación en una experiencia espiritual extraordinaria. Para ellos, esa idea de duende siempre estuvo relacionada con el dolor profundo y el misterio de la muerte.

—¿Sabes?, en aquella primera clase sentí algo —le dije—, aunque estábamos haciendo el primer paso básico. Tuve la sensación de que ya había bailado flamenco antes.

Jaime asintió.

—Yo también lo vi. Tenías una relación profunda con el flamenco que te hizo sobresalir en la clase. No era solo que fueras una bailarina con formación; había una presencia en ti. Es interesante, porque aunque tienes una conexión familiar con España, es a través de Cataluña. Como sabes, los catalanes están más cerca de los franceses y los italianos en su manera de pensar. Pero cuando bailas, eres andaluza pura.

Lo que Jaime decía me pareció interesante, pero también inquietante. Solo había visto al fantasma de la Rusa en una ocasión, pero ¿y si ella estaba a mi alrededor todo el tiempo y yo simplemente no podía oírla? ¿Era esa la razón de que me hubiera dado los aretes de oro, para poder poseerme a través de ellos? Pensé en la búsqueda que había hecho en la biblioteca Saint-Geneviève: «Algunos fantasmas son demoniacos y

te poseerán si intentas entablar algún contacto con ellos». ¿No advertía también el libro de Mireille Fourest que los fantasmas conservaban la misma personalidad que tenían cuando estaban vivos? Si *mamie* odiaba tanto a la Rusa, debía de tener sus razones. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que la Rusa era malvada y de que los aretes de oro eran un mal augurio.

Mi inquietud creció cuando Jaime sacó el tema de la Rusa al mismo tiempo que yo estaba pensando en ella.

—Mira, hablando del duende, se consideraba que la Rusa era una de las que más lo tenía. He leído relatos de personas que lloraban y se infligían toda suerte de daños por la emoción que les causaba una de sus interpretaciones. Recuerdo que vi una película en la que ella actuaba, no una de sus deslumbrantes cintas de Hollywood, sino una película de flamenco española rodada antes de la guerra. Ella es la dueña del baile que interpreta. Es probable que haya una copia de esa cinta en la biblioteca del conservatorio. ¿Quieres que reserve una sala de proyección para verla juntos?

La idea de ver a la Rusa en una película me asustó. Una cosa era escuchar a mi querido *avi* en una grabación años después de su muerte, pero ver a la Rusa viva y animada... No estaba segura de si podría hacer frente a ello. Podía estar buscándome problemas.

Jaime parecía tener un sexto sentido para saber cuándo me sentía incómoda por algo.

—¿Qué hay entre la Rusa y tú? —preguntó—. Es algo más que interés por una bailarina extraordinaria, ¿verdad? ¿Tiene algo que ver con tu abuelo?

Quería contarle la verdad. Pero después de cómo me había presentado en su puerta esa mañana, ¿necesitaba darle aún más motivos para que pensara que era inestable? Sabía que, si le contaba lo de la Rusa, no sería tan insensible como para reírse en mi cara, pero me preocupaba que le alejara de mí. Bajé la mirada.

—Vamos, Paloma —dijo en voz baja—. En algún momento vas a tener que confiar en mí. Vas a tener que dejarme entrar dentro de ese duro caparazón tuyo.

Respiré hondo.

—Todo español tiene un fantasma, al parecer. Y yo he descubierto al mío —dije, y al alzar la vista vi que Jaime me miraba con atención. Suspiré y me apoyé en el respaldo del asiento—. Esto te va a parecer una locura.

Jaime sonrió.

—Soy español. Entiendo la locura.

Intenté imaginar cómo me sonaría la historia de la visita de la Rusa desde el otro mundo si estuviera en el pellejo de Jaime. Con todo, di el salto y le conté la historia ateniéndome a los hechos todo lo que pude, dadas las circunstancias. Perdí el valor al llegar a la parte de los aretes de oro, pero algo en la cara abierta de Jaime me hizo seguir adelante.

Para mi gran alivio, aunque Jaime se quedó pasmado por mi relato, no pareció que menguara la estima que me tenía.

—No creo que la Rusa haya venido a hacerte daño —dijo—. Tendrías que haber percibido el peligro enseguida. Resulta que al principio la tomaste por una persona viva. Estoy convencido de que la visita tiene algo que ver con su relación con tu abuelo. Quizás eso explique la reacción negativa de tu abuela cuando la mencionaste.

Estiré la mano y apreté la de Jaime. Después de mis recelos iniciales, me alegraba haberle hablado de la Rusa: necesitaba un confidente, un amigo.

Eran las siete de la tarde y había anochecido cuando Jaime me dejó de nuevo en el apartamento de la Rue Spontini.

—¿Estás segura de que no puedo convencerte para que cenes conmigo? —preguntó—. Podríamos ir a bailar después. ¿Has ido alguna vez a una discoteca? Me gustaría verte dejar pasmados a algunos cuando levantes la pierna por encima de la cabeza.

Me eché a reír. Era evidente que no pensaba que la historia de mi encuentro con la Rusa fuera tan rocambolesca para no querer volver a verme. Es bonito tener un novio español, pensé, y además uno que cree en los fantasmas.

—Me encantaría ir contigo a una discoteca —le dije—. Pero necesito arreglar las cosas con *mamie*. Y el sábado por la noche ha sido siempre nuestra noche especial juntas.

—Lo entiendo —dijo tocándome en la mejilla. Y yo sabía que lo entendía. Me besó y arrancó de nuevo la Vespa—. Llámame mañana, ¿vale? Hazme saber cómo estás —dijo antes de perderse calle abajo.

Crucé deprisa el patio, temiendo que la Rusa pudiera aparecer después de todo lo que había hablado de ella esa tarde. La luz de Conchita estaba encendida en su apartamento y pude oír que estaba escuchando la radio. Sentí la tentación de llamar para preguntarle si sabía por qué *mamie* odiaba tanto a la Rusa, pero algo me detuvo. En cambio, continué subiendo la escalera que conducía a nuestro apartamento. Todas las luces estaban apagadas cuando entré. Por un instante, pensé que *mamie* podría no estar en casa. Pero respiré aliviada cuando vi que sus llaves seguían en el gancho.

No estaba en la cocina ni en el salón, aunque había tapado la jaula de *Diaghilev*. No había platos en el escurridor. Debía de haberse ido directamente a su habitación al terminar las clases del día.

Llamé a su puerta.

—*Mamie*, estoy en casa. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta.

Volví a llamar.

—*Mamie*, ¿quieres cenar algo?

Silencio.

—¡*Mamie*! Por favor, dime que estás bien. No quería disgustarte.

—Estoy bien —me contestó su voz suave—. Pero déjame tranquila.

Volví a la cocina y corté una rebanada de pan. No tenía hambre, pero no sabía con certeza qué hacer conmigo. Me debatía entre el placer que sentía por la tarde que había pasado con Jaime y el sentimiento de culpa por no haber hecho ninguna práctica para la prueba y la triste sensación de haberme distanciado de *mamie*. Al final, me fui a mi habitación a leer un rato, para poder ocupar la mente en otra cosa.

Eran casi las diez cuando *mamie* llamó a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Por favor —dije, y me incorporé en la cama.

Mamie estaba pálida. Era evidente por los ojos hinchados que había estado llorando. Se sentó en la cama. Le puse la colcha sobre los hombros para que no se enfriara.

—Lo siento, *mamie* —dije—. No quería disgustarte. No volveré a sacar el tema.

Se encogió de hombros.

—Estoy más horrorizada conmigo misma —dijo. Después suspiró y se miró las manos—. No siempre he despreciado a la Rusa. Hubo un tiempo en que la admiraba profundamente. Tu abuelo nos presentó, ¿sabes?

Me miró ausente. Me recosté en las almohadas. Sabía que había llegado el momento de otra historia.

Por alguna razón, me había despertado temprano esa mañana. La luz del amanecer se filtraba por las cortinas del dormitorio que compartía con Margarida. Aunque era primavera, el aire era todavía fresco, así que tiré del edredón adornado con encajes hasta taparme el cuello y me quedé mirando los apliques del techo. Con sus cristales abombados y sus puntas plateadas, me recordaban las cazuelitas de crema catalana, aunque Margarida decía que a ella le parecían pechos con los pezones alargados. La cara de Gaspar Olivero surgió en mi imaginación, como cada mañana, aunque hacía casi un año que no lo veía. Al principio, como no volvió a aparecer en la ópera ni en ninguna de las funciones sociales ofrecidas por la familia Cerdà, me preocupó que mi madre lo hubiera ahuyentado. Pero cuando pregunté por él a Xavier, me dijo que Gaspar había terminado los estudios de Derecho, pero que en vez de incorporarse a un bufete estaba haciendo una carrera de éxito tocando el piano en locales de toda España y Sudamérica.

Aunque mi «noviazgo» con Francesc parecía marchar bien, según las grandes damas de la alta sociedad de Barcelona, también él tenía propensión a desaparecer durante semanas seguidas con motivo de alguna actividad deportiva, como el esquí y el alpinismo, o desaparecía en Europa o América por las carreras de coches o el béisbol. ¡Y aquí estoy yo, pensé, sin poder salir siquiera hasta el final de la calle sin alguien que ejerza de acompañante!

Me di la vuelta y miré a Margarida. ¿Cómo lo había hecho mi hermana? ¿Cómo había eludido la asfixiante supervisión que acompañaba al hecho de ser un «buen

partido» y había conseguido una clase de libertad desconocida para las demás mujeres de nuestro círculo? La última idea que había tenido era que pronto España iba a ser de nuevo una república y que ella iba a estar en el Parlamento para representar a las mujeres y a los pobres. Recé a Dios para que no manifestara aquella idea ante el pare, ¡porque si lo hacía mis padres podían encerrarme a mí y tirar la llave! Cuando pensé más en ello, entendí que Margarida podía disfrutar de su libertad porque no le preocupaba nada el matrimonio ni tener hijos. Yo quería hijos, así que no tenía otra elección que acatar las reglas.

Me puse las manos detrás de la cabeza. Me había resignado a la idea de que tendría que casarme con Francesc, pero eso no me impedía pensar en Gaspar. Imaginé supuestos en los que nos encontrábamos de nuevo en el Liceu, o en una velada, y la fortuna y el nombre de los Olivero habían sido restaurados de alguna manera. Entonces mis padres admitían que Gaspar y yo hacíamos buena pareja. No tenía ni idea de lo que él sentía por mí —yo no podía ser ni mucho menos tan apasionante como las personas exóticas a las que debía de conocer en sus viajes—, pero perderme en esas fantasías me ayudaba a sobrellevar la sensación de no poder hacer nada para controlar mi propio destino o elegir por mí misma.

Me estaba quedando dormida otra vez cuando la voz de mamá me despertó.

—¡Margarida! ¡Evelina! —La urgencia de su tono me despertó. Al incorporarme la vi en la puerta con su salto de cama—. ¡Venid enseguida!

Estaba pálida y asustada. Mi primer pensamiento fue que algo le había pasado a Feliu.

—¿Están todos bien? —pregunté.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Margarida, mientras se frotaba los ojos.

—¡Pero daos prisa! —ordenó mamá—. ¡Antes de que se despierten los criados!

Margarida y yo saltamos de nuestras camas y nos pusimos la bata y las zapatillas antes de seguir a mamá fuera de la habitación. El peor de mis miedos revivió cuando nos condujo hacia el piso de Conchita y Xavier.

—¿Feliu está bien? —pregunté.

Mamá se volvió y se puso un dedo en los labios.

—Sí, está bien.

—Esa chiflada de Conchita no habrá apuñalado a Xavier, ¿verdad que no? —preguntó Margarida.

Mamá giró sobre sus talones.

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó—. ¡Los miembros de una familia no hacen chistes así unos de otros!

Aunque era poco amable por parte de Margarida haber dicho tal cosa, a mí tampoco me había pasado inadvertido que el comportamiento de Conchita era cada vez más imprevisible. Inmediatamente después de nacer Feliu, pareció una madre que adoraba a su hijo. Pero cuando el niño comenzó a gatear y después a andar, su actitud cambió. Lo trataba de la misma manera distante que trataba a la servidumbre. Cuando

no tenía más que un año, ya parecía desconcertado por su frialdad.

Continuamos por la escalera y entramos en el apartamento. Xavier estaba en el salón con Feliu dormido en el regazo. Mi hermano tenía los ojos enrojecidos. La expresión afligida de su cara me afectó. Mamá nos llevó al dormitorio, donde el doctor Castell estaba de pie al lado de Conchita, postrada en la cama con las muñecas cubiertas con vendajes. No se movía y miraba al techo; de vez en cuando emitía un débil gemido.

—¿Qué ha pasado? —exclamé.

Miré a Margarida. ¿Sabía algo de Conchita que yo desconocía?

—Esto no debe salir de vosotras dos y de vuestro hermano —susurró mamá—. Ni siquiera se lo voy a contar a vuestro padre o a la familia de Figueroa, ¿lo entendéis? —Los ojos se le llenaron de lágrimas y negó con la cabeza—. ¡Y que nos haya pasado precisamente a nosotros, una familia católica tan devota!

—Podría organizar que una enfermera la vigile —dijo el médico—. Sus heridas no son demasiado graves.

Mamá negó con la cabeza.

—No, nosotros cuatro lo haremos —respondió—. Ahora somos su familia y la cuidaremos.

A la mañana siguiente me levanté temprano para relevar a Xavier en la vigilancia de Conchita.

—No te olvides de ir a las diez —le recordé a Margarida mientras me vestía—. Tengo clase con Olga esta mañana.

—Tú puedes mimar a Conchita si lo deseas —dijo Margarida—, pero yo no voy a participar en esta absurda farsa.

—Tienes que echar una mano —le dije—. ¡Conchita es tu cuñada!

—Es un agujero negro, eso es lo que es —respondió—. ¡Está destruyendo a Xavier! Duerme en el sofá porque Conchita no quiere tener más hijos. No quiere salir, pero se queja cuando se quedan en casa. Le está amargando la vida.

—No puede evitarlo —dije—. ¿No puedes entender que está enferma?

Margarida se sentó en la cama y me fulminó con la mirada.

—¿Enferma o manipuladora, Evelina? Si piensas que está enferma, entonces ve a cuidarla. Yo te digo que es una reina del teatro que quiere llamar la atención y espera que seamos responsables de ella. Cuanto antes deje todo el mundo de consentirla, mejor.

—Pero, Margarida —supliqué—, mi clase de *ballet*...

—Es tu decisión dejarla por Conchita y sus payasadas —respondió. Se dio la vuelta y se tapó los oídos con la colcha—. ¡No intentes cargarme a mí con eso!

Conchita estaba tranquila cuando me senté con ella. Estaba desayunando con todo cuidado un bollo, partiéndolo en trocitos y mojándolo en su café con leche poco cargado. La miré y traté de entender qué la hacía ser tan desdichada. En muchos aspectos, me identificaba con ella. En la familia de Figueroa, no solo era la mayor,

sino con diferencia la más bella de las hermanas, lo cual significaba que se había ejercido sobre ella una firme presión para que contrajera un matrimonio espectacular. Xavier era un esposo y padre abnegado, pero eso no parecía ser suficiente para Conchita. Tal vez era que, como yo, sentía que nunca había podido elegir en su vida. Pensé en Gaspar y me pregunté si Conchita amaba a otro hombre, si su familia la había presionado para que se casara con Xavier. Al margen de ser atractivos y de sus orígenes adinerados, Conchita y Xavier eran diferentes. A ella le encantaba el prestigio de ser una Montella. Xavier lo odiaba. Si hubieran tenido libertad para elegir, dudo que se hubieran escogido el uno al otro.

Conchita levantó la vista y me miró.

—Evelina —dijo—, ve a abrir el armario.

Pensé que tal vez se sentía lo bastante bien para vestirse para el día, así que hice lo que me había pedido.

—¿Ves ese vestido cubierto con esa funda de organza? Sácalo.

Cuando levanté la funda, me quedé sin habla al ver un vestido de color rosa concha bordado con cuentas, con las mangas acampanadas y complicados encajes en los puños.

—Quiero que te lo quedes —dijo Conchita.

—¡Pero no! —protesté—. ¡Ni siquiera te lo has puesto!

Negó con la cabeza.

—Tendrás que meterlo un poco, pero te sentará de maravilla. Pruébatelo.

Hice lo que me decía y admiré mi reflejo en el espejo. La sinuosa falda se arremolinaba alrededor de las piernas cuando me movía; la cintura ligeramente entallada era más favorecedora que los estilos rectos de los años anteriores. Conchita me ordenó que añadiera un sombrero de malla a juego con flores blancas a un lado y unos zapatos de noche de su armario. Después me dijo que fuera a su tocador y me pusiera un toque de Chanel número 5. No me había sentido nunca tan glamurosa. Desfilé arriba y abajo por la habitación para ella, que sonrió realmente encantada.

—Deberías vestirte así todos los días —dijo—. Ahora te toca a ti ser una princesa de la alta sociedad. Cuando te casas y eres madre, la gente no te observa de la misma manera. Dejas de provocar expresiones de embeleso en sus caras cuando entras en un salón. Todas las posibilidades fascinantes que antes representabas han desaparecido. Lo único que te queda es un destino predeterminado.

Se apartó el pelo negro de la cara. Aunque no se encontraba bien, seguía estando guapísima. No tenía ni un solo rasgo que fuera menos que perfecto, desde su nariz recta hasta sus pies esbeltos. Es demasiado bella, pensé. Y eso se ha convertido en una maldición para ella.

Me cambié y me puse de nuevo mi vestido habitual. Leí la sección de sociedad del periódico a Conchita hasta que se quedó dormida. Miré el reloj. Eran las diez menos cuarto. Tendría que mandar a alguien a decir a Olga que no daría hoy mi clase.

La puerta del dormitorio se abrió. Al volverme vi a Xavier de pie detrás de mí.

—¿Ha estado bien? —preguntó.

Parecía que la ropa colgaba de él y tenía los hombros encorvados. Era como si alguien le hubiera sacado la vida del cuerpo. Pensé en lo que Margarida había dicho esa mañana sobre cómo Conchita le estaba destruyendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Deberías estar durmiendo. Has estado en vela toda la noche con Conchita.

Xavier se dejó caer en la butaca que estaba al otro lado de la cama de Conchita.

—¿No tienes una clase de *ballet* a las diez? No quiero que la pierdas.

—Pero necesitas mi ayuda —dije.

Él se frotó los ojos.

—No quiero que sufras por mi culpa. Conchita es responsabilidad mía. Ve y disfruta de la clase.

Me pasé a su lado de la cama y me senté en el brazo de la butaca.

—¿Qué ha pasado, Xavier? ¿Por qué lo ha hecho?

Una mirada de angustia se asomó a sus ojos.

—No lo sé —dijo—. Haga lo que haga por ella, nunca está satisfecha. Parecía estar bien cuando nos dimos las buenas noches. Luego, a primera hora de la madrugada de ayer oí un grito que venía del dormitorio, acudí corriendo y la encontré con los brazos llenos de sangre.

Nos quedamos sentados con las mejillas muy juntas unos instantes. Luego me dio un ligero codazo.

—Será mejor que te vayas.

Lo abracé.

—Gracias —dije.

En ese momento supe que amaba muchísimo a mi hermano y que haría cualquier cosa por verle feliz otra vez.

A principios del verano, Conchita se había recuperado lo suficiente para quedarse sola y para acompañar a Xavier a actos sociales, incluso para acompañarnos a mamá y a mí a pasear por el Passeig de Gràcia.

Una mañana, para mi sorpresa, al entrar en el salón encontré a Gaspar Olivero sentado allí, hablando con Xavier y Margarida.

—¡Evelina! ¡Buenos días! —dijo poniéndose de pie.

Algo en él había cambiado. Nunca había sido tímido ni torpe, y siempre se había comportado como un caballero. Pero allí delante demí, con su traje oscuro de raya diplomática, con cada cabello de su cabeza peinado como debía, irradiaba la clase de estilo que debía de adquirirse al codearse con algunas de las personas de más talento del mundo.

—¿Qué tal van tus clases de *ballet*? —me preguntó.

El mero hecho de que se acordara de que estaba aprendiendo *ballet* hizo que mi

corazón diera un salto de alegría.

—Muy bien —le contesté—. Mi profesora está contenta conmigo.

—Y esa *prima donna* no elogia a nadie fácilmente —terció Margarida, mirándome a mí y después a Gaspar.

—He venido a invitaros a todos al Samovar Club esta noche —dijo Gaspar—. He reservado una mesa para nosotros. La Rusa ha vuelto de su gira mundial y ofrecerá su primera actuación en Barcelona desde hace nueve años.

No tenía ni idea de quién era la Rusa, pero habría ido a ver un circo de pulgas si eso quería decir que podría estar de nuevo con Gaspar.

Gaspar se dirigió a Xavier.

—Deberías llevar a Evelina esta noche. La Rusa es una bailaora estupenda. Sus actuaciones son maravillosas, realmente maravillosas.

Xavier me invitó a sentarme con ellos. Una sirvienta nos trajo café y pasteles. La conversación pasó a Gaspar y sus viajes, pero yo no oía ni una palabra sobre los clubes de Cuba y Venezuela. En lo único que podía pensar era en lo que iba a ponerme esa noche. Seguro que Xavier y Margarida tendrían que dejarme ir con ellos al Samovar Club si Gaspar me había invitado. Ninguno de los dos había puesto ninguna objeción, lo cual era una buena señal.

Cuando Gaspar se marchó, me dirigí a mi hermano y mi hermana.

—¿De verdad puedo ir con vosotros esta noche? —pregunté a Xavier.

—¡Mamá no querrá ni oírlo! —dijo Margarida—. ¿El Samovar Club? Tocan *jazz* y la gente baila el charleston. ¡Es demasiado escandaloso! —dijo en tono burlón.

Podía hacer que Margarida pensara que su comportamiento era la razón por la que mi familia era tan protectora conmigo. Pero sabía que ella desconocía el sentimiento de culpa. Miré a Xavier, que parecía no tener tan claro el asunto.

—Por favor —le rogué.

—¿Quién va a ejercer de acompañante contigo? —preguntó Xavier.

—Margarida y tú —le dije.

Ella se echó a reír.

—Como si los papás se fiaran de mí.

—Entonces, ¿qué me decís de Conchita?

Xavier negó con la cabeza.

—No querrá ir, Evelina. No es su tipo de local.

—Bueno, pues ya está —dijo Margarida—. No puedes ir, Evelina.

Me sentí alicaída. Ir al Samovar Club era lo único que deseaba tanto como las clases de *ballet*. Pero supe no ser tan infantil como para llorar. Me di la vuelta y salí de la habitación. Mientras cerraba la puerta detrás de mí, oí que Xavier le decía a Margarida:

—No entiendo por qué Evelina no puede venir con nosotros. Ellos no tienen por qué saberlo. Podemos sacarla de casa sin que la vean. ¡Bien sabe Dios que tú también lo hiciste con mucha frecuencia!

—Ella no es como yo —respondió Margarida—. La verán. —Bajando la voz tanto que apenas pude oírla, añadió—: Me encantaría que viniera con nosotros, pero puede ser perjudicial para sus perspectivas de matrimonio si la familia Cerdà se entera de que sale de noche. Una cosa es que yo vaya a locales como ese, pero la gente espera otra cosa de ella.

—¡Vamos, Margarida! —dijo Xavier—. ¿Cuántas veces hemos visto allí a Penélope Cerdà? ¿O a Soledad Manzano y las otras chicas de la alta sociedad? No irán con el cuento unas de otras. Francesc no podrá decir nada si Evelina está allí contigo y conmigo. Ni siquiera le ha propuesto matrimonio formalmente.

—No es Francesc quien me preocupa —respondió Margarida.

—¿Entonces quién? —preguntó Xavier.

Margarida dijo algo que no pude oír.

—¡Pues olvídate de Francesc Cerdà! —dijo Xavier—. Si tanto le interesa Evelina, ¿qué está haciendo en Inglaterra este verano?

Margarida suspiró.

—Tú podrías haber hecho otra elección si hubieras sabido lo de Conchita —dijo—. Pero Evelina no la tiene. No le deseo que pase por lo que yo he pasado por seguir un camino diferente. Ten cuidado con ella. Gaspar podría encajar aquí y allá, pero, para una mujer, una sola ruptura con la sociedad y se acabó.

«Samovar Club». Me recreé en pronunciar aquellas palabras acostada en mi cama esa noche. Me traían a la memoria imágenes exóticas de mujeres de ojos grisáceos y alfombras de Tyumen.

Pensé en Conchita, convencida de que todas sus posibilidades en la vida habían desaparecido. Yo no era una gran belleza como lo era ella, pero estaba en la flor de la vida. No quería acabar teniendo la misma sensación que ella. Quería creer que la vida estaría siempre llena de posibilidades, sin importar cuál fuera mi edad.

Me levanté y fui hasta el armario, donde toqueteé el vestido de color rosa concha que Conchita me había regalado. «Ahora te toca a ti ser una princesa de la alta sociedad», había dicho. No había muchas probabilidades de que así fuera, pensé. ¡Voy a pasar directamente de doncella a mujer casada, gracias a Margarida!

Pensé en Gaspar Olivero. Había insistido especialmente en preguntar a Xavier y Margarida si podía ir esa noche. ¿Qué le dirían? ¿Que no estaba interesada? ¿Qué pensaría él entonces?

La casa estaba tranquila y en silencio. La servidumbre se había ido a la cama. Me quité el camisón y me puse el vestido, admirando mi reflejo transformado. «Una princesa de la alta sociedad»: solo me haría falta empolvarme un poco y ponerme unas gotitas de Chanel número 5. Sonreí a mi reflejo y mi reflejo me devolvió la sonrisa.

Bajaba un taxi por el Passeig de Gràcia. Nunca se me pasó por la cabeza cuando

le hice una seña para que se detuviera que pudiera ser peligroso desplazarme sola, sin un acompañante masculino. El único peligro del que se me había advertido siempre era de índole moral. Hice todo lo posible por aparentar un aire sofisticado cuando le indiqué mi destino al taxista. Por suerte para mí, lo único peligroso del taxista era su carácter temerario. Pero recorrer las calles de Barcelona a velocidad de vértigo lo único que hacía era aumentar la emoción de la noche. ¡Por una vez en su vida, Evelina Montella estaba haciendo algo que se suponía que no debía hacer!

Cuando llegué al Samovar Club, la banda de la casa tocaba y la pista de baile estaba llena de hombres y mujeres glamurosos que bailaban el foxtrot. Todo parecía centellear y relucir. En el aire había un toque de aroma de *brandy*, tabaco caro y rosa de Bulgaria. El ambiente era mucho más excitante que los aburridos almuerzos y los tés de la tarde a los que solía asistir. Dije a la azafata que era una invitada de Xavier y Margarida Montella, y me condujo a un salón privado con las paredes cubiertas de espejos donde mi hermano y mi hermana bebían cócteles. Los ojos se les salieron de las órbitas al verme.

—No, no y no —dijo Margarida levantándose de su asiento.

Xavier daba la impresión de estar intentando no reírse.

Margarida me agarró de un brazo.

—Ahora mismo te vas a casa —dijo—. ¡No seré yo la responsable de llevarte por mal camino!

Se sorprendió cuando opuse resistencia. Nos encontrábamos en pleno forcejeo cuando Gaspar entró en el reservado. Margarida se soltó de mí para guardar las apariencias. Él lucía un esmoquin con solapas de satén y botines. Me pareció más apuesto que nunca y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no comérmelo con los ojos.

—¡Estáis todos aquí! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. He reservado una mesa en la parte delantera para que Evelina pueda ver los asombrosos pies de la Rusa.

Margarida sonrió a Gaspar, pero a mí me lanzaba miradas asesinas cuando él no estaba mirando.

—¿Vas a tocar esta noche? —le preguntó Xavier a Gaspar.

—No, me he tomado libre esta noche especialmente para volver a ver a la Rusa. Os llevaré a que la conozcáis después de su actuación. Es todo un personaje.

—He oído hablar de ella —dijo Xavier—. Pero nunca he tenido ocasión de verla actuar. Al parecer ha bailado para el rey y la reina.

Gaspar se echó a reír.

—¡Ya lo creo! A pesar de dos horas de sermones previos del personal del rey sobre el protocolo real, aun así lo trató como a cualquier otra persona en la calle. Su séquito no sabía dónde meterse, pero creo que a él le pareció divertido. Hasta Alfonso sabe cuándo alguien le supera en grandeza.

La azafata vino a decirnos que nuestra mesa estaba lista. La seguimos.

Dirigí la más inocente de mis sonrisas a Margarida.

—¿Me quedo?

Se encogió de hombros.

—Pero sé discreta y no hagas nada que llame la atención, ¿de acuerdo? ¡Te quedas solo hasta que actúe la Rusa y después te vas a casa!

De camino a nuestra mesa, pasamos por delante de Soledad Manzano y sus hermanas, que estaban sentadas con las hijas de la familia Almirall. Todas aquellas chicas iban con tantas carabinas como yo, pero ninguna de ellas pareció sorprenderse al verme allí. Se limitaron a saludarme con un movimiento de la cabeza, como si yo fuera un miembro de un club selecto que se había retrasado un poco en pagar su cuota.

—Me alegro de que hayas podido venir esta noche, Evelina —me susurró Gaspar una vez que estuvimos sentados—. No estaba seguro de que fueran a dejarte. Aparte de las mujeres musulmanas, las mujeres españolas son las más custodiadas del mundo, incluso aquí en Barcelona.

—¡Ciertamente! —dije, y me eché a reír.

Una sensación de excitación me atravesó. Así pues, sí que estaba deseando que yo apareciera por el local.

—¿Dónde está Francesc? —preguntó Gaspar—. ¿Sigue todavía en Inglaterra? Todavía no he tenido ocasión de ponerme al día con mis tíos.

Toda la magia de la velada desapareció cuando Gaspar mencionó el nombre de Francesc. Por esa noche, al menos, quería imaginar la posibilidad de que podría casarme con Gaspar y bailar tangos con él en Buenos Aires y escuchar *jazz* toda la noche en La Habana. Pero al pronunciar el nombre de Francesc, Gaspar había hecho añicos esos sueños. ¿Lo había hecho a propósito? Al fin y al cabo, Francesc era su primo. ¿O era simplemente que Gaspar no pensaba de mí de la misma manera que yo pensaba de él?

Hice todo lo posible para parecer alegre mientras el camarero nos servía una cena de tortillas de setas silvestres y alcachofas a la crema, además de una botella de champán del bueno, que Margarida no me dejó probar. El espectáculo comenzó con una cantante de *cabaret* rusa y un cómico español. Después de servirse el postre, el maestro de ceremonias presentó a la Rusa como una *bailaora* gitana de sangre caliente.

Cuando se abrió el telón, apareció ante nosotros una mujer con una melena ondulada y los ojos como ónice. Llevaba un vestido negro con una chaqueta torera roja de encaje. Se quedó inmóvil como una estatua mientras la orquesta comenzaba a tocar. Después de más o menos un minuto de quietud absoluta, durante el cual la atmósfera de suspense entre el público se hizo palpable, sus ojos cobraron vida de pronto y nos dirigió una mirada a la vez altanera y digna. Entonces pisó con fuerza el suelo —¡una!, ¡dos!, ¡tres veces!— como un toro que se prepara para embestir. Y comenzó a bailar describiendo círculos en sentido contrario a las agujas del reloj.

Nunca había visto nada igual. Sus castañuelas sonaban como serpientes de cascabel, sus pies golpeaban el suelo como balas. Su intensidad ponía en entredicho todo lo que yo creía sobre el baile, acerca de la suavidad del movimiento y el refinamiento. Era como un ser salvaje, pero cada movimiento de su cuerpo era preciso, desde los giros a los zapateados.

El público lanzó expresiones de admiración. Después se quedó en silencio, aturdido por la pura explosión de energía que se desplegaba ante sus ojos. Mientras la Rusa bailaba, pensé que aquella mujer estaba llena de rabia, violencia, pero no pude apartar la vista de ella. Me atraía su magnetismo, como a todos los demás.

La música dejó de sonar, pero la Rusa continuó con unos giros desenfrenados sobre sí misma antes de un furioso *finale* en el que se acompañó con la percusión de sus pies y sus palmas, como hacían los gitanos cuando bailaban. El público se puso en pie, aplaudiendo y vitoreando.

La Rusa no hizo una reverencia, como Olga me había enseñado a hacer en el *ballet*, ni una humilde inclinación como la cantante de *cabaret* rusa al terminar su número. Se quedó inmóvil, mirándonos con las manos en las caderas. En muchos aspectos, la manera arrogante de mirarnos resultaba chocante, pero tal vez lo más increíble de todo era que estaba justificada. A diferencia de Conchita, las facciones de la Rusa no eran de proporciones perfectas (tenía la boca grande, la nariz ancha y los pómulos marcados), pero poseía la clase de belleza que eclipsaba a mujeres como Conchita. Su seguridad hipnotizaba al público. Jamás había visto a alguien tan cautivador.

Me volví para decir algo a Xavier, pero la expresión de su cara me desconcertó. Estaba mirando a la Rusa como si mil pensamientos pasaran a la vez por su mente. Aunque a mí también me había fascinado, me resultó evidente que algo más fuerte se había apoderado de él. La inquietante sensación que había experimentado aquel día en el Cementerio Viejo en el que había espiado a Xavier y Margarida en la parcela de las fosas comunes volvió a mí: un terror a algo siniestro acechando en el futuro.

La voz de *mamie* se fue diluyendo y noté que se perdía en sus pensamientos. Me quedé sentada en el borde de mi cama, cautivada por la imagen de la Rusa que el relato de *mamie* había traído a mi mente. Decidí aceptar la propuesta de Jaime de ver la película del baile de la Rusa, me sentía obligada a ver por mí misma aquella fuerza de la naturaleza. Por la descripción que *mamie* había hecho de la Rusa como una mujer fuerte y dueña de sí misma, entendí por qué resultaba difícil que la gente que la había conocido creyera que se había suicidado.

—*Mamie* —dije cuando me sentí con suficiente valor para hablar—, cuando dijiste que Xavier fue traicionado por alguien a quien una vez amó..., un animal salvaje a quien él creía haber domado..., ¿te referías a la Rusa? ¿Fue ella quien lo traicionó?

No me contestó. No mostró señal alguna de haberme oído siquiera. Y después de la discusión de aquella mañana, no tuve suficiente valor para repetir la pregunta. Quedó flotando en el aire como un misterio sin resolver.

Celestina

Fui rápidamente hasta mi camerino después de la actuación de mi reaparición en el Samovar Club. Los aplausos del público resonaban en mis oídos. Habían renovado el camerino principal, que ahora parecía un elegante refugio con espejos de cuerpo entero y sillas Luis XV. Me quité el vestido y los zapatos. Y me envolví en una bata de seda antes de dejarme caer en el diván. La habitación estaba en silencio ahora que el Ruso había prohibido a Diego y a los demás visitarla. En Nueva York, Raquel había provocado un incendio al freír sardinas en mi camerino del Carnegie Hall. El Ruso se había hecho cargo de los daños, pero no había perdonado a mi clan. «¿Cuándo te vas a despertar? —me había preguntado—. ¡Te están utilizando!». Pero el Ruso no entendía hasta qué punto tenía pavor a estar sola: aquel ruido y aquella actividad me mantenían a salvo de mis recuerdos.

Sin la presencia de mi clan, el camerino no olía a pescado, sino a las rosas y las azucenas de los ramos esparcidos encima del tocador y de la mesa auxiliar. Me froté las sienes y cerré los ojos. Quería descansar un rato antes de encontrarme más tarde con el Ruso y algunos invitados importantes para celebrar aquel éxito con una cena. Pero incluso con el sonido de la orquesta de fondo y los pasos enérgicos de las coristas subiendo y bajando las escaleras, el camerino estaba demasiado en silencio. Me senté y fui al tocador para leer las tarjetas que acompañaban a los ramos. «Es usted el diamante rutilante de la ciudad», había escrito el alcalde de Barcelona.

También había un paquete. Tiré de la cinta. Al rasgar el papel de seda, encontré dentro un mantón bordado a mano, con vibrantes rosas de color carmesí bordadas en seda de color crema y sus cuatro lados rematados con flecos tejidos a mano. Debía de haber costado varios miles de pesetas. Cogí el sobre que habían metido dentro de la caja, preguntándome quién me habría hecho semejante regalo. Dentro había una invitación para una corrida de toros firmada por Salazar. Se me cayó el alma a los pies. No lo había visto desde mis tiempos en el Villa Rosa y confiaba en que me hubiera olvidado. Me encogí al recordar su cara cruel y la mirada trastornada de sus ojos.

Me senté en el taburete del tocador y me di un masaje en los pies. Aunque flamenco, gitanos y toros estaban entrelazados, nunca había asistido a una corrida y no tenía ningún deseo de ir. Teresa, Carme y muchas otras mujeres de las Damas Rojas hablaban con vehemencia en contra de las corridas de toros, de las que decían que eran «espectáculos de tortura y muerte». A mí me parecía simplemente injusto. El toro tenía que enfrentarse no solo al matador, sino también a los picadores a caballo y a los banderilleros, que lo acuchillaban una y otra vez para debilitarlo. Había oído decir que incluso untaban con aceite de oliva los ojos del toro mientras estaba todavía

en el toril, para que no pudiera ver como es debido. Solo cuando el animal estaba agotado por la pérdida de sangre y el dolor, el matador entraba en escena para la suerte de matar. ¿Qué tenía eso de valor? Si el toro mataba al torero —algo que yo consideraría una victoria de su parte—, también lo mataban a él. La desigualdad de la lucha me hacía pensar en mi padre gritando sus protestas contra la Guardia Civil antes de recibir un tiro en el cuello. Me estremecí al recordar cómo le brotaba la sangre. Todavía después de todos estos años me causaba un dolor agudísimo en el corazón.

Metí el mantón en el cajón de abajo del tocador. Lo quemaría en cuanto tuviera ocasión. Había una caja de bombones de Zakharov encima del tocador. Me comí uno dulce y cremoso para quitarme el sabor amargo de la boca.

Llamaron con un golpe en la puerta. Al principio no respondí. Aunque echaba de menos a mi clan, había establecido la regla de que cuando actuaba no se permitiría a miembros del público visitar mi camerino. En Sudamérica habían tenido que poner guardias armados cerca de mi puerta para mantener a las multitudes bajo control. Desde que era famosa, todo el mundo quería conocerme, o al menos decir que había estado conmigo. Cada palabra que pronunciaba entre dientes era anotada por periodistas que se peleaban por lanzarme preguntas: «Rusa, ¿cuál es tu comida preferida?», «¿Qué haces en tus días libres?», «Describe a tu hombre ideal». Yo prefería saludar a mis admiradores y firmar autógrafos en la entrada de artistas, donde tenía alguna posibilidad de escaparme. Me encantaba el estímulo y que me distrajeran, pero en el fondo la gente no me gustaba.

Volvieron a llamar.

—¡Rusa, hay unos invitados míos que quieren conocerte! —dijo Gaspar.

Suspiré. Por Gaspar siempre hacía una excepción.

—Entra —contesté mientras me ponía unas zapatillas.

Cuando alcé la vista, no reconocí de inmediato a los hermanos Montella. Lo único que vi fue a tres personas jóvenes vestidas con elegancia e impacientes. Con ese aspecto sano y bien aseado de la gente con dinero.

—Rusa, quiero presentarte a unos buenos amigos míos —dijo Gaspar, haciéndoles una seña para que entraran—. Te presento a Xavier Montella y a sus hermanas, Margarida y Evelina.

Al oír aquellos nombres me sentí confundida, una mezcla de ansiedad y furia que hizo que mi cabeza diera vueltas como un barco atrapado en un oleaje tormentoso. Durante veinte años, la familia Montella había sido el objeto de mi odio. Y ahora el heredero y sus dos hermanas estaban de pie delante de mí. La serpiente que anidaba dentro de mi corazón se desenroscó y se irguió con furia, pero no atacó. No puedo decir por qué no lo hizo. Quizá su instinto le dijo que esperase el momento oportuno.

Los tres tomaron mi vacilación por la reticencia de una estrella altiva, lo cual pareció infundirles más deseos de decirme cuánto les había gustado mi espectáculo.

—¡Ha estado usted sensacional, *senyoreta*! —dijo Margarida.

La recordé como la niña inocente que me había dado la mano sin reservas antes de ser reprendida por su niñera.

—Su precisión es inspiradora —me elogió Evelina.

Era elegante y refinada, como había imaginado que sería cuando se hiciera mayor.

Fue Xavier Montella el que más me sorprendió. Siempre había dado por sentado que resultaría una réplica de su padre: de nariz chata, seguro de sí mismo y arrogante. Pero entonces caí en la cuenta de que debía de ser el mismo Xavier a quien Gaspar había mencionado el día que me había llevado al café después de que la *senyora* Dávilo me transformara: el Xavier al que habían enviado a Italia para hacer la gran gira, el que era aficionado al flamenco, el que tocaba el piano para el Club Socialista. Con sus facciones finas y su mirada inteligente, su belleza llamaba la atención. Sus cejas eran del mismo color castaño que su cabello. Me pareció desconcertante comprobar que, de cerca, mi archienemigo era guapo. Recordé el día en que lo vi en la fábrica con sus padres y cómo me miró, como si estuviera fascinado y perplejo a la vez.

Ahora me miraba igual. Me di cuenta de que me había reconocido. Me sentí como un soldado que, después de meses de instrucción, se encuentra ante el enemigo y descubre que es incapaz de disparar su fusil.

—Gracias —atiné a decir—. Me alegro de que les haya gustado el espectáculo.

—Yo fui la primera persona que compuso música para ella —dijo orgulloso Gaspar.

Apenas oí a aquellas mujeres jóvenes mientras seguían cotorreando: Margarida expresando lo impresionada que se sentía al ver a una mujer que no tenía miedo de bailar de una manera masculina; Evelina hablándome de sus propias clases de baile español. Solo Xavier permanecía en silencio, concentrado en mí.

—Bueno, será mejor que nos marchemos para que puedas prepararte para la cena —dijo por fin Gaspar.

Se despidió con dos besos mientras los demás me estrechaban la mano. El apretón de Xavier fue cálido y firme, pero lo deshice rápidamente para que no notara que estaba temblando.

—Sí, gracias otra vez —dije.

Cuando Gaspar y los Montella salieron, me senté ante el tocador, intentando recobrar el resuello. Miré mi reflejo antes de quitarme el maquillaje, embadurnándome la cara con rímel y carmín carmesí hasta que parecí una máscara de kabuki furiosa. ¿Qué esperaba? ¿Qué pensaba que iba a hacerles a los Montella cuando los volviera a ver? ¿Gritarles, acusarles a ellos y a los de su especie de ser unos asesinos? Si quería venganza, tenía que estar mejor preparada. Apoyé la cabeza en el frío cristal del espejo. Una sensación de absoluta impotencia lo volvió todo negro.

La noche siguiente, cuando terminó mi número e iba hacia la entrada de artistas, Xavier Montella me abordó.

—Discúlpeme, *senyoreta* —dijo—. Me gustaría hablar con usted.

¿Qué hacía Xavier Montella entre bastidores? ¿Era otro Salazar trastornado? Pero en los ojos de Xavier no vi la misma locura que había visto en los del criador de toros. No obstante, le lancé la expresión severa que reservaba para los admiradores demasiado pesados.

—De verdad, no tengo tiempo —le dije—. He de irme a casa.

—Por supuesto —dijo. Pero no se movió—. ¿Tal vez me permita invitarla a cenar?

¿Se había vuelto loco? ¿De verdad era posible que no tuviera ni idea de cuánto lo despreciaba? ¿O pensaba, como tantos hombres ricos, que todas las bailarinas eran unas putas que podían comprarse con facilidad?

Xavier sonrió.

—Discúlpeme, *senyoreta*, por ser tan atrevido. Estoy seguro de que muchos hombres, cautivados por sus encantos, la invitan a cenar. Pero, mire, yo tengo un motivo especial para pedírselo. Durante la huelga general de 1909, un niño y una niña fueron con una mujer a una fábrica propiedad de mi padre. La mujer se llamaba Teresa Flores García. La desterraron a Alcañiz, junto con el niño. Y allí murió unos meses después. Al niño se lo llevaron con los demás desterrados para enviarlos a Valencia, pero se escapó en el camino y nunca lo encontraron. Intenté averiguar la suerte que había corrido la niña, pero pareció haberse esfumado —dijo. Dando un paso hacia mí, me miró a la cara—. Creo que esa niña es usted.

Intenté que mi expresión siguiera impasible, pero me resultó difícil hacerlo al oír el nombre de Ramón. ¿Mi hermano se había escapado en algún lugar camino de Valencia? Me estremecí al recordar que Gaspar había dicho que el castigo para los desterrados que regresaran a Barcelona era la muerte. Aunque echaba de menos a mi hermano incluso después de todos estos años, me había resignado a que probablemente nunca volveríamos a encontrarnos. Había pasado demasiado tiempo.

—¿Por qué le interesa tanto la suerte de esa niña? —le pregunté—. Es evidente que ha utilizado sus contactos para averiguar cosas sobre su hermano.

Xavier suspiró.

—Porque desde ese día... su cara me ha perseguido: el hambre que había en ella... y algo más. Tenía solo unos ocho años, pero parecía una anciana. En cuanto tuve edad suficiente para hacerlo, intenté averiguar qué le sucedió. Pero llegué demasiados años tarde.

El relato de Xavier era muy extraño. No era lo que yo esperaba de él. No parecía en absoluto un impertinente hombre de la alta sociedad. Me dio la impresión de ser alguien profundamente compasivo. Pero ¿cómo era posible? Ser una persona

compasiva y un rico heredero parecía contradictorio.

Bajé la vista hacia su traje de seda, luego a sus manos bien arregladas y a sus relucientes zapatos de charol. La sangre de Anastasio había pagado aquel próspero modo de vida. La serpiente que habitaba dentro de mí se movió y siseó un aviso. Había muchos niños hambrientos y sin hogar en la ciudad. ¿Por qué Xavier Montella no los ayudó, en vez de obsesionarse con una sola niña? No iba a mitigar su sentimiento de culpa diciendo que, al crecer, la niña se había convertido en una estrella internacional que repartía su tiempo entre un apartamento en París y un rancho en California, y que tenía cajas de joyas rebosantes de diamantes y perlas. Yo era una milagrosa excepción a la suerte de la mayoría de los niños sin hogar y huérfanos de la ciudad.

Alcé la barbilla y miré a Xavier a la cara.

—Está equivocado —le dije—. Esa niña no era yo. Pero sí conozco a la familia de la que habla. Eran parientes míos. Por eso me parezco a la niña. Por el capricho de un sargento de la Guardia Civil, no se la llevaron con su hermano y su tutora al destierro. En cambio, la internaron en un orfanato, donde le propinaron tales palizas que murió.

Xavier palideció. La expresión desconsolada de su cara me asustó. Por un instante lo compadecí. Pero mi compasión se desvaneció cuando recordé a mi familia y lo que les había sucedido.

—Y ahora tenga la bondad de disculparme —dije.

Pasé a su lado y salí por la puerta.

Esa noche no pude dejar de pensar en Xavier Montella. Recordé al niño que estaba en la fábrica el día de la huelga general y la manera en que me había mirado con aquellos ojos serios. Luego recordé la expresión atormentada de Xavier cuando le mentí acerca de la suerte de la niña por la que se había preguntado durante tanto tiempo. Di vueltas en la cama y me apreté con fuerza una almohada contra el pecho. ¿Por qué, si había hundido mi puñal en el corazón de Xavier Montella, era mi corazón el que había gritado y sangrado? Era como si al asestarle una puñalada me hubiera herido de muerte a mí misma.

La noche siguiente a mi encuentro con Xavier Montella, salía del club cuando él apareció de nuevo en el pasillo. Debía de haber sobornado a uno de los gorilas para que le permitieran acceder a los camerinos. Tendría que hablar con el Ruso al respecto. Aminoré la marcha. Si era sincera conmigo misma, Xavier Montella me daba miedo. Tal vez era un miedo ancestral a los ricos y a los poderosos, transmitido por mi familia, que, antes de sufrir como obreros industriales golpeados por la pobreza, habían sido campesinos hambrientos en Andalucía. Habían estado a merced de los terratenientes y no tenían más derechos que los esclavos. Aunque era una mujer acostumbrada a saber defenderme, había algo en Xavier Montella que hacía

que me sintiera como arcilla en sus manos.

Tomé aire y enderecé la espina dorsal. No, ahora era la Rusa, no una golfilla pobre. No iba a tener miedo de nadie.

—¿Por qué me mintió? —preguntó Xavier—. Su nombre es Celestina Sánchez. Su hermano era Ramón Sánchez.

—¿Ahora es un interrogador de la policía? —pregunté, decidida a que Xavier Montella no me pusiera a la defensiva.

—He preguntado a Gaspar cuál es su verdadero nombre —dijo—. ¿Por qué me dijo que no era la niña que vi en la fábrica aquel día? ¿Por qué me mintió?

Le temblaba la voz, pero no quedaba rastro de rabia en ella, simplemente una aflicción que podía haberme conmovido si no hubiera endurecido mi corazón. Quisiera lo que quisiera Xavier Montella, no iba a dárselo. Había perdido todo lo que era más valioso para mí por culpa de su familia.

—¿Y en su investigación indagó sobre lo que les había ocurrido al padre y al hermano mayor de la niña? —pregunté.

Xavier me sostuvo la mirada un momento antes de contestar.

—Su hermano, Anastasio Sánchez, murió en Marruecos. No sé nada de su padre.

La serpiente levantó la cabeza, dispuesta a clavar su veneno en una piel vulnerable.

—¡A mi hermano lo mataron en Marruecos por defender las minas de mineral de hierro de los Montella! —le grité—. A mi padre le pegaron un tiro cuando protestaba por que solo mandaran a la guerra a los jóvenes de las familias pobres, mientras los ricos se quedaban en casa, jugaban al tenis y conducían coches lujosos que habían comprado con la sangre de los demás.

Las puertas de los camerinos se abrieron de golpe. La gente oyó mi airada voz. El pasillo no tardó en llenarse de artistas y coristas con vestidos de lentejuelas.

—¿Está bien, *senyoreta*? —preguntó Pepe, el mimo italiano—. ¿La está molestando este sinvergüenza? —No había tenido tiempo de limpiarse el maquillaje blanco de la cara y las estrellas alrededor de sus ojos. Se estiró hasta desplegar su metro y medio de estatura y sacó pecho—. ¿Quiere que me deshaga de él?

Me dirigí a Xavier.

—¡Sí, usted solo era un niño cuando ocurrió aquello, lo comprendo! Pero su coche, su casa, su educación, los bonitos vestidos y las clases de *ballet* de sus hermanas, todo eso se pagó con la sangre de mi hermano. Y cuando sea el cabeza de su familia, si Marruecos vuelve a estallar, ¡enviará a la muerte a más jóvenes pobres como Anastasio para que usted pueda ir a la ópera y mantener una casa en el campo!

Una expresión de preocupación apareció en la cara de Xavier. Respiraba pesadamente. Su boca se movió como si quisiera decir algo pero no pudiera encontrar las palabras.

—Y ahora —le dije retrocediendo hacia los artistas, que estaban esperando para aglomerarse en gesto protector a mi alrededor—, ¡tenga la sensatez de dejarme en

paz!

Volví a grandes zancadas a la seguridad de mi camerino. Antes de llegar a él, Xavier me gritó:

—¡Se equivoca, Celestina Sánchez! ¡Todo lo que dice y piensa de mí está equivocado!

No vi a Xavier Montella durante mucho tiempo después de esa noche en el Samovar Club, pero el recuerdo de su cara afligida siguió persiguiéndome.

El Ruso me llevó de gira por España. Vi descontento entre la población de Madrid, Valencia y Sevilla. La dictadura monárquica de Primo de Rivera era cada vez más impopular. Aunque la falta de integración de España en la economía mundial había suavizado en parte los peores efectos de la Gran Depresión, el desempleo estaba muy extendido y algunas importantes obras públicas se habían estancado.

Cuando estábamos en Madrid, el señor Sainz, propietario del teatro donde actuaba, nos llevó al Ruso y a mí a almorzar a un restaurante de la Gran Vía. La amplia avenida con sus hermosos edificios y sus escaparates primorosamente decorados era la parte de la ciudad que prefería. Esa mañana, el Ruso me había comprado allí una muñeca flamenca de Marín de Chiclana que puse a modo de centro en la mesa, donde los camareros admiraron su vestido de encaje de volantes amarillo y negro y la rosa que llevaba en el pelo. Cuando era niña, nunca había tenido una muñeca. Aunque ahora era una mujer adulta, no podía apartar los ojos de ella.

El señor Sainz me dejó saborear una cucharada del frío y refrescante gazpacho antes de preguntar:

—¿Qué le parece Madrid?

—Siempre estoy encantada de venir aquí —le dije—. La gente aprecia el flamenco mucho más que en Barcelona.

—Eso es verdad —coincidió—. Los mejores artistas flamencos siempre se acercan por aquí.

Mientras el almuerzo avanzaba y dábamos buena cuenta del cocido madrileño y la tortilla de patatas, la conversación pasó a la política.

—Estoy pensando en trasladarme a París —le dijo el Ruso al señor Sainz—. Algo está ocurriendo en España... Es la misma clase de energía inquieta que se percibía en Rusia antes de la Revolución. Percibo que en cualquier momento todo el orden podría degenerar en anarquía.

El señor Sainz asintió.

—Es la misma tensión que se nota en el ambiente antes de una tormenta. Aunque pienso que Primo de Rivera ha tomado algunas decisiones acertadas, ha dejado que su dictadura se prolongue demasiado tiempo. Debería haber llevado el país hacia una monarquía constitucional estable mucho antes de esto.

—Las divisiones en la sociedad española entre los ricos y los pobres, el Ejército y

la Iglesia, son tan grandes que el país es un gigantesco tanque de fermentación que está a punto de explotar —dijo el Ruso.

El camarero nos trajo el postre de tarta de fruta y tocino de cielo.

—Mire, el otro problema es que las cosas nunca son blancas o negras —dijo el señor Sainz con una expresión pensativa en la cara—. No siempre resulta fácil adivinar quién es tu amigo y quién es tu enemigo. Permítanme que les cuente una historia sobre un caballero a quien conocí en cierta ocasión. Se llamaba Félix Gómez y sus padres lo habían enviado a un seminario, ya que era la única manera de que su hijo recibiera una educación adecuada. Al padre Gómez se le concedió un puesto como profesor en un orfanato aquí en Madrid, donde desempeñó su función con brillantez. Dio a los niños más pobres una educación de mejor calidad que la que se impartía en la mayoría de las escuelas más selectas. No le interesaba adoctrinarlos, sino animarlos a usar todas sus facultades. Incluso sin patrocinio, varios chicos lograron triunfar en la Administración y en el Ejército. Entonces el padre Gómez cometió el error de preguntar a un sacerdote de una parroquia más rica si estaría dispuesto a vender algunas pinturas de su iglesia para financiar una escuela en la que el método de enseñanza del padre Gómez, que estaba resultando tan positivo, pudiera enseñarse a otros sacerdotes. El arzobispo mandó llamar al padre Gómez y lo acusó de ser socialista y lo echó de la Iglesia.

La historia apenas me sorprendió. Por lo que viví en mi niñez, la institución de la Iglesia tenía poco que ver con la filosofía cristiana de amar y ayudarse unos a otros.

—Pero la historia no termina ahí —dijo Sainz apartando su plato—. Durante los recientes disturbios, algunos revolucionarios, creyendo que mi amigo continuaba siendo un sacerdote que se disfrazaba con ropas de paisano, ¡lo aporrearon hasta matarlo!

Cambié de postura en mi asiento. Aquel relato ilustraba lo peor de la estupidez humana. Los revolucionarios habían matado a alguien que era un excelente educador y que podía haber mejorado la vida de muchas personas. Además, el padre Gómez no solo estaba dispuesto a ayudar a los pobres, sino que le apasionaba hacerlo. Pero lo habían matado por la sencilla razón de que lo asociaban con una institución opresiva.

Pensé en Xavier Montella y me pregunté si yo era tan distinta de aquellos idiotas revolucionarios.

Paloma

Cuando me desperté el domingo por la mañana y terminé de hacer mis ejercicios de barra y de suelo, esperaba que *mamie* reanudara su relato. Pero mientras tomábamos juntas la sopa de chirivía en la cocina para almorzar, apenas me miró. Por su actitud introvertida, me pareció que estaba dándole vueltas a algo antes de continuar o que tenía dudas acerca de si terminar la historia.

Estuve dando vueltas por el apartamento esperando a que *mamie* dijera algo. Llevé la jaula de *Diaghilev* al estudio y dejé que volara mientras limpiaba sus perchas y comederos. Ordené el cajón de la cubertería para no estar demasiado lejos de *mamie*, que leía el periódico en la mesa de la cocina. Pero siguió sin decir nada.

Llevé el teléfono a mi dormitorio y llamé a Jaime. El sonido de su voz me puso tan contenta como nunca me había sentido. Era como si hubiera recibido una noticia maravillosa.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, *mamie* y yo hemos hecho las paces. Anoche habló mucho de España.

—Me alegro —dijo—. Esta tarde tengo que terminar una tarea, ¿te gustaría ir al cine conmigo un día de esta semana?

De nuevo aquella sensación de que algo asombroso me estaba sucediendo me hizo sentir cosquillas en los dedos de los pies.

—Están poniendo *L'Important c'est d'aimer*, y también hay una película americana, *Jaws* —dijo.

—*Les Dents de la mer* —le dije—. Ese es el título francés.

—Solo los franceses podían poner a una película de terror un título tan romántico. Jaime se echó a reír. Y yo con él.

—¡Si la película se estrenara en España, el título tendría veinte palabras y contaría el argumento!

—Es verdad —dijo Jaime sin parar de reír—. Tal vez con todo lo que está pasando deberíamos ver una comedia, para aligerar un poco las cosas. He oído decir que *Le Sauvage*, con Catherine Deneuve e Yves Montand, está bien. Averiguaré dónde la ponen.

Le dije a Jaime que también me gustaría ver la película de la Rusa de la que me había hablado. Luego seguimos charlando durante un rato hasta que Carmen necesitó usar el teléfono.

—Ya te diré algo sobre la película de la Rusa —me prometió antes de colgar.

Después de llevar de nuevo el teléfono al vestíbulo, volví a la cocina, donde *mamie* seguía leyendo el periódico. Levantó la vista y me miró.

—¿Con quién hablabas por teléfono?

—Con el sobrino de mi profesora de flamenco. Jaime.

Mamie me observó un momento y después sonrió.

—Te reías mucho. ¿Te gusta?

Asentí.

Mamie me hizo una seña para que me sentara a la mesa. Lo hice en la silla que estaba frente a ella.

—Es bueno estar enamorado —dijo mientras una expresión pensativa asomaba a su cara—. Pero también es complicado.

Suspiré con alivio. Así que después de todo iba a contarme más cosas sobre España.

Cuando Francesc escribió a sus padres que tenía previsto quedarse otro mes en Inglaterra, mamá llegó a la conclusión de que el asunto se le había escapado de las manos.

—¿Se piensa que nuestra Evelina es un patito feo que lo va a estar esperando todo el verano? —le dijo al *pare*—. Como no ha habido ningún compromiso formal, voy a hacer que se sepa que nos gustaría presentar a Evelina a hijos de otras familias.

Mientras mi noviazgo con Francesc se había dado por sentado, se me había concedido cierto indulto en las rondas de meriendas, cenas y bailes a los que tenían que asistir las otras debutantes. Ahora que mamá estaba en campaña para encontrarme novios alternativos, yo me dejaba ver con más frecuencia en actos sociales: el Liceu, el baile de verano de la familia de Figuerola, la recepción al aire libre de la familia Manzano, los partidos de tenis y de *croquet*. Estaba en todas partes, a excepción de donde más quería estar: con Gaspar.

Cuando el marqués y la marquesa se enteraron de que mis padres no consideraban ya en exclusiva a Francesc, debió de entrarles el pánico y le escribieron una carta exigiéndole que regresara lo antes posible. Penélope Cerdà nos invitó a Margarida y a mí a pasar unas semanas en la residencia de verano de la familia en S'Agaró, en la Costa Brava.

—Por favor, mamá —se quejó Margarida—, no me condenes a pasar el tiempo con los pelmazos aristocráticos que andan por S'Agaró. ¡Son tan presuntuosos!

—Deberías estar encantada —la reprendió mamá—. Los marqueses desean hacer desaparecer a Evelina porque no quieren perderla como futura nuera.

Margarida suspiró.

—¡Pues puedes estar contenta de que tus tácticas intimidatorias resulten tan eficaces!

La residencia veraniega de la familia Cerdà era una casa cubierta de buganvillas, encaramada en un cabo con vistas al Mediterráneo. Casi todas las mañanas, Margarida se escondía para leer en algún lugar del jardín formal, mientras Penélope y yo bajábamos a la playa a tomar el sol y a nadar en la bahía en calma. Nos vigilaba la

mujer del jardinero, una persona baja y fornida que pelaba patatas sentada bajo una sombrilla mientras Penélope y yo extendíamos nuestras esterillas de playa cerca de las rocas y volvíamos la cara al sol. El bronceado estaba de moda ese año.

—Me sorprendió verte en el Samovar Club —me dijo Penélope.

Miró a nuestro alrededor para comprobar que no había ningún pescador en la playa y dejó caer los tirantes de su traje de baño de los hombros.

—No se lo contarás a tus padres, ¿verdad? —le supliqué—. Salí de casa a escondidas.

—¡Y yo también!

Se rio echando hacia atrás la cabeza. Tenía el cuello largo y elegante, las piernas esbeltas y el aspecto nórdico de sus padres. Le estaba agradecida de que me hubiera prestado uno de sus trajes de baño hasta el muslo que estaban de moda. Así no tenía que ponerme el horrendo traje hasta la rodilla que mi madre me había metido en el equipaje.

—¿Qué te pareció la Rusa? —le pregunté—. Estuvo increíble, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —coincidió Penélope—. ¿Y qué me dices de esos ojos suyos? ¡Eran los ojos de una mujer que ha visto muchas cosas!

—Su forma de bailar fue brillante. Espero poder verla bailar de nuevo, y pronto.

Penélope se sentó y se quitó la arena de las piernas.

—Bueno, por suerte para ti, a Francesc le gusta salir, así que estoy convencida de que llevarás una excitante vida nocturna cuando estéis casados. Yo me voy a comprometer con Felip Manzano, que se levanta al amanecer para montar sus caballos. ¡Nos acostaremos a las diez de la noche! Aun así, es muy guapo. Así que seguro que nuestros hijos serán guapos.

—¿Cuántos hijos quieres tener? —le pregunté.

Entrecerró los ojos mirando al agua.

—Cuatro: dos niños y dos niñas. ¿Y tú?

Pensé en el monísimo Feliu con su naricita chata.

—Todos los que pueda —respondí.

Nos echamos a reír.

—Bueno, pronto podrás crear una familia —dijo Penélope—. Francesc ha prometido regresar antes del día quince del mes que viene. Sé a ciencia cierta que han enviado el anillo de compromiso de mi abuela a los joyeros para que lo limpien y lo pulan. Tengo la leve sospecha de que es para ti porque mi madre le preguntó a la tuya cuál es tu talla.

Se me cayó el alma a los pies. Otra chica podría estar encantada porque iba a casarse con el atractivo hijo de una familia noble, pero yo me sentía abatida. Todas mis fantasías sobre cómo Gaspar y yo podíamos estar juntos se habían malogrado y la realidad de quién iba a ser mi futuro marido comenzaba a golpearme. Me tumbé de nuevo y giré la cabeza, tapándola con el sombrero como para protegerla del sol, cuando lo que en realidad estaba haciendo era ocultar mis lágrimas.

Afortunadamente, Penélope dio por supuesto que me había quedado dormida.

Unos días después, estaba jugando en el jardín con los perros pastores de los Cerdà, *Fiesta y Torero*, cuando oí unas voces de entusiasmo que venían de la casa. Una voz en particular me llamó la atención.

—He estado con unos amigos artistas en Cadaqués —decía Gaspar—. Y se me ocurrió pasar por aquí para ver cómo están todos.

—Bueno, Margarida y Evelina Montella están con nosotros. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche?

No oí la conversación a partir de ahí, pero unos instantes después todos salieron en tropel de la casa y se encaminaron hacia mí. Gaspar llevaba *blazer* azul y pantalones blancos. Su pelo de color cobrizo se agitaba con la brisa. Un brillo juguetón le bailó en los ojos. Pensé que era el hombre más guapo sobre la Tierra. Aunque Francesc me caía bien, nunca experimentaría con él lo que sentía cuando veía a Gaspar: las emociones y las mariposas de estar enamorado.

Llamaron a Margarida, que estaba en el cenador.

—¡Mira quién está aquí! —dijo Penélope, estrechando a Gaspar entre sus brazos—. ¡Mi primo tanto tiempo perdido!

—¿Por qué no vais los jóvenes a dar un paseo por la playa? —sugirió la marquesa—. Gaspar ha estado trabajando por las noches. No le vendría mal un poco de sol.

La luz de la tarde era brillante en la arena dorada. Las rocas bajo el agua transparente hacían que la bahía pareciera un mapa del mundo. Margarida y Penélope habían encontrado un tema de conversación común en la poesía de Lorca. Caminaban delante de nosotros, con los perros saltando y brincando a su alrededor.

Gaspar se quedó atrás conmigo.

—Hoy estás más callada de lo habitual, Evelina.

Mi primera reacción fue mirar hacia otro lado. Me intimidaba tanto estar con él que no sabía qué decir.

—He oído decir que Francesc estará de vuelta de Inglaterra antes de lo esperado. —Gaspar miró el agua y suspiró antes de dirigirse de nuevo a mí—. Es un hombre con suerte. Ojalá te valorase más.

Y entonces lo supe. Pude verlo en los ojos de Gaspar. Él sentía lo mismo por mí. Pero ¿cómo podíamos siquiera mencionar ese asunto?

—Yo también soy afortunada de que Francesc quiera casarse conmigo —dije—. Pero no lo bastante afortunada para... —No pude acabar la frase. No era lo bastante atrevida.

—¿Para qué? —preguntó Gaspar mirándome con interés.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sentí la lengua áspera. Temí que si intentaba hablar lo único que haría sería tartamudear. Una vez dicho lo que estaba pensando, no habría vuelta atrás. Si estaba equivocada y Gaspar no sentía lo mismo, no volvería a

estar cómodo cerca de mí nunca más. ¿Podría vivir con ello? ¿Era mejor al menos tenerlo cerca aunque estuviera casada con Francesc? Pero sabía que no podría estar en paz si no me abría a él.

—No soy lo bastante afortunada para casarme con el hombre a quien de verdad amo —dije.

Nuestras miradas se encontraron. En la cara de Gaspar apareció una expresión de euforia y de preocupación a la vez. Había entendido lo que quería decir.

—Tal vez debería haber hecho algo —dijo frunciendo los labios—. Tal vez debería haber actuado antes. —Negó con la cabeza—. Pensé que si me iba lejos..., bueno, no comprendí lo que tú sentías. Intenté olvidarte.

—Gaspar...

Pero no pude decir lo que quería decir. Mi corazón estaba demasiado lleno.

Él miró con cautela a los demás, pero estaban demasiado atareados lanzando palos para los perros. A mí no me preocupaba si se daban cuenta o no. Lo único que me importaba era que Gaspar me amaba.

—Mi vida no es solo música —dijo—. En cada país que he visitado, deseaba que estuvieras allí para que pudieras verlo todo conmigo. Te imaginaba bailando en las calles en el carnaval de Río o bebiendo cócteles conmigo en el Park View Hotel de La Habana.

Mi corazón saltó de alegría. Cada día que había pensado en Gaspar, él había pensado en mí. Pero estaba triste.

—Francesc tiene todo lo que yo no puedo darte: un título, una herencia familiar, una fortuna. Tu padre nunca me concedería tu mano ni aunque se la pidiera.

El dolor me atravesó el corazón. Si el pare había consentido tanto a Margarida, ¿por qué no podía dejarme también a mí que viviera la vida que quería?

—¡Entonces nos fugaremos! —dije.

Gaspar negó con la cabeza.

—Nunca te haría pasar por un escándalo. No se trata solo de ser feliz ahora, sino de estar satisfecho dentro de diez, veinte, treinta años. ¿Podrías ser feliz conmigo si te obligara a desertar de tu familia? Piensa en la vergüenza que caería sobre ellos.

Intenté contener las lágrimas. Era terrible ser una Montella. No éramos una familia: éramos una institución. No teníamos derechos individuales que nos permitieran ser felices.

—Evelina —dijo Gaspar con dulzura—, no pierdas la esperanza. Se lo diré a Xavier. Puede que él haya adivinado nuestros sentimientos, no lo sé. Tal vez pueda hablar en mi nombre con tu padre. Trabajaré como un esclavo para ti, Evelina. Nunca dejaré que carezcas de nada. Pero si asumo el riesgo de pedir tu mano y tus padres no lo aprueban, podrían impedir que volviera a verte. ¿Estás dispuesta a eso? ¿A jugártelo todo?

—¡Sí! —le dije—. ¡Sí, estoy dispuesta a perderlo todo por estar contigo!

La cena de aquella noche no podría transcurrir con normalidad. La excitación y la

ansiedad me habían revuelto el estómago. Por una parte, me gustaba estar en la misma mesa con Gaspar. Me sentía eufórica al saber que sentía lo mismo que yo. Por otra, me sentía una embustera. La familia Cerdà nos había invitado a Margarida y a mí como huéspedes con la expectativa de que pronto fuera su nuera. Se sentirían traicionados si me casaba con Gaspar en vez de con Francesc. Intenté calmarme, pero mi mente estaba repleta de pensamientos enfrentados; mi corazón, de sentimientos confusos.

—¿Te encuentras bien, Evelina? —me preguntó la marquesa—. Estás muy pálida.

—Es el calamar que tomamos en el almuerzo —dijo el marqués—. Desde luego, a mí no me ha sentado bien. Tendré que hablar con el cocinero.

Antes de marcharse esa misma noche, Gaspar me dijo:

—Ten fe. Sé fuerte por mí, Evelina.

No me quedé dormida hasta altas horas de la madrugada. No paré de dar vueltas. Cuando me levanté por la mañana, ardía de fiebre. Margarida aprovechó mi mal aspecto para insinuar que debíamos volver a Barcelona.

—Echa mucho de menos a mamá —les dijo a nuestros anfitriones.

—Es comprensible —respondió la marquesa, dedicándome una sonrisa indulgente antes de susurrar a su marido, en voz lo bastante alta para que yo la oyera —, a mí me pasaba lo mismo en vísperas de mi compromiso.

No estuve más tranquila en Barcelona que en S'Agaró. ¿Cuándo hablaría Gaspar con Xavier? ¿Qué diría Xavier? Si estaba de acuerdo, ¿cuándo se lo preguntaría a mi padre? Y, cada día, el regreso de Francesc estaba más cerca. Perdí varios kilos por la preocupación.

Un día, después de mi clase de *ballet*, Xavier me dijo que quería verme en el estudio. Su cara era solemne, pero era mi hermano y me quería. Intenté no preocuparme.

—Supongo que ya sabes que Gaspar ha hablado conmigo —dijo.

Asentí. Tenía la garganta seca. ¿Por qué parecía tan serio?

Me miró con esos ojos que coincidían a la perfección con los míos en color. Se miró las manos un momento antes de decir:

—Como puedes ver, Conchita y yo no somos felices juntos. Si pudiera desearte algo, Evelina, sería un matrimonio que te dé alegría además de seguridad. Francesc es un tipo de buen corazón, pero no es Gaspar. —Hizo una pausa y sonrió—. Puedo entender perfectamente por qué te has enamorado de Gaspar. ¡Si yo hubiera nacido mujer, también me habría enamorado de él!

Me sentí más animada.

Xavier me tendió una mano y la agarré.

—Sé que si a Gaspar y a ti os dejaran casaros, él consagraría su vida a tu bienestar. Se ha ofrecido a dejar de trabajar como músico y dedicarse al derecho, o a

entrar en una empresa de la familia Montella, si de ese modo nuestros padres le dan su aprobación. Hablaré con ellos, Evelina. Expondré las razones para tu felicidad con la mayor firmeza que pueda. Pero también tienes que entender que puedo fracasar. Nuestros padres han dedicado sus vidas a construir la fortuna y el nombre de los Montella. No somos como otra gente. La carga de nuestra posición en la sociedad significa que no podemos hacer siempre lo que nos plazca.

Unos días después, Gaspar llegó a nuestra casa. Parecía más que nervioso. Me encontré con él en el vestíbulo y le rocé ligeramente la mano, antes de que desapareciera en el salón para reunirse con mi padre, que pensaba que Gaspar venía a verlo en relación con una propuesta de negocios. No tenía ni idea de lo que sentíamos.

—Iré a hablar contigo después —prometió Xavier—. Ahora ve a tu habitación y ten fe. Reza por nosotros.

Cuando estaba cerca de la parte superior de la escalera, oí que Xavier acompañaba a mamá al salón. Eran las madres catalanas quienes decidían sobre las parejas de boda de sus hijos. Habría sido una estupidez dejarla al margen de la conversación. Yo conocía ya la postura de mamá en relación con Gaspar. Mi esperanza era que, si Xavier podía convencer al *pare* de que el casamiento era adecuado, mi padre pudiera persuadir a mamá de que accediera.

Me alegré de que Margarida estuviera todo el día fuera de casa. Me resultaba imposible tranquilizarme mientras mi futuro se decidía en el piso de abajo. Dios mío, recé. Por favor, deja que Gaspar y yo estemos juntos. Estuve en ese estado de agitación durante casi una hora. Pero cuanto más tiempo esperaba, más esperanza sentía. Si mis padres se hubieran negado a considerar la proposición de Gaspar, la conversación ya habría terminado.

Oí voces en el vestíbulo y cuando miré desde mi puerta vi a Gaspar saliendo. Tanto si la proposición era aceptada como si no, era costumbre que el pretendiente se marchara de inmediato para que los padres pudieran hablar del asunto con su hija en privado. Cuando volví corriendo a la ventana y vi a Gaspar subiendo a su coche, me di cuenta de que nuestro plan tenía un fallo. No le había dicho que estaría mirando desde la ventana y que hiciera una seña si todo había salido bien. Me reprendí a mí misma. Ahora lo único que podía hacer era prepararme para cualquier noticia que Xavier me trajera.

Pasó otra media hora antes de que mi hermana llegara a mi puerta. Su boca estaba apretada. Negó con la cabeza. El corazón me latió con fuerza de rabia cuando comprendí que todo había terminado. Apenas oí a Xavier cuando me dijo que Gaspar había hablado desde el corazón y que él mismo había argumentado apasionadamente que debían dejarme elegir con libertad a la hora de decidir sobre mi futuro marido.

—El *pare* ha dicho que estás prometida con Francesc Cerdà y ya está. Mamá ha añadido que no era simplemente un matrimonio entre dos personas jóvenes, sino la unión de dos linajes importantes.

—Eso es medieval —dije.

Aunque sabía que teníamos escasas probabilidades de cambiar la opinión de mis padres, la negativa supuso para mí una conmoción. Me temblaban las piernas. Xavier me estrechó entre sus brazos. No intentó consolarme con palabras, pues comprendía que no había nada que decir. Al ser hombre, tenía alguna probabilidad de encontrar consuelo fuera de su infeliz matrimonio con Conchita, pero para mí no habría esa salida. La verdad era terrible: iba a ser una prisionera. ¿Y para qué? ¿Para una alianza?

La imagen de Gaspar marchándose volvió a mí.

—¡Gaspar! —grité. Sujeté a Xavier por los hombros—. ¡Xavier, tengo que hablar con él! Gaspar y yo tenemos que podernos despedir al menos.

Mi hermano negó con la cabeza.

—Se ha ido, Evelina. Va a volver a Sudamérica. Es lo mejor.

Me separé de Xavier y me senté en la cama. ¿Entonces aquel nervioso intercambio de esperanza en el vestíbulo iba a suponer mi último contacto con Gaspar? Me llevé las palmas de las manos a la cara y apreté con fuerza. Pero nada podía aliviar el punzante dolor de cabeza que sentía.

Cuando alcé la vista de nuevo, mamá estaba en la puerta. La miré como alguien que observa entre la niebla.

—Me gustaría hablar con Evelina a solas —le dijo a Xavier.

Cuando mi hermano salió, ella entró y se quedó de pie a mi lado.

—¿No te advertí que no debías albergar pensamientos con alguien que está por debajo de ti, Evelina? Te has causado esta infelicidad a ti... y a él.

Alcé la vista para mirarla.

—¿Cómo puede Gaspar estar por debajo de mí? —pregunté—. Es más inteligente y tiene más talento que todos nosotros juntos.

Mamá frunció el ceño.

—En posición social, quiero decir.

Me miró las manos. Mientras aguardaba la decisión del pare, me había mordido las uñas. Ahora estaban desiguales y raídas.

Aparté la vista de ella.

—Eso es importante para el pare y también para ti. No es lo que más me importa a mí.

Mamá suspiró.

—Tal vez no ahora. Pero confía en mí, es importante. ¿Piensas que somos tan insensibles, que no tenemos en cuenta tu felicidad? Créeme, la felicidad se agota enseguida cuando no se tiene una casa decente y no puedes ofrecer a tus hijos una vida estable.

—Gaspar tiene mucho éxito...

Ella levantó la voz para cortarme.

—No tiene apellido —dijo—. Sus padres dilapidaron su lugar en la sociedad. Y tú

eres una Montella. El amor juvenil no dura, Evelina. Lo que cuenta es el respeto mutuo.

Me encogí de hombros. Daba la impresión de que no hablábamos ya el mismo idioma.

—No creo que, dadas las circunstancias, deba comprometerme con Francesc Cerdà. No estaría bien.

Mamá se enfureció.

—Solo tu familia más cercana conoce esta absurda situación. Y ha de seguir siendo así. —Me sujetó la cara para que nos miráramos a los ojos. Sus dedos apretaron mi piel con tal fuerza que estoy segura de que me dejaron moretones—. Aceptarás la proposición de Francesc Cerdà, ¿me oyes? Y te casarás a finales de septiembre. Y quítate de la cabeza de una vez tus insensatas ideas sobre Gaspar Olivero. ¡Asunto concluido! ¡Se acabó! No volveremos a hablar de este asunto.

De los dos meses siguientes de mi vida tengo un recuerdo borroso. Francesc regresó de Inglaterra y me pidió en matrimonio. Acepté porque no me quedaba otra elección. Sentía cierta indiferencia mientras hacíamos las rondas de visitas y exhibía el anillo de compromiso de diamante y zafiro que había pertenecido a la abuela de Francesc. No sentía que el anillo me perteneciera, igual que mi vida. Si no podía casarme con el hombre al que de verdad amaba, ¿cómo podía yo ser real? Era una espectadora viendo un juego.

Cuando llegué al altar de la Basílica de la Mercè del brazo de mi padre, pude oler el azahar y las azucenas mezclados con el perfume de polvo y de piedra húmeda que siempre impregnaba el interior de aquella iglesia barroca. De acuerdo con la tradición catalana, Francesc y su madre desfilaron por el pasillo delante de nosotros. La penumbra del templo, los halos de luz de las lámparas de araña y las velas hacían que la atmósfera fuera aún más irreal. Ponía un pie delante del otro, observando cómo el dobladillo de mi vestido de encaje oscilaba con cada paso. Estaba perdida en un trance hipnótico.

Alcé la vista y vi a mamá sentada en el primer banco, sollozando en su pañuelo. Margarida también lloraba. Solo Xavier, mi querido Xavier, sonreía para mí, aunque su mirada era triste. ¿Pensaba que me había fallado?

Cuando nos dejaron solos a Francesc y a mí en el altar delante del sacerdote, el pulso me golpeó en las sienes con tal violencia que pensé que podía desmayarme. El aroma que llegaba desde el incensario del sacerdote era insoportable. Recordé que Gaspar me había dicho la noche que estuvimos viendo a la Rusa que el incienso se hacía con la resina endurecida de un árbol llamado boswellia y que a esta resina endurecida se le daba el nombre de «lágrimas». Gaspar siempre sabía detalles interesantes como ese, pensé. Vi su cara ante mí, esos ojos despiertos y esa sonrisa a punto. Oí su voz tranquilizadora en mi oído: «Ten fe. Sé fuerte por mí, Evelina».

Miré la imagen de Nuestra Señora de la Merced. Había llorado tanto por haber perdido a Gaspar que ya no me quedaban lágrimas. Ya no me quedaba esperanza. Solo rendición.

Francesc me tocó en el codo y consiguió que mi mente volviera al presente.

—Estás preciosa —susurró.

Era tan cariñoso y amable que me levantó un poco el ánimo. Al menos mis padres no me entregaban en matrimonio a un monstruo. De no haber conocido a Gaspar, es probable que hubiera sido feliz con Francesc. Era un enlace que hacía felices a mis padres. Los Cerdà eran personas agradables. Francesc era atractivo y poseía una personalidad divertida. Pero no podía ser feliz ahora y comenzaba a aceptar que nunca lo sería. Pensé en Conchita, sentada con mi familia y con un aspecto precioso con su vestido de seda de color turquesa. Pero tenía los ojos hundidos y la boca tensa. ¿Estaría yo así dentro de diez años?

Aunque la iglesia estaba abarrotada y el sacerdote ofició una misa completa, la ceremonia nupcial pareció haber concluido al cabo de unos pocos minutos. Antes de darme cuenta, mi velo se levantó y el anillo de compromiso que llevaba en la mano derecha se había convertido ahora en el anillo de boda del dedo anular de mi mano izquierda. Francesc y yo salíamos por el pasillo como marido y mujer.

En la calle, la luz de los primeros días del otoño comenzaba a apagarse. Los invitados nos dieron su enhorabuena. Otra vez aquella sensación de estar fuera de mi cuerpo. Mamá, el pare, Margarida y Xavier estaban juntos. Me di cuenta de que no volvería a vivir nunca con ellos. A partir de ese momento, formaría parte de la familia Cerdà. Miré al marqués, a la marquesa y a Penélope. Eran unos completos desconocidos. Y no tardaría en averiguar lo poco que sabía exactamente de mi esposo.

Mamie volvió de sus recuerdos mientras en la calle el cielo de invierno comenzaba a oscurecerse. No tenía ni idea de que se hubiera casado con otro antes que con el avi. Los problemas y la separación que su amor había soportado los mostraba de una manera distinta. En vez de ser mis abuelos sin más, los veía como figuras románticas. Me moría de ganas de preguntar a *mamie* cómo, si había estado casada con Francesc, había terminado con el *avi*, pero yo empezaba a comprender lo complicada que había sido su vida en Barcelona y a cuántas personas más había implicado. Debía tener paciencia. Tenía que dejar que *mamie* contara la historia a su manera.

Me miró como si se hubiera olvidado de que estaba allí sentada con ella.

—Supe que algo no iba bien la primera noche de nuestro matrimonio —dijo con una expresión atribulada en la cara—. Después del banquete de bodas, que terminó de madrugada, Francesc y yo regresamos a la mansión de los Cerdà, donde debíamos pasar la noche antes de partir de viaje de luna de miel al día siguiente. Habían decorado nuestra *suite* poco antes y los muebles de nogal ofrecían un bello contraste con las paredes de alegre papel amarillo. En el dormitorio había una cama de

matrimonio extragrande con almohadones con monogramas de color gris perla y una colcha de raso gris plateado. Francesc y yo nos quedamos mirándola.

»Mamá me había explicado lo que se esperaba de mí como esposa. Aunque estaba agotada, me pasé el cepillo por el pelo y me puse el camisón de encaje que formaba parte de mi ajuar. Francesc se puso un gorro de dormir. Había jarrones de gardenias por toda la habitación, que daban al aire una fragancia celestial. Enfrente de la cama había una pintura de camelias de color rosáceo, mis flores preferidas. Sabía que mamá la había puesto allí para mí. Me acosté en la cama, sintiéndome incómoda y nerviosa. Me pregunté hasta qué punto las cosas habrían sido distintas si me hubiera casado con Gaspar. Imaginé sus labios suaves besándome en el cuello, sus manos sujetando mi cintura... Entonces me detuve. Pensar en un hombre distinto de Francesc era pecado.

Mamie se calló un momento, mirándome a la cara. Era como si no encontrara las palabras justas. Yo quería que continuara, pero también me daba miedo lo que pudiera oír.

—Francesc apagó la luz y se desvistió en la oscuridad —continuó—. La cama se hundió con su peso cuando se metió en ella a mi lado. Apreté los dientes y me pregunté qué pasaría a continuación.

»“Bueno, es un alivio que toda la ceremonia haya terminado. Era más para nuestros padres que para nosotros”, dijo. Me reí tontamente. Era tan propio de Francesc decir algo así: “Y también para Dios —le recordé—. Es importante estar unidos ante Dios”. “Sí, por supuesto”, coincidió.

»Volvimos a quedarnos callados. Por un instante pensé que se había quedado dormido, pero entonces se levantó y fue al cuarto de baño. Pude oírle abriendo y cerrando grifos durante un tiempo que me pareció una eternidad. Me pregunté qué estaría haciendo. Me sentía como una idiota allí tumbada en la oscuridad, así que encendí la lámpara de la cabecera. Después de más ruidos de salpicaduras desde el baño, Francesc regresó y pareció sorprendido al ver que todavía estaba despierta. Se subió a la cama a mi lado y se quedó mirando al techo. Yo también miré el techo. ¿Era posible que Francesc estuviera igual de nervioso? Era mayor que yo. Y con todo lo que había viajado, mamá me había dicho que no me ofendiera si parecía “experimentado”.

»Francesc se quedó acostado sin moverse unos minutos más, hasta que una especie de determinación pareció nacer en él. Extendió el brazo por encima de mi pecho y apagó la luz. Luego hizo un movimiento que se asemejó más al de un médico que se dispone a realizar una operación que al de un marido enamorado que va a hacer el amor con su esposa por primera vez. Tiró del camisón hacia arriba y se inclinó sobre mí. Apreté los dientes y me dispuse a esperar el dolor que mamá me había advertido que debía esperar. Pero lo único que sentí fue algo carnoso y blando restregándose contra mí. No pasó absolutamente nada.

Me moví incómoda en mi silla. ¿Por qué me hablaba *mamie* de su primera

experiencia sexual?, me pregunté, un poco intranquila A nadie le gusta imaginar a su abuela haciendo el amor. Además, *mamie* era más bien mojigata en lo referente a esas cosas. Yo tampoco podía alardear de ninguna experiencia, pero, pensando en las revistas de mujeres que había leído, daba la impresión de que Francesc estaba nervioso o que había consumido demasiado alcohol en el banquete.

Mamie me miró de forma significativa.

—Tampoco pasó nada la noche siguiente en París, ni la otra. De hecho, no llegamos a consumar el matrimonio. Yo era joven y sin experiencia, pero supe que algo iba terriblemente mal, sobre todo después de que mamá me dijera que fuera comprensiva ante el hecho de que los hombres tenían fuertes apetitos. Francesc no tenía el menor interés en hacer el amor conmigo. Más adelante, no mucho después de regresar de nuestra luna de miel, me dijo que tenía previsto viajar al Gran Premio de Marruecos: «África no es lugar para una mujer. Lo mejor es que te quedes aquí. Penélope te hará compañía», me dijo.

»Aunque procuré seguir viviendo con normalidad, la sensación de que algo iba mal seguía allí. Y el fracaso de esa parte de mi matrimonio me trajo de nuevo el dolor que había intentado reprimir en relación con Gaspar. Ahora era tan grande que tenía miedo de que me engullera. Me distraía con las clases de *ballet*, que ahora recibía todos los días, y en las que me curvaba y me estiraba hasta el límite. No podía hablar con nadie de esas cosas. ¿Cómo podría contárselo a mi madre o a un sacerdote? El sexo era necesario para tener hijos, pero algo vergonzoso al mismo tiempo.

Mamie dejó de hablar un momento para ir al grifo del fregadero a servirse un vaso de agua.

—¿Entonces Francesc era impotente? —pregunté—. ¿No podía tener hijos?

Mamie negó con la cabeza.

—Procuraba ser un buen esposo, pero, sencillamente, prefería a los hombres.

Me quedé sentada con la boca abierta. Me costaba creer lo que había dicho.

—¿Tus padres te casaron con un gay? —exclamé—. ¿Y cómo te enteraste de que era homosexual?

—Cuando estaba de viaje, registré su estudio. Pensé que podía estar enamorado de otra mujer. Pero entonces encontré su diario y cartas de amantes masculinos.

No podía creer que un hombre le hubiera hecho eso a *mamie*. Era tan cariñosa. ¡Y casarse en esas circunstancias era un fraude!

—¿Conseguiste la anulación del matrimonio? —pregunté.

Mamie se estremeció.

—No, no podía hacer eso —dijo—. Habría expuesto a Francesc de un modo terrible. Y, además, seguro que mis padres no habrían insistido en el matrimonio si hubieran tenido alguna sospecha de que era homosexual.

—¡Pero Francesc no tenía que haberse casado contigo, *mamie*! —protesté—. ¡Fue deshonesto! ¡Lo hizo para guardar las apariencias!

—Oh, Paloma —dijo ella con gesto exasperado—. Tienes que entender que

estamos hablando de España y no de Francia. En aquella época, que te denunciaran por homosexual podía resultar fatal. La Iglesia predicaba que el pecado de homosexualidad era peor que el asesinato. En muchos casos, a los hombres de esa condición los mataban a palos o los encerraban en un manicomio. Francesc habría hecho todo lo posible para ocultarlo. Si Xavier, mis padres y, sobre todo, Margarida no habían sospechado de sus inclinaciones, no podía ser tan obvio. No creo que la familia de Francesc lo supiera. Y el pobre Francesc estaba lleno de aversión a sí mismo. Su diario estaba repleto de anotaciones de sentimiento de culpa y odio a sí mismo. Creo que, en cierto modo, esperaba que al casarse conmigo se convertiría en «normal».

—¿No te pusiste furiosa por haberte visto obligada a casarte con Francesc cuando era al *avi* a quien amabas? —pregunté.

—No podía odiar a mi marido, Paloma —dijo *mamie* en voz baja—. Francesc estaba tan atrapado como yo. Ambos habíamos sido obligados a casarnos dentro de nuestro círculo. Y Francesc era bueno conmigo. Cuando estaba en Barcelona me llevaba a todos los locales nocturnos. Y no ponía objeciones a que continuara estudiando *ballet*. Además, era una compañía agradable. Cuando lo acepté tal como era, nos hicimos amigos. Solo que no teníamos una relación física.

—Pero, *mamie* —dije, sorprendida todavía de que no estuviera resentida—, tú querías tener hijos. ¡Un montón de ellos! Eso debió de afectarte.

Mamie apretó la mandíbula y frunció el ceño. Parecía estar en un lugar lejos de nuestra casa. Además, sabía que, a menos que quisiera buscarme otra bronca, la narración había concluido por esa noche.

Celestina

Cuando regresé a Barcelona en enero de 1930, Primo de Rivera había dimitido y el rey Alfonso había nombrado al general Dámaso Berenguer para preparar al país para celebrar unas nuevas elecciones en el marco de una monarquía constitucional reinstaurada. Pero aun así el descontento que había percibido entre la gente continuaba. Las huelgas generales y las protestas estallaban en las calles. La gente quería ir hacia delante, no hacia atrás.

Pensé en mi padre y en Teresa. Me había criado en una familia en la que la política y cómo llegar a fin de mes eran los principales temas de conversación de la jornada. Ramón y yo habíamos pasado mucho tiempo con las mujeres de las Damas Rojas y en el ambiente revolucionario de la Casa del Pueblo. Yo había tomado parte en la quema de iglesias y en la huelga general de 1909. Pero después de ver cómo mataban a papá por protestar y desterraban a Teresa, creía que la idea de que era posible llegar a construir una sociedad más justa era un mito. Mientras los seres humanos fueran seres humanos, siempre buscarían a alguien a quien explotar para su propio beneficio. Pero ¿cabía la posibilidad de que estuviera equivocada?

Una mañana me desperté con fiebre y dolores musculares. El médico lo atribuyó a que la gira me había dejado exhausta. Me prescribió reposo durante un mes. El Ruso tuvo que cancelar mis espectáculos. Por primera vez en mi vida, presté atención a lo que se comentaba en los periódicos. Me pareció que la tolerancia hacia la monarquía se disipaba y que el movimiento republicano se reactivaba. «La democracia política plena y el sufragio universal son los únicos caminos para crear una sociedad justa y equitativa», escribió un periodista.

Gaspar Olivero vino a visitarme en el Hotel Ritz, que era donde me alojaba cuando estaba en Barcelona, pues hacía tiempo que había dejado el piso que me había regalado el Ruso. Seguía manteniendo a mi clan y los llevaba conmigo a todas partes, pero, ante la insistencia del Ruso, vivían en *suites* separadas en una planta de menos prestigio. Por fortuna para mí, a pesar de las quejas de otros huéspedes sobre los olores que salían de sus habitaciones cuando cocinaban, todavía no habían conseguido prender fuego al hotel.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Gaspar mientras le hacía pasar a mi *suite* y hacía una seña a mi doncella para que nos trajera café y pasteles.

—Oh, igual que siempre —dijo—. He vuelto de Sudamérica, pero solo me quedaré dos días en Barcelona. Luego me voy a París.

Pero no estaba igual. Por primera vez desde que lo conocía, pude ver que Gaspar

parecía tener el ánimo por los suelos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Estoy enamorado —suspiró—. Pero no tiene remedio. Está casada con otro hombre.

Yo no había vivido nunca la experiencia de estar enamorada. Había tenido efímeras aventuras en las giras, pero por lo general mantenía a distancia a los hombres porque mi verdadera pasión era bailar. No sabía muy bien qué podía decirle a alguien en la situación de Gaspar.

—Queríamos casarnos —explicó—. Pero sus padres se negaron.

—¿Por qué?

—Porque no soy lo bastante rico.

—¿Lo bastante rico? —repetí enarcando las cejas—. ¡Pero si tienes mucho éxito!

—No es suficiente. Y no es la clase adecuada de dinero.

No tenía ni idea de cómo los ricos definían el dinero como del bueno o del malo. Estaba segura de que a Gaspar le iría mejor si no formaba parte de una familia tan pretenciosa. Pero por la mirada atormentada de sus ojos pude ver que estaba prendado de aquella joven. Así que guardé silencio. No quería herir sus sentimientos.

Gaspar cambió de tema, mientras señalaba los periódicos de encima de la mesa auxiliar.

—Veo que te mantienes al corriente de la actualidad política.

—Sí —respondí—. Parece que, por lo menos en Barcelona, la gente ya no quiere un rey.

—Esta noche voy a asistir a una reunión del Partido Socialista —dijo—. ¿Quieres venir conmigo? Estoy seguro de que será el tema de la velada.

Aunque hubiera leído los periódicos, no sentía el menor deseo de acudir a reuniones políticas. ¿Para qué servían? Pero le dije que sí porque me aburría y porque me pareció que Gaspar necesitaba compañía.

La reunión se celebraba en el mismo café al que Gaspar me había llevado cuando me contrataron por primera vez en el Samovar Club. Lo acompañé a la sala trasera, que estaba llena de humo y albergaba a toda suerte de personas. Había hombres vestidos con traje y hombres con ropa de trabajo, así como mujeres de todas las edades. Varias personas me reconocieron y susurraron a quienes las acompañaban. Me observaban. Por suerte, todo se quedó en eso. La asistencia de una estrella debía de dar cierta distinción a la reunión.

Miré en dirección al estrado que se había erigido en la parte delantera de la sala y me sobresalté al ver a Xavier Montella sentado allí con Margarida. Miré hacia el suelo cuando Gaspar los saludó con la mano. Recorrí la sala con la vista, preguntándome cómo podría escapar. Pero había demasiada gente detrás de nosotros: sería imposible abrirse paso a empujones entre la multitud para llegar a la puerta.

Para mi sorpresa, Xavier era uno de los oradores de la sesión.

—Un gobierno basado en la representación democrática plena y la ampliación de

las libertades civiles es el único camino para acabar con el poder de la oligarquía interesada —dijo a la multitud—. La democracia traerá la libertad de pensamiento, la libertad de prensa, una educación mejor para todos y el fin de la desalentadora pobreza que acosa la vida de la mayoría de la población de este país.

Cuando Xavier hablaba, se trascendía, como yo me trascendía cuando bailaba. Pensé que él también tenía un demonio. Era evidente en el efecto que sus palabras tenían en la audiencia: aplaudieron con entusiasmo y golpearon el suelo con los pies. Pensé en el relato del señor Sainz sobre su amigo el sacerdote. ¿Era eso lo que yo le había hecho a Xavier, asociarlo erróneamente con la clase dominante opresora cuando era uno de los pocos hombres cultos y apasionados que podían transformar la sociedad? Al escucharlo, casi podía creer que era posible que las cosas cambiaran y que quizás el sacrificio de papá (y el de Teresa) pudiera tener algún sentido.

Cuando concluyó su intervención, los asistentes se adelantaron para estrecharle la mano.

—Vamos a felicitarle —dijo Gaspar.

No fui detrás de Gaspar, sino que me dejé empujar hacia atrás por la multitud en dirección a la salida. Seguía sin saber qué hacer con Xavier Montella. No estaba dispuesta a pedirle disculpas. Como había dicho el señor Sainz, no siempre era fácil saber quién era tu amigo y quién era tu enemigo.

Llegué a la puerta. Sin embargo, antes de salir, algo me obligó a mirar hacia atrás. Me di la vuelta. En ese momento, Xavier levantó la vista. Nuestras miradas se encontraron. Algo como una luz brillante relampagueó entre nosotros: un demonio. Pero no era uno que hubiera sentido antes.

Los acontecimientos políticos durante el año siguiente fueron tan espectaculares que ni siquiera yo pude dejar de sentir su emoción. El orden se desplomó al tiempo que la inflación se disparaba hasta quedar fuera de control, mientras el número de trabajadores sin empleo seguía aumentando. Las huelgas y las protestas se convirtieron en un hecho tan cotidiano que la clase media comenzó a perder la fe en que la monarquía y la dictadura pudieran mantener la estabilidad en el país. Cuando veía las marchas de los trabajadores, me sentía transportada a 1909. Pero ahora, al parecer, el resultado iba a ser diferente. En vez de la represión que los obreros en huelga habían sufrido después de la Semana Trágica, el país avanzaba hacia las elecciones. Los partidos de izquierda propugnaban leyes contra la inflación que vinculasen los salarios con el coste de la vida y prescribieran una jornada laboral de menor duración, además de varias reformas en materia de sanidad y asistencia social. Si la izquierda ganaba, esos derechos se concederían por ley y no quedarían al albur de la monarquía y de unos dictadores que aplastaban a los trabajadores cada vez que intentaban mejorar su situación.

Tras las elecciones de abril de 1931, la mayoría de las actas de concejal fueron

para candidatos partidarios de la república. Fue una victoria aplastante. Dos días más tarde, el alto mando del ejército hizo saber que no defendería a la monarquía. El rey y su familia salieron del palacio y partieron al exilio. Se proclamó la Segunda República.

Los obreros salieron en tropel de las fábricas y ocuparon las calles para celebrarlo. Ojalá papá y Teresa hubieran vivido para verlo, pensé, mientras observaba el júbilo desde mi hotel. Había banderas republicanas colgadas en las ventanas, la gente bailaba en la calle y cantaba canciones como *La cucaracha* y *La Marseillaise*, cambiando la letra para adaptarla a la ocasión.

El rey se ha ido,
la Iglesia se bate en retirada.
Ahora que los chacales no están,
nos toca a nosotros comer.

No podía quedarme dentro por más tiempo. Tenía que estar fuera con la gente, en la calle, como si al unirme a ella estuviera representando a papá, a Anastasio, a Teresa y a todos aquellos a los que habían matado, encarcelado o desterrado por intentar crear una sociedad más justa.

Cuando llegué al vestíbulo, el conserje intentó disuadirme de que saliera del hotel.

—¡Mi querida *senyoreta*, no ponga en peligro su vida por salir ahí! ¡Ahora que el poder está en manos de las masas, estamos a merced de los bárbaros!

—Mi querido *senyor* Folguera —respondí al pasar a su lado—, ¡se olvida de que yo también soy una de esos bárbaros! ¡Me sentiré absolutamente cómoda!

Me vi arrastrada por el gentío que desfilaba bajo un sol radiante. La gente se abrazaba y lloraba. Llegó la policía, pero había acudido para unirse a las celebraciones, no para reprimirlas. Un tranvía se detuvo cerca y el cobrador invitó a la gente a subir a bordo gratis. Recordé la huelga general de mi niñez, cuando los trabajadores y las mujeres de las Damas Rojas habían atacado los tranvías después de que los guardias que iban a bordo disparasen contra ellos.

Las celebraciones continuaron durante todo el día. Fue una fiesta. Había una sensación de buena voluntad y amor fraternal entre la gente. Me pregunté si eso era realmente posible. ¿Podía una monarquía caer y una república triunfar sin violencia?

Como si se hiciera eco de mis pensamientos, un hombre cerca de mí se dirigió a quien lo acompañaba y dijo:

—Solo espero que los españoles sean capaces de aprovechar esta gran oportunidad que se les ha concedido..., que no se hunda todo en luchas entre facciones.

El día se volvió más caluroso y busqué un café en el que pudiera encontrar un asiento libre y donde pudiera pedir una copa y asimilar todo lo que había tenido lugar.

Estaba cruzando la calle cuando oí una voz detrás de mí.

—¡*Senyoreta* Sánchez!

Al darme la vuelta vi a Xavier Montella detrás de mí. Estaba muy apuesto con su traje y su sombrero blancos que realzaban el color de sus ojos.

—La vi el año pasado en la reunión del Partido Socialista —dijo—, pero se marchó antes de que pudiera hablar con usted.

—Solo fui para acompañar a Gaspar —expliqué, por si acaso Xavier se hacía alguna ilusión de que me había convertido en una revolucionaria—. Habló usted muy bien.

—Y ahora todo lo que deseábamos ha ocurrido —dijo mirando a nuestro alrededor. Después me observó y sonrió—. Está usted muy guapa con ese vestido. Permítame que la lleve a alguna parte a celebrarlo.

¿Yo? ¿Guapa? Qué va, pensé. No en comparación con sus hermanas y, probablemente, con su esposa. Di por sentado que estaba casado. A su edad y perteneciendo a su clase social, una esposa era indispensable.

—¿Por qué tengo que celebrarlo? —le pregunté—. A mí me da igual quién gobierne España. Lo único que quiero es bailar.

Xavier entrecerró los ojos para mirarme a la cara y dio un paso hacia mí.

—No creo que sea eso lo que de verdad siente —dijo—. Solo finge no tener ninguna compasión.

—Eso es muy dogmático por su parte —le dije. Su bello rostro despertaba algo dentro de mí. Pero hacía todo lo posible por resistirme a ello—. Apenas me conoce.

—Entonces déjeme conocerla mejor —dijo con un tono burlón en su voz.

El pulso se me aceleró. De nuevo aquella extraña sensación: era como arcilla en las manos de Xavier. Pero ahora comprendía que no era porque él fuera rico y yo hubiera nacido en el seno de una familia pobre... Era por motivos muy diferentes. Pero mi orgullo no me dejaría pensar que me había ganado la batalla.

—De acuerdo —dije desafiándolo—. Lléveme a algún sitio adonde no le dé vergüenza que lo vean conmigo. Pero no se olvide de que es más difícil ser discreto con una estrella que con una amante.

Se sonrojó al darse cuenta de que aludía a su condición de casado. Pero entonces, para mi sorpresa, dijo:

—No me da vergüenza que me vean con usted en ninguna parte.

Lo miré, comprendiendo ahora que, del mismo modo que el gentío que bailaba y gritaba con entusiasmo a nuestro alrededor, Xavier Montella y yo estábamos siendo atrapados y arrastrados por algo más grande que nosotros.

Mis defensas flaquearon.

—¿Por qué me ha perseguido? —le pregunté con voz entrecortada—. Todas esas veces me porté de forma tan desagradable con usted..., pero no ha dejado de volver.

Xavier me miró a los ojos y sonrió.

—Por lo que noté la primera vez que la vi... Éramos almas destinadas la una a la

otra.

¡Otra vez esa luz! Mientras el demonio bailaba a nuestro alrededor. Sabía que lo que Xavier había dicho era verdad. No tenía sentido seguir resistiéndose.

No he entendido nunca cómo es posible que una persona pueda comenzar una vida en un lugar y terminar en otro totalmente distinto. ¿Cómo era posible que hubiera nacido en un barrio marginal, en el seno de la más pobre de las familias pobres, y ahora estuviera residiendo en el Ritz? ¿Cómo había podido pasar de odiar a un hombre a yacer entre sus brazos, con las sábanas arrugadas debajo de nuestros cuerpos, con mis muslos en carne viva de hacer el amor, la piel ardiendo todavía por sus besos? La luz suave de la última hora de la tarde bañaba la cara dormida de Xavier. Le toqué las cejas. Una estaba ligeramente enarcada, como si estuviera haciendo una pregunta.

Xavier me había llevado a Casa Abela, donde cenamos croquetas y setas salteadas. Me maravillaba la rapidez con la que habíamos pasado de celebrar la República a hablar de flamenco, para regresar al Ritz, donde nos abrazamos por primera vez y nos cubrimos de besos apasionados. Había percibido a la esposa y al hijo mucho antes de que Xavier los hubiera mencionado, pero eran un mundo aparte de este: el mundo de aquí, de mi *suite*, donde yacía con Xavier Montella.

Xavier abrió los ojos y me miró.

—¡Gracias a Dios! —dijo.

—¿Gracias a Dios qué? —pregunté apoyándome en el codo.

Se frotó la frente.

—Pensé que al despertar iba a descubrir que todo había sido un sueño.

Apoyé la cabeza en su pecho y aspiré el olor fresco de su piel, todavía húmeda del esfuerzo de hacer el amor.

—¿Cómo podíamos estar destinados el uno para el otro? —le pregunté—. Somos tan diferentes. Yo nací en el Barri Xinès y tú naciste en l'Eixample.

—No lo sé —dijo, cerrando los ojos de nuevo y dejándose llevar de nuevo por el sueño—. Pero ahora que te tengo, no voy a dejar que te vayas.

Recordé la expresión atormentada de la cara de Xavier cuando le mentí y le dije que Celestina Sánchez había muerto; el dolor que le había causado era como un puñal en mi corazón. El recuerdo de aquello no se había difuminado ni atenuado; seguía siendo prístino cada vez que pensaba en aquello. Entonces supe que todo lo que hiciera daño a Xavier me haría daño a mí también. Es tan extraño, pensé, por qué unas personas se enamoran así y otras no. Era tan aleatorio como las estrellas.

—Nunca te haré daño —murmuré en el oído de Xavier—. Nunca jamás volveré a hacer nada que te haga daño.

Al cumplirse el segundo aniversario de su nacimiento, la nueva República tenía

problemas. Aunque había despertado las esperanzas de los más desfavorecidos, también había amenazado los intereses de quienes se oponían a toda redistribución de la riqueza y el poder: los monárquicos, la Iglesia, el Ejército, los industriales y los terratenientes. Mientras el mundo miraba con asombro, España pasaba de ser un país atrasado y conservador a uno donde se honraba la libertad de conciencia, se concedía el sufragio a las mujeres, el matrimonio civil y el divorcio estaban permitidos, la educación era obligatoria y laica, y había separación entre la Iglesia y el Estado. Pero aquellos a quienes no les gustaban los cambios estaban empeñados en acabar con la República... Y pronto, muy pronto, las circunstancias se lo pondrían en bandeja.

En el mes de octubre de 1933 regresé de una gira en Portugal y encontré a Xavier esperándome en la estación de ferrocarril. En cuanto me vio, la luz apareció en sus ojos y avanzó hacia el vagón en el que estaba sentada. Cómo me gustaban esos momentos de reencuentro. Éramos amantes desde la proclamación de la República, pero cada vez que nos veíamos era como si fuera nuestra primera vez.

Dejé que se acercara a mí. Hasta su forma de andar era atractiva. Caminaba con los hombros relajados, los brazos balanceándose. No podíamos besarnos como amantes en público, pero incluso el tacto de sus labios en mis mejillas me hacía sentir un cosquilleo en la espina dorsal.

—¿Dónde están todos? —preguntó Xavier, mirando por encima de mi hombro.

Se refería a mi clan.

—Ahora vendrán —le dije—. Están recogiendo sus bultos.

No bien había terminado de hablar cuando Diego y sus hermanas se aparearon del tren junto con las hermanas de Manuel. Detrás descendieron los maridos y los hijos. Con la última incorporación al clan de los gemelos de Raquel, ahora tenía a mi cargo a veinticinco personas. Los viajeros que esperaban en el andén miraron fijamente a los gitanos. Incluso cuando viajaban en tren, las mujeres lucían sus mejores alhajas y diademas, pero evitaban usar las maletas de Hermès que yo les había comprado y envolvían todas sus pertenencias en fardos atados con cuerdas.

Aunque entre el Ruso y Xavier habían arrebatado a Diego el control de mis ingresos para que yo pudiera guardarlos para mí, Diego seguía saludando a Xavier como a un viejo amigo. A los gitanos les caía bien, pero nuestra aventura era posible solo porque me consideraban ante todo una paya. De haber sido gitana de nacimiento, me habrían cortado la nariz por acostarme con un hombre casado. También ayudaba el que Diego aprobase a Xavier porque tenía dinero y lo gastaba con generosidad.

—He contratado taxis para todos —anunció Xavier, que condujo al grupo hacia la salida como si fuera el guía de una excursión. Se inclinó hacia mí y me susurró al oído—. Para nosotros, tengo mi coche. Te he echado tanto de menos que voy a llevarte directamente a casa.

Cuando el chófer puso el coche en marcha, Xavier y yo nos agarramos las manos por debajo de mi abrigo.

—Me han invitado a actuar en el Samovar Club mañana por la noche —le dije—.

Seremos Gaspar al piano y yo. ¿Vendrás?

Aunque llevaba años actuando en magníficas salas de concierto para multitudes, seguía prefiriendo la intimidad de bailar en clubes y en *cabarets*. Y como Gaspar estaba de vuelta en Barcelona durante un mes, había aprovechado la oportunidad para actuar de nuevo con mi viejo amigo.

Xavier negó con la cabeza.

—No puedo ir al espectáculo, pero me reuniré contigo después.

Sabía cuál era el motivo. Había prometido hacer algo para Conchita.

Nunca hice sentirse culpable a Xavier por tener que repartirse entre dos vidas. Había visto a su esposa un día que el Ruso me llevó al Liceu. Estaba sentada en el palco de la familia con Xavier: una belleza de cara astuta y vestida con prendas ajustadas. Muy poca gente estaba al tanto del romance entre Xavier y yo. Él no me trataba nunca como a una amante, y yo jamás le daba la lata para que se divorciara de su esposa, aunque ahora era legal. Las leyes podían cambiar, pero las actitudes no. Prefería con creces nuestra vida secreta a una vida envuelta en el escándalo. Aunque no fuera mío en todo momento, cuando estábamos juntos Xavier y yo éramos felices. Él abría la parte fría de mí y la hacía sentirse cálida de nuevo. Me había devuelto a la vida.

—Margarida te manda saludos —dijo.

—¿Cómo está su brazo?

—Se va recuperando.

Me resultaba insólito caerle bien a Margarida. No era solo que despreciara a Conchita y pensara que Xavier era más feliz conmigo. Su afecto parecía sincero. Sonreí al recordar el día que me invitó a acompañarla en una misión educativa. Con el apoyo del Gobierno republicano, iba a emprender una gira por los pueblos más pobres de España con un grupo de artistas y cómicos. La idea era poner en escena obras de teatro, organizar exposiciones de arte y conferencias y proyectar películas para gente que seguía viviendo como si estuviera en la Alta Edad Media. Aunque me encantaba actuar y no le hacía ascos a vivir sin comodidades —seguía prefiriéndolo a las habitaciones de hoteles de campanillas—, no podía imaginar nada peor que recorrer el país en una gira con un grupo de intelectuales y poetas. Detestaba la manera en que los críticos de baile analizaban al detalle mis actuaciones. Además, no había leído un libro en mi vida. Había aprendido a autografiar mi nombre artísticamente, a leer el periódico y a hablar bastante bien un poco de inglés y de francés. Eso era suficiente para mí.

—Los campesinos necesitan comida y medios de sustento, no alta cultura —le había dicho a Margarida.

—En realidad —había dicho ella, enderezando la espina dorsal y mirándome con sus ojos intensos—, necesitan las dos cosas: alimentar el cuerpo y el espíritu.

Margarida emanaba una energía apasionada. Yo sabía que se le daba bien ganarse a la gente para su causa. Pero a mí no iba a ganarme.

—Le daré a tu grupo dinero para el vestuario y los gastos de viaje —le dije—. Pero yo no voy.

Margarida me había escrito para contarme cosas de la gira casi todos los días: «Esta noche hemos actuado con lleno. Aunque comenzó a llover, los campesinos no se movían. Estaban embelesados con nuestra actuación». Pero el autobús en el que viajaba había volcado en el trayecto de vuelta a Madrid y ahora Margarida andaba con una fractura de cúbito.

El apartamento que Xavier y yo teníamos alquilado en secreto estaba en una calle que salía del Carrer Gran. Cuando entramos en él, lo primero en lo que reparé fue en un jarrón con rosas de color rojo sangre en el vestíbulo. Me volví hacia Xavier y sonreí antes de sentarme en el salón y contemplar la nueva pintura colgada encima de la chimenea. Era una representación distorsionada de una mujer pintada en óleos amarillos, rojos y verdes.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté.

—Es un Picasso —respondió Xavier—. Es un pintor español. ¿Te gusta?

—No lo sé —le dije—. Quizá me llegue a gustar con el tiempo..., como me pasó contigo.

Él se echó a reír.

—¡Espero que tardes menos que conmigo! ¡He pagado una pequeña fortuna por él!

Me quité los zapatos y Xavier se sentó a mi lado.

—Estoy agotada —dije.

Me masajeó los pies y me sopló en los dedos.

—He echado de menos estos pies. Estos instrumentos delicados pero poderosos. ¿Qué les parecen tus espectáculos a los portugueses?

—Me has domado —le dije, echándome hacia atrás y cerrando los ojos—. Los críticos no usan ya palabras como «encendida» o «fiera» para describirme. Ahora dicen que soy «refinada» y «sofisticada». Me has quitado el fuego.

Se inclinó sobre mí, me subió la falda por encima de las caderas y me besó los muslos.

—Eso habrá que verlo —dijo.

Cuando nos despertamos unas horas más tarde, ya había oscurecido. Por alguna razón había soñado con el puesto de flores de Teresa, desbordante de geranios y begonias. Tardé unos instantes en darme cuenta de dónde estaba.

—Son las seis —dijo Xavier mirando su reloj—. Será mejor que me vaya.

Lo miré mientras se ponía los pantalones y la camisa. Mi espectáculo no empezaba hasta las diez. Tenía tiempo de sobra.

—¿Y qué ha pasado en España? —pregunté—. Es imposible creer nada de lo que publican los periódicos portugueses.

—Para que la República sobreviva ha de subir los salarios y reducir el desempleo, pero eso es casi imposible en medio de una depresión —dijo mientras se ponía los calcetines—. Los trabajadores se están impacientando y buscan soluciones más radicales. Para conservar el apoyo de la clase media, la República tiene que proporcionar estabilidad y orden. Han tratado con demasiada dureza algunas protestas y ahora se han alejado aún más de los trabajadores.

—¿Hemos cambiado demasiado deprisa? —pregunté.

Xavier se encogió de hombros.

—Sí, es probable. Pero ¿cómo se puede no cambiar deprisa cuando la gente pasa hambre?

Pensé otra vez en Teresa y comprendí que tenía razón. La República era algo que el pueblo español debería haber demandado cuando los franceses lograron la suya. Llevábamos siglos de retraso, aunque nuestra transición había sido menos sangrienta. El rey Alfonso había sido juzgado en ausencia por alta traición, pero la condena que se le había impuesto era el destierro permanente. España no había enviado a la guillotina a su aristocracia ni a otros oponentes.

—La izquierda se está descomponiendo en facciones de reformistas conservadores y anarquistas extremistas, mientras que los miembros descontentos de la derecha se están uniendo —dijo Xavier, al tiempo que se estiraba la corbata—. Si la izquierda no hace las cosas como es debido, perderá las próximas elecciones. Estoy convencido de que entonces la derecha dismantelará las reformas que se han conseguido y dejará al país aún más atrasado que antes.

Xavier se atusó el pelo antes de darme un beso de despedida. Cuando salió, dejé caer la cabeza de nuevo en la almohada. Todavía podía oler la fragancia de cedro de su loción para después del afeitado. Respiré en la atmósfera tranquila de la estancia. Era un remanso que habíamos creado en un mundo inestable.

—Espero que siempre tengamos esto —dije con un suspiro antes de dejarme vencer de nuevo por el sueño.

Celestina

Aunque el Ruso vivía ahora en París, seguía siendo el dueño del Samovar Club de Barcelona. Zakharov era el gerente. Cuando llegué estaba en el vestíbulo, tan apuesto como siempre, aunque con más canas en las sienes.

—Me alegro de verte —dijo. Me tomó de las manos y me besó en las dos mejillas antes de mirar con nerviosismo a su alrededor en busca de mi clan.

—Tienen una fiesta —expliqué—. Esta noche vengo sola.

—¡Pero mira quién está aquí!

Al darme la vuelta vi a Gaspar, que venía deprisa hacia mí. Hacía casi un año que nos habíamos visto por última vez. Nos dimos la mano con fuerza. Gaspar estaba al corriente de la relación entre Xavier y yo. Era feliz por nosotros. Pero yo sentía lástima por él. Yo no era de las que se casan, pero él sí. Sin embargo, no había sentado la cabeza. ¿No sería que seguía suspirando por la joven que se había casado con otro?

Zakharov me miró y después miró a Gaspar.

—Habéis ensayado este número, ¿verdad?

Gaspar y yo contestamos al mismo tiempo:

—¡No!

Los tres nos reímos. Zakharov había llegado a respetar mi necesidad de improvisar.

Después de todas las dificultades que había tenido con directores y orquestas para intelectuales que no sabían llevar el compás, era un alivio volver a bailar con un solo instrumento tocado por alguien que me conocía desde hacía tanto tiempo como Gaspar. La *senyora* Dávilo me había vestido en esta ocasión de oro y plata. Y actué sobre un fondo negro, con el pelo recogido detrás en un moño bajo. Estaba relajada e improvisé mi actuación de principio a fin. Lo que los críticos de Portugal habían dicho era cierto: ya no tenía que agitarme frenéticamente para bailar con expresividad. Lo salvaje y lo indómito continuaban dentro de mí, pero ahora prefería mostrar mi lado elegante, femenino.

Al terminar, me fui deprisa a mi camerino. Estaba contenta por la buena acogida que había merecido mi nuevo estilo, pero estaba deseando quitarme el maquillaje de escenario y arreglarme antes de que llegara Xavier. Me senté ante el espejo y di un respingo. En su reflejo vi la cabeza de un hombre sentado en el sillón. Me di la vuelta. El tipo se levantó y entonces la sangre se me heló en las venas. Era Salazar.

—Así que rechaza todas mis invitaciones —dijo.

Aunque no había visto a Salazar desde hacía más de diez años, nunca había perdido el contacto. Actuara donde actuara en el mundo, siempre enviaba regalos

caros y una invitación a una corrida de toros para cuando volviera a España. Los regalos me habían hecho sentir incómoda, pero, como Salazar no había aparecido en persona en todo ese tiempo, me había deshecho de ellos y lo había sacado a él de mi mente.

—Solo acepto las invitaciones cursadas en persona —respondí.

Y entonces me di cuenta de mi error.

Una mirada divertida se asomó a los ojos de Salazar.

—Muy bien —dijo—. Mi mujer lleva muerta un año, así que ya puedo invitarla a mi finca. Criaremos los toros juntos. Estoy intentando criar uno con los ojos de color violeta.

Me habían acechado en Nueva York. Y una vez en París un hombre se había puesto una pistola en la cabeza y había amenazado con pegarse un tiro si no me casaba con él. Pero ninguno de esos encuentros me había aterrorizado tanto como ver allí a Salazar. Él también tenía un demonio, pero no se parecía en nada a aquel con el que yo bailaba, ni al que nos había unido a Xavier y a mí. El demonio de Salazar venía directamente del infierno.

—Primero tendremos que hacer algo con los campesinos —dijo dando un paso hacia mí—. ¿Sabe que el Gobierno republicano piensa que voy a compartir mis tierras con ellos, unas tierras que pertenecen a mi familia desde hace generaciones?

—Creo que la intención es pagar por ellas —dije con frialdad—. E impedir que miles de personas mueran de hambre cada año. Las tierras dedicadas a cacerías y a criar toros no dan de comer a la población.

Salazar enarcó las cejas.

—Van a pagar a los terratenientes con arreglo a lo que hemos declarado en nuestros documentos fiscales, ¡como si eso indicara algo del valor de las tierras! —Se rio—. ¿No se dan cuenta de que los campesinos no son mejores que los animales y mucho menos nobles? He amenazado a los que trabajan en mis tierras: si no votan a la CEDA y a los monárquicos en las próximas elecciones, dejaré que ellos y sus hijos se mueran de hambre. —Se llevó una uña larga y amarilla a la nariz—. Es una preciosa vuelta de tuerca, ¿no le parece? El Gobierno de la República le da a todo el mundo voz y voto. ¡Y los campesinos votan en contra de él por un poquito de embutido!

Pensé en mis abuelos andaluces, muertos ambos antes de cumplir los cuarenta años. Habían vivido a merced de hombres como Salazar. Aun así, guardé silencio. Recordé que, cuando bailaba en el Villa Rosa, Salazar llevaba una pistola. Y di por supuesto que seguía llevándola. Lo único que quería era que saliera de mi camerino lo antes posible. Pero no parecía tener la menor intención de marcharse de allí.

—Lo que este país necesita es un hombre como el que hay en Alemania —dijo—. Hitler.

Retrocedí y fui hacia la puerta, pero él me siguió.

—Entonces, ¿vendrá conmigo a la corrida mañana?

—No me gustan las corridas de toros —respondí.

—Eso es porque no las entiende. Venga conmigo mañana y se lo explicaré todo: la nobleza de entregarse a la muerte.

Me estremecí. El demonio que estaba a su alrededor era fuerte. Intenté de nuevo alejarme de Salazar... y del demonio.

—No hay nada que entender. Son crueles. Ya está.

Salazar se mordió un lado del pulgar.

—¿Qué clase de gitana es usted? —preguntó, con una expresión de enfado en la cara—. ¿Se ha convertido en una catalana blanda? ¿O debería decir que cierto catalán la ha ablandado?

No tuve ninguna duda de que se refería a Xavier. ¿Cómo se había enterado de lo nuestro? Supuse que había hecho algo más que seguir la pista de dónde actuaba. La mirada asesina de sus ojos me dejó helada. Un terrible pensamiento me vino a la mente. Vi a Xavier llegando al camerino y a Salazar disparándole. Entonces se oyó un golpe en la puerta. Salazar y yo nos volvimos hacia la entrada.

Permanecí en silencio, aterrada ante la posibilidad de que fuera Xavier.

—*Senyoreta*, traigo unas flores para usted —dijo una voz de mujer—. ¿Las pongo dentro del camerino? —Era Consuelo, la doncella del club.

Salazar negó con la cabeza, pero yo lo ignoré.

—Sí —contesté.

Consuelo entró con un ramo de azucenas de un tallo largo más alto que ella. Las puso en un jarrón, en una mesa auxiliar. Entonces se dio cuenta de que Salazar estaba conmigo. Me miró a la cara y debió de ver el miedo en ella. Que Dios te bendiga, pensé, mientras ella se movía ruidosamente por el camerino, limpiando el polvo de todo lo que estaba a la vista y mullendo con violencia los cojines.

Su frenética actividad hizo que Salazar se sintiera incómodo. Se dirigió hacia la puerta, donde me agarró de un brazo y me obligó a mirarlo a aquellos ojos inyectados en sangre.

—De modo que piensa que las corridas de toros son brutales, ¿no? —preguntó—. Lo que no entiende es que algunas bestias... y algunas personas... nacen sentenciadas.

Me soltó con tal fuerza que di un traspié.

Salió por la puerta a grandes zancadas y su demonio se escabulló tras él. Entonces comprendí cuál era su demonio: era la muerte.

Xavier llegó un cuarto de hora más tarde con un ramo de rosas blancas. Salazar me había puesto tan nerviosa que me desplomé en sus brazos.

—Te has vuelto a agotar, ¿no? —dijo Xavier con una sonrisa—. No te has concedido mucho descanso después de Portugal.

Fingí una sonrisa. No quería contarle el verdadero motivo de mi alarma. ¿A quién se refería Salazar cuando dijo que algunas personas nacían sentenciadas? Agarré a Xavier para acercarlo a mí mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. Dios mío,

recé, si uno de nosotros está sentenciado, que sea yo.

Xavier estaba en lo cierto cuando dijo que necesitaba descansar después de Portugal. Pero me resultó imposible tranquilizar mis pensamientos mientras las palabras de Salazar resonaban en mi cabeza como una amenaza. No fui a ninguna parte durante unos días. Me quedé en mi *suite* del hotel y leí los periódicos para tener ocupada la mente. Hice que Xavier me llamara todos los días, aunque fuera a verlo esa noche. Hasta entonces, Salazar había desaparecido de mi vida durante meses y años. Recé para que pudiera irse de ella para siempre.

Los artículos que publicaban los periódicos eran deprimentes: el desempleo subía y el malestar entre los trabajadores y los campesinos crecía. La brutalidad con que se sofocaban sus protestas impulsaba a muchos comentaristas a insinuar que el único camino para los pobres era la revolución, no las reformas.

Un día vino a visitarme Evelina Montella. Me agradaba que las dos hermanas de Xavier pasaran a verme con frecuencia, pues lo que había esperado era que me desairasen. Xavier me había dicho que, a diferencia de Margarida, que despreciaba profunda y abiertamente a su cuñada, Evelina era amiga de su esposa y adoraba a su hijo, por lo que me alegraba que me viera sin ningún rencor. Si los padres de Xavier sabían de mi existencia o no, ellas no lo mencionaban.

Evelina llevaba un vestido de punto blanco y una chaqueta bolero a juego. Mientras que Margarida era bulliciosa, Evelina era callada de una manera que me resultaba intrigante. Me recordaba a un capullo de rosa, firmemente cerrado con mucho potencial.

—Francesc está de viaje otra vez —me dijo cuando la invité a pasar al salón de la *suite*.

Hizo cuanto pudo para sonreír, pero reparé en las arrugas que le habían aparecido en el entrecejo.

No me sorprendía que Francesc Cerdà pasara todo el tiempo que le era posible alejado de los deberes domésticos. Para mí era obvio que prefería a los hombres antes que a las mujeres. Había trabajado y actuado con muchos homosexuales y me gustaban mucho como amigos. Pero no era capaz de imaginar que el matrimonio de Evelina y Francesc fuera dichoso para ninguno de los dos.

—La otra noche te vi bailar en el Samovar Club —dijo Evelina con su voz suave y cultivada.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no pasaste a saludarme después?

Evelina juntó y separó las manos.

—Era tarde... No quería molestarte.

Se quedó en silencio y percibí que quería hablar de algo que le pesaba en la mente. Entonces se me ocurrió que podía haber visto a Salazar saliendo de mi camerino. Confiaba en que eso no le hubiera dado una idea equivocada.

—Xavier fue a visitarme después —le dije—. Deberías haber venido tú también. Pero no me estaba escuchando. Tomó aire y me miró.

—Me preguntaba si podrías enseñarme a bailar flamenco.

Me sobresalté y no respondí enseguida.

Evelina se ruborizó.

—Es una impertinencia por mi parte pedir a una estrella como tú..., pero tú no solo bailas el flamenco, tú lo encarnas.

Me sentí halagada y confusa. Era verdad que me había vuelto una artista refinada, pero al flamenco se lo consideraba una forma de baile popular en comparación con el baile español y el *ballet*. No era una actividad para las mujeres de clase alta. Y no digamos las catalanas. ¿Por qué quería aprenderlo Evelina? No podría bailarlo nunca para nadie.

—No sé si puedo enseñarte —le expliqué—. Aprendí mirando a otras y viviendo con bailaoras flamencas. Pero me encantaría intentarlo. ¿Cuándo hay que empezar? ¿Ahora?

Evelina pareció sorprendida. Y después entusiasmada.

—¿De verdad?

—¿Por qué no? No tengo otra cosa que hacer hoy.

Busqué un vestido de ensayo para que se lo pusiera. Era una bailarina natural. Cuando le enseñé a usar los brazos, lo reflejó exactamente. Tenía un buen sentido del ritmo. Pero era todo técnica y nada de fuego.

—Me ha gustado mucho —dijo cuando terminamos y la doncella nos trajo café y pasteles.

A mí también me había resultado agradable su compañía. Aunque había algo triste y un poco reprimido en ella, me había levantado el ánimo.

—¿Por qué no vuelves mañana? —le pregunté.

En su cara apareció una sonrisa.

—¿De verdad... no te estoy haciendo perder el tiempo?

Me conmovió que me hablara con tanta humildad. Recordé la primera vez que había visto a Evelina, un bebé en su cochecito. Era tan guapa... Como una princesa de cuento de hadas.

—Por supuesto que no —la tranquilicé—. Me encanta todo lo que tenga que ver con el baile.

—¡A mí también! —dijo mientras un brillo se asomaba a sus ojos por primera vez.

La miré desde la ventana mientras ella me hacía un gesto de niña con la mano antes de subir en su Bugatti con chófer. Evelina era lo contrario que yo en muchos aspectos: era reservada y yo no lo era, era cultivada y yo era una salvaje. «Qué amistad tan fuera de lo corriente estoy haciendo», pensé. Me pregunté si pedirme que le enseñara flamenco podría ser lo más atrevido que Evelina había hecho en su vida.

Evelina progresaba con gran rapidez con los pasos individuales del flamenco, por lo que pronto pasamos a combinarlos en patrones básicos. Cuando llevábamos unas pocas semanas de clases, se movía lo bastante bien para que bailásemos la una con la otra.

—No trates de imitarme —le dije—. Busca algo tuyo.

Pude ver que Evelina comprendía lo que le estaba pidiendo, pero tenía dificultades para ejecutarlo. Me pregunté si alguna vez se le había brindado la oportunidad de ser ella misma.

Un día estábamos bailando cuando sonó el timbre de la puerta. Un instante después apareció mi doncella para anunciarme que Gaspar Olivero había venido a verme.

—Dígale que entre —dije.

Miré a Evelina, esperando que le agradara ver a su amigo. Pero se había puesto pálida y se había quedado clavada en el sitio. Me pregunté qué le pasaba. ¿Habría hecho un esfuerzo demasiado grande?

Gaspar entró en el salón a zancadas y se paró en seco al ver a Evelina. Durante una fracción de segundo, sus miradas se cruzaron. Después los dos miraron para otro lado. Entonces lo entendí. La joven por la que Gaspar llevaba suspirando todos esos años era Evelina Montella.

Lo que siguió fue una conversación forzada e incómoda. Él me dijo que solo había pasado un momento a verme porque estaba por la zona. Miró en dirección a la puerta como si pensara en marcharse, pero no se movió. Evelina dijo varias veces que era un placer volver a verle, sin dejar de mirarse los pies. Me pregunté si debía poner una excusa para salir del salón, o si el estar solos iba a empeorarlo todo.

Antes de que pudiera tomar una decisión, Gaspar dijo que me llamaría más tarde para hablar de hacer otro espectáculo en el Samovar Club. Por fin se armó de valor para dejarnos de verdad. Lo acompañé a la puerta de la *suite* y le besé en las mejillas. Tenía la piel helada.

Cuando volví al salón, Evelina estaba sollozando.

—Soy tan desdichada —me dijo—. Llevo casada dos años y medio, y todo el mundo no para de preguntar cuándo vamos a tener un bebé Francesc y yo. Esta mañana, la marquesa insinuó que a lo mejor debería ir a ver a su especialista. Hasta las viejas grandes damas me susurran sus secretos de fertilidad en las fiestas o en el Liceu. Lo que más deseo en el mundo es tener un hijo al que amar. Cada cumpleaños que pasa sin un hijo me sume en una depresión, ¡pero Francesc ni se acerca a mí!

El dolor y la desesperación en la voz de Evelina me conmovieron. De modo que era eso lo que había guardado dentro de sí durante todo este tiempo. No era de extrañar que le diera miedo expresar su verdadero yo. Las damas de la clase alta no debían revelar ninguna clase de infelicidad familiar.

Me senté a su lado. No compartía su profundo deseo de tener un hijo. Nunca había experimentado esa fuerza maternal, aunque tenía treinta y dos años. Xavier y

yo tomábamos precauciones para no quedarme embarazada. Aunque no era de las que cambia de opinión, le agarré una mano y dije:

—Mira, aunque un hombre prefiera a los hombres, puede dejar embarazada a una mujer.

Evelina negó con la cabeza y respondió en voz muy baja:

—Lo he intentado todo. Pero no puede.

Suspiré. ¡Las familias ricas y sus matrimonios! Xavier lo pasaba mal en el suyo. Y ahora me enteraba de que Evelina también estaba infelizmente casada. No era extraño que Margarida hubiera evitado por completo el matrimonio.

Pasados unos días, cuando estábamos tomando café después de la clase, volví a sacar el tema. No podía soportar más la expresión de pena en la cara de Evelina. Y ella parecía incapaz de encontrar por sí sola una solución a su desdicha.

—¿Qué me dices de Gaspar? —le pregunté—. A ti te gusta. Y es evidente que tú le gustas a él. ¿Por qué no le pides que te dé un bebé? Seguro que Francesc no podrá poner objeciones si él no está por la labor.

Evelina me miró con una expresión horrorizada en la cara.

—¡No podría hacer eso!

Una de las cosas que me resultaba más divertida de ella era que, aunque estaba casada con un hombre homosexual, siguiera siendo tan fácil de escandalizar.

—¿Por qué no? Da la impresión de que para tu marido sería un alivio. Pondría fin a todos los rumores sobre él.

—Pero... yo quiero a Gaspar.

Esperé a oír por qué eso era un obstáculo para el plan.

Evelina negó con la cabeza.

—No estaría bien atarlo a mí de esa manera. Lo que tiene que hacer es casarse y ser feliz. Quiero que me olvide —añadió, y se echó a llorar.

Le aparté un mechón de pelo castaño que se le había pegado a la mejilla. Bueno, la sugerencia no había salido bien. Evelina y yo nos movíamos en dos mundos diferentes. Me prometí no volver a intentar nunca darle mi consejo proletario.

—Lo siento —le dije—. Puede que... no haya sido esto lo mejor que podía sugerirte.

Me miró con lágrimas en los ojos y negó con la cabeza.

—Además de Margarida, eres la única amiga de verdad que tengo.

Entonces entendí que no es que quisiera aprender flamenco. Lo único que buscaba era algo para llenar su vida vacía.

Las elecciones de noviembre de 1933 salieron exactamente como Xavier había predicho. Los socialistas y los republicanos se negaron a cooperar y eso les costó el

poder.

La noche que anunciaron los resultados en la radio, Xavier y yo estábamos sentados en nuestro piso, conmocionados y desilusionados. Margarida vino después de cenar.

—Las mujeres consiguen por fin el derecho de sufragio y ¿qué hacen? —dijo furiosa, mientras lanzaba el abrigo hacia el sofá—. ¡Escuchan a sus curas y votan a la derecha! ¡La Iglesia es la misma institución que las oprime! ¿No han leído la historia de Adán y Eva?

—Al menos eso es algo más que obedecer a sus maridos —dije, intentando infundir un poco de humor en el melancólico estado de ánimo—. En serio, las mujeres de la clase trabajadora habrían votado a los socialistas si los anarquistas no hubieran hecho campaña con tanto éxito para disuadir a la clase obrera de acudir a las urnas.

—La victoria de la derecha parece una victoria más arrolladora de lo que en realidad es —dijo Xavier—. Gracias a nuestra estúpida legislación electoral, al partido que gana en las urnas se le concede una representación en las Cortes muy desproporcionada respecto a los resultados de los comicios.

—Una cosa es segura —dijo Margarida—, la derecha va a anular todas las reformas que se pusieron en marcha cuando se proclamó la República. Se van a reducir los jornales, se restituirán las fincas a los terratenientes, se desalojará a los campesinos y se va a obligar a las mujeres a dejar sus trabajos.

Pensé en mi padre y en Teresa.

—La única manera de que las cosas cambien para los pobres en este país es con una revolución —dije—. No pienso que nadie vuelva a creer en las reformas después de esto.

Xavier, Margarida y yo pasamos el resto de la velada discutiendo si la revolución era el único recurso que les quedaba a los campesinos y a los obreros. Mientras hablábamos de los pormenores de los diversos sistemas políticos para ayudar a más oprimidos, no nos dimos cuenta de que fuerzas mucho más peligrosas acechaban en el horizonte. Cuando Xavier y yo nos acostamos en nuestra cama de madrugada y nos abrazamos antes de quedarnos dormidos, no teníamos ni idea de la rapidez y la brutalidad con las que estaban a punto de cambiar las cosas. No teníamos ni idea de que la dulce vida que compartíamos estaba a punto de cambiar.

Paloma

Como había estado intrigada por las historias de *mamie* y por cómo había ido lo mío con Jaime, no había dedicado mucho tiempo en los últimos días a pensar en lo que *madame* Genet me había dicho sobre hacer el examen por segunda vez. Pero cuando llegué a la escuela de *ballet* el lunes por la mañana para mi clase con *mademoiselle* Louvet, se apoderó de mí una sensación de derrota. ¿Qué sentido tenía entrenar hasta que el cuerpo gritara de dolor y los pies me sangraran si todo iba a ser para nada?

—¿Qué te pasa hoy, Paloma? —me preguntó *mademoiselle* Louvet cuando terminé los ejercicios de barra—. No te estiras todo lo que puedes ni rematas los movimientos. ¿Por qué te contienes? La semana pasada me lo dabas todo.

Agaché la cabeza. Era una perfeccionista. No necesitaba escuchar eso. Pero sabía que *mademoiselle* Louvet tenía razón. Si no podía poner el corazón en lo que estaba haciendo, aquello no tenía sentido.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunté.

Mademoiselle Louvet me miró con preocupación.

—Siempre puedes hablar conmigo, Paloma. —Hizo una seña con la cabeza al acompañante, *monsieur* Clary, que aprovechó para ir a buscar un café.

—La semana pasada, después de la clase, me encontré con *madame* Genet a la puerta de la oficina de administración —le conté—. Me dijo que no tengo ninguna posibilidad de ingresar en el *corps de ballet*. Me dijo que los prejuicios de *mademoiselle* Marineau contra mí harán inútiles todos mis esfuerzos.

La hermosa cara de *mademoiselle* Louvet se contrajo al fruncir el ceño.

—Está totalmente fuera de lugar que *madame* Genet diga eso. Si la directora de la escuela ha decidido que eres apta para hacer el examen, eso no es de la incumbencia de *madame* Genet. *Mademoiselle* Marineau dijo que no creía que pudieras asumir la carga de una bailarina profesional, pero hiciste aquel examen sometida a la tensión de haber perdido a tu madre menos de un año antes. Las cosas te irán mucho mejor la próxima vez.

Me hubiera gustado creer lo que me decía. *Madame* Genet tenía razón cuando dijo que había actuado excepcionalmente bien en el examen, a pesar de todo lo que había sucedido.

—*Madame* Genet dijo que no tenía ninguna posibilidad por motivos personales —le dije—. Que la razón por la que *mademoiselle* Marineau me odia tiene algo que ver con mi padre.

—¿Con tu padre? —Pareció pensativa—. Bueno, tu padre era el pianista de la orquesta cuando tu madre bailaba Giselle y se quedó embarazada de él. *Mademoiselle* Marineau interpretaba el papel de Myrtha, la reina de las Wilis. ¿Es posible que

tuvieran alguna pelea en relación con la música?

Giselle solía interpretarse como una guerra de sexos. Las Wilis eran los espíritus de mujeres jóvenes que habían muerto antes del día de su boda y buscaban venganza contra víctimas masculinas haciéndoles bailar hasta que sus corazones se paraban. La respuesta se le ocurrió a *mademoiselle* Louvet al mismo tiempo que a mí.

—Mi padre tenía una relación con *mademoiselle* Marineau, ¿no? ¡Y la rompió para casarse con mi madre!

Negó con la cabeza.

—Me resulta demasiado difícil creerlo. *Mademoiselle* Marineau estuvo enamorada del coreógrafo Christophe Valois todos los años que yo la traté. Aunque nunca llegaron a casarse, creo que es el único hombre del que ha estado enamorada en su vida. Hay quien iría más allá: parecía obsesionada.

«Yo no soy quién. Tendrás que preguntarle a tu padre», había dicho *madame* Genet. Aunque a *mademoiselle* Louvet le resultara difícil creerlo, estaba convencida de que mi padre estaba jugando con dos barajas incluso entonces. Nunca lo habría creído capaz de hacer una cosa así de no haberse casado con Audrey tan pronto después de la muerte de mi madre. Tenía que estar de vuelta en París el miércoles, pero ahora sí que había decidido no ir a verlo. ¡Sus aventuras amorosas me habían arruinado la vida!

Seguí como buenamente pude con la clase. Después, *mademoiselle* Louvet y yo volvimos a su oficina. Me dio su grabación del *Intermezzo* de Brahms que había puesto para mí después de la última clase.

—Escúchalo y sentirás el amor de tu madre —me dijo. Cuando me levanté para marcharme, me sujetó las manos—. Prométeme, Paloma, que apartarás de tu mente todo pensamiento de que puedes suspender este examen. Quiero que lo des todo. El *ballet* es como una aventura amorosa: debes entregarte a ella plenamente, porque de lo contrario no recibirás nada a cambio. Debes tener fe, aunque te corte como a la Sirenita bailando sobre cuchillos.

Procuré seguir el consejo de *mademoiselle* Louvet cuando practiqué en el estudio al día siguiente. Me exigí hasta el límite, pero no pude librarme del nudo que tenía en el pecho. ¿De verdad mi padre había arruinado mis sueños para siempre?

Solo cuando vi a Jaime esperando a la puerta de la biblioteca del conservatorio esa misma mañana, se me levantó el ánimo. Cuando me sonreía, su cara entera cobraba vida. Me besó y me cogió de la mano.

—He reservado dos películas de la Rusa para que las veamos —dijo—. Una es un fragmento de su baile en el Samovar Club cuando era joven; la otra es un número que hizo para una película de flamenco poco antes de la Guerra Civil.

Esperé con ansiedad mientras el proyector se ponía en marcha. La película se movió hasta que Jaime la fijó. Me llevé la mano a la boca cuando la Rusa apareció en

la pantalla, viva y animada. Era extraño mirarla: cautivador e incómodo al mismo tiempo. Los momentos en que encaraba directamente a la cámara con su mirada hipnótica me producían escalofríos. Pude ver en ella a la bailarina que *mamie* había descrito: salvaje, violenta y contundente en sus movimientos. Tenía un cuerpo ágil, pero su técnica era clara y precisa.

Cuando terminó de bailar, sonrió a alguien. Aquello me intrigó. En todas las imágenes de la Rusa que tenía en la cabeza, nunca me la había imaginado feliz. Miré hacia una esquina de la pantalla y alcancé a ver a un hombre joven sentado ante un magnífico piano. ¡El *avi*! Ver a mi abuelo, joven y sonriente, me dio ganas de llorar. En aquel momento, no tenía ni idea de lo que le depararía el destino.

Jaime me cogió la mano y me dejó unos instantes para que recobrarla la calma antes de pasar la segunda película.

—¿Estás bien? —preguntó—. Esto debe de ser duro para ti.

Apoyé la cabeza en su hombro. Era bonito tener un novio. Jaime era tan bueno. Me pregunté por qué había tenido que conocerlo ahora, cuando mi vida estaba sumida en la confusión y debía lidiar con haber recibido la visita de un fantasma.

En la segunda película no había diálogos; la historia se contaba a través del cante y el baile.

—Toda esa gente que aparece en ella es la familia gitana de la Rusa —dijo Jaime—. Al parecer, fuese donde fuese, ellos también iban.

No había pensado que la Rusa tuviera una familia. En la segunda película parecía diferente: era mayor y más guapa. Emanaba una nobleza que me hizo pensar en una princesa de la India. Su técnica también había cambiado. Seguía siendo explosiva en sus movimientos y poderosa, pero la intensidad de sus pasos había desaparecido. Se había suavizado.

Me incliné hacia delante y examiné su cara. Esa expresión más suave y los ojos brillando de alegría. ¿Tenía ese aspecto porque estaba enamorada?

Jaime y yo fuimos a un café cercano para hablar.

—Es una época tan extraña para mí —le confié—. Me he dado cuenta de que hay tantas cosas que no sé de mi propia familia. Mi abuelo, por ejemplo: era un músico de éxito que viajaba por el mundo. Conchita, de quien siempre había pensado que era una amiga de la familia, es la viuda de mi tío abuelo. Acabo de descubrir que Feliu, un hombre que viene de visita cada pocos años, es mi tío segundo. Y luego está *mamie*. Ni por un segundo se me había pasado por la cabeza que pudiera haber estado casada con otro antes que con mi abuelo. Y creo que todavía no me ha contado ni la mitad.

—No me hago una idea de cómo tiene que ser eso —dijo Jaime—. Nadie de mi familia podría guardar un secreto ni aunque lo intentara. He oído sus historias tantas veces que no tienen más que pronunciar la primera palabra de una de ellas para que

yo me ponga a contarlas en su lugar. Tu abuela debe de tener sus razones para no haberte contado esas cosas hasta ahora.

—Eso es lo que me da miedo —respondí—. Tengo la impresión de que ni siquiera después de muerto Franco se siente «a salvo» para hablar de España.

—Puedo entenderlo. Me he criado en la España de Franco. Mi padre es un cirujano respetado, pero debido a las actividades de mi tío siempre estábamos bajo vigilancia. Era como vivir en arresto domiciliario. La vida era un infierno para quienes habían tomado partido por la República durante la Guerra Civil. Un vecino nuestro había sido un célebre arquitecto, pero no podía conseguir un empleo bajo el régimen de Franco y a duras penas se ganaba la vida vendiendo cajas de marquetería a los turistas.

Jaime tenía una clase por la tarde y debía regresar al conservatorio. Pagó los cafés, se puso de pie y me besó.

—No estás sola con este misterio, Paloma. Yo te ayudaré.

Tenía unas horas libres antes de la clase de flamenco con Carmen de esa noche, así que volví a la biblioteca Sainte-Geneviève y eché un vistazo a algunos periódicos antiguos. Quería averiguar cosas sobre la muerte de la Rusa. Habían encontrado su cuerpo en las vías del tren a las afueras de París, en una zona que entonces era de matorral y ahora un barrio en crecimiento. No estaba claro si se había suicidado. Cuando la policía acudió a su apartamento en busca de una nota de suicidio, descubrió que había sido desalojado.

Estaba perdida. Decidí acudir a la prefectura de policía y fingir que estaba investigando para escribir un libro sobre la vida de la Rusa.

—Lo siento, *mademoiselle* —dijo el sargento de la policía—, pero no tenemos esos datos. Las investigaciones sobre suicidios pueden destruirse cuando han pasado veinte años.

Me resultaba difícil creer que se hubieran destruido los documentos de la investigación sobre la muerte de un personaje famoso, sobre todo cuando había habido controversia en torno a su muerte. Pero como no estaba siendo sincera en lo de escribir un libro, no era el momento de ponerme a discutir con aquel policía. Estaba dándome la vuelta para salir cuando reparé en otro policía, de más edad, que estaba de pie cerca de un archivador y lanzaba miradas furtivas en mi dirección. Tuve la certeza de que estaba escuchando nuestra conversación.

Me dirigí de nuevo al sargento que estaba sentado ante el escritorio.

—Ha dicho que los datos pueden destruirse. ¿Por qué unos se conservan y otros no?

—Por varias razones, pero, en el caso del que me habla, probablemente porque se descartó que hubiera habido un acto delictivo.

Tomé el tren hasta la estación más cercana al lugar donde habían encontrado el

cadáver de la Rusa. Aquella estación no existía en 1952. Según los periódicos, la Rusa había ido en taxi hasta el pueblo y después había continuado a pie hasta aquel lugar aislado junto a las vías. Nadie recordaba haberla visto.

Llegué a la estación a última hora de la tarde. El barrio estaba formado por edificios de viviendas de gran altura, una lavandería automática y unas pocas tiendas. Los edificios parecían abandonados, aunque no podían tener más de cinco años de antigüedad. Había algunos coches aparcados junto a la estación. Uno de ellos me llamó la atención: un BMW Longue marrón. Reparé en él porque *mademoiselle* Louvet tenía uno igual en blanco. Aunque el coche era un modelo más antiguo, estaba flamante y destacaba entre los Renault y los Citroën abollados. Había alguien sentado en el asiento del conductor, pero no pude verle con claridad la cara porque los cristales de las ventanas eran tintados.

Seguí una cerca de hormigón de poca altura hasta que entre las vías y yo no hubo nada más que césped sin cuidar y maleza. Me asaltó de pronto una sensación de desolación. ¿Por qué la Rusa, la más grande bailaora de flamenco de todos los tiempos, había ido hasta ese lugar para poner fin a su vida?

Cuando llegué a la clase de flamenco, Carmen me dijo que se sentía inspirada para enseñarme la *farruca*.

—No es un baile que se suela enseñar a principiantes —dijo—. Pero siento que hay algo que estás reprimiendo. Quizás este baile lo haga salir.

Miré a Jaime, pero él movió la cabeza para hacerme saber que no le había dicho ni una palabra a su tía acerca de la Rusa. «No es un secreto que yo vaya a contar», me había prometido.

Mientras seguía el ejemplo de Carmen, vi que la *farruca* era todo lo que la Rusa había expresado en la primera película que Jaime y yo habíamos visto esa tarde. Los movimientos de pies eran agresivos y la música pasaba dramáticamente de un estado de ánimo a otro.

—¡Ah! ¡Estás encendida! —dijo Carmen, mirándome con admiración.

De hecho, bailar la *farruca* me hacía sentir majestuosa, poderosa. Aquel estado contrastaba con el derrotismo que había experimentado la víspera. Ojalá pudiera hacer que estos sentimientos durasen. Pero sabía que en cuanto me fuera a casa la fuerza se debilitaría y regresaría a mi habitual estado de ansiedad.

—Siento no poder quedarme a cenar esta noche —le dije a Carmen después de la clase—. He prometido ayudar a mi abuela con algunas cosas.

Me debatía entre el deseo de quedarme más tiempo con Jaime y su familia, y las ganas de seguir escuchando el relato de *mamie*. Tenía miedo de que si había una pausa demasiado larga entre sus recuerdos, cambiaría de opinión y no me contaría nada más.

—Eres bienvenida en nuestra casa en cualquier momento —dijo Carmen,

besándome en las mejillas—. Y tu abuela también es bienvenida. —Con una sonrisa pícaro, agregó—: ¡Quién sabe si ahora cambiaría de opinión sobre el flamenco!

¿Qué quería decir?

Carmen se rio.

—Jaime me ha contado lo vuestro —explicó—. Me alegro. Eres una chica bien educada. He ordenado a mi sobrino que te trate con respeto.

Noté que me ruborizaba y miré a Jaime, que sonrió y se encogió de hombros.

—Ya lo hace —le dije—. Es muy bueno conmigo.

Mientras me acompañaba hasta el coche, puse a Jaime al corriente de mi visita a la comisaría de policía y al lugar donde la Rusa se había suicidado.

—Era un lugar tan triste y solitario. Si fue la Rusa quien traicionó a Xavier, quizá se arrepintió profundamente. Espero enterarme de más cosas esta noche.

Jaime y yo nos besamos y subí al coche. Cuando me disponía a poner en marcha el motor, dio un golpecito en la ventanilla. Bajé el cristal y volvimos a besarnos.

—En el futuro —dijo, serio por un momento—, si quieres hacer labores de detective, llévame contigo. Ahora tienes un hombre. Estoy aquí para protegerte.

Le saludé con la mano mientras me separaba del bordillo. «Ahora tienes un hombre. Estoy aquí para protegerte». Era algo tan de varón español decir eso, pensé con una sonrisa. Pero también me gustaba.

Para mi consternación, cuando llegué a casa después de conducir como una loca y de subir brincando la escalera hasta el apartamento, *mamie* ya estaba en la cama. Tuve que esperar hasta la noche del día siguiente, después de fregar los platos y de sentarnos ante una tetera en la sala de estar después de cenar, para que *mamie* comenzara a contarme lo que le ocurrió a su hermano.

—Cuando me di cuenta de que Xavier y la Rusa estaban enamorados, me vi en un dilema. —Negó con la cabeza y se miró las manos—. Sé que estaba mal a los ojos de la Iglesia, pero ¿cómo podía negarle a mi hermano aquella felicidad? Cuidaba bien de Conchita y se ocupaba de todas sus necesidades, estaba consagrado a Feliu y era un hijo consciente de sus deberes para con nuestros padres. Pero cuando estaba con la Rusa... era como si el verdadero Xavier hubiera surgido, había encontrado la pieza que le faltaba. Mudaba la piel que lo asfixiaba y cobraba vida.

—¿Me estás diciendo que la Rusa lo liberaba? —le pregunté—. ¿Al principio?

Pensé en aquella libertad que había experimentado mientras viajaba en la parte trasera de la Vespa de Jaime. Aquella sensación de romper las restricciones y las reglas. Me pregunté si era así como Xavier se sentía cuando estaba con la Rusa. Me sentí cerca de él.

Mamie se levantó y fue hasta la ventana. Miró fijamente la calle.

—Yo también estuve prendada de esa mujer —dijo—. ¡La Rusa tenía ese carisma y esa presencia brillantes! Aunque era una persona apasionada, tenía una capacidad

sobrehumana para contenerse. ¿Cómo iba a reconocer la oscuridad que había dentro de ella?

—¿Llegó a enterarse Conchita?

Mamie negó con la cabeza.

—Al principio no, pero al final lo supo. Xavier estaba perdidamente enamorado y no habría sido tan discreto de no haber sido por la Rusa. Ella tenía cuidado de que el menor número posible de personas supiera lo suyo. Siempre procuraba proteger a Xavier. Eso hacía que me cayera aún mejor.

—Aun así, ¿Conchita se enteró?

Mamie asintió y volvió a sentarse en el sofá.

—A una mujer no le hace falta mucho para sospechar esas cosas: una pequeña habladoría, una sonrisa enigmática en los labios de su marido, horquillas en los bolsillos. Hubo algunas peleas terribles. Recuerdo a Conchita gritándole a Xavier en una ocasión: «Así que esa puta bailaora te tiene comiendo de sus duras manitas, ¿no es sí? Ella es sofisticada y excitante para ti, mientras que yo solo soy un zapato viejo. ¡Pero estás pegado a mí, te guste o no! ¡Si intentas dejarme, mi padre hará que te maten!». Con sus ataques de furia y sus amenazas de suicidio conseguía que Xavier procurase ser más discreto, pero Conchita siempre se enteraba y odiaba a la Rusa con pasión. Aunque era normal que los hombres españoles de la posición de Xavier tuvieran amantes, y muchos hombres trataban a sus esposas de manera más cruel que Xavier a Conchita, a ella la consumían los celos. Estaba convencida de que la Rusa había recurrido a la magia negra para cautivar a su marido. «Es gitana, al fin y al cabo», me dijo un día Conchita. No era capaz de entender cuál había sido su responsabilidad a la hora de crear un matrimonio frío y asexual. Culpaba de todo a la Rusa.

Pareció que *mamie* iba a decir algo más, pero en vez de hacerlo se frotó con furia la alianza.

—Xavier era diez años mayor que yo y parecía feliz por primera vez en mucho tiempo. Tenía que confiar en él para que administrara su vida. Además, los cambios en España eran tan grandes que solía pensar que nuestra vida estaba a punto de quedar patas arriba.

A pesar de los problemas que aquejaban al Gobierno de la República, había muchos catalanes que consideraban los primeros años del régimen republicano como una suerte de Edad de Oro en la que florecieron la cultura y el arte. Hasta el pare, aunque no era feliz por tener que pagar salarios más altos y habérselas con la agitación laboral, estaba contento con que los catalanes hubieran conseguido más autonomía para ellos y ahora tuvieran autoridad sobre la policía y la administración pública locales, el gobierno local y la educación. El catalán era una vez más oficial. Y había proyectos de construcción de nuevos hospitales y de viviendas, así como de zonas

recreativas para los trabajadores.

—Madrid ha frenado durante demasiado tiempo el avance de Barcelona —dijo.

Aunque era de ideas conservadoras, no le prohibió a Margarida presentarse como candidata en las elecciones parlamentarias de febrero de 1936, aunque sí que le hizo una advertencia:

—Será la puntilla para toda esperanza que pudieras albergar de casarte. Un hombre nunca tomará por esposa a una mujer involucrada en la vida pública.

Como Margarida no había sido nunca de las que se casan, creo que aquella predicción le venía bien. Prefería librar sus batallas fuera de casa, donde los candidatos de la derecha a los que se enfrentaba intentaban despacharla diciendo que era «una lesbiana y una puta». A pesar de que Margarida nunca había promovido la violencia como medio para alcanzar un fin, sus oponentes intentaron poner en su contra a los votantes de la clase media afirmando que era anarquista. Incluso a algunos miembros del partido de Margarida les molestaba su desdén por la tradición. Mientras ellos estaban inmersos en luchas por la jerarquía y en tantos detalles burocráticos que sus reformas se volvían inútiles, Margarida eludía la política partidista y dedicaba toda su energía a mejorar la vida de los hombres y las mujeres en la calle.

—¡Margarida ha obtenido el doble de votos que el oponente más cercano! —gritó Xavier el día que estábamos todos sentados en torno a la radio esperando a que leyeran los resultados de las elecciones.

La izquierda volvió de nuevo al poder. Los anarquistas, que habían visto el daño que el absentismo había hecho en las elecciones anteriores, habían instado a los trabajadores a votar. Margarida fue una del puñado de «mujeres nuevas» que consiguieron escaño en las Cortes. Me alegré por ella, aunque eso significaba que ahora pasaría tiempo en Madrid y yo la echaría de menos.

—¡Bueno, se propuso ganar y lo ha conseguido! —exclamó con orgullo el *pare*—. Aunque habría preferido que se afiliara a un partido catalán en vez de a los socialistas.

—¡Lo que tienes que hacer es alegrarte por ella! —le dijo Xavier.

Mi padre sonrió abiertamente. Lo miré. Acababa de cumplir sesenta años. ¿Se estaba suavizando con la edad? Con todo, no podía imaginar que se hubiera alegrado tanto si hubiera sido yo la que me presentara como candidata al Parlamento.

No todo el mundo estaba feliz con el nuevo prestigio de Margarida. La persona que más furiosa se puso fue el padre de Conchita, don Carles, cuyas simpatías fascistas lo habían llevado a ser un miembro destacado de la Falange, junto con el ganadero y gánster Ignacio Salazar.

—¡Se supone que son ustedes buenos católicos! —le gritó a mi padre—. ¡Y están mandado este país al infierno!

Don Carles cortó toda relación con nuestra familia, incluida su hija.

—Mira los problemas que ha causado tu hermana —se me quejó Conchita—.

¡Por suerte, mi padre ha satisfecho ya mi dote!

Aquella época de cambio radical acentuaba la personalidad de cada uno de nosotros: el apasionado se volvió más apasionado; el materialista, aún más interesado; el tímido, más temeroso; y el traidor..., más peligroso.

Pero en 1936 era demasiado feliz para preocuparme mucho por la política o los distanciamientos familiares. Por fin estaba embarazada. Y el bebé era de Gaspar.

Hacía tres años que no lo veía, desde aquel día en que fue a visitar a la Rusa cuando me estaba dando una clase de flamenco. Mis sentimientos por él eran tan intensos que no había podido mirarlo. Entonces supe que nunca amaría a nadie como a Gaspar. Pero nuestra situación era desesperada y lo evité para no causarle más dolor del que ya le había provocado. Aunque su trabajo lo llevaba a Barcelona de vez en cuando, tenía la impresión de que él también se mantenía todo lo lejos que le era posible. Pero entonces el destino volvió a unirnos, en enero de 1936.

Una parte importante del renacimiento catalán era llevar la música y el arte a los trabajadores de la ciudad. Un día, mientras Francesc estaba en Madrid, asistí con Margarida a un concierto que Xavier había organizado en una sala comunitaria en el Barri Xinès. Tocaba Pau Casals junto con otros músicos. No le habíamos dicho a Xavier que asistiríamos. De haberlo hecho, estoy segura de que nos habría advertido de que Gaspar estaba en el programa.

Cuando el maestro de ceremonias anunció el nombre de Gaspar Olivero y vi a aquel hombre, mi corazón deseó subirse al escenario, literalmente dejé de respirar.

—¿Quieres que nos vayamos? —me dijo al oído Margarida.

Negué con la cabeza.

—No, de verdad, no pasa nada —la tranquilicé.

Pero sí pasaba. Además de otras obras de compositores españoles, Gaspar interpretó *La maja y el ruiseñor*, de Granados, la pieza que había tocado en la cena de la familia Cerdà el día que lo conocí. Cada momento de aquella velada volvió a mi recuerdo con todos sus detalles. Recordé la expresión intensa en su cara y la manera en que el piano parecía una continuación de sus manos. Recordé cómo me había tranquilizado después de que me dejara llevar por el pánico y huyera al comedor.

Gaspar acabó de tocar y el público se levantó para aplaudirle. Él hizo una reverencia. Se enderezó y durante una fracción de segundo nuestras miradas se encontraron. La sensación de algo inacabado, algo anhelado pero nunca hecho realidad, me atravesó el corazón.

—Vámonos —le dije a Margarida.

Nos pusimos de pie para salir, pero antes de que pudiéramos llegar a la puerta, fuimos asediadas por gente que había reconocido a Margarida como una de las nuevas candidatas socialistas a las Cortes.

—¡Bien por ti! ¡Ya era hora de plantar cara a los terratenientes! —le dijo un

hombre que llevaba un abrigo con coderas.

—Pide mejores condiciones de trabajo para las mujeres —rogó una madre que agarraba con fuerza a un niño pequeño.

Aunque la mayoría de la gente que se había congregado en torno a Margarida la apoyaba, un hombre con ropas de trabajo cruzó los brazos en el pecho y le dijo:

—¡Nunca has pertenecido a un sindicato, nunca has trabajado en una fábrica y piensas que puedes representarnos!

Ante aquellas palabras, yo me hubiera venido abajo. Pero Margarida estaba hecha para la política.

—Eso es verdad —admitió—. Pero sé leer y puedo interpretar los documentos legales que vuestros patronos os lanzan. Por eso puedo defender vuestros derechos.

Un joven, vestido con el uniforme de cobrador de tranvía, la miró con admiración. Aunque mi hermana era un palmo más alta que él, eso no pareció importarle.

—Eres muy guapa para ser política —dijo—. ¿Por qué no te has casado? —añadió con una sonrisa insinuante.

Se me ocurrió que si Margarida hubiera estado dispuesta al matrimonio, no habría dudado en casarse con alguien de la clase obrera. Era lo bastante valiente para desobedecer las normas de la sociedad. Yo no lo era. Por eso había perdido a Gaspar.

A pesar de nuestros intentos de llegar a la puerta, más gente se congregó alrededor de Margarida para sugerirle reformas o para pedirle que resolviera una cuestión personal. Ella no se ponía nerviosa. Miraba a todos a los ojos y les decía lo que sinceramente pensaba.

Recordé una historia que la Rusa me había contado y que ilustraba a la perfección cómo era mi hermana. Ella nos dijo que nos había conocido, a mi hermana y a mí, cuando Margarida era una niña y yo un bebé que iba en cochecito. Nuestra niñera nos había llevado al mercado de flores donde la Rusa ayudaba a una amiga de su padre en el puesto. Margarida había cogido de la mano a la golfilla de la Rusa sin dudarle ni un momento. Típico de Margarida.

Era diferente de todo el mundo, pero podía llevarse bien con cualquiera. Hasta había conseguido meterse a mi estricto padre en el bolsillo. Las excepciones, por supuesto, eran Conchita y don Carles: estaba claro que no se podían ver.

—¡Evelina!

El sonido de la voz de Gaspar me sacó de mis pensamientos. Cuando lo vi de pie delante de mí, me di cuenta de que el tiempo y la distancia no habían cambiado la intensidad de mis sentimientos. Cuanto más tiempo estábamos separados, más fuertes se hacían. Ahí estaba lo que había esperado y lo que había dejado escapar entre los dedos por mi cobardía.

—Ven a verme esta noche —le susurré—. Francesc y sus padres están en Madrid.

Mi voz sonó extraña incluso para mí, pero en ese momento estaba decidida a no dejarme frustrar nunca más.

Una expresión seria se asomó a la cara de Gaspar. ¿No me habría oído bien? ¿No le parecía bien? Lo miré fijamente, tratando de comprender por qué vacilaba. Sin embargo, antes de que pudiéramos decir algo más, la multitud que rodeaba a Margarida se hizo aún mayor y nos perdimos de vista.

Aquella noche, durante la cena, jugueteé con el arroz y el tomate en el plato hasta que tuve que admitir que no tenía apetito. Penélope ya se había casado. Estaba sola en casa. Me senté junto a la chimenea, con el corazón transido de dolor. Gaspar no había enviado un mensaje. Eran las diez. No iba a venir. Le seguía queriendo tanto que había dado por supuesto que sus sentimientos serían iguales. Entonces tuve un terrible pensamiento: ¿y si Gaspar se había casado desde que lo vi por última vez y nadie me lo había dicho?

Mandé a los criados a la cama temprano para poder estar sola en mi sufrimiento. Pero en cuanto volví a mi butaca en el salón, se oyeron unos golpecitos suaves en la puerta principal. Fui corriendo a abrir y encontré a Gaspar ante mí. Una sensación de radiante felicidad me envolvió. Todas las dudas se disiparon.

Le hice entrar y nos miramos a los ojos durante un buen rato sin decir nada.

—Siento no haber podido venir antes. Tenía otro concierto esta noche. ¡No estaba seguro de que pudiera escaparme!

Negué con la cabeza. Así que había sido eso. No importaba. Nada importaba ahora que estaba allí. Lo invité a pasar al salón y nos sentamos en las butacas junto a la chimenea.

—He mandado al servicio a la cama —le dije—. Pero puedo preparar un té.

Gaspar me dirigió una larga y tierna mirada. Se levantó y trató de decir algo, pero por una vez no supo qué decir. En vez de hablar, me atrajo hacia él y apretó mi mejilla contra su pecho.

No podía creer que Gaspar estuviera estrechándome entre sus brazos, que todo lo que estaba pasando en aquel momento fuera real. Llevaba casada siete años, pero no tenía ninguna experiencia sexual. Aun así, todo parecía natural. Estaba tranquila y feliz cuando llevé a Gaspar al dormitorio y unimos con fuerza nuestros cuerpos. La pasión que se me había negado me quemaba la piel. Incluso cuando nos hicimos mayores y la vida se hizo sentir, nunca perdí la llama en el corazón que se prendió esa noche por Gaspar.

Cuando despuntó el alba a la mañana siguiente, Gaspar y yo estábamos acostados entre el revoltijo de las sábanas y nos mirábamos a los ojos.

—Te quiero —susurró—. Pero no podremos continuar así, no después de que Francesc vuelva.

En su voz oí una mezcla de alegría y tristeza, que casaba a la perfección con mis sentimientos.

Durante la semana que siguió, Gaspar y yo no pensamos en el regreso de

Francesc ni en estar separados de nuevo. Acudía disfrazada a su apartamento, diciendo a los criados de mi casa que me quedaría a dormir con mis padres. Allí hacíamos el amor hasta que la piel se nos ponía en carne viva por los besos y nuestros cuerpos se llenaban de moretones por los apasionados abrazos. Fueron los siete días más maravillosos y emocionantes de mi vida.

El día previsto para el regreso de Francesc y de sus padres, el día que Gaspar y yo nos íbamos a separar, no me sentí tan deshecha como esperaba. Por la actitud tranquila de Gaspar, daba la impresión de que él sentía lo mismo. Haber tenido una semana entera para nosotros era más de lo que esperábamos. Siempre desearía más, pero sentía una enorme gratitud por lo que se me había dado.

Pero, al final, Gaspar me había dejado algo más que aquellos recuerdos.

—¿Estás segura de que vas a tener un hijo? —me preguntó Francesc.

Asentí.

Francesc guardó silencio, extendió los dedos en el escritorio delante de él y los contempló durante un rato. Si hubiera sido un hombre típico, se habría producido una escena terrible por mi «infidelidad», habría habido gritos, lágrimas y recriminaciones. Pero solo podía imaginar en qué estaba pensando.

Aunque no había podido cumplir nunca con su deber hacia mí como esposo de manera física y llevábamos ya algunos años durmiendo en habitaciones distintas, nunca habíamos hablado de esas cosas. Ambos habíamos conspirado en secreto. Ahora, incluso indirectamente, tuvimos que reconocernos la verdad el uno al otro. Comprendí que la Rusa estaba en lo cierto cuando dijo que el quedarme embarazada de Gaspar liberaría a Francesc de la sospecha de que algo no iba bien en nuestro matrimonio. Ahora Francesc y yo compartiríamos otro secreto: aparentar que el hijo era suyo.

—¿Habéis sido discretos? —preguntó.

—Sí —le dije, incapaz de mirarle a los ojos.

—Alguien de buena cuna, espero. Alguien que no hablará.

Asentí. Por alguna razón, no podía sacar fuerzas para decirle a Francesc que el padre de mi hijo era su primo.

Me sorprendió cuando dijo:

—¿Es de Gaspar?

Asentí, notando que la cara se me ponía colorada.

—Muy bien —dijo poniéndose de pie—. Cuando te sientas preparada, se lo anunciaremos a mis padres.

Me sentí aliviada. Así que Francesc reconocería al niño como suyo.

Me dio un beso en la mejilla. Fue la penúltima conversación íntima que él y yo íbamos a tener.

Después de anunciar mi embarazo, Francesc me trató con cortesía, pero me mantuvo a una distancia aún mayor que antes. Al principio me pregunté si estaba dolido por haberle sido infiel con Gaspar. Pero después me di cuenta, por la manera en que miraba cada vez que veía crecer mi barriga, que mi cuerpo le daba aún más asco que cuando era virgen. Aunque me dolía parecerle tan repugnante, lo soportaba con elegancia. Mi mayor deseo me había sido concedido. Era consciente de ello cada vez que el niño daba una patadita dentro de mí.

Fue en el séptimo mes de embarazo cuando estalló la Guerra Civil. Estaba visitando a mamá y Conchita cuando nos enteramos de la noticia.

Mientras mamá y Conchita bordaban la ropita para el nuevo bebé, Feliu y yo leíamos un libro. A sus ocho años, era una versión en miniatura de Xavier. Cuando Xavier estaba con él, Feliu sabía que tenía toda la atención de su padre. Ambos tenían un brillo especial en la cara cuando pasaban tiempo juntos.

Cuando terminamos la lectura, me miró seriamente con aquellos enormes ojos.

—Cuando nazca el bebé, ¿seguirás queriéndome? —preguntó.

—¡Siempre te querré! —le tranquilicé—. Eres mi Feliu especial.

La pregunta me emocionó, pero también me entristeció. Miré a Conchita. No era una mala persona. Su compañía me agradaba y podía ser generosa, pero ¿por qué era tan fría con su hijo? ¿No podía ver cuánto necesitaba el niño su amor? Conchita dedicaba la vida entera a cuidarse, a arreglarse el pelo delante del tocador, a escoger bonitos vestidos. Pero ¿quién disfrutaba de los espectaculares resultados? Se había distanciado de su marido con su vanidad y su egoísmo. Y ni siquiera era capaz de dar afecto a su propio hijo.

Sonó el teléfono y oí que la doncella llamaba a Margarida, que había vuelto de Madrid por un tiempo. Después de unos minutos de silencio, la oí gritar:

—¡Pero esto es grave! ¡Hay que armar a los trabajadores! Lo primero que hará el ejército será tomar los edificios de teléfonos y las emisoras de radio. ¡Hay que impedirselo!

Mamá y yo intercambiamos miradas. Sentí la tentación de correr al estudio para ver qué había pasado, pero en ese momento Xavier llegó a casa.

—¡Pare! —dijo, entrando deprisa en el salón—. ¿Está en casa? —nos preguntó.

Por la palidez de su cara, pude ver que algo iba mal.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Está pasando algo —dijo—. Ha habido un alzamiento del ejército en Marruecos y parece que se está propagando a guarniciones de toda España. Esta mañana, aquí en Barcelona, han detenido a miembros del Gobierno y a otras personalidades.

—¿Una rebelión del ejército contra la República? —pregunté.

Mamá levantó la vista de la costura y suspiró.

—Ya hemos pasado por todo esto antes —dijo—. Supongo que nos prohibirán de nuevo hablar en catalán en público.

Margarida terminó su conversación telefónica y se unió a nosotros, junto con el *pare*.

—¡No, mamá! —dijo—. Esto no es una rebelión como la encabezada por Primo de Rivera, que hasta cierto punto era un hombre razonable. El general que está en el centro de esto es Francisco Franco.

Recordé aquel nombre y sentí escalofríos. En 1934 había habido un levantamiento de los mineros en Asturias. Franco fue el encargado de sofocarlo. Sus métodos fueron tan brutales e implacables que, cuando la izquierda volvió al poder en 1936, Franco perdió su cargo en el Ministerio de la Guerra y lo destinaron a las islas Canarias. Esperaban que allí no causara más problemas.

—Si el ejército no es leal a la República, ¿cómo vamos a parar a los rebeldes? —preguntó el *pare*.

Margarida se sentó al lado de mamá.

—La República tiene que armar a los sindicatos y a los trabajadores. Son los únicos que lucharán por ella —dijo.

Mamá enarcó las cejas.

—Pero, si les entregas las armas, los anarquistas aprovecharán la oportunidad para convertir ese caos en una revolución.

—Eso es cierto —dijo Margarida—. Pero quizás una revolución en España sea preferible a un país aplastado por un ejército brutal. Los rebeldes dicen que están salvando a España de los «rojos» y de las fuerzas anticristianas, pero lo que de verdad quieren es el poder. No creo que su objetivo sea mejorar el nivel de vida del pueblo español.

Nos quedamos en silencio. Las palabras de Margarida sonaron extrañamente proféticas. Miré a mi familia. La sombra amenazadora de la fatalidad que había percibido a lo largo de los años me envolvió. Pero esta vez era mucho más fuerte.

Mamie me miró con pesar en los ojos. Siguió tocándose el hombro como si le doliera, un gesto que no le había visto hacer antes. Estaba agotada. Aunque eso significaba que me quedaría en ascuas otra vez, sugerí que reanudásemos la narración al día siguiente.

Me había dicho muchas cosas que debía asimilar poco a poco. Sobre todo aquello de que mi madre había sido criada como hija de Francesc Cerdà, no del *avi*. Ardía en deseos de averiguar cómo había acabado todo aquello.

Evelina

Queridísima Margarida:

Le he contado a Paloma todo lo que necesita saber sobre el destino de nuestro querido hermano y de la familia Montella. Pero según voy contando la historia, me doy cuenta de que debo detenerme. A Paloma a veces se le escapa lo obvio, pero en otras ocasiones es muy aguda. No quiero revelarle lo único que no necesita saber. Si se enterase, destruiría su paz de espíritu para siempre...

Paloma

Cuando llegué al cine en el que había quedado con Jaime para ver *Le Sauvage*, recibí más de lo que esperaba. Jaime estaba en el vestíbulo, muy guapo con su camisa de cuello de mariposa y sus zapatos de plataforma, pero no estaba solo. También había ido Carmen, con Isabel, Vicenta, Ernesto y Mercedes. El único adulto que faltaba era Félix, que se había quedado en casa al cuidado de Ricardo y Víctor.

Jaime me besó castamente en las mejillas.

—Seguro que conoces el dicho: «Si te enamoras de un español, te enamoras de su familia» —dijo—. Ahora que saben que nos vemos, no creo que vayamos a tener muchas posibilidades de que nos dejen solos si queremos salir por la noche.

Sonreí ante la ironía que aquello suponía. Pensé en lo que *mamie* me había contado hasta entonces de su familia en la década de los treinta: Xavier tenía una amante y la propia *mamie* era infiel a su marido homosexual. Y aquí estábamos Jaime y yo, en 1975, la época de la liberación sexual y de las mujeres sin sujetador, acompañados de su familia.

Saludé a Carmen y a los demás con besos antes de entrar en el cine. Aunque me reí con todos de las peripecias de Catherine Deneuve en el papel de Nelly, una mujer desesperada por evitar un matrimonio, no pude menos de pensar en *mamie* y en lo que debió de sentir al verse obligada a casarse con un hombre al que no amaba.

Después de la película, cuando fuimos a un café para tomar una copa de vino y miré las caras felices de la familia de Jaime, volví a pensar en *mamie*, sola en casa. Me había prohibido viajar en el metro a altas horas de la noche. Prefería que en su lugar utilizara su coche, pero no había dicho nada de que saliera sola con Jaime. Dio la impresión de que se alegraba por mí cuando le hablé de Jaime, pero no me había preguntado nada de él. Tal vez porque confiaba en mi sensatez, quizá porque sus padres habían interferido de manera tan trágica en su vida amorosa que no quería hacer lo mismo con la mía.

Cuando llegó el momento de volver a casa, a Jaime lo dejaron acompañarme hasta el coche mientras todos los demás lo esperaban a la puerta del cine.

—No te importa, ¿verdad? —dijo haciendo una mueca—. Lo hacen porque se preocupan de nosotros, no porque sean unos mojigatos. No quieren que vayamos demasiado deprisa y después lo lamentemos. Creo que les caes bien de verdad.

Asentí con la cabeza.

—Me alegro de que se preocupen de nosotros. Además, me hace pensar en cómo debía de ser para la Rusa. ¿No dijiste que iba a todas partes con su clan gitano?

Jaime asintió.

—No sé si estaban tan locos como mi familia, pero puede que sí —dijo, y esbozó

una sonrisa burlona antes de besarme brevemente en los labios—. Te llamaré mañana, ¿vale?

De camino a casa, pensé de nuevo en la familia de Jaime. En lo implicados y «juntos» que estaban en todo lo que hacían. Mi mente pasó de Xavier, a *mamie* y el *avi*, a mamá y papá, y después a Feliu. ¿Por qué estaba tan hecha añicos mi familia?

Cuando llegué a casa, encontré a *mamie* levantada, tomando una taza de té. Estaba preparada para seguir contándome su historia. Quizá podría explicar el misterio de mi familia fracturada.

—Siempre he creído que el Gobierno de la República podía haber ganado la guerra contra Franco —dijo *mamie*—. Una vez tomada la decisión de armar a los trabajadores, lucharon con espíritu. Al fin y al cabo, los anarquistas y los comunistas sumaban años de experiencia en la lucha callejera. Recibieron la ayuda de los miembros del Ejército y de la Policía que habían permanecido leales a la República. A las fuerzas de Franco se las llamaba «los nacionales», pero no tenían el apoyo de toda la nación. Al principio se los llamó simplemente «militares rebeldes», porque eso era lo único que eran. Los leales lograron derrotar el golpe de Estado de Franco en los principales centros urbanos, incluido Madrid, en cuestión de días. Esto implicó que las reservas de oro y las redes de comunicaciones permanecieron en manos del Gobierno republicano. El golpe militar podía haber sido detenido con la misma celeridad con la que comenzó, pero nos traicionaron.

Conocía la historia española lo bastante bien como para comprender la traición a la que *mamie* se refería. Los nacionales de Franco pidieron ayuda a sus aliados fascistas, Alemania e Italia. Estos aprovecharon la oportunidad como campo de pruebas para las armas que habían estado desarrollando. En cuestión de días, los rebeldes recibieron material militar y transporte. Pero cuando el Gobierno de la República acudió a Gran Bretaña y Francia en busca de ayuda, respondieron con su política de no intervención.

—Además de sus unidades militares, el ejército de Franco estaba formado por mercenarios marroquíes y soldados de la Legión Extranjera —explicó *mamie*—. Arrasaron el país, torturando, masacrando, violando y ejecutando a todo aquel que se pusiera en su camino. Debido a sus conocimientos de idiomas y al tiempo que había pasado en el extranjero, pidieron a Xavier que se incorporase a una misión diplomática cuya finalidad era convencer a las otras potencias europeas de que ayudaran a la República.

»Como la situación en España era muy complicada, me fui a vivir a París con mamá, al menos hasta que naciera el bebé. Alquilamos un apartamento en la Avenue Hoche, cerca del Parc Monceau. Allí la guerra y la sombra que caía sobre toda Europa parecían lejanas. Los franceses vivían con una sensación de *joie de vivre*, como si la felicidad y el placer pudieran conjurar de alguna manera el mal. Feliu había venido con nosotras. Escuchábamos con gran regocijo sus relatos cuando volvía cada día de explorar París con su institutriz. “*Tia* Evelina —decía

acurrucándose a mi lado en el sofá—, ¡las tiendas de golosinas son aquí más maravillosas incluso que las del Passeig de Gràcia! ¡Los macarons son tan dulces que me hacen cosquillas en los labios!”.

»Xavier vino a visitarnos mientras vivíamos en París. Estaba descorazonado después de que otra más de sus misiones diplomáticas en la ciudad no hubiera conseguido nada para España.

Mamie se aclaró la garganta y tomó un sorbo de té, mientras se preparaba para contarme por fin la caída de España... y la de su familia.

—Los alemanes y los italianos ignoran de manera flagrante el pacto de no intervención, mientras que Gran Bretaña y Francia lo respetan con tal firmeza que están vulnerando el derecho internacional —dijo Xavier, dando rienda suelta a su frustración—. El Gobierno legítimo de España tiene derecho a defenderse, pero han implantado un embargo que impide que cualquier país nos suministre material bélico. ¡Y mientras tanto los italianos transportan armas a Franco sin que la armada británica se lo impida! Los norteamericanos otro tanto de lo mismo. ¡Su Gobierno se adhiere a la no intervención mientras empresas privadas como General Motors y Texaco suministran mercancías a crédito a los franquistas!

Aquellas noticias me disgustaban. Así como ver a Xavier con un aspecto tan derrotado. A sus treinta y siete años, seguía siendo atractivo, pero tenía círculos oscuros debajo de los ojos por la falta de sueño. Además, apenas sonreía.

—Tu padre dice que los aliados temen que si ayudan al Gobierno de la República entrarán en conflicto directo con Alemania e Italia. Eso podría provocar otra guerra europea —le dijo mamá.

Xavier se examinó los nudillos.

—Yo también pensaba así, pero ahora veo las cosas de otra manera.

—¿Cómo? —pregunté mientras le servía una taza de café.

—Los británicos y los franceses esperan que los fascistas se agoten en España y sean incapaces de iniciar una guerra más amplia. Por eso nos van a sacrificar.

—Margarida ha propuesto en las Cortes que España conceda la independencia a Marruecos —le dije a Xavier—. Dijo que de ese modo se cortaría el flujo de soldados marroquíes al ejército de Franco.

—Ay, no —dijo mamá mientras cortaba trozos de tarta—. Eso nos distanciaría por completo de los británicos y de los franceses.

—Mi opinión es que deberíamos dejar de preocuparnos por lo que piensen los británicos y los franceses —dijo Xavier—. No van a mover nunca un dedo para ayudarnos. De hecho, he encontrado algunos informes que dan a entender que Franco fue introducido en España por agentes de inteligencia británicos. Ha llegado el momento de mirar en otras direcciones en busca de apoyo.

—¿Te refieres a la Unión Soviética? —le pregunté.

—En España se ha hecho una especie de revolución de los trabajadores, así que tendría sentido —dijo—. El problema es el suministro. Rusia no puede transportar con facilidad armas a España por mar, ni tiene la capacidad de producción de Alemania. Ahora mismo estoy negociando con los mexicanos la compra de pertrechos militares en el mercado negro. Pero eso significa que la República paga diez veces más que los rebeldes por el material.

Xavier pasó a explicar cómo la falta de suministros militares estaba paralizando al Gobierno español.

—El general republicano Rojo es un estratega genial y muy superior a Franco, pero sus intentos de recuperar territorio republicano se ven constantemente frustrados. Nunca sabe si llegarán las armas que necesita para la ofensiva prevista.

Xavier nos contó una espeluznante historia sobre una remesa de armas de Polonia que eran tan defectuosas que la mayoría de las bajas en el bando republicano fueron causadas por las propias armas de los soldados al explotar o fallar. Más tarde, la remesa de reserva que se había comprado a México resultó ser una colección de fusiles oxidados sacados de museos.

Me puse de parto el 7 de noviembre de 1936, dos semanas después de la fecha prevista y el mismo día que comenzó la batalla por Madrid. Mientras me esforzaba y resollaba para traer una nueva vida al mundo, pensé en todas las vidas que ahora se extinguían en el campo de batalla. Julieta nació de madrugada. Lloré cuando la vi. Le puse el nombre de mi abuela materna.

No mucho después de su nacimiento, comenzamos a recibir una visita frecuente en casa: la Rusa. Vivía en París. Eso significaba que Xavier y ella podían ser más abiertos en su relación. Aunque mamá se ausentaba cuando la Rusa venía de visita, no ponía ninguna objeción a que yo la recibiera. Era el contradictorio protocolo por el que nos regíamos: a mamá le caía bien la Rusa porque hacía feliz a Xavier, pero, por lealtad a Conchita, no podía parecer que le daba su aprobación.

La Rusa se sentía sola en París. Solía vivir y viajar con un nutrido clan. En Alemania hacían redadas de gitanos y los enviaban a campos de trabajo donde las condiciones eran espantosas. Con el ascenso del fascismo en toda Europa, la Rusa no iba a correr riesgos. Envió a su clan a California, donde seguía teniendo una propiedad cerca de Los Ángeles. Esperaba poder seguirles pronto; muchos artistas españoles se habían marchado ya a América. Por eso me quedé de una pieza cuando, unos días antes de Navidad, durante una visita con Xavier, nos dijo que regresaba a España para conducir ambulancias para el ejército republicano.

—El valeroso pueblo de Madrid se ha mantenido leal a su ciudad a pesar del ataque masivo del ejército rebelde. ¡Tengo que ayudarlos!

—Es demasiado peligroso —protestó Xavier—. A no ser que se levante esta prohibición internacional sobre la venta de armas a España, el ejército de la

República y sus partidarios van a ser aniquilados.

—¿Cómo puedo abandonar a España —dijo la Rusa, con los ojos centelleantes—, mientras cada día veo que hay extranjeros que van a luchar por nuestro país? ¡Hombres y mujeres corrientes, británicos, norteamericanos, rusos, polacos, judíos, antifascistas de Italia y Alemania! ¡Todos arriesgan su vida para ayudarnos, aunque sus Gobiernos no harán nada! Luchan por un sistema de gobierno que conceda el mismo valor a todos los ciudadanos. La clase de sociedad en la que creían mi padre y mi hermano. Eso es lo que tú siempre has creído.

—Nos equivocamos al dejarles combatir por nosotros, cuando no podemos darles armas decentes —dijo Xavier.

Fue el único momento en que los vi discutir. Con todo, aunque Xavier intentó convencerla para que no se fuera, creo que en el fondo estaba orgulloso de ella. Yo sentía un respeto reverencial por la Rusa. Su valentía era ejemplar.

El día en que se fue de París, los acompañé a Xavier y a ella a la estación. Dejé a Julieta en casa con mamá, pues no quería que saliera al frío del invierno. Mientras Xavier y la Rusa se despedían, no podían ser más parecidos a una pareja de enamorados. Estuvieron abrazados un buen rato. Luego se miraron a la cara. A la Rusa se le saltaban las lágrimas. Los labios de mi hermano temblaron cuando dijo:

—En toda mi vida, no ha habido nadie más que tú.

Ver a dos de las personas más fuertes que conocía tan vulnerables me resultó difícil.

La Rusa me cogió una mano y la apretó antes de subir al tren. Cuando sonó el silbato y el tren comenzó a moverse, sacó la cabeza por la ventanilla para decirnos adiós con la mano mientras se alejaba. Aunque su mirada se mantuvo fija en nosotros, tuve la sensación de que en realidad no nos veía. Su mente estaba en otra parte.

Pasaría casi un año antes de que volviera a verla.

La Rusa no era la única que quería regresar a España. Cuando Julieta cumplió tres meses, mamá decidió que debíamos volver nosotras también. El frente estaba todavía lejos de Barcelona. Además, Cataluña estaba tan cerca de Francia que muchos habitantes de la ciudad tenían la certeza de que si los rebeldes nacionales la amenazaban de verdad, los franceses intervendrían.

—Tu padre y Margarida nos necesitan —dijo.

No era una mujer que pudiera estar separada de su marido durante demasiado tiempo. Era esa clase de persona que anteponía el deber a la comodidad.

Cuando mamá, Julieta, Feliu, su institutriz y yo llegamos a Barcelona, descubrimos que había tenido lugar una revolución, si así se la podía llamar. Tras frustrar el golpe militar en la ciudad en 1936, los anarquistas y los comunistas habían tomado el control de todo. El Parlamento, tan debilitado, no había intentado

impedírselo. Ahora, banderas anarquistas y comunistas ondeaban en la estación de ferrocarril y en los edificios de los alrededores.

Como a los coches de nuestra familia se les había encomendado la misión de transportar a milicianos al frente, tuvimos que esperar haciendo cola en la parada de taxis. Todos habían sido pintados con los colores rojo y negro de los anarquistas. Contratamos dos vehículos: uno para nosotros y otro para que llevara nuestro equipaje. Los taxistas no movieron un dedo para ayudarnos a levantar nuestras maletas para meterlas en el taxi. Y tuve que abrir la puerta por mí misma, aunque llevaba el bebé en brazos. Mamá estaba a punto de reprender a los conductores por su falta de educación cuando vimos una nota prendida en la parte posterior del asiento delantero. Decía que, como ahora todos los ciudadanos eran iguales en Barcelona, se esperaba que se tratara con respeto a los taxistas. Mamá me miró y enarcó las cejas.

Cuando salimos de la estación, no tardamos mucho en darnos cuenta de que no solo habían pintado los taxis de rojo y negro. También los tranvías y los camiones lucían aquellos colores. Los restaurantes eran cantinas para los trabajadores. Las tiendas y los cafés exhibían rótulos que informaban de que habían sido colectivizados.

—¡Oh, Dios mío! —dijo mamá con voz entrecortada, pero luego se contuvo.

Pasamos por delante del almacén destrozado y quemado de una iglesia. Vimos los restos de una imagen de la Virgen María esparcidos por la acera. Sentí una extraña mezcla de pesar y cólera cuando vi una de las manos de Cristo perforada por un clavo, tirada en la alcantarilla.

—No habrá más iglesias —nos dijo el taxista—. Las están derribando.

Mamá palideció. Le cogí una mano y la mantuve agarrada.

Aunque podía comprender la cólera que provocaba la corrupción del clero, no podía soportar la idea de que las bellas iglesias y catedrales de Barcelona fueran destruidas. Nuestra familia había hecho varios donativos para la construcción de la Sagrada Familia. Aunque no era del gusto de todo el mundo, me encantaba aquel fantasioso templo. La había visto crecer como un árbol gigantesco con cada año que pasaba. Los campanarios ya estaban, junto con el chapitel del ciprés. Cerré los ojos ante la terrible visión de que pudiera haber sido pintada de rojo y negro. Peor aún, quizá la hubieran volado por los aires.

Había otros cambios evidentes en Barcelona: no se veían sacerdotes ni monjas. Cuando entramos en el Passeig de Gràcia, tampoco había personas bien vestidas. Todo el mundo llevaba monos de trabajo y abrigos mal confeccionados. ¿Era posible que los clérigos y los ricos hubieran huido de la ciudad? ¿O andaban por la calle disfrazados? No sabía si esa Barcelona me gustaba, pero la verdad era que, en todo el trayecto desde la estación hasta nuestra casa, tampoco había visto mendigos ni niños sin hogar en las calles.

Cuando los taxis se detuvieron ante la puerta de la casa de mi familia, tuve la terrible premonición de que la habían dividido en pisos para la clase obrera, como

había oído que habían hecho los sóviets con las mansiones y los palacios de Moscú. Me pregunté qué dirían Xavier y Margarida si eso había ocurrido. A lo mejor les había gustado, pues siempre habían sido más igualitarios que yo. No me agradaba la idea de que hubiera niños pasando hambre en la calle ni de que sus padres trabajaran como esclavos en las fábricas, pero al mismo tiempo me asusté al darme cuenta de cuánto había disfrutado del *statu quo*. Quería vestir prendas bonitas y vivir en una buena mansión. Aunque deseara cosas buenas para los demás, no quería perder lo que tenía.

Sentí alivio al darme cuenta de que el cambio más grande en la casa era que los criados estaban en el frente y las criadas nos saludaban con un «Salud», que se consideraba más revolucionario que «Buenos días» o «*Bon dia*».

A diferencia de la gente de las calles, Conchita iba vestida con estilo, con un vestido a rayas en diagonal y una chaqueta entallada con ribetes blancos. A pesar de que hacía meses que no veía a Feliu, se mostró tan estirada y ceremoniosa con él como siempre.

—Vete ahora con la *senyora* Tortosa —le dijo, dándole unas palmaditas en la cabeza en actitud distraída—. Tengo cosas que hablar con tu abuela y tu tía.

Cuando Feliu y su institutriz hubieron salido de la sala, Conchita se dirigió a nosotras.

—No podéis imaginar lo aburrida que he estado aquí sin vosotras dos —dijo—. No se puede salir a la calle sin oír esas insulsas canciones revolucionarias. ¡Barcelona ya no es divertida!

Miró a Julieta, que estaba dormida en mis brazos.

—Qué morena es, ¿no? —dijo—. La gente podría pensar que es mía, no tuya y de Francesc. Él es tan rubio... y tú también eres rubia.

El comentario me dolió. Como había estado lejos de Conchita, había olvidado lo mordaz que podía ser, incluso con personas que le caían bien. Había muchas bellezas morenas tanto en la rama materna como en la paterna de la familia.

La doncella personal de mamá, Maria, apareció y se ofreció para bañar a Julieta por mí.

—Usted y la *senyora* Montella deben de estar agotadas —dijo—. Les traeré un té.

—Bueno, gracias a Dios, Maria no ha cambiado —dijo mamá cuando la doncella no podía oírlo—. Casi esperaba que te dijera que bañarás tú a Julieta.

—Mira, mamá —me senté a su lado—, todo es un poco extraño, pero supongo que tendremos que acostumbrarnos. Es mejor que la ciudad sea gobernada por los anarquistas que invadida por el ejército de Franco. Son asesinos.

Sentí un escalofrío, a pesar del calor que hacía en casa. Lo que había leído en los periódicos franceses en el tren me había horrorizado. Cuando Málaga cayó en poder de las fuerzas rebeldes, tropas italianas persiguieron durante kilómetros a la población civil que huía antes de masacrarlos. Tamaña brutalidad hacía que todo lo que estaba pasando en Barcelona fuera leve en comparación. En vez de lanzar

bombas, los anarquistas intentaban crear una sociedad de igualdad y paz en la que todos tuvieran comida y vivienda.

—Pero las iglesias —dijo mamá llorando—. Estoy de acuerdo en que es mejor que la gente sea educada y alimentada, pero ¿tenemos que convertirnos en infieles?

La rodeé con un brazo, preguntándome si no habría sido mejor quedarnos en París.

—Ve a descansar un rato, mamá. Estás agotada del viaje.

Me volví hacia Conchita.

—No sé a quién ir a ver primero. ¿Al *pare* o a Francesc?

—Ve a ver a tu padre —respondió Conchita—. Él es quien más te necesita.

No pude encontrar otro taxi, así que cogí el tranvía hasta las afueras de la ciudad, donde estaba nuestra principal fábrica de tejidos. Los altavoces del tranvía atronaron con canciones revolucionarias durante todo el trayecto. La gente no dejaba de mirarme, a mí, a mis zapatos hechos a mano y a mis ropas a medida. Me di cuenta de que iba a tener que encontrar un atuendo diferente si no quería llamar la atención. Cerca de la parada del tranvía de la fábrica había una tienda de ropa de señora. Compré un abrigo informe para ponérmelo encima del vestido. El género era áspero y duro y podía oler los productos químicos que habían usado para teñirlo. Me sentía sin estilo dentro de él, pero me recordé que había gente en todo el país que moría. Eso hizo que relativizara mi incomodidad.

Encontré a *pare* en su despacho. Ahora lo compartía con su secretaria y su empleado administrativo.

—Vamos a dar un paseo —dijo al verme.

Nos sentamos en un banco, cerca de la fábrica.

—Han colectivizado todas las fábricas Montella en Barcelona —dijo con más desconcierto que rabia—. Casi todos los demás propietarios de fábricas han huido o se han unido a los nacionales. Pero yo no voy a ir a ninguna parte. He levantado estas fábricas de la nada. Aunque ya nadie quiere llamarme «*senyor*», no voy a dejarles que tiren por tierra el trabajo de toda mi vida.

—No me gusta Barcelona así —le dije—. Ha perdido su encanto.

—No te preocupes —me tranquilizó—. El ambiente revolucionario se está apagando. Es mucho más tranquilo ahora que hace un par de meses. Creo que el Gobierno está comprendiendo por fin que tiene que tener a los trabajadores bajo control. La República podía haber utilizado la potencia industrial de Barcelona para fabricar pertrechos para el esfuerzo bélico. Creo que los trabajadores de aquí tienen que tomar conciencia de que es más importante repeler el escuadrón de la muerte masivo que avanza hacia ellos que preocuparse de si la gente les habla o no con amabilidad.

—¿De verdad crees que el ejército de Franco llegará a Barcelona? —pregunté—. El ejército republicano parece haber recuperado algún terreno.

El *pare* negó con la cabeza.

—Franco se está tomando su tiempo, dejando que los republicanos se agoten. No quiere destruir las infraestructuras de España. Lo que desea es destruir a sus enemigos. Y si tiene que matar a dos tercios de la población española para conseguirlo, creo que está dispuesto a hacerlo.

Cuando volvimos juntos hacia el Passeig de Gràcia, pensé en lo que había dicho. Él no era un revolucionario ni un izquierdista. Era un catalán acérrimo que detestaba que Barcelona estuviera en deuda con un Gobierno centralista. Por eso no había abandonado sus fábricas. Pero si los nacionales entraban en Barcelona, seguro que lo ejecutarían como traidor por mantener en funcionamiento sus industrias.

Hice todo lo posible para sacarme esos pensamientos de la cabeza hasta que estuvimos de vuelta en casa. Entonces solo tuvo ojos para su nieta.

—Es una auténtica belleza, sí, señor —dijo, acunándola en sus brazos y tocándole las manos y los pies—. Mira qué dedos tan delicados tiene.

Cuando regresé a la casa familiar de los Cerdà, Francesc me estaba esperando. Los muebles, los que quedaban, estaban tapados con manteles blancos. Todos los criados se habían ido.

—Están combatiendo en el ejército popular —me contó Francesc—. ¡Pobres diablos! Y todas las criadas han ocupado puestos en las fábricas y en los transportes.

—¿Dónde están tus padres? —pregunté.

Me hizo señas para que entrara en su estudio.

—¿Puedo verla? —dijo señalando a Julieta.

Retiré la manta para que pudiera ver su cara rosada. Francesc sonrió.

—Es muy guapa, Evelina. Estarás orgullosa.

Francesc había envejecido desde la última vez que lo vi: las estrías alrededor de la boca se habían ahondado y parecía cansado. Él, que siempre había tenido un aspecto tan sano y fresco.

—Mis padres, junto con Penélope y su marido, han decidido marcharse a Argentina —me dijo—. Barcelona no es lo que era. Aunque somos una familia noble, no apoyamos a asesinos. Sé que no puedo pedirte que dejes a tu familia, Evelina, así que quiero que nos divorciemos.

Se me cayó el alma a los pies.

—Pero acabo de tener una hija. No puedes abandonarme.

Alzó la mano en un gesto tranquilizador.

—Has sido una esposa maravillosa, Evelina. No puedo decir ni una palabra contra ti. Si lo hago es porque la República ha legalizado el divorcio y no supone ninguna vergüenza. Sé que no has sido feliz conmigo. Gaspar es el padre de Julieta y debéis ser libres para casaros.

Le miré fijamente.

—Yo estoy hecho para otras cosas —dijo—. Los dos lo sabemos.

Me invadió una profunda tristeza. Lamenté que Francesc y yo no pudiéramos haber sido tan abiertos el uno con el otro desde el principio.

—Bueno —dijo, levantándose para coger unos papeles del cajón de su escritorio —, lamentablemente, las propiedades que vinieron con tu dote han sido colectivizadas. Pero te he comprado una casa en Francia, en la Dordoña. Además, he depositado algún dinero a tu nombre en un banco suizo. Quiero que vuelvas a Francia con Julieta y tu familia. Gaspar, el muy idiota, regresó a Barcelona después de irte tú y se alistó como voluntario. Ahora es oficial del ejército republicano. No sé dónde está, pero intentaré hacérselo saber. Espero que seáis felices juntos.

No sé qué me abrumó más, si la generosidad de Francesc al liberarme para que pudiera estar con Gaspar, o la peligrosa situación en la que se había puesto este. «Por favor, Señor, no dejes que lo maten», recé. La idea de que Gaspar pudiera morir antes de tener la oportunidad de ver a Julieta me hizo sentir flojera en las piernas.

—Dadas las circunstancias, creo que lo mejor es que vuelva con mi familia —le dije a Francesc.

Él asintió y dijo:

—Imagino que tus padres se llevarán un disgusto. A los míos no se lo he dicho todavía. Pero es lo mejor, Evelina. Los dos lo sabemos.

Nos abrazamos. Me acompañó hasta la puerta y nos abrazamos otra vez. Aunque Francesc no hubiera sido un marido ideal, era una buena persona. Nunca diría nada malo de él.

La República española asombró al mundo. A pesar de sufrir un levantamiento militar, había creado rápidamente un ejército disciplinado. A pesar del armamento de alta tecnología que Alemania e Italia habían suministrado a los rebeldes y de la falta de un apoyo equiparable de sus supuestos aliados, el ejército leal, junto con la valerosa población civil de Madrid, había repelido a las fuerzas de Franco al grito unificador de «¡No pasarán!». Por algún milagro, el Gobierno pudo incluso recrear una sensación de normalidad en las zonas no combatientes del país. Pero la República se desangraba y su fuerza no podía durar. Era el toro que embiste: valiente y noble, pero que lleva todas las de perder.

Franco y sus fuerzas avanzaron hasta el País Vasco, Santander y Asturias. En abril de 1937, Guernica, una ciudad mercado sin ninguna relevancia militar, fue bombardeada con bombas incendiarias por la Legión Cóndor alemana para probar los daños que las bombas de metralla y el ametrallamiento desde el aire podían infligir a la población civil. Barcelona y otras ciudades españolas también sufrieron bombardeos. Pero ni Gran Bretaña ni Francia acudieron en nuestra ayuda.

En octubre, la España republicana estaba separada en dos mitades. Por un lado, el nordeste catalán; por el otro, el centro-sur, que incluía las ciudades de Madrid y Valencia. El Gobierno, que ya se había trasladado de Madrid a Valencia, se trasladó

ahora a Barcelona.

Esto significaba que Margarida había vuelto a vivir con nosotros cuando Xavier regresó de otra misión infructuosa en Francia. Era la primera vez en más de un año que estábamos todos juntos en casa. Una tarde nos reunimos en el salón para hablar de los avances de la guerra. Todos menos Conchita, que tenía jaqueca, y Feliu, que estaba recibiendo una clase de su institutriz.

—Las cosas van de mal en peor —anunció Xavier mientras nos servía a cada uno una copa de vino comprado en el mercado negro—. Parece que los rusos y los británicos tienen la intención de hacer tratos con Hitler. Deberían ser conscientes de que lo que los alemanes hicieron en Guernica es lo que piensan hacer en el resto de Europa.

—¿Qué pasará si firman pactos con Hitler? —pregunté.

La boca de Xavier se convirtió en una línea sombría.

—Los soviéticos nos retirarán toda la ayuda. Entonces no tendremos nada más que nuestras manos vacías para combatir.

—La situación es tan grave —dijo Margarida mordiéndose las uñas— que solo puede mejorar. Eso me dice mi insensato optimismo.

A pesar de la enorme tensión a la que estaba sometida como miembro de un Gobierno en guerra, me sentí aliviada al ver que Margarida no había perdido ni un ápice de su humor negro.

—Bueno, esas estúpidas luchas callejeras entre los comunistas y las otras facciones de la izquierda no han ayudado —dijo el *pare*—. En algún momento, ha dado la impresión de que íbamos a tener una guerra civil dentro de una guerra civil.

Xavier se dirigió a Margarida.

—Los anarquistas dicen que no reciben el mismo suministro de armas que los comunistas porque el Gobierno no quiere una revolución. Los comunistas tienen órdenes de Rusia de no propiciarla.

—Primero hay que ganar la guerra; después podremos ocuparnos de las revoluciones —le dijo Margarida—. Por eso el ejército leal se está preparando para otra ofensiva.

—En el nombre de Dios, ¿por qué? —preguntó el *pare*—. Deberíamos centrarnos en controlar lo que tenemos y llegar a un arreglo con Franco. Que él se quede con su parte de España y nosotros con la nuestra.

Sabía que mi padre pensaba que, mientras Cataluña estuviera a salvo, ninguna otra cosa importaba de verdad. Lo que quería era volver a los negocios lo antes posible.

La cara de Margarida se puso seria.

—No tenemos enfrente a alguien que adquiera compromisos civilizados. Cuando el bando republicano captura soldados rebeldes, les damos de comer y los tratamos de acuerdo con las convenciones militares. El sistema de justicia democrático sigue prevaleciendo en nuestra zona. Cuando las fuerzas de Franco toman un pueblo que ha

opuesto algún tipo de resistencia, los matan a todos sin hacer preguntas y sin juicio. A Franco no le interesa salvar vidas. Por lo tanto, tenemos dos opciones: o luchamos hasta que la tensión por Checoslovaquia provoque finalmente una guerra europea y Gran Bretaña y Francia nos necesiten como aliados contra Alemania, ¡o nos largamos de aquí!

Pensé en Gaspar. Lo último que sabía de él era lo que Francesc había conseguido averiguar: que estaba sano y salvo, pero combatiendo en el peligroso frente de Aragón. Yo podía huir para ponerme a salvo, pero ¿qué sería de él? Solo de pensarlo sentía miedo.

Me dirigí al *pare* y mamá.

—Creo que deberíamos pasar a Francia lo antes posible. Margarida y Xavier se irán con la República para formar un Gobierno en el exilio, pero nosotros tenemos que irnos ya. Tengo esa propiedad en la Dordoña.

—¿Y dejarlo todo? —preguntó mamá, horrorizada.

—Todo no vale tanto como nuestras vidas, mamá. Mucha gente ha salido ya del país.

—Aunque las familias Cerdà y de Figuerola se hayan largado —dijo mi padre con los ojos brillantes—, ¡nosotros somos los Montella! ¡Barcelona nos pertenece! ¡Si Franco la quiere, tendrá que negociar conmigo!

—¡No digas tonterías! —le dijo Xavier—. Franco odia a Cataluña y todo lo que significa. ¡La aplastará y tú no serás más que una piedrecita bajo sus pies!

Unas semanas después, volví a ver a la Rusa. Había ido a Barcelona de permiso. Cuando estalló el golpe de Estado militar, las mujeres combatieron junto con sus maridos y hermanos en la milicia. Pero cuando la República comenzó a organizar un ejército profesional, las mujeres fueron enviadas a la retaguardia para ocupar los puestos que los hombres dejaban en las fábricas, el transporte y las explotaciones agrícolas. Sin embargo, el papel de la Rusa como conductora de ambulancias la mantenía cerca del frente. Xavier me había contado que los aviones alemanes e italianos disparaban constantemente contra su ambulancia. Había visto saltar en pedazos a varios camilleros por los bombardeos.

—El Gobierno sigue ofreciéndole un papel como animadora de las tropas —me había dicho—. Pero ella se niega. Dice que quiere luchar de verdad con la gente. Además, la unidad médica del ejército no quiere perderla: ha demostrado que es una excelente conductora.

Lo que Xavier no me había contado era cuánto había cambiado la Rusa.

Estaba esperándome en el café en el que habíamos quedado. Llevaba un mono de color caqui con un brazalete con una cruz roja y no se había puesto maquillaje. Su espesa melena quedaba oculta bajo una boina. Al margen de sus ojos dramáticos y su boca sensual, era como cualquier otra mujer de la calle. No llevaba joyas en los

brazos ni en los dedos. El único adorno que lucía era un par de aretes de oro: los preferidos de los gitanos. Resultaba difícil creer que era una de las artistas más populares de España.

—Xavier me ha pedido que os lleve a ti y a tu familia al otro lado de la frontera con Francia si los rebeldes llegan a Barcelona —dijo mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba un paquete de cigarrillos. Encendió uno y me miró fijamente—. ¿Tus padres no se irán ahora? Eso es una estupidez. Si os vais ahora, lo único que tenéis que hacer es subir a un tren. No tendréis ningún problema para entrar en Francia. Si os vais demasiado tarde, es posible que los franceses cierren la frontera.

Hablaba igual que bailaba: en arranques de energía breves y entrecortados.

—No puedo marcharme sin mis padres —dije.

—Al final van a tener que irse —replicó—. ¡A no ser que tengan una insuperable pulsión de muerte!

La personalidad de la Rusa había tenido siempre una arista difícil, pero ahora percibí una capa de armadura a su alrededor, tan gruesa que dudaba que pudiera penetrar en ella algún día. En todo el tiempo que había transcurrido desde que la conocía, nunca la había visto ponerse un cigarrillo en la boca. Ahora fumaba uno tras otro. Tenía las yemas de los dedos manchadas de amarillo. Eran de la marca Lucky Strike: cigarrillos extranjeros. Debía de tener un buen contacto en el mercado negro. En aquellos tiempos, la mayoría de la gente fumaba hojas de maíz secas.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté más tarde.

No respondió directamente a mi pregunta. Solo repitió lo que Margarida había dicho.

—Si los rebeldes llegan, lo mejor es que te escapes. Si no concedes suficiente valor a tu vida, al menos piensa en Julieta.

La Rusa había accedido a hacer algunas actuaciones en el viejo Samovar Club mientras estaba en Barcelona. Parecía extraño que, en medio de los bombardeos y de la perspectiva de la muerte, a la gente de Barcelona le siguiera gustando asistir a espectáculos. Xavier, Margarida y yo fuimos a verla en el club unas noches después. El local estaba deslucido y venido a menos. Las columnas estaban llenas de señales de manos y el suelo necesitaba que le sacaran brillo. Las sofisticadas mujeres con trajes de noche y prendas de pieles también habían desaparecido. El público de la Rusa estaba formado por soldados y trabajadores.

Cuando la orquesta subió al escenario, casi esperaba que Gaspar ocupara su puesto ante el piano. Pero no estaba allí, por supuesto. La idea de que pudiera haberle ocurrido algo era como una piedra en mi corazón.

El vigoroso baile de la Rusa hacía que nunca hubiera tenido un gramo de grasa de más en su cuerpo, pero ahora me pareció que estaba más delgada todavía: podía verle las costillas a través del vestido. Tenía la cara tensa por la fatiga, pero no había perdido ni un ápice de su contundente energía. Seguía logrando hipnotizar al público con sus rápidos movimientos de pies y su fogosidad a la hora de mover de brazos.

Cuando terminó, nos miró como siempre había hecho, con esa actitud de arrogancia triunfal. Pero vi algo más en sus ojos, una especie de pasión cruel. Había desaparecido todo rastro de la suavidad que siempre había poseído. Parecía salvaje, amarga y trágica.

—Pensaba que habían dado permiso a la Rusa para que descansara —le susurró Margarida a Xavier—. Antes de la ofensiva sobre Teruel.

—No sabe lo que significa descansar —respondió él con una sonrisa forzada—. Me recuerda a aquellos soldados que venían a Barcelona después de la Gran Guerra: habían visto tanto horror que jamás volvieron a ser los mismos.

Después de la actuación, la Rusa se acercó a nuestra mesa. Xavier encendió un cigarrillo y ella dio unas caladas antes de devolvérselo.

—Vuelvo al servicio dentro de unos días —anunció.

A Xavier no pareció agradarle la noticia, pero no dijo nada.

—¿Cómo está la moral de los hombres? —preguntó Margarida.

La cara de la Rusa se ensombreció.

—¿Cómo esperas que esté? —respondió con brusquedad—. Les habéis quitado su revolución. Luchaban por una vida mejor. ¿Por qué deben luchar ahora? ¿Por Franco o la República? Ambas opciones acaban en una forma de capitalismo. Después de la guerra, todo será igual para ellos: los ricos serán ricos y los pobres seguirán pasando hambre.

—No será así —dijo Margarida, ofendida—. ¡Tanto si es una revolución como si es una reforma, la República será mucho mejor para los trabajadores de lo que Franco será nunca!

La Rusa no pareció oír a mi hermana.

—Mira, había un soldado al que recogí en el hospital militar después de una ofensiva —dijo—. Se le habían salido los intestinos de la cavidad abdominal y el médico se los había vuelto a meter dentro como buenamente pudo. Aquel hombre se estaba muriendo, pero ¿sabes lo que me dijo?: «No me arrepiento ni por un instante de haber ido a combatir. ¡Por una vez me han tratado como a algo mejor que basura campesina!». —La Rusa miró a Xavier y después a Margarida con desdén—. Mientras vosotros estabais jugando con vuestras plumas sentados ante vuestros escritorios y haciendo viajes de ida y vuelta a París, yo he visto a los hombres que han muerto por una promesa..., por un ideal..., por una mentira. ¡Los han traicionado! ¿Por qué crees que ahora hay que reclutar forzosamente a la gente para el ejército?

Margarida miró a Xavier. Parecía desconcertada y dolida.

Mi hermano tocó con su mano el brazo de la Rusa.

—Estás cansada —dijo—. Deja que te lleve a casa.

La Rusa se levantó sin protestar. Pero cuando Xavier cogió su brazo, no se apretó contra él como solía hacer. Ya no parecían amantes.

—Eran tan felices juntos —dijo Margarida mientras miraba cómo salían del club

—. ¡Esta guerra lo está matando todo!

Evelina

Había momentos de luz en la oscuridad: destellos de belleza en el horror. Al amanecer, cuando los gallos que ahora vivían en casi todos los balcones de Barcelona comenzaban a cacarear, oía a Feliu correteando por el apartamento de Xavier y Conchita en el piso de arriba. «*Pare! Pare!*», le oía decir.

Mis padres habían reaccionado con sorprendente calma a mi divorcio. Tal vez veíamos las cosas con otra perspectiva. Hasta Conchita dejó de importunar constantemente a Xavier. En consecuencia, él dejó de evitarla. Y Margarida no se molestaba ya en pinchar a Conchita.

Los viajes de Xavier al extranjero eran menos frecuentes en esta época.

—Los soviéticos nos han dejado tirados —me había dicho después de su último viaje—. A Stalin le interesa más lo que está ocurriendo en Europa y la invasión de China por Japón. Somos una causa perdida. Hasta Gran Bretaña parece que va a firmar un tratado con Italia para que Mussolini no se acerque demasiado a Hitler. Desde el principio le dije al comité que perdían el tiempo con los ingleses.

—¿Y tú has dejado tirada a la República? —le pregunté recordando que siempre había sido un idealista.

Xavier me miró serio.

—Unas veces me siento como si todos hubiéramos subido a bordo de un avión que sabíamos que se iba a estrellar, pero en el que nos montamos de todos modos —dijo—. Y otras me siento como el soldado moribundo del que nos habló Celestina. No me arrepiento ni por un segundo de haber intentado construir un país mejor, de vivir momentos de grandeza. Tal vez nuestro sacrificio inspire a las generaciones futuras. Tal vez las ayude a aprender de nuestros errores. Continúo ahora en esto por Feliu. No me dejaré vencer por el derrotismo.

En marzo de 1938 fuimos todos una noche al Liceu para ver un *ballet* del compositor español Salvador Bacarisse: *Corrida de feria*. Me quedé extasiada. Era como si volviera a ser una niña pequeña, sentada en el palco de la familia. Me hizo darme cuenta de cuánto echaba de menos el *ballet*. Al final de la velada, oí por casualidad hablar a Conchita y Xavier mientras esperábamos nuestros abrigos.

—¿Te vas a marchar otra vez? —preguntó Conchita.

—Tengo que viajar a París la semana que viene —respondió Xavier, mirando a su alrededor para asegurarse de que nuestros padres no podían oírle—. Tenemos un último as en la manga, aunque al pare no le agradará. Vamos a ofrecer Cataluña a Francia. Si nos anexionan, no creo que Franco haga nada. Los franceses ganarán una región industrial rica y un puerto.

¿A eso habíamos llegado? ¿A vendernos a los franceses?

—Lamento que nuestro matrimonio no resultara como esperábamos —añadió Xavier—. Pero siempre me aseguraré de que Feliu y tú tengáis todo lo que necesitéis. Si tengo informaciones de que Barcelona fuera a caer antes de que tenga la oportunidad de venir a buscaros, daré instrucciones a Evelina para que os trasladéis todos a un lugar más seguro. Prométeme, por favor, que harás todo lo que ella te diga.

Al día siguiente volvimos a estar todos juntos a la hora de la cena. Solo faltaba nuestro padre, que había mandado recado de que se quedaría a trabajar hasta tarde en la fábrica. Acababan de llegar unos materiales que estaba esperando y quería trasladarlos a la fábrica a tiempo para el turno de la mañana. Miré fijamente mi plato de arroz y verduras en conserva. Debía estar agradecida por el alijo de productos del mercado negro que Xavier había podido conseguir cuando el resto de Barcelona sobrevivía a base de raciones de pan cada vez más pequeñas.

Nos habíamos reunido en el salón después de cenar cuando oímos las sirenas antiaéreas. Barcelona había sido bombardeada ya en varias ocasiones, sobre todo el puerto. Di gracias a Dios de que el padre no estuviera en ninguna de sus fábricas en esa zona.

—Será mejor que vayamos al sótano —dijo Xavier.

Llamó a los criados y todos bajamos con calma la escalera. Aunque estábamos convencidos de que Franco era un tirano, ninguno de nosotros esperaba que ordenase la destrucción del centro de la ciudad. No formaba parte de su táctica destruir edificios importantes. Pero enseguida nos dimos cuenta de que aquel ataque era diferente.

—Las sirenas antiaéreas suenan con tanta frecuencia que no distingo cuándo ha terminado un ataque y cuándo empieza otro —dijo Margarida.

Xavier frunció el ceño.

—Las explosiones son cerca. No parece que estén atacando solo zonas industriales.

Las sirenas y las explosiones continuaron durante toda la noche. No fue hasta la tarde siguiente cuando volvió la tranquilidad. En cuanto subimos de nuevo al piso de arriba, cogí el teléfono, pero no había línea.

—*Pare!* —le dije a Xavier—. ¡Tengo que ir a ver si nuestro padre está bien!

—No puedes ir tú sola —respondió al tiempo que cogía nuestros abrigo del armario.

El horror que encontramos en las calles permanecería para siempre en mis pesadillas. Muchos edificios habían quedado reducidos a escombros. Los que quedaban en pie tenían las ventanas hechas añicos. Los cierres de las tiendas estaban retorcidos y deformados, había tranvías volcados. El aire estaba lleno de humo. Soldados y policías con picos y palas trabajaban entre los escombros. Me pregunté qué estaban haciendo hasta que oí gritos que salían de debajo de las ruinas.

Xavier me agarró de un brazo y me llevó en otra dirección.

—Los edificios son inestables —dijo—. No te alejes del centro de la calle.

Había camiones circulando por toda la ciudad para recoger cadáveres o partes de cuerpos. Vi a un policía recoger el brazo de una mujer, con la mano todavía agarrada a un monedero.

—Las amas de casa estaban haciendo cola para recibir las raciones de comida. Se negaron a bajar al refugio porque no querían perder su turno —nos dijo un hombre que estaba de pie cerca de nosotros. Estaba cubierto de polvo.

Me movía como dentro de un sueño. ¿Era esto Barcelona? ¿Era posible aquella destrucción? Mi visión del mundo y de cómo funcionaban las cosas había quedado patas arriba. El frente estaba todavía lejos de Barcelona, pero la guerra ya estaba allí.

En los árboles, en los que comenzaban a aparecer los brotes primaverales, vi colgadas toda clase de cosas: prendas de vestir, neumáticos, la pierna de un hombre arrancada por el muslo. La ciudad apestaba a sangre y a carne carbonizada. Pasamos por delante de un orfanato en el que los cuerpos de los niños muertos yacían alineados en la acera. Aparte de los cortes y las quemaduras, parecía que estaban durmiendo.

Xavier vio a un colega del comité diplomático a la puerta de casa.

—¡No puedo creer que Franco haya hecho esto! —le dijo Xavier—. Creía que a quien odiaba era a la gente. Creía que procuraría mantener intacta la ciudad.

—Han sido aviones italianos —respondió el hombre—. Yendo y viniendo continuamente desde Mallorca. Mussolini quiere desmoralizarnos.

Los daños eran más graves a medida que nos acercábamos a nuestra fábrica.

—¡Oh, Dios mío! —dije al ver el edificio principal.

La mitad había desaparecido. El resto estaba negro por un incendio que seguía ardiendo lentamente. La policía sacaba cuerpos de los escombros. Se había montado un depósito de cadáveres provisional en uno de los almacenes de la fábrica.

—Somos Xavier y Evelina Montella —dijo mi hermano al policía que estaba a la puerta del almacén.

El policía negó con la cabeza.

—No sé si su padre está ahí dentro —dijo—. En algunos casos es difícil distinguir si son hombres o mujeres.

—Voy a entrar —me dijo Xavier—. Tú quédate aquí.

Se me aflojaron las piernas. Me puse en cuclillas en la acera. No me importaba ya que me vieran en una postura tan poco decorosa. No podía ser que el *pare* hubiera muerto. Teníamos que haber salido de la ciudad antes de que fuera demasiado peligrosa. Traté de imaginarme lo mejor. Cuando comenzaron los bombardeos, nuestro padre había ordenado que se construyeran refugios alrededor de todas sus fábricas para los trabajadores. Confiaba en que hubiera usado uno de ellos.

Hacía mucho tiempo que Xavier se había ido. ¿Era buena señal?

Me puse de pie cuando dos policías salieron de la fábrica transportando una

camilla. El cuerpo que llevaban en ella estaba cubierto de ceniza blanca. Al principio pensé que llevaban una estatua. Cuando se acercaron, reconocí la frente ancha y los bigotes de mi padre.

—¡Oh, Dios, no! —grité mientras corría hacia la camilla—. ¡Alto! ¡Alto!

—¿Lo conoce? —preguntó uno de los policías mientras bajaban la camilla al suelo.

Me arrodillé a su lado. Me desgarré las medias con los escombros. Parecía ileso, más allá de un corte profundo encima de un ojo. Le cogí la mano. Al hacerlo, estuve segura de que su cara se movió.

—¡Está vivo! —dije—. ¡Mire! ¡Se ha movido!

El policía me puso la mano en el hombro.

—¿Es su padre, *senyoreta*? Lo siento, pero está muerto.

Xavier salió del almacén. Cuando me vio al lado de la camilla, palideció. Corrió hacia mí.

—Es el *pare* —le dije—. Pero estoy segura de que se ha movido. —Miré de nuevo la cara del *pare* en busca de un signo de vida.

—*Senyoreta* —dijo el policía en voz baja—, ha sido solo una ilusión. Se lo ha parecido por la impresión. Le aseguro que está muerto.

Oí al otro policía susurrar a Xavier:

—Le falta la parte posterior de la cabeza. Tuvimos que dejar el cerebro.

Xavier se agachó junto a mí y me estrechó entre sus brazos.

—Vamos, Evelina —dijo con voz temblorosa—. Él no querría que lo recordaras así.

No podía moverme.

—*Pare!* —grité mientras Xavier me ponía de pie con suavidad.

Me llevó hacia una mercería cuya propietaria estaba en la puerta mirando los daños de la fábrica. Se podía ver el sufrimiento en su cara.

—¿Es su padre? —nos preguntó—. Era un buen hombre. He tenido tratos con él durante años.

Xavier hizo una mueca.

—¿Puede mi hermana quedarse aquí con usted un momento? Tengo que volver para hacer unos trámites.

La mujer asintió.

—¿Puedo ofrecerle algo? —me preguntó mientras me ayudaba a llegar a una silla—. Me habría gustado hervir un poco de agua, pero no hay electricidad.

Me habló de los ataques y de cómo el terrible silbido de las bombas al caer le había roto los nervios. Elogió a mi padre por los refugios antiaéreos que había financiado para el barrio.

—Los cavó junto con las mujeres y los niños cuando se construyeron hace unos meses —dijo—. ¿Lo sabía?

Negué con la cabeza. No lo sabía. Mi padre no habría hecho algo así antes de la

guerra. Era evidente que lo que estaba sucediendo en España le había cambiado.

—Esos refugios nos han salvado la vida —dijo la mujer—. Pero a su padre y a sus trabajadores no se les avisó con tiempo suficiente antes de que la fábrica principal fuera alcanzada. Los pilotos debieron de apagar los motores y planear en silencio. Se suponía que había un apagón, pero lamentablemente la fábrica estaba iluminada.

La mujer lo hacía con su mejor intención, pero yo apenas la oía. En lo único que podía pensar era en que nunca volvería a ver a mi padre. En la cripta del Cementerio Viejo habría otro Montella.

Su muerte nos dejó con una sensación de soledad y ansiedad. La más afectada fue mamá.

—No quiero vivir —dijo—. Mi vida no tiene sentido.

—Mamá, piensa en tus nietos —le dije—. ¡Tienes que ser fuerte! Ellos te necesitan.

Creía que la muerte de mi padre la convencería de que debía marcharse de Barcelona. Pero, en realidad, le produjo el efecto contrario.

—No puedo abandonar a Leopold —dijo.

Insistió en visitar el cementerio todos los días, pese al peligro de nuevos ataques aéreos. No podía pedir a una de las criadas que arriesgara su vida por ir con ella, así que iba yo en su lugar. Dejábamos a Conchita a cargo de los niños. Cada vez que salíamos de casa, los besaba sabiendo que podía ser la última vez que los viera. Un día las sirenas sonaron cuando salíamos del cementerio. Mamá y yo tuvimos que pasar tres espantosas horas en un refugio abarrotado y lleno de pulgas. Las ratas correteaban por el piso y la tierra temblaba. No cesé de preguntarme si al regresar la casa del Passeig de Gràcia estaría en ruinas.

Xavier y Margarida estaban fuera de casa gran parte del tiempo. Por su parte, mamá era incapaz de superar su dolor, así que tuve que asumir el puesto de señora de la casa. Aunque apenas podía pensar en mis cosas, me había convertido en la responsable de todos.

—Mamá, no podemos ir más al cementerio mientras dure la guerra —le dije—. Tenemos que cuidar de los vivos.

Mamá cambió de color y se desplomó en su asiento como si le hubiera pegado un puñetazo. Me odié por ser tan cruel. No visitar la tumba de mi padre haría que ella sintiera que le traicionaba. Pero ¿qué podía hacer yo? Aunque también lloraba su muerte, tenía que pensar en los niños.

En los últimos días de la primavera de ese año, era evidente que la situación empeoraba.

—¿Qué está pasando? —pregunté a Margarida—. ¡No hay armas suficientes para todos y están llamando a filas a niños y a padres de familia!

Margarida parecía agotada. Parecía exhausta por las noches que había dedicado a

conversaciones y debates parlamentarios.

—Nuestro jefe de Gobierno piensa que un último esfuerzo heroico por parte del ejército republicano podría persuadir por fin a los aliados de que nos ayudaran —dijo—. El ejército republicano del norte va a cruzar el Ebro en un ataque masivo.

—Pero si no tenemos ni los aviones ni las armas de los que disponen los rebeldes —dije con horror—. ¡Será un suicidio!

—Así es —coincidió Margarida con amargura—. ¡Vamos a enviar a la muerte a un ejército de niños y viejos para llamar la atención del mundo!

Aquella batalla supuso la catástrofe definitiva para la República. Después de algunas conquistas iniciales, el ejército leal fue repelido por el poderío aéreo del enemigo gracias a la ayuda de los alemanes y los italianos. Nuestros viejos aviones y nuestras armas defectuosas no podían competir con los cinco mil kilos de bombas que se lanzaban cada día sobre las líneas republicanas. El ejército republicano del norte cayó aniquilado. Entonces la España republicana recibió el golpe más humillante de todos: Gran Bretaña firmó el Pacto de Múnich con la Alemania nazi. Si Gran Bretaña estaba dispuesta a sacrificar a Checoslovaquia, no existía ninguna posibilidad de que acudiera en nuestro rescate.

Margarida vino a verme la mañana que recibió la noticia de aquel pacto. Traía un mensaje que Xavier nos había enviado desde París: «Se acabó la República en España. Lo único que se puede hacer es continuar la lucha desde el otro lado de la frontera».

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Quiere decir que Xavier llevará a cabo tareas de espionaje. Que ha abandonado al Gobierno, pero no a España. Tendrán que intentar «eliminar» a Franco y a otros generales. Es la única manera de que el pueblo español pueda levantarse de nuevo.

Aunque admiraba a mi hermano, era plenamente consciente de que los que habían intentado matar a Mussolini y a Hitler habían tenido un espantoso final.

Conchita entró en la habitación y se puso a buscar algo. Yo habría continuado con la conversación, pero Margarida se calló hasta que Conchita encontró el pañuelo que buscaba y salió.

—No le digas nada de esto a ella —dijo Margarida—. Estoy convencida de que ahora intentaba escucharnos.

—¿Conchita? No entiende la guerra. Es probable que creyera que estábamos cotilleando de algo.

—Sí, pero podría decirle algo a alguna de sus hermanas. No enseñes a un papagayo algo que no quieras que repita.

Suspiré. Aunque Margarida ya no iba a hacer nada para fastidiar a Conchita, nunca le caería bien.

—Escucha —continuó Margarida—, la Rusa también está involucrada en este plan. Lleva mensajes de un lado a otro de la frontera. Xavier va a volver a España,

pero tiene que pasar a la clandestinidad. Como la Rusa se puede mover con cierta facilidad, le ha encargado que os saque de España a ti, a mamá, a Conchita y a los niños. Cuando llegue el momento, asegúrate de que todos cooperan con ella. Sobre todo Conchita.

—¿Cuándo va a venir?

—No lo sé —dijo Margarida—. No creo que sea demasiado pronto. Pero espero que no sea demasiado tarde.

En invierno, la vida en Barcelona era sombría. No se podía encontrar carbón en ninguna parte. Apenas había comida. Los gatos y las palomas comenzaron a desaparecer de las calles. La gente se desplomaba de hambre cuando hacía cola para recibir las raciones. A Feliu le salieron forúnculos por falta de nutrición. Cualquiera diría que solo gracias a las fervientes oraciones de mamá pudo sobrevivir a la infección.

Les di dinero a nuestros criados y les dije que comenzaran a marcharse a la casa de la Dordoña. La institutriz de Feliu me hizo caso, pero los demás regresaron a sus pueblos. Más tarde me enteré de que volver a lugares donde los conocían resultó funesto para ellos.

Llegó la noticia de que las fuerzas de Franco se dirigían hacia nosotros. El Estado Mayor republicano se preparaba para el ataque contra Cataluña. La gente salía de la ciudad por cualquier medio que podía: en carros, en bicicletas, a pie si era necesario. Seguía sin llegar ningún mensaje de la Rusa. Después me enteré de que los aviones alemanes disparaban contra los que huían. A lo mejor la Rusa pensaba que el método de salir de España era demasiado peligroso. Aunque yo era ahora la señora de la casa, no tenía ni idea de cómo llevar sin peligro a tres mujeres y dos niños a Francia. «Dios mío —recé—, no permitas que hayan matado a la Rusa».

Margarida vino a recoger algunas cosas. Pasaba cada vez más tiempo en reuniones del Gobierno.

—No vas a creer lo que el presidente Roosevelt ha anunciado a la presa estadounidense —dijo.

—Oh Dios, ¿qué? —pregunté—. ¿Nos van a atacar también?

Mi hermana negó con la cabeza.

—Roosevelt dice que, ahora que fuerzas oscuras se ciernen sobre Europa, parece que el embargo impuesto a la España republicana fue un «grave error». A pesar de todos los tratados para evitar la guerra, Hitler está listo para invadir Polonia. —Caminó de un lado a otro de la habitación—. Parece que han admitido por fin la verdad de lo que Xavier y las delegaciones diplomáticas de la República intentaban decirles a los norteamericanos, los franceses y los británicos desde 1936: la caída de la España republicana les pondrá en una situación difícil, rodeados de Estados hostiles.

—¿Entonces nos ayudarán ahora? —pregunté esperanzada—. ¿No todo está perdido?

Margarida negó con la cabeza.

—Ahora estarán ocupados defendiéndose. Es demasiado tarde para la República. Han puesto al toro de rodillas y el matador está listo para entrar a matar. Ya no podemos escapar del estoque.

La ofensiva rebelde sobre Barcelona se lanzó dos días antes de Navidad, con un tiempo soleado y frío. El ejército de Franco avanzó a gran velocidad. Las fortificaciones que se habían establecido cayeron rápidamente bajo los ataques aéreos masivos. El Gobierno republicano llamó a filas a los reservistas. Una semana después ordenó la movilización de todos los ciudadanos de ambos sexos entre diecisiete y cincuenta y cinco años. Pero, dadas las circunstancias desesperadas, ¿quién iba a combatir? Máxime cuando el propio Gobierno abandonó Barcelona en enero para instalarse en Figueres. Entonces los que pudieron huir de la ciudad se fueron.

Tras la salida del Gobierno republicano, la gente de derechas y los falangistas, que habían procurado pasar inadvertidos, tuvieron libertad para mostrarse en público. Saquearon tiendas y escarmentaron a muchos. Sacaron a rastras de sus casas a familiares de los soldados republicanos y los fusilaron o los metieron en la cárcel. Un día, al salir a buscar las raciones, me encontré con el cadáver de un hombre al que habían cortado en pedazos. ¿Quién podía haber imaginado ver esas cosas en Barcelona?

Cuando faltaban pocos días para entrar en la ciudad, Franco promulgó una ley por la que incurrían en responsabilidad penal las personas, tanto jurídicas como físicas, que «se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave». Aquellas palabras implicaban a toda nuestra familia. Dado que Cataluña había sido un baluarte de la República, iba a ser humillada en todos los aspectos: se prohibió el catalán, que se sustituyó por el castellano, «la lengua del Imperio», incluso dentro de las iglesias. Y hasta se prohibió bailar sardanas.

—Me avergüenzo de haber formado parte alguna vez de este Gobierno —dijo Margarida el día que el último enviado oficial republicano salió de Barcelona—. ¡Han dicho a los ciudadanos que defiendan la ciudad con su vida mientras ellos huyen en sus coches rumbo a sus apartamentos en París! —Me hizo una seña para que la siguiera al estudio—. He contactado con la Rusa. Estará aquí dentro de unas horas. Voy a llevar a esposas e hijos de soldados republicanos al otro lado de la frontera, pero me reuniré con vosotros en Figueres. ¿Tienes preparado el equipaje?

—¿No te vas con los cargos del Gobierno? —pregunté.

Margarida negó con la cabeza.

—Me daría vergüenza huir de ese modo. Quiero ayudar a toda la gente que pueda.

Asentí, orgullosa de mi hermana, pero temía por su seguridad.

—Bueno —dijo recorriendo el estudio con la vista—, será mejor que nos

pongamos manos a la obra. Tenemos que quemar todas las pruebas de mi implicación con el Partido Socialista y del papel de Xavier en las negociaciones con Francia. También hemos de acabar con la literatura procatalana del *pare*.

—Pero es evidente que tú estabas en el gobierno —dijo mientras miraba cómo vaciaba los cajones y amontonaba los documentos en la chimenea—. Tu fotografía ha salido en los periódicos.

—No se trata de eso. —Me clavó la mirada—. Es para protegeros. Si por alguna razón os detienen en el camino a Francia, mamá y tú tenéis que decir lo decepcionadas que estáis conmigo. Que no aprobabais ni una sola de las cosas que hacía. Tenéis que desvincularos por completo de Xavier y de mí.

—Pero si yo estoy orgullosa de ti —le dije—. ¡Eres con diferencia mejor mujer de lo que yo seré nunca!

Margarida se enderezó.

—Eso no es verdad, Evelina. Somos diferentes, eso es todo. Tú tienes una fuerza propia. Yo no podría haber ayudado a mamá, a Conchita y a los niños como tú lo has hecho.

Crucé corriendo la sala y abracé a mi hermana como si no quisiera dejarla marchar.

—Vamos —dijo acariciándome la mejilla—. Será mejor que acabemos con esto antes de que llegue la Rusa. Querrá salir lo antes posible.

Arrojamos una carpeta tras otra a las llamas. Cuando vi el carné del Partido Socialista de Xavier, dudé.

—Estaba tan orgulloso —dijo—. Quería hacer tantas cosas.

—Todavía está haciendo algo por su país —dijo Margarida—. No ha abandonado ni ha huido.

Cuando terminamos con los documentos, Margarida fue deprisa al vestíbulo y cogió su abrigo.

—No voy a tener tiempo de despedirme de mamá —dijo. Me besó—. Dile que pronto nos reuniremos en la frontera.

Nos abrazamos antes de salir a buen paso al aire frío de la calle. No me moví de la puerta hasta que vi a Margarida desaparecer en la esquina. Incluso entonces dudé antes de cerrar la puerta. Me habría gustado que nos hubiéramos ido con ella, pero mi hermana tenía un trabajo importante que hacer y nosotros teníamos a la Rusa para ayudarnos.

Para mi alivio, la Rusa apareció por fin esa noche. No vestía el uniforme, sino abrigo y borceguíes negros. Llevaba una boina azul marino y un pañuelo del mismo color al cuello. Reparé en los gruesos aretes de oro: resaltaban en su piel morena.

—Tengo una furgoneta esperando a las afueras de la ciudad —dijo—. Vamos a tener que ir a pie hasta allí. Así que llevad solo lo que podáis transportar.

Mamá y Conchita bajaron la escalera para ver quién había llegado. Conchita entrecerró los ojos cuando la reconoció. Que yo supiera, era la primera vez que se veían tan de cerca.

—¡Gracias a Dios que has venido! —dijo mamá, que besó a la Rusa en las mejillas.

—He tenido que cumplir una última misión —contestó ella—. Los soldados republicanos del hospital de Vallcarca fueron abandonados por el personal. Los vi intentando huir, hombres sin piernas y sin brazos arrastrándose por la calle, aterrorizados por lo que las tropas de Franco les harían si se quedaban en la ciudad.

—¿Los has puesto por delante de nosotros? —preguntó Conchita—. Dios mío, qué sinceridad la tuya. ¿Sabe Xavier que su familia es menos importante?

La Rusa la miró con desprecio.

—Esos hombres han luchado con valentía por la República. Los habían abandonado para que murieran allí. He usado mi furgoneta para llevarlos a un puesto de la Cruz Roja.

—Bueno, espero que nos defiendas a nosotros con la misma valentía —dijo Conchita con una extraña sonrisa.

Me dieron ganas de abofetearla. No sabía cómo se le podía haber ocurrido a Xavier que su amante y su esposa serían capaces de cooperar en un viaje tan peligroso.

La Rusa miró fijamente a Conchita con sus ojos penetrantes.

—Xavier cree que la República ha perdido la guerra por culpa de nuestra inferioridad armamentística —dijo—. Pero no es así. Ha sido culpa de la pérdida de espíritu. ¿Cómo podían seguir combatiendo los hombres sabiendo que sus mujeres y sus hijos en la retaguardia pasaban hambre, mientras que familias como la vuestra se daban festines con artículos del mercado negro? Esos hombres eran como mi hermano, el que murió en Marruecos. Los llevaron engañados a glacial.

La ciudad estaba desierta: o la gente estaba escondida, o éramos de los últimos en marcharnos. Había carnés de partido rotos y montones de documentos quemados por toda la calle. Me di cuenta de que podía ser la última vez que viera Barcelona.

Mamá parecía nerviosa. El pulso me repiqueteaba en los oídos, pero la Rusa mostraba una calma glacial. Me volví hacia ella, pero ni me miró a los ojos. Estaba preguntándome por qué no me miraba cuando oí el sonido de motores de coches arrancando.

Dos vehículos se acercaron desde una calle lateral. El primero era un auto negro sencillo, pero el segundo era un Bentley con paneles de madera en las puertas. Podría ser cualquiera, me dije. Una familia más abandonando la ciudad. Sin embargo, mientras lo pensaba, un hombre salió de un salto de un portal delante de nosotros. Mamá dio un grito. Los coches se detuvieron y tres policías saltaron del primero. Al cabo de unos segundos nos rodearon.

—¡Mujeres de la familia Montella! —gritó el policía más corpulento—. ¡Quedáis

detenidas como enemigas de España!

Agarró a mamá y la empujó hacia el coche negro. Me impresionó ver que trataban tan mal a mi madre. Intenté tirar del policía para que la soltara, sin dejar de sostener a Julieta con un brazo. Se dio la vuelta y me pegó un puñetazo en la cara. El dolor fue tan agudo que pensé que me había roto la nariz. Aturdida por el golpe, no me resistí cuando el hombre que había saltado del portal me agarró por los hombros y me metió a empujones en el coche después de mamá. A Conchita y a Feliu los metieron dentro después. En la confusión, no vi qué había sido de la Rusa, pero cuando el coche se puso en marcha no estaba dentro con nosotros. Intenté ver el segundo automóvil que venía detrás. Lo único que pude ver fue al chófer: llevaba el uniforme del ejército nacional.

Evelina

Nos llevaron a una cárcel. No a la de Les Corts, que ya estaba llena, sino a un convento que habían acondicionado con ese fin. A pesar de nuestras protestas, a Conchita y a Feliu se los llevaron con otro grupo de mujeres, mientras que a mamá, a Julieta y a mí nos metían en un sótano con otras mujeres tan desorientadas y desgreadas como nosotras.

Al detenernos nos habían confiscado la carretilla, por lo que no teníamos mantas en las que sentarnos. Solo el frío suelo de piedra. Me dolían los riñones. ¡Pobre mamá! Verla me partía el corazón. Siempre tan elegante y serena, miraba fijamente lo que la rodeaba con una expresión de desconcierto en la cara. Cogí mi pañuelo y lo enrollé para hacerle una almohada. Esa noche dormimos con Julieta acunada entre nosotras.

Al día siguiente, unas monjas nos llevaron gachas y pan duro para comer. Una de las monjas, al ver que teníamos a una niña pequeña con nosotras, volvió con una taza de leche de cabra para Julieta. Me disponía a darle las gracias cuando se puso un dedo en los labios. No tardé mucho en comprender por qué. La madre superiora del convento era una sádica.

Esa tarde vino a hablarnos.

—Estáis aquí porque habéis cometido crímenes contra España y contra Dios —dijo con un brillo de maldad en los ojos—. Aquellas de vosotras que no puedan ser reformadas serán ejecutadas.

Tardamos un momento en comprender lo que había dicho. Cuando entendimos el significado de sus palabras, el grupo quedó en silencio, anonadado. Se me cayó el alma a los pies. Si me fusilaban, pensé, ¿qué sería de Julieta? ¿La matarían también?

—Y podéis estar seguras de que se dará caza a vuestros hombres y que los matarán como si fueran conejos —continuó la madre superiora—. Franco limpiará España del mal. Y nosotras le ayudaremos a hacerlo.

Una mujer de tez pálida y llena de pecas tomó la palabra.

—Yo trabajaba en el hospital, ayudando a dar a luz a bebés. Eso es lo único que he hecho. Nunca he pertenecido a ningún partido.

—Asistías en partos de bebés republicanos, con eso es suficiente —respondió la madre superiora alzando los ojos al cielo.

Cuando salió, las presas comenzaron a decirse sus nombres y por qué las habían detenido. El grupo lo componía una mezcla de modistas, amas de casa, obreras de fábricas y tenderas. Había incluso tres niñas en edad escolar a las que habían detenido con su madre. La mayoría de las mujeres no habían cometido más delito que estar relacionadas con un hombre de tendencia izquierdista o que había combatido en el

ejército, aunque lo hubieran reclutado forzosamente.

Me sorprendí cuando mamá tomó la palabra.

—Soy Rosita Montella —dijo—. La esposa del difunto Leopold Montella. Somos una fiel familia católica. Hemos contribuido con sumas considerables a la construcción de la Sagrada Familia y a otras obras públicas. Apoyé obras de beneficencia de las carmelitas. Y, sin embargo, estamos aquí también, encarceladas en un convento.

Las otras mujeres miraron a mamá con un respeto reverencial. Yo pensaba que hubiera sido mejor no revelar nuestra posición social, pero me di cuenta de que el ceño fruncido de las mujeres no era de desprecio. Se daban cuenta de lo que estaba sucediendo. Si encarcelaban a las mujeres de una de las familias más poderosas de Barcelona, a las que posiblemente condenaran, ¿qué esperanza tenían las demás?

Esa noche, un agente de la Guardia Civil y un policía entraron en nuestra celda y leyeron diez nombres. Una mujer joven embarazada era la primera de la lista. Otra de las mujeres, dando por supuesto que la iban a dejar en libertad, fue a recoger el fardo de sus pertenencias.

—No lo vas a necesitar —le dijo el guardia.

Cuando la mujer comprendió lo que el guardia había querido decir, dudó un momento y luego entregó el fardo a mamá.

—Viva por sus hijos y sus nietos, aunque sea poco tiempo —le dijo.

Fue terrible mirar a la cara de las mujeres señaladas para la muerte. Algunas lloraban por sus seres queridos, pero la mayoría de ellas permanecieron en silencio, pues se habían resignado a su suerte en cuanto las detuvieron. Solo la mujer embarazada gritó y forcejeó. «¡Dejad que primero nazca mi hijo!», gritó. Pero fue reducida por los guardias. Me odié por ello, pero quise que las mujeres se fueran lo antes posible. Me aterraba pensar que, si se quedaban más tiempo, el guardia escogería a más de nosotras.

Se las llevaron y la puerta del sótano volvió a cerrarse. Había una reja cerca del techo del sótano. Asegurando los pies entre algunas de las piedras del muro, pude subir hasta ella y mirar el suelo del patio. Vi cómo se llevaban a las mujeres hacia un camión y les ordenaban que subieran. La mujer que había entregado sus pertenencias a mamá dio un traspie y tuvieron que subirla a la fuerza.

Cuando el vehículo se fue, bajé y me senté en el suelo con las demás. Más o menos media hora más tarde, unos disparos resonaron en la noche.

—Deben de haberlas matado en las vías del tren —apuntó una mujer.

Me pregunté si Conchita y Feliu estarían bien. Sentí que empezaba a tener la mente en blanco. No era capaz de entender la realidad de la situación.

—¿Qué crees que habrá sido de la Rusa? —me preguntó mamá más tarde.

Negué con la cabeza.

—No me he permitido pensar en ella. Era un personaje famoso en el bando de los republicanos. Es probable que la fusilaran inmediatamente... o que la torturasen para obtener información.

Me encogí ante esta última posibilidad. La Rusa era la única persona que conocía el paradero de Xavier. Pero era fuerte y amaba a mi hermano. Confiaba en ella.

Esa noche, mientras estaba tumbada con Julieta apretada contra mi cuerpo, me pregunté si no sería mejor asfixiarla ahora para ahorrarle sufrimientos prolongados. Si lo dejaba para demasiado tarde, tal vez no pudiera ayudarla. Una mujer más valiente lo hubiera hecho, pero yo no tenía fuerzas para hacerlo. Me dormí entre sollozos.

Aunque la noche siguiente ejecutaron a otras diez mujeres, llegaron más para ocupar su lugar. El ritmo de los asesinatos pareció incrementarse, pero no respondía a ninguna lógica. En el convento había un sacerdote. No obstante, no creía que ninguna de las fusiladas hubiera podido siquiera confesarse. Comprendí lo terrible que debía de ser para las que eran religiosas. Lo que había visto no me había hecho perder la fe en Dios, aunque ahora parecía muy lejos. Lo que estaba claro es que no me quedaba ningún amor por la Iglesia o sus rituales.

Las recién llegadas contaban como se habían organizado partidas para matar sin piedad a todo aquel que se les pusiera por delante. Las protagonizaban los hijos de las familias aristocráticas contra obreros y campesinos.

—El puerto y las zonas de los muelles están a rebosar de cuerpos —nos dijo una mujer—. Y hay cientos de cadáveres en los campos, a las afueras de la ciudad. Familias enteras en algunos casos.

No pensé que aquella pesadilla pudiera ir a peor. Pero una noche oí que llegaban camiones al patio. Eran tantos que pensé que tenían la intención de acabar con todas nosotras esa noche. Entonces oí voces de hombres.

—Pedro, que criaba canarios de canto —dijo una voz.

—Juli, que hacía el mejor pan de la Barceloneta —gritó otra.

Comprendí lo que estaba pasando. Los hombres eran prisioneros condenados a los que habían llevado a la cárcel de mujeres para que el director se ocupara de ellos. Pronunciaban sus nombres y algunas cosas de sí mismos con la idea de que las mujeres prisioneras las oyeran, pero no información suficiente para que los nacionales pudieran identificar a sus familiares. Tal vez albergaban la esperanza de que, a través de alguna de nosotras, sus familias pudieran averiguar qué había sido de ellos. No serían cuerpos anónimos en una fosa común.

Con tanta muerte a mi alrededor, habría sido fácil caer en la desesperanza. Sin embargo, por mamá y por Julieta, me negué a ello. Para no perder la calma, cerraba los ojos y me imaginaba nuestra casa en el Passeig de Gràcia. En mi mente, recorría las habitaciones, tocando las cortinas de damasco. Pasaba las manos por los muebles.

El *pare* estaba sentado ante su escritorio y Xavier ante el piano. ¿Qué está tocando hoy?, me preguntaba antes de que un nocturno de inquietante belleza llegara a mis oídos. Imaginaba a Olga dándome una clase de *ballet* en la sala de baile y a mí ejecutando deslumbrantes *fouettés* para ella. A Margarida solía encontrármela en la biblioteca, leyendo un libro, mientras mamá preparaba ramos de gardenias de dulce olor. Conchita estaba siempre sentada ante su espejo, arreglándose el peinado, mientras Feliu permanecía agachado en la alfombra jugando con un tren de juguete. Sentía el peso del cuerpo de Julieta cuando la levantaba de su cuna y mi mejilla rozaba su cabello suave como una pluma. «Conocí el cielo», me dije. Ahora conocía el infierno.

La quinta noche de nuestro encarcelamiento, después de que leyeran las listas, traté de impedir que mi mente pensara demasiado en las mujeres a las que poco después alinearían contra una tapia y fusilarían. Imaginé a Xavier dentro de diez años. Siempre tuve la esperanza de que estuviera a salvo. En mi fantasía, Feliu y él se habían reunido. Ahora vivían aventuras juntos: recorrían el planeta volando, exploraban la selva del Amazonas, surcaban los mares hasta Australia. Imaginaba que Margarida se había convertido en una escritora famosa y vivía en una casita en algún lugar con docenas de gatos. Escribía sobre nosotros. Y nosotros seguíamos vivos en sus obras de ficción.

Más tarde me daría cuenta de lo erróneas que eran aquellas ensoñaciones. Feliu nunca se habría reunido con su padre. A los hijos de los republicanos los internaban en orfanatos en los que los obligaban a vestir uniformes de los nacionales y a escupir sobre las fotografías de sus padres.

—Xavier, que amaba a su familia y adoraba la música de Granados.

Abrí los ojos y me incorporé, convencida de que eran imaginaciones mías. ¿Seguro que era la voz de Xavier la que había oído? No había notado la llegada de los camiones que traían a los hombres al patio. Aparecieron mucho más tarde de lo habitual. Las pocas mujeres que quedaban en nuestra celda se habían acostado. Habían dado por supuesto que aquella noche no ejecutarían a más prisioneros. Mamá y Julieta también estaban dormidas.

—Que mi familia sepa que muero siendo un hombre de conciencia clara que consagró su vida a construir una España mejor para todo el pueblo —continuó la voz de Xavier—. Decidle a mi hijo que se alce sobre el recuerdo de mi suerte para convertirse en un ser humano digno.

Sentí la tentación de despertar a mamá, pero ¿de qué le serviría a Xavier saber que estábamos allí? Para él era mucho mejor ir a la muerte pensando que no habíamos podido llegar hasta él, pero que estábamos todos a salvo en alguna parte.

Trepé para mirar por la reja del sótano. Habían descargado a los hombres del camión ahí mismo. Uno de los guardias les había dado un cigarrillo para que lo

compartieran. Xavier estaba tan cerca de la reja que pude pasar un dedo a través de ella y tocar ligeramente las vueltas de los pantalones. La yema de mi dedo sintió la tela y durante una fracción de segundo estuvimos juntos otra vez. Luego se lo llevaron. Todo volvió a quedar en silencio. La luz de la luna brillaba sobre las piedras del patio.

Un poco más tarde resonaron los disparos en el aire sereno. Mi maravilloso hermano, Xavier Montella, que amaba a su familia y adoraba la música de Granados, había muerto.

Con la muerte de Xavier, no pude seguir aparentando tener una valentía de la que carecía. Su muerte me dolió tanto que sentí que mi cuerpo se vaciaba. Me quedé allí sentada, despierta e inmóvil, hasta que amaneció. Mamá no tenía la menor idea de lo que había pasado. Pero yo sabía que había llegado nuestra hora. Cuando el oficial de la Guardia Civil y el policía entraron a buscarnos con las primeras luces del día, no me sorprendió. Era habitual que ejecutaran a las mujeres de una familia al día siguiente de haber fusilado a sus hombres, aunque nunca hasta entonces habían venido tan temprano a pronunciar la llamada de la muerte.

Sostuve a Julieta con una mano y con la otra ayudé a mamá a ponerse de pie. Estaba pálida de pavor. Se tambaleó y estuvo a punto de desmayarse. Besé a Julieta y me arrepentí de no haber tenido suficiente valor para matarla antes. Por un momento, consideré la posibilidad de entregársela a una de las mujeres que quedaban, pero algo me lo impidió. Lo único que podía hacer era rezar para que nuestra muerte fuera rápida y para que ella no sufriera.

Nos llevaron a la oficina de la cárcel, donde nos esperaban el director, un hombre gordo y con los ojos inyectados en sangre. A su lado estaba la madre superiora.

—Sabed esto —nos dijo la madre superiora—. Los Montella fueron una de las grandes familias de Barcelona. Pero decidisteis poneros de parte de los rojos y traicionar a España. Ahora no sois nada. El apellido Montella se borrará de todos los archivos, vuestras propiedades se dividirán y se adjudicarán en subasta al mejor postor. La historia os olvidará y no viviréis mejor que prostitutas.

De haber oído esas palabras unos días antes, podrían haber tenido algún efecto en mí. Ahora estábamos demasiado aturdidas para preocuparnos.

—¡Marchaos! —ordenó la madre superiora.

Para mi sorpresa, no había ningún camión esperándonos en el patio, solo Conchita y Feliu. Los ojos de Conchita estaban abiertos de par en par por el terror. Feliu no era el niño que era antes de que nos detuvieran. Tenía la barbilla pegada al cuello, como si no quisiera mirar más al mundo. Cuando Conchita intentó cogerle de la mano, el niño le pegó un golpe como si fuera un animal. ¿Se comportaba así porque sabía que su padre estaba muerto?

—He conseguido ponerme en contacto con un amigo de mi padre en la Falange —dijo Conchita en voz baja—. Ha firmado nuestros documentos de excarcelación, pero ha dicho que no resultaría seguro que volviéramos a casa. Tal como están las

cosas, podrían detenernos de nuevo dentro de veinticuatro horas.

La alejé de los demás.

—¿Sabes algo de Xavier?

Conchita asintió.

—Lo trajeron aquí anoche. Feliu reconoció la voz de su padre llamando desde el patio.

No pensaba que fuera posible sentir más dolor, pero lo sentí entonces. Pobre Feliu. Esperé que recordase las palabras que su valiente padre había pronunciado para él.

—No se lo he contado a mamá —le confié a Conchita—. No quiero hacerlo todavía. Primero debemos salir de aquí.

Conchita asintió. Parecía disgustada por algo, pero noté que no era por la muerte de Xavier. Pensé en la Rusa y en cuánto había amado a mi hermano. Habría llorado ríos de lágrimas por él. Julieta se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi pierna. La atraje más cerca.

—¿Qué sabes de la Rusa? —le pregunté a Conchita—. ¿Qué fue de ella?

Los ojos de Conchita centellearon.

—¡No seas tan estúpida de preocuparte por ella! —soltó—. ¿Quién crees que nos traicionó? ¡Tu Rusa nos llevó directamente a una trampa!

—No —protesté—. La Rusa no haría una cosa así.

—¿De verdad? Pues según el amigo de mi padre, es una espía... ¡de los nacionales!

Sabía que lo que Conchita estaba diciendo era absurdo, pero estaba demasiado cansada y débil como para seguir discutiendo con ella. Tenía que pensar en ponerlos a salvo a todos. A pesar de la advertencia del amigo de su padre, no veía otra opción que regresar a nuestra casa.

Barcelona era un osario. Las calles alrededor de las vías del tren estaban salpicadas de sangre y el olor de la muerte se elevaba por todas partes. Pasamos delante de una iglesia cuya fachada estaba llena de agujeros de balas. Quizás a Xavier lo habrían matado allí y no en las vías. Nunca lo sabría.

Pasamos junto al cuerpo de una mujer que yacía en un portal con su bebé en los brazos. Por el aspecto y el olor debían de llevar allí cerca de una semana. Estaba convencida de que las autoridades los habían abandonado en ese lugar a propósito, para aterrorizar a la población. Pero a medida que nos acercábamos al Passeig de Gràcia, el ambiente cambió. Colgadas de un lado a otro de la calle y en las ventanas había pancartas que proclamaban: «¡Franco, salvador y padre!». Había curas y monjas por todas partes, al igual que hombres con el emblema de la Falange bordado en el abrigo. Pasó un camión cargado de mujeres y niños. Las mujeres hacían el saludo fascista y gritaban con entusiasmo. Llevaban el cabello limpio y rizado y los labios pintados. Parecían sanas y bien alimentadas, ni mucho menos como la gente que había vivido de las raciones. ¿Dónde habían estado escondidas aquellas

partidarias de Franco? Reconocí a Soledad Manzano y a la hermana pequeña de Maria Dalmau. Miré hacia otro lado, aunque no era seguro que nos hubiera reconocido dado lo hambrientas y sucias que estábamos. Así que las «buenas familias» de Barcelona podían descansar en paz de nuevo, ahora que todo había vuelto a la normalidad. Los pobres siempre serían pobres. Y ellos eran libres para volver a explotarlos otra vez.

Pensé en Xavier. Había sido uno de los hombres más privilegiados de España y, sin embargo, había dado su vida intentando construir un país más justo. Darme cuenta de que ahora yacía en una fosa común en alguna parte, mientras la gente insustancial y egoísta desfilaba celebrando la victoria, era quizá la píldora más amarga de todas las que había tenido que tragar desde que la República había perdido la guerra.

Tan pronto como entramos en casa, me arrepentí de haber regresado a ella. Las lámparas de araña estaban hechas añicos, alguien había machacado el piano con un hacha y habían garabateado obscenidades en las pinturas, muchas de ellas originales, de un valor incalculable.

—Deben de haber sido los moros —dijo mamá—. Esos salvajes no tienen ni la más remota idea de nada.

Ver la profanación de nuestro hogar supuso el golpe de gracia para ella. Se sentó en el primer peldaño de la escalera y se negó a moverse.

—Rápido —le dije a Conchita—, recoge algunas cosas imprescindibles y algo de ropa de abrigo. Será mejor que nos escondamos en la despensa y salgamos hacia la frontera esta noche.

—¡No estamos en condiciones de ir a pie hasta la próxima población, y mucho menos hasta la frontera! —exclamó.

No estaba de humor para que me viniera con esas.

—Pero tenemos que hacerlo. O aprovechamos la oportunidad, o moriremos aquí.

La mayor parte de nuestra ropa había sido robada, pero encontré algunos vestidos de lana y abrigos en los armarios de las criadas. También había desaparecido el dinero que había en la caja de caudales. Aun así, rebuscando en los cajones de los escritorios, en los bolsos y en los bolsillos de los abrigos conseguimos reunir unas pocas pesetas cada una.

—Espero que esto siga teniendo algún valor. La inflación podría haber empeorado mucho, o incluso podrían haber cambiado ya la moneda —dije.

Me arreglé lo mejor que pude y me metí el pelo bajo un sombrero antes de volver a salir para ver qué comida podía comprar. Evité las tiendas de nuestro barrio, donde podían reconocerme. Tenía las piernas hinchadas por la desnutrición, pero hice cuanto estuvo en mi mano para que pareciera que estaba bien y para seguir en marcha. Encontré a unas mujeres haciendo cola para comprar comida. Miré para asegurarme de que no usaban cartillas de racionamiento de los nacionales antes de

ponerme a la fila con ellas. Los precios eran como los del mercado negro. Lo único que pude comprar fue un pan y unas pocas aceitunas.

La incredulidad de Conchita de que fuéramos a llegar a la frontera francesa estaba justificada. Era probable que ya hubieran bloqueado las carreteras. Nos podían fusilar en el acto. Pero la idea de volver a la cárcel era mucho peor. Ojalá pudiera pensar con claridad, me lamenté. Por mucho que lo intentaba, no podía concentrarme. Pobre Rusa, pensé. Ella habría podido ayudarnos.

De camino hacia la tienda siguiente para comprar cerillas, vi un coche girando en la esquina. Lo reconocí enseguida y retrocedí para esconderme en un portal. Había pocos coches en Barcelona. Y, además, este era inconfundible. Era un Bentley con las puertas con paneles de madera. Sentí náuseas cuando vi al conductor vestido con el uniforme del ejército nacional. El pasajero era una hermosa mujer con un abrigo de visón blanco. El coche pasó despacio. Debía de estar alucinando. Pero el pelo oscuro y la piel morena rojiza eran inconfundibles. La Rusa.

Me quedé inmóvil y con la boca abierta. Como la víctima de una broma atroz. Recordé las palabras de Conchita: «Es una espía... de los nacionales». Cuando pasó el coche, no pude moverme durante un buen rato. ¿Necesitaba más pruebas de que la Rusa nos había entregado a las autoridades? ¿Había querido enviar a la muerte a Julieta y a Feliu! Una oleada de furia me recorrió el cuerpo. Y todo agravado por la impotencia de no poder cambiar nada de lo que había sucedido. ¿Habíamos confiado en aquella puta! La Rusa nos había traicionado. Y aún peor: había traicionado a Xavier, que la adoraba. Ahora ya veía a la Rusa como lo que era, como lo que siempre había sido: una fiera disfrazada de mujer.

No sé cómo encontré el camino de vuelta a casa. El dolor y la ira se apoderaron de mí. Sentía algunas partes de mi cuerpo agarrotadas por el odio y la furia, como si fuera un cadáver que experimentara el *rigor mortis*. Lo único que me hacía seguir poniendo un pie delante del otro era el deseo de estar de nuevo con mi familia, de proteger a Julieta y Feliu, de estar viva aunque solo fuera para fastidiar a todos los que querían que estuviéramos muertos.

Cuando me acercaba a casa, vi a un hombre, con abrigo negro y sombrero agachado, cerca de la entrada de servicio. Debía de ser uno de los falangistas, pensé. Se me heló la sangre. No me había visto, pero no podía dar la vuelta y alejarme de mi familia. No tenía otra elección que hacerle frente.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté.

Se puso de pie y sus ojos se abrieron de golpe con sorpresa.

—¿Evelina?

Miré aquella cara sin afeitar y el cabello desgredado. No lo reconocí. Pero entonces nuestras miradas se encontraron. Estaba tan demacrado y pálido como yo, pero aquella mirada despierta era inconfundible. ¡Gaspar! Corrí hacia él y me

estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Evelina —dijo una y otra vez mientras me besaba. Luego me cogió la cara entre las palmas de las manos, triste de repente—. ¿Sabes que Xavier ha muerto?

Asentí, demasiado agotada para llorar.

—Me he enterado de que has estado en la cárcel. He venido aquí todos los días a esperarte por si te dejaban en libertad. Pensé que cuando ejecutaron a Xavier... Bueno, ahora estás aquí.

—Oh, Gaspar —exclamé—, deberías haberte marchado. Es demasiado peligroso que estés en Barcelona ahora.

Gaspar negó con la cabeza.

—La vida sin ti no tiene sentido. Me alegro de haber corrido tantos riesgos. ¿Dónde está tu familia?

—Dentro de casa —le dije—. Excepto el pare. Murió en los ataques aéreos.

Gaspar volvió a estrecharme entre sus brazos. Entonces entendí cómo los besos de quienes han sobrevivido a una terrible experiencia son mucho más embriagadores que los de los amantes apasionados.

—Tenemos que esperar hasta que anochezca —me dijo—, pero conozco un camino para salir de la ciudad y una ruta que nos llevará hasta más allá de Figueres. Llegaremos a Francia de esa manera.

Cuando mamá vio a Gaspar, se puso de pie.

—Gracias por venir a ayudarnos —dijo sollozando mientras le besaba las manos—. Hemos vivido una pesadilla. ¿Nos vas a llevar hasta Xavier?

Gaspar me miró. Negué con la cabeza.

—Sí, *senyora* Montella —dijo Gaspar ayudándola a llegar a una de las pocas sillas que no estaban rotas—. Xavier ya está en Francia. ¿Podría usted comer algo de lo que ha traído Evelina y descansar después? Nos espera un viaje difícil y tenemos que salir esta noche.

Cuando mamá hubo comido un poco de pan y unas aceitunas, subí a su habitación para ver si podía encontrar mantas. Por algún milagro, no habían saqueado su dormitorio.

—Quiero descansar aquí —dijo ella.

Me di la vuelta sorprendida al verla allí.

—Pero no puedes, mamá. Debemos escondernos todos juntos abajo.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy cansada de estar asustada. Déjales que me cojan si quieren.

Yo también estaba demasiado agotada para discutir. La ayudé a quitarse los zapatos y a meterse bajo las mantas. Tenía los pies y las manos helados, así que le di masajes durante un rato.

—Os di a luz a todos en esta habitación —dijo—. A Xavier y a Margarida juntos, y después a ti.

—Duerme, mamá —dije, y le di un beso en la frente—. Vendré a buscarte cuando

tengamos que irnos.

Cuando volví abajo, Conchita y Feliu ya dormían en la despensa. Habían reunido material de los cojines desgarrados del salón para usarlo como colchones. Por otro lado, usaban como mantas los abrigos que habíamos encontrado. Hacía un frío que pelaba, pero dormían separados el uno del otro. Lo normal es que, en esas circunstancias, Conchita hubiera tratado de reconfortar a su hijo y rodearlo con su brazo, pero no era así.

Gaspar estaba sentado en la cocina, haciendo el caballito a Julieta. La niña gorjeaba encantada cuando él le hacía cosquillas en las mejillas.

Alzó la vista hacia mí.

—Francesc me escribió y me lo contó todo —dijo.

—¿Que Julieta es tuya?

—Nuestra —me corrigió Gaspar con una sonrisa.

Su cara había perdido toda su soltura juvenil, pero me hacía feliz verle sonreír. Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro.

—No sabía si habías recibido su carta.

—Te he escrito muchas veces, pero sospecho que la mayoría de las cartas que escribieron los soldados nunca llegaron a sus familias. Los aviones disparaban contra todos los vehículos, incluso los camiones del correo. Vi a la Rusa una vez cuando estuve en el frente. Conducía una ambulancia llena de agujeros... —Advirtió mi ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Fue la Rusa quien traicionó a Xavier —dije—. Delató a la policía dónde estaba escondido.

Gaspar me miró y negó con la cabeza.

—No es posible. Ella no haría eso. La Rusa vivía para Xavier. —Se estremeció antes de añadir—: A no ser que le sacaran esa información mediante tortura.

Le conté lo del Bentley que nos había seguido la noche de nuestra detención y cómo la Rusa había desaparecido. Luego le hablé de lo que había visto esa mañana. No podía dar crédito a lo que oía. Pero su duda se convirtió en certeza.

—Ella era la única que sabía cuál era su paradero —dijo cerrando los puños—. Es la única que podía traicionar a Xavier.

Permanecimos callados durante un buen rato. Julieta se quedó dormida apoyada en el pecho de Gaspar.

—Ella es nuestra esperanza —dijo. La besó en la coronilla—. Es quien nos dará una razón para continuar.

Cuando cayó la noche, subí al piso de arriba para despertar a mamá. Le toqué un hombro, pero no respondió.

—¡Mamá! —dije.

Abrió los ojos lentamente y me sonrió.

—Evelina —susurró—. Prométeme que te casarás con Gaspar y que serás feliz. Es un buen hombre.

La besé en la mejilla.

—Te lo prometo, mamá. Pero ahora tenemos que marcharnos.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy tan cansada, Evelina —dijo antes de inspirar bruscamente.

Jadeó como si el aire se le hubiera atascado en la garganta. Los ojos se quedaron inmóviles y después se entrecerraron. Su cuerpo se quedó flácido.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité.

Gaspar entró corriendo en la habitación. Miré mientras él intentaba reanimar a mamá estrechándola cálidamente y haciéndole la respiración boca a boca. Observé su cara en busca de alguna señal de vida. Pero era demasiado tarde.

Cuando comprendí que mi madre estaba muerta, las piernas me fallaron y me caí al suelo.

—¡Mamá! —sollocé—. Pobre mamá.

Gaspar se arrodilló a mi lado y me estrechó entre sus brazos.

—Tenemos que dejarla, Evelina —dijo dulcemente—. No podemos ponernos en contacto con un sacerdote ni tenemos tiempo para llevarla a la cripta.

Más tarde entendería que Gaspar había tomado la decisión correcta. El nuevo régimen había demolido la cripta de la familia Montella y habían arrojado los cuerpos de mi familia a una fosa común. Sin embargo, aquella noche el único consuelo que podía tener era que dejábamos a mamá metida en la cama en la casa que ella había amado.

Estaba tan afligida por su muerte que Gaspar tuvo que ayudarme a bajar la escalera. Abrió la puerta principal para mí y en el callejón nos unimos a Feliu y Conchita, que llevaba en brazos a Julieta. Juntos emprendimos el largo y peligroso viaje hasta Francia. Volví la cabeza solo una vez para ver el Passeig de Gràcia y la ciudad que había sido mi hogar. Musité una oración por todas las almas que habían perecido allí. Esperaba que un día se levantaran de nuevo y disiparan las tinieblas que se habían abatido sobre España.

Paloma

Mamie estaba agotada después de contar su historia. Me arrodillé delante de ella y le acaricié las manos. Tenía la piel helada. Ahora entendía por qué nunca había querido hablar de España antes. La tragedia de lo que sucedió era demasiado insoportable.

—¿*Mamie*? —dije.

Estaba tan pálida que pensé que podía desmayarse.

—De no haber sido por la mucha labia de tu abuelo, dudo que ninguno de nosotros hubiera sobrevivido —dijo de pronto—. Los franceses nos habrían metido en uno de sus bárbaros campamentos de refugiados, donde la gente caía como moscas. Vivimos en la casa de la Dordoña durante algún tiempo, pero después la vendimos e intentamos rehacer nuestras vidas en París, donde Gaspar pudo encontrar trabajo tocando el piano... Bueno, hasta la invasión alemana.

Negué con la cabeza.

—No es de extrañar que Conchita perdiera la cabeza.

Mamie se encogió de hombros.

—Intentó reunirse con su familia en Portugal, pero su padre la rechazó. Dijo que Xavier le había causado demasiada vergüenza. Hizo todo lo posible por rehacer su vida en París: se casó de nuevo e intentó ser una madre mejor para los gemelos que para Feliu. Pero entonces, claro, ocurrió el accidente. Creo que cuando, a los catorce años, Feliu se marchó de casa, ella se dio cuenta de que hay algunas cosas del pasado que no pueden arreglarse. Es posible que renunciara a la vida después de eso.

—Cuánto lo siento —dije—. Me habría gustado que Feliu hubiera estado más unido a nosotros.

Mamie asintió.

—Su padre habría querido que... Pero cada cual debe tomar sus propias decisiones. Creo que Feliu quiere olvidar su niñez.

Me levanté y me senté a su lado.

—Sigo sin entender por qué la Rusa traicionó a Xavier... ni por qué se volvió en contra de la República y se pasó a los nacionales.

—¿Que no lo entiendes? —dijo *mamie* fijando la mirada en la lejanía—. Es porque en lo más profundo de su ser siempre había odiado a mi familia, aun cuando intentaba que pareciera otra cosa. Nos culpaba de la muerte de su padre, un revolucionario que murió en los disturbios por la cuestión de Marruecos en 1909, así como de la muerte de su hermano, al que enviaron allí a defender las minas. Cuando la República se volvió contra los revolucionarios, ella se volvió contra la República. Era traicionera y estaba llena de rabia.

—Pero también vino a vivir a París después de la guerra —dije—. ¿Intentó

alguna vez ponerse en contacto contigo?

Mamie se miró las manos.

—Me escribió muchas veces diciendo que quería verme «para explicarse». —Mi abuela negó con la cabeza con desagrado—. ¿Te lo imaginas? Quería que yo le aliviara el sentimiento de culpa que sufría. ¡Esa mujer tenía las manos manchadas de sangre de mi hermano! No contesté nunca. Después, muchos años más tarde, se suicidó.

Aquella trágica historia se me grabó a fuego en el corazón. No había conocido a Xavier ni a los padres de *mamie*, pero sentía una profunda pena por la suerte que habían corrido. Me habría gustado saber todas esas cosas antes y haber hablado más con mi abuelo sobre su vida. Tal vez me hubiera comportado de otro modo con Feliu de haber conocido el motivo de su distancia respecto a nosotras.

Miré a *mamie*. La veía con una luz diferente. Su dignidad, su amabilidad y la serenidad habían sido cualidades que yo había admirado siempre, pero saber que las había conservado a pesar de haber sufrido tantos horrores hacía que la quisiera aún más.

—*Mamie*, estoy orgullosa de ti —dije.

Mi elogio pareció alarmarla.

—No —dijo, rechazando mi cumplido—, soy yo quien está orgullosa de ti. Del mismo modo que Julieta fue la razón para que tu abuelo y yo pudiéramos seguir adelante, tú eres la razón por la que me levanto de la cama cada día. Verte feliz es lo más importante para mí. Mientras te tenga, podré soportar todo lo demás.

Pegué mi mejilla a la de *mamie* y nos quedamos sentadas una junto a la otra en el sofá hasta que la luz del amanecer comenzó a bailar sobre los tejados de París.

—Eso es también lo que yo siento —dije—. Mientras te tenga a ti, *mamie*, podré soportar todo lo demás.

Me habría quedado con *mamie* esa mañana, pero mi clase con *mademoiselle* Louvet estaba prevista para las nueve y no podía faltar. Mientras iba y venía de prisa preparándome para el día, comprobaba cómo se encontraba *mamie*, que seguía en el salón. Estaba tan quieta y callada, que me pregunté en qué estaría pensando.

—Te quiero, *mamie* —le dije cuando llegó la hora de marcharme. Le di un abrazo—. Hasta esta tarde.

Ya en la calle, reparé en un BMW Longue de color marrón aparcado frente a nuestro edificio. El cristal de la ventanilla estaba bajado. Dentro había un hombre fumando un cigarrillo. Me recordó el día que fui a ver el lugar donde se había suicidado la Rusa. Seguía intrigándome por qué había traicionado a Xavier. A pesar de la explicación de *mamie*, algo me inquietaba. Sentía que me faltaba por conocer una parte importante de la historia.

Aunque no había dormido nada, me sentí extrañamente animada camino de la

estación de metro. Los colores y las formas a mi alrededor parecían más vivos que nunca. Los escaparates de las *pâtisseries* y las tiendas de ropa brillaban como el cristal. La gente que corría hacia el transporte público para no perder sus trenes parecía más animada y ruidosa que otras veces. Me llamó la atención la arena dorada y el agua azul turquesa de un anuncio de viajes al Caribe. En el tren, observé a los otros pasajeros con interés, en vez de ignorarlos como solía hacer. Me pregunté por las vidas que había detrás de aquellos rostros impassibles, por sus alegrías, sus tragedias, sus secretos.

El relato de *mamie* me había abrumado. En París había por todas partes recordatorios de los horrores de la Segunda Guerra Mundial: agujeros de bala y de metralla en los edificios, placas conmemorativas de los combatientes de la Resistencia caídos, monumentos en recuerdo de las víctimas del Holocausto. ¿Por qué la guerra en España parecía aún peor que todo aquello? ¿Era porque los españoles se habían matado entre sí? ¿Porque vecinos, amigos y familiares se habían vuelto unos contra otros? ¿O era porque el clero, que supuestamente era el representante de un dios bueno y misericordioso, había tomado parte en las atrocidades? ¿Qué somos los seres humanos?, me pregunté. Capaces de crear tanta belleza, pero responsables de tanto horror.

Pensé en la Rusa, «traicionera y llena de rabia». Que hubiera traicionado a Xavier me inquietaba. Seguía sin tener la menor idea de por qué me había visitado su fantasma. ¿Esperaba alguna clase de absolución? Si era así, ¿por qué me había visitado a mí y no a *mamie*? Apoyé la cabeza en la ventanilla y sentí la vibración del zumbido del tren en mi cerebro. *Mamie* había mencionado varias veces los aretes de oro que la Rusa llevaba hacia el final de la guerra. ¿Eran los mismos que me había dado? Si era así, ¿qué significaban? Me estremecí y decidí que ya no me preocupaba. Los arrojaría al Sena en la primera oportunidad que se presentara.

A pesar del carrusel de emociones que me recorría el cuerpo, conseguí darle a *mademoiselle* Louvet lo mejor de mí en la clase. Mis músculos eran fuertes y se movían con fluidez. Mis líneas eran perfectas. Me sentía imparable.

—Buen trabajo —me dijo al finalizar—. Me has ofrecido un compromiso completo. ¡Sigue bailando así y lo conseguirás!

Sin embargo, cuando me puse de nuevo la ropa de calle, regresó aquel sentimiento abrumador. Paseé por el Jardin des Tuileries para ordenar mis pensamientos. Los árboles desnudos del invierno me recordaron la descripción que *mamie* había hecho de las secuelas de los bombardeos de Barcelona por parte de los aviones italianos. Aquello había cambiado su idea del mundo y de cómo funcionaban las cosas. La historia de su familia había tenido el mismo efecto para mí. Pensé en lo que Xavier le había dicho: «No me arrepiento ni por un segundo de haber intentado construir un país mejor, de vivir momentos de grandeza. Tal vez nuestro sacrificio inspire a las generaciones futuras, o al menos las ayude a aprender de nuestros errores».

Una parte de mí se sentía abrumada por saber lo que unos seres humanos podían hacerse entre sí, aunque otra parte de mí anhelaba elevarse, causar un impacto positivo en el mundo. Todos aquellos pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Necesitaba hablar con alguien. Me pregunté si Jaime estaría en casa.

—¡Paloma! —exclamó Carmen al verme en la puerta—. ¡Qué sorpresa! Jaime no está aquí, pero yo iba a almorzar. ¿Quieres comer conmigo?

Mientras Carmen me servía con un cucharón un poco de sopa de verduras, recorrí con la vista su hermoso apartamento. No pude evitar sentir que me habían conducido al flamenco, que existía alguna relación entre la aparición de la Rusa y mi decisión de tomar las clases. Si no hubiera comenzado aquellas lecciones de flamenco, no habría conocido a Jaime, a Carmen y a los demás, que se estaban convirtiendo en una segunda familia para mí.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó poniendo el plato de sopa delante y dándome una cuchara—. Cuéntame. Pareces inquieta.

—*Mamie* me ha contado cosas de su vida en España —dije—. Nunca me había dicho nada al respecto hasta ahora. Solo lo ha hecho después de que Franco muriera. No puedo imaginar cómo ha sido para ella cargar toda esa tristeza durante años. Llevo toda la vida esforzándome para conseguir un lugar en el *Ballet* de la Ópera de París. Ha sido una obsesión para mí. Cuando suspendí la prueba el año pasado, me deprimí y me volví introvertida. Pero cuando pienso en mis abuelos y sus familias... Nunca tuvieron siquiera la oportunidad de vivir sus sueños. Me ofrecieron puestos en compañías de *ballet* de Nueva York y de Londres. Y yo los rechacé porque tenía mi corazón fijo en el *Ballet* de París. Ahora me siento como una imbécil por no comprender lo afortunada que soy solo por haber podido bailar.

Carmen extendió el brazo por encima de la mesa y me apretó la mano.

—No seas demasiado dura contigo, Paloma. Solo tienes dieciocho años. Pero si la historia de tu abuela te ha dado una visión ampliada de la vida, te ha hecho un favor al contártela.

Suspiré.

—No sé qué hacer con todos estos sentimientos. Ni siquiera estoy segura de que quiera hacer el examen para *Ballet*. De pronto me parece todo tan trivial.

Carmen pensó un instante antes de hablar.

—La historia de la guerra civil española es terrible... Por eso mucha gente que la vivió no puede hablar de ella. Tal vez quien la escuche no llegue a entenderlo bien. Pero parece que tú sí lo has comprendido.

—No es justo —dije—. Ahora que Franco ha muerto, los periódicos proclaman una «nueva España» en la que todos tienen que perdonarse unos a otros y olvidar el pasado. Pero ¿cómo puede alguien como *mamie* perdonar lo que le hicieron a su familia?

Carmen asintió.

—Estoy de acuerdo, Paloma. Nunca olvidaré que el amor de mi vida murió por

defender los derechos humanos. Lo que empeora las cosas es que al menos Mussolini y Hitler al final recibieron su merecido. Pero ¿dónde estaba la justicia para España? Franco vivió hasta llegar a viejo, consentido y cortejado por los mismos países que traicionaron a la República.

—Eso es verdad —dije—. Y en parte me siento mal por eso.

—Tampoco los asesinatos de Franco se detuvieron al final de la guerra —añadió Carmen—. Las órdenes de ejecución de sus oponentes continuaron hasta unos días antes de su muerte. Cuando siento la injusticia que ello supuso, me acuerdo de una inscripción que leí un día en una tumba, aquí, en el cementerio de Père-Lachaise: «Finalmente, todas las causas honorables triunfan, aunque al principio fracasen».

—Me gusta —dije.

—España va a ser una democracia —prosiguió Carmen—. Aunque nadie puede esperar que las generaciones más viejas perdonen, las más jóvenes tienen que encontrar alguna manera de entender el pasado y sacar el país adelante. Me gustaría formar parte de ese proceso, aunque todavía no sé cómo. Tienen muchas profesoras de flamenco, pero no bastantes compañías de baile. —Sonrió y me tocó la mejilla—. A lo mejor tú y yo formaremos nuestra propia compañía de flamenco-*ballet* un día. Tal vez por medio del baile ayudemos a que cicatricen todas esas heridas —añadió.

—Quizá lo hagamos —dije.

De pronto sentí que mi mundo se abría en un abanico de posibilidades. No tenía por qué pertenecer a una única compañía de *ballet* el resto de mi vida.

Carmen miró su reloj.

—Tengo una alumna dentro de diez minutos, pero esta noche ha habido una cancelación. ¿Por qué no vienes y damos una clase? Te enseñaré algunos pasos que te levantarán el ánimo. ¡Y sé de cierto joven que estará muy contento de verte!

Pensé en Jaime y sonreí.

—Yo también estaré muy contenta de verle a él.

Cuando llegamos a la puerta, le dije:

—Me gusta de verdad esa inscripción del cementerio: «Finalmente, todas las causas honorables triunfan, aunque al principio fracasen». ¿Te acuerdas de quién era la tumba? Me gustaría verla.

Carmen sonrió.

—Es fácil. Es lo que pone en la tumba de la artista de flamenco más famosa de España: la Rusa.

La revelación de Carmen sobre la inscripción en la tumba de la Rusa aumentó mi desconcierto. ¿Cómo podía venir un sentimiento tan esperanzador de alguien que se había quitado la vida? Por supuesto, la inscripción podía responder al encargo de algún amigo bienintencionado que seguía pensando que la Rusa era una heroína de la República, pero yo continuaba sintiendo que había algo fundamental en toda aquella

historia de la Rusa que se me escapaba.

Pasé por el quiosco de Micheline para recoger los periódicos de *mamie* de camino a casa: *Le Monde* y *Libération*. *Mamie* leía los periódicos progresistas desde que yo podía recordar, pero ahora entendía por qué: su vida en España la había dotado de una fuerte conciencia social y había recibido una fuerte influencia de Xavier y Margarida.

Le di las gracias a Micheline. Me paré en seco de camino al apartamento. ¡Margarida! Recordé los detalles del relato de *mamie* sobre sus últimos días en España. No había mencionado qué había sido de su hermana. ¿Había conseguido cruzar la frontera? Hice un cálculo mental: si todavía estuviera viva, mi tía abuela tendría setenta y seis años.

Mi corazón latía con rapidez mientras me dirigía a casa a toda prisa. Desde que *mamie* había comenzado a hablar de España, yo había descubierto que Feliu era mi tío segundo. ¡A lo mejor también tenía una tía abuela en alguna parte! Pensé en cómo *mamie* había descrito a Margarida. Parecía una mujer fascinante. Sería maravilloso conocerla. Crucé apresuradamente las puertas del edificio. Estaba deseosa de hablar de ello con *mamie*. Sin embargo, me quedé paralizada cuando vi a mi padre caminando de un lado a otro por el patio. Tardé un momento en reconocerle. Papá solía llevar el pelo largo y patillas; generalmente vestía jerséis de cuello alto y pantalones de pana llenos de pelos de gato. Ahora lucía un buen corte en los lados y en la nuca. Además, vestía un traje de color gris plateado, abrigo azul marino y zapatos de charol. Parecía más un elegante hombre de negocios francés que un pianista. ¿También le vestía Audrey ahora? Y lo más importante: ¿qué hacía aquí? Entonces recordé que había prometido llamarle cuando regresara de su gira. No lo había hecho porque ya no había ninguna necesidad: era evidente que había tenido una aventura con Arielle Marineau. Lo odié por aparecer así.

—¿Qué haces aquí? —Quería acabar cuanto antes con ese encuentro difícil. Así podría ir a hablar con *mamie*.

Mi padre se dio la vuelta. Mi tono hostil le disgustó.

—¡Paloma! —Se inclinó hacia delante para besarme, pero yo retrocedí.

—¿Querías algo? —pregunté.

Se pasó la mano por el poco pelo que le quedaba.

—Lo siento —dijo.

¿Por qué pedía disculpas? Si era por traicionar a mamá y casarse con Audrey, era demasiado tarde.

—Vengo del hospital y la cosa no pinta bien —continuó.

Al principio me pregunté si estaría reproduciendo una conversación de cuando mamá estaba moribunda, pero entonces la verdad me golpeó. Una sensación de náusea me roía la boca del estómago.

—¿*Mamie*?

Papá asintió.

—Se desplomó mientras daba una clase. Las alumnas pidieron una ambulancia.

El mundo entero pareció girar a cámara lenta. Apenas oí el resto de lo que mi padre me dijo mientras me llevaba hacia su coche. La sangre me zumbaba en los oídos.

—Audrey está llamando a los padres para informarlos de que las clases se cancelan —dijo mientras abría la puerta del acompañante de su coche deportivo Triumph y me ayudaba a entrar en su interior—. Encontrará a una profesora que pueda hacerse cargo de ellas hasta que sepamos qué hacer con la escuela.

Mi padre ocupó el asiento del conductor y me miró un instante antes de poner en marcha el motor.

—Lo siento, Paloma —dijo—. Sé cuánto significa *mamie* para ti.

Volví la cara hacia la ventanilla para no tener que hablar con él. Comenzaba a llover. Unas gotitas se deslizaron por el cristal y desaparecieron en el cerco de goma. «Mientras te tenga, podré soportar todo lo demás», le había dicho a mi abuela esa misma mañana.

El médico de *mamie* se reunió con nosotros en el pasillo. Era un hombre alto y con la piel tan pálida que las luces fluorescentes ponían en evidencia sus venas azules.

—Ha salido de cuidados intensivos —dijo—. Ha estado muy grave, pero se ha estabilizado. Tenemos que evaluar todavía los daños que ha sufrido el corazón.

Me dejaron ver a *mamie* un momento. Estaba con un aparato de oxígeno y con goteros. Tenía la cara gris. Era la primera vez que mi abuela me parecía una anciana. Me temblaron las piernas cuando me acerqué a la cama. Me quedé a su lado y le acaricié ligeramente un brazo. *Mamie* abrió los ojos.

—Lo siento, *mamie* —susurré—. Ha sido porque te hice hablar de España. No sabía que tenías el corazón delicado.

—Al final es lo que acaba con las mujeres de la familia Montella —dijo con voz débil—. Nuestros corazones.

Recordé su relato de cómo había fallecido su madre. No podía soportar imaginar la vida sin *mamie*.

—Por favor, ponte bien —le supliqué con una voz que pareció pequeña en aquella habitación estéril—. No hablaremos más de España. Solo hablaremos del futuro.

Mamie asintió y me dedicó una leve sonrisa.

—Solo del futuro —repitió.

Papá y yo volvimos al apartamento en silencio. No me miró hasta después de detener el coche junto al bordillo.

—Audrey dice que deberías venir a vivir con nosotros mientras *mamie* esté en el hospital.

En un momento así, no podía soportar que mencionara a su nueva esposa: la

mujer que había sustituido a mamá.

—¿Ahora todos hacemos lo que dice Audrey?

Mi padre ignoró mi comentario.

—Cuando *mamie* salga del hospital, buscaré una enfermera para que la cuide. Pero tienes que prepararte para el examen. Es mejor que te concentres en él en vez de tener que arreglártelas tú sola.

—Eso estaría bien —dije en tono sarcástico—, ¡si no hubieras echado por tierra mis posibilidades de entrar en el *Ballet*!

Papá me miró incrédulo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Arielle Marineau me odia y por fin he averiguado el motivo. Tuviste una aventura con ella y después la dejaste plantada, cuando te enteraste de que mamá estaba embarazada de mí.

Papá dio una palmada en el salpicadero. Yo di un respingo.

—Porque esa es la clase de cabrón que soy, ¿no es eso, Paloma?

Lo miré fijamente, mientras la rabia crecía dentro de mí. Me había dicho a mí misma que mi padre ya no significaba nada en mi vida. Pero no era verdad. Aún me podía hacer daño.

—¡Sí, eres un cabrón! —grité—. ¡Un cabrón por engañar a mamá cuando se estaba muriendo! ¡Un cabrón por casarte con Audrey antes de que el cuerpo de mamá estuviera frío en la tumba!

La cara de mi padre se demudó. Se le desencajó la mandíbula y resopló. Pareció mirarme sin verme. Durante un momento de locura, pensé que podía pegarme. Pero no lo hizo. Se inclinó por encima de mí y abrió de golpe la puerta, dejando entrar una aguda ráfaga de aire invernal.

—¡Bájate del coche, Paloma! ¡Arréglatelas por ti misma si es eso lo que quieres! ¡Fuera! —gritó.

Salí a la acera. Papá cerró la puerta de golpe. Me miró un momento y después se alejó a toda velocidad.

Miré el coche desaparecer al girar en la esquina. Era el momento menos indicado para iniciar una pelea, pero llevaba la angustia guardada dentro de mí desde la muerte de mamá. La repentina enfermedad de mi abuela me traía los recuerdos de cómo era perder a alguien a quien adoraba. Quería un padre que me pusiera a mí en primer lugar. Que fuera bueno y que nunca hubiera engañado a mi madre. Pero era demasiado tarde para eso: mi padre no era ese hombre y nunca lo sería.

En casa, me llevé a *Diaghilev* y el teléfono a mi dormitorio. Cerré la puerta. El apartamento parecía vacío sin *mamie* y la pelea con mi padre me había dejado llorando. Me acosté en la cama, agotada pero también asustada por la posibilidad de que la Rusa pudiera escoger esa noche para aparecer.

Llamé a Carmen para decirle que no podía ir a clase. Fue Jaime quien contestó al teléfono.

—Voy a buscarte —dijo cuando le conté lo de *mamie*—. No vas a quedarte ahí sola.

Mamie tuvo que someterse a una intervención quirúrgica y estuvo en el hospital más de un mes. Cada mañana me despertaba temiendo que pudiera haber fallecido durante la noche, como había ocurrido con mamá. Carmen llamó por mí al hospital cada mañana temprano antes de que yo saliera del apartamento. Cuando oía sus palabras, «La enfermera dice que tu abuela está bien», sentía el deseo de arrodillarme y dar gracias a Dios.

Continué con mi preparación para el examen, pero mis visitas a *mamie* eran una parte mucho más importante de mi día a día. Me quedaba sentada con ella mientras desayunaba antes de salir a la clase con *mademoiselle* Louvet y regresaba todas las noches después de cenar para leerle los periódicos.

—Eres la nieta que todas las abuelas quisieran tener —me decía *mamie*.

Una noche, cuando ya había comenzado a mostrar una notable mejoría, llevé a Jaime para que la conociera.

—¿Así que tú eres el joven que está cuidando de Paloma? —dijo.

—Todo lo que ella me lo permite —dijo él con una elegante sonrisa.

Dejó las rosas que había traído en la mesa auxiliar.

Mamie sonrió.

—Es testaruda, de eso no te quepa la menor duda.

—¿La vais a tomar conmigo los dos? —les pregunté.

Compartieron una sonrisa de complicidad. Jaime se sentó en la silla que había al lado de la cama de *mamie*.

—¿De dónde saca Paloma su terquedad? —preguntó—. De usted no, estoy seguro. ¿Quizá de su abuelo?

Una extraña mirada se asomó a la cara de *mamie*. Por un instante pensé que podía sentirse mal. Pero aquella expresión se desvaneció y volvió a sonreír.

—Debería usted conocerla, joven —le dijo en tono de broma—. Ese desafío es una característica catalana. Y Paloma lleva sangre catalana en sus venas.

Después, cuando Jaime fue a buscar un jarrón para poner las flores, *Mamie* se inclinó hacia mí.

—Me gusta —dijo—. ¿Su familia es andaluza?

Asentí.

Pareció pensárselo un momento.

—Bueno, de todos modos es un caballero. Haced todo lo posible para haceros felices el uno al otro. Nunca se sabe lo que la vida puede depararte.

Mi vida se convirtió en un torbellino de preparación intensiva, visitas a *mamie* en el

hospital y estancias con Jaime y su familia.

Tuve que adaptarme a vivir en el apartamento de Carmen. Estaba acostumbrada al silencio y a mucho más espacio, pero me encantaba formar parte de una casa animada. A veces, Jaime, Carmen, Isabel y yo nos quedábamos hablando, cantando o bailando hasta altas horas de la noche... o hasta que algún vecino se quejaba. Me descubrí marcando ritmos flamencos con los dedos en el metro, en el café mientras esperaba a Gaby, en los azulejos mientras me duchaba. El flamenco me ayudó a mantener el ánimo durante esa época de ansiedad.

Jaime me había dejado su habitación. Él dormía en el sofá mientras tanto.

—Es un buen entrenamiento para las giras —dijo con una sonrisa caballerosa.

Me encantaba dormir en la habitación de Jaime. Todas las noches, antes de apagar la luz, miraba todas las cosas relacionadas con el flamenco, así como los otros objetos que había coleccionado y que significaban algo para él. Una noche vi en su mesa de trabajo el colgante del murciélago de peltre que le había visto llevar en la primera clase de flamenco a la que asistí. Lo cogí, bajé la escalera y entré en el salón. Jaime aún estaba despierto, tocando bajito una melodía en la guitarra.

Le enseñé el colgante.

—Siento curiosidad por esto —le dije—. ¿Es algo del sur de España?

Jaime negó con la cabeza. Apartó la manta para que me acurrucara junto a él en el sofá.

—Me lo regaló un amigo mío del conservatorio. Cree en el simbolismo que le dan a estos objetos los indígenas norteamericanos. En esa cultura, el murciélago representa la intuición, los sueños y la visión. Pero también otorga la capacidad de conocer los engaños o la ambigüedad.

Me apoyé en Jaime y examiné de nuevo el colgante. Por razones que no podía explicar, me fascinaba.

—¿Por qué no te lo pones tú? —sugirió Jaime, que me quitó el colgante de la mano.

Me levanté el pelo para que pudiera abrocharme el cierre en la nuca.

—Gracias —le dije, apretando la mejilla contra la suya—. Tengo la sensación de que hay algo que se me escapa. Quizás el murciélago me ayude.

Aunque me preparaba varias horas al día para el examen de *ballet*, seguía encontrando energía para las clases con Carmen. Tal vez me vaya a España con ella un día, pensaba. Tal vez me convierta en una artista de flamenco-*ballet* y comenzaré una nueva versión de ambas artes. Una cosa era segura: iba a aprovechar cualquier oportunidad que se me presentara, ya fuera recibir clases de una magnífica bailarina como *mademoiselle* Louvet o vivir con una familia de artistas flamencos. Había conocido la historia de gente que había sufrido muertes terribles en España, y yo vivía en un país donde la libertad de expresión era una de las insignias nacionales. No tenía ninguna excusa para no sacar el mejor provecho posible de mi vida.

Una mañana que fui a visitarla, *mamie* me preguntó por papá.

—Cuando me desplomé, *madame* Carré llamó a tu padre. Vino enseguida. Lo primero que me dijo fue que no me preocupara por ti. Que él te cuidaría. Pues bien, ¿dónde está?

Audrey había contratado a otra profesora para mantener abierto el estudio de *mamie*, pero no había intentado contactar más conmigo. Tampoco papá. Después de cómo se había marchado, me habría sorprendido que papá me hablara.

—Lo he mandado a paseo, *mamie*. Ya no nos llevamos bien.

Mamie me miró a los ojos durante un buen rato antes de decir:

—Quizá tengas que perdonarlo, Paloma. Al fin y al cabo, es tu padre.

Mientras iba a la clase de *ballet*, pensé en el cambio de opinión de *mamie* respecto a mi padre. ¿A qué se debía? La primera vez que le conté que salía con Audrey, la había escandalizado tanto como a mí que pudiera ir en serio con una mujer cuando había pasado tan poco tiempo desde la muerte de mamá. ¿Qué había cambiado? Quizá tenía miedo de que, si ella moría, yo me quedara sin una familia propia.

Esa noche encontré el número de teléfono de Feliu en su agenda. Vivía en Marsella. Era de la familia, ¿no? Pero sabía tan poco de él. Ya casi tenía cincuenta años. ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Sería feliz?

Escuché el tono del teléfono, sin estar segura de si estaría en casa.

—Dígame.

—¿Feliu?

—¿Quién es?

Quise decirle que era su prima. Que *mamie* me lo había contado todo sobre lo que pasó en España. Que ahora comprendía su dolor y deseaba que hubiera alguna manera de poder ayudarlo. En cambio, dije:

—Soy Paloma Batton. Quería que supieras que *mamie* está en el hospital. La han operado del corazón.

Feliu se quedó en silencio. Al principio me pregunté si habría colgado.

—Lo siento —dijo por fin—. ¿En qué hospital está? Le enviaré unas flores.

Le di la dirección algo decepcionada. Esperaba que dijera que iba a venir a París. Había tantas cosas que quería preguntarle. Por el relato de *mamie*, me parecía que hubo un tiempo en que estuvo muy cerca de ella, de que *mamie* había sido para él más madre que Conchita.

Un día fui a ver a Conchita cuando volvía de la escuela de *ballet*. Quería asegurarme de que seguía recibiendo sus remesas de alimentos. Estuve sentada con ella un par de horas para hacerle compañía. También a ella la veía ahora con una luz diferente. La sorprendí con mi cálido abrazo. Y le dije que la quería. No era simplemente una belleza excéntrica y avejentada, una amiga de *mamie*; ahora sabía que era de mi familia. La admiraba porque había sobrevivido a algo terrible. Quise preguntarle cómo era posible que hubiera llegado a pensar que Franco era un gran hombre cuando a su marido lo habían ejecutado los franquistas, cuando ella misma

había estado en la cárcel y había tenido que exiliarse. Sabía que algunos monárquicos liberales, no solo fascistas y franquistas, tendrían una perspectiva diferente de los puntos débiles de la República y sus propias historias de atrocidades cometidas por el ejército republicano. Pero Conchita era mayor que *mamie* y mucho más frágil. No quería correr el riesgo de causarle el mismo tormento del recuerdo que había desencadenado el ataque al corazón de *mamie*.

Después de la visita, subí a nuestro apartamento. *Mamie* me había pedido que le llevara algunas de sus cosas al hospital. Entré en su dormitorio y me di cuenta de que no había estado allí desde que el abuelo murió. Mientras que mi habitación era austera, con las paredes y las cortinas blancas, la de *mamie* se parecía al camerino de una estrella de cine de los años treinta, con un tocador con espejo y una araña de cristal de Swarovski en el techo. Pude oler su perfume de muguete de marca. Me senté en el cubrecama acolchado de satén y me imaginé al *avi* como un músico de club nocturno y a *mamie* como una glamurosa dama de sociedad. Habían perdido esas partes de su pasado, pero un recuerdo vivo de ese tiempo seguía en su dormitorio.

Fui al armario de *mamie* y saqué un albornoz. A su lado vi el salto de cama de seda oriental y los cambié. ¿Por qué *mamie* no podía ir elegante en el hospital? Encontré una cinta de cabello y una bolsa de cosméticos en el cajón del tocador. Busqué algo para guardarlo todo. Había un maletín de viaje en la balda de arriba del armario. Me puse de puntillas y lo saqué. Algo puntiagudo me cayó en la cabeza y golpeó ruidosamente contra el suelo. Al bajar la mirada vi un gran cuaderno abierto cerca de la cama. Lo recogí para ponerlo en su sitio. Lo que vi escrito me llamó la atención: Pero según voy contando la historia, me doy cuenta de que debo detenerme. A Paloma a veces se le escapa lo obvio, pero en otras ocasiones es muy aguda. No quiero revelar lo único que no necesita saber. Si se enterase, destruiría su paz de espíritu para siempre...

La anotación estaba sin terminar. Mi vista se precipitó hacia la parte superior de la página: «Queridísima Margarida».

Me senté en la cama y hojeé el diario. Había decenas de anotaciones dirigidas a Margarida. Levanté la vista hacia la balda y vi más diarios amontonados allí. Estaban ocultos por el maletín de viaje. Me subí en la otomana y los bajé. Las anotaciones se remontaban a 1939 y contaban en detalle todos los acontecimientos significativos en la vida de *mamie* desde esa fecha, incluidos el matrimonio de mamá y mi nacimiento. Debía de haber copiado en su diario todas las cartas que había enviado a Margarida. ¡Así que Margarida estaba viva! Pero ¿dónde estaba?

Hojeé los diarios y encontré varias referencias a Australia. Registré el armario buscando las respuestas de Margarida a *mamie*, pero no pude encontrar ninguna. Era como si lo supiera todo y no supiera nada. ¿Qué quería decir *mamie* con aquello de que a veces se me escapaba lo obvio? ¿Qué se me había escapado de su relato? ¿Algo sobre ella? ¿Sobre Xavier? ¿Sobre la Rusa?

Cuando fui a visitar a *mamie* esa tarde, no sabía si debía preguntarle por Margarida. Su hermana querría tener noticias sobre el estado de *mamie*, pero si sacaba a colación los diarios, que obviamente eran privados, podía enfadarse conmigo otra vez. No quería correr el riesgo de que nada pudiera causarle más tensión a su corazón.

En cualquier caso, cuando llegué, *mamie* estaba en la sala de televisión, así que no hubo ocasión de hablar con ella en privado.

Me senté a su lado y le tomé la mano. Parecía débil. Comprendí que nunca podría hablar de Margarida sin temor a que eso la hiciera enfermar de nuevo. Supongo que no lo sabré nunca, pensé. Suspiré para mis adentros.

Una semana después de descubrir los diarios, vi a mi segundo fantasma. Me estaba esperando en el vestíbulo del hospital cuando salí después de visitar a *mamie*. La recepcionista del turno de noche había ido a un recado y las luces del vestíbulo habían sido atenuadas. El fantasma se levantó de una silla en la zona de espera. Tenía los ojos de color miel y los rasgos finos de *mamie*: ¡Xavier! El corazón me dio un vuelco y la sangre se me heló en las venas. Me quedé paralizada mientras él caminaba hacia mí.

La recepcionista de noche volvió a su mesa y le hizo una seña con la cabeza a la aparición. Comprendí que no era un fantasma. ¡Era Feliu! *Mamie* había dicho que era el vivo retrato de su padre. Ahora que sabía cosas de Xavier, podía verlo.

—¿Paloma? —preguntó tendiendo la mano para estrechar la mía. Su piel era cálida y firme: era real—. Cómo has crecido —dijo—. Solo tenías catorce o quince años la última vez que te vi. ¿Cómo está *tia* Evelina? Acabo de llegar a París: lamentablemente, demasiado tarde para el horario de visita. Pero la enfermera me ha dicho que estabas con ella.

Ahora que sabía quién era Feliu, lo miré fijamente. La piel de sus manos era áspera y estaba llena de pecas. No había nada en él que hiciera pensar que había sido el hijo del gallardo heredero de una de las familias más ricas de Barcelona. También había tristeza en sus ojos. Era terrible para un hijo único estar distanciado de su madre, sobre todo cuando ella envejecía. Pero ¿cómo podía juzgar yo a Feliu? Debía de tener sus razones. Al fin y al cabo, yo también era hija única y también estaba distanciada del único de los dos progenitores que me quedaba.

—¿Quieres cenar conmigo? —le pregunté.

En el acto, aquel nerviosismo que me recordaba a un gorrión volvió a Feliu. Noté que se sentía incómodo con cualquiera de su familia, incluso conmigo.

—Tengo que irme —dijo volviéndose hacia la salida—. He de salir de madrugada.

Sabía que solo disponía de unos segundos para preguntar cualquier cosa que pudiera ayudar a resolver las preguntas que tenía sobre la historia de *mamie*.

—Disculpa —dije con voz suplicante—. He encontrado copias de cartas que *mamie* ha escrito a su hermana Margarida. Se remontan a 1939. Y la última tenía fecha de la semana pasada. Parece que vive en Australia. Me gustaría escribirle para contarle cosas de *mamie*. ¿Sabes dónde está ahora?

Feliu se estremeció.

—¿*Tia* Margarida? —Negó con la cabeza—. Tal vez las cartas sean una manera de ayudar a *tia* Evelina a sobrellevarlo. Estaban muy unidas.

Se me revolvió el estómago.

—¿A sobrellevarlo? —repetí—. ¿Entonces Margarida está muerta? —dije. Tragué saliva. «Que haya muerto en paz», recé, pero noté que algo terrible se acercaba—. ¿Qué le sucedió?

Por un instante, pareció que Feliu iba a echarse a llorar, pero su voz se mantuvo firme.

—Yo solo sé lo que me contó el *oncle* Gaspar. —Dudó y se miró las manos—. *Tia* Margarida llevó a un grupo de refugiados republicanos a la frontera en enero de 1939. Cuando llegó a Figueres, se enteró de que nos habían detenido. Regresó a Barcelona para intentar organizar nuestra liberación, pero la capturaron y también la detuvieron.

Las piernas se me adormecieron. Tuve que sentarme.

—Lo que tienes que comprender —dijo Feliu, que dio un paso hacia mí— es que el ejército de Franco estaba lleno de gente de extrema derecha. Las mujeres como *tia* Margarida, que desempeñaban un papel en la vida pública, que llevaban el pelo corto y vestían ropa moderna, les resultaban abominables. Tenían una manera especial de tratar a las mujeres así: les rapaban la cabeza, las violaban y las hacían desfilar por las calles antes de matarlas.

Sentí que el estómago se me removía.

—¿Es eso lo que le pasó a Margarida?

Feliu asintió.

—¿Y *mamie* lo sabe?

—El *oncle* Gaspar encontró el cuerpo de *tia* Margarida mientras aguardaba esperanzado a que nos sacaran de la cárcel —dijo Feliu—. La habían colgado en el salón de música de nuestra casa. Cortó la cuerda y llevó su cuerpo a la cripta de la familia Montella. El *oncle* Gaspar nunca quiso que *mamie* lo supiera, pero otros refugiados españoles se lo contaron. Es probable que fuera por eso por lo que comenzó a escribir en 1939. Debió de ser su manera de hacer frente a lo que le habían hecho a la *tia* Margarida: convencerse de que nunca había ocurrido y que su hermana estaba sana y salva en Australia.

Apenas podía respirar. *Mamie* debía de saber también que el cuerpo de Margarida fue arrojado a la fosa común junto con los de sus abuelos y su padre. Pensé en lo que me había contado sobre el día en que encontró a Xavier y a Margarida de pie ante la fosa común el día de Todos los Santos, compadeciendo a las personas anónimas que yacían allí enterradas. Tuve que doblarme hacia delante hasta que aquella ligera

sensación de mareo desapareció. No había pensado que en el relato de *mamie* pudiera haber algo más trágico, pero lo había. Pobre *mamie*: escribiendo a una hermana a la que tanto quería y a la que no volvería a ver.

Levanté la vista para preguntar a Feliu por la Rusa, pero ya no estaba.

Paloma

Fueron unas Navidades extrañas sin *mamie*, que estaba todavía en el hospital, Pero al menos las pasé con la familia de Jaime. Y todos juntos visitamos a *mamie* antes de ir a la misa de gallo y le llevamos un potaje de garbanzos y espinacas que Vicenta y Carmen habían cocinado para ella: «No podemos dejar que tu abuela tome esa comida insípida del hospital el día de Nochebuena», afirmó Vicenta.

—Mire, Evelina —dijo Carmen después de que yo hiciera las presentaciones—. Le hemos hecho un potaje delicioso. —Levantó la tapadera de la cacerola y propagó el olor a comino y pimentón por toda la planta. Miró a la enfermera de *mamie*—. No tiene muchas especias, de verdad.

Mamie apenas consiguió meter baza en la conversación mientras Vicenta y Carmen le hablaban de todos los temas habidos y por haber: la calidad cada vez menor de los artículos en los mercados de Navidad, el número cada vez mayor de turistas que visitaban París en invierno, cómo Jaime se había roto un brazo cuando era niño y todos pensaron que nunca podría tocar la guitarra.

—Nuestros hijos y nietos son mucho más fuertes de lo que creemos —dijo Vicenta.

Cuando llegó la hora de poner fin a las visitas, *mamie* me llamó para que volviera mientras los demás iban hacia la puerta. Me miró fijamente a los ojos y noté que había algo que quería decirme. Pero entonces entró la enfermera con los medicamentos de *mamie* y corrió ruidosamente la cortina que rodeaba la cama, indicando que tenía que salir.

—Hasta mañana —le dije a *mamie*, y le di un beso en la frente.

Cuando llegué a la mañana siguiente, esperaba que *mamie* me contase lo que tuviera en su mente el día anterior. En cambio, me dio la noticia de que había ido a verla el especialista y pensaba que se habría recuperado lo suficiente para volver a casa a principios de enero. Estuve sentada con ella mientras desayunaba, pero de lo único que hablamos fue de lo bien que le caían Jaime y su familia.

El nuevo año vino y se fue. No me presenté en la fiesta del cincuenta cumpleaños de mi padre. Y no me sorprendió que no hubiera más ruegos de Audrey para que asistiera. Fiel a su palabra, mi padre contrató una enfermera para que cuidara a *mamie* y cocinara para ella cuando salió del hospital. Ordenó que se le enviaran las facturas él.

Las alumnas aceptaron bien a la nueva profesora, Jeannette. Por lo que *mamie* decidió que se quedaría con ella de modo permanente.

—Puede que haya llegado el momento de retirarme y dejar que alguien más joven se haga cargo de todo esto —me dijo.

No hice a *mamie* más preguntas sobre España y ella tampoco sacó el tema. Había llegado a creer que cuando había escrito en su diario que se me escapaba lo obvio se refería a Margarida. Cada vez que pensaba en lo que Margarida debía de haber sufrido a manos de los nacionales, me entraban ganas de echarme a llorar. Pero no dejé que me destruyera, como *mamie* temía. En cambio, recurría al orgullo que sentía por formar parte de una familia de mujeres fuertes. Daba todo lo que tenía en mi aprendizaje, pero no sentía ya que el *Ballet* de la Ópera de París fuera la única compañía del mundo en la que valiera la pena ingresar. Me motivaba más la idea de desarrollarme plenamente como bailarina, de demostrarle a Arielle Marineau que no había podido conmigo.

Cuando tuve plena confianza en que *mamie* estaba recuperándose, pude centrarme completamente en mi preparación. Los meses pasaron volando. El verano llegó antes de que me diera cuenta. La noche antes del examen dormí bien, no como el año anterior, cuando la pasé en blanco dando vueltas en la cama, repasando mentalmente cada paso de mis variaciones. A la mañana siguiente tuve que ponerme maquillaje extra para ocultar las bolsas bajo los ojos. Tampoco dejé que *mamie* me llevara en el coche a la prueba. Insistí en ir sola. Pero esta vez, mientras volvía a mirar el bolso y las zapatillas de *pointe* para asegurarme de que lo llevaba todo, me alegré de que Carmen y Jaime me llevaran al Teatro de la Ópera de París.

Oí el Fiat de Carmen en cuanto entró en la calle: la canción *You Sexy Thing*, de Hot Chocolate, salía a todo volumen de la radio.

—¿Estás lista? —preguntó *mamie*, asomando la cabeza por la puerta—. Parece que ya están aquí.

Me levanté y la abracé.

—Este año puedes venir —le dije—. ¿Estás segura de que no quieres?

Mamie negó con la cabeza.

—Soy yo quien estaría tensa —dijo riendo—. Ve y haz todo lo que sabes. Estarás magnífica.

Carmen y Jaime estaban esperándome en el coche. Jaime bajó y me besó antes de subir al asiento trasero.

—No quiero que te den calambres en las piernas por ir sentada aquí —dijo con una sonrisa burlona.

Cuando llegamos a la Ópera, sonreí a las columnas doradas y a las columnas de mármol rosado. El edificio era un viejo amigo. Carmen aparcó el coche y todos nos bajamos. Jaime y ella esperarían en un café de las inmediaciones mientras yo hacía el examen.

—¿Estás bien? —preguntó Jaime.

—Sorprendentemente, sí.

—Muy bien —dijo, y después me besó apasionadamente en los labios, aunque su

tía estaba allí mismo.

Carmen carraspeó y nos separamos.

—Cuando volvamos a verte, Paloma —dijo—, serás miembro del *corps de ballet*.

Crucé la calle y me volví para saludarles con la mano. Habían cambiado tantas cosas, pensé. Jaime y yo habíamos hablado de lo que podría significar para nuestra relación mi incorporación al *corps de ballet*.

—Habrás muchas horas de ensayos y actuaciones, y menos tiempo para pasarlo juntos —le había dicho—. ¿Te preocupa?

Negó con la cabeza por toda respuesta.

—¿No?

Jaime sonrió.

—Nunca se sabe lo que va a pasar en el futuro..., pero ahora mismo sé que esto es algo que tienes que hacer y estoy orgulloso. Sienta bien estar contigo... Estoy seguro de que resolveremos los detalles menores a medida que avancemos.

Sienta bien estar contigo, pensé. Y me despedí de ellos con la mano.

Después de cambiarme y ponerme la malla y los leotardos en el camerino, fui al aula que se había asignado para los ejercicios de calentamiento. Las otras alumnas me saludaron con sonrisas nerviosas o miradas en blanco. No las conocía bien porque estaban un curso por debajo del mío. Yo era una competencia que no esperaban. Incluso debajo del maquillaje, sus caras estaban pálidas por la tensión. Todo el mundo estaba sudando. Me compadecí de ellas, pues entendía exactamente lo que estaban pasando: la boca seca, el impulso de comenzar antes de que los nervios ganaran la batalla, la sensación de pavor a que después de todo el trabajo y los sacrificios podías no pasar el corte. Yo era un año mayor, pero me sentía diez años más sabia. Ese día decidiría si me aceptaban o no en el *Ballet* de la Ópera de París, pero no decidiría si sería feliz o no. Solo yo podía decidir eso.

Cuando nos ordenaron entrar en la Salle Bailleau, pensé con excitación más que con temor: «¡Ya está!». Estaba preparada. Todo tenía que ir bien para mí.

El tribunal examinador estaba sentado a una mesa en la parte de delante de la sala. Además del director de l'Opéra National de París y de dos jueces independientes, estaban Raymond Franchetti, exbailarín muy admirado y actual director de baile, Claude Bessy, director de la Escuela de *Ballet*..., y Arielle Marineau, la directora de *ballet* de la compañía. Hice todo lo posible para que mi mirada no se cruzara con la suya.

Nos asignaron los puestos para comenzar la parte de adagio del examen, que haríamos juntas como grupo para demostrar forma y fuerza. El bello auditorio de la Ópera estaba directamente debajo de la sala de examen. Me imaginé que se me había asignado un puesto justo encima de la araña de cristal. *Mademoiselle* Louvet me había adiestrado para dar el doscientos por ciento en todos mis ejercicios «porque, el día del examen, los nervios te reducirán al cien por cien». Eso había sido cierto la primera vez que hice el examen, cuando mis miembros se sintieron más pesados de lo

habitual, pero esta vez no. Mis *développés*, *arabesques* y *fondus* fueron bellos y fluidos. Me sentí tan relajada como si estuviera bailando para *mademoiselle* Louvet sola. Ni siquiera cuando tuvimos que mantener las posturas durante mucho tiempo perdí la forma.

La primera pieza a solo que tuve que interpretar fue la variación de Aurora del acto III de *La bella durmiente*. Era probablemente el más puro de los *ballets* clásicos y solía ser el primer papel de velada completa que una bailarina interpretaba. Era también un papel que implicaba una increíble resistencia. *Mademoiselle* Louvet lo había elegido para mostrar a los jueces que podía soportar la carga de una bailarina profesional. «Asegúrate de que estás presente con cada paso —me había aconsejado—. No tengas prisa para pasar al siguiente. Que todo quede limpio».

En cuanto *monsieur* Clary comenzó a tocar y di mi primer paso, supe que las cosas irían bien. «Piensa en una rosa cuando bailes esta parte», había dicho *mademoiselle* Louvet. Mi equilibrio era perfecto. Gracias a las historias de *mamie* sobre España, comprendía el viaje de Aurora de la inocencia a la condición de mujer; había tenido que aceptar que no todo en el mundo era bueno.

Terminé y esperé a que el tribunal anotara sus comentarios. Luego se me permitió ir a secarme antes de mi próxima pieza, que era la variación de Kitri de *Don Quixote*, acto III. Estaba deseando que llegara porque pensaba que podría imprimir al papel un sabor claramente español. En el preciso instante en que me disponía a comenzar, las luces de la sala comenzaron a encenderse y apagarse. Varias se apagaron del todo. Los jueces levantaron la vista.

—¿Cuánto tiempo se tarda en arreglarlo? —preguntó *monsieur* Franchetti.

—Iré a buscar al encargado —respondió *mademoiselle* Bessy, que se levantó de su asiento.

—Lo lamento, *mademoiselle* Batton —dijo *monsieur* Franchetti—. Esto es de lo más exasperante durante un examen, pero tenemos que hacer una pausa.

Fui a la fuente que había fuera de la sala para beber.

—Has estado estupenda —dijo *mademoiselle* Louvet mientras me tocaba un hombro. Me llevó aparte de las demás alumnas, que se congregaban alrededor de la fuente—. No dejes que su energía distraiga tu concentración —dijo, llevándome a una zona separada por una cortina en la que había un lavamanos y una silla—. Espera aquí un momento. Vendré a buscarte cuando estén listos.

Me senté en la silla e inspiré profundamente unas cuantas veces, manteniendo la mente centrada en mi interpretación y esperando que no tardaran mucho en reparar las luces. Apoyé la cabeza en la pared. Su frialdad era relajante. Entonces me di cuenta de que podía oír voces que hablaban dentro de la Salle Bailleau.

—Es delicada y lírica —dijo una voz de mujer—. Pero es limitada. El *ballet* está lleno de bailarinas dulces con buena técnica. Su madre era una bailarina brillante: fuerte, poderosa, excepcional en todos los aspectos. De principio a fin, no se podía apartar la vista de Julieta Olivero. Por ser hija suya, Paloma Batton perderá siempre

en la comparación con ella. Y eso no va a ser bueno ni para ella ni para el *ballet*.

Era Arielle Marineau hablando de mí con otro juez. Una sensación de náusea nació en el estómago. De pronto todas las dudas acerca de mí misma que había logrado apartar volvieron. Aunque no creyera ya que el *Ballet* de la Ópera de París fuera la única compañía para la que valía la pena bailar, seguía soñando con ser una *étoile*.

¿Qué estaba diciendo Marineau? ¿Que no era una bailarina excepcional? ¿Que nunca lo sería? ¿Qué más tenía que dar?

¡Relájate, me dije, no es más que una mujer resentida porque tu padre la dejó plantada! Pero cuanto más intentaba calmar los nervios, peor se ponían. Hice una *pirouette* para concentrarme en la próxima variación, pero estuve a punto de caer. ¡Nunca me había caído haciendo ejercicios, ni una vez! Volví a intentarlo. Volví a perder el equilibrio. Los miembros me comenzaron a temblar mientras un pánico ciego se apoderaba de mí. Pensé en *madame* Genet, cuyos nervios no habían aguantado la noche del estreno de *El lago de los cisnes*. ¿Acabaría como ella, arrastrándome por los pasillos de una escuela de *ballet*, amargada y soñando con lo que podía haber sido?

—Te están esperando —dijo *mademoiselle* Louvet al otro lado de la cortina.

—Ya voy —le dije.

Me agaché para que la sangre me volviera a la cabeza. No seré nunca una *première danseuse*. Me quedaré para siempre en el *corps de ballet*. De pronto, un escalofrío me recorrió el cuerpo, como si estuviera cogiendo la gripe. Me enderecé y cerré los ojos para librarme de los puntos blancos de mi visión. Cuando los abrí, la Rusa estaba enfrente de mí, mirándome fijamente con su mirada oscura e hipnótica. Se me heló la sangre. Ay, Dios mío. ¡Ahora no!

—¿Qué quieres? —le dije entre dientes.

—Duende —susurró—. Deja que tu demonio te ayude.

Recordé la conversación que había tenido con Jaime: el duende era el «demonio» que poseía a la bailaora de flamenco y transformaba su interpretación en una experiencia espiritual extraordinaria.

La Rusa se desvaneció. Y pareció llevarse mi miedo consigo. Una sensación de calma me invadió. Mantuve la cabeza erguida. No me importaba ya cómo me juzgara el tribunal. Lo único que importaba era que bailara desde el centro de mi ser.

Volví a la sala de examen y ocupé mi puesto en la pista. Nunca había estado tan preparada, tan dueña de mí misma. Me imaginé tal como *mamie* había descrito a la Rusa delante de su público en el Samovar Club: majestuosa, digna, cautivadora.

Cuando comenzó la música, me convertí en Kitri: vital y traviesa. Clavé las *pointes*, mis *pas de chats* fueron ajustados, cada movimiento de mi cuerpo fue preciso. Salté con energía y realicé los giros rápidos con un espíritu que nunca había poseído antes. Cuando terminé, mantuve la cabeza alta, altiva y segura de mí misma, no la delicada rosa de la variación anterior.

Cuando terminó el examen, todas las aspirantes hicimos una reverencia al tribunal y a *monsieur* Clary y salimos corriendo para dejarnos caer en el pasillo, sin resuello y jadeando. Cuando la secretaria salió media hora más tarde para poner los nombres de las candidatas que habían aprobado en el tablón de anuncios, ya sabía que el mío no estaría entre ellos. No me molesté en acercarme corriendo como las demás. Ya no me preocupaba suspender. Pensé en la Rusa y en el espíritu que se había adueñado de mi interpretación. Supe que quería sentirme así cada vez que bailara.

Mademoiselle Louvet salió de la sala de examen.

—Los jueces quieren verte —dijo.

Aquello no parecía una buena noticia. Estaba segura de que iban a decirme que había bailado bien, pero no lo bastante bien para entrar en la compañía. Que lo intentara otro año. Pero cuando entré en la sala precedida por *mademoiselle* Louvet, los jueces se dieron la vuelta y comenzaron a aplaudir.

—¡Bravo, *mademoiselle* Batton! —dijo el director de l'Opéra national de París—. No solo es usted sumamente refinada, sino que tiene un carisma increíble. Y eso no es algo que se pueda enseñar, aunque felicitamos a *mademoiselle* Louvet por el trabajo que ha realizado con usted.

¿Carisma? Me quedé helada. Nadie me había descrito antes como «carismática». «Preciosa» y «delicada», pero nunca más que eso.

—La energía que emanaba era contagiosa —dijo Franchetti con entusiasmo—. El año pasado sentimos que se guardaba algo que no llegaba a nosotros. Pero este año nos lo ha dado todo.

—Ha sido admitida en el *corps de ballet* —dijo Claude Bessy, que me había defendido desde el principio y había hecho todas las excepciones para que hiciera el examen por segunda vez a través de la escuela—. Ha conseguido lo que quería.

Hice todo lo posible para responder con cortesía a sus comentarios, a pesar de mi absoluta sorpresa por el resultado. Les di las gracias y me volví para salir. Antes de llegar a la puerta, Arielle Marineau dio un paso adelante. Nuestras miradas se cruzaron. Los otros jueces se pusieron a hablar entre ellos y a recoger sus papeles.

—Enhorabuena —dijo—. Espero poder trabajar contigo. Si sigues ofreciéndome interpretaciones como la de tu segunda variación, no estarás mucho tiempo en el *corps de ballet*. Tienes madera de estrella.

—Gracias —dije, sin poder asimilar del todo lo que estaba oyendo. Pero aunque su elogio parecía sincero, detecté un dejo de frialdad en la actitud de Arielle Marineau. En esta ocasión había sido capaz de estar por encima de sus prejuicios, pero no podía permitirme empezar con mal pie con la directora de *ballet* por algo que había ocurrido en el pasado—. Creo que usted podría sentir algún rencor hacia mi padre —le dije—. Espero que eso no se interponga en nuestra relación. Él y yo estamos distanciados.

—¿Tu padre? —preguntó completamente sorprendida—. ¿Por qué iba a sentir rencor hacia tu padre? ¡Ese hombre es un santo!

Aunque estaba agotada después del examen, celebramos mi éxito con una fiesta flamenca en el estudio de *mamie*. Me sorprendió ver a mi abuela bailando con Carmen un lento tango gitano.

Estuve a punto de suplicarle que lo dejara por su corazón, pero el médico había dicho que el ejercicio suave sería bueno para ella. Además parecía estar pasándoselo bien.

Recordé que había recibido clases de flamenco de la Rusa. Estaba afectada por mi segundo encuentro con el fantasma. Pero también desconcertada. La Rusa no me había dado la impresión de ser un espíritu maligno. Tampoco sentí que quisiera algo de mí. Si acaso, me había ayudado. Pero seguía sin respuesta la misma pregunta: ¿por qué?

Por supuesto, la otra cosa que me fastidiaba era lo que Arielle Marineau había dicho sobre mi padre. ¿Qué quiso decir con que era «un santo»? No eran las palabras de una mujer despechada.

Al día siguiente por la tarde fui al apartamento de mi padre en la Avenue de l'Observatoire. El conserje telefoneó a Audrey. Después de una pausa de un momento, me dijo:

—*Madame* dice que suba.

Subí por la escalera con moqueta de flores de lis hasta el rellano del segundo piso, donde Audrey estaba esperándome. Llevaba un mono de color azul pastel con abalorios blancos y zapatos de plataforma del mismo color. Su oscuro cabello estaba cardado detrás de su pañuelo de cabeza también blanco. Aunque era sábado, se había aplicado un delineador de ojos sublime, rímel grueso negro y llevaba los labios pintados de color rosa pálido. Parecía una chica Bond avejentada. Pero hoy no quería ningún altercado con Audrey.

—Quisiera ver a papá, por favor —le dije.

Audrey no respondió. Abrió la puerta para que entrara y la seguí hasta el vestíbulo. El apartamento era tan elegante como esperaba, con suelos de piedra de color terracota y techos adornados con molduras. Las paredes blancas eran revestimientos clásicos de paneles en relieve, pero los muebles y el arte eran modernos. Había un grabado enmarcado de *Fighting Zebras*, de Tretchikoff, encima de la chimenea del salón. Debía de haber sido tema de conversación porque para muchos el artista era bastante *kitsch*. Lo que me cogió por sorpresa fue que la empresa de Audrey parecía ocupar la mayor parte del espacio del apartamento. Había un despacho para ella, además de otras dos habitaciones en las que había escritorios para empleados y archivadores. Había también una pequeña sala de juntas. No había caído en la cuenta de que Audrey llevaba su negocio desde casa.

Mi padre estaba leyendo en una habitación en la parte de atrás del apartamento.

Era evidente que Audrey no le había avisado de mi llegada. Audrey me hizo pasar a la habitación y cerró la puerta detrás de mí.

Al verme, papá pareció más cansado que sorprendido. No se levantó para besarme. No me ofreció un asiento, pero yo me senté en el sillón que estaba frente a él. Se parecía más a su antiguo yo, con sus gafas de leer y su pantalón vaquero. Había pelos de gato en el jersey. Recorrí la habitación con la mirada y vi un gato atigrado hecho un ovillo en el alféizar de la ventana.

—Ayer aprobé el examen —dije—. Me han admitido en el *corps de ballet*.

—Muy bien —dijo papá con total naturalidad—. Te lo mereces.

Como no dijo nada más, me quedé sin saber qué contestarle. El *Ballet* representaba todo aquello por lo que había trabajado desde que tenía ocho años. Papá se quitó las gafas, como si estuviera impaciente por oír lo que había ido a decirle.

—El apartamento es muy bonito —le dije.

Mi padre asintió.

—Es un poco llamativo, pero la mitad pertenece a la empresa de Audrey. Y supongo que la publicidad es una cuestión de imagen. Yo tengo un estudio de música en el piso de arriba.

—Debe de tener una vista bonita.

Papá asintió de nuevo, pero no hizo ningún intento de entrar en detalle.

Me pasé las manos por la falda.

—Ayer, después del examen, estuve con Arielle Marineau. Dijo que pensaba que eras un santo. Supongo que eso quiere decir que no la dejaste plantada por mamá. Pero algo pasó..., algo más que una vieja rivalidad. De lo contrario no me habría rechazado de manera tan injusta en mi primer intento.

Papá miró hacia otro lado.

—Por favor, cuéntamelo —dije—. Me gustaría saber la verdad.

Mi padre emitió una risa ronca.

—¿De verdad te gustaría, Paloma? Tú no quieres la verdad. Lo que quieres es vivir en un mundo de fantasía, igual que tu madre.

Sus palabras fueron como una puñalada en el corazón. Pero mantuve la calma.

—*Mamie* me ha contado todo lo que ocurrió en España —me atreví a decir—. Ha sido terrible oírlo, pero me ha hecho valorarla mucho mejor y darme cuenta de que debo estar agradecida por muchas cosas. Creo que la verdad es buena.

Papá suspiró y negó con la cabeza.

—De verdad, Paloma —dijo—, es mucho mejor que sigas creyendo que soy un cabrón.

Me sentí palidecer. Del mismo modo que había sentido que iba a oír algo terrible acerca de Margarida, ahora comencé a sospechar que había algo sobre mamá que no sabía. Perdí el valor ante eso. Quizá papá tuviera razón: era mejor que no lo supiera. Mamá era mi heroína, mi ideal. Pero había puesto las cosas en marcha.

—Tu madre y yo... —comenzó a decir papá—. Bueno, te queríamos mucho. De

hecho, fuiste la razón de que estuviéramos juntos tanto tiempo como estuvimos.

—Pero ¿no erais felices juntos? —pregunté.

Miré a mi padre a la cara y vi que era verdad. Si era sincera conmigo misma, hacía mucho tiempo que lo había notado. No eran la pareja perfecta. Cuando mamá parecía ser más feliz era cuando papá no estaba. Y mi padre había salido de gira más de lo que su verdadera naturaleza habría deseado.

—Yo amaba a tu madre —dijo—. Pero ella no sentía gran cosa por mí, a no ser como padre de su hija. Cuando estabas en la escuela de *ballet*, nuestras vidas estaban vacías. No le gustaba que yo estuviera cerca, pero tampoco quiso divorciarse por si la separación te hacía daño. Seguimos así durante años.

—Lo siento —dije—. No entendí cómo era aquello para ti.

Papá pareció sorprendido de que soportara tan bien una verdad tan desagradable, pero frunció la boca y continuó.

—No, porque adorabas a tu madre. A tus ojos ella lo era todo.

Asentí.

—Pero a ti también te quería, papá. Y eso no explica por qué Arielle Marineau me guardaba rencor.

Papá miró hacia otro lado de nuevo. Mamá, pensé, ¿qué hiciste?

—Por favor —insistí—. Quiero comprender.

Papá titubeó.

—Tu madre..., bueno, ella y Christophe Valois... tuvieron una aventura.

¿Christophe Valois, el coreógrafo? ¿El que fue amante de Arielle Marineau durante tanto tiempo? De todas las cosas que había oído en los últimos meses, esa fue la que más me impresionó. ¿Mi madre había tenido una aventura? Debió de llevarlo con mucha discreción, pensé, porque aunque en el mundo del *ballet* abundaban los cotilleos, no había oído ni siquiera una insinuación de aquello.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunté.

—Unos cuatro años antes de que cayera enferma.

—¿Y cuándo conociste a Audrey?

—El año antes de que tu madre muriera. Organizó la publicidad para mi gira por Australia. Su marido había sufrido esclerosis múltiple y murió por las complicaciones unos años antes de conocernos. Comenzamos a hablar y descubrimos que teníamos muchas cosas en común. A los dos nos encantan los animales. Audrey recauda fondos para la Société Protectrice des Animaux.

Me sentía como si estuvieran derruyendo y reconstruyendo mi vida todo el rato. No sabía que tenía un primo español, no sabía nada de la familia de *mamie*, no sabía que mi madre había tenido una aventura. Ni siquiera sabía cosas triviales sobre la mujer con la que mi padre estaba casado ahora: que ayudaba a los animales abandonados y que le gustaba el arte *kitsch*. Comencé a preguntarme si Audrey era para mi padre lo que la Rusa había sido para Xavier.

—Pero seguiste con nosotras cuando mamá estaba enferma —dije—. La llevabas

a todas sus citas médicas. Estuviste allí hasta que murió.

Papá se levantó y miró por la ventana.

—Fue porque ese malnacido de Valois la abandonó y volvió con Arielle en cuanto se confirmó que Julieta tenía cáncer. Estaba sola, no os tenía más que a *mamie* y a ti. Tu abuela estaba deshecha y tú eras demasiado joven para pasar por todo aquello sola.

—Pero ¿y Audrey?

—Me animó —respondió—. «Tienes que poner a tu hija por encima de todo», me dijo. «Es tan joven... Y lo que ha pasado es algo tan terrible». Había visto lo duro que había sido para Pierre ser testigo de la lenta y dolorosa muerte de su padre.

—¡Audrey te dejó aparentar que mamá y tú seguíais felizmente casados! ¿Por qué?

—Creo que albergaba la esperanza de que un día tú serías la hija que siempre quiso tener pero nunca tuvo. No creo que muchas mujeres se hubieran comportado con tal nobleza.

—No —admití—. No, no hay muchas mujeres que pongan a la esposa y a la hija de un hombre por delante, ni siquiera en esa situación. —Levanté la vista y lo miré—. ¿Por eso os casasteis tan rápido después de la muerte de mamá? ¿Para resarcirla?

Papá negó con la cabeza.

—Audrey dijo que debíamos esperar, pero yo quería darte una vida hogareña estable lo antes posible. Pensaba que *mamie* y tú podíais mudaros aquí las dos. Creía que te gustaría tener un hermano en Pierre y una figura materna en Audrey. Pero salió terriblemente mal. Subestimé lo mal que te tomarías las cosas. ¿Piensas que siempre hago lo que quiere Audrey? Bueno, pues ahí tienes una ocasión en la que debería haberle hecho caso.

Estaba tan estupefacta por lo que estaba oyendo que al principio fui incapaz de articular palabra.

Después caí en la cuenta del grave error que había cometido al interpretar las intenciones de mi padre.

—Pero no me explicaste nada de esto —dije—. ¿Cómo iba a saberlo?

Estaba a punto de levantarme para abrazarlo, para que pudiera comenzar nuestra reconciliación, pero papá frunció el ceño.

—¿Que cómo ibas a saberlo? ¡Pues claro! —dijo—. Te fuiste a vivir con *mamie* en cuanto mencioné a Audrey. Te alejabas de mí cada vez que iba a verte para explicártelo. Supongo que no leíste ninguna de las decenas de cartas que te envié. Y hasta convenciste a *mamie* de que era tan terrible que colgaba el teléfono cuando llamaba. Cuando Audrey intentaba hablar contigo, la tratabas con desprecio. ¿Qué más podía hacer? ¡Cuando intentaba explicártelo, tú no querías escuchar!

Me miré las manos, sintiendo como si un gran peso me empujara en los hombros. Era verdad. Cada vez que había intentado hablar conmigo, lo había esquivado. Ni siquiera le había dado una oportunidad.

—Tienes razón —le dije con la voz ahogada en llanto—. No entiendo por qué lo hice.

Mi padre puso los brazos en jarras.

—Yo tampoco lo entendía —dijo—. Hasta que te llevé a casa desde el hospital después del ataque al corazón de *mamie*... Entonces me di cuenta de cuánto me despreciabas. Si hubieras sentido alguna clase de amor por mí, habrías exigido una explicación. En cambio, tus expectativas con respecto a mí eran tan bajas que diste por sentado que no era más que un cabrón.

—¡Lo siento mucho! —dije. Casi no podía soportar oír nada más. Sí, estaba afectada por la muerte de mamá, pero ¿por qué había sido tan cruel con papá?

—¿Que lo sientes? —continuó mi padre, en voz cada vez más alta—. ¡Viví diecisiete años con una mujer que me trataba con frialdad, Paloma! ¡No lo hice por nadie más que por ti! ¡Qué imbécil soy! ¡Y todo para que pudieras mirarme por encima del hombro con el mismo desprecio que tu madre!

Hubo un tiempo en el que papá no podía soportar verme llorar. Pero aunque las lágrimas me corrían a raudales por las mejillas, dejó de mirarme y se puso a mirar por la ventana. El *avi* decía a menudo que había algunas cosas en la vida que no se podían arreglar con una mera disculpa. Era evidente que mi relación con mi padre era una de ellas.

Las revelaciones de mi padre acerca de mi madre y darme cuenta de la falta de comprensión entre nosotros tuvieron un efecto tan devastador como el fracaso en el intento de ingresar en el *corps de ballet* el año anterior. Era difícil ajustar la imagen que tenía de mi madre. No la quería ni la echaba en falta menos, pero pude ver que no era tan perfecta como yo pensaba. Si no hubiera tenido a mi madre en tan alto pedestal, tal vez habría sido más generosa con mi padre.

—Siento como si una apisonadora me hubiera derribado y me hubiera pasado por encima varias veces —le dije a Jaime—. ¿Cómo he podido estar tan equivocada respecto a mi propio padre?

—Tu padre estaba dolido —dijo. Me rodeó con su brazo y me besó en la coronilla—. Pero a mí me parece que os queréis muchísimo el uno al otro. Estoy convencido de que, ahora que has ido a verlo, se lo pensará. Solo dale un poco de tiempo.

Quería creer a Jaime, pero la verdad era que nunca había visto a papá mirarme con tan poco cariño. Era como si los sentimientos que tenía hacía mí hubieran muerto. Y después de la manera en que yo había actuado, ¿podía culparle?

Los ensayos con el *Ballet* comenzarían dentro de unas semanas y tenía que estar en buena forma. Pero había algo que no dejaba de rondarme por la cabeza: había estado equivocada con mi padre, completamente equivocada, y eso me convenció de que tampoco lo sabía todo sobre la traición de la Rusa a Xavier. La única manera de averiguar más cosas era intentar ponerme en contacto con su fantasma.

La luz que se filtraba entre los árboles del Cimetière du Père-Lachaise daba lugar a un ambiente sereno y trágico a la vez. Chopin, Proust, Colette y Édith Piaf estaban enterrados allí, con Molière, Oscar Wilde y Honoré de Balzac.

El encargado de la puerta había marcado en el plano del cementerio el lugar donde estaba la tumba de la Rusa. Jaime lo estudió y señaló la dirección en la que teníamos que ir.

—Si hubiera una banda sonora para este cementerio —me preguntó—, ¿cuál sería?

—Algo de belleza inquietante —dije—. La «Sinfonía número 6, *Patética*», de Chaikovski. —Recordé que era una de las piezas que Xavier había tocado en la cena de la familia Cerdà en la que *mamie* conoció al avi.

La lápida de la Rusa era de granito negro y estaba cubierta de flores. Se suponía que había traicionado a mi tío abuelo, pero por alguna razón me resultaba reconfortante que siguiera siendo venerada por los amantes del flamenco.

—Es paradójico que alguien que llevó una vida de ermitaña en los últimos años de su vida esté enterrada en una de las zonas más densamente pobladas del cementerio —dije.

Jaime me apretó la mano.

—¿Te importa quedarte aquí un rato? Voy a visitar a Jim.

Se refería a Jim Morrison, el cantante de The Doors, que había muerto unos años antes. Jaime era un gran admirador suyo.

—No te preocupes —le dije.

Lo miré alejarse por el sinuoso sendero. Los aretes de oro me cosquilleaban en el bolsillo. Le había explicado que quería ver la tumba de la Rusa, pero no que quería intentar ponerme en contacto con ella. Había compartido con él todo el relato de *mamie*, pero por alguna razón quería reservarme esa parte para mí. Esperaba que la Rusa apareciera de nuevo para poder preguntarle por qué me había visitado. Era extraño, pero, desde que me había ayudado en el examen, ya no me daba miedo.

Saqué los aretes y los examiné a la luz del sol. Parecían unos pendientes de aro como otros cualquiera. ¿Quién podría creer que habían atravesado mundos? El ataque al corazón que había sufrido mi abuela había hecho que me olvidara de mi intención de tirarlos al Sena. Me alegré de no haberlo hecho.

—Rusa... Celestina —susurré.

Esperé una respuesta. Pero no llegó: solo el susurro de la brisa entre los árboles.

Jaime volvió una media hora más tarde.

—Los admiradores siguen robando los indicadores de la tumba de Jim —me dijo—. Pero aún es fácil encontrarla por toda la gente que se congrega a su alrededor. El cementerio ha puesto incluso un guardia de seguridad allí mismo.

Sabía que Jaime tenía que ir a tocar la guitarra para las clases avanzadas de Carmen, pero yo quería quedarme un poco más junto a la tumba de la Rusa. Aunque

aquel cementerio era un lugar para la reflexión y la paz, a veces había noticias de atracos y violaciones en su recinto. Pero había muchos turistas de verano paseando, así que pensé que era seguro estar sola.

—¿Me llamarás más tarde? —preguntó Jaime.

Asentí y nos besamos. Aunque Carmen y los demás no estaban allí, tuve la extraña sensación de que alguien nos observaba.

—¡Hasta luego! —dijo Jaime, y me saludó con la mano antes de andar hacia la salida.

Esperé un poco más, pero como la Rusa no apareció, decidí salir por la Porte de la Réunion para poder visitar el monumento en memoria de los deportados de la Segunda Guerra Mundial y de los combatientes de la Resistencia. Me detuve un momento para recordar al *avi* y cómo había «perdido» su música en un campo de prisioneros de guerra alemán. El sufrimiento de los republicanos españoles no había terminado con el final de la Guerra Civil.

—Pareces muy interesada en la Rusa.

Giré en redondo y vi que había un hombre detrás de mí. Se me heló la sangre en las venas. Había algo amenazador en la manera en que había hecho la pregunta. ¿Qué quería? Parecía tener más de setenta años, era bajo y tenía la cara y el cuerpo redondos. Pero parecía físicamente poderoso. ¿Qué era? ¿Un atracador? ¿Un violador? No llevaba conmigo nada de valor, excepto los aretes de oro. Y entonces caí en la cuenta de que el hombre había hablado con un cerrado acento español. También me llamó la atención algo de su indumentaria. No iba pobremente vestido, pero llevaba mal puestas las prendas. La chaqueta de cuero y los zapatos de piel de cocodrilo parecían caros, pero estaban fuera de lugar en un hombre de su edad. Una cadena de oro descansaba entre el vello de su fornido pecho. Desprendía un aire de bajos fondos. ¿Era un traficante de drogas? Deseé haberme ido del cementerio con Jaime.

—No eres periodista, en cualquier caso —dijo el hombre—. Eres descendiente de los Montella.

No me gustó la manera en que dijo «los Montella», como si le provocara mal sabor de boca.

—¿Quién es usted? —pregunté, sintiéndome más valiente ahora que estaba segura de que no era un violador. Era evidente que le resultaba conocida.

Me miró fijamente.

—Soy Ramón Sánchez. La Rusa era mi hermana.

Un golpe en la cabeza no podía haberme dejado más aturdida. Me quedé inmóvil, con la boca abierta.

Ramón miró el monumento y luego volvió a observarme.

—¿Por qué quiere una Montella información sobre mi hermana?

Ahora que sabía quién era, no tuve ninguna duda: metí la mano en el bolsillo y le enseñé los aretes.

Pareció sobresaltarse al verlos, pero se recuperó enseguida.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo—. He aparcado por ahí.

Me volví hacia el lugar al que señalaba. Cerca de la salida había un BMW Longue marrón. Era el coche que había visto cuando fui a visitar el lugar donde había muerto la Rusa, y después al lado de mi casa.

—¿Ha estado siguiéndome?

—Quería saber quién eras y qué querías. Tengo algo importante que contarte —dijo en un tono que pareció menos hostil y más atemorizado.

Me pregunté otra vez cómo había sabido quién era. Entonces recordé al policía que no había dejado de mirarme el día que fui a la prefectura fingiendo ser una periodista que investigaba la muerte de la Rusa. Ahora el comentario que Ramón había hecho antes tenía más sentido para mí. Debió de ser el policía quien le informó. Seguía sin estar segura de que irme con él fuera una idea sensata. ¿Debía telefonar antes a Jaime o a Carmen? Entonces comprendí que el hombre que estaba delante de mí podría responder a todas las preguntas que tenía. Podría decirme por qué se me había aparecido la Rusa.

Ramón me llevó a Orly, un suburbio a las afueras de París. No estaba lejos del lugar donde la Rusa se había quitado la vida. Aparcó el coche y lo seguí hasta su casa, con una sensación cada vez mayor de que estaba tocando fondo.

Su apartamento en el décimo piso hizo que me preguntara qué haría para ganarse la vida. Mis ojos fueron de las alfombras de pelo largo a las sillas de cuero marrón. Un equipo de alta fidelidad Marantz ocupaba una pared de la sala de estar. Al igual que su forma de vestir, todo lo que había en el apartamento de Ramón parecía caro, pero en cierto modo de mal gusto. Al otro lado de una puerta vi otra habitación con un baúl lleno a reventar de vestidos flamencos y un tocador español antiguo. Ya no tenía que preguntarme quién había vaciado el apartamento de la Rusa.

—Siéntate —dijo Ramón—. ¿Quieres beber algo? Yo sí.

Negué con la cabeza. Su actitud había mejorado sensiblemente. Me pregunté por qué.

Ramón fue al mueble bar y se preparó un Cinzano Bianco. Regresó y se sentó tan cerca de mí que me sentí incómoda. Su penetrante loción para después del afeitado me dio ganas de estornudar.

—¿Y cómo te hiciste con esos aretes?

—Me los dio su hermana.

—Yo los enterré con mi hermana.

Ramón me dirigió una mirada intensa, pero no supe si eso quería decir que me creía o que no. Al fin y al cabo, ¿quién podría creer mi historia? ¿Iba a acusarme de haber profanado la tumba?

—¿Cuántas veces la has visto? —me preguntó.

—Dos.

Para mi sorpresa, asintió.

—Dijo que volvería con ellos, aunque no comprendí todo lo que me explicaba. No comprendí que iba a quitarse la vida.

—Mi abuela piensa que la Rusa traicionó a su hermano, Xavier, durante la Guerra Civil. Que fue la responsable de su muerte.

Ramón vaciló un momento al oír mencionar a *mamie*.

—Pues claro que lo cree —dijo mirando su copa—. No importaba lo alto que subiera mi hermana ni lo que llegara a ser, siempre sería despreciable a los ojos de los Montella. Pues, bueno, permite que te diga que mi hermana fue la persona más leal que he conocido. Fue leal a su familia, fue leal a su clan gitano, fue leal a su país. Y, a pesar de lo que Evelina Montella crea, fue leal al hombre al que amaba... y al hijo que tuvieron juntos.

—¡Un hijo!

—Sí —dijo Ramón—. Una belleza morena que al crecer bailarían magníficamente.

Aparté la vista de Ramón. Un pensamiento se me clavaba en la mente como una aguja, por mucho que intentara resistirme. Las anotaciones del diario de *mamie* para Margarida volvieron a mí: «No quiero revelarles lo único que no necesita saber. Si se enterase, destruiría su paz de espíritu para siempre...». No sabía si tenía fuerza para soportar que mi vida se pusiera patas arriba otra vez. Pero ¿tenía elección?

Me volví de nuevo hacia Ramón.

—Si sabe algo, cuéntemelo, por favor. Su hermana me visita por alguna razón. No creo que sea porque desee algo. Creo que es porque quiere ayudarme.

—Sí —dijo mirándose las manos. Su tono era más amable y menos resentido—. Eso es exactamente lo que ella haría. —Levantó la vista de nuevo, con los ojos empañados de lágrimas—. Al fin y al cabo, tú eres su nieta.

Celestina

A pesar del cuidado que Xavier y yo habíamos tenido, en marzo de 1936 descubrí que estaba embarazada. Después de confirmar mi embarazo, el médico me tranquilizó diciendo que en la nueva República el aborto era legal.

—Puedo recomendarle una clínica acreditada —dijo. Di por sentado, incluso en aquellos tiempos de igualdad social, que quería decir que ofrecía sus servicios a mujeres de buena posición económica—. Está usted sana. Se recuperará enseguida —me prometió—. Podrá volver a su casa esa misma noche y nadie tiene por qué enterarse.

Regresé a mi *suite* del hotel y estuve sentada un buen rato mirando por la ventana. ¿Cómo podía haber pasado esto? No tenía ningún instinto maternal, los niños no me habían interesado nunca. Había también otras consideraciones. Aunque era rica y famosa, no tenía nada del poder de las clases privilegiadas. El *senyor* Montella y su esposa me toleraban. Hasta Conchita, aunque tenía palabras que decir sobre mí, había dejado de protestar contra mi existencia. A su juicio, la había salvado de tener más bebés después de haber producido un heredero en la persona de Feliu. Pero si iba a comenzar a tener hijos con Xavier en una época en que las leyes que regulaban la propiedad cambiaban con rapidez y hasta los hijos ilegítimos podían reclamar lo que les pertenecía, se volverían contra mí. ¿Qué significaría eso entonces para Xavier y para mí? Parecía que el médico tenía razón: el aborto era la única opción posible.

Me levanté y caminé de un lado a otro de la habitación. La idea de destruir algo que formaba parte de Xavier me producía escalofríos. El pánico hizo que se me hiciera un nudo en el estómago. No, no podía matar a aquel niño. ¿Qué podía hacer? ¿Viajar a Francia y dar a luz discretamente? ¿Entregar el niño a otra persona para que lo criara?

«Sí, eso está mucho mejor», pensé. Me tranquilicé un poco. Pero después las dudas me asaltaron de nuevo. ¿Era eso vida para un niño? ¿Ser alimentado y vestido pero no tener padres? Pensé cómo había sido mi niñez tras la muerte de mis padres: había sido una infancia infeliz y solitaria.

Xavier estaba de viaje de negocios en Suiza. No podía confiarle mis problemas. Nunca en mi vida había sentido tal conflicto por lo que debía hacer. Entonces, una mañana, vino a visitarme Evelina Montella. Cuando la doncella la hizo pasar, me di cuenta de que Evelina estaba pálida y afectada. No sabía nada de ella desde hacía unos meses. Me pregunté qué habría ocurrido.

—Siéntate, por favor —le dije, invitándola a tomar asiento en el sofá.

Evelina no habló ni siquiera cuando mi doncella salió de la habitación. Se quedó mirando fijamente delante de ella. Parecía conmocionada.

—¿Qué te pasa, Evelina?

—Lo he perdido —dijo—. He perdido a mi hijo.

Se llevó las manos a la cara y se puso a sollozar como una histérica.

¿Hijo? ¿Qué hijo? Al principio no supe a qué se refería, pero después comprendí la verdad.

—Evelina, ¿me estás diciendo que Francesc te hizo un hijo y que has sufrido un aborto?

—Era de Gaspar —respondió quitándose las manos de la cara—. Estuvimos juntos en enero y concebí ese hijo. Como tú dijiste que debía hacer.

Lo que estaba oyendo parecía tan raro en Evelina que me quedé helada. Yo no le había dicho que tuviera una aventura con Gaspar. Me había limitado a sugerir que podía ser una solución para ella. Además, aquella conversación había tenido lugar hacía años.

—Estaba embarazada de Gaspar, pero he perdido al niño —repitió Evelina en voz baja. Parecía querer poner orden a sus propios sentimientos—. Sentí latir su corazón durante un rato y luego se paró. Hace unos días, todo salió de mí a borbotones, incluido el diminuto bebé informe en su bolsa. El doctor dijo que hay algo que no funciona en mi útero, que nunca podré tener hijos.

Evelina comenzó a sollozar de nuevo. Le pasé un brazo por los hombros. Sentí lástima por ella al recordar lo que me había dicho en una ocasión: «Lo que más deseo en el mundo es tener un hijo al que amar». ¿Estaba Dios gastándonos alguna clase de broma? ¿Por qué me había quedado yo embarazada en contra de mi voluntad mientras que una mujer que deseaba desesperadamente un hijo había perdido al que esperaba?

Entonces se me ocurrió que quizá Dios no estaba gastando ninguna broma. Puede que el problema de Evelina fuera la solución de mi dilema.

—¿Francesc lo sabe? —le pregunté.

—Lo del bebé, sí... Pero no lo que ha ocurrido. Está de viaje.

—Pero ¿no tenía ningún inconveniente en aceptarlo? Quiero decir que parece que para ti es mucho mejor tener un hijo que no tenerlo, siempre que la gente piense que es suyo.

—Sí, no tenía inconveniente —dijo con tristeza.

—¿Y nadie más sabe que has perdido al bebé, aparte del doctor?

Evelina negó con la cabeza. Mi pregunta la había desconcertado.

—No he ido al médico de la familia Cerdà. Me sentía demasiado avergonzada.

Me levanté y respiré hondo antes de hablar.

—Evelina..., creo que hay una manera en que puedo ayudarte.

Al principio no reaccionó. Estaba demasiado ensimismada en su dolor. Me senté a su lado y le cogí una mano.

—Esto es probablemente lo más desinteresado que he hecho en mi vida, pero quiero hacerlo por ti —le dije. Observé cómo la expresión de Evelina pasaba de la

desesperación a la sorpresa y la reflexión. Después, poco a poco, a la alegría mientras le contaba mi plan—. El bebé no será de Gaspar —dije—, pero tendrás un hijo al que amar. Y un hijo que comparte la sangre de tu familia. Y además —añadí con una sonrisa—, hasta podría resultar un buen bailarín.

Evelina me agarró las manos y las besó.

—Ahora sé lo que es una amiga de verdad —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Eres la respuesta a mis oraciones.

Sellamos nuestro acuerdo. Solo lo sabrían Xavier y la madre de Evelina. A todos los demás podríamos engañarlos si ella se ponía rellenos convincentes e imitaba los síntomas. Yo viajaría a Francia cuando comenzara a notarse. Y ella podría reunirse conmigo al término de su supuesto embarazo. Podría utilizar la buena reputación de los médicos franceses como excusa para dar a luz a su primer hijo en París.

Cuando Evelina se marchó, me quedé atónita ante lo que acababa de ocurrir. Todo perfecto, pensé. Evelina sería una madre estupenda y amorosa. Y el niño se criaría en medio de la familia de Xavier sin que nadie excepto el propio Xavier y su madre se enterase. Me invadió una sensación de calma: había tomado la mejor decisión para la vida que había prendido en mi útero. Pero esa noche, cuando me desvestí para tomar un baño y me puse una mano en el vientre, una sensación de pérdida se apoderó de mí; una sensación de aflicción tan profunda que fue como si hubiera entregado no solo al bebé, sino también mi alma.

—Ojalá hubiéramos podido quedarnos con el bebé —dijo Xavier cuando se lo conté—. Pero hiciste lo mejor que se podía hacer dadas las circunstancias. Y mi hermana es completamente feliz.

La mayor parte del tiempo yo también pensaba así. Evelina sería la madre perfecta. Por mi parte, me limitaba a estar embarazada por ella. Lo fingía todo tan bien, desde el aspecto soñador que aparecía en su cara cada vez que se ponía las manos en el vientre hasta los desmayos, algo que, irónicamente, yo nunca experimenté. Pero a veces me sentía furiosa de una manera que no entendía. Aquel niño se criaría en la casa de los Montella, la casa de Xavier, pero yo no estaría allí. Sería una mera espectadora. Cuando pensaba así, casi odiaba a Evelina. Quería decirle: «¡El bebé está creciendo bajo mi corazón, no el tuyo!», pero la mayor parte del tiempo me anesthesiaba frente a todas las emociones. Tenía que aceptar las cosas como eran. Al fin y al cabo, había sido elección mía.

Aunque siempre había sido delgada, el bebé apenas se notaba bajo mis faldas flamencas y mis vestidos holgados. Nadie pareció sospechar de mi embarazo. En el verano de 1936 decidí instalarme en París y llevar conmigo a mi clan gitano, que había crecido hasta tener ahora más de cuarenta adultos y niños. Una vez allí, alquilé un apartamento separado, con la esperanza de que mi embarazo continuara oculto. Aun así, me preguntaba cómo iba a ausentarme para el parto.

Estaba tan preocupada por lo que estaba pasando dentro de mí que no había prestado mucha atención a lo que sucedía en España, donde fuerzas oscuras y peligrosas habían entrado en juego. Nada más llegar a París, nos enteramos de que se había producido un alzamiento militar en España. Era algo increíble. Cuando salí de Barcelona, el ambiente era festivo: la ciudad se disponía a albergar unos Juegos Olímpicos alternativos a los que Hitler iba a organizar en Berlín. La ciudad había adoptado el aire de un centro turístico playero popular y estaba llena a reborar de deportistas y de turistas extranjeros. ¿Cómo podía tener lugar un golpe de Estado militar en ese ambiente festivo?

Envié un telegrama a Xavier, pero no recibí respuesta. Entonces no sabía que el ejército había cortado las comunicaciones.

Leí los periódicos franceses con inquietud y con una sensación de indignación. El golpe había comenzado en Marruecos y se había propagado a España en forma de revueltas de las guarniciones. El Gobierno de la República había tenido algunas dudas a la hora de armar a los trabajadores, pero, una vez que se les entregaron las armas, tanto los hombres como las mujeres formaron milicias junto con los elementos leales de la policía y el ejército. Lograron sofocar las revueltas en zonas industriales como Barcelona y Madrid, pero España no estaba fuera de peligro. La República había quedado debilitada.

—¡Franco y su ejército no tenían ningún derecho a atacar al Gobierno legítimo de España! —grité, aunque no había quien pudiera oírme.

Mientras los periódicos franceses de información general proclamaban la necesidad de guardar la calma por si la intervención de Francia acarrearía una guerra europea en toda regla, los trabajadores y los estudiantes franceses se echaron a la calle. «Si no se para al fascismo en España, Europa entera no tardará en arder», decían sus panfletos. Cada día, voluntarios de todo el mundo llegaban a París y se preparaban para viajar a España a combatir por la República que había sido el sueño de mi padre, de Anastasio y de Teresa. Me dolía pensar que la habían atacado, pero no estaba en condiciones de hacer nada para ayudar ahora que el bebé daba patadas y se movía.

Xavier pudo enviar por fin un telegrama, pero él llegó antes a París.

—He venido en misión diplomática para persuadir a los franceses de que cambien su política de no intervención —me dijo—. Les da miedo hacer nada sin los británicos, que a su vez temen provocar a Hitler.

Cuando escuché los relatos de Xavier sobre cómo los trabajadores habían luchado contra el ejército en Barcelona y habían sofocado el golpe, sentí que una llama se encendía dentro de mí. Quise estar allí luchando con ellos.

Esa noche, cuando estábamos acostados, Xavier posó la cabeza en mi vientre.

—Estará bien, ¿verdad? —me preguntó—. Respetaremos a Evelina y Francesc en su manera de criar al niño..., pero será especial saber que es un trocito de ti y de mí.

Me consoló que Xavier pensara de ese modo. Nunca había pensado que quería un

hijo, pero, a medida que el bebé se movía dentro de mí y se hacía real, la idea de entregarlo se me hacía mucho más difícil.

—Escucha —dijo Xavier—, tengo algunas noticias desagradables. Creo que será mejor que envíes a tu clan a América. A través del comité del que formo parte, hemos recibido información de que los nazis han creado una oficina central «para la supresión de la molestia gitana» en Berlín. Todos los días están aprobando nuevas leyes raciales. A los romaníes los llevan a campos de trabajo para fabricar armamento. Según los informes, allí los esterilizan por la fuerza.

—¿Qué? —dije sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. Pero seguro que mi clan está a salvo aquí en París. Difícilmente podrán acusarlos de ser vagabundos delincuentes cuando viven en un apartamento cerca de la Place Vendôme.

—Hay partidarios de los nazis en toda Europa, incluso aquí en Francia —dijo Xavier—. Les irá mejor si se van también del continente.

Me partía el alma pensar en mandar lejos a unas personas que eran mi familia desde hacía veintisiete años, pero sentí que lo que Xavier había dicho era cierto. París tenía un ambiente liberal en muchos aspectos, pero era verdad que había muchos extremistas de derechas. Y los gitanos siempre eran un blanco fácil para los racistas.

Organicé el traslado de mi clan a Nueva York, desde donde viajarían a California. Hacía viento el día que se hicieron a la mar desde Le Havre. Aunque viajaban en el lujoso *Île de France*, las mujeres estaban nerviosas por la travesía. Los gitanos tienen terror a morir en el mar.

—Si las olas no acaban con nosotros, lo harán los tiburones —se lamentó Blanca.

La otra hermana de Manuel, Pastora, que era ya bisabuela, sollozó abiertamente.

—No pasará nada —la tranquilicé—. Será igual que cuando fuimos de gira a Sudamérica.

—Sí, pero entonces tú viniste con nosotros —dijo mientras se limpiaba la cara con el dorso de la mano—. Me aterra más que pueda pasarte algo malo a ti que a mí. Mis sueños han estado llenos de malos augurios.

Diego tenía ya casi setenta años; la edad le había suavizado el carácter. Tal vez tuviera algo que ver también con el hecho de que, gracias a Xavier, yo controlaba ahora la totalidad de mis ingresos, por lo que había tenido que volverse más complaciente si esperaba que lo mantuvieran como a un rey.

—Espero que volvamos a verte pronto, payita —dijo con una mano sobre mi hombro—. Ten cuidado, come un poco menos y baila un poco más: estás empezando a ganar peso.

Cuando regresé a mi apartamento en París, encontré una nota de Xavier en la que me decía que había tenido que volver con urgencia a España. Así que me quedé sola otra vez, sin otra cosa que mis recuerdos y el bebé dentro de mí.

A finales de octubre, Evelina y su madre vinieron a París para esperar el nacimiento

del bebé. Yo había contratado los servicios de una comadrona española para cuando me llegara el momento. Si tenía que sufrir, quería sufrir en la lengua de mi corazón. Me puse de parto el 7 de noviembre, el día en que las fuerzas de Franco comenzaban el asalto de Madrid. Los dolores fueron severos desde el principio y no remitieron. Evelina y su madre fueron a darme su apoyo. La comadrona, una mujer de brazos musculosos y bigote aterciopelado, me daba órdenes a gritos como si yo fuera una vaca a la que intentaba arrear hacia la manada. Yo empujaba y me esforzaba para conducir al bebé a través de mi estrecha zona pélvica. Nunca había imaginado que fuera posible soportar tanto dolor físico y no morir.

Por fin, en las primeras y tranquilas horas de la mañana, cuando no creía que me quedaran más fuerzas, el bebé vino al mundo.

—¡Una niña! —Los ojos de la *senyora* Montella se empañaron de lágrimas cuando la comadrona sostuvo en alto a la criatura.

Alcancé a ver la piel morena y su pelo negro. No podía creer que hubiera salido de mi cuerpo. La comadrona la bañó y se la entregó a Evelina. Se me cayó el alma a los pies.

—Te pondré el nombre de mi abuela materna —susurró Evelina a la niña—. Julieta.

Ahora que el dolor del parto había remitido, una clase distinta de dolor se apoderó de mí. ¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haberme desprendido de algo que Xavier y yo habíamos creado? Solo la felicidad en los ojos de Evelina me proporcionaba algún consuelo.

—Prométeme —dije, agarrando el brazo de Evelina— que siempre me dejarás verla. Que nunca la alejarás de mí.

—Por supuesto —respondió Evelina acariciándome la frente—. Me has hecho el mayor de los regalos. Julieta también será tuya, en secreto.

Al día siguiente, los pechos me dolían por Julieta. Me ofrecí para darle de mamar, pero la *senyora* Montella había contratado ya a un ama de cría.

—Será mejor así —dijo mientras recogía su bolso.

Así que, el día después de dar a luz a la hija que había llevado en mis entrañas durante nueve meses, me la quitaron. Cuando todos se marcharon, me quedé sola en el apartamento. Ni siquiera mi doncella estaba allí; la había enviado fuera antes del parto.

Llegó un telegrama de Xavier diciendo que iría lo más rápido que le fuera posible. Pero estaba sola como no lo había estado nunca. Mi familia había muerto, mi clan gitano estaba en la otra punta del mundo, mi amante estaba casado con otra. Me paseé arriba y abajo por la habitación. Por primera vez me di cuenta de que, sin el ruido y la actividad de la gente a mi alrededor, mi vida era sombría y sin sentido. Me quedé de pie junto a la ventana y miré hacia la calle, retorciéndome las manos mientras las lágrimas me inundaban los ojos.

El nuevo año llegó, pero no trajo ninguna alegría. La pérdida de Julieta me había dado un irresistible deseo de morir. Cada vez que cruzaba caminando el Sena, me imaginaba que me llenaba de piedras los bolsillos de mi abrigo de invierno y me arrojaba al agua. Había perdido las ganas de bailar. Y el corazón me dolía por España. Las noticias eran más sombrías cada día. Málaga había sido atacada por los rebeldes, que habían cometido espantosas atrocidades contra la población. Veía cómo Xavier y Margarida iban y venían de París en actividades diplomáticas y gubernamentales, intentando salvar a la República.

¿De qué sirve vivir si la vida no tiene ningún propósito?, me preguntaba. Sabía que tenía que dejar de compadecerme. ¡Se acabó! Si quería que la vida tuviera un propósito, tenía que hacer algo útil.

—No, Celestina —dijo Xavier cuando le dije que quería conducir ambulancias, si no para el ejército, al menos para las tropas de retaguardia—. ¿Sabes lo peligroso que es? Franco no hace distinciones entre militares y civiles. Aunque transportes a mujeres y niños heridos, los rebeldes te bombardearán.

Le cogí las manos.

—¿Por qué es aceptable que otros arriesguen su vida pero yo no? ¿Soy superior en algo?

Me acarició la cara.

—No..., no es eso.

—¿Entonces qué?

Negó con la cabeza y me miró con lágrimas en los ojos.

—No podría seguir viviendo si te pasara algo.

Apoyé la cabeza en su pecho. Yo sentía lo mismo por él.

Recordé la alegría de la gente en las calles después de las elecciones de abril de 1931, cuando se proclamó la República.

—¿Cómo se ha llegado a esto? —susurré—. ¿Cómo ha llegado a desatarse esta locura?

Cuando Xavier comprendió que no me haría cambiar de idea en lo de servir en España, organizó que su chófer francés me diera lecciones de conducción.

—¿Piensa *mademoiselle* competir en el Concours d'Élégance de este año? —preguntó aquel hombre.

El Concours d'Élégance era un prestigioso acontecimiento en el que las damas de la alta sociedad exhibían sus Bugattis y sus Rolls-Royces.

—No, quiero que la enseñes más como a alguien que se prepara para el Gran Premio y el *Rally* de Montecarlo —dijo Xavier—. Necesita saber cómo conducir rápido en todas las condiciones. *Mademoiselle* Sánchez quiere servir a la República como conductora de ambulancias.

La idea sorprendió e impresionó a la vez al chófer.

—Yo conduje una ambulancia en la Gran Guerra —me confió durante la primera clase—. Si quiere conducir ambulancias, también tendrá que saber repararlas.

Me instruyó sobre las partes del motor y me enseñó a vaciar y volver a llenar el radiador para que no se resquebrajara con las temperaturas bajo cero por la noche.

—Y tiene que aprender a conducir en la oscuridad con los faros apagados —me dijo—. Eso es probablemente lo más importante que va a tener que saber.

Xavier compró un camión Ford y mandó equiparlo con camillas.

—Te está esperando en Perpiñán para cruzar la frontera —me dijo—. Hay una pistola oculta en la caja que está debajo del asiento del conductor. No tienes ni idea de lo difícil que es conseguir una en España. Y la vas a necesitar para tu propia protección. Las balas están debajo de las vendas en el botiquín de primeros auxilios. El paquete de suministros está lleno de yodo, jabón, cerillas y cigarrillos.

—¿Cigarrillos? Pero si yo no fumo.

—Los cigarrillos, los cigarrillos de verdad, son útiles para hacer trueques en los pueblos donde mandan los anarquistas, en los que se ha abolido el dinero —me explicó Xavier—. ¿Hay algo más del manual del voluntario que necesites?

Negué con la cabeza.

—¡Siempre me cuidas tan bien! —le dije.

Me agarró una mano y se la puso en la mejilla.

—Un día, cuando las cosas estén mejor en España, dedicaré la vida entera a cuidarte.

Mi pobre Xavier. ¿Cómo podría cumplir esa promesa? Había demasiada gente que también dependía de él. Era el heredero de una importante familia. Y no podía divorciarse de Conchita y hacer caer la vergüenza sobre su hijo. No le habría pedido que me diera más de lo que ya me había dado.

Al día siguiente, Evelina nos acompañó a Xavier y a mí a la estación de ferrocarril. Iba a subir a un tren que me llevaría hasta Perpiñán, donde recogería mi ambulancia. Esperaba que Evelina tuviera alguna noticia que contarme sobre Julieta: cómo había crecido, cómo chillaba de placer cuando la bañaban, cómo señalaba siempre su juguete preferido. ¡Algo! Estaba desesperada por algo. Pero Evelina no dijo nada.

Los labios de Xavier temblaban cuando me besó.

—En toda mi vida, solo has existido tú —dijo.

Lo abracé y le dije que para mí era igual. Evelina se volvió hacia mí y le apreté la mano antes de subir al tren.

—Dale un beso a Julieta de mi parte —le dije.

Evelina asintió, pero no dijo nada.

Cuando sonó el pitido y el tren comenzó a salir de la estación, me asomé por la ventanilla para poder despedirme de nuevo por señas de Xavier y Evelina. ¿Por qué se mostraba ella tan reacia a hablarme de Julieta? Me pregunté si se había convencido de que la niña era en realidad suya. ¿Había creado en su mente un mundo en el que había llevado a Julieta durante nueve meses en su útero y la había dado a luz? Me

alegraba de que Evelina estuviera criando a Julieta, pero no podía olvidar que la niña era el fruto de mi amor y el de Xavier.

Cuando llegué al cuartel de Barcelona con mi ambulancia, ya era una conductora experimentada. El viaje a través de los Pirineos había sido un reto y entendí por qué Xavier me había insistido en que lo hiciera. Si mantener la atención centrada en la carretera ya era difícil cuando viajaba sola y sin un peligro inmediato, ¿cómo sería con pasajeros gimiendo y gritando de dolor con cada bache mientras los aviones enemigos se me venían encima?

El oficial que tomó nota de mi llegada no dejaba de mirarme, a punto de reconocermelo, pero yo había tenido cuidado de ir vestida con la máxima sencillez posible. Recibía constantemente peticiones de la oficina militar para que entretuviera a las tropas para mantener alta la moral, pero no era eso lo que yo quería hacer. Había terminado con los grandes espectáculos al estilo de Hollywood y los *shows* de variedades. Si volvía a bailar algo en el futuro, sería exclusivamente flamenco puro.

—He visto a muchas señoras británicas y norteamericanas llegar con coches y camiones convertidos, pero eres la primera mujer española que ofrece sus servicios. ¿Cómo has conseguido la ambulancia? —me preguntó el oficial.

—Hice una colecta en la fábrica en la que trabajaba en Francia —contesté—. Un compañero de trabajo me enseñó a conducir.

El oficial asintió. Mi relato imaginario de camaradería apeló a su sensibilidad comunista.

—Bueno, has llegado en el momento oportuno —me dijo—. Necesitamos las ambulancias más que nunca.

Franco hacía otro intento de rodear Madrid cruzando el río Jarama y cortando las comunicaciones de la ciudad con la nueva sede temporal del Gobierno de la República en Valencia. Las tropas republicanas, reforzadas por las Brigadas Internacionales, combatían valientemente para impedir que los nacionales alcanzaran su objetivo. Las bajas eran numerosas en los dos bandos. Mi primera misión fue transportar a unos soldados heridos desde un hospital de campaña hasta un hospital de convalecientes que se había instalado en un monasterio abandonado.

Cuando llegué al hospital de convalecientes, me recibieron médicos y enfermeras británicos y de Nueva Zelanda, que sintieron un gran alivio cuando se enteraron de que podía hablar lo que calificaron de un «inglés bastante aceptable».

—Hay escasez de todo —me explicó el doctor Parker, cirujano jefe—. A menudo tengo que trabajar en zonas no esterilizadas y confiar en que el paciente salga adelante. En más de una ocasión he dejado donde está una bala o una esquirla de metralla, convencido de que el cuerpo del paciente podrá mejor con un objeto extraño que con una septicemia.

Me horroricé al enterarme de que en el hospital casi no había jabón, el artículo

más necesario para una limpieza básica. Al doctor Parker y a su equipo les faltó poco para hincarse de rodillas y besarme las manos cuando les entregué mi caja de *savons de Marseille*.

Al principio mis obligaciones incluían transportar a soldados convalecientes y a algunos civiles a otros hospitales, para dejar espacio para los heridos de mayor gravedad. Pero en muchos aspectos la guerra era como un huracán: el viento podía cambiar de pronto y la destrucción podía venir de cualquier dirección. Un día volvía al hospital de convalecientes al volante de mi ambulancia cargada de suministros. También viajaban conmigo dos enfermeras británicas, que iban recuperando el sueño perdido cuando se oyó a lo lejos un ruido como de mil abejas. Adiestradas por la guerra, las dos mujeres se pusieron en guardia. Una de ellas pegó la cara a la ventanilla y miró hacia el cielo.

—¿Nuestros? —preguntó nerviosa su compañera.

La enfermera respondió con un:

—¡Fuera! ¡Al terraplén!

Apagué el motor y salí corriendo detrás de ellas, luego me deslicé por el talud del terraplén arrastrando las posaderas. Había una oquedad natural en la que pudimos meternos para protegernos. Imité la manera en que las enfermeras se acurrucaban haciéndose un ovillo, se tapaban los oídos y abrían la boca para reducir los efectos de la detonación. Las explosiones hicieron temblar la tierra y nos arrojaron unas contra otras. Por una vez, el depósito de gasolina estaba lleno: me aterrorizaba que cayera una bomba en la ambulancia y explotara. No contaba con que los aviones volarían tan bajo. Eran dos. Pude ver la cara de uno de los pilotos cuando su aparato pasó junto a nosotras.

—Italianos —dijo una de las enfermeras—. ¡Estamos de suerte! Tienen mala puntería.

Me levanté para ir a ver qué le había pasado a la ambulancia.

—¡Siéntate! —me gritaron las mujeres—. ¡Volverán! ¡No hay nada que les guste más a esos cabrones que un objetivo no militar!

En efecto, los aviones dieron la vuelta y vinieron de nuevo a por nosotras. Esta vez abrieron fuego, acribillando a balazos la ambulancia antes de desaparecer en la lejanía. Contemplé horrorizada los daños que había sufrido mi vehículo. ¿Qué habría pasado si hubiera estado viajando en la otra dirección con pacientes a bordo?

Para mi asombro, la ambulancia seguía funcionando. Así que las enfermeras y yo proseguimos nuestro camino. Cuando llegamos al hospital de convalecientes había decenas de vehículos estacionados en el exterior y los camilleros iban y venían a toda prisa con sus camillas. Había habido otra ofensiva.

El oficial al mando me ordenó ir directamente al hospital de campaña.

—Ten cuidado —dijo mientras observaba los orificios de las balas en los paneles del techo y los laterales de mi Ford—. Hemos perdido ya a dos conductores de ambulancia.

Cuando llegué al hospital de campaña, me presenté y después abrí la parte trasera de la ambulancia, dispuesta a recibir pacientes que se derivaran al hospital de convalecientes.

—No tenemos ni idea de quién está listo para el traslado —dijo un oficial médico mientras me hacía entrar en el hospital.

Me llevaron a la zona de clasificación, donde una enfermera me entregó unas tijeras y me dijo que cortara los uniformes de los heridos para que las enfermeras pudieran evaluarlos y prepararlos para la cirugía. Todos los que pudieron acudieron para ayudar de este modo a las enfermeras, incluidos el administrador y el cocinero del hospital. Había que limpiar rápidamente toda la sangre del suelo, para que no se propagaran las infecciones. Peor aún, uno de los cirujanos podía resbalar en ella y romperse una mano que tanta falta hacía.

Me encontré viendo desde cerca lo que la metralla y las balas podían hacerle al cuerpo humano. Parecía que los miembros y el abdomen de algunos hombres habían explotado desde dentro. Muchos habían estado tendidos en el campo de batalla varias horas antes de que los camilleros pudieran recogerlos; sus heridas estaban llenas de gusanos. Me aterrorizó ver la rapidez con la que podía avanzar la gangrena. Había otras heridas, en el pecho, en la cabeza, espinas dorsales seccionadas, quemaduras masivas. Durante años, los gritos de los heridos y los olores de las heces, la sangre y la carne infectada se quedaron conmigo.

—¿Eres conductora de ambulancia? —me preguntó un oficial médico.

Asentí y él me hizo una seña para que fuera a la sala de operaciones.

Instantes después estaba transportando piernas, brazos, manos y otras partes del cuerpo y arrojándolas a una hoguera. No había tiempo para horrorizarse. En cuanto se había tratado a un grupo de hombres, otras ambulancias volvían del frente.

Seguimos trabajando hasta que cayó la tarde. Entonces cargaron mi ambulancia con hombres que podían ser transportados esa noche. Cuando estábamos a punto de salir, un oficial médico español tomó la tensión arterial a los heridos. Sacaron a uno de los hombres.

—Se está muriendo —me dijo el oficial médico—. Lo he visto en la cirugía. La metralla le abrió en canal el vientre y todos los intestinos se le salieron. El doctor se los volvió a meter en la cavidad abdominal y le cosió.

Miré al joven que estaba en la camilla. Tenía los rasgos cincelados y los ojos oscuros y tiernos. Pensé de inmediato en Anastasio. Aquel soldado era más o menos de la edad de mi hermano cuando lo embarcaron a Marruecos. Ayudé al oficial médico a llevarlo de nuevo adentro, a la zona de clasificación ahora vacía. Por el color de su piel, pude ver que el joven soldado se estaba apagando. Odié la idea de que muriera solo. Un sacerdote estaba con Anastasio cuando murió. Me senté al lado del joven y le sujeté una mano.

—No me arrepiento ni por un instante de haber ido a combatir —dijo—. ¡Por una vez me han tratado como algo mejor que basura campesina!

—¿Puedo hacer algo por ti? —le pregunté—. ¿Hay alguien a quien quieras que mande un mensaje especial?

—Me gustaría besar a una mujer guapa.

A pesar de las circunstancias, me reí.

—Creo que ahora mismo todas las mujeres guapas están ocupadas. ¿Te sirvo yo?

—Eres la mujer más guapa que he visto nunca —dijo.

Me incliné y besé sus labios ardiendo.

—¿Te gustaría hacer alguna otra cosa?

Vaya pregunta para un hombre de veinte años, pensé. Quizá le gustaría haber vivido los siguientes sesenta años de su vida, con una esposa, una familia y comida en la mesa.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó.

Busqué en el bolsillo y saqué un Gauloise de los que me había dado Xavier para que los usara para hacer trueques. Ayudé al hombre a incorporarse de modo que su cabeza quedó apoyada en mi regazo, luego le puse el cigarrillo entre los labios y se lo encendí.

—Hmm, este es de los buenos —dijo—. Me habría conformado con la mierda de olor a eucalipto que nos daban. Pero esto... ¿qué es?

—Es un cigarrillo francés —le dije.

—¿Quién iba a pensar —dijo el soldado, mitad sonriendo, mitad haciendo una mueca de dolor— que un día iba a estar echado en el regazo de una mujer guapa y fumando un cigarrillo francés?

Unos minutos más tarde murió. El oficial médico regresó y entre los dos bajamos su cuerpo al lavadero, donde reposaban varios soldados muertos hacía poco. Me disponía a volver a mi ambulancia cuando el oficial me tocó un brazo.

—Se les ha acabado la anestesia aquí —dijo—. He oído decir que cuando un hospital de campaña más cercano al frente se quedó sin anestesia, el médico español que estaba allí hizo lo más humano que podía hacer por los moribundos. Mandó que los sacaran del hospital y les metió una bala en la cabeza. ¿Crees que lo juzgarán?

—Espero que no —dije.

Antes de subir al asiento del conductor de mi ambulancia, di un cigarrillo a cada uno de los pasajeros. Yo también fumé mientras conducía, en parte para contener las lágrimas que amenazaban con cegarme, pero también para librarme del hedor de la sangre y de la carne en descomposición que parecía haberse instalado en mis poros.

Tuve que conducir sin faros toda la noche. Pasamos por un pueblo que había sido bombardeado ese día. Eran casi las doce de la noche, pero hombres y mujeres seguían cavando frenéticamente con las herramientas que tuvieran, o con las manos ensangrentadas, para sacar a sus familiares de debajo de los escombros. Solo tenían una media luna y la luz de las velas para guiarlos. Me pregunté si alguien que no

hubiera presenciado algo así podría entenderlo. Pensé en Xavier, que trabajaba sin dormir para conseguir armas y ayuda para la República: ni siquiera él había visto cómo eran tan de cerca los combates.

Había recibido una carta suya unos días antes. Me decía que su familia no entendía el peligro en España y que su madre y Evelina habían regresado a Barcelona una semana después de que yo saliera de París. Me pedía que me hiciera responsable de ellas si la ciudad llegaba a estar en peligro y él no estaba allí. Por ahora, el frente seguía lejos de Barcelona. Y yo había oído que la vida en la ciudad continuaba en gran medida con normalidad. Pero las cosas podían cambiar con rapidez. Pensé en Julieta y me estremecí. Tenía que convencer a Evelina para que volviera a París con ella. Pero, mientras tanto, no podía hacer nada hasta que me concedieran un permiso.

Llegué al hospital de convalecientes cuando despuntaba el alba. Uno de los pacientes había muerto en el viaje, pero el doctor Parker me informó de que antes había llegado una ambulancia con todos los pacientes muertos, por lo que mi viaje se consideraba un éxito.

—El conductor pasó por encima del cráter de un obús y ahí terminó todo para ellos —dijo. Entonces me miró el abdomen—. Por cierto, estás sangrando.

Me miré y vi que tenía la cadera cubierta de sangre, de sangre mía.

—Déjame que trate a los pacientes que me has traído —dijo el doctor Parker—. Y después te echaré un vistazo a ti.

Me tendí en la mesa de reconocimiento y me palpó la herida.

—Parece que fueron unos trozos de piedra —dijo—. Ha comenzado a sangrar porque te has movido.

—Nos bombardearon cuando íbamos hacia el hospital de campaña. Debió de suceder entonces.

—Es frecuente que el personal médico resulte herido y no se dé cuenta —dijo—. Es la adrenalina.

A pesar de las grandes pérdidas y de la falta de pertrechos y suministros, el ejército republicano y las Brigadas Internacionales mantuvieron el valle del Jarama. Otros lugares cobraron mayor importancia y los hospitales de campaña y de convalecientes tuvieron que desplazarse con frecuencia. En junio cayó Bilbao. El orgulloso País Vasco estaba en manos del ejército de Franco. Me superaba tanto la tragedia de la situación que bailé una *seguiriya* en el patio del convento, que ahora utilizábamos como hospital. Era el más solemne de los ritmos flamencos. Usé movimientos de pies secos y rotundos para expresar mi dolor. Algunos pacientes españoles me vieron y comenzaron a acompañarme con sus palmas. Otros no tardaron en unirse a ellos. Terminé el baile con una furia de pasos tan desenfrenados que la herida del costado volvió a abrirse.

El doctor Parker se puso muy serio al reprenderme mientras me suturaba de

nuevo la herida.

—La Rusa. Ahora sé quién eres —dijo—. No hay duda de que eres una buena bailarina, pero preferiría que reservaras tus actuaciones para los actos sociales que programemos. No es bueno que los pacientes se exciten demasiado.

Le sonreí. Había llegado a admirarle. Y estaba agradecida por que hubiera dejado la comodidad y la seguridad de su consulta en Londres para venir a ayudarnos. Pero me divertía pensar que pudiera haber algo como «excitarse demasiado». Mientras los británicos pensaran eso, nunca entenderían lo español.

Un día de octubre, cuando Gijón y Avilés habían caído ya y el Gobierno de la República se había trasladado a Barcelona, el doctor Parker vino hasta mí mientras estaba reparando un neumático de la ambulancia.

—Levántate la camisa y enséñame cómo va la herida —dijo. Le echó un vistazo y añadió—: Quiero que vuelvas a Barcelona para que descanses un poco. Si sigues levantando pesos, nunca va a mejorar.

—Franco no descansa —le dije—. ¿Cómo puedo descansar yo?

—Si esa herida no se cura como es debido, no le harás ningún bien a nadie —dijo—. Eres uno de los mejores conductores. Te necesitamos. Pero te necesitamos con buena salud.

Así que seguí su consejo y regresé a Barcelona. Me enfureció descubrir que el fervor revolucionario que caracterizaba a la ciudad cuando se repelió el golpe de Estado se había disipado. El Gobierno había recuperado el control de los trabajadores y había ordenado a la policía que los desarmara. Se había producido una explosión de combates callejeros en la ciudad cuando se recurrió a la policía para expulsar al comité de trabajadores del edificio de Telefónica en Barcelona. Muchos dirigentes anarquistas cayeron arrestados. Los acusaron de rebelarse contra el Estado republicano mientras estaba en guerra.

Las flagrantes diferencias entre ricos y pobres se habían vuelto evidentes. Los bloqueos habían causado escasez en las tiendas, pero si se tenía dinero se podía comprar lo que se quisiera en el mercado negro. No se encontraban cigarrillos en las tiendas de Barcelona, excepto sucedáneos. Aunque detestaba el mercado negro, pagué un montón de dinero por unos cuantos cartones de Lucky Strike. Quería asegurarme de que, si un soldado moribundo me pedía un cigarrillo, tenía uno bueno para darle. Yo también me había hecho adicta a ellos: mantenían alejado el hedor de la muerte, que parecía permanecer en mi piel sin importar cuánto me restregara.

Había entregado el piso mío y de Xavier a un grupo de refugiados del sur, así que reservé una habitación en un hotel. Por primera vez en mucho tiempo, me puse a remojo en un baño. Miré la herida amoratada del costado y pensé en cuántas veces había estado cerca de la muerte. Cerré los ojos y recordé los aretes que Francisca y yo habíamos enterrado cuando era niña.

Después de bañarme, me puse el mono nuevo que había comprado para el trabajo y me encaminé hacia el parque al lado de la playa. Para mi alivio, la palmera donde

había enterrado los aretes seguía en pie. Cuando cavé en el suelo de arena, los encontré enseguida. Los lavé en el mar, me los puse en las orejas y sentí su peso. Los aretes pertenecían a mi familia desde hacía generaciones; mi madre me había dicho que pasaban de madre a hija. Quien se los llevara a la tumba podía regresar tres veces después de la muerte para ayudar a un ser querido.

Sin embargo, aquel cruce sobrenatural entre los dos mundos solo podía llevarlo a cabo una mujer, así que era evidente que ninguna de mis antepasadas había decidido llevar puestos los aretes en el momento de su muerte. Comprendí por qué. La idea de volver desde el otro mundo era algo que todo aquel que tenía sangre gitana temía, por si no podía regresar y se quedaba merodeando en este mundo para siempre. Solo la mujer más valiente lo intentaría. Como me enfrentaba a la muerte cada día, decidí ponérmelos. Tal vez alguien a quien amara me necesitara algún día.

Xavier estaba fuera de Barcelona por unos días, así que llamé a Evelina para ver si quería quedar conmigo. Esperaba que llevara con ella a Julieta, pero me dio miedo pedírselo. Estaba deseando ver a la nenita, aunque aceptaba cada vez más que no era mía y que había tomado la decisión correcta al entregársela a Evelina.

Para mi decepción, acudió sola. Vestía un traje de franela azul marino con solapas anchas y un pañuelo de lunares. Parecía tan bonita y tan poco afectada por la guerra que verla hacía que me sintiera contaminada. Para librarme de esa sensación, fumé más, a pesar de la desaprobación que veía en su cara.

Intenté convencerla de que su familia debía marcharse de la ciudad. Parecía preocupada por la guerra, pero no quería ir a ninguna parte sin sus padres. «Si no lo haces por ti o por ellos, hazlo por Julieta», quise gritar.

Como la mayoría de la gente en Barcelona, parecía no haber reparado en el tipo de enemigo al que nos enfrentábamos. Quise hablarle del pueblo en el que había estado, que un piloto alemán había sobrevolado con un avión republicano capturado y había lanzado panfletos. Pensando que eran mensajes del Gobierno, la gente del pueblo, incluidos los niños, había salido corriendo de sus casas para recoger los papeles. El avión regresó y los ametralló a todos. Pero sabía que si le contaba esa historia, Evelina no me creería. Me prometí que, si la situación llegaba a ponerse realmente peligrosa, llevaría a rastras a toda la familia Montella al otro lado de la frontera si tenía que hacerlo.

Unas noches después bailé en el Samovar Club. Se suponía que estaba descansando, pero me obsesionaban las imágenes de lo que había visto. Me gustó actuar para los trabajadores y los soldados. Mucho más de lo que había disfrutado nunca bailando para la sociedad intelectual. Me devolvió a los tiempos en que mi clan y yo éramos gitanos de verdad, que vivíamos de nuestro ingenio en el Barri del Somorrostro y actuábamos en bares flamencos.

Xavier fue a verme acompañado de Evelina y Margarida, que había regresado a

Barcelona cuando el Gobierno se instaló en la ciudad. Como había tenido que evacuar Madrid y Valencia, esperaba que Margarida tuviera una idea más cabal de las condiciones de la guerra. Me sorprendió cuando me preguntó por la moral de los hombres en el frente.

Miré el pequeño festín de aceitunas, encurtidos y pan tierno encima de la mesa: artículos del mercado negro. Al verlos me llené de indignación. Yo quería a los hermanos Montella, pero estaba convencida de que el racionamiento les parecía una privación. Para algunos de los soldados en el frente, era lo mejor que habían comido en su vida. La ración del soldado era un festín en comparación con el hambre que conocían como campesinos. Y ahora su esperanza de una revolución social había desaparecido. ¿Por qué luchaban?

—¿Cómo esperas que esté? —dije con brusquedad—. Les habéis quitado su revolución. Luchaban por una vida mejor. ¿Por qué deben luchar ahora? ¿Por Franco o la República? Cualquiera de los dos no es más que otra forma de capitalismo. Después de la guerra, todo será igual para ellos: los ricos serán ricos y los pobres seguirán pasando hambre.

Margarida se puso roja de ira.

—No será así —contestó—. ¡Tanto si es una revolución como si es una reforma, la República será mucho mejor para los trabajadores y los pobres de lo que Franco será nunca!

Pensé en el joven soldado que había muerto en mis brazos. Mientras se lo contaba a los hermanos Montella, deseé poder explicarles la impotencia y la humillación de ser pobre. Pero, por muy bien intencionados que fueran, nunca podrían entenderlo. Ellos siempre habían sido ricos.

Xavier me llevó de vuelta a mi habitación del hotel, poniendo a sus hermanas la excusa de que estaba agotada. Lo seguí mecánicamente.

—Celestina —dijo mientras cerraba la puerta detrás de nosotros y me estrechaba entre sus brazos—, dime qué está pasando. ¿En qué piensas?

Quise hablarle de los horrores que había visto, explicarle que lo único que me ayudaba a hacerles frente era pensar en él... y en Julieta. Pero no lo hice. No pude decir nada.

Xavier me acarició la mejilla y después me llevó al dormitorio. Esa noche hicimos el amor apasionadamente. Cuando intentó retirarse, le rodeé la cintura con las piernas y no le dejé. Lo único que podía consolarme de la pérdida de Julieta era hacer otro bebé con él. Pero con la guerra y todas las penalidades que había causado a mi cuerpo, eso no iba a suceder.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Xavier más tarde.

—Todos esos hombres van a morir —le dije—. Todos esos hombres que combaten por la República perecerán. Y también muchos civiles. Es verdad, ¿no? Por mucho que lo intentes, Xavier, no puedes conseguir armas mejores para nosotros. No puedes lograr que los británicos, los franceses y los norteamericanos nos ayuden.

Se inclinó sobre mí y me miró fijamente a los ojos. Cada detalle de él esa noche se me quedó grabado en la memoria: su piel (que olía a té y a vetiver), el calor de su aliento, la fuerza dura y musculosa de su brazo alrededor de mi cintura.

—Aunque todos los que creemos en la República muramos, de alguna manera nuestro espíritu seguirá viviendo —dijo—. Surgirá en algún lugar, en otra generación... Y seremos nosotros, nuestro espíritu, estimulándolos para crear un mundo mejor y más justo. Cada uno que entrega su vida por la República no lo hace en vano, Celestina. Ninguna de esas vidas se desperdiciará. No importan los sacrificios, no importa la apariencia de derrota, contribuirá al progreso del género humano. En mis estudios de historia, hay una cosa que se repite una y otra vez y que me infunde fe: «Finalmente, todas las causas honorables triunfan, aunque al principio fracasen».

Paloma

Cuando Ramón terminó de narrarme la historia que la Rusa le había contado, me sumí en una suerte de conmoción. ¿Mi abuela era la Rusa, no *mamie*? Sí, no me costaba creer que la Rusa había dado a luz a mi madre. El parecido saltaba a la vista. Recordé la descripción de la forma de bailar de la Rusa que había hecho *mamie*: poderosa, hipnótica, majestuosa. Esas eran las palabras que los críticos de *ballet* habían usado para describir a mi madre. Nadie en la historia del *Ballet* de la Ópera de París había progresado con tal rapidez de *quadrille* a *étoile* como mamá. Me quedé atónita. Eran tantas las emociones y las preguntas que me asaltaban que no sabía cómo hacerles frente. Quería mucho a *mamie*, pero era la nieta de su hermano. Sentía que había vivido los últimos dieciocho años como una persona. Pero ahora descubría que era otra. No estaba enfadada con ella, solo me sentía confusa. No cabía ninguna duda de que me quería muchísimo, ni de que había querido igual a mamá. ¿Había tenido miedo de que, si un día revelaba el secreto, habría tenido que compartir a mamá con la Rusa? ¿O de que pudiera perderla del todo?

Considerando que *mamie* estaba convencida de que la Rusa era la responsable de la muerte de Xavier, podía entender por qué me había ocultado los hechos del nacimiento de mi madre. Pero ¿es posible saber lo que hay en el corazón de otra persona, incluso de alguien a quien amábamos? No lo sabía. Lo único que sabía era que había habido demasiadas suposiciones acerca de quién había hecho qué y por qué, exactamente igual que yo había sacado conclusiones equivocadas sobre papá y Audrey.

El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—«Finalmente, todas las causas honorables triunfan, aunque al principio fracasen». ¿Le pidió su hermana que pusiera esta frase en su lápida? —le pregunté a Ramón.

—Así lo dejó dicho en su testamento.

Comprendí que tenía que revisar buena parte del relato de *mamie*. Lo que Ramón me había contado explicaba muchas de las cosas que me habían desconcertado.

—Por lo que está diciendo, parece que la Rusa amaba muchísimo a Xavier. Le creo cuando dice que no le traicionó.

Ramón me observó antes de respirar hondo. Parecía aliviado.

—Deja que te cuente lo que ocurrió en enero de 1939 —dijo—. Entonces verás lo equivocada que estaba Evelina Montella cuando pensó eso de mi hermana.

Celestina

En octubre de 1938, en plena batalla del Ebro, la Sociedad de Naciones presionó a la España republicana para que desmovilizara a las Brigadas Internacionales y repatriara a los brigadistas a sus países de origen. El Gobierno republicano confiaba en que, si accedía, la Sociedad de Naciones obligaría también a Franco a prescindir de las tropas italianas y alemanas que combatían en España. Pero Franco no tenía la menor intención de ceder.

Aunque el doctor Parker y el personal a su cargo no querían marcharse, tuvieron que obedecer las órdenes, so pena de arriesgarse a perder su ciudadanía. Ayudé a traspasar el hospital de convalecientes a un grupo de médicos antifascistas alemanes e italianos que no podían regresar a su país a causa de las leyes raciales que Hitler y Mussolini estaban aprobando o debido a sus ideas políticas.

El cirujano alemán que iba a ejercer como director del hospital estrechó la mano del doctor Parker.

—Esta ha sido la última «gran causa» —se lamentó—. La última oportunidad de luchar por la democracia en Europa. Si el resto del mundo supiera lo que los nazis pretenden hacer, también habría estado aquí.

La noche antes de su marcha, el doctor Parker vino a verme.

—Tienes que irte tú también, Rusa —me dijo—. Aquí la batalla está perdida. Puedes hacer más por tu país como embajadora internacional de la España republicana. Pero antes saca de Barcelona a la gente a la que quieres.

Entregué mi ambulancia al nuevo personal para que la utilizara y regresé a Barcelona con el convoy de transporte. Xavier estaba allí cuando llegué. La familia del sur que había vivido en nuestro piso se había marchado a América. Desde el balcón, vimos el desfile de despedida de las Brigadas Internacionales. La gente lanzaba flores y besos a los hombres y mujeres que habían acudido de todo el mundo en nuestra ayuda. Yo les estaba agradecida por todo lo que habían intentado hacer, así como a los muchos que habían dado su vida por la República. Sin embargo, mi espíritu se sentía como un peso muerto en mi cuerpo.

—Todo ha terminado de verdad, ¿no? —dije mientras me volvía hacia Xavier—. No podemos hacer nada más.

La cara de Xavier se endureció.

—Hay algunos rusos que creen que la manera de resolver el problema español es asesinar a Franco. —Nuestras miradas se cruzaron. Esperé a que continuara—. He accedido a encontrar los medios para que sus agentes se infiltren en España y se acerquen a él. Voy a necesitarte, Celestina, para que lleves informes de espionaje a París por mí.

La determinación de Xavier de seguir luchando tuvo un efecto poderoso sobre mí. Aunque había perdido la fe en el idealismo de la República española, me preocupaba la suerte que pudiera correr el pueblo español. La prensa internacional podía exponer los pros y los contras de los nacionales y los leales todo lo que se les antojara, pero Franco era un asesino brutal. Había que pararlo.

—¡Sí! —le dije a Xavier—. Haré lo que haga falta.

Él me abrazó.

—¡Muy bien! Eres la única persona en la que confío, la única que tiene el coraje necesario.

Sabía lo que aquella expresión adusta de su cara significaba. La misión que íbamos a emprender contaría con muy pocos medios. Pero no me permití pensar demasiado en los riesgos ni en la horrorosa suerte que cualquiera de los dos podía sufrir si lo capturaban. Sentí simplemente un dolor en el corazón ante la idea de que aquel día pudiera ser el último que pasábamos juntos. Me acurruqué contra el pecho de Xavier y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Tanto si la misión tiene éxito como si fracasa, nos reuniremos en París —dijo, y me besó en la coronilla.

—Sí.

—Pero..., si no conseguimos llegar a París —dijo en voz baja—, prométeme, por favor, que cuidarás de mi familia.

Cerré los ojos con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Pero no iba a llorar. Me negaba a creer que algo pudiera salir mal.

—Lograrás llegar a París —dije—. Y no hay nada que yo no hiciera por ti... o por tu familia.

A causa de los embargos de no intervención impuestos a España por los aliados, Xavier tenía que recurrir a negociar con los jefes de los bajos fondos de Barcelona para el tráfico ilegal de armas a España para el ejército republicano. Era un mundo turbio y detestaba verse involucrado en él; sabía bien que los hombres con los que hacía negocios abastecerían con el mismo gusto a Franco si pagaba el precio adecuado. Había, sin embargo, una organización mafiosa que parecía ser la excepción a esta regla. Uno de sus miembros era un hombre conocido como el Garbanzo, que tenía inclinaciones firmemente lealistas. Al parecer, él también tenía una red de confidentes dispuestos a ayudar a los agentes rusos a acercarse a Franco.

Una de mis primeras misiones fue entablar contacto con el Garbanzo para que me entregara una lista de los asesores de Franco cuya lealtad podía comprarse. A través de uno de los agentes de Xavier, concerté una cita con el Garbanzo en una dirección del Barri Xinès, la zona de infraviviendas de Barcelona donde había nacido. Fue inquietante caminar de nuevo por aquellas calles sombrías y estrechas. Los edificios de apartamentos superpoblados, algunos en ruinas a causa de los bombardeos, y el

fétido olor de la basura en descomposición y de los excrementos de las ratas hicieron que los recuerdos se agolparan en mi cabeza: papá y Anastasio saliendo al amanecer rumbo a la fábrica, mi madre cortando el pan en rebanadas delgadas, Ramón y yo jugando en un mundo imaginario en plena calle.

Daba la impresión de que al edificio donde tenía que reunirme con el Garbanzo no le había dado nunca la luz del sol. Los muros tenían manchas de humedad y el portal olía a alcantarilla. Entonces una sensación inquietante se apoderó de mí. Miré hacia los dos extremos de la calle. El comercio de especias había sido sustituido por un café de aspecto sórdido, pero eran la calle y el edificio donde me había criado. Cuando era niña, no había ningún edificio en el solar de al lado, pues se había derrumbado debido a algún temporal de intensas lluvias. Por eso al principio no había reconocido el lugar donde estaba. Cuando estuve delante del piso cuyo número me habían dado, la sensación de que avanzaba hacia alguna clase de destino me aguijoneó. Era la única persona de la red que no usaba un nombre falso, pues era demasiado evidente quién era. Estaba segura de que no podía ser una mera coincidencia que aquella reunión se hubiera concertado en el hogar de mi niñez.

Llamé a la puerta. Me abrió un hombre de cara demacrada, gafas de montura delgada y aspecto de director de una empresa de pompas fúnebres.

—He venido por el asunto del señor Pinto —dije.

Senyor Pinto era el nombre en clave de Xavier. Xavier y el Garbanzo no se habían visto nunca y jamás usaban sus verdaderos nombres. Se comunicaban a través de intermediarios.

El hombre me indicó con una seña que entrara. El piso llevaba algún tiempo deshabitado, a juzgar por la capa de polvo del suelo. Mezclado con el olor a descomposición y a moho había un aroma de puro caro. Fue entonces cuando reparé en la presencia de un hombre vestido con un traje con chaleco que estaba sentado sobre un cajón dado la vuelta boca abajo y que miraba por la ventana. Por su cuerpo fornido y sus mejillas hinchadas, deduje que le habían puesto el nombre de «el Garbanzo» por ser tan redondo. Entonces nuestras miradas se encontraron y una sacudida de reconocimiento recorrió mi cuerpo. Cuando cerré los ojos y volví a abrirlos, él seguía allí. Sollocé asustada. ¡Ramón!

Supe con certeza que el Garbanzo era mi hermano, aunque habían pasado treinta años desde que nos separaron. No quedaba rastro de su mirada brillante, de su manera de observar el mundo siempre con asombro. Tenía bolsas debajo de los ojos y profundos surcos alrededor de la boca. Aquella gordura infantil se había convertido en una barriga considerable. Pero lo reconocí como solo los hermanos pueden hacerlo: por intuición. Era como si lo hubiera hecho aparecer con mi imaginación. Había pensado en mi infancia y mi hermano había aparecido.

Al verlo me olvidé del motivo original que me había llevado hasta allí. Corrí hacia él y extendí los brazos. Para mi horror, Ramón me apartó de un empujón. Lo miré fijamente, desconcertada. ¿Por qué me había citado allí, en aquel piso, si no era

para reconciliarse conmigo?

Ramón apretó los labios. Dejó su cigarro.

—Pensaba que no te darías cuenta de quién soy —dijo.

—¿Dónde has estado? —le pregunté—. ¡Me prometiste que volverías a buscarme!

Me observó un instante antes de hablar.

—Pues claro que volví a buscarte. Arriesgué la vida para fugarme cuando las autoridades fueron a sacarnos de Alcañiz después de que Teresa muriera. En lo único en que podía pensar era en que tenía que volver a Barcelona para salvar a mi hermana. Pero cuando regresé, no pude encontrarla.

—Tenía que haberme ido con Juana —le dije—. Pero no tenía ni idea de dónde vivía...

—A Juana también la detuvieron y la desterraron poco después que a Teresa —me cortó Ramón.

Se me cayó el alma aún más a los pies mientras Ramón me describía cómo había buscado todas las noches en el Barri Xinès, mirando a la cara a las niñas prostitutas, aterrorizado ante la posibilidad de que una de aquellas criaturas dejadas de la mano de Dios pudiera ser yo. Me contó cómo había trabajado para los delincuentes de la droga, abriéndose camino con su labia en sus círculos y sin dejar ni por un momento de buscar en orfanatos y asilos de pobres. Al final, comenzó a creer que podía haber sido una de las víctimas de Enriqueta Martí, aquella mujer que asesinaba a niños de la calle y que utilizaba sus huesos y su grasa para elaborar cremas faciales que potenciaban la juventud para la alta sociedad de Barcelona.

Ramón me miró de una manera tan mordaz que al principio no supe qué decir.

—No es que no quisiera que me encontraras —le dije—. Estaba con los gitanos. Bailaba en bares flamencos en el Barri Xinès. ¿Cómo pudo Dios ser tan cruel para dejarnos vivir sin encontrarnos?

—¿Bailarina? —repitió Ramón, que lanzó una risa sarcástica que se me clavó en el corazón como un cuchillo.

Me contó que cuando se hizo mayor y tuvo más poder como traficante de droga, ya por su cuenta, recurrió a gente que le debía favores para que averiguaran qué había sido de mí.

—Te encontraron. Y, como me temía, te habías convertido en una puta..., pero no en una puta de marineros y viejos pervertidos. Eras la puta consentida de ¡Xavier Montella!

Bajé la vista y me clavé las uñas en las manos. La palabra «puta» me quemaba dentro. Así que esa era la razón de su odio, pensé. Por eso, aunque sabía dónde estaba, nunca se había puesto en contacto conmigo.

—No lo entiendes —le dije—. Amo a Xavier Montella. No soy su puta.

Un destello de ira asomó a los ojos de Ramón.

—Me acuerdo de los Montella, Celestina —dijo—. Recuerdo la manera en que

hasta sus criados nos desairaban. No he olvidado que a Anastasio lo enviaron a la muerte para defender sus minas en Marruecos, que Leopold Montella dijo que aquella injusticia era simplemente cómo funcionaba el sistema económico. Y... nunca he podido borrar la imagen de papá muerto de un tiro por protestar contra ese sistema. ¡Yo sí me acuerdo, Celestina, aunque tú hayas elegido olvidar!

—¡Yo no lo he olvidado! —grité.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. En todo el tiempo en que había esperado que Ramón y yo pudiéramos reencontrarnos, nunca había imaginado que sería así. La mirada de desprecio que vi en su cara me aplastó. Quise decirle que lo había buscado en Alcañiz, y que cuando vi que no podía encontrarlo había bailado una *soleá* para él para expresar mi pena. Pero vi que no serviría de nada.

—¿Por qué, si todo este tiempo has estado rehuyéndome, has querido verme ahora? —pregunté—. Es evidente que sabías a quién iban a mandar para hablar contigo.

Ramón no contestó en un principio. Pareció observarme.

—Y, sin embargo —dijo—, no puedes tener el corazón completamente negro. Según mis informadores, has conducido una ambulancia para el ejército republicano. Una mujer de tu posición podía haberse marchado a vivir en la ciudad que hubiera querido.

—Eso es verdad —dije—. ¡No he olvidado tantas cosas como tú crees!

Por un instante, su dura mirada se suavizó. La expresión que apareció en sus ojos fue la que yo solía ver cuando me llevaba un trozo de tarta del mercado o cuando me levantaba en sus brazos de niña. Quise abrazarlo otra vez, demostrarle cuánto seguía queriéndolo. Pero entonces la mirada severa regresó.

Buscó en un bolsillo y me entregó un sobre.

—Es solo por el respeto que le tengo al *senyor* Pinto por lo que te confío esta lista.

Cogí el sobre y salí corriendo del edificio. Corrí entre el laberinto de calles, desesperada por encontrar un lugar donde luciera el sol. Por fin, llegué a una plaza en la que había una fuente y donde entraba suficiente sol entre los edificios que la rodeaban para calentar los adoquines. Me quedé inmóvil un momento, asimilando el calor del sol. Las lágrimas acudieron a mis ojos. ¡Ramón! ¡Mi hermano Ramón!

Recordé cómo engatusaba a las mujeres en el mercado de flores, su talento para convencer a la gente. Si no hubiéramos sido pobres, podría haber llegado a ser alguien importante, en vez de un delincuente. Soportaba mucho mejor la verdad de la sucia profesión de mi hermano que su rechazo hacia mí. La idea de que Ramón, el compañero y protector de mi niñez, me despreciaba me hería en lo más hondo.

Me enjuagué las lágrimas de los ojos. Tengo que volver, pensé. Debo hacerle comprender que Xavier Montella es un reformador social. La ironía de que el hombre con el que Ramón trabajaba fuera Xavier Montella era demasiado para contarla. Miré hacia atrás en dirección al piso. ¿Cambiaría Ramón la opinión que tenía de los

Montella si le revelaba la verdadera identidad del *senyor* Pinto? Pero los nombres verdaderos no debían divulgarse en ninguna circunstancia. No tenía otra elección que mantener en secreto la identidad de Xavier para no hacer peligrar la misión.

No podía hacer otra cosa que dejar que los dardos de Ramón se clavaran donde habían caído. Había vuelto a perder a mi hermano, pero esta vez temí que fuera para siempre.

En noviembre, el frente del Ebro se vino abajo. El ejército republicano del norte cayó derrotado. Mientras Franco iniciaba su marcha hacia Cataluña, se volvió cada vez más difícil para mí llevar a cabo el trabajo de inteligencia. A medida que iban cayendo las ciudades, los partidarios de los nacionales que habían estado socavando clandestinamente la República salieron a la luz. Atacaron a los soldados republicanos y denunciaron a los partidarios de las fuerzas leales. Barcelona, al ser una ciudad con muchos lugares para esconderse, estaba llena de esta clase de traición. Tuve que actuar con cautela porque se me reconocía fácilmente.

Había llegado también el momento de sacar a la familia de Xavier de Barcelona. Xavier estaba en Agullana, cerca de la frontera, desde donde tenía intención de ayudarnos a cruzar sin problemas a Francia. En mi último viaje hasta allí había podido comprar una furgoneta, pero el regreso a España resultó un viaje difícil. Los alemanes bombardeaban las carreteras. Y, además, tenía que conducir en sentido contrario a una marea de refugiados que huían hacia Francia en cualquier medio de transporte que podían encontrar: autobuses, camiones, carros tirados por caballos, bicicletas.

El día que llegué a Barcelona es de los que no olvidaré nunca. Cuando circulaba a la altura del hospital de Vallcarca, me faltó poco para atropellar a un hombre en pijama. Miré hacia la entrada y vi a los pacientes salir tambaleándose del edificio. Algunos parecían ser víctimas de los bombardeos, pero era evidente que muchos eran soldados heridos. Vi a amputados ayudándose de los codos para arrastrarse por el suelo porque les aterrorizaba lo que les ocurriría si caían en manos del ejército de Franco. Llamaban a la gente para que les ayudaran, pero nadie se detenía. De todos los horrores que había visto en la guerra, la visión de aquellos hombres fue lo que más me inquietó. Aquellos soldados habían entregado su juventud y sus miembros para defender a la República y ahora los habían abandonado.

De camino a Barcelona había pasado por un puesto de la Cruz Roja. Calculé cuántos hombres podían caber en la furgoneta y cuánta gasolina me quedaba. Podía llevar a diez cada vez y tenía suficiente combustible. Ayudé a subir a los que tenían menos posibilidades de ir a parte alguna sin un vehículo. Les dije a los demás, que seguro que se habrían helado de frío, que volvieran dentro y esperasen a que regresara. Aquellos hombres me gritaron que los estaba abandonando y corrieron hacia la furgoneta, arrojándose contra los laterales y las ventanas. No tuve otra

elección que pisar el acelerador y arrancar.

Cuando regresé varias horas más tarde, algunos de los pacientes me habían esperado, mientras que otros se habían arriesgado. Dudé que ninguno de los que habían huido tuviera fuerzas para cruzar los Pirineos, sobre todo en invierno. Recé para que otra persona se hubiera apiadado de ellos y los hubiera ayudado, pero, por lo que había visto del comportamiento de quienes huían de Barcelona, dudé que fuera a suceder así.

Tardé un día en transportar a todos los pacientes al puesto de la Cruz Roja. Cuando regresé a Barcelona, estacioné la furgoneta cerca de un edificio que había sido bombardeado, la tapé con mantas y arrojé piedras y tierra encima. Anduve a través de la ciudad, moviéndome como un gato callejero. La atmósfera estaba negra de miedo. Pasé delante de varias casas que estaban ardiendo, sin que nadie estuviera de guardia para sofocar las llamas.

Llegué a la casa de la familia Montella a eso de las once de la noche. Evelina, con la cara pálida, abrió la puerta.

—Llevad solo lo que podáis transportar —le dije—. La primera parte de nuestro viaje será a pie.

La *senyora* Montella me rodeó con sus brazos al verme. Era la primera vez que la veía.

—¡Gracias a Dios que has venido! —dijo, y me besó en las mejillas. Me dio la bienvenida con la misma calidez con que lo hubiera hecho con una hija.

Su verdadera nuera, Conchita Montella, me miraba con una repugnancia que ni siquiera trataba de disimular. Sus facciones eran hermosas (piel luminiscente, ojos oscuros redondos, cejas arqueadas), pero era como un trozo de hielo. En los años que yo llevaba con Xavier, él apenas la había mencionado. Ahora entendía por qué. ¿Que se podía decir de ella?

Iba demasiado bien vestida para nuestra huida: con *blazer* de franela, suéter, falda tableada y un par de botas rusas a la moda. Parecía que iba a salir a dar un paseo en coche por el campo, en vez de a participar en una evacuación. Por la manera en que me miraba, noté que tenía intención de ponerme las cosas difíciles. Si eso llegaba a ocurrir, pondría en peligro la vida de todos.

Conté a las mujeres la vergonzosa escena que había presenciado en el hospital de Vallcarca. Evelina y su madre parecieron disgustadas, pero Conchita dijo con frialdad:

—¿Y el significado de tu historia... es?

Había una suerte de locura estúpida en ella. Comprendí por qué a Margarida —siempre con su descarada franqueza— no le caía bien. Pude entender también que iba a intentar menoscabar mi autoridad durante todo el viaje. Debía poner fin de inmediato a ese plan.

Saqué la pistola y le apunté a la cara. Me dio un subidón de placer ver cómo sus pupilas se dilataban. Le dije que había disparado a dos funcionarios del Gobierno que

habían intentado requisarme la furgoneta para trasladarse al otro lado de la frontera. No era verdad, pero surtió el efecto deseado: Conchita cerró el pico.

Evelina fue en busca de los niños.

Cuando volvió con Julieta en los brazos, la visión de la mata de rizos morenos de la niña me conmovió. Alcancé a ver su bonita cara por encima de la bufanda con la que Evelina le había envuelto la barbilla y las mejillas. Tenía mi color y las facciones finas de Xavier. Supe que haría cualquier cosa para llevarla hasta un lugar seguro.

Para no distraerme de aquel propósito, no me permití volver a mirar a Julieta una vez que estuvimos en la calle, ni a Evelina, que la llevaba en los brazos, ni siquiera a Feliu, que era el vivo retrato de su padre.

La temperatura del aire parecía haber experimentado un acusado descenso en la última media hora. De nuestra boca salía vapor cuando nuestro aliento se encontraba con el aire helado. Barcelona estaba en silencio a excepción del suave chirriar de las ruedas de la carretilla en la que Evelina había cargado los pertrechos y del golpeteo de los tacones de Conchita. Evelina y la *senyora* Montella calzaban borceguíes, igual que yo. Si teníamos que apearnos de la furgoneta y salir huyendo de las bombas, las botas de Conchita serían un estorbo.

Me disponía a guiar a las mujeres hacia una calle lateral cuando oí el arranque de varios motores de coche. Un hombre salió de improviso de un portal delante de nosotras, gritando que estábamos detenidas. Eché mano a la pistola, pero, antes de que pudiera disparar, dos tipos saltaron sobre mí desde atrás. Forcejeé mientras me metían por la fuerza en un coche. Lo último que vi de las mujeres y los niños de la familia Montella fue que unos policías las rodeaban y las obligaban a subir en el otro coche.

Me llevaron a un hotel. Los dos hombres me subieron a rastras a una habitación de la segunda planta. El papel de la pared de color vino le daba a todo un tono horroroso. Había un hombre de pie junto a la ventana. Se volvió y tuve una premonición en cuanto lo reconocí. Era Salazar.

Los hombres me hicieron sentar y me esposaron una muñeca al brazo de la butaca.

—Ya os podéis marchar —dijo Salazar, que los despidió con el saludo fascista.

Sus ojos llenos de odio se clavaron en mí. Nos miramos fijamente durante un momento sin decir nada.

—Has conducido una ambulancia para el ejército republicano —dijo finalmente, con una mirada llena de cólera—. Creo que podemos suponer con quién están tus lealtades.

Cogió un papel de la mesa y comenzó a leer en voz alta la Ley de Responsabilidades Políticas de Franco: «Se declara la responsabilidad política de las personas que se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos

concretos o con pasividad grave». Salazar me miró.

—La pena por lo que has hecho es la muerte.

Sabía lo que quería de mí. Quería que me arrojara en sus brazos y le suplicara su protección. «Quiere que sufra por haberlo rechazado —pensé—. Bueno, puedo sufrir, siempre que Julieta, Evelina y los demás estén a salvo».

Tenía miedo de que, si hablaba, la aversión que sentía por Salazar se notara en mi voz. Y si quería que mi hija, mi amiga y su familia no sufrieran ningún daño, tenía que evitar enfadarle. Pero no hablar fue mi primer error. El silencio ponía tan furioso a Salazar como un toro que no embestía.

—Tienes otras lealtades poco recomendables además de los rojos —dijo con sorna, mientras rodeaba la butaca en la que estaba atrapada—. Tu amante, Xavier Montella, está conspirando para matar al Caudillo.

En contra de mi voluntad, me puse tensa. Dios mío, ¿cómo habían descubierto la misión de Xavier?

Salazar se rio al ver mi reacción. Su ansia de sangre estaba clara en su cara de maldad. Me resigné a la idea de que era probable que me torturasen. Estaba al tanto de esas atrocidades por haber estado cerca del frente. Había visto el cuerpo de un campesino a quien habían obligado a tumbarse en forma de cruz mientras los soldados nacionales le cortaban los miembros por no revelar el paradero de unos desertores. Pero yo soportaría cualquier horror si de ese modo Xavier seguía a salvo.

—Voy a pedirte que replantees tus lealtades y me digas dónde está Xavier Montella —dijo Salazar.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Según mis fuentes, hacías trabajos de inteligencia para él.

Mi mente buscó deprisa una manera de desviar la atención de Xavier y dirigirla de nuevo hacia mí.

—No —dije—. Solo prometí ayudar a su familia.

—¿Que prometiste ayudar a su familia?

¿Fue el miedo y el agotamiento lo que me impulsó a cometer semejante error? Era demasiado tarde cuando me di cuenta de que lo había empeorado todo al dirigir la atención hacia los demás.

—Xavier Montella quiere a su familia, ¿verdad que sí? —dijo Salazar—. A su madre, a su querida hermana, su sobrina, a su adorado hijo y a su esposa... Bueno, puede que no sea tan apasionado con ella como lo es con su amante, pero la respeta como la madre de su hijo.

Me sentía como un animal atrapado por un cazador. No tenía miedo de morir. Había visto la muerte de cerca muchas veces; podría soportar cualquier cosa si las personas a las que quería estaban a salvo. Pero por el interés que se adivinaba en la cara de Salazar entendí que, en vez de salvar a las personas a las que quería, las estaba llevando a la muerte.

—Mira —susurró—, tienes una oportunidad. Si nos dices dónde está Xavier

Montella, dejaremos ir a su familia. Si no, los mataremos a todos.

—No sé dónde está —repetí.

—Sí lo sabes. Y te daré otra oportunidad. Por cada minuto que te retrases, daré la orden de que fusilen a uno de ellos. ¡Empezando por la niña pequeña!

—¿Qué? —La sangre comenzó a latirme en los oídos. No podía respirar.

—Ya me has oído.

—¿Por qué hace esto? —pregunté—. ¿Porque amo a Xavier y no a usted? ¿Me está atormentando por eso? —Intenté ponerme de pie pero no pude: seguía esposada a la butaca.

—Quizá —dijo Salazar encogiéndose de hombros—. Pero siempre hay muchos toros para matar. Y ya te lo dije: algunas criaturas nacen sentenciadas. Deberías estar agradecida de que te esté dando esta oportunidad.

La náusea que sentía en el estómago me hacía desfallecer. Mi mente tropezaba con la palabra «elección». ¿Qué elección? Quería a Xavier con todo mi corazón y toda mi alma. Quería a mi hija y también a Evelina.

—¿Qué quiere de mí? —grité a Salazar—. ¿Qué quiere?

—Quiero que elijas —dijo fríamente—. Dime dónde está Xavier Montella y ordenaré que dejen en libertad a su familia en cuanto lo hayamos capturado.

Apenas oía lo que Salazar decía. Se me secó la boca y apenas podía hablar.

—Si saca a su familia de la cárcel, ¿cómo sabré que no mandará que los maten si intentan escapar a Francia?

Salazar sonrió.

—No tienes ni idea del poder que ejerzo sobre vuestras vidas. Te has puesto de parte de la gente equivocada, Rusa. Por cada día que te dejes ver públicamente paseando en mi coche, vestida como mi puta, concederé a tus queridas mujeres de la familia Montella dos días para consumir su fuga.

No podía pensar. Tenía la garganta seca, como si me estuviera asfixiando. Ojalá Xavier hubiera estado conmigo para decir lo que tenía que hacer.

Salazar alcanzó el teléfono y comenzó a marcar para dar la primera orden de ejecución. ¡Julieta! ¡La pequeña Julieta con su mata de rizos morenos! Vi a Xavier con la cabeza apoyada en mi vientre de embarazada. «Será especial saber que es un trocito de ti y de mí». Lo cierto es que sabía exactamente lo que Xavier me habría dicho en aquella situación, pero no podía permitirme pensar en ello. ¡Xavier! ¡Xavier! Mi corazón lo llamaba. Él y yo estábamos sentenciados, pero Julieta podría seguir viviendo.

—Ponme con el *senyor* Rovira, el supervisor —le dijo Salazar a la persona que estaba al otro lado de la línea.

La habitación comenzó a darme vueltas.

—¡Agullana! —grité—. ¡Xavier está en Agullana!

Tardaron cinco días en encontrarlo y llevarlo a Barcelona. Durante ese tiempo, viví como alguien cuya alma ha abandonado su cuerpo. La mujer a la que Salazar había derrotado no era la magnífica y majestuosa bailaora de flamenco del pasado. Era un fantasma.

La noche que fusilaron a Xavier, Salazar me llevó a ver su cadáver. La expresión de su cara sin vida era una contradicción de perplejidad y paz. Me puse de rodillas y besé sus labios fríos.

—Perdóname, mi amor —dije con ternura y remordimiento.

Una amarga tristeza se apoderó de mí. Estreché el cuerpo de Xavier entre mis brazos. ¿Cómo podría seguir adelante sin el hombre al que amaba?

—Máteme a mí también —le dije a Salazar—. ¡Acabe lo que ha empezado!

Salazar tiró de mí y miré mientras arrojaban el cuerpo de Xavier a un camión con decenas de cuerpos más para ir a enterrarlos en una fosa común. Supe entonces que una parte de mí se había ido para siempre: algo que nunca podría ser sustituido.

Mientras me paseaban por Barcelona en el Bentley de Salazar, vestida con pieles y adornada con diamantes, con la mirada ausente veía desmoronarse la ciudad. Vi quemar pilas de libros en catalán. Muchos letreros colgados en tiendas y en oficinas prohibían utilizar la lengua catalana. «No ladres: habla el idioma del imperio español». Los curas decían continuamente misas para «limpiar la ciudad del pecado del bolchevismo». Más de diez mil republicanos fueron asesinados en los primeros cinco días de «liberación» de la ciudad. Esporádicamente estallaban combates cuando los restos más valientes del ejército republicano continuaban llevando a cabo acciones desesperadas en la retaguardia, como voladuras de puentes y de edificaciones importantes.

Presencí las ejecuciones en masa de los antifascistas italianos y alemanes capturados que habían combatido en el bando de la República española. Oí rumores del personal del hotel de que pilotos republicanos del norte intentaban llegar a Madrid, que resistía todavía, noticias de que algunos brigadistas internacionales también intentaban regresar. Pero el rayo de esperanza se disipó cuando Madrid cayó y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos reconocieron a Franco como líder legítimo de España. Era como si hubieran ejecutado otra vez a Xavier y con él a todas sus esperanzas.

Me habría quitado la vida mucho antes de eso de no haber sido por la esperanza de que, con cada día que me plegaba al juego de Salazar, de alguna manera estaba dando a Julieta, a Feliu y a Evelina otra oportunidad para vivir. Aunque, a decir verdad, si no habían logrado entrar en Francia unos días después de salir de la cárcel, lo más probable era que estuvieran muertos.

Como la mayoría de los hombres sedientos de dominación y destrucción, Salazar resultó ser impotente. Nuestro papel de puta y amo era de cara a la galería. Parte de

nuestra farsa consistía en que yo apareciera vestida para cenar cada noche, cosa que hacíamos en la *suite* del hotel de Salazar. Una noche no contestó cuando llamé. Al abrir la puerta, lo encontré despatarrado en el suelo en medio de un charco de sangre. Parecía que Salazar no era inmune a las viejas cuentas de su pasado delictivo. Lo habían asesinado del mismo modo que el matador acaba con el toro: con una espada entre los omóplatos hasta alcanzar el corazón. Su asesino también lo había mutilado del mismo modo que se mutila a un toro vencido después de la corrida: vi sus orejas y su pene (en vez del rabo del toro) expuestos en una fuente al lado de nuestra cena.

Esperaba que me acusaran del crimen. Me quedé sentada durante un rato en una butaca, mirando el cuerpo. No había ninguna duda de que me darían garrote lentamente por lo que había hecho.

Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, mi voluntad, o quizá fuera el deseo de no morir a manos de otro, me obligó a ponerme de pie. Fui al armario y me puse uno de los trajes de Salazar, aguantando el olor a brillantina y sudor que impregnaba el tejido. Añadí un sombrero, zapatos con dos pares de calcetines y un abrigo corto. Mi disfraz estaba tan mal armado que alguien debería haberme dado el alto en el vestíbulo, pero nadie reparó en mí cuando pasé por allí.

En la calle tampoco nadie me prestó la menor atención; estaban demasiado ensimismados viendo los desfiles de la victoria de los soldados nacionales o saqueando las casas de los que habían huido. Seguí avanzando como si me protegiera una fuerza angelical que me hubiera vuelto invisible.

Cuando llegué a las afueras de la ciudad, encontré la furgoneta donde la había dejado. Limpié los escombros y quité las mantas. Para mi asombro, el motor arrancó. Llené el depósito con el bidón de gasolina que había guardado para nuestra huida, llené de aire los neumáticos y salí de Barcelona. Esperaba que en cualquier curva una patrulla me diera el alto, pero no encontré barreras para mi fuga. Era diestra en conducir de noche sin luces y me había convertido en una experta en esquivar los bombarderos. Seguí conduciendo hasta que llegué a la frontera. Los franceses la habían cerrado, pues no podían controlar a los miles de refugiados que habían huido a su país. Estaba custodiada por batallones senegaleses armados con ametralladoras. Pero yo era un fantasma, y los fantasmas pueden ir adonde les plazca. Dejé la furgoneta en la frontera y pasé desapercibida por las montañas.

Logré comunicarme con el Ruso, que se había quedado en París al retirarse del mundo del espectáculo. Habló con un contacto del Gobierno en Perpiñán, que a su vez envió su coche oficial para que me recogiera. Me dieron una muda. Sentí un gran alivio al quemar el traje de Salazar. Pero antes vacié los bolsillos y guardé con todo cuidado en un pañuelo la tierra que había recogido en las montañas. La tierra de España era lo único que me quedaba de mi hogar.

Paloma

Cuando terminó de contar su historia, Ramón estuvo un buen rato mirándose las manos antes de tomar de nuevo la palabra.

—Yo también hui a París después del hundimiento de la República, pero Celestina no se quedó mucho tiempo en la ciudad. La comunidad de exiliados españoles le hacía el vacío porque, gracias a Evelina Montella, creían que había traicionado a Xavier y que había trabajado como espía para los nacionales. Toda clase de personas acusaron a mi hermana de denunciar a familiares suyos. Hasta algunos de los pacientes a los que había rescatado del hospital de Vallcarca la atacaron, convencidos de que debía de haberlos usado como tapadera.

»Mi hermana intentó muchas veces ponerse en contacto con Evelina Montella para explicarle lo que había pasado, pero al final entendió que sería más fácil para todo el mundo si abandonaba Francia y se iba a Estados Unidos. Ya ves, Celestina creía que ella había causado la muerte de Xavier Montella y se aborrecía por ello, aunque si había revelado su paradero había sido para salvar a su familia y a su hija.

»Hasta que estuve en París no me enteré de que el *senyor* Pinto y Xavier Montella eran el mismo hombre, y que mi hermana había amado a uno de los más grandes héroes de la causa republicana.

—La sabiduría que da la experiencia —dije en tono comprensivo—. Yo también he aprendido mucho de eso en los últimos tiempos.

Ramón me dirigió una mirada comprensiva.

—Tienes suerte de haber aprendido esa lección tan joven —dijo—. Las ínfulas de superioridad moral son la mayor pérdida de tiempo..., un tiempo que nunca recuperarás.

Sus palabras me permitieron comprender mejor una profunda sensación de pesar que no se correspondía con las ropas llamativas y el apartamento hortera de Ramón.

—¿Qué hizo su hermana en Estados Unidos? —le pregunté.

—Bailó en bares flamencos y dio clases particulares a estrellas del cine. Se convirtió en una persona nueva, pero fue muy reservada y vivió sola. No volvió a ver nunca a su clan gitano, aunque estableció un fondo fiduciario. Me escribió prolíficamente, lo que me permitió reconstruir lo que había ocurrido durante los años que estuvimos separados. Me odié por haber sido tan estúpidamente terco. Seguía siendo mi hermana y yo siempre la había querido, pero había dejado que el orgullo me nublara el juicio sobre ella.

—Sí, yo también conozco ese error —le dije.

—En una carta me contó que tenía dolores en la parte inferior del abdomen. «Una herida que sufrí en la guerra que me da la lata», escribió. Después de esa carta no

volví a saber de ella en meses. Después, una noche apareció en mi puerta. «He vuelto a París», anunció. Sus ojos conservaban aquella hipnótica belleza y se mantenía con orgullo, como una bailarina, pero su legendaria energía ya no estaba allí. Supe enseguida que algo iba mal. Me dijo que el dolor del costado no era una vieja herida de guerra, sino que su causa era la enfermedad renal que había contraído por culpa de las privaciones que había padecido cuando era niña. Aquel tipo de mal era habitual entre los gitanos y los pobres de Barcelona.

Sentí un pellizco en el corazón. La Rusa debió de ser la mujer más malinterpretada del mundo.

—«Los médicos no pueden ayudarme —me dijo con toda naturalidad—. Así que he venido a morir a una ciudad donde un día fui feliz».

»El dinero que Xavier había transferido para ella a una cuenta de un banco de París se había esfumado completamente para ir a parar al fondo fiduciario para su clan, pero ella tenía la impresión de que seguía teniendo millones de dólares. Habían confiscado todos sus fondos en bancos españoles. Solo quedaba su apartamento de París. Así que dejé que creyera que continuaba siendo una mujer rica mientras me hacía cargo de las facturas.

Ramón tomó aire. El antagonismo que había manifestado al principio hacia mí se había disipado. Supe que me estaba contando lo que sentía en su corazón.

—Mi hermana no molestaba a nadie de la comunidad de exiliados españoles. Habían pasado trece años desde el final de la guerra; los que la veían en la calle no la reconocían ya o decidían ignorarla. Tampoco intentó volver a ponerse en contacto con Evelina Montella, pero tenía un último deseo... Me enseñó un artículo de una revista de baile sobre la bailarina Julieta Olivero, su hija. Fue una de las alumnas más jóvenes en ser admitida como *quadrille* en el *Ballet* de la Ópera de París.

La cara de Ramón se ensombreció cuando un recuerdo doloroso le vino a la mente.

—Aunque estaba débil, Celestina se vistió con gran elegancia para asistir al estreno de *El lago de los cisnes*, con un vestido de fiesta de satén y un pañuelo de tul en la cabeza. «Pareces una princesa india», le dije mientras la llevaba hasta el palco que había escogido especialmente para no quedar a la vista de Evelina y su marido, Gaspar, que yo sabía que estarían allí. Qué placer fue ver el brillo en la cara de Celestina mientras miraba bailar a su hija. Casi se volvió joven y recuperó su salud. Después de la actuación, mi hermana pareció en paz. «Ahora que la he visto, puedo morir sin tristeza», me dijo. «Hice lo que debía para intentar salvarla. Xavier habría estado muy orgulloso. Es preciosa».

»En el vestíbulo, cuando salíamos, Celestina vio a Evelina y Gaspar. Julieta salió a saludarlos. Celestina dudó, y por un instante me pareció que quería acercarse a ellos. Pero luego su cara se nubló y se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos. «Vamos, Ramón. Vámonos», dijo.

»Cuando la salud de Celestina comenzó a deteriorarse gravemente, la trasladé de

su apartamento al mío y llevé toda su ropa y sus muebles con ella para que estuviera rodeada de las cosas que un día había amado. La enfermedad y el dolor volvieron frágil su mente. Sin otra cosa por delante más que el sufrimiento que la morfina no podía aliviar por completo, decidió quitarse la vida para no ser una carga para mí.

Ramón negó con la cabeza y se tapó los ojos.

—Lo absurdo es que... esa semana parecía estar mucho mejor. No manifestó ninguna señal de dolor. No me di cuenta de que estaba reuniendo fuerzas para poner fin a su vida. El día que había decidido irse de este mundo, al despertarme vi que me había preparado un delicioso desayuno con *croissants*, fruta y café en su porcelana más fina. Hacía un tiempo que no se encontraba lo bastante bien para preparar algo así. «Ojalá tuviera toda una vida para malcriarte, hermano querido, como tú me malcriabas a mí —me dijo—. Pero estos últimos meses han sido los más maravillosos de mi vida. No te preocupes por nada; todo está arreglado».

»Pensé que hablaba de la fortuna que creía tener en el banco y que me legaría tras su muerte. Ni me imaginé que se refería a su decisión de morir aquel mismo día. Me despedí con besos y le prometí cocinarle una paella esa noche. Pero cuando regresé al apartamento estaba a oscuras y no había nadie en su habitación. Luego llegaron dos policías para hablarme del “accidente”. Pero no fue un accidente, desde luego... Escogió un método que sabía que no tendría vuelta atrás, ni lavado de estómago ni reanimación. Y un lugar donde los trenes circulan demasiado rápidos para que ni el conductor más atento se detenga.

Ramón se quedó en silencio. Luego se tapó la cara con la mano y comenzó a llorar. Resultó doloroso ver sus lágrimas amargas. Quise llorar con él, pero no pude. Tenía que explicarle que estaba tan equivocado con *mamie* como lo había estado un día con su hermana. La había juzgado demasiado rápido.

—Ramón —dije—, mi abuela no lo sabía. Ella no lo sabía. Creía de verdad que Celestina había denunciado a Xavier con maldad. ¿Por qué no se lo contó, incluso después de la muerte de su hermana? ¿Por qué no zanjó el asunto entonces? *Mamie* se habría sentido deshecha por haber acusado falsamente a su hermana, pero al menos no se habría pasado la vida maldiciendo a la mujer que un día fue su amiga, que había amado a su hermano, que había... dado a luz a su hija.

Ramón me miró con los ojos enrojecidos.

—Estaba furioso y lleno de odio —dijo—. Sí, podía haberle dicho la verdad a Evelina Montella, pero quería venganza.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué era una venganza no decírselo? ¿Se imagina cómo se habría sentido al enterarse de que en realidad la mujer a la que había acusado de asesinato le había salvado la vida? Y la vida de su familia.

Ramón se recostó en el respaldo y cerró los ojos.

—Fue algo de lo que me enteré después de la muerte de Celestina, gracias a un exdelincuente español, lo que me hizo decidir mantenerlo en secreto.

Esperé a que Ramón me lo explicara. Entonces dijo algo que me hizo perder la calma.

—Pensé que una venganza apropiada sería que la persona que en realidad había traicionado a Xavier... fuera la mujer a la que Evelina Montella cobijaba bajo su techo.

Anduve arriba y abajo por el patio durante algún tiempo antes de encontrar el valor para llamar a la puerta de Conchita. No estaba segura de poder soportar aquella conversación. Pero decidí que la responsabilidad no disminuía con la edad, sobre todo cuando pensé en la enorme gravedad de lo que Conchita le había hecho a mi familia.

Cuando Ramón me explicó su traición, mi primer impulso fue ir derecha a *mamie* y contarle la verdad sobre su «delicada» cuñada. Pero cuando la rabia y la excitación pasaron, supe que *mamie* estaba demasiado frágil para hacer frente a aquella revelación. Su corazón seguía estando débil. La conmoción de descubrir aquella verdad podía tener funestas consecuencias. Debía protegerla a toda costa.

Conchita debió de notar un cambio en mi actitud hacia ella. Después de invitarme a entrar, no dejó de mirar las fotografías de su segundo esposo y sus gemelos muertos, como si quisiera advertirme de que era débil y que había vivido una terrible tragedia.

Eran tantas cosas las que no se conocían de aquella mujer. Había rechazado a Xavier para no tener más hijos, pero había tenido gemelos con otro hombre. ¿Por qué? ¿Para conservar su amor? ¿Quién lo sabía? Cuando la observé, ya no vi a una vieja dama excéntrica, sino a la mujer que Margarida había descrito: «Un agujero negro..., una reina del teatro que quiere llamar la atención y espera que nos hagamos responsables de ella». ¡Aquella mujer, por la que yo siempre había sentido lástima, había traicionado a *mamie*, la había engañado y después la había utilizado!

—Feliu ha venido a visitar a *mamie* al hospital después de la operación —dije.

Conchita se encogió de hombros, como si la noticia no tuviera la menor importancia para ella, pero la cara se le puso tensa.

—Ese chico nunca me ha querido. Nunca me respondió. No como los gemelos...
—Se volvió hacia las fotografías de sus hijos muertos y se enjugó una lágrima de los ojos.

No iba a permitir que utilizara de nuevo aquella manipulación contra mí.

—¿Evita el contacto con usted porque sabe que fue usted, y no la Rusa, quien traicionó a su padre?

Ramón me había explicado que cuando pareció seguro que la República iba a perder la guerra en España, Conchita intentó ponerse en contacto con su padre a través de amigos suyos en la Falange. Esperaba una reconciliación con su familia si rechazaba a los Montella.

Conchita me fulminó con la mirada.

—¡No sé de qué estás hablando! —dijo—. ¿Quién te ha contado esas mentiras? ¡Me has herido profundamente al creerlas!

—Ofreció a los nacionales información que había oído por casualidad sobre el trabajo de inteligencia de Xavier, para reconciliarse con su padre —dije—. La noche que la Rusa fue a recogerlas, usted sabía que las iban a detener. Había telefoneado al amigo de su padre, Salazar. Por eso no se molestó en vestirse adecuadamente para una evacuación. Usted y Feliu ni siquiera estuvieron en la cárcel.

Conchita me lanzó una mirada de desprecio, pero yo sabía que lo que estaba diciendo era cierto. Podía verlo en sus ojos.

—Salazar estuvo agradecido por su información, pero su padre siguió sin querer que volviera —continué—. Eso la aterrorizó. No solo era una traidora a la República y a los Montella sin ningún lugar adonde ir, sino que también era un posible objetivo de los extremistas nacionales por ser la viuda de Xavier Montella. Salazar podía protegerla contra el enjuiciamiento oficial, pero no contra las *vendettas* individuales. No tuvo otra elección que aferrarse a *mamie* para salvarse. Había concertado con Salazar que la dejaran escapar a Francia. Él tenía sus propios motivos para convencer a la Rusa de que era ella quien había traicionado a Xavier, pero la verdad era que la información que le dio no marcó ninguna diferencia para el destino de Xavier. ¡Usted ya lo había escrito!

La boca de Conchita se apretó hasta formar una estrecha línea. Pensé que iba a negar mis acusaciones, pero, para mi sorpresa, se levantó y me gritó.

—¿Y qué si lo hice, bailarinita repipi? ¿Cómo te atreves a venir a sentarte aquí con tu cara seria y señalarme con el dedo? ¿Qué sabes tú de la guerra? ¿Qué sabes tú de la supervivencia? ¡No sabes nada!

Se acercó a donde estaban los retratos de sus hijos y de su segundo marido. Los puso boca abajo antes de volverse de nuevo hacia mí. Era un gesto extraño: como si no quisiera que oyeran lo que se disponía a decir.

—¡Los Montella me arruinaron la vida! —continuó—. ¿Crees que Xavier Montella fue el único hombre que quiso casarse conmigo? Yo era la mayor belleza de Barcelona. Mis padres concertaron nuestro matrimonio pensando que llevaría una existencia privilegiada durante el resto de mi vida. Bueno, ese fue el primer engaño de Xavier. Lo desprecié profundamente por sus palabras idiotas sobre la igualdad y una vida mejor para las masas. ¿Y qué pasaba con mi vida? ¿Qué pasaba con mis derechos inalienables?

La miré fijamente. No daba crédito a lo que estaba oyendo. Todo lo que Margarida decía de ella era cierto. Era hermosa en apariencia, pero un agujero negro por dentro. Y lo había arrastrado todo a su vórtice.

—Nunca sabrás lo grande que era la familia Montella... Su riqueza, su posición en la sociedad —continuó Conchita—. Xavier lo tiró todo como si no tuviera ningún valor. ¡Era el heredero de la familia! Tenía unas responsabilidades. Fui una idiota al

casarme con él. Los Montella hicieron caer sobre mí la vergüenza, sus estúpidas ideas liberales me arruinaron la vida. Evelina Montella solo cumple con su deber al compensarme. ¡Ella debe ser la responsable de cuidar de mí!

Cuando vio que yo no encontraba las palabras para responder, Conchita se sentó.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo —dijo haciendo un gesto con la mano—. Ya no me preocupa.

Me sorprendió aún más que no sintiera ningún remordimiento por lo que había hecho. ¡Xavier era el padre de Feliu! Y por primera vez comprendí cómo veía en realidad a *mamie*: no como amiga suya, no como su cuñada, sino como su sirvienta. Pobre *mamie*. No podría decirle nunca lo que Conchita había hecho... ¿Cómo podría resignarse a eso? Ramón tenía razón: aquella era la más terrible de las venganzas.

—Entonces —dijo Conchita, juntando las manos en el regazo—, supongo que se lo contarás a Evelina para que me desahucien.

Negué con la cabeza.

—No se lo voy a contar. Pero por ella, no por usted. Sin embargo, no voy a dejar que la engañe más con sus pequeñas estratagemas. Puede pagar sus cuentas usted sola a partir de ahora. Por lo que a mí respecta, ha dejado de formar parte de esta familia.

Conchita resopló y se puso a mirar por la ventana.

Salí de su casa, deseando que Ramón no me hubiera revelado nunca la verdad sobre Conchita. Ahora yo era su cómplice involuntaria en el más vil de los secretos.

Paloma

A la mañana siguiente no me desperté hasta las diez. *Mamie* estaba moviéndose por la cocina, podía oírla abrir y cerrar los armarios y hablar con *Diaghilev*. Volví a cerrar los ojos por un momento y traté de asimilar mi nueva identidad: la nieta de la artista flamenca más famosa del mundo. ¿Era posible que lo hubiera soñado todo? ¿Que Ramón Sánchez no hubiera existido nunca? ¿Que jamás me hubiera contado una historia tan fantástica? Superada por todo lo que había descubierto desde el día anterior —que *mamie* no era mi abuela de sangre, que estaba equivocada sobre la traición de la Rusa y que había sido engañada durante años por Conchita—, lloré en silencio. Sentí pena por la Rusa, por Xavier y Ramón. También por *mamie*.

—Paloma, ¿no tienes que practicar hoy? —me dijo ella desde la cocina.

No podía quedarme en la cama todo el día si no quería acabar con calambres. Pero tampoco quería enfrentarme a *mamie*. Sabiendo lo que sabía, me asustaba que el lazo que había entre nosotras pudiera haberse roto.

Volví en mí y me enjuagué los ojos. Me pasé un cepillo por el pelo y me puse la bata.

Mamie me sonrió cuando entré en la cocina.

—Mira lo que he encontrado —dijo levantando un álbum de recortes con las tapas de tela. Al principio pensé que había descubierto algo de sus tiempos en Barcelona, pero luego reconocí los estampados en espiral de la tela. Era mi álbum de recortes de cuando yo era niña—. ¿Te acuerdas? —preguntó con los ojos brillantes mientras pasaba las hojas—. Tú y yo lo hicimos juntas cuando tus padres estuvieron de gira por América. Tenías cuatro años. Fue una época especial para mí. Te tenía enterita para mí.

Miré por encima del hombro de *mamie* las imágenes de hadas, bailarinas, aves y arcoíris. El álbum de recortes era una colección de las fantasías y los sueños de mi niñez. Me olvidé de mis dudas de antes mientras estudiábamos atentamente los dibujos y las fotografías.

—Mira —dije señalando una fotografía de un gato tumbado en un cojín—. Ahí está tu viejo gato, *Tigre* —añadí. Parte de la escritura del álbum de recortes se había medio borrado y la tinta de algunos dibujos se había corrido, pero recordé aquellas semanas cuando *mamie* y yo estuvimos juntas como algo muy especial—. Estaba lloviendo. Por eso tuvimos que hacer algo adentro.

Vi una fotografía de *mamie* y yo sentadas en un *bateau mouche*, uno de los barcos para turistas del Sena. Debió de ser mamá quien hizo la foto. Yo la había pegado en mi álbum de recortes y había escrito por encima de ella con unas letras enormes: «*Mamie y yo*».

Los ojos se me llenaron de lágrimas y fingí toser. Fui a toda prisa al fregadero para llenarme un vaso de agua. «Pero tú no eres mi verdadera abuela», pensé. ¡Tantas de las cosas que habíamos vivido habían sido una mentira! Me pregunté si habría dejado que la Rusa viera a Julieta si no hubiera pensado que era la responsable de la muerte de Xavier. ¿Tuvo intención alguna vez de decirle a mamá quién era su verdadera madre? Solo *mamie* podía contestar a esa pregunta. Y era algo que yo nunca podría preguntarle.

Mamie levantó otra página para que yo la viera. Era un dibujo de mi madre con un tutú rosa.

—Eras una artista de talento —dijo—. Incluso a esa edad lograste captar los ojos grandes y la expresión de Julieta. Recibiste ese don de tu abuelo.

¡El *avi*! Mi amado abuelo tampoco era ya mi abuelo. Me pregunté si llegó a sospechar la verdad acerca de quién era hija Julieta cuando mi madre se convirtió en una belleza morena. Hasta yo reconocía ahora a la Rusa en la belleza exótica de mamá. Pero ¿en quién pensaba *mamie* cuando dijo «abuelo», en Xavier o en el *avi*? ¿O se habían vuelto uno en su mente?

La montaña rusa emocional estaba siendo demasiado para mí. Estaba a punto de poner una excusa para irme de la cocina cuando *mamie* abrió el álbum de recortes por una página en la que yo había pegado las entradas del primer *ballet* que habíamos visto juntas: una función de tarde de *Cenicienta*.

Miré la expresión de alegría en la cara de *mamie* mientras paladeaba el recuerdo. Percibí algo que no había advertido antes. Me vi a través de los ojos de *mamie*: cuánto me quería, el mucho cariño que me tenía. Era la mujer que había estado ahí en los buenos tiempos y en los difíciles. Cada vez que podía haber actuado de otro modo, comprendía que había hecho todo lo que había podido. Y cuando pensé en cómo se habían comportado las personas como Conchita, podía ver que *mamie* había actuado de manera mucho más honorable que la mayoría. Era inútil echarle la culpa de un conjunto de circunstancias sobre las que no tenía responsabilidad alguna.

Estuve mirando el álbum de recortes con *mamie* durante un rato más. La visión de mí misma a los cuatro años era bonita y triste a la vez. Sobre la hoja había un dibujo de mi madre, de *mamie* y de mí agarradas de la mano. Papá estaba de pie en segundo plano. Ya de niña notaba su distancia, pensé. Solo que se me había olvidado.

—*Mamie* —dije—, tengo que arreglar mi relación con papá.

—Ya lo sé. Ya te he dicho que deberías hacerlo.

Le sostuve la mirada. Quizá *mamie* supo siempre que fue mamá quien tuvo la aventura. Tal vez había sido más fácil actuar en connivencia conmigo culpando a papá para que ambas pudiéramos seguir creyendo que mamá era perfecta. Tal vez el ataque al corazón le había hecho comprender a *mamie* que yo podía necesitar a mi padre un día. Suspiré. Mi familia no se parecía en nada a la de Jaime, en la que todos se lo contaban todo, en la que nadie era capaz de guardar un secreto. *Mamie* y yo desde luego teníamos nuestros secretos. No podía decirle que sabía que la Rusa era

mi abuela de sangre ni que sabía que escribía cartas a su hermana muerta. Pero me daba cuenta de que lo único que significaba realmente era que éramos más complicadas que la mayoría de la gente. Y si guardábamos secretos, era para protegernos la una a la otra.

Rodeé a *mamie* con los brazos. En cuanto sentí el calor de su cuerpo, supe que todo estaba bien. Seguía siendo mi *mamie* y siempre lo sería.

—Te quiero, *mamie* —le dije, y la besé en la mejilla.

Fui en el coche al apartamento de Carmen para poner a Jaime al corriente de lo que había ocurrido después de que se marchó del cementerio. Ernesto estaba en el salón, escuchando en la radio el concurso *1000 francs par jour* y dando a gritos las respuestas de las preguntas. Todos los demás estaban en su trabajo. Jaime y yo nos sentamos en el suelo del estudio. Cuando le conté todo lo que Ramón me había explicado, pareció asombrado.

—No me dijiste ni una palabra de esto cuando me llamaste anoche —dijo—. Solo parecías cansada.

—A mí también me costaba entenderlo todo.

Extendió el brazo y me acarició la mejilla con la mano.

—Prométeme que no tendremos secretos el uno con el otro.

—Te lo prometo —le dije.

Me desabroché el colgante del murciélago del cuello y se lo devolví.

—Creo que ya he visto suficientes ilusiones por algún tiempo —dije.

—Yo también lo creo —coincidió, me rodeó con el brazo y me abrazó.

Nos quedamos en silencio, pensando en las revelaciones que el día anterior me había deparado.

—¡Nada de besos! —Tronó de pronto la voz de Ernesto desde el salón.

Jaime y yo nos sobresaltamos sorprendidos ante aquel arrebató. Luego nos miramos y nos echamos a reír.

—¡No estábamos besándonos! —contestó Jaime a gritos.

—Bueno, yo os lo advierto —dijo Ernesto—. Hay demasiado silencio aquí dentro.

Jaime me hizo una seña enarcando una ceja.

—¿Quieres cambiar una familia con secretos por una de locos?

Negué con la cabeza.

—No —dije—. Quiero las dos.

Antes de volver a casa, me dirigí a la Avenue de l'Observatoire para ver a mi padre. Estuve un rato dando vueltas por el Jardin du Luxembourg, haciendo acopio de valor. Recordé lo que *mamie* había dicho sobre la relación de Conchita con Feliu: «Hay

algunas cosas del pasado que no pueden arreglarse». ¿Era demasiado tarde para recomponer la relación con mi padre?

Me senté en un banco y miré a la gente que paseaba por allí. Me llamó la atención una mujer esbelta que paseaba a un perro. Vestía un mono de color ladrillo y calzaba zapatos de talón abierto. Su paso era seguro y tenía un aspecto elegante. ¡Entonces me di cuenta de que era Audrey! Qué diferente se ve a una persona cuando no se siente ya desprecio por ella, pensé.

—¡Audrey! —llamé.

Se dio la vuelta y se quitó las gafas de sol. Era una mujer atractiva, tenía que admitirlo. Sus ojos verdes eran cautivadores.

—¿Vas a casa? —le pregunté.

Bajé la vista al perro. Había imaginado que Audrey tendría un caniche o un bichón frisé con pedigrí, pero aquel perro era un chucho. Un chucho muy mono con unos enormes ojos castaños y un pelaje lanudo de color caramelo, pero un chucho al fin y al cabo.

—Sí, voy de vuelta al apartamento —dijo.

Noté que no se fiaba de mí. No podía culparla por eso.

—¿Hay algún inconveniente en que vea a papá?

Me di cuenta de cómo habían cambiado nuestros papeles. Antes solía ser Audrey quien me abordaba en la calle. Me agaché y di unas palmaditas al perro para ocultar mi bochorno. Olía a champú de manzana verde. Aunque fuera un chucho, era un chucho mimado.

—Siempre eres bien recibida para ver a tu padre —respondió Audrey—. Pero no quiero ser nunca más la mensajera de ninguno de los dos, ¿entendido? Lo que tengáis que arreglar lo arregláis entre vosotros.

Me puse de pie.

—Lamento haberte tratado como lo hice. No lo comprendía.

Audrey pareció desconcertada por mi disculpa, pero después se encogió de hombros.

—Eres joven, estabas disgustada... Esas cosas pasan.

Asentí, asimilando la lección de su amabilidad. Mientras caminábamos en dirección a su casa me preguntó por mi primera actuación con el *Ballet* y por cuándo comenzaban los ensayos.

—Tengo otro mes de descanso y después empezaremos a ensayar *El lago de los cisnes* —le dije—. Fue también el primer *ballet* que interpretó mi madre.

El conserje nos abrió la puerta.

—¡Vamos, *Pelé!* —ordenó Audrey a su perro cuando él tensó la correa para saludar a un galgo afgano que paseaba con su dueño.

Sonreí para mis adentros. ¿*Pelé?* Audrey había puesto a su perro el nombre de aquel famoso futbolista brasileño. Había tantas cosas de mi madrastra que me sorprendían.

Mientras subíamos la escalera hasta el apartamento, Audrey dijo:

—No llegamos a celebrar el cumpleaños de tu padre contigo. He pensado que a lo mejor a tu abuela y a ti os gustaría venir de vacaciones con nosotros a Saint-Tropez antes de que empieces con el *Ballet*. Pierre también vendrá.

—¿Y *Pelé*? —pregunté, y me agaché para darle otra palmadita al perro. Siempre había querido tener un perro.

—Por supuesto —dijo sonriendo.

Audrey me dijo que papá estaba practicando en su estudio en el piso de arriba.

—Hasta luego —dijo, y me besó en las mejillas y haciendo entrar después a *Pelé* en el apartamento.

Me hizo un gesto con la mano antes de cerrar la puerta.

Papá estaba tocando *El Corpus Christi* en Sevilla, de Isaac Albéniz. Era la obra que estaba grabada en la cinta que me había hecho llegar. Sentí una punzada de dolor cuando recordé lo abominable que había sido mi respuesta cada vez que había intentado llegar hasta mí.

La obra evocaba tan bien España que era casi como si papá supiera que su hija necesitaba aceptar esa parte de su personalidad.

Esperé hasta que hubo terminado de tocar antes de entrar sigilosamente en su estudio. Se dio la vuelta al oírme. Me llamó la atención lo mucho que se parecía a su antiguo yo en esa habitación. Llevaba el pelo más corto, desde luego, pero ese era el único cambio real. Aquel acogedor espacio era un reflejo de él, con su sencillo suelo brillante y sus estanterías desiguales combándose bajo el peso de cientos de novelas y partituras musicales. Me llamó la atención una fotografía en blanco y negro de una bailarina encima de la repisa de la chimenea. Me di cuenta de que era una foto mía haciendo un arabesco. La habían tomado hacía un par de años. Pensé en la imagen de mi familia que había dibujado en mi álbum de recortes: yo cogiendo las manos de mamá y *mamie*, y papá aparte. No quería que fuera así nunca más.

Otra fotografía mía enmarcada me llamó la atención. Tenía cuatro o cinco años y estaba de pie delante de la torre del reloj de la Gare de Lyon.

Mi padre se volvió hacia donde yo estaba mirando.

—Antes eras tan feliz al verme cuando volvía de una gira —dijo—. Tu madre y tu abuela tenían que agarrarte para que no te cayeras en tu excitación por abrazarme. Así de contenta te ponías.

—Sigo siendo feliz al verte, papá —le dije—. Pero he estado muy confusa.

Me observó un momento antes de moverse en la banqueta del piano para dejarme sitio.

—Lamento cómo te he tratado —le dije mientras me sentaba—. Te he echado de menos.

Papá me rodeó con el brazo.

—Nunca se me han dado bien las palabras, Paloma —dijo—. Por eso me hice músico. He pensado mucho desde nuestra última conversación. De verdad que tenía

las mejores intenciones..., pero lo enfoqué todo de una manera equivocada. La última persona a la que hubiera querido hacer daño eras tú.

Resultaba agradable estar otra vez cerca de mi padre. Su cálido abrazo era reconfortante, sobre todo después de todo aquello de lo que me había enterado el día anterior. Era irónico que, mientras todas las demás personas de mi vida parecían haber cambiado, papá seguía siendo quien siempre había sido.

—Audrey está ocupada con reuniones la semana que viene. Y Pierre tiene exámenes —dijo—. He pensado que a lo mejor te gustaría venir conmigo a Viena..., si estás libre.

Recordé el viaje que habíamos hecho juntos a esa ciudad cuando tenía siete años, los paseos por la ciudad en un viejo Volkswagen y la *sachertorte* que tomábamos en elegantes cafés.

—No me lo perdería por nada del mundo —le dije.

Mi padre me sonrió y me frotó el brazo. Yo también sonreí... Y los dos nos echamos a reír. Y exactamente igual que con *mamie*, noté que el vínculo entre nosotros se había restablecido.

Cuando se levantó el telón para el segundo acto de *El lago de los cisnes* y las otras bailarinas del *corps de ballet* y yo entramos haciendo cabriolas en la luz azul plateada del escenario de la Ópera de París, experimenté el momento más mágico de mi vida. La hermosa música de Chaikovski subía de volumen a nuestro alrededor mientras configurábamos y reconfigurábamos nuestras formaciones de doncellas cisnes, usando las muñecas, los codos, los brazos y los hombros para transmitir el elegante movimiento de las alas. El *corps de ballet* de la Ópera de París era el más famoso del mundo por su precisión: cada brazo, pierna y cabeza tenía que colocarse con exactitud para crear una sensación de sincronía perfecta.

Cuando Odette —interpretada por la bella y lírica Dominique Khalfouni— se precipitó en el escenario para implorar al príncipe Siegfried y a sus compañeros de caza que no hicieran daño a los cisnes, me emocioné. La historia tenía tantas cosas que podía relacionar con todo lo que había oído de *mamie*, Feliu y Ramón; sobre lo que había sucedido en España. Del mismo modo que el destino de las doncellas cisnes estaba ligado a la historia de amor de Odette y del príncipe Siegfried, sentí que mi vida y mi identidad estaban indisolublemente unidas a lo que había sucedido en el pasado. En el último acto, cuando Siegfried le cuenta a Odette cómo ha sido engañado por la malvada Odile y su padre, y cuando los amantes ponen fin a su vida para poder estar unidos en la muerte, vi un paralelismo con las trágicas historias de Xavier y la Rusa.

La noche del estreno de *El lago de los cisnes* también fue especial para mí en otro aspecto: estaba dejando mi impronta como bailarina. *Mademoiselle* Louvet le había hablado a Arielle Marineau de mis estudios de flamenco. Esta, que de ser mi

detractora había pasado a ser mi más firme defensora, había hablado a su vez con Raymond Franchetti, que le recomendó que ensayara para la parte de bailarina española en la escena del salón de baile. Mi madre era más joven que yo cuando la admitieron en el *corps de ballet*, pero esta era mi «primera vez» totalmente mía. El papel solía estar reservado a una bailarina más veterana. Al asignármelo a mí, me estaban exhibiendo como posible futura *étoile* de la compañía. Aunque solo fuera medio española, empleé cada gramo de la sangre andaluza que corría por mis venas para dar vida al baile de *ballet-flamenco*. Interpreté mis flexiones descendentes hacia atrás y unos suaves *zapateados* mientras imaginaba que la Rusa estaba entre el público, mirándome con el mismo orgullo que un día sintió por mamá.

Después de la representación, corrí hasta el vestíbulo para reunirme con mi familia y mis amigos. *Mamie* había ido con Micheline. Jaime vino enseguida hacia mí, con una orgullosa sonrisa de oreja a oreja. Carmen y el resto de la familia también estaban allí, junto con Gaby y Marcel. Pero cuando me puse más eufórica fue cuando vi a papá, Audrey y Pierre. Papá y yo nos lo habíamos pasado en grande en Viena. Con *mamie*, sentí que volvía a tener una familia.

—Gracias por venir —le dije a mi padre—. Significa mucho para mí.

Papá sonrió.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

Debería haber estado agotada por el esfuerzo físico y la sobreexcitación después de la noche del estreno de *El lago de los cisnes*. Pero me quedé acostada despierta en la cama durante gran parte de la noche. Hacia las cuatro de la mañana me invadió un deseo urgente de bailar. Me bajé de la cama y me puse la malla y los calentadores. Cuando abrí el cajón del tocador para coger las horquillas y la cinta del pelo, reparé en la caja que estaba en un rincón. La saqué y volví a examinar los aretes de oro. Pasé el dedo por sus suaves aros: seguía sin entender del todo su significado. Me los llevé conmigo al estudio.

Llevaba casi toda mi vida levantándome temprano para practicar, pero bailar durante tanto tiempo antes del amanecer era un récord incluso para mí. Encendí las luces del estudio y puse los aretes en la repisa de una ventana. Mientras comenzaba a hacer estiramientos de calentamiento, pensé en cuánto había cambiado mi vida. Antes estaba tan sola. Ahora tenía un novio maravilloso, que también había incorporado al cuadro a su familia española, tan llena de vida. Me había reconciliado con mi padre. Y en el camino había recogido a una madrastra y a un hermanastro, además de un par de mascotas más. Aunque me resultaba difícil adaptarme a saber que *mamie* no era mi verdadera abuela, oír su historia y comprender sus defectos y sus fortalezas me había hecho quererla más profundamente. Ahora era miembro de una de las mejores compañías de *ballet* del mundo y me estaba convirtiendo en una consumada bailaora de flamenco. ¡Sonreí al pensar en cuánto había progresado al pasar de ser una

solitaria perfeccionista a ser alguien a quien se calificaba de «carismática»!

El día que me encontré por primera vez con la Rusa, no tenía ni idea de quién era. Ahora comprendía el decisivo papel que había desempeñado en mi herencia. Ramón había dicho que el poseedor de los aretes de oro que se atreviera a llevárselos al otro mundo podía regresar tres veces a visitar a un ser querido. La Rusa, mi abuela, había venido a guiarme en la dirección de una vida más grande y más feliz.

Me pregunté por qué me había dado los aretes de oro a mí y no a mi madre. Tal vez pensaba que mi madre era fuerte como ella, que yo la necesitaba más. Mientras pensaba en eso, percibí un cambio en el ambiente. Algo como el cosquilleo de una corriente eléctrica al pasar sobre mi piel. Supe que cuando me diera la vuelta, la Rusa estaría allí.

Esta vez no sentí miedo cuando contemplé su cara digna. Pensé en lo que le había sucedido, en las injusticias y tragedias que había sufrido. Solo pensar en ellas me acongojaba.

—Lo siento tanto —le dije—. Siento todo lo que sufriste. Te merecías algo mejor. La Rusa inclinó un poco la cabeza y me miró fijamente.

Ahora no podía oírme, pensé. Fuera cual fuera la dimensión en la que existiera, no podía oír mi voz. Decidí comunicarme con ella de una manera que sabía que entendería.

Comencé con palmas, marcando el ritmo para una *soleá*, el baile de la soledad, el aislamiento y el distanciamiento. Yo había sentido todas esas cosas después de la muerte de mamá, ¡pero cuánto más las había experimentado la Rusa! Con la marca de los pies, el rítmico movimiento de los brazos y los giros melancólicos, intenté expresarle mi pena y mi compasión. Había conocido los extremos de la vida: la mayor miseria y la inmensa riqueza, el gran amor y la gran pérdida. Había sido gravemente malinterpretada y falsamente acusada por aquellos a quienes había amado y por los que había hecho tantos sacrificios. Usé mi *escobilla*, mi rítmico movimiento de pies, para enseñarle lo mucho que el corazón me dolía por ella. Era mi abuela de sangre y no la había conocido.

Di una vuelta lenta, pero cuando me encontré de nuevo cara a cara con ella, la Rusa me dirigió una sonrisa burlona. Me sentí confusa cuando interpretó una *llamada* propia, levantando la pierna, girando y después dejando caer el brazo con orgullo antes de marcar otro ritmo con las palmas. Estaba haciendo una *llamada* para comenzar un ritmo flamenco totalmente distinto. Lo reconocí de inmediato: unas *alegrías*, el baile más jubiloso.

Mi perplejidad se convirtió en asombro cuando fui testigo del fuego y la pasión que salían a raudales del cuerpo liviano de la Rusa. Era elegante y orgullosa, con una chispa desafiante en los ojos. Entonces lo comprendí: la Rusa no iba a dejar que nadie sintiera lástima de ella. Estaba diciéndome que había tomado sus decisiones y las mantenía.

A la lástima la sustituyó la admiración. La Rusa era punto por punto la bailarina

extraordinaria que *mamie* había descrito. Era precisa, desenfrenada, intensa e insinuante, todo al mismo tiempo. Bailaba con alegría y se llevó los brazos al pecho antes de extenderlos hacia mí, invitándome a unirme a ella. Me adapté al ritmo de sus *zapateados* y pronto me perdí en nuestro baile de celebración. Oleadas de felicidad corrieron entre nosotras. Y sentí el poderío de su célebre energía.

Dejó de bailar de pronto, antes de ponerse graciosamente en jarras y levantar orgullosa la barbilla. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba puestos los aretes de oro.

—¡Olé! —dijo, y se desvaneció.

Me quedé unos minutos donde estaba, sin aliento y comprendiendo que había experimentado lo que era muy probablemente mi último encuentro con el fantasma de la Rusa. No quería que pensara en ella con pena, sino con alegría. Recordé la inscripción que había pedido para su lápida: «Finalmente, todas las causas honorables triunfan, aunque al principio fracasen». Ramón me había dicho que la Rusa había querido honrar a Xavier, que le había enseñado que los espíritus de la gente buena, aunque mueran en la derrota, regresan en generaciones futuras para seguir impulsando al género humano hacia cosas más altas y mejores. Pensé en la Rusa y en Xavier, en el *avi*, en Margarida y en mis bisabuelos, en cómo los espíritus de todos ellos seguían viviendo en mí.

Tal vez era ese el mensaje de los aretes de oro: de la oscuridad y el sufrimiento pueden surgir la esperanza, la alegría y el progreso.

Fui hasta la repisa de la ventana y vi que los aretes habían desaparecido. El círculo se había cerrado.

Puse la mano en el lugar donde habían estado los aretes.

—Gracias —dije mirando a mi alrededor.

Un suave calor me acarició la piel.

Noté que, aunque la Rusa y los aretes habían desaparecido, su amor permanecería para siempre.

—Gracias —dije otra vez.

El estudio estaba en calma, en silencio, pero supe que mi gratitud había sido escuchada.

Nota de la autora

Las causas y los efectos de la guerra civil española son complejos. Como obra de ficción, *El paisaje de los sueños de oro* no pretende explicar todos los aspectos de este conflicto desde todas las perspectivas. Al lector que desee saber más cosas sobre él quizá le interese comenzar con *Breve historia de la Guerra Civil*, de Helen Graham. Y a partir de ahí continuar con otras lecturas.

El *Ballet* de la Ópera de París está considerado como una de las mejores compañías del mundo. En la escena del examen uso los nombres de quienes eran el director en la vida real de la escuela de *ballet* en 1976, Claude Bessy, y el del director de baile, Raymond Franchetti, para crear una sensación de tiempo y lugar. Sin embargo, Arielle Marineau es un personaje de ficción creado con fines dramáticos y no se basa en ninguna persona real vinculada al *ballet* ni a su escuela en ningún momento.

Del mismo modo, aunque *sir* Arthur Conan Doyle y Helena Petrovna Blavatsky son personajes históricos que escribieron acerca de lo sobrenatural, la «vidente francesa contemporánea» que se menciona en esta historia, Mireille Fourest, es un personaje de ficción.

La acción de *El paisaje de los sueños de oro* se desarrolla en parte en Barcelona, Cataluña, que posee una lengua y un carácter propios. Gran parte de los catalanes consideran que su región es diferente del resto de España. Para poner coto al separatismo, los poderes dominantes han prohibido en diversas épocas históricas el uso de la lengua catalana en la vida pública, así como otros signos culturales. Los dos ejemplos que se mencionan en este libro son el periodo de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) y el régimen de Francisco Franco (1939-1975).

He empleado frases y términos catalanes y españoles en la novela, en función del origen del personaje que habla, para dar al relato un sentido de lugar y cierta atmósfera fiel al país en general y a esta singular región.

Una nota especial para mis lectores

Quiero aprovechar esta oportunidad al final de mi quinta novela para dar las gracias de manera especial a mis lectores. Es pensar en todos vosotros y en vuestro disfrute de una buena historia lo que me hace seguir sentada ante mi mesa, día tras día, decidida a dar lo mejor de mí en cada libro.

Muchas gracias por las cartas y las postales que me habéis enviado. Las guardo todas. Cuando me encuentro atascada, agotada o desanimada, suelo coger una o dos cartas y las releo para ponerme en marcha de nuevo.

La relación entre el autor y el lector es especial. Mientras yo uso mis palabras para crear personajes y argumentos, mis lectores usan su propia imaginación y sus experiencias vitales para recrear mis intenciones originales a su modo. Esto significa que hay tantas versiones de *El paisaje de los sueños de oro* como lectores. Disfruto de verdad de esta sensación de estar trabajando en equipo.

Siempre es un placer tener noticias vuestras, por lo que no tengáis ningún reparo en escribirme si lo deseáis:

C/-HarperCollins Publishers Australia PO Box A565
Sídney NSW 2000
Australia

Con amor y gratitud,
BELINDA ALEXANDRA

Agradecimientos

Aunque es mi nombre (Belinda Alexandra) el que figura en la cubierta de mis libros, a veces pienso que debería decir «Belinda Alexandra y compañía», porque hay muchas personas maravillosas entre bastidores que trabajan con gran denuedo para que cada libro sea lo mejor posible.

Quiero comenzar dando las gracias a mi dinámica y apasionada agente literaria, Selwa Anthony, que defendió *El paisaje de los sueños de oro* desde el principio y me hizo comentarios de inestimable valor durante el proceso de redacción.

También quiero dar las gracias al equipo de HarperCollins Publishers Australia por su entusiasmo por *El paisaje de los sueños de oro* y por todo lo que han hecho para apoyarme. En particular, quiero dar las gracias a mis maravillosas editoras, Anna Valdinger y Sue Brockhoff, junto con Amanda O'Connell, Jane Finemore y el dinámico equipo de ventas y *marketing*.

He tenido de nuevo el privilegio de contar como editora de este libro con Nicola O'Shea. Su estilo comprensivo y perspicaz hace que trabajar con ella sea siempre un gran placer. Gracias también a mis correctoras de pruebas, Kate O'Donnell y Chrysoula Georgopoulos.

Asimismo quiero expresar mi gratitud a los expertos y estudiosos que amablemente me ofrecieron su tiempo y compartieron sus conocimientos especializados para ayudarme en la investigación para la novela: Marina Vidal, que verificó el uso del castellano y el catalán, y que me asesoró en ciertas cuestiones culturales; el doctor Francisco J. Romero Salvadó, de la Universidad de Bristol, y el profesor Sebastian Balfour, de la London School of Economics and Political Science, me ayudaron con los datos históricos relacionados con la guerra civil española; Nathalie Meier escribió amablemente correspondencia para mí en francés y me ayudó en cuestiones culturales; y Kari Hanet compartió algunas maravillosas anécdotas y otros detalles sobre la vida en el París de la década de los setenta.

Me emocionó la ayuda entusiasta que recibí del mundo del baile mientras investigaba para este libro. En particular, quiero dar las gracias a Laurie Lubeck-Yeames y a su madre, Nicole Alderguer, por los inestimables comentarios que me hicieron sobre los libretos de *ballet*; a Elizabeth Platel, directora de la Escuela del *Ballet* de la Ópera de París, por su información sobre cómo eran la escuela y los exámenes en la década de los setenta; a Lisa Howell y Catherine Jenneke, por ponerme en contacto con diversos especialistas en *ballet*; y a Kate Sirvins, por ayudarme con los términos de *ballet*. También quiero dar las gracias a Lucy Vernon por sus comentarios sobre las escenas de baile flamenco.

Doy las gracias de manera especial a Paulina O'Kane, de la biblioteca de Kuring-gai, por su ayuda para organizar mis préstamos interbibliotecarios (de los que hubo casi cincuenta para este libro) y por su alegre disposición para localizar hasta los títulos menos conocidos.

Por último, pero sin que sea lo menos importante, quiero dar las gracias a mis amigos, familiares y animales por mantenerme cuerda y con los pies en el suelo. Gracias en particular a mi queridísimo esposo, Mauro, por su paciencia con las largas horas que me llevó escribir un libro cuya acción transcurre en dos países con tres lenguas distintas, dos periodos temporales y tres personajes principales. Quiero dar las gracias también a mi maravilloso padre, Stan, por la ayuda práctica que me brindó para recoger y devolver los libros de las bibliotecas en mi nombre para que no tuviera que levantarme de la mesa.

La energía y la buena voluntad de todas las personas mencionadas convirtieron la redacción de *El paisaje de los sueños de oro* en un placer que siempre recordaré.



BELINDA ALEXANDRA, es una autora de origen australiano que ha dedicado gran parte de su vida a viajar por muy diversos puntos de la geografía mundial.

Tras diez años de rechazo editorial, la autora australiana consiguió que las editoriales se interesaran por *La gardenia blanca de Shanghái*. El relato lleva al lector por China, Filipinas y finalmente hasta Australia, la tierra natal de la escritora.

Hija de madre rusa y padre australiano, ha viajado por todo el mundo desde muy joven. Su amor por otras culturas y lenguas es solo comparable con la pasión que siente por su país, Australia.

Es integrante voluntaria del equipo de rescate de la asociación NSW Wildlife Information and Rescue Service (WIRES).

La lavanda silvestre que iluminó París, *El paisaje de los sueños de oro*, *Secreto de hermanas* o *Lugares para enamorarte* son algunas de sus novelas, en la que se mueve entre el relato histórico y el romántico.